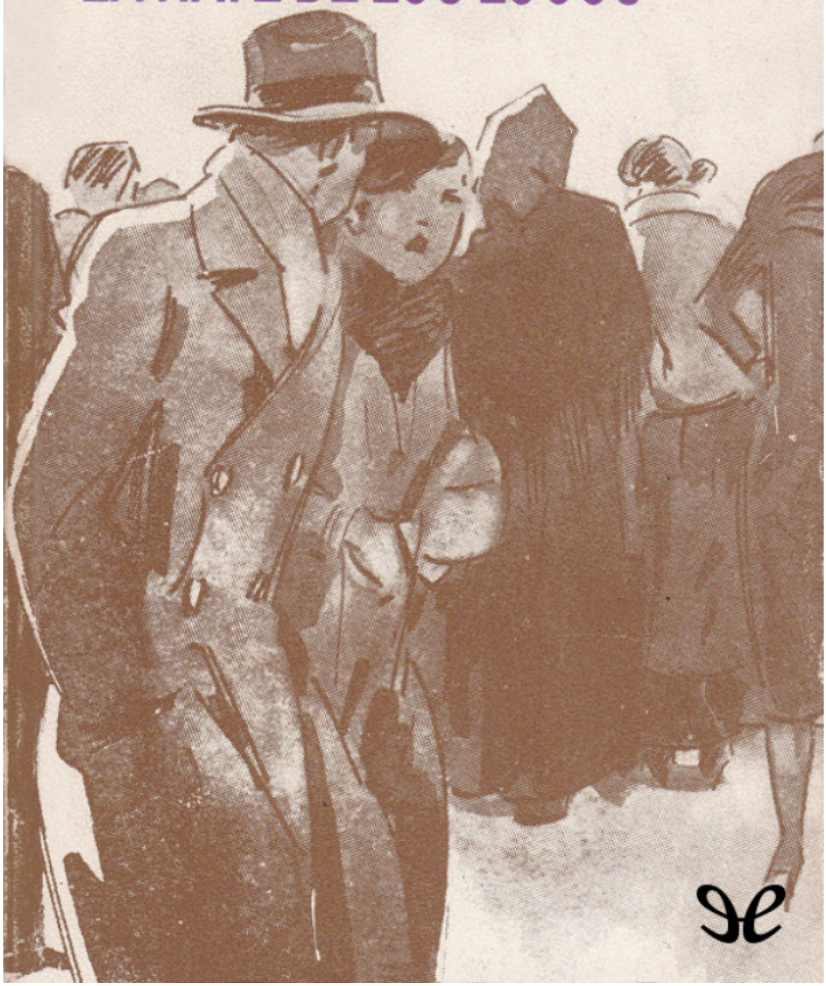
K. Anne Porter

LA NAVE DE LOS LOCOS



En 1938, cuando la segunda guerra mundial se perfila ya en el horizonte, zarpa del puerto de Veracruz con destino a Bremerhaven un barco alemán que devuelve a la patria a una variopinta colección de seres humanos con un equipaje de esperanzas y aflicciones tan diversas como su origen y destino. Desde la condesa española deportada de Cuba, hasta el judío rechazado por sus compañeros de viaje, pasando por la compañía de bailarinas andaluzas que venden en la travesía otras artes que su danza, nos encontramos frente a toda una galería de apasionantes personajes que la pluma poderosa de Katherine Anne Porter desnuda hasta el alma y nos presenta bajo la luz despiadada de sus fracasos y miserias.

Katherine Anne Porter

La nave de los locos

ePub r1.0
Titivillus 27.04.2023

Título original: *Ship of Fools*
Katherine Anne Porter, 1962
Traducción: Baldomero Porta Gou
Diseño de cubierta: Ni Més Ni Menys

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublibre

Índice de contenido

Primera parte. El embarque

Segunda parte. Alta mar

Tercera parte. Los puertos

Personajes

Sobre la autora

Notas

PARA BARBARA WESCOTT

1932: París, Rambouillet, Davosplatz, Salzburgo, Munich, Nueva York, Mulhocaway, Rosemont: 1962

El título de este libro es una traducción del alemán *Das Narrenschiff*, título de una alegoría moral de Sebastian Brant (1458? 1521) publicada primero en latín con el título de *Stultifera Navis* en 1494. La leí en Basilea el verano de 1932, cuando tenía todavía bien vivas en la mente las impresiones de mi primer viaje a Europa. Al empezar a meditar mi novela, me apropié la imagen, sencilla y casi universal, del barco de este mundo en su viaje hacia la eternidad. Una imagen que no es nueva, ni mucho menos, era ya muy antigua, se había empleado mucho y tenía un sonido entrañablemente familiar cuando la utilizó Brant, y se adaptaba perfectamente a mi propósito. Soy una pasajera de ese barco.

K. A. P.

PRIMERA PARTE

EL EMBARQUE

Quand partons-nous vers le bonheur?

BAUDELAIRE

Agosto, 1931. — La ciudad portuaria de Veracruz es un pequeño purgatorio entre tierra y mar para el viajero, pero la gente que vive allí está enamorada de sí misma y de la ciudad que ayudó a crear. Viven como iniciados de las costumbres locales, y llevan adelante su existencia de violencia y letargo alternativos con un plácido desprecio de la opinión exterior, fundado en la hechizada idea de que su manera de obrar y sus sentimientos están más allá de la crítica, la exceden.

Cuando se divierten en sus numerosas fiestas privadas y públicas, los periódicos publican prosa y lírica explicando cuán gran acontecimiento fue; con cuán rico y aristocrático gusto —ellos creen que los dos vocablos son sinónimos— se prodigaron los adornos y los refrescos; y no sabrían elogiar suficientemente la habilidad con que la buena sociedad sostiene en su conducta el delicado equilibrio entre la más depurada cortesía y la alegría espontánea, un secreto del mundo veracruzano acerbamente envidiado e infructuosamente imitado por la alta sociedad provinciana de tierra adentro. «Solo nuestra gente sabe divertirse con civilizada libertad —escriben—. Nosotros somos generosos, efusivos, hospitalarios, sensibles», continúan, y se proponen que lo lean no solo ellos mismos sino los bárbaros políglotas de la meseta superior que se obstinan en seguir considerando a Veracruz un mero trampolín para saltar al mar.

Ese obstinado jactarse de una educación refinada acaso encierre un ligero síntoma de desasosiego; como también puede encerrarlo la metódica brutalidad de la conducta de todos ellos con respecto a los viajeros que han de pasar por sus manos para llegar al refugio

temporal de algún barco del puerto. Los viajeros no desean sino que los lleven pronto lejos de allí, y los veracruzanos anhelan únicamente perderlos de vista para siempre; aunque no antes de haberles arrancado todos los peajes, extorsiones, honorarios y sobornos a que se sienten acreedores la ciudad y sus habitantes. Para el transeúnte, Veracruz es una típica ciudad portuaria, cínica por naturaleza, desvergonzada por experiencia, curtida en la tarea de enseñar su lado menos presentable a los extranjeros: diez posibilidades contra una de que ese forastero que pasa por ella sea un borrego que está reclamando a balidos las tijeras que lo trasquilen, y una contra diez de que sea un granuja al cual sería una lástima no aventajar en astucia. En todo caso, lo único que importa es la suma de dinero que se le puede sacar a cada uno, e, invariablemente, el tiempo apremia.

En medio del tórrido calor de una mañana de primeros de agosto, unos cuantos plácidos ciudadanos de los que llevan camisa blanca, cruzaron a largas zancadas la superficie dura y recocida de la plaza pública, bajo la sombra polvorienta de los dondiego de noche y se sentaron despreocupadamente en la terraza del hotel Palacio. Estiraron los pies para refrescar las suelas de los zapatos, saludaron al desaseado camarerito llamándole por su nombre, y pidieron sendos granizados de lima. Se habían criado juntos los de la misma edad, cada uno se había casado con una prima, una hermana o una tía del otro, cada uno estaba al corriente de los negocios de los demás, contaba todos los chismes que había oído, y escuchaba todos los que había contado y ahora los otros le repetían. Cada uno había asistido tan íntimamente como una comadrona al alumbramiento de las historias de los demás, y a pesar de todo continuaban reuniéndose allí casi todas las mañanas, camino de sus tiendas u oficinas, para una última hora de reposo durante la cual ponerse al tanto de las noticias antes de empezar el trabajo serio del día.

La plaza estaba desierta, excepto por un indio menudo y consumido que se había sentado en un banco debajo de un árbol, un indio campesino que llevaba unos calzones blancos deteriorados por la intemperie, una camisa larga y un viejo sombrero de paja, de ancha ala caída sobre los ojos. Sus pies, con las uñas destrozadas y los talones agrietados, metidos en unas sandalias sujetas con unas

tiras de cuero rotas y anudadas de nuevo, reposaban juntos, mansamente, sobre el suelo gris. Parecía dormir, sentado muy derecho y con los brazos cruzados. Con gesto adormilado echose atrás el sombrero, sacó de la faja de algodón azul doblada un rollo de tortitas frías y comió, los ojos rodando de un punto para otro, o fijos en la distancia, hundiendo, con aire resuelto, los cuadrados dientes en el pan duro, mascando y tragando los bocados sin placer alguno. Los ociosos de la terraza no parecían fijarse en él sino como en un detalle más del panorama, y él parecía no reparar en la presencia de ellos.

El mendigo que venía a la terraza todas las mañanas a tiempo para el tráfago de las primeras horas, apareció en la esquina bamboleándose y arrastrándose, los muñones de sus cuatro extremidades envueltos en cuero y cordeles. En los primeros tiempos de su vida, un maestro en el arte le había mutilado y deformado de tal modo, preparándole para su profesión, que tenía poco parecido con ningún ser humano. Mudo, medio ciego, se acercaba con la nariz pegada a la acera como si siguiera el rastro de un olor, parándose de vez en cuando a descansar y meciendo su asquerosa y lanuda cabeza de un lado para otro, aquejado por un sufrimiento insoportable. Los hombres que estaban a la mesa le miraron como si fuese un perro demasiado repulsivo para darle un puntapié, y él esperó pacientemente al lado de cada uno hasta oír el sonido de las pequeñas monedas de cobre al caer en la abierta bolsa de cuero que llevaba atada al cuello. Cuando uno de los hombres le tendió la mitad de una lima exprimida, el mendigo se sentó sobre las nalgas, abrió la horrible boca, para recibir el fruto, y se puso a gatas de nuevo, mientras sus mandíbulas continuaban trabajando. Luego cruzó la calle a rastras hasta la plaza y se tendió bajo los árboles, detrás del indio menudo, que no volvió la cabeza.

Los hombres le miraban con aire perezoso, inexpresivo, lo mismo que hubieran contemplado un desperdicio que rodase empujado por el viento. Después, su mirada se fijó, todavía perezosamente pero con un experto poder de observación, en las muchachas que se dirigían en grupos a sus respectivos trabajos, todas ellas cubiertas con pobres vestidos de algodón de colores claros, luciendo en el negro cabello peinetas de celuloide azul y amarillo brillantes, y en las jóvenes de clase alta, con severo

atuendo de misa: vestidos de gasa negra y finas mantillas negras, de encaje, sobre altas peinetas de concha, las cuales entraban despacio, abriendo ya sus grandes abanicos negros, en la iglesia del otro lado de la plaza.

Cuando hubo desaparecido la última muchacha, los ojos de los hombres indolentemente recostados pasaron a fijarse en las cabriolas de los seres que habitaban los alféizares y los balcones más próximos. Un gato de cuerpo alargado se enroscaba sobre sí mismo en la ventana de su casa, mirando con ojo vigilante a su enemigo el loro, aquel intruso de voz humana que le había engañado una y mil veces invitándole a acercarse, que encontraría comida. El loro inclinaba su ojo bronce-ágata hacia el mico, el cual empezaba a mofarse de él todas las mañanas al salir el sol, y continuaba sus burlas todo el día, en un lenguaje que el loro no entendía. El mico, desde la baranda del vecino balcón, saltó todo lo que le permitía la longitud de su cadena en dirección al loro, el cual chillaba y batía las alas, tirando de la correa que le sujetaba la pata. Cansado de ello, el simio se apartó, y el loro se puso a maldecir monótonamente, agitando las plumas. El olor de los cocos abiertos que subía del cesto del vendedor situado en la acera tentó al mico, que brincó con idea de alcanzarlos, se quedó balanceándose con encendida cólera, suspendido por la delicada cintura, y volvió a subir, trepando por su propia cadena, hasta llegar a puerto seguro.

Una mujer sacó el brazo por la ventana y le dio al loro una banana descompuesta de puro madura. El papagayo, con un ligero graznido de agradecimiento, la cogió con una zarpa y se puso a comer, fijando un ojo duro y amenazador en el mico, que parloteaba de codicia y miedo. El gato, que los despreciaba a los dos y no temía a ninguno porque gozaba de libertad para luchar o huir, según se le antojase, se sintió atraído por el olor de la carne cruda, no muy fresca, que colgaba a tajadas en el reducido puesto del carnicero, debajo de donde se encontraba él. Unos momentos después se deslizó por el alféizar y cayó silenciosamente encima de los desperdicios, a los pies del carnicero. Un perro sarnoso saltó sobre el gato, enseñando los dientes, y se produjo una precipitada carrera, amenizada con ladridos y bufidos entre los dos, hasta el árbol de la plaza más cercano, en el cual el gato hundió las uñas, librándose del peligro, mientras el perro, en su ceguera, tropezaba

con los sufridos pies del indio que estaba sentado en el banco. Pareció que el indio se movía apenas. No obstante, con una rapidez y una parquedad perfectas, estiró la pierna desde la rodilla y asestó un puntapié con el borde duro de la sandalia en las magras costillas del perro. Este, aullando todo el rato, retrocedió flechado hacia el tenderete del carnicero.

Uno de los hombres bostezó sin disimulo, sacudió el arrugado periódico que tenía delante, y examinó de nuevo la fotografía a toda plana del destrozado, destripado cadáver que yacía junto al pequeño cráter abierto por la explosión de la bomba en el patio del consulado sueco, sobre un fondo de plantas en tiestos y pajareras de mimbre. Después de todo, la única víctima mortal era un joven criado indio. Su cara no había sufrido ningún daño, y los ojos, completamente abiertos, expresaban una melancolía pacífica. Una mano yacía, delicadamente abierta, sobre un montoncito de entrañas coaguladas, junto al cadáver. Un hombre de una mesa vecina se levantó, se inclinó para contemplar la fotografía y sacudió la cabeza tristemente. Era un sujeto maduro, de rostro moreno aceitunado. El sudor le empapaba y deformaba las ropas de hilo blanco y el cuello de la camisa.

—¡Un feo asunto, sin embargo! —dijo con voz bastante fuerte—. ¡Un error, como de costumbre!

—Naturalmente, y el periódico lo dice bien claro —asintió el más joven, mostrándose de acuerdo con el diario y el vecino.

Y los dos se pusieron a leer el comentario editorial. El director estaba perfectamente seguro de que nadie en todo México, y menos todavía un ciudadano de Veracruz, podía sentir deseos de dañarle ni en un solo cabello al cónsul sueco, quien había demostrado ser un leal amigo de la ciudad, el más respetable y civilizado de todos los residentes extranjeros. Lo cierto era que la bomba iba destinada a un propietario, rico y sin escrúpulos, que vivía en la casa de al lado. Por algún error fatal —que jamás se censuraría demasiado severamente—, la explosión se había producido en el otro edificio. El director del periódico se daba perfecta cuenta de que tales percances podían acarrear incidentes internacionales de la mayor gravedad. Por ello, la ciudad de Veracruz se apresuraba a ofrecer las excusas más sinceras, profundas y sentidas al cónsul, a la nación grande y pacífica por él representada, y, ciertamente, estaba

dispuesta a proceder a todas y cada una de las reparaciones que la cortesía entre gobiernos impone en tales casos.

Muy afortunadamente, el cónsul estaba ausente en el momento de la explosión, saboreando su aguardiente con zumo de lima, en compañía de algunos miembros de su gabinete, en casa de un amigo. Todos los ciudadanos de Veracruz confiaban que el cónsul sueco consentiría en pasar por alto y perdonar el trágico error, dado que se estaban viviendo días duros, funestos, en los que el peligro acechaba por todas partes y a todo el mundo. Entretanto, el lamentable incidente hasta quizá podía dar frutos buenos, si servía para advertir a los desalmados, desvergonzados explotadores de los honrados inquilinos veracruzanos de que, efectivamente, la Revolución había alcanzado todo su poder, y de que los trabajadores estaban inconmoviblemente decididos a poner fin a todas las injusticias sociales y económicas, así como a vengarse plenamente de todas las que les habían hecho sufrir.

El lector más joven volvió la página, y los dos siguieron leyendo juntos. El director del periódico deseaba explicar otra circunstancia todavía. Evidentemente, nadie tenía ninguna culpa de que el festival preparado para celebrar la explosión de la bomba hubiese tenido efecto, a pesar de todo, a despecho de la lamentable falta de puntería de los encargados de la labor de destrucción. Los preparativos habían costado trabajo y dinero. Los fuegos artificiales habían sido encargados y pagados con ocho días de antelación, el espíritu de triunfo empapaba el aire. Hubiera resultado oprobioso defraudar a los alegres trabajadores de Veracruz, a sus encantadoras damas y a sus hijos, que se criaban en un mundo nuevo, de libertad para todos. El hecho de que la vida de un muchacho honrado, un miembro del sufrido proletariado, se hubiese extinguido tan prematuramente era, por supuesto, motivo de luto público. Se proyectaba honrar los restos de la víctima con un entierro grandioso, adecuado a un mártir de la gran causa de la libertad y la justicia. Además, a su apenada familia se le ofrecerían amplias compensaciones materiales. Las suscripciones voluntarias abiertas por todos los sindicatos locales de trabajadores habían proporcionado ya dos camiones llenos de ofrendas florales. Desde la puerta de la catedral hasta el borde de la fosa, cinco bandas de música interpretarían marchas fúnebres y canciones

revolucionarias, y se esperaba que todos los obreros y obreras que estuviesen en condiciones de andar tomarían parte en la inmensa procesión de duelo.

—¡Pua! ¡Se está cargando la atmósfera por aquí! —exclamó el lector joven, pasándose el pañuelo entre el pescuezo y el cuello de la camisa.

El de más edad dijo, bajando la voz hasta dejarla casi en un murmullo, y sin apenas mover los labios:

—Esos cerdos no van a quedarse a mitad del camino, se ve claro. No he cobrado de ninguno de ellos ni un peso de alquiler desde hace más de un año, y es muy posible que ya no lo cobre nunca más. Allá están, en aquel bloque de treinta y cinco casas del barrio de la Soledad, rascándose los piojos a costa mía. —Los dos hombres se miraron calladamente a los ojos—. Parece que no se dan cuenta de que estos procedimientos pueden convertirse en una espada de doble filo.

El lector joven movió la cabeza asintiendo. Los dos hombres se apartaron hasta donde los camareros no pudieran oírles. El más joven manifestó:

—Mis zapateros se han declarado en huelga cuatro veces en siete meses. Hablan casi en mis propias barbas de apoderarse de la fábrica. El día que lo intenten, todo el edificio arderá, se lo prometo. Todo está bien asegurado.

—¿A qué esperamos? —preguntó el otro, con impulsiva violencia, que quebró de súbito su tono reprimido—. ¿Cómo no buscamos cincuenta ametralladoras para apuntarlas anoche sobre ese festejo? Ellos todavía no son dueños del Ejército. ¿Cómo no enviamos a buscar tropas? ¿Cincuenta ametralladoras? ¿Por qué no cinco mil? ¿Por qué no un vagón de granadas de mano? ¿Qué os pasa? ¿Estamos perdiendo la dignidad?

El joven miraba fijamente al frente, como si en su cerebro se desarrollara en aquellos momentos un espectáculo muy interesante.

—La cosa solo ha empezado —opinó, con una sonrisa de complacencia—. Dejemos que siga su curso un poco más, hasta que sea algo de lo cual valga la pena ocuparse. No se apure, les haremos papilla. Nunca vencen. Son ganado y nada más. Lo son tanto, que ni siquiera saben que no hacen otra cosa que luchar por un cambio de dueños. Es decir, yo voy a seguir siendo dueño durante una buena

temporada todavía.

—No será así si nos limitamos a continuar sentados y dejamos que se nos echen encima como un enjambre —arguyó el más maduro.

—Ellos nunca vencen —repitió el joven.

Y siguieron su camino.

Los que se habían quedado detrás empezaban a alejarse lentamente de la terraza, dejando sus periódicos sobre las mesas. Las calles —observaban con disgusto— empezaban a hormiguear con el último rebaño de gente llegada a la ciudad para embarcar en el buque siguiente, aves de paso de Dios sabe dónde, parloteando en sus toscos idiomas. Ni siquiera el español era el mismo español de México. En cuanto a las mujeres que había entre ellos, exceptuando ocasionalmente la belleza suave de una auténtica muchacha mexicana, eran siempre lo mismo, fuere cual fuese su extraña nacionalidad de que procedieran: espantapájaros de edad madura, muy pintadas y demasiado gordas o demasiado flacas, y unos bichos jóvenes, de pecho liso y voz fuerte, con el cabello cortado, que andaban a grandes zancadas con zapatos de tacón bajo y faldas cortas que mostraban unas piernas no destinadas a ser vistas por otros ojos que los de Dios. Si se presentaba alguna excepción a estas reglas, ellos la pasaban por alto. Todos los forasteros eran igualmente odiosos y absurdos.

Los moradores de Veracruz no se cansaban nunca del pasatiempo de ridiculizar la figura de las extranjeras, sus vestidos, sus voces, su manera de portarse, tan poco femenina…, las norteamericanas muy especialmente. En aquellos barcos llegaban y marchaban, a veces, personas ricas e importantes que apenas se dejaban ver, excepto en coches rápidos, o solo por un momento, señoriales, entre sus montañas de equipaje caro, en el muelle o el andén. Su aspecto no importaba mucho, de todos modos. A estos se los ridiculizaba en otros terrenos más elevados. Estos —con todo lo inconscientes y desenvueltos que parecían, dando órdenes a cuantos tenían delante, sin mover, ellos, por su parte, ni un solo dedo—, estos estaban marcados para ser destruidos (así se lo decían los dirigentes obreros a sus seguidores) y se les podía contemplar ya con cierta curiosidad, como a una especie en proceso de extinción… Los espectadores sentenciaron que el nuevo contingente era una

cosa normal, ni mejor ni peor que de costumbre, aunque siempre se ofrecían variaciones divertidas.

El oficinista del hotel salió a entrever un momento la luz del día, y los camareros, dentro de sus chaquetas blancas, arrugadas y manchadas, se pusieron a limpiar a golpe de trapo el polvo y las migajas de las mesas, preparándolas para el almuerzo, al mismo tiempo que observaban con desprecio que su cupo particular de viajeros del día entraba de nuevo en chorro irregular para un descanso antes de dispersarse toda la mañana por la ciudad.

Ciertamente, los viajeros no ofrecían el mejor de los aspectos. Habían bajado del tren que los trajo del interior, todavía envarados después de haber intentado dormir completamente vestidos en sus asientos, con la mente atormenta: da al ver desgajadas de raíz sus respectivas vidas, un poco lúgubres a causa de una misteriosa sensación de fracaso, de despedida obligada, de falta —por más que pudiera ser breve— de hogar. Imperfectamente lavados, desaliñados y polvorientos, vagamente ausentes, con ojeras de la fatiga y la ansiedad, cada uno llevaba consigo documentos sellados como prueba de que había nacido en determinada fecha y lugar, tenía un nombre para sí solo, un arraigo más o menos fuerte en este mundo, un viaje a la vista por buenos y suficientes motivos, y bienes dignos de que en las fronteras internacionales le mostrasen consideración.

Cada uno confiaba que aquellos documentos le procurarían al menos una momentánea inmunidad contra los azares de la aventura que había emprendido, y lo primero que pensaban todos y cada uno era que debían marcharse al instante, antes de que llegase el resto del pasaje, y resolver primero sus asuntos particulares en las varias oficinas, consulados y departamentos de esto y aquello. La empresa empezaba a parecerse no tanto a un viaje como a una carrera de obstáculos.

Por el momento todos guardaban cierta semejanza, todos compartían una esperanza común. Individual y colectivamente, vivían con el solo objetivo de subir sin novedad, todos el mismo día, a un barco alemán que en aquellos momentos estaba esperando en el puerto. Había llegado de Sudamérica, costeando todo el continente, y se dirigía a Bremerhaven. Rumores alarmantes habían salido raudos al encuentro de los viajeros aun antes de que estos abandonaran la ciudad de México. Por toda la costa soplaban

tremendos huracanes. En la misma Veracruz se acercaba a toda velocidad una revolución o una huelga general. El tiempo diría cuál de las dos cosas. En varias ciudades litorales se había declarado una ligera epidemia de viruela. Ante esta noticia, los forasteros habían corrido a vacunarse, y ahora todos estaban con fiebre y con una llaga infectada y cubierta por una costra, más arriba de la rodilla o del codo. Se había dicho también que quizás el barco alemán retrasase la salida, pues había perdido tiempo al permanecer encallado por espacio de tres días en un banco de arena a la altura de Tampico. Pero la última noticia afirmaba que se encontraba en el puerto y que zarparía en la fecha señalada.

Al parecer, los pasajeros viajarían, más que nunca, por su propia cuenta y riesgo, y su presencia en Veracruz demostraba que la necesidad y no los caprichos de un viaje de placer les empujaba a realizar su intento aun ante aquellos factores adversos. Evidentemente, todos ellos se hallaban en situaciones que oscilaban entre modestamente acomodados e incómodamente pobres, pero cada uno, en su medida, padecía de insuficiencia de medios. Se deducía al momento su pobreza, al observar la ansiedad que todos manifestaban por los precios; el cuidado con que abrían carteras y bolsos; la cautela con que contaban el cambio con la frente arrugada y el dedo certero; el estremecimiento de terror sufrido por un hombre que se puso la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y temió, por un instante aterrador, que le habían quitado el dinero.

Todos creían dirigirse a un lugar que, por determinados motivos, sería preferible al que estaban abandonando, pero era necesario hacer el traslado reduciendo en lo posible la demora y el gasto. Demoras y gastos habían sido su sino común, a manos de un ejército de buscadores profesionales de propinas, recaudadores de honorarios, empleados consulares medio dormidos, y aburridos funcionarios de Emigración, a los cuales no les importaba lo más mínimo si los viajeros llegaban a su barco o caían muertos por el camino. Veían demasiados de la misma especie todos los días, el día entero, con aquel desazonado aire de inquietud doméstica y financiera levantándose como un vaho de sus ropas de aspecto respetable. A los empleados no les importaba aquella gente. Bastantes preocupaciones tenían con sus asuntos personales.

Durante casi veinticuatro horas, los viajeros, anónimos, sin fisonomía, su humanidad casi agotada, encerrados en su interior sus sufrimientos individuales, memorias, intenciones y frustradas voluntades, corrieron obstinadamente (porque había una huelga de taxistas), sudando, desesperados, hambrientos (había una huelga de panaderos y otra de repartidores de hielo) del hotel al departamento de Emigración, a la Aduana, al Consulado, al pie del barco, y otra vez a la estación, en una serie de intentos finales por reunir los desgarrados cabos de sus vidas y sus bienes. Cada uno hizo transportar su equipaje por un mozo de cuerda, que se hizo cargo del mismo como si fuera el dueño absoluto, imponiendo torva y arbitrariamente la ley. Los tales mozos de cuerda desaparecían enseguida con las pertenencias de los pasajeros, como si se los hubiese tragado la tierra. Y… ¿adónde se habían ido? ¿Cuándo volverían? Todo el mundo empezó a sentir la necesidad del cepillo para el cabello, camisas limpias, blusas, pañuelos de bolsillo… Los viajeros se sintieron todo el día mugrientos y molestos, sin que ni aun el agua limpia les refrescase.

De ese modo se atormentaban los forasteros, que coincidían una y otra vez en todos los incómodos lugares que el destino les obligaba a visitar, compartiendo las mismas miserias: un calor casi insoportable, un sol vengativo, blanco, rabioso, pesado como el plomo; una comida mala, mala hasta más allá de lo que fuera posible creer, servida con furioso manotazo ante sus estirados rostros por unos camareros insolentes. Todos ellos, al menos una vez, habían apartado de sí un plato de cierta sustancia grasienta con una mosca o una cucaracha nadando en medio, y habían pagado sin quejarse, enloquecidos y estupefactos a la vez, y dando propina al camarero, además, porque se notaba en el aire el olor acre de la violencia. Eran capaces de matarle a uno por el gesto o la palabra más insignificante, y ello sería un final estúpido. Todos habían acabado por adherirse a una dieta de café negro, cerveza tibia, limonada sintética embotellada, bizcochos húmedos y salados en botes de hojalata, y leche de coco bebida directamente de la cáscara. Sus mozos de cuerda regresaban a la hora más inesperada a sangrarlos de nuevo, dándoles informaciones equivocadas y pidiendo nuevas propinas para corregir los errores que ellos mismos habían cometido. La sangría trivial pero continua a que estaban

sometidos sus espíritus y sus bolsas continuaba como una pesadilla, sin ningún progreso visible en sus apremiantes asuntos. Las mujeres se dejaban llevar por ataques de llanto, los hombres por accesos de mal genio, que no les conducían a ninguna parte, y todos tenían los párpados enrojecidos y los pies terriblemente hinchados.

El apuro en que se hallaban no los unía ni en el compañerismo del sufrimiento. Al contrario, cada uno decidía conservar su orgullo y aislarse dentro de sí mismo. Después de hacer caso omiso los unos de los otros durante las primeras y febriles horas, empezaba a asomar en aquellos ojos, que se encontraban, aun contra su voluntad, por vigésima vez, una mirada, indicadora de que si bien con hostilidad, sin querer confesarlo, se reconocían. «De modo que aquí está usted otra vez, y yo no le había visto en mi vida», decían los ojos, apartándose de aquella cara y fijándose tenazmente en los asuntos particulares de su dueño. Los viajeros presenciaban las humillaciones que tenían que soportar uno tras otro, explicando sus asuntos personales donde les oía todo el mundo, y contestando repetida, incansablemente, preguntas embarazosas, para que un escribiente menudo y empalagoso las anotase una vez más. Se paraban en pequeños grupos delante de los mismos panoramas, leían los rótulos en voz alta y a coro, hacían preguntas a los mismos transeúntes, pero no se establecía entre ellos lazo alguno. Era como si pensando en el largo viaje que les esperaba, hubiesen llegado a la común conclusión de que nunca es bastante la cautela al tratar a la gente que el azar, la casualidad nos hacen conocer.

—¡Bien, ahí vienen otra vez nuestros burros! —dijo el oficinista del hotel a los camareros que se encontraban más próximos.

Los mozos, columpiando sus grasientos paños, dirigieron despectivas miradas (sin el menor disimulo, antes al contrario) al heterogéneo grupo de seres humanos que tomó posesión de la terraza, dejándose caer alrededor de las mesas y permaneciendo sentados allí, sin objetivo, como si hubieran naufragado ya. Allí estaba de nuevo aquella mujer disparatadamente gorda, de piernas como troncos de árbol. Su gordo marido, con el polvoriento traje negro, y el gordo bulldog blanco. «No, señora —le había dicho con dignidad el oficinista la víspera—. Aunque esto no sea más que México, no admitimos perros en nuestras habitaciones». La ridícula mujer besó al perro en el húmedo hocico antes de confiarlo al

muchacho que lo ató en el patio de la cocina para que pasara allí la noche. «Bebé», el bulldog, había soportado la odisea con el silencio plañidero de su heroica estirpe, y no abrigó resentimientos contra nadie. Sus dueños se pusieron a explorar al momento las profundidades del gran cesto de comida que llevaban consigo a todas partes.

Una mujer alta y delgada —una «muchacha» zanquilarga, de cabeza menuda, con el cabello muy corto oscilando sobre el largo cuello, y un vestido verde caído azotándole las pantorrillas— entró de prisa, hablando con voz estridente, en alemán, como un pavo real, a su compañero, un hombre bajito, parecido a un budín relleno, rubicundo y con hocico de cerdo. Un hombre alto, de articulaciones sueltas, pies y manos insólitamente grandes y cabello rubioblanco cortado en cepillo sobre su frente intensamente arrugada, anduvo errabundo por allí como si no conociera el lugar, volviose, se sentó solo, y cayó en trance. Un niño pelirrojo, de aspecto delicado, que tendría unos ocho años, jadeaba y sudaba dentro de un traje de jinete mexicano, de cuero color naranja, y sus bronceadas pecas resaltaban en medio de la palidez verdosa del cutis. Su padre, un alemán de aspecto enfermizo, y su madre, una alemana triste y exasperada, le exhortaban a que siguiera andando delante de ellos.

El muchacho iba diciendo monótonamente:

—Yo quiero ir, madre… Yo quiero *ir*.

Y se retorcía en un estremecimiento.

—¿Ir adónde? —le preguntó la mujer con voz estridente—. ¿Qué quieres? Habla claro. Nos vamos a Alemania. ¿No te basta con eso?

—Yo quiero ir —repetía el niño tristemente, apelando a su padre.

Los protagonistas intercambiaron una mirada, y la madre exclamó:

—¡Dios mío, mi cerebro se resiste a funcionar!

El padre cogió al niño de la mano y le guio precipitadamente por el tenebroso pasillo.

—Figúrate esos turistas —le dijo el oficinista a un camarero—. ¡Vestir de cuero a un chico en agosto, convertirle al pobre en un mico!

La madre volvió la cabeza al oír estas palabras, se sonrojó y se

mordió los labios. Luego, calladamente, escondió la cara entre las manos y se quedó sentada allí, perfectamente inmóvil, durante unos momentos.

—Hablando de micos, ¿qué nombre le das a *aquello*? —preguntó el camarero, con un movimiento casi imperceptible del trapo en dirección a una joven, una americana, que llevaba pantalones de algodón azul oscuro y una camisa de algodón celeste. Un ancho cinturón de cuero y un pañuelo al cuello, de algodón azul estampado, completaban su equipo, que había cogido, sin permiso, de la tienda de ropas de trabajo del indio mexicano asentado en la ciudad. Llevaba el cabello con la raya en medio y enrollado en un moño sobre la nuca, un estilo más bien anticuado en Nueva York, pero muy apropiado todavía en México. El joven que la acompañaba lucía un traje de hilo blanco, limpio y bien cuidado, y un panamá corriente.

El oficinista bajó la voz, aunque no lo bastante, y pronunció el insulto más ofensivo que conocía.

—Es una mula, quizá —aventuró.

Mientras se alejaba, observó con satisfecho rencor que los americanos también entendían el español. La mujer se atiesó. La hermosa nariz del joven se puso pálida y afilada, y se miraron uno a otro como enemigos.

—Te dije que aquí te pusieras una falda —refunfuñó él—. Sabías de sobra lo que tenías que hacer.

—Cállate —replicó la joven con voz cansada, inexpresiva—. Cállate, sencillamente. No puedo cambiarme hasta que lleguemos al barco.

Cuatro bonitas muchachas españolas, de cutis moreno y con un aire profesionalmente impúdico, las tenues faldas negras demasiado ceñidas a las esbeltas caderas, los volantes de sus enaguas encarnadas asomando andrajosos sobre sus graciosas piernas, habían paseado por toda la plaza de arriba abajo y de un lado para otro y se habían metido por las estrechas callejuelas laterales con sus paredes de yeso blanco, manchado, llenas de agujeros de balas. Habían entrado y salido precipitadamente en las tiendas y se sentaban apretujadas en la terraza, comiendo fruta y arrojando las pieles por el suelo, mientras su apasionado parloteo en español continuaba incesante cual si fuesen una bandada de pájaros que se

peleasen. Las acompañaba un número igual de jóvenes morenos y delgados, de cabello negro, sedoso y grasiento pegado a los estrechos cráneos, anchos cinturones ciñendo sus delgados talles, y un par de preciosos y precoces gemelos, varón y hembra, que tendrían quizás unos seis años. Eran los únicos pasajeros que habían tomado parte en la verbena de fuegos artificiales y en el baile la noche anterior. Cuando los cohetes se remontaban al cielo, ellos soltaban alegres exclamaciones, bailaron unos con otros en medio de la muchedumbre, Luego se separaron un poco y bailaron otra vez, ellos solos, la jota, la malagueña, el bolero… tocando las castañuelas. A su alrededor se había reunido una densa multitud, y al final una de las muchachas pasó entre los espectadores levantándose la falda por delante para recoger las monedas que le echaban, y moviendo los volantes de las enaguas, que producían un continuo frufrú.

La formalización de trámites relacionados con aquella compañía de teatro había requerido una cantidad excesiva de gestiones. Sus componentes andaban en un grupo indisciplinado, llamando a los críos, los cuales les desobedecían a todos por igual y eran zurrados y arrastrados en séquito por todos indistintamente. Aturdidos, con unos fardos informes, mal envueltos, los ojos lanzando destellos y las caderas ondulando ostensiblemente, a cada momento se les veía más desaliñados, pero su ánimo no decaía nunca. Finalmente, precipitándose por la terraza, se arracimaron alrededor de una mesa, se pusieron a aporrearla y llamaron al camarero, pidiendo a gritos lo que querían, todos a la vez. Incluso los niños se unieron sin temor alguno al coro.

Una mujer discretamente delgada, recién entrada en la madurez y Vistiendo un vestido corriente, de tela azul marino, con el cabello negro, la cara más bien menuda y bonita, y los ojos, azul Oscuro y vivos, sombreados por un ancho sombrero también azul, miró a los españoles con cierto disgusto mientras se subía la corta manga del brazo derecho, para echar Otro vistazo al punto en que la mendiga la había pellizcado. En el blanco músculo del brazo se había formado una tumefacción dura, como una mancha cárdena y azul. La mujer sentía el deseo de enseñar aquella dolorosa magulladura a alguien, de decir en tono ligero, como si hablase de otra persona: «Sin duda esto no es una de esas cosas que suelen suceder, ¿no le

parece?». Pero como no había nadie a su lado, se bajó y alisó la arrugada manga. Aquella mañana había salido del hotel luego de tomar un baño frío y una buena ración de café caliente —a pesar de lo malo que estaba—, sintiéndose algo menos derrengada después de haber dormido, para hacer otra visita a la Oficina de Emigración. La mendiga estaba sentada, con la espalda recostada en la pared, las rodillas levantadas bajo una profusión de faldas desgarradas, comiendo un pimiento verde y caliente envuelto en una tortita. Al ver a la americana, dejó de comer, se pasó la tortita a la mano izquierda, levantose desgarbadamente y se acercó a su presa moviendo de prisa las delgadas canillas, los amarillos ojos de su cara color de cuero apuntados fijamente, como un arma.

—Deme una limosna al momento, en nombre de Dios —dijo en tono amenazador, golpeando vivamente en el codo a la extranjera, la cual recordaba de pronto la complacida y clara vibración de justa cólera con que había contestado, en su mejor español, que no haría tal cosa.

Instantáneamente, la mendiga, con el aire feroz de un halcón precipitándose sobre su presa, había lanzado sus largas zarpas como una flecha, cogido un buen pellizco de carne cerca del hombro y retorcido y vuelto a retorcer dolorosamente, hundiendo las uñas en la piel. Luego, sin perder un instante, huyó, golpeando el pavimento con los pies descalzos.

En fin, aquello había sido una pesadilla. «Naturalmente, cosas como esta no suelen suceder, o, al menos, no suelen sucederme a mí», decíase la señora del vestido azul. Y se inclinó, se frotó la cara con el pañuelo y dirigió una mirada a su reloj.

El alemán obeso del negro traje polvoriento y su obesa mujer inclinaron y juntaron las cabezas y se dijeron algo en secreto, expresando la mutua conformidad con un gesto. Cruzaron la plaza con el cesto de la comida y el perro, y se sentaron en el banco, en el extremo opuesto al que ocupaba el inmóvil indio. Comían despacio, retirando el blanco papel translúcido de los enormes y blancos emparedados, bebiendo el uno después del otro con el vaso que servía de tapón a un enorme termo. El blanco y gordo perro estaba sentado a sus pies, la confiada boca levantada, abriéndose y cerrándose con un sonoro *plop* sobre los bocados que le echaban. Sólida, gravemente, con dignidad, comían y comían, sin que el

menudo indio que estaba sentado cerca de ellos hiciera el menor gesto. El hundido vientre se le movía apenas al compás de una leve respiración. Con dedos expertos de buena ama de casa, la alemana envolvió los trozos de emparedado que quedaban y los dejó en el banco, cerca del indio. Este dirigió una sola y rápida mirada al paquetito y volvió la cabeza de nuevo.

Los alemanes, con el cesto y el perro, regresaron a su mesa y pidieron una botella de cerveza y dos vasos. El mendigo mutilado se levantó de debajo del árbol, husmeando, y se arrastró hacia el punto de donde partía el olor a comida. Irguiéndose un poco, abrazó el paquete con los muñones envueltos en cuero, lo dejó en el suelo, y apoyándose en el banco, dobló la espalda y se puso a comer desde el pavimento, engullendo y tragando sonoramente. El indio continuaba inmóvil, mirando hacia otra parte.

La chica de los pantalones azules estiró el brazo, dio unas palmaditas en la cabeza al bulldog blanco y lo acarició.

—Es un perro cariñoso —le dijo a la alemana.

Esta, sin mirar de frente a la desconocida, contestó amablemente, aunque en tono vago, en un inglés casi correcto:

—¡Oh, mi pobre «Bebé»!… Es tan bueno y tan sufrido que solo temo que a veces pueda ver en todo esto un castigo por nuestra parte.

Y derramando un poco de cerveza en el pañuelo, lavó con ternura el ancho rostro del can, y casi con la misma ternura, se desentendió de la chica americana, tan impropia y antiestéticamente vestida.

La joven del cabello corto y el traje verde alarmó a todo el mundo al ponerse en pie de un salto y gritar en alemán:

—¡Oh, miren qué pasa! ¡Oh! ¿Qué le están haciendo?

Sus largos brazos se agitaron en un revuelo y señalaron en dirección al corpulento árbol de la plaza.

Media docena de indios bajitos habían salido de la sombra de la iglesia, llevando cada uno un rifle debajo del brazo, y con paso resuelto, menudo, ligero, pero sin precipitación, se acercaban al indio del banco. Este les miraba sin cambiar de expresión. Las caras de los otros carecían de severidad, tenían un aire impersonal, secreto. El grupo se paró delante del solitario, lo rodeó, y este, sin una palabra, sin una mirada, sin un momento de pausa se levantó y

se fue con ellos. Todos caminaban silenciosamente con sus destrozadas sandalias y sus calzones blancos de algodón que les batían en los tobillos.

Los viajeros contemplaban la escena con apatía, como si se ahorrasen una curiosidad que había de quedar insatisfecha. Además, lo que le ocurriese a cualquiera en aquella ciudad (sí, hasta a ellos mismos), no era cosa de su incumbencia.

—No se estruje los sesos —le dijo el hombre del hocico porcino a la muchacha de verde—. Aquí eso no es un suceso desacostumbrado. ¡Al fin y al cabo solo van a fusilarle! ¡Quizá haya robado un puñado de pimientos picantes! O puede ser que se trate, sencillamente, un asuntillo de política local.

El comentario sacó de su modorra al hombre delgado y rubio de los pies y las manos enormes, el cual desplegó el largo cuerpo, separó las piernas y fijó en el sujeto regordete su ceño, invariablemente fruncido.

—Sí —dijo en alemán con acento extranjero y con un vozarrón retumbante—. Es muy posible que eso tenga que ver con la política. Aquí no hay otra cosa. Política, huelgas y bombas… Imagínense, hasta en el Consulado sueco han de poner una bomba. Aunque fuese por accidente, como ellos dicen… ¡Mentira! ¿Por qué el Consulado sueco, precisamente, si se me permite preguntarlo?

El sujeto del hocico porcino se puso furioso instantáneamente y respondió con voz fuerte y vulgar:

—¿Por qué no en el Consulado sueco, para variar? ¿Por qué los demás no han de sufrir también algún pequeño contratiempo alguna vez? ¿Por qué han de ser siempre los alemanes las víctimas en estos malditos países extranjeros?

El hombre alto y huesudo pasó por alto la pregunta. Doblose otra vez en el asiento, sus blancas pestañas se cerraron sobre los descoloridos ojos y chupó con la paja la limonada que tenía delante, sin reposar un momento. Los otros alemanes presentes se revolvían inquietos, los rostros petrificados en una dura expresión de reproche. «Intempestivo, indecoroso… Ese es el tipo de alemán que nos da a todos mala reputación en tierras extrañas», decían mojigatamente sus caras.

El sujeto bajito estaba sonrojado e hinchado. Parecía irritado por alguna grave ofensa personal. Siguió un silencio largo, penoso,

castigado por el sol. Después, un movimiento, un levantarse y empujar las sillas, un reunir los paquetes, un lento echarse a la deriva hacia la dispersión. El barco zarparía a las cuatro. Era hora de marcharse.

El doctor Schumann cruzó la cubierta con el rítmico paso de un antiguo militar y se quedó firmemente plantado junto a la baranda, flojo el cuerpo pero sin abandono, las manos al costado, contemplando la desmadejada procesión que subía por la pasarela. Tenía semblante grave, una hermosa nariz aquilina, una cabeza bien formada y dos notables cicatrices, fruto de otros tantos duelos, en la mejilla izquierda. Una de ellas era una «preciosidad», como suelen decir los alemanes. La terrible cuchillada desde la oreja a la boca, que perfectamente colocada, en otro tiempo debió dejar las muelas al descubierto. Sanada hacía años, la cicatriz ostentaba una superficie rugosa, formando una ancha costura. El doctor Schumann la llevaba bien, lo mismo que sus sesenta años: ambas cosas le favorecían. Sus ojos castaño claro, fijos en determinado punto por donde la gente pasaba al acercarse, estaban desprovistos de curiosidad especulativa. Solamente había en ellos una bondad abstracta, incluso cierta dulzura. Se le veía un hombre amable, bien educado y con un perfecto dominio de sí mismo, de pie ante un fondo de oficiales de a bordo, de cabello rubio claro, muy jóvenes, más bien de corta estatura, vestidos de blanco, y una tripulación de marineros recios, sólidos, de caras rudas, que iban y venían ocupándose de sus deberes, cada uno con la faz inexpresiva y el aire resuelto del subalterno perfectamente disciplinado.

Los pasajeros, emergiendo de la húmeda oscuridad de los barracones de Aduanas, parpadeando bajo la claridad cegadora del sol, tenían todos, invariablemente, el aire de inválidos que se arrastrasen hacia el interior del hospital con la última reserva de energía de sus piernas. El doctor Schumann se fijó en una de las jorobas más exageradas que hubiese visto en su vida, en un enano que, mirado desde arriba, parecía tener las piernas articuladas en los omóplatos, el acantilado pecho acunado en la oscilante pelvis, y la cabeza (con su cara larga, enjuta, paciente y dolorida) reposando en la corcova. Inmediatamente detrás de él, un muchacho alto, de

deslumbrante cabello rubio oro y boca arisca, empujaba a sacudidas una ligera silla de ruedas ocupada por un hombrecillo exhausto, moribundo, con unas patillas delgadas y negras moteadas de gris, las extendidas manos impotentes sobre la manta parda que le cubría las rodillas, y los ojos cerrados. La cabeza del enfermo se mecía levemente con el movimiento de la silla. Por lo demás, no daba ninguna otra señal de vida.

Una joven mexicana, enervada, abatida por un alumbramiento reciente, vistiendo el luto elegante, perpetuo de las de su casta, subía despacio, apoyándose en el brazo de la niñera india que llevaba al pequeño. El largo vestidito bordado se derramaba por encima del brazo de la sirvienta casi hasta el suelo. La india llevaba unos pendientes cargados de refulgente pedrería. Debajo de su ancha falda plebeya, cubierta de brillantes bordados, sus menudos pies avanzaban y se retiraban con recato. Seguía luego una pareja rara, los amorfos progenitores de la talluda muchacha que caminaba en medio, más alta y robusta que su padre y su madre. Los tres miraban a su alrededor con cara embotada, aturdida. Dos sacerdotes mexicanos, muy parecidos por su mirada ceñuda y sus carrillos de un azul oscuro, describieron una curva con paso vivo, para sortear la fila, y se situaron a la cabeza de la misma.

—Mala suerte para este viaje —dijo un oficial joven a otro.

Y ambos apartaron la vista discretamente.

—Peor sería si fuesen monjas —respondió el segundo—. ¡Se precisan monjas para hundir un barco!

Las cuatro bonitas y zarrapastrosas muchachas españolas —el negro cabello alisado descendiendo sobre las orejas, zapatos negros de delgada suela, sobradamente desgastados en sus altos tacones—, repartiendo besos a su alrededor, se despedían sin prisas, de media docena de jóvenes de la población, que les habían traído flores y cestos de fruta. Al cabo de unos momentos se reunió con ellas su propia colección varonil formada por los cuatro muchachos de cintura de avispa, y todos juntos subieron animadamente, las muchachas echando vistazos muy significativos a la fila de jóvenes y rubios oficiales. Los mellizos, con la cara manchada y comiendo sin cesar de unas pringadas bolsas de papel llenas de dulces, les seguían como si no tuviesen nada que ver con ellos. Subió a continuación un lote de americanos, casi sin rasgos que los

distinguiesen a los ojos del doctor Schumann…, excepto el de que no podían ser otra cosa que americanos. Eran, en general, más delgados y de huesos más finos que los alemanes, pero no tan airosos como los españoles y los mexicanos. Además, al doctor le resultaba imposible clasificarlos, como podía hacer con los otros. Todos tenían caras notablemente tensas, preocupadas, y, sin embargo, su expresión no revelaba casi nada de sus respectivos caracteres.

Una mujer de mediana edad, bastante bonita y que vestía de color azul oscuro, parecía muy respetable, pero una extensa magulladura irregular en el brazo, no cubierta por la corta manga, fruto muy probablemente de un pellizco amoroso, le daba un aire ligeramente obsceno que le sentaba muy mal. La muchacha de los pantalones azules era de hermosos ojos, pero sus modales atrevidos, frívolos, estropeaban su figura a los ojos del doctor Schumann, quien creía que el recato era la característica que más podía adornar una muchacha. El joven que iba a su lado ofrecía un perfil enérgico, con una nariz romana, cual un caballo voluntarioso y de temple frío, y tenía los ojos hundidos y reservados. Un sujeto joven, alto y moreno, que andaba bamboleándose, del cual el doctor Schumann recordaba que había embarcado en algún puerto de Texas, había bajado a tierra y en aquellos momentos regresaba, rezagándose detrás de las muchachas españolas, a las que miraba con expresión que solo podía ser definida como de mofa.

La multitud seguía ascendiendo penosamente cuando el doctor Schumann perdió interés por ella y se alejó. Los oficiales ya se habían dispersado. Y los obreros del puerto, efectuada la carga del barco, empezaron a gritar y a correr de un lado para otro. Quedaba todavía equipaje, niños y adultos que no estaban a bordo, y los que se encontraban ya sobre cubierta deambulaban desorientados, con el aire de personas que han abandonado en la costa algo muy importante, aunque no acierten a definir lo que es. En grupos dispersos, mudos, sin relación entre sí, otros pasajeros permanecían aún observando ociosamente cómo los estibadores manejaban los cables de las grúas de carga. Bultos informes y balas, somieres y colchones mal embalados, sofás, estufas y cocinas de aspecto barato, pianos metidos en cajones ligeros y viejos baúles de cuero eran introducidos en los sollados, junto con un vagón de baldosas

de Pueblo y unos millares de lingotes de plata para Inglaterra, una tonelada de chicle en bruto, pacas de cáñamo y sacos de azúcar con destino a Europa. El barco no era uno de esos transportes especializados para géneros raros, ni mucho menos un elegante navío de placer que hubiese descendido de Nueva York, todo él pintura reciente y lujosa decoración interior, con muchedumbres de elegantes turistas, de bolsillos llenos de dinero. No, el *Vera* era un buque mixto de carga y pasaje, muy firme y ancho de vientre a su manera, que bandeaba, año sí y otro también, de un remoto puerto a otro; un buque honrado, digno de confianza y doméstico como un ama de casa alemana.

Los pasajeros examinaban su barco con el interés y el espontáneo afecto que hasta el barco más feo inspira, con la sensación de que todos sus asuntos personales quedaban trasladados por fin a la bodega y a los camarotes del buque. Entonces empezaron a acercarse a la pasarela: la muchacha vocinglera vestida de verde; la pareja obesa con el bulldog; una alemana vestida de negro, pequeñita y redonda, de trenzas castañas y lisas, y con una gruesa cadenilla de oro en el cuello; y un judío alemán, bajo y de cara preocupada, que transportaba una gruesa maleta de muestras.

En el último momento, apareció al pie de la pasarela el grupo de una boda en festiva agitación: una profusión de sombreros de encaje y de vestidos de colores delicados para las mujeres, inmaculada ropa blanca y claveles en los ojales para los hombres. Era una boda mexicana, con varias muchachas norteamericanas entre las doncellas de honor. El novio y la novia eran jóvenes y guapos, aunque en aquel momento estaban cansados y decaídos, y su rostro reflejaba agotamiento por la larga prueba sufrida, que ni entonces había terminado del todo aún. La madre del novio no se apartaba de junto a su hijo, llorando dulce y copiosamente, besándole en la mejilla y murmurando como una tórtola americana:

—¡Oh, alegría de mi vida, hijito de mi corazón! ¿Es posible que te haya perdido?

Mientras el padre la sostenía por el brazo, ella abrazó al joven, y este besó a ella, le dio unas palmaditas en las mejillas, bien cargadas de colorete y de polvos, y murmuró, como hijo que sabe cumplir con su deber:

—No, no, dulce mamá querida. Dentro de tres meses estaremos de regreso.

Con eso, la madre del novio se desprendió de él, gimió cual si le hubiese asestado un golpe mortal, y, sollozando, cayó en brazos de su marido.

La novia, con un vestido de viaje que delataba su condición de recién casada, y rodeada de sus doncellas de honor, estaba en medio de sus padres, que la tenían prendida cada uno de una mano. Los tres tenían la cara serena, grave y muy parecida, y esperaban con paciencia y con un toque de severidad, como si aguardasen el final de una ceremonia fastidiosa y aburrida, pero insoslayable. Por fin, las doncellas de honor, animadas de nuevo por el sentido del deber, sacaron cada una de ellas una especie de caprichoso cesto de arroz y empezaron a esparcirlo a su alrededor, con una sonrisa petrificada, que se notaba únicamente en los labios, los ojos nerviosos y vigilantes. Daban la sensación, mientras sembraban los blancos granos, de que los momentos de alegría de aquella solemnidad habían pasado ya. Por último los novios subieron rápidamente por la pasarela, que casi al momento empezó a levantarse, y abajo las familias y amigos formaron un grupo compacto que agitaban manos y pañuelos. Ellos se volvieron y saludaron una sola vez a sus atormentadores agitando las manos con ademán un poco desarreglado. Luego, cogidos de las manos y casi corriendo, cruzaron el barco en línea recta hasta el extremo más apartado de la cubierta. Llegaron a la baranda como a un refugio, y, arrimados el uno al otro, se inclinaron mirando al mar.

El barco se estremeció, balanceose, se levantó y viró lentamente mientras el latido de los motores aumentaba hasta convertirse en un firme martilleo. Los remolques acudieron ladrando y farfullando, arrimaron los hocicos a sus costados y pronto apareció un trecho —que se ensanchaba lentamente— de agua sucia entre el barco y los enormes parachoques del muelle. De súbito, por un movimiento colectivo, como si estuvieran abandonando una tierra querida, los pasajeros se apiñaron sobre cubierta, se alinearon en la barandilla, miraron con sorpresa la costa que retrocedía y agitaron las manos y llamaron y enviaron besos a los racimos de gente del muelle, que tenían entonces un aire solitario y que correspondieron gritando y agitando manos y pañuelos a su vez. Todos los barcos del puerto saludaron con sus banderas, la reducida banda de cubierta atacó unos cuantos compases de *Adieu, mein kleiner Garde-Offizier, adieu, adieu…*, y luego, recogidos los instrumentos con indiferencia, desaparecieron sin dirigir una postrera ojeada a Veracruz.

Del bar salió un mexicano monstruosamente obeso que llevaba una camisa de algodón color cereza y unos pantalones caídos, de sarga azul, y blandiendo una enorme jarra de cerveza, fue hasta la baranda, abriose paso a codazos entre unos cuerpos condescendientes y se puso a cantar con bramidos de toro.

—*¡Adiós México, mi tierra adorada!* [1] —cantaba, desentonando, con el embotado rostro de un encarnado más vivo que el de la camisa, las gruesas venas cárdenas hinchándose en el recio, sudoroso cuello, y la frente y la garganta tensas.

Otra vez blandió el jarro y arrugó la frente con expresión severa. El botón del cuello de la camisa se le cayó al agua, y el hombre se la abrió de un Zarpazo para aliviar la fatiga de la respiración.

—*¡Adiós, adiós para siempre!* —bramó, con vehemencia.

Y por encima de la aceitosa superficie de las olas llegó el leve eco de un coro:

—*¡Adiós, adiós!*

Del mismo centro del buque se levantó un *muuu* extenso, profundo y hueco, cual la respuesta de una melancólica vaca marina. Un joven oficial se acercó silenciosamente, por detrás, al hombre obeso y le dijo en voz baja, en un español torpe, muy firme su rostro de colegial:

—Haga el favor de trasladarse abajo, donde tiene su puesto. ¿No ve que el barco ha zarpado ya? A los pasajeros de tercera clase no se les permite subir a las cubiertas superiores.

El hombre de la voz de toro dio media vuelta y fijó, por Unos momentos, una mirada ciega en el mozalbete. Sin contestar, echó la cabeza atrás, apuró la Cerveza, y con un ancho movimiento circular del brazo, arrojó la jarra por encima de la borda.

—¡Cuando me plazca! —gritó al aire.

Pero se alejó enseguida con paso tardo, arrugando el ceño acerbamente. El oficial joven siguió su camino como si no le hubiese visto ni oído. Una de las muchachas españolas, que se cruzó con él, le sonrió vivamente, con unos dientes y unos ojos deslumbrantes. El oficial le correspondió con una mirada cortés y se hizo a un lado para dejarle paso, sonrojándose ligeramente. En su mano izquierda brillaba un sencillo anillo de oro, y el muchacho levantó la mano casi por reflejo, como para conjurar a aquella mujer.

Mientras examinaban los exiguos y mal ventilados camarotes con su instalación de literas dobles y el estrecho y duro diván adosado a la pared opuesta para el que tuviera la mala suerte de llegar el último, los pasajeros leían los nombres de las tablillas de las puertas —la mayoría alemanes—, dirigían miradas llenas de recelo y de repentino desagrado al equipaje extraño apilado junto al suyo propio dentro de sus camarotes, y cada uno descubrió de nuevo qué era lo que durante un rato creyó haber perdido, aunque no supiera nombrarlo: su identidad. Poquito a poco emergía esta —fatigada por el viaje, indecisa, pero todavía respirando— de un bulto del equipaje o de una pertenencia familiar en la que en otro tiempo había centrado su orgullo, y la cual, vista de nuevo en unas circunstancias extrañas, quizá hostiles, aseguraba al dueño que no había sido siempre un desconocido acosado, un número, un nombre ignorado y una caricatura en un pasaporte. Apaciguados al recobrar

de ese modo su propia estima, los pasajeros se miraron en los espejos, empezando a reconocerse otra vez. Se lavaban la cara y se peinaban el cabello, se arreglaban y salían de nuevo en busca del cuarto de aseo correspondiente; del bar y el salón de fumar; del barbero y el peluquero; y unos pocos, de los baños. La mayoría de los pasajeros llegaba a la conclusión de que, considerando el precio del pasaje, el *Vera* no era mejor de lo que debía ser, sino más bien un barco pobre y mal conservado.

En cubierta, los camareros estaban distribuyendo las sillas extensibles, sujetándolas a la barra que corría a lo largo de la pared y deslizando tarjetas con los nombres de los usuarios en las casillas metálicas de las cabeceras. La muchacha alta del vestido verde encontró la suya casi al momento y se dejó caer en ella con ademán de abandono. El sujeto de huesos recios y frente arrugada que se indignó tanto por la bomba en el Consulado sueco, habíase arrellanado ya en la silla vecina. La chica volvió rápidamente la cabeza a uno y otro lado, soltó el cacareo de una carcajada y le dijo con voz estridente:

—Puesto que vamos a estar sentados uno al lado del otro, tanto da que le diga inmediatamente cómo me llamo. Yo soy fräulein Lizzi Spöckenkieker, y vivo en Hannover. Vengo de visitar a mis tíos en ciudad de México, y ¡oh, con qué delicioso placer me encuentro en este sólido barco alemán de regreso a Hannover otra vez!

Sin moverse, pareció que el sujeto huesudo se encogía dentro de su traje holgado y ligero.

—Arne Hansen, para servirla a usted, mi querida fräulein —declaró como si le arrancasen las palabras con pinzas.

—¡Ah, danés! —exclamó ella, chillando de contento.

—Sueco —corrigió él, titubeando visiblemente.

—¿Qué diferencia hay? —chilló Lizzi, mientras las lágrimas acudían misteriosamente a sus Ojos y se reía como si estuviera sufriendo.

Hansen separó las largas piernas, se agarró fuertemente a los brazos del sillón como si quisiera levantarse, y luego volvió a desplomarse desesperado, con los ojos desapareciéndole casi entre las arrugas de la frente.

—No viajamos en un barco bueno —comentó ensombrecido, como hablando consigo mismo.

—¡Ah! ¿Cómo puede decir eso? —gritó Lizzi—. Es un barco hermoso, hermoso… ¡Oh, aquí está otra vez herr Rieber, mire!

Se inclinó mucho y levantó ambos brazos en alto, haciendo señas al hombrecillo del hocico porcino, que se acercaba.

Herr Rieber devolvió el saludo galantemente, guiñando los ojos con picardía. Al ver a la muchacha había precipitado el paso, y los pantalones le quedaban tirantes y apretados a las posaderas, duras y redondas como grandes manzanas, y en el vientre, alto y movible. Andaba con paso triunfal; era un gallito correteador y paticorto. La luz de la tarde brillaba en las recias, cortas y descoloridas cerdas de su repelado cráneo, Lleno de ondulaciones. Llevaba un impermeable sucio, con un periódico doblado en un bolsillo.

Herr Rieber, sin dar señal alguna de que hubiese visto antes a Hansen y decidiendo olvidar la escenita de la terraza de Veracruz, se detuvo, fijó la mirada en la tarjeta visible sobre la cabeza del sueco y habló, primero en francés, luego en ruso, después en español y finalmente en alemán, diciendo exactamente lo mismo en cada uno de estos idiomas:

—Lamento molestarle, pero esta es mi silla.

Hansen levantó una ceja, arrugó la nariz como si herr Rieber oliese mal o peor que mal, desenrolló el largo cuerpo y se levantó, replicando en inglés:

—Yo soy sueco.

Y se fue.

Herr Rieber, con el rostro muy colorado, temblándole el hocico, le gritó valientemente:

—¿Conque sueco? ¿Es eso motivo suficiente para que ocupe mi asiento? Bien, en casos así, yo también puedo ser sueco.

Lizzi le miró inclinando la cabeza, y dijo, casi cantando:

—Él no quería causarle ningún perjuicio. Al fin y al cabo, usted aún no había ocupado su sillón.

Herr Rieber contestó cariñosamente:

—Estando al lado del de usted, quiero tenerlo siempre libre y a mi disposición.

Gruñendo un poco, se acomodó en el asiento, sacó un ejemplar viejo del *Frankfurter Zeitung* del bolsillo del impermeable y lo hojeó rápidamente, haciendo pucheros con el labio inferior.

Lizzi observó:

—Pelearse no es una manera muy agradable de empezar un viaje largo.

Herr Rieber dejó el periódico y apartó de un manotazo el impermeable, al mismo tiempo que fijaba en ella una mirada dulce y picarona.

—No era por la silla, y usted lo sabe bien, por lo que peleaba con ese sujeto alto y feo —replicó.

Lizzi se puso al instante más picaresca que el nuevo vecino.

—¡Ah, qué hombres! —gorjeó alegremente—. Todos son iguales…

E inclinándose hacia él, le dio tres golpecitos en el cráneo con un plegado abanico de papel.

Herr Rieber estaba más que dispuesto para un animado escarceo. ¡Cómo admiraba él y seguía a las muchachas altas y delgadas, de largas piernas de tijera moviéndose bajo el revoloteo de las faldas y terminadas en pies largos y finos! A su vez, golpeó suavemente con el índice el dorso de la mano de la muchacha, dando a su acción un aire tan provocativo e insinuante, que la muchacha repitió los abanicazos con mayor fuerza y rapidez, mostrando unos dientes que centelleaban en expresión de contento, hasta que la bóveda craneana del hombrecillo quedó enrojecida.

—¡Ah, qué chica tan mala! —exclamó él, esquivando el castigo por fin, aunque sonriéndole todavía, invicto… y más que invicto, notablemente estimulado.

La muchacha se puso en pie y correteó por la cubierta. El hombre salió del sillón casi rodando y brincó tras ella.

—Tomemos café y un pastelillo —le propuso con ternura—. Ahora los están sirviendo en el bar —y se lamió los labios.

Dos jóvenes cubanas estrambóticamente vestidas, a todas luces mujeres de mal vivir, estaban jugando a cartas en el bar una hora antes de que el barco zarpase. Se sentaban con las piernas cruzadas y protegidas por unas medias de gasa cuyo extremo superior se habían arrollado hacia abajo para dejar al descubierto las empolvadas rodillas. De sus carnosos labios color escarlata colgaban sendos cigarrillos manchados de rojo. El humo subía en espirales hacia sus entornados ojos de rizadas pestañas. La mayor poseía una belleza imponente; la otra, más baja y delgada, no parecía disfrutar de buena salud. Esta observaba a su compañera con atención y jugaba sus naipes casi como si no se atreviese a ganar. El joven tejano, alto y cimbreño, que se llamaba William Denny, fue a sentarse en un rincón del bar y se puso a mirarlas con ojos cautelosos, entendidos. Las muchachas no le prestaron atención; aunque de vez en cuando hacían una pausa en el juego para beber un sorbito de café y pasear una arrogante ojeada por el bar, agradablemente concurrido, ni una sola vez miraron a Denny, quien lo tomó como una afrenta personal y dio unos golpecitos secos y fuertes en la mesa, como si llamase al camarero, sin dejar de mirar a las jóvenes, al mismo tiempo que asomaba en su cara una sonrisa fría y mezquina. Princesas del arroyo. Conocía el tipo. No en balde había pasado la Mayor parte de su vida en Brownsville, Texas. No eran un banquete adecuado para él. Y volvió a llamar, ruidosamente.

—Ya tiene su cerveza, señor —dijo el camarero—. ¿Algo más, por favor?

Entonces las damas le miraron, fijando en él unos ojos despectivos, como si fuese un truhán borracho que armase Camorra en un bar. La mirada del joven vaciló, desvaneciéndose su sonrisa. William Denny se abocó a la jarra de cerveza, bebió, encendió un cigarrillo, inclinose, examinó atentamente sus zapatos, revolvióse los bolsillos en busca del pañuelo, que no estaba allí, y al final,

dándose por vencido, salió al aire libre, como un hombre acosado por asuntos urgentes. No obstante, parecía que no tuviera adonde ir, ni gran cosa en qué ocuparse, a menos que se volviese al camarote y se pusiera a desempaquetar algunas cosas. No estaría de más que tratase de aposentarse.

Empezaba ya a sentirse agotado de tanto esforzarse por conservar su personalidad entre extrañas lenguas y extraños países. Sintiéndose retado, como se sentía, a demostrar su propia importancia en cada encuentro distinto, sufría una tremenda confusión en lo tocante a la forma que esa importancia había de adoptar. El problema no se le presentó por primera vez, aunque sí con mayor crudeza, cuando llegó a Veracruz. En la pequeña ciudad fronteriza, de la que su padre era ciudadano distinguido, alcalde desde hacía muchos años y propietario rico, las clases inferiores las formaban los mexicanos y los negros, esto es los *greasers* y los *niggers*, con unos cuantos *polacks* y *wops*[2], aunque no lo bastantes para tomarles en cuenta. Y él se había apoyado siempre en su superioridad natural de raza y de clase, respaldado por la ley y la costumbre. En Veracruz, rodeado de una población litoral formada por una raza de gente de ojos amarillos, belicosa, con sangre negra, india y española, cuya lengua no se había tomado nunca la molestia de aprender —a pesar de haberla oído toda la vida— había adoptado con respecto a ellos la actitud adecuada en un hombre blanco, pero los otros le habían correspondido con franca y descarada insolencia. Al principio quiso hacer gala de espíritu abierto. Al fin y al cabo, aquel país era de ellos, la tierra y lo demás, todo era suyo y podían quedárselo; mientras estuviera allí se proponía tratarles bien. Y se había visto obligado a reconocer su error casi al instante. Cuando se mostraba cortés con los indígenas, estos veían en ello una actitud altamente protectora; cuando les formulaba un mandato perfectamente legítimo, le daban a entender que probaba de tratarles como a esclavos; si se mostraba indiferente y dejaba que las cosas siguieran su curso, le despreciaban y le jugaban malas pasadas…

«Bien, maldita sea, *son* inferiores. Basta con mirarles, no se precisa otra cosa. Y de nada servirá enterrar el hacha de guerra ni por un minuto». En la Oficina de Emigración había llamado Pancho

al escribiente —aquel bajito— lo mismo que allá en su ciudad hubiera llamado Mac a un taxista o George a un maletero del ferrocarril, como una manera de manifestar buena voluntad. El negrito de marras —todos aquellos mexicanos de la Costa tenían sangre negra, le había dicho alguien— se irguió como si le hubiesen insultado. La cara se le amoratá, y los ojos se le encendieron. Mirando fijamente a Denny, pronunció una frase breve y rápida en su propio dialecto. Luego, en buen inglés, le pidió que tuviese la bondad de sentarse unos minutos y le dieran tiempo de rellenar los papeles. Denny, como un tonto, se sentó, humeando de sudor y espantando las moscas que acudían a su rostro, mientras el escribiente atendía a toda una hilera de personas que habían llegado más tarde. Poco a poco alumbró en su cerebro la idea de que le estaban tomando el pelo. Eso le enseñó una lección, sin embargo. Levantóse, fue hasta el comienzo de la cola, se abrió paso a codazos hasta llegar al escribiente y le dijo en tono muy pausado y claro:

—Quiero esos papeles enseguida.

Y el escribiente los sacó, los selló y se los entregó al instante, sin dirigirle ni siquiera una mirada. Eso era lo que debió haber hecho desde el primer momento. Ya lo sabría para la próxima vez.

Al abrir la puerta de su camarote, advirtió tres nombres en lugar de dos. Herr David Scott, decía la placa, herr Wilhelm Denny y —la sorpresa— herr Karl Glocken. Al asomar la cabeza, vio un panorama bastante animado. El joven de Cara seria y estatura mediana a quien había visto corriendo por Veracruz con aquella zorra de los pantalones azules, estaba lavando la pila del lavabo con un producto que olía lo mismo que el ácido fénico. En la litera de Denny, la inferior, había dos maletas raras y un aporreado saco de cuero. Su billete le concedía la litera de abajo, y aquella era la que ocuparía. No convenía empezar dejando que abusara de él desde el principio. El joven levantó los ojos brevemente y le saludó:

—¿Cómo está usted?

—Perfectamente —contestó Denny, penetrando un paso.

El joven continuó lavando la pila. Sentado en un escabel, recostado en el extremo de la litera inferior, herr Glocken estaba buscando algo entre el contenido de una ridícula bolsa de mano. Era el ser humano más terriblemente deforme que Denny hubiese

visto en su vida, exceptuando, quizá, el mendigo mutilado de la plaza de Veracruz. Inclinado como estaba, el cuerpo le quedaba tan cerca del suelo que los largos brazos podían llegar más lejos que las piernas, estiradas. El pobre hombre se irguió como pidiendo excusas. Mediría un metro veinte de estatura. Su cara, larga y triste, quedaba encajada en una joroba que le subía tan alto como la cabeza.

—Saldré de aquí dentro de un minuto nada más —anunció con una sonrisa penosa.

Habiéndose encaramado para alcanzar el equipaje, luego se dejó deslizar por entre las maletas hasta el borde del colchón, y pareció que iba a desmayarse.

David Scott y William Denny cruzaron unas maldispuestas miradas de entendimiento. Evidentemente, habían encallado allí con aquel sujeto, y por el momento ninguno de los dos le veía solución alguna al caso.

—Será mejor que llamemos al camarero —sugirió David Scott.

Herr Glocken abrió los ojos y movió la cabeza negativa: mente, agitando sin fuerza una alargada mano.

—No, no —dijo con voz seca y monótona—. No es nada. Solo estoy descansando un momento.

—Bien, hasta la vista —repuso Denny, retrocediendo—. Volveré luego.

Pero se paró en la puerta.

—Vamos, déjeme que traslade eso —propuso David, cogiendo las maletas.

Debajo de la litera no había sitio para ellas, porque lo ocupaba ya el equipaje de Denny. En el armario no cabían.

Era demasiado pequeño. Por el momento, las dejó en el lecho del diván.

Herr Glocken manifestó:

—Yo no tengo derecho al diván. A mí me corresponde la litera de arriba, pero ¿cómo voy a subir?

—Usted quédese con el diván, y yo me quedaré con la litera alta —contestó David.

—No sé si podré dormir ahí… ¡Es tan estrecho! —dijo entonces herr Glocken.

Y David, comparando la curva de su monstruoso cuerpo por la

anchura del diván, se dio cuenta, con pena, de lo que quería decir. Y apartando la vista de ambas cosas, comentó, aunque dirigiendo la pregunta final a Denny:

—Mejor será que se quede donde está, pues. ¿No le parece?

Hubo un momento de silencio mientras David buscaba un vaso donde guardar los cepillos de dientes.

Aunque su billete le daba derecho indiscutible a la litera inferior, Denny, con una generosidad que sorprendió a David, se la ofreció a herr Glocken, y herr Glocken la aceptó, dándole las gracias vivamente.

El jorobado se quedó dormido casi al instante. Yacía de costado, de cara a la luz, las rodillas levantadas hacia el mentón, cerca de la orilla de la cama, a fin de dejar sitio para el curvado espinazo. Tenía el cabello, escaso y seco, arrugado como barbas de maíz. La cara, grande, deforme, petrificada en una tristeza mortal. Como había levantado las puntas de los zapatos, se le veían remiendos en las suelas.

David se fijó en el montón de enseres menudos pertenecientes a Denny, que ocupaban ya la mayor parte del pequeño estante del lavabo. Al subir a bordo, Denny habíase apresurado a lavarse y peinarse, y había dejado tanto desorden como si se encontrara en su casa.

—Come levadura —dijo David, silenciosamente. Y la repugnancia vino a sumarse a la profunda sensación de estar sufriendo una injusticia. El empleado que le había vendido el billete en México le aseguró que solo habría dos pasajeros por camarote—. Fuma en pipa y lee literatura educativa.

Y levantó del diván un libro encuadernado en tela y profusamente ilustrado, con el título de: *Aspectos recreativos del sexo como profilaxis mental*, con un subtítulo: *Una guía hacia la verdadera felicidad en la vida*.

—¡Jesús! —exclamó David.

El olor del desinfectante no lograba sofocar los otros tufos: el de las prendas de vestir sucias, el hedor rancio de los zapatos de herr Glocken, el antiguo olor mohoso del camarote mismo. El barco bandeó un poco al topar con las primeras olas, fuera del puerto. David se vio la cara en el espejo. La tenía verdosa. Sentía náuseas, el suelo se hundía visiblemente bajo sus pies y la garganta se le

movía espontánea: mente. Ante ello se precipitó hacia la puerta, cayendo casi sobre la bolsa de mano de herr Glocken y subió a la cubierta superior. Otro atropello: le habían prometido un camarote en el paseo de cubierta, pero en realidad estaba en la Cubierta C, con un ojo de buey en lugar de ventana.

Los vientos, cálidos y lentos, soplaban transparentes y dulces, y tan húmedos que le parecía sentir en el rostro el contacto de un vapor suave. El sol, acentuadamente oblicuo, de últimas horas de la tarde, arrojaba largos dardos de luz al mar, azul oscuro en los puntos profundos, verde veteado de blanco en la superficie. David vio a Jenny Brown, que acudía a su encuentro por primera vez después de haberse separado para localizar sus respectivos camarotes. La muchacha había sustituido los pantalones azules por un vestido blanco, de hilo, y unas sandalias de cuero blanco, sin medias, y paseaba con un hombre, un desconocido —David no le había visto nunca— como si fuesen antiguos amigos. David observó, con un zarpazo de pesadumbre, que en cierto y detestable aspecto era un hombre bien parecido, como los que se veían en los anuncios de chaquetas deportivas o de whisky, con un rostro alemán típicamente atractivo. ¿Dónde y cómo se había hecho Jenny con él en tan corto tiempo? David se quedó junto a la barandilla, fingiendo no verles. Luego se volvió con toda naturalidad —confiaba él— al acercarse la pareja.

—¡Ah, hola, David! —exclamó Jenny distraídamente, con aire de haberle reconocido apenas—. ¿Todo en orden?

Y siguieron adelante sin pararse.

Los grandes ojos castaño claro tenían el brillo de la excitación ciega, difusa, que David conocía tan bien. Jenny estaría hablando ya probablemente de sus cosas más íntimas, expresando sus pensamientos tal como se le ocurrían. Pues aunque la muchacha pareciese inteligente o sincera, David seguía desconfiando de su mente femenina, artera y sombría por naturaleza. Sin duda estaba haciendo preguntas destinadas a inducir al hombre a que hablase de sí mismo, con el propósito de atraparle en una serie de pequeñas confidencias y confesiones para poder utilizarlas contra él más tarde, cuando fuese preciso. David percibía ya que Jenny estaba montando todo un entramado contra aquel desconocido fatuo, entramado que tendría a punto cuando llegase el momento de

pelearse. Y se quedó mirando su figura menuda, perfecta, armoniosa como una estatuilla clásica. La cabeza redonda con el moño negro, el caminar un tanto rígido, recatado, que conseguía esconder o desmentir todo lo que David creía saber acerca de Jenny. A juzgar por su modo de andar, Jenny hubiera podido ser muy bien una maestrita relamida, atenta a la conveniencia de mantener los hombros rectos y las caderas quietas.

David dirigió una mirada al reloj y decidió que había llegado la hora de tomar la primera copa del día, la hora que últimamente esperaba con afán, y se fue al bar, sintiéndose de pronto rodeado y apaciguado por el mar, el cual odiaba y que ahora le llenaba de un horror callado y profundo. No había ningún lugar, ninguno en absoluto, adonde ir.

Aquella loca huida a Europa había sido idea de Jenny. Él nunca tuvo intención de salir de México, en absoluto, pero se había dejado llevar del ronzal, como de costumbre. No del todo, sin embargo, se dijo cuando el primer trago de whisky empezó a dejarse notar. Jenny había trazado el plan de irse primero a Francia, dando por descontado que él estaría de acuerdo. Pero él decidió al instante que si había que ir a algún sitio sería a España. Ese conflicto había dado pie a dos o tres querellas violentas, y a guisa de compromiso habían acordado visitar Alemania, que ninguno de los dos tenía ganas de ver. La cosa fue así: asignaron un nombre a cada una de tres pajas de longitudes diferentes y sacaron una —él tenía las pajas en la mano, Jenny extrajo una— y salió la designada con el nombre de Alemania. Ambos tuvieron una desilusión tan grande, que se pelearon de nuevo, luego bebieron un poco demasiado, y por fin se pasaron la mitad de la noche practicando el amor carnal con furia, como arrebatados por una rabia vengadora contra la ignorada cosa que les mantenía separados. Pero con todo ello no habían resuelto nada. Sin embargo, ambos se atenían tozudamente a la decisión que les había dictado el azar, y así estaban…, aunque, no obstante, Jenny tenía sus planes. Una tarde se descolgó anunciando que, en caso de que cambiasen de idea, todavía podían acudir al cónsul francés de Vigo y pedirle que les proporcionase visados para Francia. El agente alemán de la North German Lloyd le había jurado que era posible.

—¿Y si nos contentásemos con desembarcar en Vigo para

quedarnos en España? —replicó David.

—Yo no voy a España, ¿recuerdas? —dijo Jenny.

¡Bien! Si Jenny se sentía mejor con un triunfo en la bocamanga, podía guardárselo. Podía irse a Francia, si así le apetecía. Él iría a España, Jenny se enteraría, en su momento, de si iba a salirse siempre con la suya.

—*Bitte* —dijo tímidamente mistress Treadwell, pensando que no estaría de más que empezase a desoxidar su alemán hablando con la mujercita rechoncha de las trenzas lustrosas y el collar de oro que estaba tomando el té sola en una mesita. Delante de ella se encontraba la única silla desocupada. El bar estaba atestado, parecía una gran festividad, pero reinaba un silencio más bien extraño. Hasta las personas que compartían algunas de las diversas relaciones posibles en sociedad, permanecían mudas, como si se encontrasen en compañía de desconocidos.

Una sonrisa amistosa, aunque distraída, se extendió por los suaves rasgos de aquella cara rolliza y fresca. Una mano hábil y blanca se alzó dulcemente, la palma hacia adelante.

—No, no —dijo la dama alemana—. No se moleste. Hace años que hablo inglés. Hasta he sido profesora de inglés…, siéntese, por favor…, en el colegio alemán de Guadalajara. Mi marido también enseñaba allí. Pero él daba matemáticas.

—Té, por favor —pidió mistress Treadwell al camarero.

Se había quitado el vestido azul oscuro y puesto uno gris pálido, de mangas más cortas todavía, y aquella mancha de aspecto deshonroso que tenía en el brazo aparecía completamente lívida.

—Yo soy la señora de Otto Schmitt —declaró la mujer redondita, agitando el té con la cucharilla y echándole más azúcar —. En mi juventud viví en Nuremberg, y allá me vuelvo por fin. Eso había de ser la gran dicha de mi vida, y la alegría que mi esposo esperaba hace muchos años, pero ahora solo significa dolor y desilusión. Y a pesar de saber que es pecado, siento la tentación de preguntarme: «¿Qué es la vida, después de todo?».

La mujer hablaba en voz baja, sin tono de queja, pero como si deseara que hasta los conocidos por mero azar la identificasen al momento por su dolor, como único dato importante que hubiera que saber de ella. Sus ojos azul pálido pedían compasión abiertamente.

Mistress Treadwell se estremeció con la aguda punzada de un presentimiento.

«¡Aquí incluso! —pensó—. ¡Cuán inevitable! Me pasaré este viaje escuchando los pesares de alguien, y antes de que termine, no cabe duda, me sentaré y lloraré a mares con otra persona. Bien, es un bonito comienzo».

—¿Adónde va? —le preguntó frau Schmitt, después de una pausa suficiente, durante la cual la esperada pregunta que había de dar paso a la historia de sus pesares no se produjo.

—A París —contestó mistress Treadwell—. Regreso a París.

—¡Ah! ¿En México estaba solo de visita?

—Sí.

—¿Tiene amigos allí?

—No.

La mirada azul acuoso de frau Schmitt se trasladó al brazo de mistress Treadwell.

—Se ha hecho usted un cardenal tremendo —comentó con moderado interés.

—El caso pasmoso está en que me pellizcó una mendiga —manifestó Mary Treadwell.

—¿Por qué?

—Porque no le quise dar limosna —contestó mistress Treadwell, ocurriéndosele por primera vez cuán inusitadamente egoísta y estúpida sonaba su negativa, explicada así, de un modo sencillo.

En México ninguna persona como es debido le negaba una limosna a un mendigo. Como todos sus conocidos, ella llevaba consigo por costumbre un puñado de monedas de cobre destinadas a ellos exclusivamente. Pero aquella no era una mendiga, sino una gitana desvergonzada… ¡Vaya golpes en el codo para llamarle la atención! Sin embargo, el episodio en conjunto suponía, en cierto modo, una vergüenza para ella también. ¿Cómo pudo permitir que una criatura tan ruin la intimidase de aquel modo? El caso no tenía explicación, ni siquiera a sus propios ojos.

—Naturalmente, no espero que nadie lo crea —añadió, escogiendo una seca y delgada galletita de hojaldre para acompañar el té.

—¿Por qué no? —inquirió frau Schmitt en tono pueril.

—Sí, todo puede ocurrir en este mundo, lo sé —repuso mistress

Treadwell—. Pero siempre me sorprendo pensando que *a mí, no*.

Y ahora, ¿por qué lo había explicado? ¡Vaya puerta abría a los nuevos conocidos! ¿Por qué? ¿Y por qué no? Al dirigir una mirada inquieta a su alrededor, vio al instante que, al otro lado del bar, con unos cócteles delante, Jenny Brown, aquella chica americana, estaba sentada ya con el único hombre presentable del barco. Entonces volvió a fijar la atención en la sosa personita que tenía delante, aceptando aquel viaje y la sociedad que le ofrecía como un prolongado fastidio lo mismo que cualquier otro, que no se podía rechazar, combatir ni pasar por alto, pero del que había que huir ágilmente. Encontraría un momentáneo alivio al aburrimiento en el mismo acto de huir, que le daría la fugaz ilusión de haberse hecho invisible.

—A cualquiera de nosotros puede ocurrirle cualquier cosa en cualquier momento —afirmó frau Schmitt, con tranquila certidumbre—. Mi marido… ¡Ah! ¿Cuánto tiempo hace que esperábamos regresar a Nuremberg juntos? Y en cambio ahora voy yo sola. Aunque el ataúd que guarda a mi esposo está en la bodega de este barco… ¡Ah, es un alivio saberlo! Esta mañana a las siete hizo seis semanas y dos días que murió.

«¡La muerte, siempre la muerte! —pensó mistress Treadwell—. Para la especie esa, sentimental, no cabe otra cosa que la muerte. No pueden pasar con menos. Ninguna otra cosa podría atravesar esa grasa y llegar a un nervio vivo. Con todo, debo decir algo».

—¡Ah, eso es terrible, terrible! —exclamó.

Y se quedó descorazonada al descubrir que a pesar de los pensamientos anteriores, tan poco caritativos, lo decía de veras, se compadecía de la pena de aquella mujer. Y que allí, en aquella mesa, al lado de las dos, la muerte era lo que ambas tenían en común.

Las comisuras de los carnosos y blandos labios de frau Schmitt se inclinaron hacia abajo. Frau Schmitt revolvió el té y no dijo nada. Los párpados le cobraron un color rosado. Después de haberse comido el también rosado pastelillo de la compasión, se sentía absolutamente sola de pronto en aquel deleite personal, particular suyo, del dolor. Mistress Treadwell, dejando la mitad del té, procedió calladamente a la primera fuga de su viaje.

De camino hacia su camarote, habló y sonrió —con el mismo

tono y la misma sonrisa para todos— al médico del barco (advirtiendo su hermosa y antigua cicatriz a lo Mensur); con el joven oficial de cabello alisado, cuyo nombre y rango no sabía, ni se molestaría nunca en conocer (aunque antes de haber terminado el viaje aquel joven la besaría y muy en serio); con una camarera muy envarada y de cara seria, y con un criadito ceñudo, que le devolvía la mirada en silencio con ojos ofendidos. El nombre que vio debajo del suyo en el camarote le pareció demasiado chocante para que no trajese mala suerte: fräulein Lizzi Spöckenkieker (como quien dice Spookpeeper, que en inglés significaría «fantasma fisgón»), y se preguntó, sin demasiado interés, cuál de las numerosas hembras de aspecto poco prometedor que había a bordo podría ser aquella.

Al poco rato, mientras estaba ordenando sus cosas en el estrecho estante de su pequeño armario, alisando el papel multicolor bajo unas ropas de aspecto frágil, sacudiendo sedas plisadas y alineando zapatillas de oro y plata y raso, volvió a sonreír, como dirigiéndose a las prendas aquellas, y dijo sin volverse, al oír que entraba alguien:

—*Grüss Gott*.

Era la muchacha alta de la voz estridente, la compañera de juego de aquel aborrecible hombrecillo obeso. Mistress Treadwell sufrió un ligero temblor de los nervios de todo el cuerpo, un leve estremecimiento frío que le corrió de los pies a la cabeza. Entonces sonrió todavía más amistosamente, a pesar de que su sonrisa quedaba invisible, y se absorbió muy por entero en su ocupación.

Después de rodar brevemente como un torbellino por el cuarto, espacio de tiempo en el cual un vaho de agua de colonia almizclada se mezcló con la cargada atmósfera del camarote, fräulein Spöckenkieker se largó de allí, dejando la puerta abierta. Mistress Treadwell la cerró, cortando el paso al ruido de voces que venía de la derecha, del camarote que formaba ángulo con el suyo, el rotulado de cuya puerta decía: Baumgartner.

Frau Baumgartner estaba regañando vigorosamente a un muchachito de voz débil y plañidera. «¡Ah, la vida de familia, la buena, edificante vida alemana de familia!», pensó alegremente mistress Treadwell. Y el pensar en ello, nada más, le quitaba a uno el aliento de tal modo que mistress Treadwell sacó la cabeza por la portilla y respiró profundamente.

—Madre… —dijo Hans de nuevo, tan pronto como se atrevió, sentándose en el borde del diván y tratando de no estorbar los pasos de su progenitora—. Madre, ¿puedo quitarme este traje?

Frau Baumgartner cerró ambas manos, convirtiéndolas en puños, y las blandió por encima de la cabeza.

—¿No te he dicho que no puedes quitarte el traje hasta que te dé otra cosa que ponerte? —exclamó con nueva exasperación—. Pero ahora no tengo tiempo. No vuelvas a preguntármelo.

El niño se encogió dentro de su cosida y bordada cárcel de piel de ante —un traje de montar propio para las comarcas frías de la montaña— con el picor de sarpullido que le causaban el calor y la sal acumulada por el sudor.

—Puedes continuar con lo que llevas hasta que abra tu equipaje —le dijo, obstinada, la mujer según continuaba buscando las camisas de su marido—. Tengo que hacerlo todo, y no puedo hacerlo todo a la vez. —Y desahogó su ira en el niño—. ¡Si no quieres que te castigue, cállate! —gritó levantando amenazadoramente una mano abierta.

El niño se rindió, sollozando, bañado de sudor. En las arrugas de sus pantalones de cuero aparecían franjas húmedas.

—Me muero —le dijo a su madre con voz desmayada, mientras las pecas resaltaban en su pálido cutis como manchas de yodo.

—¡Morir! —exclamó su madre, despectivamente—. ¡Un chico mayor como tú diciendo esas tonterías! Espera que tu padre te vea así. —La mujer siguió buscando metódicamente, a pesar de la prisa y el desasosiego, por entre las capas de prendas dobladas, parándose de vez en cuando para despejarse la frente del mojado cabello. También ella estaba pálida y fláccida, y la humedad le empapaba las ropas a lo largo del espinazo y en los sobacos. Sentía cómo el sudor se le deslizaba por las piernas. Y también por los brazos, brillando la humedad a través de la tela negra y fina del vestido—. Supongo que te figuras que tu madre no está cansada y

no sufre también. ¿Imaginas que eres el único? En vez de gemir y quejarte y aumentar mis quebraderos de cabeza, levántate de ahí, deja de lloriquear y ayúdame con esas maletas.

—¿No podría quitarme la chaqueta? —insistió el niño desamparadamente, limpiándose la nariz con el dorso de la mano y derramando lágrimas de nuevo, contra su voluntad.

—Vaya… Quítatela, pues —concedió la mujer—. Veo que todavía eres un crío, ni más ni menos, y tendré que darte el biberón…, una botella con una mamila y llena de leche con azúcar, y no tomarás otra cosa para cenar —continuó, empezando a disfrutar con su crueldad, recreándose en la idea de que estaba en condiciones de herir el orgullo del niño, por más que le hubiese dejado vencer en la cuestión de la chaqueta.

El niño no tenía ni pizca de orgullo. Se quitó la chaqueta al instante, y el aire que penetraba por el ojo de buey le acarició su cuerpo, deparándole una sensación deliciosa al ponerle piel de gallina. El rostro se le animó, y mirando a su madre con ojos agradecidos, exhaló un profundo suspiro de felicidad.

—Espera a que le explique a tu padre que me fastidias de este modo —dijo ella, aunque con voz más tranquila—. Y si te vuelvo a ver llorar como un niño de pecho, ya sabes el premio que te aguarda.

El niño esperó tímidamente en el rincón, junto a la cabecera del diván, anhelando cariño y deseando que su hermosa y buena madre volviese pronto. La madre se desvaneció, convirtiéndose en aquella mujer extraña que le dirigía miradas furiosas cuando él menos lo esperaba, le pegaba en las manos, le amenazaba y parecía odiarle. El pequeño dejó caer la cabeza. Las manos le colgaban a sus costados, miraba por debajo de las cejas ralas, no con miedo, sino esperando. La mujer se levantó, se alisó la falda, vio claramente a su hijo y se sintió llena de compasión y remordimiento.

—Bien, hijito mío, mi buen Hans —le dijo con ternura, besándose el índice que posó dulcemente en la frente del niño—. Ahora lávate la cara y las manos, lávate bien… ¡el cuello y las muñecas también!, ponte la blusa de punto y los pantalones cortos y nos iremos a tomar un jarabe de grosella. Pero date prisa… Yo te espero fuera.

Y como si no hubiera estado enojada jamás, le dirigió una

sonrisa amorosa. En la confusión de sus emociones, Hans hubiera sido capaz de llorar otra vez, pero el agua fría contuvo las lágrimas.

En la cubierta A, frau Rittersdorf aprovechó la ausencia de su compañera de camarote para establecer sus derechos de prioridad y sus privilegios en lo tocante a espacio y elección de cama. Su billete especificaba que le correspondía la litera superior, pero frau Rittersdorf había dirigido un buen vistazo a la pequeña frau Otto Schmitt, y vio al momento que sería muy fácil imponerse. Enseguida pidió unos jarrones y colocó las dos enormes ofrendas florales que se había enviado a sí misma: una de rosas pálidas y otra de gardenias, ambas compradas en Veracruz, envueltas en algodón humedecido, y ostentando sendas tarjetas atadas con cintas plateadas:

> «*A mi queridísima Nannerl, de su Johann*»… «*A la gnädige*[3] *frau Rittersdorf, con saludos. Karl von Ettler*».

Aquello, además de muy sugestivo, no era en realidad un engaño, puesto que los dos interesantes amigos mencionados hubieran considerado una dicha enviarle flores en aquella ocasión, así como en muchas otras, a no ser por la lamentable circunstancia de que ambos habían fallecido… Sin embargo, ambos habían partido de este mundo hacía tan poco tiempo, que ella todavía no sabía hacerse la idea de que los hubiese perdido, y aquellas flores casi le daban la sensación de que continuaban vivos. En los viejos tiempos le habían enviado algo más que flores… ¡Dios les tuviese a ambos en su gloria! La señora se santiguó varias veces, a pesar de que era luterana. Era un gesto que, a su forma de ver, le sentaba bien, y conjuraba la mala suerte.

Frau Rittersdorf sacó dos botellas de perfume, de plata y cristal tallado, «Jardín de Arabia» y «Souvenir d'amour», y sujetó un estuche forrado de seda y destinado a cepillos, espejo,

peine, lima para las uñas y calzador, puesto a la derecha del lavabo, en el sitio más a propósito. Se peinó bien y se vistió despacio. Había subido a bordo temprano, para ahorrarse la molestia de mezclarse con la gente, que parecía de un tono bastante inferior. Cogiendo el espejo, contempló su perfil con aire de aprobación. Le habían dicho muchas veces que era una belleza, y lo merecía. En ese mismo momento, dijeran lo que quisieran, estaba guapa. Sentándose un instante, abrió un gran cuaderno de notas, de cuero florentino repujado, rojo y dorado, al que estaba sujeto un lápiz de oro, y se puso a escribir:

> «Así pues, en cierto modo, permítaseme confesarlo, esta aventura —porque ¿no es la vida entera una aventura?— no ha terminado como esperaba. Sin embargo, nada ha tomado un mal rumbo. Ciertamente, en ello veo yo la voluntad omniconductora de mi raza. Una mujer alemana no debe casarse con ningún hombre de piel oscura, aun cuando el candidato sea de sangre española distinguida, de la casta gobernante y bastante rico… España tiene aquellos siglos fatales en los que, muy insidiosamente, se introdujeron en sus venas, no cabe duda, la sangre mora y la judía… ¿y quién sabe qué más? El hecho de que yo acariciase la idea por un momento, es, sin duda, una debilidad de la que debería avergonzarme. No obstante, rodeada como estaba de influencias extrañas, suaves persuasiones de amigos (buenos alemanes cuyos consejos yo apreciaba), sola como me encuentro en el mundo y algo reducida de medios, quizá no se me debería censurar demasiado severamente. Al fin y al cabo, soy mujer, necesito la dirección firme pero tierna de un marido cuya autoridad debe sostener la mía, cuyos principios deberán ser los míos…».

Frau Rittersdorf hizo una pausa. La inspiración la había abandonado, la palabra siguiente se negaba a surgir. Sabía muy bien que siempre y en todo momento hay una sola manera acertada de enfocar un problema cualquiera, y ella lo había enfocado todo exactamente como debía, como le habían enseñado. Si todo eso lo

había dicho y pensado tantas veces, ¿por qué volver a decirlo y pensarlo de nuevo? Frau Rittersdorf cerró los ojos y se puso a soñar despierta en la cara alargada, morena, severa, y sin embargo benigna, bondadosa, de don Pedro, en su aire de distante nobleza. El cabello encanecido ligeramente en las sienes; rodeada su persona por el aura de la opulencia y el orgullo españoles asentados firmemente en una gran cervecería mexicana… ¡Ah! ¿Por qué había de emerger todo eso de nuevo para atormentarla? ¿Cómo pareció tan probable en determinado momento que don Pedro pediría su mano? Los primos que frau Rittersdorf tenía en Ciudad de México también cerveceros, creían que la pediría. Su querido amigo herr Stumpfen, el cónsul, estaba seguro de ello. Ella misma había llegado hasta el extremo de escoger —mentalmente— el estilo de las participaciones de boda… Frau Rittersdorf apretó un poco los dientes, abrió los ojos y cerró el libro. La bocina que anunciaba la comida sonó con un precioso estruendo marcial, como si llamase a los hebreos al campo de batalla. Frau Rittersdorf se levantó al instante, con un resplandor infantil, ansioso, en los ojos. Por supuesto, a ella la sentarían a la mesa del capitán.

—¡Ay, Dios mío, ya suena la bocina, llegaremos tarde! —dijo la esposa del profesor Hutten a su marido.

Pero continuó sosteniendo una toalla de baño debajo de la mandíbula de «Bebé». Con unos periódicos arrugados, herr profesor Hutten estaba limpiando, con muy poca eficacia, un charco de vomitona en el rincón cercano. «Bebé», con su blanca y enorme cara de bulldog convertida en la misma imagen de la humillación, puso los ojos en blanco y devolvió de nuevo sobre la toalla.

—Dios mío, Dios mío… Se ha mareado ya —exclamaba frau Hutten, con paciente desesperación—. ¿Qué haremos?

—Se mareó ya otra vez, cuando fuimos a Yucatán, casi todo el camino y desde el primer momento, si lo recuerdas —advirtió el profesor, envolviendo los papeles sucios y plantándose delante de su mujer con majestuosa benevolencia, como si se dirigiese a sus alumnos—. No podemos esperar que se produzca ningún cambio radical en su constitución con el paso del tiempo. De cachorro, tú recuerdas, se le revolvía el estómago fácilmente. Si se le agitaba lo más mínimo, no retenía el biberón. Lo mismo le pasa ahora, y lo mismo —concluyó el profesor— le seguirá ocurriendo sin duda, con algunos síntomas por el estilo, quizá más acentuados todavía, hasta el final.

Si aquella perorata sirvió de algo, fue para aumentar la aflicción de su esposa.

—Pero ¿cómo puedo dejarle en esta situación? —inquirió. Estaba sentada en el suelo, formando un sólido montón de carne. «Bebé» yacía patiabierto junto a ella, y ambos se sentían igualmente desamparados—. Por lo demás, tampoco puedo levantarme hasta que tú vuelvas. —Le recordó a su marido—. Mi rodilla…

—Bajo ningún pretexto vas a perderte la comida —le dijo en tono firme el profesor—. Yo me quedaré con el perro, y tú irás a comer. De lo contrario, por la tarde lo echarías de menos.

—Pero, cariño, entonces serás tú quien morirá de hambre,

piénsalo bien —repuso frau Hutton, levantando los ojos para mirarle agradecida.

—Cosa de poca monta —desdeñó el marido—. Lo cierto es que no moriré, ni mucho menos, querida Kathe; uno no muere de hambre por perder una sola comida; solamente queda un poco hambriento, lo cual no es siempre un infortunio de mucha consideración. La verdad es que un hombre puede resistir sin comer cuarenta días; actualmente poseemos confirmación científica de la palabra de las Sagradas Escrituras. Más especialmente, me atrevería a afirmar, si el sujeto posee suficiente carne propia, agua abundante, y quizá, a intervalos, un pequeño estimulante de alguna clase… Sin embargo, no será necesario nada de eso. En el peor de los casos, quizá tengas que pedirles que me traigan alguna cosilla en una bandeja. Y, mejor todavía, si atásemos una toalla limpia a la cabeza de «Bebé», con papel de periódico en abundancia bajo su mandíbula, se lo pasaría bastante bien solo por espacio de… digamos, una hora.

Frau Hutten asintió. Levantó la cabeza de «Bebé» y le examinó bien. Parecía más sosegado.

—No creas que tus pequeños Vati y Mutti [4] te abandonan, precioso mío —le dijo con arrulladores acentos maternales—. Nos vamos un ratito nada más.

Situándose detrás, el profesor le pasó las manos, curvadas como garfios, por debajo de los brazos, la izó con la pericia de una práctica prolongada, la sujetó mientras ella recobraba el equilibrio, y luego tomó las medidas que él mismo había propuesto para el cuidado de «Bebé», el cual parecía fijarse muy poco en ellos, ni en nada de lo que le rodeaba.

—Ay —suspiró la esposa, apoyando la cabeza brevemente en el inclinado hombro del marido—, todo se nos hace difícil.

—Encontraremos maneras y medios —aseguró el profesor, tranquilizándola. «Bebé» iba a constituir un problema, a pesar de todo, si no un fastidio completo, como de costumbre; lo veía bien. Le asaltó un pensamiento despiadado por el cual se reprendía interiormente, pero no podía desecharlo—. Vámonos allá antes de que la sopa se enfríe —dijo con la alegría ficticia de una conciencia culpable.

La muchacha de aventajada estatura, Elsa Lutz, y sus padres herr y frau Heinrich Lutz estaban dando su primer paseo en adormilado ocio por la cubierta. Elsa sobresalía, alta y corpulenta, por encima de sus progenitores, más bien bajitos, pero caminaba entre los dos, dando una mano a cada uno, como una hija obediente. Los tres se detuvieron y miraron abajo hacia un enrejado de hierro que les recompensó con una vista del comedor de los pasajeros de tercera. Había filas de estrechos tablones sostenidos por caballetes llenos de comida, y largos bancos alineados a sus lados. Los cálidos olores de la cocina impregnaban el aire; la gente entraba con paso calmoso y se sentaba. Los tres espectadores reconocieron la abultada espalda y la inclinada cabeza del hombre de la camisa color cereza, profundamente abstraído ya en su comida, sirviéndose generosamente de grandes bandejas de nutritiva comida colocadas en semicírculo en torno a su plato.

—Bien, Dios nos bendiga —dijo herr Lutz con cierta sorpresa, y se puso las gafas, para ver mejor—. ¡Vaya!, ¿cómo puede aprovecharles la comida si se sientan a una mesa como esa? —Herr Lutz era suizo, descendiente de una larga dinastía de hoteleros, y había dirigido un hotel de su propiedad en México; manifestaba, pues, un interés puramente profesional—. Patatas fritas —murmuró —, tendrá una libra en el plato. Toda una pata de cerdo asada, con cebolla frita, col roja agridulce y puré de guisantes… Vaya, vaya, en verdad que nada de ello entra en el capítulo de artículos caros; sin embargo, todo cuesta algo. Y café. Y además fruta, y *Apfelstrudel* [5] … No, no pueden sostener ese gasto y salir bien librados. ¡Mirad cómo come aquel sujeto! Mirándole, me entra apetito.

Su esposa, una mujer francamente regordeta con un rollo de cabello seco y descolorido erizado de horquillas de alambre, observaba la escena con su expresión habitual, petrificada desde hacía tiempo en una mezcla de desaprobación constante y justo mal

humor, y comentó:

—Lo hacen solo como una exhibición, al comienzo. Antes de terminar el viaje empezarán a hacer economías con todos nosotros. Escoba nueva —concluyó— barre bien.

—¡Ja, ja! —riose el marido—, quieres decir que un parroquiano nuevo, al comer, lo deja todo limpio.

La hija cumplió con su deber haciendo coro a la risa de su padre, aunque un poco inquieta; la mujer acogió la broma con el desprecio que merecía, manteniendo un rostro inalterable el tiempo suficiente para que su marido viese lo que pensaba de aquellas tonterías. El marido siguió riendo para que su esposa viese que sabía celebrar su pequeña ocurrencia, aunque ella no colaborase.

—Pero, papá —dijo Elsa, inclinándose de nuevo sobre la reja—, ¿no te has fijado en otra cosa? La tercera clase está vacía, casi; parece que solo hay una docena de pasajeros, y sin embargo no quisieron vendernos billetes de tercera. ¿No crees que el escribiente aquel de México hizo muy mal en decirnos que no quedaban plazas en tercera clase?

—Pues, en cierto sentido, sí —confesó el padre—. En otro sentido es una excelente táctica comercial. Aquí estamos ahora, con billetes de primera y todo lo demás, con lo cual nos han sacado más de trescientos cincuenta dólares; convierte eso en reischmarks y tendrás una bonita suma…

—Pero ha de haber algún otro motivo —apuntó Elsa.

—Ah, sí, siempre hay un montón de buenos motivos para estafarnos, y ellos se los saben todos de memoria —comentó frau Lutz—. Ojalá hubieses aprendido alguno de esos motivos para tu uso particular —le dijo a su marido. Y en su tono de voz emergían los largos años de resentimientos entrañablemente alimentados y que jamás podría saldar.

Los tres siguieron caminando, con una torpeza característica de la familia en sus movimientos, los ojos fijos al frente y empañados por pequeñas ansiedades.

—Dime una cosa, pobre esposa mía —pidió herr Lutz con aquel acento amable y razonador que sabía era lo que más exasperaba a su mujer—. ¿Nos lo pasamos tan mal en México, al fin y al cabo? ¿Fue tan malo el negocio, en cualquier sentido de la palabra? Por más que esforcemos la imaginación, ¿podemos decir que hayamos

fracasado? Yo pienso que no.

—Ya no me importa lo que tú pienses —replicó frau Lutz.

—Hasta para ti, eso pasa un poco de los límites —advirtió su marido—. Y a pesar de todo, no me impide pensar. Y en alguna ocasión, si por casualidad se te ocurre pensar, quizá pienses también que volvemos a casa, todos con buena salud y con nuestro buen dinero, honradamente ganado, bastante para inaugurar un hotelito de nuestra propiedad en St. Gallen.

—Sí, al cabo de todos estos años —comentó la mujer, tristemente—. Sí, ahora que ya es demasiado tarde, que nada estará igual, que Elsa se ha hecho mayor y será una extranjera entre los de su misma sangre… ¡Ah, piensa en las fatigas que pasamos para evitar que hablase primero el español, antes que su lengua materna! Sí, por supuesto, ahora podemos regresar a lo grande y establecernos en el negocio y sentirnos personas importantes. ¿Para qué?

—En lo de sentirnos importantes —observó herr Lutz—, esperemos a ver.

—Mamá —dijo Elsa con timidez, probando de cambiar de tema —, mi compañera de camarote es aquella muchacha americana que subió a bordo con el joven del cabello rubio claro. Yo pensaba que estaban casados, ¿no lo creías tú? Pero él ocupa un camarote y ella otro.

—Me apena mucho lo que estoy oyendo —declaró la madre en tono severo—. Contaba con que te acompañase una mujer mayor, una persona respetable. Esa chica… no me gustan ni su aspecto ni sus modales. Pantalones por la calle, ¡imagina! ¿Y de veras viaja con un hombre que no es su marido?

—Pues —contestó Elsa, insegura, viendo que también ese tema había resultado un error—, supongo que sí. Después de todo, él está en otro camarote.

—No veo gran diferencia —replicó frau Lutz—. Lo siento mucho. Ahora escúchame con atención: En todo momento te mostrarás muy reservada con esa chica. No sigas su consejo ni su ejemplo ni en la cosa más insignificante. Trátala con una frialdad absoluta, no intimes con ella para nada. Que nadie te vea nunca en cubierta en su compañía. No hables con ella, ni la escuches cuando ella lo haga. Estás en muy mala compañía, y tendré que intentar

que te cambien de camarote.

—Pero ¿con quién estaré entonces? —preguntó Elsa—. Con otra desconocida.

—Ah, sí —suspiró la madre, dirigiendo una mirada en torno suyo y fijándola en las mujeres que pasaban a su lado o caminaban por las cercanías—. ¿Quién lo sabe, Dios mio?

¡La nueva puede ser peor que la antigua! ¡Tú conténtate obedeciéndome a mí; con eso basta!

—Sí, mamá —asintió Elsa, en tono atento y sumiso.

Su padre le sonrió y le dijo:

—Así me gusta, hijita. Tienes que hacer siempre lo que te diga tu madre.

—Pero, papá, cuando se puso faldas, tenía el mismo aspecto que cualquier otra; tenía una figura muy agradable, no parecía americana.

—A pesar de todo, apártate de ella —insistió frau Lutz, sacudiendo la cabeza—. Es americana, no lo olvides. Su figura importa poco.

El mozo de comedor, saliendo a cubierta hizo sonar la alegre llamada para la comida. La familia Lutz, volviendo hacia el interior, aceleró el paso al instante. Al llegar a la cima de las escaleras, casi fueron arrollados desde atrás por la compañía de bailarines españoles, los cuales, sencillamente, pasaron por entre ellos, por encima y por su alrededor como una ola… una ola con codos. Los Lutz quedaron tan atrás que los españoles estaban ya sentados a una mesa redonda de buenas dimensiones próxima a la del capitán, y los gemelos de seis años se las habían con un plato de apio antes de que el camarero lograse localizar la mesita puesta para tres… junto a la pared, no cabe duda, pero, felizmente, cerca de una portilla.

—Me alegra ver que se han lavado la cara —manifestó frau Lutz, poniéndose a leer la minuta con una mirada de anticipada desilusión—, pero el panorama entero mejoraría si se lavasen también el cuello. Lo vi perfectamente: lo tienen gris y rígido de todo el sucio polvo acumulado en él desde Dios sabe cuándo. Elsa, a ti te extraña que insista tanto en que te laves el cuello. Y las muñecas además, y en cuanto a polvos… confío que no caerás nunca en tales estupideces.

Elsa bajó la vista hacia su propia nariz, cuyo brillo se le reflejaba

en el rostro. Enseguida se la frotó con el pañuelo, reprimió con mucho cuidado un suspiro que se le escapaba y guardó silencio.

El comedor aparecía limpio y bien fregado. Las mesas estaban adornadas con flores y tenían los adecuados manteles, servilletas y platos, todo muy blanco y limpio. El comienzo de un nuevo viaje parecía animar y estimular a los camareros, y los rostros famélicos de la nueva colección de pasajeros mostraban un aire, aunque sosegado, expectante. El capitán no estaba, pero el doctor Schumann, sentado a la mesa del primero, saludó a los huéspedes y les explicó que el capitán solía comer en el puente durante las primeras horas, las más importante del viaje.

Todos los huéspedes movieron la cabeza en cortés asentimiento, reconociendo que significaba una pesada tarea para el capitán el sacarlos sin novedad a alta mar, y todo fueron moderados comentarios y fácil comprensión entre los elegidos: el herr profesor y frau Hutten, herr Rieber, fräulein Lizzi Spöckenkieker, frau Rittersdorf, frau Schmitt y el joven «presentable» a quien mistress Treadwell había visto sentado con Jenny Brown. Se llamaba Wilhelm Freytag, dijo él repentinamente en ocasión de la ronda de intercambio de nombres cuando se hubieron sentado. A los tres minutos frau Rittersdorf se había cerciorado de que aquel joven estaba «relacionado» con una compañía de petróleo que actuaba en México, era casado (una lástima, más bien) y se dirigía a Mannheim para traerse a su joven esposa y a la madre de esta. Frau Rittersdorf decidió asimismo al instante que herr Rieber se agitaba y reía de un modo bastante vulgar y que no estaba para nada a la altura del resto de comensales presentes en la mesa del capitán. Frau Schmitt y los Hutten se sintieron al momento en una excelente disposición recíproca cuando salió a la luz que todos habían sido profesores en colegios alemanes; los Hutten, en Ciudad de México.

Herr Rieber, de un humor chispeante, incapaz de reprimir los guiños que dirigía a Lizzi, aunque decentemente contenido por la sociedad en que se encontraba, propuso en señal de buen augurio, que se le permitiese ofrecer vino a los reunidos. Estos recibieron la proposición con la mejor voluntad. Y el vino fue traído; auténtico Niersteiner Domtal de la mejor marca, tan difícil de encontrar en México, tan caro cuando uno lo encontraba, que todos ellos echaban tanto de menos, que amaban tanto; el precioso, bueno,

sano, vino blanco de Alemania, fresco como las rosas. Los comensales olisquearon las heladas copas, sus ojos se humedecieron y se sonrieron unos a otros con anchas, amistosas sonrisas. Hicieron chocar levemente los bordes de las copas, que tintinearon todo alrededor, se dirigieron por turno palabras amables, deseándose salud y buena suerte, y bebieron.

Todos experimentaban la sensación de que no hubiera podido hallarse nada más correcto, más encantador, más amable que aquel momento. Y se arrojaron sobre los espléndidos, nutritivos platos alemanes con un apetito feroz. Todos se dirigían a casa, a la patria por fin, y en aquel barco compartían por primera vez la sensación de haber puesto ya el pie en una Madre Patria mística. Restaurados, fortificados, hacían una pausa de tarde en tarde para limpiarse las hinchadas bocas, moviendo la cabeza afirmativamente de contento, pero en silencio. El doctor Schumann comía con la moderación de un hombre sobrio al cual le hubiera costado mucho recordar la última vez que tuvo hambre de veras. Mientras comían y bebían, los huéspedes le dirigían miradas de admiración. Veían en él la especie más elevada de la buena crianza alemana, cuyo brillo quedaba enaltecido por la dignidad de su profesión y por aquella preciosa cicatriz, prueba evidente de que había asistido a una universidad importante, de que era valiente y sereno: una cicatriz tan grande y tan perfectamente colocada demostraba que había conocido el significado del *Mensur*, la medida de un alemán genuino. Si parecía un poco abstraído, pensativamente callado, estaba en su derecho; era cosa inherente a la importancia de sus deberes como médico del barco.

—Jarrete de cerdo, David querido —dijo Jenny Brown, llamando a David Brown por su nombre de pila por primera vez en tres días.

Él, por su parte, no se encontraba de un humor tan aceptable, y se decía que, probablemente, la muchacha no volvería a ser para él Jenny-ángel durante una serie de días… O quizá nunca. ¿A cuántos destrozos del sistema nervioso puede sobrevivir el amor? ¿A cuántas escenas?

—Yo estoy mejorando mi alemán gracias a los grifos del agua y a todos esos rotulitos que hay por ahí, pero casi toda esa gente habla inglés o francés, o ambas lenguas. ¿No ves al sujeto aquel con el cual estuve paseando? Allí… en la mesa del capitán. El del cabello cortado a lo invencible. Ni siquiera me enteré de que era alemán hasta que él me lo dijo…

—¿Con esa cara? —preguntó David.

—¿Qué tiene de particular su cara?

—Una fisonomía alemana.

—¡David querido, qué vergüenza! Pues mira, yo quería hacer prácticas de alemán con él, pero después de la primera frase, él no pudo soportarlo, sin más, y debo decir que habla un inglés mejor que el mío, un inglés terriblemente cerrado, por cierto. Pensé que quizá se había criado en Inglaterra, pero no, lo aprendió en el colegio, en Berlín… Bien, mi chica suiza… ¿No te había dicho que me han metido en el mismo camarote con aquella voluminosa chica suiza? Lleva un corsé blanco, de hilo, con encaje «frivolité» en los bordes. Apuesto a que nunca has visto…

—Mi madre solía llevarlos —replicó David.

—¡David! ¿Quieres decir que mientras tu madre se vestía tú la espiabas?

—No, yo solía sentarme en el centro de la cama y la miraba.

—Pues bien —continuó Jenny—, mi muchacha suiza habla español, francés e inglés (además de alemán) y una especie de dialecto al que ella llama «romansh»[6], y apenas tiene dieciocho

años. Y conmigo solo hablará inglés, aunque, ciertamente, en español yo me desenvuelvo tan bien como ella. No veo la menor probabilidad terrena de aprender ningún idioma, si el viaje ha de seguir como hasta ahora.

—Esa gente no representa el tipo corriente de su país —opinó David—, como nosotros tampoco representamos el del nuestro. Es gente que vagabundea por naciones extranjeras, cambiando de dinero y de lengua en cada frontera. Nosotros hacemos lo mismo. Fíjate en mí: hasta aprendo ruso…

—Sí, vale la pena fijarse en ti —convino Jenny, admirativamente—. Pero tú hasta aprendes la gramática, en el libro, cosa que a mí no se me ocurriría jamás. Yo no puedo aprender la gramática, eso es evidente, pero, por otra parte, no siento la necesidad de saberla.

—Si te oyeras algunas veces —replicó David—, la sentirías. Dices algunas cosas espantosas de verdad, cuando hablas en español.

—Estás guapo como un figurín con esa camisa azul, cielo —ponderó Jenny—. Espero que eso no te aterrará. ¡Dios mío, me estoy muriendo de hambre! ¿No te ha parecido muerto Veracruz esta vez? ¿Qué le ha pasado a esa ciudad? Yo guardaba de ella los recuerdos más tiernos y en cambio ahora deseo no volver a verla jamás.

—A mí me ha parecido como de costumbre —objetó David—: calor, cucarachas, veracruzanos y todo el séquito.

—Ah, no —insistió Jenny—; yo solía pasear por ahí de noche, después de un chaparrón que lo había limpiado todo, cuando los dondiegos y los jazmines en plena floración y los colores de las paredes de yeso tenían un brillo muy puro. Salía a esos rincones y plazas y fuentes inesperados, todos tan bien compuestos, esperando nada más que los pintasen, y ninguno con el mismo aspecto que tenían durante el día. Todas las ventanas estaban abiertas y de ellas salía un chorro de luz amarillo pálido, con nubes de mosquitos grandes anidando en las enormes camas, y gente medio vestida, medio dormida yendo de acá para allá, ya entre sueños, O sentada en los balconcitos por el solo placer de respirar. Era en verdad hermoso, David, y a mí me embelesaba. ¡La gente parecía tan afectuosa y tan campechana…! ¡Sí, todo el mundo! Y una vez hubo

una tormenta grandiosa, con terribles truenos y rayos, y cayó uno en el hueco del ascensor de mi hotel, a unos veinte pasos de mi cuarto, y por poco me arroja al suelo. ¡Qué divertido! El peligro había sido auténtico, y no obstante yo continuaba viva.

David protestó, fría, dudosamente, de ese recuerdo.

—Nunca me lo habías contado —arguyó.

—Supongo que no —asintió ella—. Debí pensar que no me creerías. Porque tú nunca das crédito a lo que se aparta de lo corriente, y yo me pregunto la causa. Debes dejarme recordarlo a mi manera, tan hermoso como fue en otro tiempo, al menos. —Después de una corta pausa, añadió—: Estoy segura de que si hubieras estado tú allí, todo hubiera resultado distinto. —La joven se quedó observando con atención clínica el rostro inexpresivo, tenso, de David, que no exteriorizaba signo alguno cuando él tenía que encajar algún golpe.

—¿Quién estaba contigo entonces, que aquello resultó tan encantador?

—Nadie —respondió ella suavemente—. Estaba sola y pude verlo a mi manera, sin que nadie me lo alterase.

—Y sin ningún barco qué coger.

—No, había llegado en un barco procedente de Nueva York. Nueve días deliciosos sin conocer a nadie de a bordo y durante los cuales solo hablé con mi camarero y mi camarera.

—Se sentirían halagados —comentó David con malicia. Pero la ironía no le procuró ninguna satisfacción.

Jenny enderezó el cuchillo y el tenedor, y bebió un sorbo de agua.

—No sé —repuso en tono grave, como si estuviera meditando profundamente una cuestión importante—. De verdad que no sé si seré capaz de continuar en esta mesa contigo todo el viaje, o no. Al menos me alegra que estemos en camarotes distintos.

—A mí también —dijo David, con una llamarada fría en los ojos.

Entonces ambos quedaron en silencio, alarmados al ver cuán súbitamente podían escapar las cosas de su dominio, y sabiendo, como siempre, que aquello no tendría fin, porque no había tenido verdadero principio. La querella entre ellos era una piedra de molino a la que subían juntos y hacían rodar y rodar hasta que quedaban rendidos por completo y desesperados. El joven continuó

atacando impasiblemente la comida, y la muchacha volvió a levantar el tenedor.

—Podemos dejarlo, si quieres —murmuró por fin—. ¿Cómo empezamos? ¿Y por qué? Nunca lo sé.

David sabía que si Jenny cedía era mitad por cansancio, mitad por aburrimiento, pero a pesar de todo agradeció la tregua. Además, le había asestado un buen golpe, debía de sentirse más desahogada.

David no la perdonaba; la cogería por sorpresa a su vez algún día, como había hecho a menudo anteriormente, y se recrearía viéndola palidecer. Jenny reconocía siempre la venganza como tal, pero admitía, a pesar de todo, la bárbara justicia que encerraba. Por lo menos poseía, en mayor o menor medida, el concepto dé que todo rueda y todo cambia; no esperaba poder librarse siempre del castigo de una culpa, y él consideraría como cuestión personal el cuidar de que no se librase. Sintiendo en su interior la frialdad de corazón como una verdadera arma de reserva, sonrió a Jenny con aquella dulzura que la embelesaba siempre, y adelantando la mano, la posó en la de la joven con gesto afectuoso.

—Jenny, ángel —le dijo.

Jenny sintió al instante que el corazón —ella creía firmemente que su corazón estaba dotado de sensibilidad— se le derretía, un poquito nada más, tímida y desconfiadamente; sabía lo que David podía hacer y haría con ella si se dejaba pescar en un estado de «ánimo blando», según él lo definía.

Y, sin embargo, no supo reprimirse; inclinose hacia adelante y respondió:

—¡Ah, viejo mío, ah! Intentemos ser felices. No malbaratemos el primer viaje que hacemos juntos… ¡Podría ser tan alegre! Yo lo intentaré, David, querido mío, lo prometo… intentémoslo. ¿Acaso no sabes que te amo?

—Me gustaría saberlo —contestó David con la dulzura más insidiosa.

Por un misterioso impulso, Jenny parecía a punto de llorar, pero reprimió las lágrimas, sabiendo que él consideraba su llanto como otro artificio femenino que se sacaba de la bocamanga en el momento conveniente. David la observaba con una sonrisita enigmática, para ver si se dejaría arrastrar; hasta entonces Jenny no

había hecho nunca una escena en público. Pero la muchacha levantó el vaso de vino y lo acercó para que chocase levemente con el de David.

—Salud [7] —dijo.

—Salud —respondió David. Y vaciaron los vasos de un solo trago.

Ambos se avergonzaban de la perversa naturaleza que cada uno exhibía delante del otro; durante los primeros días de su amor, cada uno había esperado ser la imagen ideal del otro, pues ambos eran desesperadamente románticos, y el miedo de ponerse al descubierto, de enseñarse y aprender recíprocamente cosas desagradables, les hacía insinceros y crueles. En los momentos de tregua ambos creían que se profesaban un amor muy puro y generoso, tal como ellos deseaban que fuese; se necesitaba únicamente que hubiera… tan solo precisaba que hubiese… ¿qué exactamente…? Ambos en secreto y por separado, se lo preguntaban y no hallaban respuesta: Solo durante cortos momentos como aquel, cuando bebían juntos el vino de la paz, libraban las tensiones y su espíritu quedaba tranquilo; ambos respiraban fácilmente el aire de la reconciliación, y se hacían vagas promesas, cada uno a sí mismo y también al otro, de mantenerse fieles… (fieles, ¿a qué?), de amarse mutuamente, de intentar… Pero David sabía, al menos por su parte, una cosa: que la mitad de sus conflictos consistían precisamente en ese «intentar ser felices», o eran causados por ello. Pero ¿y la otra mitad…?

—Por la felicidad pues —brindó, haciendo chocar otra vez su vaso con el de Jenny.

Aunque aún era plenamente de día, el sol de agosto, hundiéndose en el horizonte lejano, derramaba sobre las aguas un camino de fuego que corría como aceite por la estela del barco. Las mujeres de vida alegre aparecieron en cubierta con unos vestidos de noche de encaje negro, idénticos, sus finas y lisas espaldas reluciendo hasta la cintura, las enjoyadas sandalias resplandecientes. Mientras paseaban despacio de acá para allá, se encontraron cara a cara con los dos sacerdotes, que también paseaban despacio, cerrada la boca, los impasibles ojos fijos en sus breviarios. Las mujeres se inclinaron respetuosamente; los padres pasaron por alto el saludo, o quizá no lo vieron. William Denny seguía a las mujeres a una distancia prudencial, dando la vuelta a la cubierta y parándose alguna que otra vez, fingiendo interés en algo hundido en las profundidades del mar. La nuez le subía y bajaba en el cuello, aunque muy levemente. Los novios estaban sentados en sus tumbonas, contemplando la puesta del sol en silencio, los ojos hechizados y misteriosos, las manos enlazadas dulcemente.

La niñera india mexicana entregó al niño de pañales a su madre, la cual lo recibió, con aire un tanto desamparado, en sus inexpertos brazos. Frau Rittersdorf, al pasar, se tomó la libertad de una mujer genuina que, aunque careciendo de hijos y no cesando de dar gracias a Dios por ello, justipreciaba instintivamente el martirio glorioso de la maternidad, cuando lo sufrían las demás. Con una sonrisa de íntima simpatía por la madre, se arrodilló en silencio para adorar el divino misterio de la vida por unos breves segundos, admirando las suaves cejas, la tierna boquita, aquel cutis tan envidiable del nene. La madre seguía su mirada con una sonrisa convencional, renuente, pensando que al pequeño le miraban ya bastante, y que a ella le hubiera gustado que le dejaran en paz; recordando que por las noches se despertaba prorrumpiendo en llanto y le chupaba la leche como un cerdito, cuando ella hubiera llorado de cansancio y solo tenía ganas de dormir.

—¡Qué niño tan precioso! —ponderó frau Rittersdorf—. ¿Es el primero?

—Ah, sí —respondió la madre, y en su cara apareció una sombra de terror.

—Un hermoso comienzo —comentó frau Rittersdorf—, un perfecto general en miniatura. ¡El generalísimo, en realidad! —Sus amigas alemanas le habían contado que cada dos varones mexicanos uno era general o se proponía serlo… o al menos, se daba ese nombre.

A pesar de todo, la madre no pudo resistirse a la lisonja, por muy vulgar, por muy estilo alemán que fuese. ¡El generalísimo, nada menos! ¡Qué disparate! Con todo, ella sabía que tenía un hijo soberbio y le agradaba oír que le elogiaban, aunque fuese en un español con aquel acento atroz. Frau Rittersdorf dirigió la conversación de modo que del hijo pasara a la madre, y se puso a hablar un francés muy aceptable, lo cual agradó en extremo a la mexicana, que se vanagloriaba de su dominio de tal idioma. Frau Rittersdorf se enteró con gran satisfacción de que madame era la esposa de un agregado de la legación mexicana en París; precisamente hacia allí se dirigía para reunirse con su esposo; pues le había sido imposible…

—Ea, ya puede usted ver la causa —dijo la madre mirando al bebé— de que no pudiera acompañarle.

El encontrar a una dama de los círculos diplomáticos halagó el más elevado concepto social de frau Rittersdorf; después de todo, tendría con quién alternar. La señora Esperón y Chávez de Ortega, por su parte, parecía hundirse rápidamente en un humor taciturno, volverse un tanto distraída; cosa quizá más que natural en su nueva situación. El generalísimo abrió los ojos, blandió los puños y bostezó divinamente en la misma cara de frau Rittersdorf. Su madre arrugó la frente un poquitín nada más y suplicó:

—Oh, por favor, no le despierte. Se ha dormido hace un momento apenas. ¡Si supiera el trabajo que nos da… con su cólico y todo lo demás!

Sintiéndose rechazada, frau Rittersdorf se levantó instantáneamente y se despidió con una cortesía. Al fin y al cabo aquella mexicanita menuda no era, con toda probabilidad, una mujer particularmente inteligente, quizá ni siquiera muy educada.

Resultaba bastante difícil formarse una idea del código social de las razas, de piel oscura, aunque sin duda alguna, lo tenían; hasta don Pedro, en México, cuyo olvido de pedir su mano en matrimonio después de haber dado unos pasos que en apariencia no se podían desandar…, ¿no había algo siniestro en su naturaleza? Y no obstante —¿podía motivarlo acaso el ser dueño de una fábrica de cerveza?— a veces le había parecido tan humano, tan germanizado, que ella se había dejado adormecer y descarriar. Frau Rittersdorf aceleró el paso, con un pequeño escalofrío de espanto, sacudiendo la cabeza.

Después de la comida, todos los pupitres de los compartimientos de enfrente del bar estaban ocupados por absortos redactores de cartas, últimas palabras que dirigían a México y que echarían al correo en La Habana. Por la cubierta solo patrullaban las bailarinas españolas, que solo vivían el momento presente. En México no tenían ningún amigo y en España muy pocos, lo cual no las inquietaba lo más mínimo. Se podía observar perfectamente que a su alrededor ardía el rescoldo de ciertas aventuras amorosas. Con la piel despidiendo un aroma de almizcle y ámbar y el cuello adornado con flores recién cortadas, se las veía por ahí, en lugares protegidos por la sombra, cada una más o menos amartelada con alguno de los rubios y jóvenes oficiales del barco.

Los oficiales eran todos sin excepción pobres, estaban perfectamente disciplinados, se entregaban por entero a su profesión y ahorraban cuanto podían de sus escasos ingresos, para poder casarse: todos llevaban sencillos anillos de compromiso en la mano izquierda, y, confinados en su estrecho mundo siempre en movimiento, jamás ponían los pies en ningún puerto, pues resultaba un lujo caro, podía acarrear complicaciones internacionales, y por lo demás, había demasiados puertos. Los oficiales tenían deberes claramente definidos y no siempre onerosos con respecto a las pasajeras del barco, tales como bailar con ellas en las veladas, si parecía que faltaban varones para completar las parejas, no desairar a ninguna y hacerse agradables de una manera decorosa. Carecían de privilegios, tales como el de llevar un asunto amoroso demasiado lejos, pero no había que suponer que ninguno de ellos hubiera de privarse de las oportunidades que se le ofreciesen libremente, con tal que guardase las apariencias. En el caso particular de las damitas españolas, no era posible guardar las apariencias, ni mucho menos, pero había que disfrazarlas cuanto se pudiera.

A la mayoría de los oficiales el trato con muchas pasajeras en muchos viajes a puertos singulares los había intimidado hasta cierto

punto. Así pues, la primera noche, esos hombres, vestidos inmaculadamente de blanco, con insignias de plata o de oro en los cuellos y en los hombros, se encontraron, recelosamente, uno tras otro, con galantería impuesta pero también con una buena dosis de agradable entusiasmo, rodeando cada uno con el brazo una cintura española delgada, aunque sorprendentemente musculosa, y contemplando con sosegada expectación las incendiarias profundidades de unos ojos calculadores y no otra cosa.

Siempre ocurría algo que los alejaba de allí; las parejas formadas se separaban misteriosamente y se formaban de nuevo con distintos componentes, hasta que por fin, a primeras horas de la velada, todo pareció terminado… Una cuestión de dinero, sin duda, decidió Wilhelm Freytag, que había trabado conversación con Arne Hansen, mientras ambos bebían un vaso de cerveza. Los dos habían estado observando las escenitas que se improvisaban aquí y allá.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó Hansen, y se puso a observar a una de las chicas especialmente, sus coléricos ojos azules amansados en una sencilla admiración.

La muchacha era muy hermosa, ciertamente, y aunque del mismo tipo que las otras, Hansen veía una diferencia en ella, si bien no hubiera sabido hacerla observar a otra persona. Todas tenían bellos ojos negros; el cabello negro, reluciente, peinado muy liso sobre las orejas; al andar, sus pequeñas y redondas caderas se mecían en un meneo presuntuoso; los pies, estrechos y muy altos de puente, los llevaban embutidos sin misericordia en zapatos negros, estrechos. Todas pintaban de un rojo oscuro y grasiento sus labios delgados y duros, formando unas bocas brutales, cuadradas, llamativas; todas menos la que él prefería y que, según había descubierto, se llamaba Amparo. Arne Hansen se encontraba ya, mentalmente, ante el primer obstáculo: él apenas hablaba español, y Amparo, que él supiera, no conocía ninguna otra lengua.

—No consigo imaginar a qué se dedican —dijo Wilhelm Freytag — aparte, naturalmente, de la actividad que están desplegando ahora. Tienen el aire de una pandilla de gitanos. Yo les vi bailando y recogiendo dinero por las calles de Veracruz.

Hansen podía darle referencias respecto a ese punto. Eran una compañía de zarzuela de Granada, gitanos acaso, o quizá pretendieran serlo, y en México les habían marchado mal los

negocios, como les ocurría siempre a tales compañías (le habían contado que la misma Pastora Imperio escapó apenas con la ropa puesta) y el Gobierno mexicano, como de costumbre, les enviaba de regreso a su país, pagándoles los gastos. Freytag consideró que tenían aspecto de maleantes, los cuatro hombres especialmente, tipos de mala catadura, con sus cráneos estrechos y sus ojos de ladrones; una combinación de bailarín de café, chulo y lanzador de cuchillos.

Hansen los observó.

—No los creo peligrosos —juzgó—, a menos que se encontrasen ante un caso clarísimo y sin riesgo apreciable. —Y volvió a acomodarse bien en su poderoso armazón, extendiendo las largas piernas bajo de la mesa.

Los hombres de la compañía de danza estaban sentados en el bar con los niños; era obvio que cuidaban de dejar el camino despejado mientras las mujeres practicaban las artes en que eran tan expertas. Permanecían callados; los pocos movimientos que hacían tenían una asombrosa gracia espontánea, parecían estar alerta como gatos. Tomaban incontables tazas de café y fumaban continuamente; y los niños, que se portaban con una sumisión que no tenían cuando estaban presentes las mujeres, acabaron por apoyar los brazos y la cabeza en la mesa y dormirse.

Frau Baumgartner descansaba la cabeza en la mano con aire fatigado, sentada a una mesita, en compañía de su esposo, el cual había iniciado su larga sesión nocturna de metódicas libaciones, para aliviar el dolor continuo que le afligía. El hombre tenía ya el cabello húmedo y pegado a las sienes. Después de haber engullido la comida, sentía un alivio en el estómago por corto rato, pero era incapaz de afrontar el nuevo despertar de los dolores, y se apresuraba a tomar el primer vaso de coñac con agua. Aquellos dolores habían empezado unos dos años atrás, cuando herr Baumgartner perdió tres casos importantes en los tribunales mexicanos. Su mujer sabía por qué los había perdido: bebía tanto, que no supo preparar adecuadamente sus argumentos, no consiguió causar buena impresión al tribunal. En el fondo de todo ello se escondía el triste misterio: ¿por qué había empezado a beber? El hombre no sabía explicarlo, ni sabía resistir su pasión por el coñac. Una hora tras otra, durante el día y hasta bien entrada la noche, bebía y seguía bebiendo… Sin placer, sin que se le iluminase el espíritu, sin alivio, sin voluntad, en medio de un remordimiento irremediable de la conciencia, su mano continuaba buscando a hurtadillas a la botella y se llenaba el vaso temblando literalmente de miedo.

Los pocos días en que, de tarde en tarde, su esposa le persuadía de que no bebiese, se iba a la cama sintiendo en el estómago unos dolores espantosos, retorciéndose, gimiendo, hasta que llamaban al médico de la familia, el cual le administraba algún calmante a base de opio. Acudieron a especialistas, cada uno de los cuales formó el diagnóstico probable correspondiente a su campo particular de actividades: úlceras, misteriosos anudamientos de los intestinos, infecciones agudas (o crónicas) de esta especie o de la otra… Uno incluso insinuó la posibilidad de un cáncer; pero ninguna fue capaz de devolverle el bienestar. No parecía que empeorase, mas tampoco mejoraba. Frau Baumgartner —aunque reprochándose por ello

constantemente— no creía ya que su marido sufriese ninguna dolencia verdadera. No sabía qué creer, y lo cierto era que no creía nada; y ese no creer se convertía en una especie de nube informe, oscura, móvil, de sospecha; la sospecha de que la enfermedad de su marido, cuando se conociera, daría motivo a que recayese sobre ella un reproche terrible. Siempre que un matrimonio vivía en la desdicha, o el marido fracasaba en sus negocios, todo el mundo sabía que la culpa era de la mujer. Frau Baumgartner sería otra de las que se verían cubiertas de reproches, pues, como ella misma decía, su marido era el mejor y el más cariñoso de los hombres. Su marido la había regalado un amor de la especie que ella entendía como amor: fiel y agradable todos los días, todos los días del año, y, además, sensato. Mientras herr Baumgartner no empezó a gastarse el dinero alocadamente en licor, mantuvieron una casa confortable y ahorraban algo; y —la mujer daba gracias a Dios— el dinero que ahorraban lo invertían en Alemania, puesto que el marco se había repuesto y los negocios florecían y todo parecía muy prometedor allí. Su marido había combatido durante toda la guerra, y había salido de ella sin un arañazo… Un milagro en sí mismo por el cual debería estar agradecido… Pero no, jamás hablaba sino con profunda amargura de lo que había sufrido durante aquel tiempo. Se casaron después de la guerra y se fueron a México, una nueva tierra de promisión para los alemanes… ¡Ah!, ¿qué podía haber pasado, qué había: hecho ella para que su vida llegase a la situación actual? Todo parecía desenvolverse tan bien…

—Oh, Karl, no tomes otro; con este serían ya cuatro y todavía no hace dos horas que hemos comido.

—¡No puedo soportarlo, Gretel, no puedo soportarlo; tú no puedes comprender lo que me hace sufrir esto!

El mismo grito de siempre. La cara se le contrajo, los labios se le curvaron y empezaron a temblar; sus grandes ojos azules, vacíos, se enfurecieron de dolor.

—Karl: ¿qué remedio puedes encontrar en eso? Mañana volverá a ser lo mismo.

—Por favor, Gretel, ten un poco más de paciencia. Te prometo que con otro vaso me bastará para pasar la noche. —El infeliz se inclinó de pesar y de vergüenza—. Perdóname —dijo.

Y esa humildad hizo que su esposa se sonrojara por él.

—No, no, querido —contestó—. Si has de sentirte mejor, adelante, tómalo. —Pero bajó la cabeza, fijando la mirada en el mantel a fin de no ver la cara de su marido, contraída en aquella expresión de dolor que no se esforzaba en esconder ni dominar.

Los médicos habían dicho que herr Baumgartner debía volver a la patria; quizá de ese modo se curase. La esposa confió que acaso el largo y tranquilo viaje, la vida sosegada del barco, lejos de los falsos amigos, sus compañeros de bebida, lejos de la ciudad en donde había fracasado, sería un buen comienzo. Pero no había de ocurrir. Herr Baumgartner apuró su vaso hasta la última gota.

—Vamos, querida mía —dijo con voz llorosa—; vamos, si quieres ayudarme.

Se levantó tambaleándose, y la mujer se situó junto a él, que se apoyaba en ella pesadamente mientras cruzaban el concurrido bar; y frau Baumgartner, con los ojos fijos al frente, estaba segura de que todo el mundo miraba con desprecio al borracho de su marido, que se fingía inválido.

Herr Löwenthal, a quien habían colocado ante una mesita pequeña, solo, estudió la minuta, con su lista de platos impuros, y pidió una tortilla recién hecha, con guisantes. Se bebió media botella de buen vino blanco para reconfortarse (la única penalidad del viaje la constituía el problema de encontrar algo que pudiera comer en un mundo gobernado casi por completo por los paganos) y se comió todo el cestito de fruta que le trajeron para postre. Luego se entretuvo rondando un rato, con aire inquisitivo, primero por el salón, luego por el bar, después fuera, en la cubierta, errante y confundido; pero nadie le dirigió la palabra, y en consecuencia, él no se la dirigió a nadie. Fijaba una mirada escudriñadora aquí y allá, en todas las caras que veía —una mirada rápida— y desviaba los ojos al momento, tratando de pasar inadvertido por su parte, pero con la esperanza de ver a alguno de su misma raza. Aquello era casi increíble. Ef toda su vida le había ocurrido algo así, pero ahí estaba el hecho innegable, la cosa que más temía: no había ningún otro judío en todo el barco. Ni uno. ¡Un barco alemán que regresaba a Alemania, y; exceptuando él, ni un solo judío a bordo!

Las angustias de su instintiva inquietud se acentuaron al instante hasta convertirse en miedo auténtico; su natural hostilidad a todo el extraño mundo de los *goyim*[8], tan profunda y penetrante que era como un movimiento de su sangre, le inundó el alma. La misma oleada le devolvió el coraje, incompleto, titubeante, pero trayendo consigo la sensación de haber restaurado la salud de la mente. Herr Löwenthal repitió el recorrido, esta vez con ojo más audaz y un aire de compostura que escondía su preocupación… Pero no, naturalmente, ¿para qué seguir mirando? Si hubiese otro, les habrían sentado a la misma mesa. Dos judíos se hubieran reconocido mutuamente haría ya mucho rato. Bien, no tendría con quién hablar, pero, a pesar de todo, no le costaría nada el mostrarse amable con aquella gente; herr Löwenthal se proponía pasarlo lo mejor posible durante el viaje; no se ganaba nada buscando

conflictos. Sentóse en el bar, cerca de una pareja de gentiles, obesos y de media edad, que tenían un aire bastante respetable y a cuyos pies reposaba un bulldog, diciéndose que si le dirigían la palabra podría pasar media hora en sociedad, mejor o peor… Siempre sería mejor que nada en absoluto, y parecía casi lo único que se le podía ofrecer. Pero nunca le gustó ser el primero en dirigirse a los gentiles, pues uno corría el riesgo de llevarse una sorpresa desagradable; además, no hablándoles espontáneamente, ellos no podían replicar volviendo la cabeza. Después de consumir dos cervezas, advirtió que se sentía cansado y en disposición de irse a la cama.

El camarote estaba vacío, si se exceptúa el equipaje del otro pasajero. Herr Löwenthal puso su caja de muestras donde no estorbase, extendió sus modestos objetos de aseo personal, tendiose en la litera inferior y recitó sus oraciones, preguntándose qué clase de compañero de camarote le habría tocado en suerte. Quizá fuera un sujeto perfectamente agradable. Al fin y al cabo, al menos en el terreno de los negocios, había conocido algunos gentiles muy tratables. Quizá lo fuese. Herr Löwenthal se quedó tendido con la luz encendida, incapaz de entregarse al sueño, esperando con mirada vigilante para ver qué clase de hombre abriría la puerta. Al fin, oyendo el ruido de alguien que entraba, levantó la cabeza vivamente y, antes casi de que hubiera divisado al individuo, dijo:

—*Grüss Gott*.

Herr Rieber se paró en seco. Casi al mismo instante se extendió por su achatada fisonomía una expresión vivísima de repulsión, y juntando las cejas y torcidos los labios, contestó:

—Buenas noches.

Su acento cortaba seca, fríamente, toda posibilidad de entablar conversación.

Herr Löwenthal dejó caer la cabeza de nuevo en la almohada, decepcionado lo mismo que si hubiese conocido siempre al otro.

«¡Dios mío, qué mala suerte! Y para un viaje tan largo —se dijo tristemente—. Y sí, no cabe duda, tiene figura de cerdo más todavía que de gentil. —Pero él se andaría con cuidado, sabría velar por sí mismo, se encargaría de que aquel sujeto no abusará de él—. Veamos qué hace, después de este comienzo. Ahora ya sé que debo estar siempre a punto para entablar combate. Conozco la mayoría

de las tretas que nos gastan… no puede cogerme de sorpresa».

Y se acongojaba y consumía, volviéndose y revolviéndose una y otra vez, reprimiendo los suspiros, a pesar de lo cual al cabo de un rato se quedó dormido, las cejas juntas todavía, pero con un sueño profundo y reparador a despecho de los ronquidos de herr Rieber.

Hacia las nueve, las iluminadas cubiertas estaban desiertas, el bar y los pequeños despachos, casi abandonados. No se percibía señal alguna de vida, excepto cierto movimiento, en el puente, por parte del capitán y algunos marineros de rostro calmoso ocupados en sus deberes habituales. En las profundidades del barco, los panaderos empezaban a amasar, enrollar y cocer el pan del desayuno; y más abajo todavía, en el cuarto de máquinas, unos sujetos robustos trabajarían y sudarían toda la noche para que el barco conservara su velocidad constante, regular, de doce nudos. Y navegaría algo mejor cuando la corriente del golfo le empujase por detrás.

En dos días nada más, la vida a bordo había empezado a ordenarse con una monotonía bastante agradable, pero al tercero se repitió la excitación de encontrarse en un puerto nuevo, en La Habana. En esa ocasión los pasajeros no tenían por qué inquietarse; por una vez no tenían nada que hacer, sino recrearse ante el panorama en la medida de su respectiva capacidad. Por todas partes aparecieron frescos trajes veraniegos de todas formas y medidas, y hubo una carrera hacia la pasarela aun antes de que esta hubiera quedado bien afianzada.

Hasta herr Glocken bajó andando, solo, muelle adelante, con una corbata de colores alegres, desgastada en el nudo, sonriendo como una gárgola mientras esquivaba con una presteza nacida de la costumbre a una joven audaz que se lanzó hacia él como una flecha a fin de tocarle la joroba, para que le diese buena suerte.

Las mujeres de vida alegre, llegando a su hogar, después del «viaje de negocios» a México, con la misma naturalidad que si volviesen de un día de compras en la ciudad, se marcharon juntas, luciendo vestidos blancos sin espalda y excelentes sombreros panameños de alas anchas. William Denny, a una distancia prudencial, las seguía resuelto, para descubrir, si le era posible, qué clase de tejado albergaba a aquellas arrogantes criaturas en su brezal nativo. El comportamiento, decididamente poco comercial, de aquellas mujeres en lo tocante a él, le había dolido y desconcertado.

—En mi tierra, las mujeres de su clase no tienen tantos humos —comentó, hablando con David Scott—. Lo que importa es que entre dinero en el barrilito, y nada de resentimientos.

David se limitó a opinar que muy posiblemente la aventura resultaría aburrida, con lo cual Denny partió solo, decidido a seguirles la pista hasta su madriguera y a entrar audazmente sin pedir permiso. Cuando recorrían una calle estrecha, llena de tiendas, una de las dos muchachas se volvió inesperadamente para

mirar un escaparate, vio a Denny y dio un codazo a la otra. Entonces ambas volvieron la cabeza, y estallando en unas carcajadas agudas, estridentes, femeniles y burlonas, entraron a toda prisa en la estrecha tienda y desaparecieron definitivamente. Denny, contrariado en extremo, dejó que se extendiese por su rostro una pálida mueca de mofa —por si algún testigo había presenciado la escena— y que sus labios formulasen un calificativo corto y feo —para su propia satisfacción— y luego, como hombre que tiene sus planes, sacó del bolsillo un pequeño mapa para turistas y se puso a buscar el Sloppy Joe.

Aunque no eran sino las cuatro de la tarde, los bailarines españoles aparecieron vestidos para la velada, en socorrido negro de corte atrevido, los caballeros con anchas fajas de seda encarnada debajo de las cortas chaquetillas, las damas dejando bravamente al descubierto buena parte de los hombros y los senos. Los lóbulos de las orejas de Amparo sobrepasaban al menos la mitad su longitud normal, arrastrando el peso de unos desmesurados rubíes de imitación. Todos cojeaban un poco dentro del calzado cruel que lucían al salir, obstinadamente incómodos y de mal genio, para una velada de alegría profesional. Los mellizos, a los que dejaron en el barco, se pusieron al momento a chillar, ulular y describir círculos en una especie de danza diabólica alrededor de la silla de ruedas del hombrecito enfermo, hasta que el muchacho del cabello de oso los alejó de allí soltándoles una colección de sonoras maldiciones en alemán. Luego corrieron hacia la barandilla, se encaramaron a ella y sacando mucho el cuerpo gritaron desesperadamente:

—¡*Jai alai*, mamá! ¡Mamá, *jai alai*!

Al sonido de aquellas voces, las cuatro mujeres, que se encontraban ya a buena distancia, giraron sobre sus tacones, y aquella a quien llamaban Lola gritó con aspereza:

—¡Callaos!

—Seamos verdaderos turistas por una vez —le dijo Jenny-ángel a David-cielito, pues tal era el estado de ánimo del uno para el otro en aquel momento—. No tengo ningún prejuicio contra los turistas… Considero que representan una forma atenuada del esnobismo. ¡Les envidio de mala manera, perros dichosos con dinero que gastar y tiempo abundante en las manos, bien vestidos y en marcha! Yo tengo que trabajar continuamente. Si no tuviera un empleo no me encontraría donde me encuentro en un momento dado; siempre enfrascada en algún trabajo o realizando el encargo de algún editor… Hasta en París, si algún día llego allá, tendré que trazar necios dibujitos para ilustrar las historietas sosas de alguien. Vamos, David-cielito, no me digas que sufro un acceso de autocompasión…

—Eso lo dices tú siempre; yo no lo he dicho nunca.

—Está bien, so embustero —replicó Jenny con ternura—, pero sea como fuere, en toda mi vida, desde niña, jamás he ido a ninguna parte meramente por el placer de contemplar el panorama. Ahora es el momento; subamos a un Fordito y veamos las vistas, sean mejores o peores. Esta es la cuarta vez que paso por La Habana, quizá sea la última, y jamás he visto la playa y ese famoso paseo de… ¿cómo se llama?

David se sumergió en uno de aquellos mutismos suyos que Jenny llamaba silencios elocuentes; por la expresión que invadió paulatinamente su rostro, la muchacha vio que la idea le atraía. No tuvieron que ir muy lejos, porque allí, en la primera esquina, encontraron a un negro anciano con un asmático coche Ford —«¡un verdadero “fortingo”, si es que hubo jamás alguno!», dijo Jenny en tono cariñoso, pues ese era el nombre que daban popularmente en México a tales vehículos— que estaba esperando y deseando una pareja como ellos precisamente. El negro tenía la piel color azúcar moreno, un ojo gris claro y otro canela claro, creía saber inglés, y le habían compuesto un grandilocuente discurso de bienvenida, que se

había aprendido de memoria. David y Jenny aguardaron cortésmente a que terminase antes de asentir con un cabeceo afirmativo. Entonces el negro los acomodó inmediatamente en el asiento trasero, cuya puerta traqueteaba en sus goznes mientras la estopa del tapizado salía a puñados, y arrancando al instante con un rugir y entrechocar impresionante de locomoción mecánica, alcanzó casi enseguida una velocidad espantosa, y empezó otro discurso prefabricado que les arrojaba a fragmentos alternativos de sonoros graznidos y murmullos bajos mientras rodaban por la magnífica y blanca calzada costera.

—Estamos pasando… Monumento —gritó, mientras desfilaban raudos junto a una inconexa masa de bronce— *que conmemora* —pronunció pausada y cuidadosamente, para limitarse enseguida a un murmullo. Después—: Esto —ahí levantó nuevamente la voz—… la guerra de… año del Señor… y más tarde —dijo con toda claridad— los Hijos de la Independencia Cubana erigieron ese noble monumento, ofreciéndolo a la contemplación de los extranjeros. —Murmullo, murmullo, murmullo—. Ahora estamos pasando por… —y describieron un peligroso arco por una abierta curva— el edificio llamado… erigido para que lo vean los extranjeros… *¡A su izquierda!* —gritó en son de advertencia, y Jenny y David estiraron el cuello al instante hacia la izquierda, pero el espectáculo que hubiera que contemplar había quedado ya muy atrás—, ven ustedes un trágico monumento conmemorativo erigido por los Hijos de… para que lo viesen los «extraños».

El coche disminuyó la marcha con una presteza de vértigo y se paró con fuerte sacudida. El guía se echó atrás la gorra y señaló un enorme y raro edificio que se levantaba deslumbrante entre altas palmeras y macizas copas de árboles.

—… Está el famoso casino, donde los norteamericanos ricos se juegan, delante de los mismos ojos de los pobres que mueren de hambre, millares de dólares todas las noches.

Los pasajeros abrieron la boca en una exclamación boba, que era lo que se trataba de conseguir, y luego David le dijo a Jenny en un aparte:

—Nuestra salida de turistas no me parece muy satisfactoria. —Y, dirigiéndose al guía, que parecía mirarles con cierto aire de dueño de sus personas, añadió, en español—: Ahora volvamos atrás por el

mismo camino, muy despacio.

—Entiendo el inglés perfectamente —advirtió el guía en español —. Su viajecito no resulta un éxito porque no lo han visto todo. Hay monumentos de una grandiosidad y un sentimiento superiores a todo lo largo de esta noble carrera; algunos más caros e importantes que los que han visto hasta ahora. Ustedes pagan para verlos todos —concluyó con probidad—; y yo no quiero estafarles.

—Yo creo que el paseo resulta perfecto —afirmó Jenny—. Es lo que me figuraba, exactamente. ¡Veámoslo todo!

Y saltaron adelante como un canguro en fuga, vieron todos los monumentos como manchas fugitivas, informes, y quedaron acomodados de nuevo —azotados por el viento y sonrojados por la quemadura del sol— bajo las palmeras de una hermosa terraza recién regada y humeante, con grandes pajareras de mimbre a lo largo de la pared y una palmera bananera en el patio. El camarero les sirvió altos vasos de té helado, con ron.

David, experimentando de nuevo por unos cortos momentos aquella plácida sensación nacida del bienestar puro que experimentaba al lado de Jenny de vez en cuando (no bastante prolongada ni con bastante frecuencia para alimentar una ilusión constante, pero deliciosa cuando se producía), declaró:

—Cada vez estoy más convencido de que es un error hacer o erigir algo para que lo contemplen los forasteros.

—No levantemos nunca nada —dijo Jenny, acalorada todavía por la loca escapada a lo largo de la playa—. Llevemos una vida privada maravillosa que en nuestros huesos… o en nuestras almas quizá, y se proyecte hacia fuera. —La joven había titubeado y luego pronunció la palabra «alma» como si tanteara el terreno, pues esa voz constituía uno de los tabúes de David, junto con Dios, espíritu, virtud —¡ah, esta muy especialmente!— y amor. Ninguna de las anteriores palabras se daba demasiado en la conversación cotidiana de Jenny, aunque de vez en cuando, si se extraviaba por los cálidos senderos de la emoción, parecía necesitar alguna de ellas; pero David no podía soportar el sonido ni de una tan solo. Y en ese momento, Jenny observaba en su rostro la expresión rígida, tensa, casi ofendida que había aprendido a esperar si pronunciaba alguno de aquellos vocablos. Que David sabía traducir en términos obscenos, los cuales pronunciaba con un fervor alborozado, sexual;

y Jenny, quien, por su parte, sabía blasfemar como un loro bien amaestrado, se sentía ofendida a su vez por lo que definía mojigatamente como «el sucio, cerebro de David». La verdad es que sobre ese punto se encontraba en un callejón sin salida.

Después de un silencio incómodo, David respondió, midiendo las palabras:

—Sí, por supuesto. Siempre esa preciosa vida privada que se enrosca en galerías y revistas y libros de arte a poca suerte que tengamos. ¿Hemos de continuar tratando de engañarnos a nosotros mismos? Mira, nosotros vivimos de trabajos ocasionales, ¿no es cierto?, pasando de un empleo a otro. De modo que quizá deberíamos mirar todos esa historia de los monumentos así: cada uno de ellos significó unos emolumentos y una posibilidad de trabajo para un escultor.

—¡Pero qué escultores! —exclamó Jenny, con acento intolerante —. ¡Vaya género abandonado de Dios! No, yo haré todos los trabajos que pueda conseguir, pero hay algo que uno no puede vender, aunque quiera. ¡Y me alegro de que sea así! Voy a pintar para mí misma.

—Lo sé, lo sé —arguyó David—. Y espero que lo que salga guste también a alguna otra persona. Le guste lo bastante para comprarlo y llevárselo a casa y vivir con ello. Sencillamente, en nuestra teoría de una vida privada hay algo equivocado en lo referente al trabajo.

—Tú estás hablando de la vida pública —opinó Jenny—. Tú estás hablando del cuadro colgado en la pared, no de cuando todavía lo tienes en la mente. ¿Verdad que sí? Yo quiero que mi obra guste a la gente sencilla que no sabe una palabra de arte, que esa gente recorra largas distancias para contemplarla. Tal como hacen los indios con los murales de Ciudad de México.

—Aquello fue una gran estratagema publicitaria, efectivamente, mi chica buena y sencilla —replicó David—. Los indios sencillos y buenos se partían de risa y se divertían con comentarios estupendamente obscenos. Después salieron a la Alameda y garabatearon vello púbico en la copia de Paulina Bonaparte de Canova… ¡en aquel elegante sueño de mármol! ¿Nunca te enteraste de nada de eso? ¿Dónde estabas?

—Estaba allí —contestó Jenny, sin resentimiento—. Te aseguro que esperaba ver y escuchar cosas distintas. Pero es que las vi y las

escuché, además. En realidad, no culpo a los indios. Al fin y al cabo tienen cosas suyas propias, mejores.

—¿Mejores que qué? ¿Que Canova? De acuerdo. Pero ¿mejores que Giotto, pongamos por ejemplo, o que Leonardo? Lo suyo no es mejor que otras muchísimas cosas, incluso cosas que han hecho ellos mismos. Ahora se han degradado por completo, hasta lo más bajo. En fin de cuentas, sus producciones buenas de verdad se encuentran en ciudades enterradas. A pesar de todo, a mí me gusta también, y resulta evidente que a ellos les gusta más que ninguna otra cosa. Pero mira, Jenny-ángel, ¿de qué nos sirve a nosotros todo aquello? Nosotros tenemos que seguir nuestro propio camino. No nos pongamos a imitar lo primitivo. No lograríamos ni engañarnos a nosotros mismos.

—David, el hecho de que yo no haga ningún dibujo tosco no prueba en modo alguno que intente ser primitiva… ¡Vamos, no vuelvas a decir eso! Adoro a los indios, siento debilidad por ellos —declaró Jenny—. Estoy convencida de que aprendí algo de ellos, aunque no sepa todavía qué.

—Pero ellos no te adoran a ti, y tú lo sabes —arguyó David—. Nosotros seguimos apreciándoles a ellos, uno por uno, lo mismo que nos apreciamos mutuamente entre nosotros. Ellos, en cambio, nos odian a todos en masa, simplemente, como a miembros de la raza opresora, la que tiene el cutis de otro color. A mí esto me da asco. La única cosa de este mundo que querían de ti, el año pasado, era tu viejo y destrozado «fortingo». Y mi encendedor, y el tocadiscos. A nosotros nos encantan sus hermosas esteras de paja porque no hemos de dormir en ellas. Ellos quieren nuestros colchones de muelles. No hay que reprocharles nada, pero me fastidian esas zarandajas sentimentales con que se les rodea.

Jenny se puso a reír, precisamente porque se sentía muy triste y contrariada.

—Por lo demás, tampoco iba en busca de una religión nueva —dijo—. Supongo que hasta ahí tienes razón, pero hay algo más… Sé que soy demasiado sencilla para ser una buena primitiva.

—No creo que ellos sean ni pizca más complicados que nosotros —objetó David—. Se valen de unos medios distintos. He ahí toda la cuestión.

—Eso no es todo lo que hay, en modo alguno —replicó Jenny—.

Eso sí es demasiado simple.

Al oír el tonillo irritado de su voz, David no dijo nada más, pero reflexionó que por mucho que probase de explicar su punto de vista a Jenny, sobre cualquier tema que fuere, parecía que siempre había de salirse por la tangente, o rodar en círculo, o quedarse atascado en un punto al que jamás había querido ir a parar, como si la mente de Jenny reflejase los pensamientos suyos en vez de absorber el significado que encerraban. Hasta con sus opiniones sobre ciertas cosas (los indios, por ejemplo), se repetía el fenómeno. En adelante renunciaría a hablar de ellos con Jenny, así como de la manera de pintar de la joven. Esta se mostraba sentimental con respecto a lo uno, y obstinada con respecto a lo otro. Más valía dejarlo.

David y Jenny acabaron de beber el segundo té en medio de un silencio aparentemente agradable, se preguntaron qué hora era, tuvieron que preguntarlo al camarero —porque se complicaban la vida por principio, negándose a llevar reloj— y regresaron paseando hacia el puerto.

Hacía un calor aplastante, la vida de las calles discurría errabunda y aletargada en un sueño perezoso, el peso de la luz diurna casi le hacía tambalearse a uno, y el sudor manaba de todos los poros de todos los seres humanos. A los perros la lengua les colgaba hacia el suelo, y Jenny y David, dentro de sus trajes aparentemente frescos, al llegar al muelle estaban empapados de sudor, y casi boqueando en busca de aire. En la entrada del largo cobertizo que habían de atravesar para llegar al barco, vieron primero un grande y denso apiñamiento de gente de cabeza negra y enmarañada y ropas harapientas. No quedaba espacio para pasar entre ellos, porque sus fardos, metidos dentro de sacos de fibra de cáñamo y atados con cuerdas cubrían el suelo, llenaban sus brazos y se levantaban por encima de sus hombros. Había hombres y mujeres de todas las edades, en todos los estados de consunción, chiquillos de todas las estaturas y niños de pecho. Todos iban increíblemente andrajosos y sucios. Todos permanecían encorvados, silenciosos. Todos eran míseros. Varios de ellos, al ver a los dos extranjeros, se empujaron y se dieron codazos en silencio, hasta que quedó abierta una estrecha senda.

—Pasen, por favor —murmuraban en español.

—Gracias, gracias —iban diciendo Jenny y David, siguiendo

adelante con cuidado.

Después la muchedumbre se clareaba un poco, pero llenaba todo el enorme cobertizo. La gente se sentaba, amontonada, en el suelo, permanecía en pie, inclinada con desgarbo, se apoyaba en las paredes formando arcos fatigados.

El aire ya no era aire, sino un vapor cálido, pegajoso, de sudor, de suciedad, de alimentos rancios y yacijas corrompidas, de harapos y excremento: el vaho de la pobreza. Aquella no era una gente huérfana de fisonomía. Todos eran españoles, sus cabezas poseían forma, significado y estirpe, sus ojos miraban desde dentro de unos seres que sabían que estaban vivos. Su piel era la piel de los que mueren de hambre y, por añadidura, trabajan en exceso; tenía una palidez terrosa, con matices verdecobrizo, como si su sangre no se hubiese renovado lo suficiente durante generaciones. Tenían los desnudos pies magullados, endurecidos, agrietados, nudosos en las articulaciones, y sus manos eran una especie de puños hinchados. Se veía claramente que no estaban allí por voluntad ni proyecto propios, y en la desamparada humildad de una esclavitud absoluta, esperaban mansamente lo que quisieran hacer con ellos. Las mujeres daban el pecho a sus hijitos hambrientos, los hombres se sentaban a revolver sus míseras pertenencias, atándolas más firmemente con cuerdas. Se hurgaban en los pies, o se rascaban la cabeza, sentados, sumidos en una ociosidad intranquila, limitándose a mirar. Unos niños pálidos, ansiosos, depauperados, que ni siquiera se quejaban, permanecían sentados junto a sus madres, mirándolas fijamente, pero sin pedir nada.

Por entre la muchedumbre se movían varios hombres de aire mangonero, que contaban a los reunidos, señalándolos con el dedo, anotando algo acerca de cada uno, consultando entre sí y apoyando la mano en la cabeza que tenían más cerca, cual si fuese un poste o la manija de una puerta, para conservar el equilibrio al avanzar entre la masa de cuerpos. Sobre la escena entera reinaba el silencio más extraño… «Extraño —pensó Jenny—, porque la miseria de esta gente es tan grande y ahora les ocurre algo tan terrible, que lo normal sería que todos estuvieran aullando y llorando y luchando para escapar».

—¿De qué puede tratarse, David? —preguntó.

Pero David movió la cabeza negativamente. Salieron al aire

libre, y allí estaba el barco irguiendo su mole, la pasarela colocada.

Casi toda la gente de a bordo olvidó su reserva por el momento. Los desconocidos se hacían preguntas unos a otros y recogían respuestas llenas de rumores y teorías contradictorias. Los jóvenes oficiales se encontraron bajo un fuego graneado de curiosidad con respecto a los mendigos del muelle, que al parecer iban a subir al *Vera*, pero habían de contentarse moviendo la cabeza negativamente. Lo sentían mucho, mas no tenían idea de quiénes fuesen los pasajeros destinados a proa, ni de por qué había tantos, ni cuál era precisamente su situación, excepto que cualquiera podía ver que pertenecían a la clase más baja. Con el tiempo, todo se sabría, sin duda.

Esa respuesta despertó por todas partes una curiosidad mucho mayor. Al profesor y a frau Hutten, que habían persuadido al mareado bulldog «Bebé» de que saliera a tomar el aire en tierra firme, les había explicado alguien en la ciudad que aquella gente extraña eran descontentos políticos a quienes se deportaba por considerarlos peligrosos, elementos subversivos. El profesor Hutten, observándolos con cuidado, hizo notar que parecían gente perfectamente inofensiva, si bien desventurada. Herr Lutz, el hotelero suizo, le dijo al profesor que a él le habían contado que aquella gente regresaba a España a causa de una nueva y repentina demanda de mano de obra en dicho país. Desde que los españoles habían echado al rey, España, se decía, se estaba alineando en el camino del progreso y se iba poniendo a la altura del mundo moderno.

—La historia de siempre —expuso herr Lutz—. La hierba del prado vecino parece más verde hasta que uno ha llegado allí. Es la primera noticia que tengo de esa prosperidad española.

Herr Rieber y Lizzi Spöckenkieker saltaron a cubierta, y Lizzi le gritó a la pequeña frau Schmitt, cuyo tierno corazón se adivinaba claramente en su rostro rosado y suave:

—¡Oh! ¿Qué opina usted de ese sujeto aborrecible? ¿Se imagina lo que ha dicho hace un momento? Yo estaba diciendo: «Oh, esa pobre gente… ¿Qué se podría hacer con ellos?». Y este monstruo —a eso soltó una especie de relincho, mezcla de histeria y de indignación— ha contestado: «Yo haría esto por ellos: los pondría a todos dentro de un gran horno y abriría el gas». ¡Oh! —exclamó con

voz débil, doblándose de risa—. ¿No es lo más original que haya oído usted nunca?

Herr Rieber se mantenía al margen, sonriendo con ancha sonrisa, muy contento de sí mismo. Frau Schmitt se puso un poco pálida, y dijo en tono severo, maternal:

—Puede pecarse también por exceso de originalidad… para vergüenza de uno. ¡A mí eso no me parece gracioso!

Herr Rieber puso cara seria e hizo un mohín. Lizzi exclamó:

—¡Oh! Él no lo ha dicho con mala intención, por supuesto. Solo para fumigarlos, ¿verdad?

—No, no quería decir fumigarlos —replicó herr Rieber, tozudamente.

—Bien, pues entonces usted no es muy simpático —contestó Lizzi, en un tono tan indulgente (más que indulgente, en verdad), que él recobró la presencia de ánimo al momento.

Lizzi le sonrió, él le devolvió la sonrisa, y ambos dejaron la atmósfera de censura moral de frau Schmitt, prefiriendo la libertad del bar.

Al final aparecieron en cubierta los periódicos de la tarde, que publicaban toda la historia, perfectamente clara y nada inusitada después de todo. Tenía algo que ver con el precio del azúcar en el mercado mundial. Al parecer, los precios se habían desplomado. A causa de la competencia internacional, el precio del azúcar cubano había caído en vertical, hasta el punto que los plantadores no podían hacer frente al coste de la recolección y el transporte al mercado. Además, habíanse producido huelgas y revueltas, y, como siempre, demandas de salarios más altos en el preciso momento de la crisis, debido a la presencia de agitadores obreristas extranjeros entre los trabajadores. Los plantadores estaban quemando sus cosechas en los campos, y, naturalmente; esa medida había dejado sin empleo a millares de trabajadores de los campos y las refinerías. Gran número de estos eran españoles, principalmente de las islas Canarias, Andalucía y Asturias, traídos a Cuba en la época dorada del azúcar.

Esa política de importación de trabajadores, contra la cual se levantó al principio alguna oposición interior, había resultado altamente previsora, pues si aquellos trabajadores hubiesen sido cubanos, ¿qué les hubiera tocado hacer, sino confiarse a la

beneficencia, pedir limosna, o hallar un albergue pasajero en las cárceles y en los hospitales? En cambio, dado el caso actual, el Gobierno había actuado con celeridad y buen criterio contra el inconveniente que significaba la presencia en la isla de tantos extranjeros desocupados. Se habían tomado medidas para devolverlos a su país de origen, habíase mejorado su alimentación mediante suscripciones públicas, se hacia todo lo posible para atenderles bien, y el primer grupo, formado exactamente por ochocientas setenta y seis almas, estaba ya en camino, sin novedad. De ese modo, convenían los reportajes y editoriales de los periódicos, Cuba estaba dando un ejemplo al mundo, al librarse de sus problemas laborales de la manera más humana, y al mismo tiempo más práctica.

Las ochocientas setenta y seis almas formaban una procesión dispersa y avanzaban por la pasarela que conducía a proa, mientras una docena o más de pasajeros de primera clase se alineaban arriba para observarlas. Conducidos en rebaño cuidadosamente flanqueados a uno y otro lado por unos marineros y los entrometidos que los habían contado, los pasajeros de proa subían con sacudidas nerviosas, golpeando el suelo con los pies, vacilando en ciertos momentos en que la masa entera se agitaba, acumulándose en un punto. Y luego adquirían otra vez su curso tranquilo y seguían adelante. Entre los espectadores cundió una nueva desazón. Frau Rittersdorf fue quien la mencionó primero.

—Entre esas criaturas existe un gran peligro de que se declaren enfermedades infecciosas —le dijo a herr Baumgartner, que estaba a su lado—. Me estoy preguntando: ¿no deberíamos quejarnos al capitán? Al fin y al cabo, nosotros no nos comprometimos a viajar en un barco de ganado.

La apenada cara de herr Baumgartner tomó al momento nuevos rasgos de ansiedad.

—¡Dios mio! —exclamó—. Yo estaba pensando lo mismo. Estaba pensando que casi pueden olerse las enfermedades que traen… No, esto no es justo. Tenían que habernos advertido.

El profesor Hutten comentó, hablando con su esposa:

—A mí el sobrecargo me dijo que la proa solo ofrece acomodo para trescientas cincuenta, pero, fíjate, siguen subiendo. Me gustaría saber cómo van a acomodar a semejante multitud. Niños,

además —concluyó chasqueando la lengua con aire despreciativo.

Su esposa suspiró y sacudió la cabeza, aceptando, una vez más, la triste verdad de que no hay remedio para los problemas de la vida. No hay paz ni reposo en ninguna parte. Su confortable grasa se estremeció con cierto atisbo de sufrimiento, pero no pudo resistir el pensar en ello.

—Ven, no les espiemos —dijo—. ¿Qué dirían si levantasen los ojos y vieran que les estamos mirando?

La buena mujer se alejó con semblante tierno y ausente. «Bebé», con el ánimo algo mejorado, la seguía al extremo de una correa floja.

William Denny, que había hecho sin novedad el viaje al Sloppy Joe y se había echado al coleto rápidamente varias copitas, se apoyaba en la borda, con un humor cada vez más deprimido, y hablaba, sin dirigirse a nadie concretamente, con ruidosa indignación.

—¡Pobres diablos! ¡No merecen ese trato! —exclamó, casi llorando—. Al fin y al cabo, ¿por qué han de echarles a puntapiés? No son unos cochinos rojos, los periódicos los dicen.

Mistress Treadwell, que se había encontrado un par de veces en conversación pasajera con el joven, al cual consideraba odioso, se hallaba de pie casi a su lado, y aunque sabía bien que lo que él pensara o creyera no era cosa que a ella le importase para nada, tomó la palabra, a pesar de todo, obedeciendo a un impulso momentáneo, lo cual, le constaba, era impropio de su estilo y siempre la ponía en conflictos diversos.

—¿Porqué invariablemente «cochinos», si me hace el favor? —preguntó, con voz ligera y agradable—. ¿Y por qué invariablemente «rojos», y usted qué sabe, o a usted qué le importa, de todo ello?

Denny sintió que se le iba la cabeza. Después miró a la mujer como si fuese la primera vez que la veía.

—¿Es usted roja? —le preguntó.

Sin apartar los doblados brazos de la baranda, se deslizó hacia ella, se puso de lado y la inspeccionó como si fuese un caballo que pensase comprar. Su mirada corrió como una mano hacia las orejas de mistress Treadwell, descendió hacia el cuello, se deslizó por los pechos, bajó hasta los muslos… y entretanto, sus labios dibujaban una mueca amarga, como si lo que estaba viendo no le gustase, pero

no pudiese impedir que sus ojos siguieran vagabundeando a su antojo. Mistress Treadwell realizó un decidido esfuerzo por captar y retener la mirada del joven con la suya, pero él se resistía a mirarla a la cara, que, bajo la máscara de la edad madura, conservaba todavía una belleza juvenil.

—¿Sabe usted el significado de esa palabra? —inquirió fríamente, alejándose por la barandilla a medida que él se acercaba.

De pronto lamentaba haber bebido tres ponches con Wilhelm Freytag en La Habana, pues a decir verdad, no hubiera sabido definir en ese momento el sentido de aquel apelativo; mas aquel estúpido de Denny la irritaba hasta tal punto, que le hubiera dado gustosa unos cachetes. Mistress Treadwell no había conocido nunca a ningún rojo, ni esperaba conocerlo jamás.

—Sé lo que haría con ellos si estuviera en el Gobierno —contestó él, con furia, introduciendo la mirada en el escote de la blusa de su interlocutora.

Mistress Treadwell reunió su energía resueltamente. ¡Vaya caso típico! Hela allí a punto de enredarse en un altercado con un desconocido borracho, *une espèce de type* para el caso, sobre un tema del cual ni el uno ni el otro sabían nada absolutamente y del cual ella, por lo menos, no sentía el menor deseo de aprender cosa alguna. Volviendo la cabeza hacia otro lado, giró sobre los tacones y se marchó, sonriendo al aire y procurando no apresurarse.

El *Vera*, lleno de aire fétido del puerto y de enjambres de mosquitos, se hizo a la mar ya de noche. Un buen número de nuevos pasajeros se habían sumado a los de primera clase, y estos, que se consideraban ya algo así como propietarios del barco, los miraban, al principio, casi como a intrusos. Una media docena de estudiantes cubanos, ruidosos, con aspecto de mestizos, dejaron sentir su presencia hasta última hora. Varias parejas casadas habían traído consigo una variedad de chiquillos ni más ni menos fastidiosos de lo que suelen serlo en general. Después de cenar, los estudiantes organizaron serenata y fueron a desfilar alrededor de las sillas de la cubierta superior, ocupadas por personas serias que solo deseaban que las dejasen en paz. Cruzaron el barco, donde la gente leía o jugaba a cartas, y dieron una docena de vueltas a la segunda cubierta frente a las ventanas de personas que trataban de dormir, bramando un verso tras otro de *La Cucaracha*, la pobrecita cucaracha que ya no podía caminar. Primero, porque no tenía marihuana que fumar; segundo, porque no tenía dinero con que comprarla; tercero, porque le faltaba la patita de detrás, además; cuarto, porque nadie la quería… Y los estudiantes representaban, en interminable pantomima, los infortunios del pobre bicho avanzando en fila y apoyando cada uno los brazos en el otro. En estatura variaban; los había altos y bajos, pero todos eran musculosos. Todos llevaban pantalones «Oxford» muy anchos, más bien colgantes debajo de las rodillas, de corte idéntico, pero con una variedad fascinadora de dibujos: tartanes, rayas, cuadros, zigzags y paños de dos caras con estampados inverosímiles. Todos lucían zapatos brillantes y niquis. De vez en cuando avanzaban en línea ondulada, imitando a una serpiente, y enseguida volvían a saltar por turno, a compás, empezando en un extremo de la fila y continuando los de delante o de detrás, con lo: cual daban la impresión de ser una sola marina.

Wilhelm Freytag estuvo contemplando sus cabriolas un rato,

opinó que iban a representar un fastidio completo durante todo el viaje y se preguntó si él, por su parte, había sido nunca tan pueril, tan inmaduro, tan absurdo… En ese momento tenía treinta años, llevaba cinco de casado y la vida prometía convertirse en un asunto bastante espinoso, bastante más de lo que hubiera deseado. Pero, en fin de cuentas, él no había enfocado la cuestión pensando en si ganaría o perdería. Sin embargo, ¿era posible que alguna vez hubiese sido tan idiota como cualquiera de los de aquel grupo? Recordó entonces que sí lo había sido, ciertamente; pero todavía no había llegado a la edad en que uno recuerda complacido las tonterías de la juventud. Había llegado únicamente al punto en que uno se estremece al pensar en ellas. Freytag se estremeció pues, realmente, y se puso a caminar un poco encorvado, como el hombre que se enfrenta a una ventisca.

Camino de la cama se detuvo un momento y miró abajo, hacia la oscura sima de la proa. La cubierta estaba llena de figuras amontonadas, apoyada la cabeza sobre los fardos, sin: otra cosa que el suelo debajo de los huesos. Unos cuantos hombres dormían en hamacas; unas pocas mujeres con niños de pecho durmiendo sobre el regazo se habían reclinado en sillas de lona. Los demás dormían amontonados unos sobre otros, lo mismo que trapos sucios arrojados a un montón de basura. Freytag permaneció inmóvil, contemplando el misterio inescrutable de la pobreza, que era como una enfermedad incurable, de curso lento, y no hallaba ni en su mente ni en su historia personal ni en su temperamento la manera de imaginar, al menos, un remedio contra ella. Él había estado bien situado toda la vida, al estilo de la clase media, qué era la suya. Una clase que, si bien proporciona savia en abundancia a todas las profesiones y a todas las tiene en gran estima, considera como suya indiscutible la carrera de ganar dinero, la mira como la más apropiada de todas las ocupaciones para un joven bien educado e instruido. Aunque Wilhelm Freytag no era rico todavía, hasta fechas recientes no se le había ocurrido que pudiera cruzársele algún obstáculo en la tarea de amasar una fortuna tan grande como él quisiera. Y la amasaría él, con toda justicia, después de dar las gracias debidamente a sus padres por la educación que le habían proporcionado, sin duda alguna gracias a su propio esfuerzo. Si fracasaba sería a causa de alguna debilidad que poseía y que no

había sospechado. Sentía una aversión moral por la pobreza, un desprecio y una desconfianza instintivos hacia el enjambre de pobres, desovados (como las querochas) en la suciedad, infestando el aire que los rodeaba. «No obstante —pensó conforme seguía su camino con un renuente deje de compasión— son necesarios, tienen su puesto. ¿Qué haríamos sin ellos? Y ahí los tienes: enviados de un sitio donde o los quieren a otro donde no pueden ser bien recibidos. Se alejan de un trabajo pesado y del hambre hacia el paro absoluto y la inanición, de la miseria a la miseria. ¿Qué clase de ser soportaría eso, excepto una especie animal de las más inferiores?».

Wilhelm Freytag sacudió la cabeza para librarse de una compasión que consideraba odiosa, volvió a abismarse en su propio problema, y se dio cuenta de que el escalofrío de horror que le provocaba la vista de aquella gente mísera iba dedicado a sí mismo, a sus propios temores, que tomaban formas monstruosas en su imaginación. Él, un buen alemán de una buena y sólida familia luterana, cristiano como el que más, se había casado (contra su mejor criterio, contra la oposición de ambas familias, contra todo sentido común y toda razón) con una muchacha judía que llevaba un hermoso nombre exótico: Mary Champagne.

La familia había llegado de donde fuera que viniesen los judíos en la Edad Media, abandonando el nombre de Abraham, Ben Joseph, o el que fuese, tomado el de la comarca y sentado allí sus reales por unos centenares de años. Algunos de ellos se hicieron católicos o se casaron con gentiles y fueron expulsados del seno familiar, y cambiaron de nombre otra vez y pasaron a ser verdaderos franceses. Pero los de la rama de Mary eran gente terca, y empezaron a vagabundear de nuevo, cruzando Alsacia y entrando en Alemania, Dios sabría por qué. Una idea muy mal aconsejada, le parecía a él. Pero conservaron el bonito nombre francés que habían escogido. Y ponían mucha honrilla en mostrarse abiertos de espíritu y liberales, y se mezclaban en sociedad con los gentiles cuando estos pertenecían a una clase apropiada y les admitían a ellos, a pesar de todo.

Sin embargo, él y Mary se enamoraron. Se enamoraron de una manera tan sincera e indiscutible, que fue: como si hubieran descolgado de un golpe un nido de avispas. Habían librado la batalla, pacientemente y hasta la victoria, con la familia del uno y

la de la otra, y al final se habían casado en un templo luterano, con llantos y sollozos de «¡Oi, oi, oi, oi!» que se alzaban del pequeño grupo a la izquierda del pasillo principal… Los padres de él no pudieron disimular su alivio cuando les anunció que se trasladaba a México. Evidentemente, agradecían que les despejase de un modo tan sencillo una situación imposible. La madre de Mary, viuda, no consideraba que su hija se hubiera casado, ni mucho menos…, excepto quizá en el terreno legal. Era más bien una mujer alegre y mundana, no demasiado religiosa, de modo que a veces no se sentía más judía de lo que convenía para la ocasión. Lo que la gente ignorase no podía perjudicarla, alegaba: «¿A quién le importa sino a mí misma lo que yo sea?». Lo que había temido en aquel matrimonio era el escándalo que provocaría entre su familia y amigos, y el ostracismo a que la condenarían, y de ambas cosas cosechó en abundancia, la pobre. Al final se fue con su hija y su yerno, unió su destino al de ellos y con ellos estaba dispuesta a vivir y a morir… «¡Bendita sea! —pensaba el yerno, con gratitud—. ¡Qué buen corazón!» y recordaba que los tres habían empezado a sentirse orgullosos y a vivir como personas libres, labrándose una existencia agradable en un mundo abierto.

—¡Oh, Dios! —dijo Wilhelm Freytag, casi en voz alta. Luego se sonrió a sí mismo con cierta tristeza—. Dios de Israel, ¿dónde estás?

Y se internó por el pasillo que conducía a su camarote.

Jenny Brown y Elsa Lutz, en su camarote pequeño y atiborrado, se estaban cepillando el cabello y se preparaban para dormir, en amistoso silencio. Se llevaban muy bien las dos, sosteniendo conversaciones intrascendentes sobre la vida en el barco. A despecho de las advertencias de su madre, Elsa quedó desarmada rápidamente por la manera de hacer amable y aparentemente juiciosa de su compañera de cuarto, y se sentaba a contemplar fascinada cómo Jenny se arreglaba la cara con lociones de perfume agradable y capas de crema que parecía nata. En la cubierta de arriba, encima mismo de sus cabezas, sonaron por tercera vez los rugidos y las pisadas de los estudiantes. El ruido, dominando el del mar y el de las máquinas, penetraba por las portillas. Elsa levantó la cabeza Otra vez, para escuchar con semblante pensativo.

—El barco está lleno de muchachos ahora —comentó, casi esperanzada.

—Eso creo —contestó Jenny—. Será bonito, si tenemos la suerte de que sepan más de una canción.

Ambas se vieron sobresaltadas por un ruido desacostumbrado en el pasillo, casi junto a su puerta cerrada, y se quedaron escuchando, los ojos de una fijos en el rostro de la otra. Se oía el alboroto de un confuso correr y tropezar, cual si librara una pelea, que terminó con un golpe pesado y muelle, como si hubiesen arrojado un saco de arena contra el panel. Dos voces, una masculina y otra femenina —en las cuales reconocieron a dos miembros de la *troupe* de bailarines españoles— se alzaban en furiosa querella. La querella tenía por motivo el dinero. Los dos contendientes chillaban coléricos en un rabioso duelo sobre el dinero y se llamaban por sus nombres: Concha y Manolo. Manolo quería —los quería al momento, sin más que hablar— los siete pesos cubanos que, le constaba, había conseguido Concha aquella noche: Había visto cómo el fulano pagaba al camarero y el cambio se lo daba a ella. Concha lo negaba descaradamente. Era astuta y no conocía el

miedo. Jenny, siguiendo la lógica de la pelea, observó que Concha no discutía ni por un momento el derecho de Manolo al dinero, si ella lo tenía para dárselo. Escogía el camino que podía parecer más fácil y se limitaba a negar que lo tuviera. El caso no se resolvería fácilmente.

—¡Lo he visto! —decía Manolo con furia—. ¡Dámelo, o te arranco esa lengua embustera que tienes!

Concha gritó que le podía arrancar las entrañas si le apetecía. No encontraría dinero alguno. Sus voces se mezclaban y se quebraban, cual vajilla que se rompe. Luego cesaron de pronto al sonido de un retumbante bofetón. Una pausa de unos momentos… y Concha se puso a llorar, desamparada, tierna, sumisamente, como si aquello fuese lo que esperó todo el rato.

La voz de Manolo era un arrullo dulce, como si le estuviera haciendo el amor:

—Vamos, ¿quieres darme el dinero de una vez o quieres que te…?

Jenny miró inquieta a Elsa para ver hasta qué to entendía la amenaza de Manolo. Las voces se desvanecieron al otro lado del recodo del pasillo principal.

—Pero ¿has visto? —preguntó Elsa en inglés. Tenía la boca grande e infantil, y los ojos muy abiertos, las aletas de la nariz dilatadas—. ¡Vaya! ¿Qué clase de mujer es esa? No me ha dado la impresión de que él sea su marido.

—Están en el mismo camarote, ya sabes —apuntó Jenny.

—Pero usted no ocupa el mismo camarote que su marido —objetó Elsa—. Así que, ¿cómo puede una distinguirlo?

—Nosotros no estamos casados —replicó Jenny, empezando a limarse las uñas.

Elsa aguardó con hambriento deseo que dijera más. Pero no hubo más. Su compañera le dedicó una sonrisa simpática y continuó ocupándose de las uñas.

—Bien —dijo Elsa, desencantada—, yo no comprendo que una mujer permita que un hombre la trate de ese modo. Ha de pertenecer a la clase más baja. Ninguna mujer está obligada a soportar cosas así.

—Es parte de su oficio —opinó Jenny, bostezando—. ¿Estás a punto para apagar la luz?

—¿Su oficio?

Jenny vio que Elsa estaba sinceramente pasmada, confundida, hasta afligida.

—No hagas caso —le indicó, inquieta—. Estoy diciendo tonterías. Me figuro que serán un matrimonio que se pelea por el dinero. Eso sucede a menudo, ya lo sabes.

—Ah, sí que lo sé —convino Elsa.

En la oscuridad, cuando Jenny se estaba entregando al sueño, Elsa, desde su lecho del diván, debajo de los ojos de buey, le hizo una confidencia importante:

—Mi padre me ha dicho toda mi vida que crea en el amor, que sea cariñosa y que eso me hará feliz. Pero mi madre asegura que todo ello es una ficción. A veces me gustaría saber la verdad. Yo quiero a mi madre, pero parece que mi padre está más enterado.

—Probablemente, sí —murmuró Jenny, despertándose a medias —. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Elsa—. Mi padre es alegre por temperamento, le gusta pasarlo bien. En cambio, mi madre no sabe reír, dice que solo ríen los tontos, que la vida no es cosa de la que nadie tenga que reírse… Recuerdo que una vez, de pequeña… Recuerdo tantas cosas… Pero esa vez me encontraba con mis padres en una fiesta (en Suiza, en el campo, solían llevar a los niños, incluso a los de pecho, a las fiestas) y mi madre no quiso bailar el primer baile con mi padre, de modo que él, naturalmente, no podía bailar con nadie más. Conque él le dijo: «Para ti muy bien. De acuerdo. Encontraré pareja más agradable que tú». Y cogió una escoba y se puso a bailar con ella. Y todo el mundo, menos mi madre, lo consideró muy divertido. Mi madre no le dirigió la palabra en todo el resto de la velada. Y mi padre bebió demasiada cerveza y estaba muy alegre, y al regresar a casa, por el camino, le dijo de pronto a mi madre: «Ahora vas a bailar». Y la cogió por la cintura y le hizo dar vueltas y más vueltas, hasta que a ella no le tocaban los pies en el suelo, y se puso a llorar. Yo no entendía a mi madre. Verdaderamente, en aquello no había nada malo. Era divertido. Pero mi madre lloró y yo también lloré. Y mi padre continuó caminando a nuestro lado muy callado, y creo que entonces era él quien tenía ganas de llorar. Mi madre no ha reído nunca con un chiste de papá, y, sin embargo, él continúa

haciéndolos. Algunos son pésimos, no: crea que no lo sé. ¡Oh! —deploró Elsa, con una voz que en las tinieblas se desgranaba lenta y saturada de afligida extrañeza—. Me temo que soy como mi madre. No sé mostrarme divertida y graciosa con la gente, me daría vergüenza llamar la atención sobre mí misma, pero a veces me da pena estar sentada sin nadie que se acerque a mí. Y pienso que debo tener algún defecto, pues de lo contrario los muchachos me pedirían un baile.

—En este barco casi no hay nadie con quien te gustase bailar —opinó Jenny—. Si estuvieras en tu tierra, a los muchachos de aquí ni los mirarías.

—Pero no estoy en mi tierra —replicó Elsa—, ni estuve nunca, puede decirse. Y a los chicos mexicanos, a los chicos con que me permitían alternar, no les gusta mi manera de ser. Mi madre decía lo mismo que usted: «No te apures, Elsa. En Suiza pensarán que eres exactamente como tiene que ser una chica, una verdadera muchacha suiza, tal como las quieren allí. No te apures. Todo marchará bien cuando estemos en nuestra tierra». Mi madre opina que el amor es una estupidez desde el principio hasta el fin, pero quiere que me case. Dice que las mujeres tienen que casarse. Pero no estoy en Suiza todavía, y apenas la recuerdo, a pesar de que mi madre me llevó una vez allá, cuando yo tenía nueve años. Pero ¡ah, me parecía un país tan extraño! Hablaré el alemán suizo como una extranjera, porque en México hablé mucho francés, inglés y español. En México nunca estuve en mi patria, pero ahora quizá tampoco en Suiza me sentiré en mi patria. ¡Oh, me da una tristeza el irme allí!

La insignificante y monótona lamentación se prolongaba como lluvia de medianoche, y Jenny, despierta del todo, la escuchaba conmovida y atenta. Al oírla tenía la sensación de hallarse ante una congoja auténtica.

La muchacha prosiguió:

—Mi madre decía continuamente: «Esto no está bien para nuestra Elsa. Hemos de llevarla a nuestro país a tiempo de que pueda casarse con un suizo. Esto de aquí no es adecuado para una chica suiza». Espero que haya tenido razón, espero que en Suiza les guste yo.

—Claro que les gustarás. Tú serás la muchacha nueva, procedente, de un país lejano y despertarás interés —le aseguró

Jenny, sintiendo una ansiosa ternura, como si le hubieran pedido un socorro que no pudiera prestar.

¿Qué esperanza había para aquella desalentada faz joven con su doble barbilla, la arruga de grasa (cual un bocio) en la base de la garganta, el cutis aceitoso, los ojos grises, descoloridos, el cabello áspero y mate, las voluminosas caderas, los gruesos tobillos? La nariz regular, boca regular y una frente bastante aceptable, esos eran todos sus atractivos. Pero ni una chispa, ni un rastro de animación en aquella sólida masa de carne no demasiado apetitosa. En el interior de la cual se revolvían, tanteando a ciegas, la inocencia juvenil y la anhelante, apenada y confundida mente, los oscuros instintos que se enroscaban sobre sí mismos como culebras.

Jenny aseguró:

—Creo que tu madre tiene razón esta vez. Déjame decirte que no he conocido a ninguna chica que quiera casarse que no se casase, más tarde o más temprano.

—Pues yo he querido —dijo Elsa, rechazando con orgullo y sinceridad amargos aquella verdad a medias, junto a la compasión que le ofrecía—. Yo lo he querido… A veces pienso que si llevase otros vestidos —insinuó— o acaso la permanente… Quizá con algunas de estas cosas… Pero mi madre dice que las chicas han de ser perfectamente naturales y puras en todos los sentidos. Ni rizos siquiera. Deben guardarlo todo para cuando se hayan casado, hasta el usar perfume… Pero ¿y si no me casase nunca?

Jenny le advirtió:

—Para casarte como conviene, primero tienes que enamorarte. Tú también tienes que estar enamorada. ¿Te has enamorado alguna vez?

—Pues, no —contestó Elsa, con voz alarmada—. Nunca. Pero mi madre dice que primero debo esperar a que un hombre manifieste interés por mí.

—¡Interés! —exclamó Jenny, animándose un poco—. Escucha… —exhortó tratando de adoptar un tono muy sensato y concluyente, porque no podía continuar despierta mucho rato más—. Yo estoy terriblemente cansada. ¿Tú no? No importa un comino quién sea el primero que se enamore, pero sí que primero ha de producirse un enamoramiento, y entonces el matrimonio viene por sus propios pasos.

—Pero ¿qué pasa si no me enamoro nunca? —preguntó Elsa, con cachazuda insistencia.

—Pues en tal caso, ansía locamente que alguien se enamore de ti —contestó Jenny, experimentando la sensación de que se había subido a un tiovivo que giraba muy despacio—. ¿No lo comprendes? ¡Es tan sencillo en realidad, Elsa!

—Pero supongamos que nadie se enamora de mí. ¿Qué pasa, entonces? —insistió Elsa.

—Nada, espera —confesó Jenny por fin, completamente acorralada.

—Eso es, precisamente —resumió Elsa, con una desesperada satisfacción en su acento.

Y no dijo nada más.

SEGUNDA PARTE

ALTA MAR

Kein Haus, keine Heimat… [9]

CANCIÓN DE BRAHMS

Ric y Rac, los gemelos de Lola, se levantaron temprano y se vistieron calladamente antes de que Lola y Tito se despertaran. Llevaban la ropa mal abrochada y el cabello desgreñado. Sus ojos negros y recelosos daban a sus cetrinas y afiladas caras una expresión endurecida, de experiencia precoz.

Despiertos, tenían que llevar a cabo alguna barbaridad. Dormidos, la soñaban. Cantaban una canción y bailaban en el espectáculo, con traje de torero y de Carmen, respectivamente, y luego, en el camerino, se arrancaban el pelo uno a otro, de celos de los aplausos, y de simple excitación nerviosa. En todo lo demás no tenían más que un solo cerebro y un solo espíritu, y vivían unidos en un estado permanente de guerra encendida, aunque no declarada, contra el mundo adulto… o más bien, contra el mundo entero, porque no les gustaban los otros niños, ni tampoco los animales.

Los habían cristianado con los nombres de Armando y Dolores, pero ellos se habían rebautizado, tomando los de los protagonistas de su historieta cómica ilustrada predilecta, de un periódico mexicano: Ric y Rac, dos «terriers» de pelo de alambre, sin ley, cuyas aventuras ellos seguían al día, con pasión y envidia. Los «terriers» —que no eran perros de verdad, por supuesto, pero que sus adoradores sí eran auténticos demonios, tal como ellos hubieran querido ser— burlaban hasta a los seres humanos más inteligentes, en todas las circunstancias. Convertían la existencia en una carrera furiosa para todos aquellos a quienes tenían cerca. Se salían con la suya invariablemente mediante una treta perversa, y siempre

escapaban sin un golpe. Eran, en resumen, personajes ideales. Los primeros a quienes Armando y Dolores habían admirado y anhelado emular. Ric y Rac pasaron a ser, pues, ellos mismos, y eso les daba una energía secreta.

Las cubiertas estaban húmedas todavía y despedían vapor bajo el sol de la mañana. Solo unos pocos marineros iban, muy despacio, de un lado para otro. Ric y Rac entraron en uno de los despachitos. Y silenciosamente, como siguiendo un plan previo, Ric retiró el tapón de un tintero y lo tumbó de lado. Por un momento se quedaron mirando la tinta que se derramaba sobre el papel secante impoluto y dentro de la carpeta. Luego, muy callados, se fueron hacia el otro costado del barco, donde Rac, viendo un pequeño almohadón que frau Rittersdorf había olvidado en su tumbona, lo cogió sin decir palabra y lo arrojó por la borda. Ambos estuvieron mirándolo muy serios mientras se mecía sobre las olas, maravillándose de que flotara tanto rato. Un marinero apareció exactamente detrás de ellos, y los dos mellizos huyeron manifestando tan evidentes signos de culpabilidad que el marinero frunció el ceño y miró en torno suyo con atención para ver qué tropelía habían cometido. Mas, no descubriendo nada anormal, sacudió la cabeza y se ocupó de sus asuntos, mientras la prueba del delito se hundía lentamente, lejos, en la estela del buque.

Ric y Rac treparon a la baranda de proa, encima de la cubierta ese lado, y fijaron la vista en un espectáculo fascinante. Centenares de personas, hombres y mujeres, se revolcaban por el suelo, mareados. Los marineros lo limpiaban con el chorro de una manguera. Los enfermos yacían en la capa de agua, limitándose a levantar la cabeza de vez en cuando, o probando de acercarse, volteando, a la borda. Un hombre se sentó y levantó una mano hacia el marinero que tenía más cerca. El marinero redujo el chorro de la manguera hasta un delgado chorrillo y le mojó la cara y la cabeza. Después liberó todo el chorro de nuevo y le impregnó las ropas, tal como las llevaba, puestas.

Otro hombre, tendido de bruces, gemía y soltaba ruidos guturales como si se estuviera ahogando. Dos marineros le levantaron de su propia suciedad, le llevaron hasta el peldaño más bajo de la escalera que conducía a los oscuros aposentos de los pasajeros de proa y allí le soltaron. El pobre hombre cayó al

instante sobre el costado.

—Vamos a hacerle levantar —dijo Ric, el gemelo varón.

Y quitándose la suelta y pesada sandalia color castaño, la cogió por la punta y la tiró abajo. El proyectil erró el blanco y golpeó a una mujer que estaba sentada cerca, con un niño en brazos. Las faldas le chorreaban. El agua sucia teñía de negro sus pies desnudos. La mujer levantó la vista, blandiendo el puño, y les gritó una colección formidable de palabras feas que ellos conocían ya, añadiendo luego unas pocas que no habían oído nunca, pero cuyo significado comprendieron. Los dos niños cambiaron por primera vez una sonrisa, con la expresión de haber realizado un descubrimiento. Luego escucharon con los oídos bien abiertos, contemplando cómo la mugrienta cara de la mujer se contraía, arrugada de odio y de furia impotente.

Un marinero de la cubierta inferior cogió la sandalia y la arrojó arriba de nuevo, con tan buena puntería que le dio en el pecho a Ric. Y casi al mismo tiempo, dos brazos, uno para cada cual, atrapaban por detrás a los mellizos, y una voz severa, de autoridad absoluta, les decía:

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Y les empujaron hacia el suelo con tal fuerza, que no tuvieron tiempo de poner rígidos los espinazos, y se negaron a sostener la fría mirada del joven oficial, que los zarandeaba sin contemplaciones y les decía—: Como volváis a hacer algo así, os encerraremos por todo el resto del viaje. ¡Tenedlo presente!

Les dio un ligero empujón y los mellizos echaron a correr en silencio, con expresión desfachatada.

Poco faltó para que chocaran con el moribundo de la silla de ruedas a quien paseaba, cual a un niño en un cochecito, el muchacho alto de aspecto colérico.

—¡Fuera de mi camino! —les chilló furioso el muchacho, en español.

Los mellizos le sortearon dando un pequeño rodeo y sacando la lengua.

El hombre de la silla se acurrucaba entre sus cojines y tosía —tosía casi todo el día entero y toda la noche—, la afilada barbilla temblequeándole, los globos de los ojos de un amarillo mostaza.

—Para aquí —le dijo al muchacho.

Y se detuvieron, mientras el anciano estiraba el débil cuello, para ver a la gente de la cubierta inferior, con una compasión enfermiza en el rostro en presencia de tanta calamidad. Por entonces algunos hombres se estaban poniendo en pie y se apiñaban a lo largo de los mamparos y junto a la borda, mientras los marineros continuaban limpiando con las mangueras la suciedad que habían vomitado y que el agua arrastraba al mar. Luego se amontonaron de nuevo unos encima de otros en las mojadas sillas de lona, con las ropas empapadas, y en medio de aquel calor abominable, se levantó de ellos un olor mixto de detritus vegetales y animales en putrefacción.

Herr Graf dijo en voz baja, como hablando consigo mismo:

—No hago sino pensar en cuánto tiene que sufrir toda esa carne pecadora antes de que se le permita perecer. Hemos de ganarnos la bendición de la muerte a un alto precio, Johann. —Al sonido de su nombre, los labios de Johann temblaron de rabia y de asco, pero no contestaron nada. El moribundo extendió una mano hacia los pasajeros de proa en ademán de bendecirlos—. Dios, sánalos, dales salud y virtud y alegría… ¡Si al menos pudiese tocarlos! Johann —le dijo al muchacho, sobrino suyo, con voz débil pero natural—, debes ayudarme a bajar allí entre ellos, para que toque algunos de los que están enfermos. Hay que aliviarlos, no es justo dejarles sufrir.

Los malhumorados labios de Johann se curvaron de exasperación. Las manos, cogidas a la silla, sufrieron una sacudida.

—Usted sabe que no le permitirán bajar. ¿Por qué ha de estar siempre diciendo tonterías?

Y siguieron adelante en silencio, la silla gimiendo levemente.

—Te perdono, sobrino Johann, te perdono la dureza de corazón y la mala voluntad. Tú no puedes hacerme mal alguno en ningún sentido, y, en cambio, yo podría ayudarte, si tú me lo permitieses.

—Usted puede ayudarme muriéndose y dejándome marchar en libertad —replicó Johann en voz baja y estremecida, desviando bruscamente la silla—. ¡Usted podría morir y dejarme marchar a casa!

Su tío consideró esas palabras durante un rato. Luego dijo con acento razonable, como en una conversación corriente:

—Prometí que te dejaría el dinero, Johann, a condición de que

vinieras conmigo y me llevases sin novedad a Alemania, para verla por última vez. ¿No vale la pena tomarlo en consideración?

—¿Cuándo? —preguntó Johann, en tono fatigado—. ¿Cuándo?

Y las ruedas de la silla rechinaron un poco.

—Por la propia lógica de las cosas, no habría de tardar mucho, Johann. ¿Acaso esperas que te anuncie la fecha exacta? Pero yo te dije al principio si venías…

—No empiece otra vez con eso —le atajó Johann—. Lo sé perfectamente.

—Y tu madre, mi pobre hermana, se alegró de la oportunidad que se te ofrecía. Te renuevo mi promesa de dejártelo todo en testamento, aunque no lo mereces. No te has hecho acreedor a ello, porque una condición del contrato era que habías de observar una conducta caritativa y cariñosa. Pero, dejando todo esto aparte, ahora podrás terminar tu educación en Alemania. Hasta es posible que no tengas que regresar a México. Yo confío que no.

—Iré adonde me plazca —respondió el muchacho, con acritud —. ¿Y qué le importaba a mi madre lo que fuese de mí? Ella solo quiere el dinero.

—Eso quizá sea cierto, querido sobrino —admitió herr Graf, ahogándose y empezando a toser—. Sin embargo, el caso es que el dinero será tuyo; no para ella. —El viejo escupió dentro de una doblada bolsa de papel que sacó de debajo de la manta de viaje—. Veo perfectamente que eres hijo de mi hermana. Tu madre no fue nunca como los demás hermanos. Desde pequeña tuvo un temperamento frío, un corazón duro.

—Es hora de que vaya a encargarle el desayuno —dijo Johann. Y estalló repentinamente, como si estuviera a punto de llorar—: ¿Por qué no puedo tomar las comidas con los otros en el comedor? Me pone enfermo el comer siempre con usted en aquel repugnante camarote. ¿Por qué no puede usted quedarse solo aquí en cubierta durante una hora y dejarme respirar un poco? Usted es un monstruo de egoísmo, tío, se lo digo a la cara. Así.

Herr Graf gimió y escondió el rostro entre las manos.

—¡Dios mío! —exclamó—. Vete, vete y déjame solo. Si, déjame solo. Dios cuidará de mí. No permitirá que sufra por tu crueldad. Quédate todo el tiempo que quieras. Pero recuérdalo. Yo hice testamento a tu favor, y todo será para ti. Tenlo por seguro. Lo

demás queda entre ti y tu conciencia.

Johann soltó un suspiro tremendo, explosivo, y empujó la silla muy de prisa. Tenía un hambre atroz. ¡Ah! Se sentaría en aquel brillante y agradable comedor, entre jóvenes vivarachos, y quizá trabara conversación con una de aquellas bonitas muchachas. Se alejaría de la muerte por una hora nada más. Estaría lejos de los olores, los rezos, el gargajo de la flema en la garganta, el aire asfixiante de la ancianidad enfermiza, plañidera, avasallora…

—Estará usted muy bien. Se lo dejaré todo a punto y podrá leer un rato —dijo, sintiéndose frío y resuelto.

No, ni por todo el dinero del mundo podría resistir otro día sin un asueto, un poco de libertad, unos paseos por cubierta, solo, antes de que perdiese el dominio de sí mismo y destrozase algo. No, ni por todo el dinero. Guio la silla escaleras abajo con desacostumbrada suavidad, dobló con pericia al llegar a la puerta del camarote, abrió la portilla y salió de nuevo, sintiendo la mirada semidesmayada de su tío abrumándole de callados reproches. Media docena de pasos más allá, silbaba alegremente una tonadilla lastimera: *Das nur einmal; das kommt's nicht wieder gibt's* **[10]**, como si el corazón quisiera estallarle de gozo.

David Scott, que dormía en el estrecho diván arrimado a la pared, se despertó cuando Denny bajaba de la litera superior. Después de una rápida ojeada, David simuló que dormía. A Denny no se le podía reprochar nada particularmente, excepto el ser un pelmazo. Su mente parecía girar, en monótona evolución, alrededor de las mujeres, o más bien, de la sexualidad; del dinero, o más bien de su firme decisión de no dejarse estafar por nadie; y de su salud.

Se levantaba temprano todas las mañanas y tomaba una dosis de sales laxantes efervescentes, poniendo siempre la misma cara de asco después de haberla engullido. Luego se comía una pastilla de levadura, mordisqueándola lentamente mientras se afeitaba. Se echaba manotazos de agua fría a la cara y se examinaba el blanco de los ojos con aprensión. Tenía en el cuello y en una mejilla unos granitos purulentos, lo mismo que un muchacho de catorce años. Gracias a una indirecta y larga negociación con unos amigos alemanes de su padre, se le había brindado la oportunidad de trabajar en una importante firma manufacturera de Berlín, y de vez en cuando hacía vagas alusiones a su porvenir como ingeniero químico. Pero como David hacía gala no solo de una ignorancia completa sobre el tema, sino además de una indiferencia total —y Denny se figuraba que cuando David decía que era pintor quería decir que lo era de rótulos y paredes— sus temas de conversación se habían reducido casi a la nada, a menos que a las tres preocupaciones de Denny se les pudiera llamar temas de conversación.

Herr Glocken hablaba poco, pero después de unos días de descanso pareció mejorar su salud y empezó a manifestarse, a ratos, como un hombrecito centelleante y de buen humor en aquella amistosa atmósfera masculina del camarote, con los dos jóvenes compañeros que no parecía que se fijasen nunca en que herr Glocken no tenía la espalda como ellos. A veces hablaban alemán los tres, murmurando de los asuntos del barco, pero los jóvenes

jamás le daban a entender al jorobado que la experiencia general que ellos tenían de la vida se diferenciase mucho de la que tenía él. Herr Glocken se encontraba a sus anchas. Dormía bien, y por las mañanas tenía corridas sus cortinas hasta que podía salir completamente vestido, ahorrándoles la vista de su indecorosa figura, excepto bajo el mejor disfraz que lograba procurarse. En aquel momento no se notaba señal alguna de movimiento detrás de su cortina.

David no se movía tampoco, pero le enfurecía el observar que Denny se desnudaba y se daba un baño de esponja utilizando el lavabo común.

«¡Y yo tengo que lavarme la cara ahí! —pensaba, contemplando con horror y repulsión la desnuda carne morena del otro, semejante a un cuero mal curtido, toda cubierta de pelo disperso y rizado que se desprendía al paso de la jabonosa esponja y quedaba pegado a los lados de la pila, formando una ligera espuma—. Si lo hace otra vez, le saco embutiéndolo por el ojo de buey», decidió David, hirviendo de cólera.

A pesar de ello, no dijo nada, y se dio cuenta de que quizá jamás lo diría. Lo que haría sería esperar a que el sujeto se hubiese marchado, y entonces fregaría la pila del lavabo con desinfectante. Encendido y nervioso, se sentó en el lecho, y, encogiendo y estirando los dedos de los pies, buscó a tientas las sandalias de paja.

—Hola —saludó Denny, con voz cautelosa—. Dentro de un minuto salgo de estampía. Aquí uno se encuentra comprimido.

David, percibiendo que él mismo se sentiría comprimido y violento en cualquier parte donde hubiera de ponerse los zapatos delante de un extraño, o tuviera que hablar con alguien —a menos, quizá, que ese alguien fuese Jenny— antes de tomar el café, contestó:

—Voy a ir a ducharme. No se dé prisa.

Entre las largas cortinas apareció la cabeza de herr Glocken con el cabello fino y revuelto, todo de punta. Su alargada cara, de mandíbula seudo-Hapsburgo, era un entramado de finas arrugas.

—Buenos días —graznó, aunque no en tono lúgubre—. ¿Sería tan amable de alcanzarme aquel frasquito? —señalaba con el dedo uno que estaba junto a su vaso—. Y un poco de agua, si me hace el favor.

David le dio las dos cosas y se fijó en que el frasco llevaba un rotulito que decía: «Cada tres horas, o siempre que sea preciso», y se le ocurrió pensar que quizá herr Glocken no estuviera nunca completamente libre de dolor. Al tender el brazo, el jorobado abrió las cortinas más de lo que se proponía, y David notó con viva sorpresa que llevaba una chaqueta de pijama de seda rojo brillante. El exceso de color, fuese donde fuera, ofendía a David. Y no es que ofendiera su ojo únicamente. Le inspiraba desconfianza en el terreno moral, y nunca de un modo tan agudo como tratándose de prendas de vestir. Como corbata, él llevaba unos cordoncitos negros que compraban a medias docenas a los vendedores callejeros. Sus calcetines eran de algodón negro, y sus trajes recorrían la gama de los grises. Gris moteado, gris oscuro, gris claro, gris azulado y gris Oxford, aparte del casto traje blanco de lino que llevaba en verano. Su gama favorita consistía en una mezcla de grises, pardos, ocres y azules oscuros con una buena cantidad de blancos, y su teoría favorita —si bien no original— sostenía que las personas que «se expresaban» vistiendo colores vivos intentaban, meramente, esconder la falta de los mismos en su naturaleza íntima, añadiendo una fachada que no engañaba a nadie.

A David le constaba perfectamente que, en gran parte, esa teoría la había dirigido contra Jenny, quien solía aparecer brillante como un guacamayo, cuando él se enamoró de ella. Jenny vestía, para su propio deleite, colores claros y llamativos, y pintando salpicaba temerariamente sus pequeñas telas de dibujos geométricos de colores primarios, cual arcos iris partidos a trocitos. Y parecía hacerlo muy convencida, además. Poco a poco, él había conseguido zapar su confianza en aquella insensata manera de pintar. La paleta de Jenny descendió de tono, y, paulatinamente, se había habituado a vestir también colores mates, o blanco y negro, con solo de vez en cuando un chal carmesí o naranja. Últimamente no pintaba mucho, sino que trabajaba de forma casi exclusiva con carbón o tinta china.

David anhelaba profundamente que abandonase el arte por completo. Nunca había habido ninguna pintora verdaderamente grande. Ninguna había pasado de ser una discípula aventajada de algún gran hombre. Le molestaba ver a una mujer tan fuera de su lugar, pues no creyó en el talento de Jenny ni por un momento. Lo mejor que Jenny podía prometerse era ser una buena ilustradora,

cosa que despreciaba. Pero en la naturaleza de aquella joven había algo que le impedía a él crear obras propias. Cuando ella pintaba, él no podía hacerlo, del mismo modo que cuando ella se sentía de un humor amoroso y tierno, él notaba que empezaba a ponerse frío y defensivo, experimentando el impulso de apartarla de sí, de rechazarla.

Jenny se parecía a los gatos por su afición a arrimarse mucho, a las caricias, a las presiones ligeras, a acurrucarse, con una especie de sensualidad tan difusa que venía a ser una especie de frialdad, a fin de cuentas, pues casi nunca quería practicar el amor carnal sin rodeos, como él prefería, repentina, violenta, ceñudamente, y terminar pronto con ello. A Jenny le gustaba beber de la copa de David y comer de la misma fruta, aunque empezaba ya a perder esa costumbre. Pero nunca era dichosa con él, y cuando se acostaban juntos, se peleaban.

Bajo el efecto de la oleada de repulsión que sufrió a la vista del pijama encarnado de herr Glocken, David odió a Jenny violentamente por un momento, como le sucedía a menudo, cada vez más a menudo. En cuanto a Glocken, sobre cubierta, durante el día, exceptuando sus corbatas estúpidamente coloridas, llevaba unas prendas zarraspastrosas, apaga das, y los zapatos, rotos. Casi todo el mundo le esquivaba. Daba miedo a la gente. Su caso era tan visiblemente desesperado, que los demás temían contagiárselo en parte. De noche, detrás de aquella cortina, a oscuras, envuelto en la tela de seda encarnada, ¿qué soñaba acerca de sí mismo?

Denny se estaba poniendo los pantalones con cara pensativa.

—Oiga —dijo súbitamente, dirigiéndose a David—, ¿conoce usted a esa mujer pequeñita, la de los volantes encarnados en la falda, a la que llaman Pastora? Pues bien, me parece que ha de ser fogosa como un triquitraque. Y me estuvo echando el ojo, de vez en cuando. ¿Cuánto supone usted que cobrará?

—Todo lo que el mercado dé de sí, supongo —contestó David.

—Bien, el mercado está paralizado, de momento, por lo que a mí se refiere. Pero creo que tantearé un poco el terreno. Vamos a pasar cerca de un mes en este barco, ya sabe. Es mucho tiempo. Estoy empezando a inquietarme por el futuro.

—Será mejor que se conserve usted en hielo hasta que llegue a Berlín, donde el Gobierno las hace revisar —aconsejó David—. De

lo contrario, se expone a tener que visitar al doctor Schumann antes de que lleguemos a Bremerhaven.

—Lo sé —respondió Denny, palideciendo un poco—, se me ha ocurrido ya. Pero hay muchas cosas que uno puede… En fin, creo que sé cuidar de mí mismo.

—Esas cosas puede ser que den buen resultado o que no lo den —insistió David—. La gente dirá lo que quiera, pero no existe ningún medio seguro.

—¡Dios! —exclamó sinceramente Denny. Y levantándose, se miró al espejo y se dio otro toque al cabello con el cepillo—. Pero en verdad que esa chica tiene buen aspecto. Parece sana y limpia.

—No se puede asegurar —comentó David, con malicia.

—En fin, todavía no hemos llegado a la meta —concluyó Denny —. No sé si podré apartarla nunca del rebaño… Siempre van en grupo, y tan juntos que no hay manera de meter baza entre ellos.

«Bebé» se restablecía paulatinamente, decidió frau Hutten. Al volver del desayuno le trajo la comida, y después de consultar con su esposo, alimentó al mimado bulldog, que disfrutó a su modo.

—¡Ah, querido y bendito mío! —exclamó frau Hutten, observando con placer cómo comía el perro—. Es una pena muy grande que con los buenos instintos y sentimientos que tiene, deba comer humildemente, con el rostro hacia el suelo, lo mismo que cualquier animal. Es demasiado bueno para sufrir tal afrenta.

—A él no le importa nada en absoluto, querida Kathe —dijo su marido—. Él se encuentra más cómodo en esa postura, a causa de la constitución de su cuerpo. Para él no sería natural ni acertado que le pusieran sentado delante de un plato. Alguna vez he visto a chiquillos que, con crueldad inconsciente, probaban de conseguir que sus animales favoritos comieran a la mesa. Siempre fue trabajo perdido, además de lo que sufría el animal. No, yo creo que nuestro «Bebé» lo pasa muy bien, y no le falta nada de lo que le conviene.

Recuperada la confianza y tranquilizada su mente gracias a las palabras de su marido, frau Hutten anudó la correa al cuello de «Bebé», y los tres fueron a dar un buen paseo, andando a paso vivo. El profesor Hutten calculaba que unas siete vueltas alrededor de la cubierta eran la distancia indicada para un buen paseo higiénico. Pero «Bebé», que empezó con aire bastante animado, en la tercera vuelta comenzó a rezagarse, y a mitad de la cuarta se detuvo, presa de sus convulsiones habituales. Y en aquel mismo instante y lugar se puso hecho un asco de la manera más lamentable. El profesor Hutten se arrodilló y le sostuvo la cabeza, mientras frau Hutten iba en busca de un marinero que pudiera acercar un balde de agua.

La buena señora oyó, unos metros más allá, un estallido de carcajadas, un coro ronco, exento de alegría, y reconoció con un escalofrío las voces de la *troupe* de bailarines españoles. Aquella gente solía sentarse en grupo, y, sin previa advertencia, soltaban unas carcajadas espantosas, con la cara desnuda de alegría, y

siempre se mofaban de alguien. Le miraban a uno sin disimulo y se reían como si uno fuera un objeto demasiado cómico para poder admitir su existencia. No obstante, sus ojos continuaban fríos. Aquella gente no se divertía, ni siquiera a costa de los demás. Frau Hutten los había observado desde el principio, y le daban miedo.

Sin mirar, comprendió que habían visto a su marido y al pobre «Bebé», y acertaba. Venían en apretado grupo, dando un pequeño rodeo para sortear el desamparado cuadro viviente, y al pasar junto a frau Hutten, sus ojos hostiles la recorrieron de pies a cabeza. Tenían la boca abierta y estaban produciendo aquellos horribles sonidos de regocijo. En aquel instante, frau Hutten se dio cuenta de su propia gordura, de sus voluminosos tobillos. Con una sola mirada burlona, la esbeltez y la juventud de los españoles escupía desprecio sobre ella y sobre cuanto ella representaba.

Frau Hutten encontró a un marinero, un muchacho alto y simpático, de cara cuadrada y bondadosa, que estaba habituado a los mareos. El marinero trajo agua, limpió a «Bebé» y se marchó. Los Hutten tendieron al bulldog al lado de sus sillas de cubierta, le pusieron dobladas toallas de baño bajo la cabeza y se sentaron juntos, en imponente silencio, percibiendo que aquellas criaturas degradadas, verdaderos maleantes a quienes jamás debió permitirse viajar en primera clase, los miraban como a figuras ridículas. Había muchas personas buenas —estaba segura frau Hutten— entre los pasajeros de proa, mucho más dignas que ellos de estar en la cubierta de primera clase.

En México se habían habituado durante años a una atmósfera fácil, entre alemanes cultos que vivían y eran tratados con gran consideración por los mexicanos de su misma clase. Allí nunca se burlaron de ellos, ni por sus cuerpos ni por sus costumbres. En cuanto a aquellos *gachupines*, aquellos españoles de baja estofa, ¡los mexicanos sabían cómo tratarlos! Los Hutten recordaban unas frases mexicanas que los alemanes de México no se cansaban de repetir: «Los mexicanos aborrecen a los norteamericanos, desprecian a los judíos, odian a los españoles, desconfían de los ingleses, admiran a los franceses y aman a los alemanes». Un caballero mexicano de: brillante inteligencia había compuesto, en un banquete, esa sentencia, que se propagó como un incendio entre el reducido círculo de los Hutten. Era una de esas cosas que casi le consuelan a

uno de vivir en un país extranjero poblado de razas mestizas y con unas costumbres casi bárbaras, en conjunto.

Herr profesor fue durante años el director del mejor colegio alemán de la ciudad de México. Un colegio al que los chiquillos iban con carteras a la espalda, y tocados gorros redondos de estudiante. Las niñas llevaban delantalitos negros sobre sus vestidos de colores sobrios, y el cabello recogido en rubias trenzas, lisas y brillantes. Una y otra vez —de pie ante la ventana de su aula de la grande y sólida casa mexicano-francesa que la colonia alemana había comprado y reformado, dándole el estilo alemán adecuado—, el profesor Hutten contemplaba a los niños, que paseaban pausadamente, pero con paso vigoroso en pequeños grupos, y sus sencillas ropas tan inmaculadas. Observaba el aire apacible y las buenas maneras de los jóvenes alemanes, les oía hablar su lengua materna con buen acento y dicción pura, y se le ocurría la idea de que casi podía imaginarse que estaba en Alemania. ¡Ah, si el mundo de los hombres pudiera ser tan metódico, tan bien ordenado, tan virtuoso en sus principios básicos! Esa esperanza, que alboreaba en su pecho a largos intervalos dándole la sensación de formar parte de un gran movimiento universal para la mejora del género humano, era sin duda alguna (como le confesó a su esposa), lo que le había mantenido vivo. No obstante, el matrimonio tenía su pena particular, su pérdida personal. Estaban sin hijos, y así continuarían siempre.

El bulldog blanco, «Bebé», vivía con ellos, compartía su existencia desde hacía nueve años. Comía sentado en el suelo al lado de la mesa, tomando el alimento de sus manos. Había dormido a sus pies, cuando era un cachorrillo desamparado que gemía miedoso de la oscuridad y echaba de menos el consuelo de la leche de su madre. El profesor Hutten se confesaba en el fondo de su corazón que quería mucho a «Bebé». Lo cierto era que, igual que su esposa, amaba a «Bebé» calurosa, tierna y constantemente, a pesar de las molestias que les causaba. Para ellos, sus sentimientos no tenían nada de absurdo. «Bebé», de temperamento noble y desinteresado, merecía sus cuidados y les recompensaba con devoción. El profesor veía perfectamente en la cara de su esposa que las burlas y carcajadas de aquella especie singularmente baja de españoles del barco se le clavaban en el corazón como puñales. El

profesor Hutten compartía el sufrimiento de su esposa, mezclado de indignación, y, preciso es decirlo, de una pizca de vergüenza. No creía haber procedido de modo poco digno de un hombre al sostener la cabeza de «Bebé», pero sí había obrado a la ligera no concediendo la importancia debida a las apariencias, y exponiéndose al ridículo de aquellas personas de sentimientos groseros. Le consolaba a uno recordar que «Bebé» era un bulldog de estirpe de campeones, de ascendencia distinguida, si no completamente limpia de tacha. En exposiciones dignas de todo crédito le habían concedido cintas azules y moradas. Ahora estaba viejo y falto de entrenamiento, pero todavía conservaba sus facultades y seguía dispuesto a defender a sus dueños, y de paso a sí mismo, de toda clase de ataques. Si se le daba la orden, todavía le quedaban energías a «Bebé» para saltar como el gatillo de un arma y apresando a uno de aquellos tipos morenos, no soltarle hasta que su dueño se lo mandase. El profesor Hutten se inclinó sobre el dormido bulldog y le dijo en voz baja, insistente:

—¡Ataca, «Bebé», ataca!

«Bebé» se despertó como ebrio, se levantó trabajosamente luchando por conservar el equilibrio, e hizo rodar los ojos de un lado para otro. Enseguida lanzó un gruñido bajo y amenazador, se tambaleó y cayó de bruces, dando con el achatado hocico en el suelo, donde quedó completamente estirado.

—¿Qué haces? —preguntó frau Hutten, extrañada—. Si no le tenemos quieto se mareará otra vez.

—Se me ha ocurrido probar hasta qué punto conserva el adiestramiento —contestó herr profesor, con aire satisfecho—. No, no ha olvidado nada. ¡Ah, Kathe, es de ver cómo la sangre y la educación forman y sostienen el carácter! Mira a este buen animal. No nos defraudará jamás.

Frau Hutten exclamó:

—¡Cómo me recuerda el pasado, nuestra vida, ahora que regresamos a la patria!

Y contemplaba a «Bebé» con ternura, pero sus pensamientos se embarullaban al mirar atrás y adelante, pues nada de lo del pasado parecía debidamente relacionado con el porvenir. Casi le daba miedo hacerse ilusiones, porque en la vieja patria las cosas debían de haber cambiado mucho y tomado formas nuevas para las cuales

ella no estaría prevenida. Y así se lo explicó a su marido.

—Allá donde vamos, las personas y las cosas cambian despacio —la tranquilizó él, con dulzura—. Estaremos entre personas de nuestra misma edad, de nuestra misma manera de pensar y sentir. Fueron los amigos de nuestra infancia y nuestra juventud. No pueden ahora ser unos extraños para nosotros… así hemos de esperarlo forzosamente —añadió con bravura.

Frau Hutten se quedó callada, recordando cuando toda la colonia alemana de la ciudad de México fue al teatro a ver la película del entierro de la kaiserina Augusta Viktoria. Cuando apareció la gran carroza fúnebre rodeada de su escolta de oficiales a caballo tocados con cascos, todos se pusieron en pie. Como hermanos y hermanas reunidos al borde de la fosa de su madre, lloraron juntos. Cada uno se volvió y abrazó al que tenía más cerca. Y continuaron llorando ruidosamente, con entrecortados sollozos e inspiraciones, hasta que el teatro entero fue un lugar de lamentación, poblado por el sonido de aquel pesar, aquella añoranza de la patria, que enternecía el corazón. Habían cantado: *Una poderosa fortaleza, O Tannenbaum* y *La guardia sobre el Rhin*, con lágrimas todavía en las mejillas. ¡Cuán cerca de la madre patria se habían sentido en aquel momento! ¡No volverían a estarlo nunca más, a causa de lo que habían perdido: la buena, la dulce emperatriz que llevaba tanto tiempo sufriendo y había sido el símbolo de todo lo que ellos reverenciaban en la vida nacional y de familia, la generosa piedra del hogar alrededor de la cual se arracimaban sus recuerdos!

«¿Cómo será aquello ahora?, me pregunto». Quería interrogar a su marido otra vez, pero sabía que herr profesor no podía contestarle sino con suposiciones y esperanzas, y no deseaba molestarle.

También el profesor Hutten estaba sumido en sus pensamientos. Había trabajado todos aquellos años, confiando contra toda razón que llegaría el día en que podría retirarse honorablemente con sus ahorros y una pensión, y Dios, con su infinita bondad, le dejaría volver a ver la casa donde nació, en la comarca del Todmoos, en la Selva Negra. Y ahora que ese día había llegado, se sentía lleno de recelos. ¿Cómo sería su nueva situación? Herr profesor hundió la cara entre las manos, inclinándose hacia delante en la tumbona, y

casi al instante sintió una náusea en la boca del estómago, y una oleada del mareo más espantoso le sacó de su cómoda compasión.

—Kathe, ayúdame —dijo en voz baja y desesperada—. De prisa, por amor de Dios, antes de que lo vea nadie.

El hecho se había producido, vio frau Rittersdorf. Pero ella estaba demasiado ocupada buscando su cojín de blanco plumón de ganso, forrado de tafetán a rayas color crema y rosa, que le había enviado a México desde Alemania la querida madre de su querido difunto esposo como regalo de Navidad. Que hubiera podido extraviarlo, olvidarlo por un momento, era cosa que frau Rittersdorf no sabía explicarse. Lo necesitaba realmente para su comodidad, pues las tumbonas eran durísimas, o al menos parecían serlo, en aquel barco, donde todo se inclinaba un tanto hacia lo de segunda clase. En todo caso, puesto que no cabía duda de que ella lo había dejado en su silla, alguien —el camarero de cubierta, por ejemplo— tenía el deber innegable de haberlo recogido y devuelto inmediatamente a su camarote.

Frau Rittersdorf le abordó con firmeza, aunque amablemente. Era un sujeto muy cortés y atento que hablaba con acento austríaco… *Meine dame*, la llamaba; expresión que ella prefería a la de *frau*, de sonido más casero.

—*Meine dame*, no puede haberse perdido. Solo se habrá extraviado de momento. Yo lo encontraré y se lo devolveré. Al fin y al cabo, este barco es pequeño, ¡y el cojín no puede haber saltado por la borda por propia decisión! Conque, por favor, querida señora, tranquilícese; se lo entregaré dentro de poco.

Mientras se ajustaba el blanco velo a la cabeza, haciendo el lazo sobre una oreja, frau Rittersdorf se fijó en aquel horrible par de niños españoles, plantados a unos pasos de allí y que se contentaban mirándola con una curiosidad animal. Ella les devolvió la gentileza contemplándolos con los párpados entornados y cara disciplinaria, según el estilo que se había revelado eficaz siempre con sus pupilos ingleses cuando estuvo de institutriz en Inglaterra con una familia que vivía en el campo.

—¿Ha perdido algo? —le preguntó la niña, con aguda voz de tiple.

—Sí. ¿Lo has robado tú? —inquirió frau Rittersdorf, con acento severo.

Ante esta pregunta, los mellizos parecieron presa de una agitación extraña. Se encogieron un poco, cruzaron unas miradas aviesas, y el niño dijo:

—¡Quién sabe!

Luego estallaron los dos en una carcajada que no tenía nada de infantil, y echaron a correr. Frau Rittersdorf, considerando exactamente lo que haría con ellos si estuvieran en su poder, se fue hacia la barandilla, cerca de aquella pareja de jóvenes visiblemente americanos (¿qué tenían los americanos que los delataba tan a la legua? ¿Qué, precisamente?). La mestización paulatina de aquella nación desalentadora mediante la mezcla de la hez de Europa con los negros, había dado como fruto una mediocridad de fisonomía y de mente imposible de describir. Y, no obstante, frau Rittersdorf se preguntaba maravillada qué asuntos tendrían para estar hablando constantemente, pues pasándose al menos la mitad de su tiempo en mutua compañía, lo lógico era que hubieran agotado todos los temas de conversación. Se apoyaban juntos en la baranda como buenos camaradas, ambos pares de ojos fijos en la centelleante extensión del mar, hablando sosegadamente, con cortas pausas.

Frau Rittersdorf no confiaba oír mucho de lo que dijeran, porque era un poco sorda, ni observar detalle alguno, excepto a corta distancia, porque era exageradamente miope. Sin embargo, situándose a la distancia adecuada, tomadas en consideración esas desventajas, apoyose en la baranda cerca del muchacho, y acomodando la visión rápidamente, se cercioró de que era más joven de lo que ella se figuraba. Llevaba el rubio cabello muy bien cortado, tenía la nariz delgada, alta y estrecha, la boca bien formada y un aire general, aunque sin duda engañoso, de haber recibido una educación excelente. La camisa gris pálido que llevaba parecía limpia y sin arrugas, pero el traje blanco de hilo estaba a punto para la lavandería.

La muchacha llevaba un vestido incoloro, de manga corta y con cinturón, que parecía haber sido confeccionado con tela de arpillera. Tenía la cara pálida y demasiado delgada, los pómulos salientes y una barbilla afilada, puntiaguda, que le daba un aire zorruno. Sus ojos, claros, eran bastante hermosos, y el cabello,

negro, lo llevaba peinado sencillamente con la raya en medio. No cabía duda, era una de esas jóvenes avanzadas, emancipadas del mundo bohemio. Frau Rittersdorf observó que, en reposo, la faz del joven tenía una expresión huraña, y la de ella un gesto de impaciencia. De pronto, ambos levantaron la cabeza y rieron a coro, y ambos rostros adquirieron al momento una expresión jovial, de buen humor, un poco atolondrada. Frau Rittersdorf sonrió involuntariamente al oír el sonido fresco, bonito, de la felicidad juvenil. Los dos jóvenes advirtieron su sonrisa. Entonces, sus fisonomías tomaron un aire inexpresivo y frío, y se volvieron hacia otra parte.

Frau Rittersdorf había visto más de lo suficiente para convencerse de que tenía ante sí a una pareja de extranjeros raros. Notaba en ellos algo que no sabía comprender y que no le gustaba en absoluto. No pertenecían a la clase de personas que trataría de cultivar como compañeras de viaje. La buena señora volviose a su silla, se arregló cuidadosamente las faldas alrededor de las piernas, reclinóse en el respaldo, echando de menos su blando cojín de plumas, y sacó el cuaderno de notas.

Tenía una memoria deficiente junto con la pasión de dejar constancia escrita hasta de los detalles más nimios de su existencia cotidiana —incluso cuando descuidadamente tomaba del plato una cucharada de sopa demasiado caliente, u olvidaba franquear una carta—, mezclados con migajas de filosofía, observaciones, reminiscencias y meditaciones. Durante años había llenado un cuaderno tras otro de anotaciones nimias escritas con letra menuda, educadísima, y cuando los tenía llenos, los ponía en sitio seguro y no los volvía a hojear jamás. Sacudiendo un poco su estilográfica, de anilla de oro, escribió en inglés:

> «Esos jóvenes americanos incurren en la afectación de dirigirse la palabra mutuamente llamándose por sus nombres completos, única formalidad, acaso, que man tienen entre ellos, y por cierto que resulta un recurso muy *gauché* (torpe), o quizá sea la única esperanza que tienen de darse a conocer al público. En sus maneras, su vestido, se nota un algo de relajación moral… Yo no sabría localizarla del todo ni describirla. Se diría un

effluvium. Tienen unos nombres musicales: Jenny-ángel —el verdadero nombre es, supongo, Jane; Johanna-Engel sería (y mucho mejor) en alemán— y David-Darling. Este último es un apellido corriente, a la par que una expresión habitual de afecto entre americanos, creo; mucho menos entre los fríos ingleses, naturalmente, aunque parece ser una corrupción de la palabra *Dear*, diminutivo Dearling; la cual sonaría como Darling, puesto que los ingleses tienen una manera negligente de pronunciar ciertas palabras a las que, con franqueza, jamás pude habituarme durante los siete largos años de penitencia que pasé en aquel país. Naturalmente, aprendí el inglés a la perfección en el colegio, en Munich, y lo había oído siempre bien pronunciado. La dicción inglesa me pareció luego de lo más tosca. ¡Oh, aquellos años de exilio amargo! ¡Oh, aquellos espantosos niños ingleses de doble cara cuyo afecto nunca pude conquistar y que jamás consiguieron aprender alemán por ningún medio! *Deyahling* lo pronunciarían los ingleses después de todo, y los americanos —que parece que aprenden el lenguaje fonéticamente, o de oído, como ellos dicen, a causa de su aversión a leer— añadirían el sonido de R, una letra con la que parecen encariñados en exceso. Todo ello muy interesante, dentro de su estilo limitado».

Al repasar lo escrito decidió que era demasiado bueno para esconderlo, y que quedaría muy bien en una carta a su queridísima amiga y condiscípula de antaño, Sophie Bismarck, magníficamente relacionada, desdichada en su matrimonio y que vivía opulentamente en Munich. La cabecita estúpida de Sophie giraría en torbellino, como de costumbre, tratando de seguir la brillante inteligencia de su condiscípula. Y frau Rittersdorf puso una nota al margen: «*Für liebe Sophie*. Hay que traducirlo, por si ha olvidado el inglés», guardó el libro en su bolso de mano, grande y plano, y se levantó para dar su paseo: nueve vueltas alrededor de la cubierta. El ejercicio alejaba el mareo, evitaba la irritación hepática y le daba apetito a uno. Ciertamente, el ejercicio merecía todos los elogios,

por soso y aburrido que fuese. Y las ondulantes, ilimitadas aguas de aquellas imponentes profundidades, inspiraban nobles pensamientos.

Todo eso se lo había enseñado su querido esposo. Era un hombre de una actividad incesante que creía firmemente —¡y cuánta razón tenía!— que una buena salud era necesaria para una buena moralidad. ¡Cuántas veces la había subido y bajado casi a rastras en las ocasiones en que cruzaban el Canal, hasta con el peor tiempo —en verdad, él acogía con júbilo el mal tiempo como la prueba más excitante para calibrar el coraje— cuando tenían que agarrarse a todos los asideros disponibles como si se estuvieran ahogando, mientras las olas les pasaban, impetuosas, por encima! Frau Rittersdorf sentía casi que desde algún punto del cielo azul, tranquilo, su querido Otto, muerto con hermosa y varonil arrogancia en la batalla de Ypres, estaba mirando, con mirada de aprobación, pasear a su buena y obediente Nannerl —«¡ah, sí, y sola, Otto, sola!»— por la cubierta, una vuelta después de otra, para proteger su salud, como él hubiera querido que hiciese.

En la séptima vuelta, notando que las plantas de los pies no resistían bien sobre sus tacones de ocho centímetros, descansó provisionalmente en el brazo de su sillón y volvió a sacar el cuaderno de notas:

> «Si esos jóvenes americanos no están casados, deberían estarlo. Pero en aquella monstruosa nación todas las relaciones entre las personas, muy especialmente entre las de distinto sexo, se han pervertido de tal modo, que es casi imposible juzgarlas según las normas de la verdadera civilización».

Al releer el párrafo, decidió que era indigno de ella. ¿Por dónde había vagado su mente todo aquel rato? Frau Rittersdorf lo borró todo entero y escribió encima de las rayas negras resultantes:

> «Un tiempo divino, si bien demasiado caluroso, y un paseo celestial, con el aire puro del mar dándome en el rostro, pensando en mi querido Otto y en la felicidad de nuestro matrimonio, tan feliz, aunque demasiado breve; R. I. P.

25 de agosto de 1931».

La dama continuó piadosamente, para terminar las dos últimas vueltas —¿qué significaban los pies planos en comparación con la sensación bendita de continuar fiel a su Otto?—, llevando el cuaderno de notas, su diario, entre las manos como si fuese un misal. Encontró a la pareja de recién casados paseando también, meciendo levemente las enlazadas manos, ambos muy hermosos con sus blancos trajes, y con un aspecto, además, asombrosamente lozano y despreocupado, si se tomaba en consideración lo reciente de su luna de miel. Mientras se acercaban, frau Rittersdorf observó, sin embargo, que la novia, por más que tuviera un aire sereno, estaba más bien pálida, con unas manchas que iban tomando un tono cada vez más oscuro debajo de los ojos. ¿Estaría incluso un poco enferma, quizá? Y muy apropiadamente, frau Rittersdorf se contestó a sí misma aprobando, como era lógico en una mujer que había estado casada. Una sospechaba, y con mucho fundamento, de esas novias que no cambian nada en su aspecto y sus maneras después del matrimonio. Aun a pesar de la felicidad que proporciona el nuevo estado, no se pasa de la virginidad a las tensiones y los esfuerzos de la vida matrimonial sin señales visibles. Digan ustedes lo que quieran, ¡no todo son risas! Frau Rittersdorf meditó ese pensamiento durante un rato y decidió que estaba arrastrando a su mente hacia un terreno prohibido. «Una mujer pura no se permite un pensamiento impuro ni durante el abrazo más apasionado de su marido», le había aleccionado su Otto más de una vez. Una frase exigente, pero sin duda cierta. Con voluntad resuelta, frau Rittersdorf dirigió sus reflexiones hacia temas más elevados, arrinconando, una vez más, el recuerdo de Otto en la sombra sagrada del pasado.

Jenny tomó el café temprano, en cubierta, bañada en la luz fresca, pintada de azul, de la mañana entre cielo y mar, y se puso a trazar bosquejos con una estilográfica: el tubo de ventilación de lona, cual un fantasma protocolario con los brazos extendidos sobre la enrejada sima del comedor de los pasajeros de proa; «Bebé», el bulldog blanco, que al parecer se recobraba de sus mareos, estirado pesadamente boca abajo; Elsa, su compañera de camarote (de memoria), con los brazos levantados, arreglándose el cabello; un marinero que pasaba con un cubo; furtivamente, después de una mirada en torno, una rápida silueta de la armoniosa, interesante deformidad de herr Glocken. Jenny, sentada cómodamente, dueña de aquel bonito y atildado cuerpo que tan pocos problemas le daba —si dejamos aparte su insaciable hambre de amor—, se preguntaba distraídamente qué sensación había de causar el vivir teniendo una forma tan aborrecible como la de herr Glocken. La sola idea la asustó de tal modo, que sufrió una sacudida violenta y dejó caer la pluma, en un movimiento repentino de terror y sofocación, cual si fuera de nuevo una niña y estuviera encerrada en el armario —estrecho como un ataúd— del dormitorio de su madre. Cerró los ojos apretando tanto los párpados, que cuando los abrió otra vez, vio a Wilhelm Freytag a través de un deslumbramiento irisado de luz. El joven estaba dando un paso, largo y bastante gracioso, hacia ella, presentándole la pluma.

Un momento después le tenía parado delante de ella, acogiendo sus frases de agradecimiento con aire sonriente y amable, y esperando que Jenny le invitara a sentarse a su lado. La joven desvió las piernas a un lado y le dejó sitio en el travesaño de su tumbona.

—Pero si está haciendo algo… —dijo él.

—Esto no es más que una manera de matar el tiempo —le explicó Jenny—. Una especie de solitario. Preferiría con mucho dedicar un rato a comentarios y habladurías.

Y se inclinó hacia él, dándose cuenta de nuevo de cómo el humor habitual de resentimiento, la amargura y la tristeza crecientes que invadían su ánimo cuando se encontraba sola, podían disiparse muy rápidamente con el sonido de las voces y la proximidad de otras personas, sin que importase que las voces no tuvieran nada que decirle, o si las personas que tenía cerca eran extrañas e indiferentes para ella.

«Las mujeres miman en exceso a este hombre —pensó—. En su atractivo se nota, quizá, un leve exceso de confianza en sí mismo…». Y luego reflexionó que la compañía de una persona sin problemas particulares, acaso resultase un remanso de paz después de sus espinosos progresos con David.

Freytag estaba a punto, y con mucho gusto, para las habladurías, y sintió un placer especial explicándole que había a bordo una desconocida misteriosa, una auténtica detenida política, a la que deportaban de Cuba, según se decía, por haber estado relacionada con las revueltas estudiantiles que provocaron el cierre de la universidad… y a la que tendrían confinada en su camarote todo el viaje, y, finalmente, la bajarían a tierra en Santa Cruz de Tenerife.

—Encadenada, supongo —sugirió Jenny—. ¿Qué hizo?

—Recuerde que es una mujer.

—¿Cambia eso las cosas?

—Confío que sí —respondió Freytag—. Pero, además, es una condesa española, y permítame usted que le diga que para el capitán eso cambia muchísimo las cosas. El capitán ha dado órdenes a todo el mundo de que se la trate con la mayor consideración, y por su parte le envía recados preguntándole qué desea. No, nuestra prisionera no sufrirá. Tiene en la cubierta A un camarote entero para ella sola… ¡Más de lo que yo pude conseguir!

—A cambio de eso, hasta yo consentiría en viajar prisionera —afirmó Jenny.

—Si, ciertamente. Yo necesito espacio más que ninguna otra cosa, pero tengo por compañero de camarote a Hansen, aquel sueco de siete pies de estatura, y duerme en la litera de arriba, con los pies fuera, de modo que todas las mañanas doy de cabeza contra ellos.

—Mi compañera de camarote también tiende hacia las tallas grandes —manifestó Jenny—, pero es una chica muy agradable y

no nos damos demasiados codazos.

—¡Caramba! Yo pensaba que usted estaba con su marido —dijo Freytag, y bailoteó en sus ojos una curiosidad tan instantánea e ingenua que casi resultaba atractiva.

—No estamos casados —explicó Jenny.

Garabateó unas rayas en el dibujo del tubo de ventilación y contuvo con severo reproche de sí misma el impulso de añadir: «No somos más que un par de amigos que han subido, por casualidad, al mismo barco». ¿Podía caer tan bajo? No, había unos límites, y Jenny creía conocer algunos. Además, tampoco el de herr Freytag había sido un comentario inocente. La joven le dirigió una larga, meditativa mirada. Quizá no tuvo nada de inocente. En cambio, fue un desacierto, y él se daba cuenta. ¿No se había contraído su rostro un momento a causa de la tensión y la violencia? ¿O le estaba atribuyendo ella más sensibilidad de la que poseía? Freytag cogió los dibujos, les dio una ojeada uno por uno, y Jenny vio por su expresión que le importaban muy poco. Freytag se detuvo un poco más en el esbozo de herr Glocken, y declaró por fin:

—Se le parece enormemente. Me gustaría saber lo que pensaría él de esto.

—No lo verá jamás —repuso Jenny, recuperando los dibujos y poniéndolos en la carpeta.

Freytag observó:

—No sabía que dibujase usted.

Jenny dio la respuesta que solía dar en semejantes casos:

—No soy una artista, pero quizá algún día lo seré.

El corto momento de malignidad se desvaneció, pero en adelante se producía una serie interminable de ellos, dondequiera que se hallasen. Jenny empezaba a ver claramente en qué terreno se había situado al ponerse en relaciones con David. En ese momento estaba perdiendo confianza en su vida entera, como si cada paso dado hubiese sido meramente un error que conducía a otro, empezando desde su mismo nacimiento, suponía ella…

«¡No, esto es demasiado! No voy a permitir que este asunto me aparte por completo de mi camino. Esa infeliz de Elsa se figura que a ella le ocurre algo anormal. Quedaría más tranquilizada si supiera lo que me pasa a mí. Y, sin embargo, yo había querido vivir en una atmósfera pura y decir “sí” o “no”, diciéndolo de veras, y que los

demás lo tomaran en serio y no nos metiésemos en tonterías. A mí me fastidian las cosas a medias, los afectos a medias, las situaciones falsas y estúpidas, los sentimientos inventados y los odios decorados a mano. A mí me fastidian las personas que se miran al espejo y sonríen. Yo quiero las cosas claras y rectas, o al menos, cuando sean torcidas y confusas, quiero ser capaz de verlo. Todo lo demás es, sencillamente, repugnante. De modo que mi vida es repugnante y estoy avergonzada de ella. Y tengo alrededor del cuello una soga que ni siquiera fui a buscar. Sencillamente, no sé cómo ha venido a parar a mí».

Freytag le ofreció un cigarrillo.

—¿Le apetece pasear un poco?

—¡Oh, sí! Supongo que ya es hora de empezar a vagabundear por la cubierta diciendo «Gris Gott» a todo el mundo.

—Es un agradable saludo cristiano —comentó Freytag, amistosamente—. Pero a mí me gusta más la manera que tienen los campesinos indios de decir «Con Dios». Sin embargo —añadió, indicando con un leve movimiento de cabeza un grupo de la compañía española, que pasaba por su lado—, me temo que no sería un saludo adecuado para esos.

—Son gente mala de verdad, ¿no es cierto? Un «Con Dios» rebotaría en ellos como un pelota de goma en una acera.

—No obstante, tienen una figura bastante atractiva —opinó Freytag—. Y quizá un poco peligrosa.

—No son ni más ni menos peligrosos de lo que nosotros les permitimos —replicó Jenny—. ¿Por qué hemos de adularles? Por lo demás, son unos pelmazos, opino yo… con todo ese pintoresquismo mugriento. ¡Qué tiempo! ¿No le parece grato?

Y levantó la vista a lo alto con expresión melancólica.

Paseaban despacio, saludando con la cabeza a las diversas personas con quienes se cruzaban, y a las que ahora ya reconocían, después de la quincuagésima mirada. Intercambiaron un guiño divertido cuando vieron a Arne Hansen paseando con Elsa, los menudos padres de la cual les seguían a unos pasos de distancia, con pies prudentes y expresión discreta. Elsa llevaba un sombrero blanco absurdo, y la timidez la tenía como envarada. Hansen guardaba silencio. Mantenían la vista fija ante sí.

Jenny y Freytag se entregaron a una especie de conversación

semiconfidencial acerca de sí mismos con la desenvoltura de los viajeros que no por serlo esperan conocerse mejor. Esa espontaneidad convencional que nace de la posibilidad de una futura indiferencia. Con todo y ser alemán —le explicaba él—, tenía mucho de escocés e inglés, y también de húngaro, por parte de su madre. Los de esa rama de la familia habían sido gente audaz en la cuestión de matrimonios.

Cuando más singular el enlace, mejor. Más allá de aquello, Dios sabría el qué, parecía mejor no indagar. A su vez, Jenny recitó su entremezclada ascendencia, de la cual estaba bastante orgullosa:

—Caldo del Oeste —explico—. Nada de tártara, ni de judía, ni de china, ni de bantú. Solo la vieja mezcla de siempre: holandesa, escocesa, inglesa, irlandesa, galesa, francesa y una tatarabuela de apellido español, pero, aun así mitad irlandesa… Nada de húngara, tampoco, y, sobre todo, nada de alemana… Nada de alemana, en absoluto.

Él quiso saber cómo podía estar tan segura entre tantas naciones, todas emparentadas por la sangre, de que no había en ella nada de alemana. ¿Tenía aversión a los alemanes? ¿A causa de aquella guerra atroz? Aquello fue culpa de todos, y todos habían sufrido. Los alemanes más que nadie. ¡Si los norteamericanos se hubiesen puesto de parte de los alemanes en la guerra, el futuro entero del mundo hubiera cambiado, en sentido favorable! Sus ojos se animaron. Se volvió muy elocuente. Jenny sonrió un poco. Fuese la culpa de quien fuere, ella se alegraba de que su país no se hubiera puesto de parte de los alemanes. Pero enseguida sintió remordimiento de conciencia y dijo:

—No, ni siquiera por la guerra.

Y le explicó a su compañero de paseo que ella no tenía prejuicios de ninguna clase. En parte la habían criado sus abuelos paternos (pues su madre murió joven), y aquellos abuelos eran unos racionalistas al estilo del siglo dieciocho, descendientes de Diderot y D’Alembert,
nada menos, solía decir su abuelo. A ellos nada les hubiera parecido más vulgar y poco ilustrado que el más leve signo de recusación de algo o de alguien por motivos de religión o nacionalidad. Todo eso estaba relacionado con los modales, con la moral.

—Los negros llamaban a la puerta trasera, por supuesto —

puntualizó—, y jamás vi a ningún pielroja, ni siquiera a un hindú sentados a nuestra mesa. A una infinidad de gente se la excluía por este o el otro motivo, a la mayoría con la excusa de que eran personas fastidiosas o mal educadas. Pero eso era meramente atenerse a las costumbres de la localidad, o ejercitar su derecho natural a escoger la compañía que prefiriesen. Ambas actitudes formaban una parte importante de la crianza de las personas bien educadas. ¡Ah, qué curiosa fue mi educación! Y, sin embargo, a mí me encantaba. Creía hasta la última palabra de todo lo que me decían, y todavía lo creo hoy… Por eso nunca me puse a tono con mi generación. ¡Me siento abrumada por una colección entera de preceptos ideales y no tengo donde practicarlos! Mis amigos radicales me miran como a un fósil joven. Ellos saben pronunciar «señora» como si fuera una palabra indecente. En cierta ocasión, uno de ellos dijo: «Fijaos en cómo pronuncia "Chantilly". ¿Os dais cuenta?».

—¿Por qué se buscó amigos radicales? —preguntó Freytag—. Los que he visto en mi vida llevaban las uñas sucias y necesitaban un corte de pelo. Le mendigaban cigarrillos a todo el mundo y luego apagaban las colillas en las tazas de café. ¿Los amigos radicales de usted también se portan así?

—Algunos —admitió Jenny, con renuncia—. Pero otros poseen una mente muy interesante.

—Más vale así —dijo Freytag—. Su amigo míster Scott, ¿es también radical?

—A veces, por el gusto de discutir —contestó Jenny—. Depende por entero de la inclinación que demuestre su interlocutor.

Freytag soltó la carcajada ante esa respuesta, y Jenny le hizo coro en unas cuantas notas. Al cabo de un momento de silencio, habló de su esposa, como hacía siempre, más pronto o más tarde, en toda conversación. Describió sus colores, los que él prefería entre todos: rubio de trigo, mejillas de rosa, una muchacha que era una auténtica doncella del Rhin, y volvió a pronunciar su hermoso nombre.

—Mary Champagne —dijo con ternura—. Creo que de lo primero que me enamoré fue de su nombre —afirmó.

Esa vez sacó a colación que su esposa le elegía los trajes y acertaba como él no hubiera sabido hacerlo. Y Wilhelm parecía

perfectamente satisfecho de su persona. En otro hombre, decidió Jenny, todo aquello hubiera podido resultar de una presuntuosidad abrumadora. Entonces le dijo a su interlocutor que una mujer había de tener una especial confianza en sí misma para elegirle las corbatas a un hombre. Ella, por su parte, no se atrevería nunca. Él consideró que el caso dependía enteramente del carácter del hombre.

—Yo tengo una opinión inmejorable del gusto y el criterio de mi esposa en todo, o casi en todo —declaró.

Hubo otra pausa distraída, mientras Jenny pensaba en los insípidos cordoncitos atados en lazo que exhibía David. La presuntuosidad de David pertenecía realmente a una especie mucho peor que la de Freytag, la cual contenía al menos algo de calor y generosidad. ¡Pobre David! Encerrado dentro de sí mismo como un eremita en una cueva, acechando lo que ocurría fuera, decidido a no compartir con nadie la tarea de arreglarse las uñas.

—Mi esposa ha ido a ver a su madre en Mannheim —declaró Freytag—. Me las traeré a las dos conmigo a México. Hemos decidido vivir allí.

Su aire de satisfacción y su confianza en la felicidad aumentaba hasta convertirse en una auténtica radiación, cual la salud perfecta o el encanto misterioso de la belleza. Jenny percibía que el contento de sí mismo de aquel hombre no era, después de todo, vanidad, sino que nacía de algo encerrado en su espíritu, algo que poseía, que había encontrado, o le habían dado.

«En cierto modo, es feliz —pensó—. Es feliz y lo sabe».

Mientras daban la vuelta a la popa, se inclinó hacia él ligeramente, delgada como era, vacía y hambrienta, para respirar el aire de la buena fortuna.

La novia y el novio estaban sentados, casi tendidos, en sus sillas extensibles. Ella era una criatura bella, con la gracia, el silencio y la naturalidad de un animal hermoso y tímido. Los otros pasajeros les dirigían una mirada rápida siempre que aparecían, y luego apartaban la vista. Deslumbrada y sonriente, la novia se sentaba o paseaba todo el día con su marido, dejando que su mano, delgada y curva, reposara abandonadamente en la de él. El novio, pensó Jenny, era persona de una alegría callada. A la pintora le gustaba su fisonomía festiva, irregular, viva. Él tenía que ser el más inteligente

de los dos, y contaría con la autoridad moral desde el principio.

—¿Verdad que resultan hermosos, así, juntos? —preguntó Jenny, confiando que en su voz no vibrara la desesperación de la envidia—. Un cuadro que vale la pena ver, ¿no es cierto?

—Todas las novias deberían tener ese mismo aire —opinó Freytag—. Sea por lo que fuere, tiene la figura precisa. Yo no sé exactamente en qué consiste, pero cuando lo veo lo reconozco. El Paraíso después de la Caída. El pequeño intervalo entre la Caída y la expulsión por mandato de Dios —comentó—. Quien no conozca esto una vez en la vida, una vez por lo menos (y acaso no se dé con mayor frecuencia) es desdichado, por más cosas afortunadas que le sucedan en otros aspectos.

—Eso supongo —respondió Jenny, secamente.

—A eso usted lo llamará sentimentalismo alemán —concluyó él.

Y sonrió como si se sonriera a sí mismo por algo que le gustaba y que no tenía necesidad de explicar a nadie.

—No tengo la más leve idea de qué pueda ser, pero suena muy atractivo —dijo Jenny.

Su tono de voz no concordaba con sus palabras. A Freytag se le antojó que la respuesta tenía un filo cortante y duro como el pedernal. Y notó que aquella joven provocaba en él la misma contracción de desagrado que experimentó al verla por primera vez, antes de que se dirigiesen la palabra. Por eso interpuso entre ambos la distancia de otro paso más y no dijo nada.

Jenny lo notó y el hecho la dejó curiosamente helada.

«Quizá te me estés presentando a propósito muy atractivo con esta conversación ligera sobre la Caída, como si supieras algo que pudieras enseñarme y a mí me conviniese muchísimo descubrir. Acaso me enamore de ti, acaso me haya enamorado ya en realidad, de la manera que me enamoro yo: siempre de hombres a quienes no conozco en absoluto y como si me zambullese en el agua… y acaso caiga de nuevo como desde una peña. Me alegra no saber nada de ti, excepto que tienes el tipo que a mí me gusta —en un sentido, al menos— y que eres casado y estás ansioso de demostrarme que amas a tu mujer. No insistas. Te creo y me contenta. Y si te conociera mejor, quizá no me gustases nada. En realidad, ya no me gustas ahora. Y puedo asegurarte ya que yo no te gustaré a ti. Lo cierto es que me odiarás. La aventura en conjunto tendría un algo

que yo no sería capaz de resistir. No acierto a decir qué. Ni siquiera imagino de qué pueda tratarse… Si pudiéramos dormir juntos sin demasiado alboroto y disiparnos los dos a la vez un ratito, yo quedaría sosegada de nuevo y estaría en condiciones de ver más claro. Se trata únicamente de… ¿Cómo ha ocurrido? Yo estoy hambrienta y helada. Mi hombre no quiere compartir nada conmigo, lo quiere todo para sí. ¿Cómo dice aquel refrán español? *¿Es el pan que está bueno, o es el hambre que yo tengo?* ¿Y no hay también otro? *¿Qué perro rechaza un hueso?* Aunque ese te correspondería a ti citarlo».

Habían dado la vuelta entera y llegado de nuevo adonde estaban sus sillas.

—Yo me quedaré aquí —le dijo Jenny, sin tomarse la molestia de fingir que su compañía no le interesase nada.

Él no podía consentir que le despidiesen con tan poco cumplido.

—Quizá le gustaría tomar su cerveza de la mañana —ofreció—. Yo me siento en la mejor disposición para la mía.

Jenny movió la cabeza negativamente, con la sombra de una mueca de disgusto, sin mirarle. Él se alejó al momento. A menos de tres pasos se había reunido con los Hutten y con «Bebé», y los tres parecieron contentísimos de verle. Jenny sabía que se sentarían cómodamente delante de unas grandes jarras de cerveza sin nada en particular que explicar ni que esconder. Todos bien alimentados y cada uno bastándose así mismo con su peculiar alimento. Se reposarían, frescos y despreocupados, sin ninguna bestezuela hambrienta que, sentada a su vera, se nutriese del aire de un sueño diurno, con un monólogo triste atormentándoles en silencio el cerebro. O diciendo tonterías en voz alta, saliéndose por la tangente… una extraña, una auténtica calavera que les mirase a través de una carne con un aspecto sobradamente natural.

Jenny cogió otra vez el dibujo que abocetaba y continuó con él. Su atención revoloteaba, huyendo de lo que sus dedos intentaban hacer en el papel, volviendo y alejándose de nuevo, mientras ella se inquietaba y se interrogaba indecisa, en monótona confusión, sobre Europa, sobre David… ¡Ah, qué condenado sentido de las proporciones! Sencillamente, un hombre y un continente no pueden tener la misma importancia, o no pueden tenerla de la misma clase, o al menos no deberían tenerla.

«Esto es formar un combinado de todo lo que no conviene», decidió, encadenada como estaba a sus conceptos acerca de cómo debería ser la vida, a su deseo de configurarla, dirigirla, hacer de ella lo que deseaba que fuese. Y si consentía que David le estropease la visita a Europa, es que debía de ser más tonta todavía de lo que había temido. Recostándose en la silla y dejando caer los papeles sobre el regazo, con los ojos secos y la vista fija en la luz azul y pura de un día capaz de llenar de gozo a los ángeles, Jenny se abandonó a sus pesares y se dejó arrebatar por una desesperación callada, horrible.

Aunque resultaba bastante duro reconocer ante sí misma que era una tonta, todo lo que podía captar la razón apuntaba hacia ese hecho. Había llegado la hora de ponerse el cilicio, la invitaba su demonio guardián. Había llegado la hora de rezar sus oraciones. «No seas un alma perdida. Es una cosa estúpida, decepcionante; un asunto tedioso». Y Jenny, que sostenía los coloquios con su otro yo con palabras auténticas y mirándose «cara a cara», se contestó a sí misma:

«No ando perdida, jamás anduve así, y jamás andaré, a menos que el encontrarme aquí ahora sea precisamente andar perdida. No, no ando perdida. Puedo salirme de todo esto muy fácilmente. Se trata únicamente de que no sé cómo vine a parar aquí, ni cómo saldré de nuevo, ¡pero sé perfectamente dónde estoy! ¡Entrenándome para enviar burbujas a través de la brea ardiente, más tarde! Es un sitio donde no debería estar ni por casualidad, donde no tuve nunca intención de hallarme, pero yo creía hallarme en mi camino, en otro lugar completamente distinto; quizá tal lugar no existió jamás o al menos no existió para mí. No importa, muchacha, reúne tus energías. No vamos a quedarnos aquí».

Jenny examinó los dibujos trazados hacía poco… malos, sin terminar, hechos a medias, vistos a medias, no sentidos ni por asomo. Todo su sentimiento se había ido en compadecerse y mirarse a sí misma, y resultaba que no había dibujado nada sino líneas obtusas y duras, que encerraban un vacío absoluto. ¡Qué estupidez! El insincero comentario que le había hecho a Freytag, de que su dibujar era una especie de solitario, había rebotado él y cobrado realidad con una prontitud aplastante.

Como medida de autodefensa, se abandonó entonces a un acceso

de furor y odio contra David. Arrugó los dibujos entre los dedos con gesto cruel, cual si fueran seres vivos y pudiera oírlos chillar. Acercose a toda prisa a la barandilla, los arrojó por la borda y se alejó sin volver a dirigirles ni una sola mirada. Blanco y negro… Para ella, eso había terminado. Basta. Dibujaría directamente sobre la tela con pincel y colores como lo hacía antes. ¡Y al diablo los consejos de David!

«Vendí mi heredad —se dijo— por un plato de lentejas, y no obtuve ni eso siquiera. ¡Vaya, buen Dios! ¿Se imaginan ustedes? Le permití al sujeto ese que me dijera cómo debo pintar. Pero no por mucho tiempo, recuérdenlo».

Jenny se tendió en la silla y se cubrió los ojos con el chal azul oscuro, para cerrar el paso a la luz de aquel día aborrecible, pero durante largo rato una parte de su mente, triste y remordida, continuó adelante en su diálogo con la otra parte. Jenny explicaba y justificaba lo mejor que podía sus errores, sus equivocaciones irremediables ante el enemigo avecindado en su interior, el cual le contestaba siempre con la misma incredulidad fría, el mismo tono tajante, empeñándose en repetir: «No, eso tampoco sirve. Tú sabes lo que está haciendo, sabes lo que ocurre, cómo ha de terminar… Déjalo ya de una vez, ¿por qué escogiste esta especie particular de enredo sórdido? Habla, mujer, sepamos la verdad una vez al menos, si crees que puedes confesar por fin cuál es…». La fastidiosa voz continuaba hostil y diabólica, hasta que al final, cansada de atormentarse, Jenny ladeó la cara y se hundió en un sueño pesado, con los párpados, moviéndose bajo el chal cuando el viento lo movía ligeramente. Y el terror la seguía hasta durmiendo y le infundía sueños malos. No le perdonaba nada, ni le concedía un momento de reposo.

Lizzi Spöckenkieker, corriendo como si la persiguieran y mirando atrás por encima del hombro, se arrojó con todo el ímpetu sobre el capitán Thiele, que aquella mañana había decidido mostrarse en público. Era el *capitán*, inconfundiblemente, hasta para el ojo menos marinero. Vistiendo uniforme de un blanco inmaculado, con dorados galones y entorchados en el pecho, el cuello y los hombros, se erguía con porte rígido, hierático. Su faz era la de un pomposo semidiós: un dios que se había vuelto un tanto irritable y algo más que un poco mezquino en sus esfuerzos por mantener su autoridad. Todos los rasgos de su rostro manifestaban mal humor, desde la estrecha frente, los ojillos pequeños y arteros, hasta la nariz, larga y afilada, que proyectaba su sombra sobre unos labios apretados y una barbilla terca. Era como si su propia naturaleza se hubiera moldeado una cara a su imagen y semejanza. Y ahí andaba él, solo, devolviendo respetuoso los saludos de los pasajeros con leves y desganadas sacudidas de la cabeza, sobre la cual descansaba una gorra monumentalmente adornada, blanca como la nieve.

Poco le faltó para que Lizzi le derribase con el choque. Ella, a su vez, resbaló, y se hubiera caído si el capitán no hubiese recobrado el equilibrio con una presencia de ánimo y un equilibrio instantáneos, rodeándola enérgicamente con un brazo, mientras su cara se teñía de furioso carmesí. Y Lizzi, sonrojada, chillando, riendo, buscando apoyo con pies y manos, le abrazó, rodeándole el cuello ávidamente como si se ahogara. Después se soltó y retrocedió unos pasos, gritando con chillido estridente:

—¡Oh, capitán Thiele, qué espantoso por mi parte! Le pido perdón… ¡Cielo santo! ¿Cómo he podido ser tan torpe?

El capitán la miró cáustico, y dijo:

—No tiene importancia, estimada fräulein.

Y siguió adelante, majestuosamente enojado, mordiéndose el labio inferior. Cuando herr Löwenthal, un tanto nervioso, se aventuró a saludarle, el capitán le miró de frente, como si quisiera

atravesarle con la mirada. Löwenthal, creyéndose desairado, sintió como una cuchillada que le llegó hasta los tuétanos. El corazón se le partió, los mismos nervios de las muelas empezaron a dolerle, y ese estado se prolongó durante horas. Fue hasta la popa del barco, y apoyando la cabeza en los brazos, meditó inclinado sobre el agua en silencio y se deseó la muerte. O al menos eso era lo que él se figuraba. Retirado dentro del oscuro, sofocante ghetto, de su alma, se lamentó con toda la plañidera y dolorida compañía que encontró allí. Porque en aquel lugar nunca se encontraba solo. Y continuó sentado, la cabeza apoyada en la mano, y se quejó al unísono con su predestinado pueblo. Sin pronunciar las palabras, lloró las penas y los atropellos eternos de su gente. Luego, sintiéndose un poco aliviado, el inspirado meollo de su ser empezó a buscar su antigua justificación y los medios de venganza. Una venganza, empero, que había de ser lenta y secreta.

Al notar que caía una sombra sobre su hombro, Löwenthal se apartó sin volver la cara, poco deseoso de topar con otros ojos inexpresivos y hostiles.

Una voz americana, vulgar, le preguntó en tono corriente:

—¿Es su primera travesía del Atlántico?

Y Löwenthal, animado casi instantáneamente, contestó con orgullo:

—Hago este viaje dos veces al año desde hace diez. Tengo una especie de negocijo internacional. Voy a todas partes.

El americano era herr Denny, que se quedó allí, y parecía perfectamente amistoso e inofensivo.

—¡Diantre! —exclamó con auténtico interés—. ¿De veras?

—A Sudamérica, a todas partes de Europa, a España, y, por supuesto, a México. México es la casa central: menos impuestos, mano de obra más barata, alquileres más baratos, menos intervenciones por todas partes, materias primas a mejor precio, y… ¡aquellos obreros! Te sacan artículos de primera clase casi de la nada, de modo que debería usted ver lo que son capaces de lograr cuando se les da materiales buenos. En todas partes donde haya un templo católico, yo puedo ganar dinero —explicó Löwenthal—. Rosarios, imágenes de santos de escayola y de madera, algunas pintadas y decoradas con oro y plata auténticos. Toda clase de objetos de culto… Eso da dinero. ¡Hay indios que no tienen para

comer y compran una imagen de un santo! Me gustaría enseñarles las muestras que traigo, de los rosarios nada más. Los tengo de todas clases, desde los más sencillos, de madera, hasta rosarios de plata hechos a mano… Algunos los ideé yo mismo, y son verdaderas joyas, con ópalos y ámbares y hasta jade mexicano. Incluso probé la obsidiana, pero el trabajarla no rinde. Es demasiado dura. Hay un gran mercado para todos esos artículos. Nunca fracasa…

Löwenthal se interrumpió. Por la cara de Denny se extendía una expresión disgustada, que hablaba de prejuicios. Profundamente turbado y confuso, Löwenthal notó que aquella expresión se intensificaba, y creyendo haber cometido un desliz, se apresuró a enmendarlo. Y en vena de confidencias llegó a explicar que su cariñosa abuela de Cracovia —«la mujer más buena que he conocido, la mejor», ponderó— le había advertido varias veces, de niño, que nunca en su vida pasase por delante de un templo católico a medianoche, porque a dicha hora las puertas se abrían y los fantasmas de todos los feligreses fallecidos aquel año brotarían de allí en forma de cerdos y le devorarían en aquel mismo momento y lugar. Durante muchos años, el cabello se le ponía de punta cuando pasaba por delante de una iglesia católica, hasta de día. Recordaba las palabras exactas de su abuela:

—¡Esos cochinos caníbales de *goyim*! ¡Se comen hasta a sus propios hermanos, los cerdos! ¡Después, cuando mueren, se convierten en cerdos y se comen a los niños judíos!

Denny arrugó más el ceño al oír eso, dirigió una mirada oblicua a Löwenthal como si de pronto, en el trasfondo de la mente, recordase algo, y le espetó con un deje de censura:

—Me gustaría saber por qué se dedica a ese negocio si €sos son los sentimientos que le inspira aquella gente. Yo opino que una religión no debe burlarse de otra. Yo no creo en ninguna, y, por lo tanto, puedo decir lo que me plazca. Se da el caso de que odio especialmente a los católicos, y no hay más, y no me gustaría manejar sus artículos.

Löwenthal, excitado, levantó los brazos en alto, con las palmas de las manos hacia arriba, y explicó:

—A mi entender, se trata de una cuestión comercial. No mezclo nada personal en todo ello. Según yo lo veo, ahí hay un negocio que aprovechar, y si a esa gente no le vendo yo, otro lo hará. En

consecuencia, ¿por qué no he de hacerlo yo? Eso no tiene nada que ver con la religión, al menos desde mi punto de vista. Lo que quiero decir, en fin, se trata simplemente de un negocio, y no hay nada personal en ello.

Denny, moviéndose un poco, como si se dispusiera a marcharse, convino a medias:

—Ah, sí, lo comprendo. El negocio es el negocio. Pero a pesar de todo, a mí personalmente no me gustaría.

Viéndole marcharse, Löwenthal tuvo la impresión de que, en fin de cuentas, la conversación había sido un fracaso. Quizá él hubiera dicho algo que no debía, o quizá al otro no le había gustado su persona… A Löwenthal tampoco le había gustado mucho la de Denny, pero esa era otra cuestión. En cualquier caso, seguía sintiéndose desconcertado y resentido. Pero aunque no había hallado placer alguno en la compañía de Denny, no descartaba la posibilidad de volver a hablar con él y, quizá, de beber un trago juntos. Acaso su error fue el de no habérselo ofrecido… Bien, quizá la próxima vez hubiera más suerte.

A Löwenthal le volvieron a la memoria los sentimientos que le inspiraba el capitán, pero esa vez en forma de cólera. ¡El muy cerdo! ¡Y el camarero, al ponerle en una mesa, solo! Y con las cosas impuras que le servían de comer… tenía que vivir a base de huevos, fruta y arenques hervidos. En muchos barcos había encontrado alimentos *kosher*. ¡Ah, se hacía preciso que fuese más inteligente y precavido que hasta entonces! A veces sufría accesos de miedo temiendo no ser bastante inteligente. Algún día le jugarían una treta, y no se enteraría sino cuando ya fuera demasiado tarde. A menudo se le antojaba que vivía en un mundo tan peligroso que resultaba imprudente, casi temerario, irse a dormir, por las noches. Pero en aquel mismo instante, precisamente, tenía sueño.

Avanzando sin vacilación y meciéndose sobre las cortas piernas, desviados hacia fuera los pies e hiriendo la cubierta con pisada leve, se fue a su silla y se sentó, suspirando de inquietudes inconcretas, sin forma, pasándose la mano por el cabello, levantando en prietos rizos y formando una sierra en la coronilla. Dormiría y olvidaría sus pesares. Dormiría hasta la hora del almuerzo, y entonces habría huevos o pescado. A veces servían pescado en conserva. Y sintió añoranza de Düsseldorf, de la casa, buena, cómoda de su prima

Sarah y de los excelentes, puros, nutritivos manjares.

La madre de Elsa tuvo a primera hora de la mañana, antes del desayuno, una conversación seria, maternal, con su hija, a quien explicó que no era necesario mostrarse demasiado rígida en sus relaciones con los hombres. Naturalmente, no debía dirigir ni una sola mirada a aquellos españoles terribles, ni a los alocados estudiantes cubanos, pero al fin y al cabo, había en el barco hombres decentes. Herr Freytag era casado, pero bailaba bien, y no había ningún mal en bailar un poco, aunque recatadamente, con un buen bailarín, tanto si era casado como si no. Herr Denny, aunque americano, servía también. Al menos podía ponerle a prueba una vez.

Venía luego herr Hansen. No había reparo alguno contra él.

—Cuando te digo que seas recatada y discreta, no quiero decir que debas quedarte sentada sin pronunciar palabra, sin mirar a tu alrededor, Elsa, y herr Hansen es un hombre en el cual yo depositaría mi confianza. Pertenece a la clase de hombres de los cuales una muchacha puede esperar que se portarán como unos caballeros en todas las circunstancias.

Elsa respondió con una resolución sorprendente:

—No me gusta su aspecto. Tiene un aire demasiado arisco.

—Yo jamás escogería a un hombre por su aspecto —aseguró frau Lutz—. Los hombres guapos a menudo engañan. Cuando pienses en casarte, debes buscar a uno que posea un carácter firme, que sepa dirigir su casa. Un hombre formal, un hombre de verdad. Yo no creo que herr Hansen sea arisco. Es serio y nada más. En cuanto a la mayoría de los demás pasajeros, creo que no había visto nunca una colección peor. Todos esos bailarines, ¡caramba, caramba, caramba!, con todas esas bailarinas…, es un escándalo.

—Herr Hansen no aparta los ojos de la que llaman Amparo —dijo Elsa, abatida—. Si le gusta aquella, mamá, no puedo gustarle yo. Esta mañana les he visto muy juntos, de pie, y él le daba dinero. Estoy segura de que era dinero.

—¡Elsa! —exclamó su madre, pasmada—. ¿Qué quieres decir? ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Esas cosas no tienes que verlas!

—No he podido evitarlo —repuso la muchacha, con cara apesadumbrada—. En aquel momento salía del camarote y ellos estaban allí, a menos de diez pasos de distancia. Tuve que pasar junto a ellos. No me miraron tan siquiera. Pero no puedo creer que yo haya de gustarle nunca a herr Hansen.

—No te apures, querida hijita. Tú posees tus virtudes y cualidades propias. No temas nunca a las mujeres perversas. Los hombres acaban siempre volviendo a las buenas. Algún día, cuando ella se encuentre en la miseria, tú tendrás un marido excelente. No te apures.

En lugar de levantar el ánimo de Elsa, aquella conversación parecía abatirlo por completo. Sin que supiera por qué, la perspectiva de suceder a Amparo en el afecto de herr Hansen no le resultaba atractiva. La joven dejó caer las manos y las enlazó sobre las rodillas.

Su madre añadió, después de una pausa corta y triste:

—Mira, si con eso has de estar contenta, cuando lleguemos a casa te compraré una caja de polvos para la cara. Al fin y al cabo, quizá ya es hora de que seas una verdadera señorita, ahora que vamos a encontrarnos una vez más entre los de nuestra clase. Sí, te compraré polvos faciales, del tono que prefieras.

—Aquí, en la peluquería, también los venden —señaló Elsa, con timidez—. Los tienen con perfume de muguete. Hay el «Rachel» número uno, que coincide exactamente con mi cutis. Me fijé por casualidad cuando me hice lavar el cabello… Yo…

Y la muchacha dejó la frase en el aire, perdiendo el ímpetu inicial.

—¿Cuánto valen? —preguntó la madre, abriendo el monedero.

—Cuatro marcos —contestó Elsa, y se quedó mirándola, tartamudeando de sorpresa y alegría—. ¡Oh, mamá…! ¿De… de verdad… quieres decir que… podré comprármelos?

—¿No te lo he dicho? —subrayó frau Lutz, poniéndole el dinero en la mano—. Ahora ve, ponte bonita y vuelve para el desayuno.

Elsa echó los brazos alrededor de su redonda madre y la estrechó y la besó, con los párpados temblándole y llenos de lágrimas.

—No, no, vamos. Ya basta —protestó frau Lutz—. No te portes como una chiquilla crecida.

De camino hacia la peluquería, Elsa tuvo que hacer un esfuerzo mayúsculo para dominar las lágrimas. Para el desayuno se presentó con el pelo esponjoso debajo de una boina blanca, que por su tamaño hubiera sido adecuada para una chiquilla, y con cara, cuello, brazos y manos cubiertos uniformemente por una gruesa capa de polvos color carne. Hasta se había aventurado a trazarse una pequeña y curvada mancha en los labios con uno de los lápices de Jenny.

Su madre le advirtió en tono de censura:

—Yo no dije que te pintases, Elsa. Has ido un poco demasiado lejos… Pero dejémoslo así, por el momento.

Ante el sonrojo de la muchacha, su padre comentó:

—¡Ahora veo por qué está Elsa tan guapa esta mañana! Ya solo falta que te pongan rizadores en el cabello, y cuando quieras darte cuenta… —Herr Lutz sonrió ampliamente y la amenazó con el dedo —. ¡Ah, ah, caramba, ten cuidado!

Elsa sonrió con callado arrobo y devoró un desayuno excelente.

Aunque Arne Hansen apenas sabía cómo había ocurrido, lo cierto era que cuando salió del comedor, los Lutz estaban con él, y él caminaba al lado de Elsa, y frau Lutz estaba diciendo que una vueltecita por la cubierta al aire de la mañana podía ser muy agradable, y… ¿le apetecería acompañarles? Él dirigió una mirada atrás, a Amparo, con todo el aire de un hombre que espera lo peor. Ella, acodada en la mesa, consiguió representar una pantomima impresionante y velocísima: compasión por él, o quizá por su estupidez, desprecio hacia los Lutz, advertencia, insulto, falsa conmiseración, y, finalmente, el ridículo, pura y simplemente el ridículo.

Hansen dejó de mirarla y continuó su camino. La muchacha talluda y vulgar que andaba a su lado dejaba caer la cabeza y tenía los ojos tan bajos que parecía dormida. El alegre aunque reducido cortejo siguió su marcha, pero después de una vuelta completa a la cubierta, herr Lutz avanzó unos pasos, hasta situarse junto a herr Hansen, y su hija quedó con frau Lutz, pues resultaba evidente que los dos jóvenes no realizaban ningún progreso en el terreno de la conversación.

Herr Lutz, cuya mente, cuando no ejercitaba su peculiar humorismo, se pegaba con firmeza a las consideraciones prácticas de la vida, iniciaba siempre la conversación con cualquier desconocido preguntándole cómo se ganaba la vida. Cuando menos pretenciosos y más inmediatos resultaban los medios, antes se ganaba la persona en cuestión la estima de herr Lutz. Este se enteró entusiasmado de que herr Hansen se había dedicado, en México, al negocio de los lácteos.

—¡Ah, ah, nos complementamos! —exclamó—. Yo me dedico al pan y usted a la mantequilla. Yo tenía una posada cerca del lago Chapala, pero vea usted, hemos cambiado de ideas. ¿Y cómo encontró usted el negocio de la leche, en México?

—Lo encontré tan pobre, que vendí lo mío y regreso a Suecia —respondió Hansen—. Sin embargo, gané lo suficiente para empezar de nuevo en mi tierra, y allí al menos conoceré las estratagemas y la manera de prevenirme contra ellas. En México cambian las normas todos los días.

—¡Oh! La norma es la misma y única en todas partes —expuso herr Lutz comunicativo, como si estuviera refiriéndose a una noticia agradable—. El pez grande se come al pequeño, y el pequeño come algas marinas, acaso.

—Lo sé muy bien —convino herr Hansen, haciendo coro con herr Lutz en una carcajada moderada.

—Le diré lo que vamos a hacer —anunció herr Lutz, animado por el admirable sentido del humor del joven—. Vamos a tomar otra tacita de café en el bar. O quizá Elsa preferirá una cerveza, ¿eh? —concluyó, interpelando a su hija con segunda intención.

Frau Lutz frunció el ceño, Elsa se puso como una amapola, debajo de los polvos faciales, y Hansen se apresuró a decir:

—No. Permitan, por favor, que les invite yo.

Se siguió, por el camino hacia la mesa, una pequeña y amistosa contienda, pero al final los Lutz se sentaron como invitados de herr Hansen para la cerveza de la mañana.

—Siendo usted danés, es natural que se dedicara al negocio de la leche —indicó herr Lutz afablemente, después el primer y cumplido trago.

—Soy sueco —observó flemáticamente Arne Hansen, cansado de la interminable estupidez de los extranjeros que no sabían distinguir

a un danés de un sueco, ni a noruego de ninguno de los anteriores —. Hay una ligera diferencia.

—¿Sí? Bien. Yo, como soy suizo, había de dedicarme, naturalmente, a la hostelería. Desde la época de mi bisabuelo, habíamos tenido el mismo hotel en Saint Gallen. Pero yo era un hombre inquieto, no me bastaba con ganarme bien la vida. Tenía que irme a dirigir un hotel en alguna parte que no fuese Suiza. Para mí, Suiza era demasiado pacífica. ¡Ah, sí! La hermosa, pintoresca Suiza, como dicen las guías de viajes. Es muy cierto. Pero casi todas las semanas recibía por correo guías y folletos de México invitando a los extranjeros competentes en negocios a establecerse allá, invertir su dinero y hacer una fortuna.

—Lo mismo me pasó a mí —declaró Hansen—. Y parte de lo que decían era verdad.

—Pero no obstante —adujo herr Lutz—. Y no decían ni una palabra de política, y menos aún sobre las revoluciones. Se paraban en el hermoso paisaje, el hermoso clima, los hermosos turistas con los bolsillos reventando de hermoso dinero… Ahora bien, ¿no le parece a usted que un hombre como yo, que se destetó con esas mismas cosas precisamente, habría tenido que decirse: «¡Qué caramba, todo eso ya lo tenemos aquí!»? Pero ocurría una cosa: en Suiza hay muchísimos turistas, pero hay también muchos, muchísimos hoteles. Y el negocio del turismo no está en marcha continuamente. Había temporadas muertas. Había ocasiones en que estábamos perfectamente preparados para dispensar una hospitalidad pródiga, pero no aparecía nadie. En México, decían los folletos (serios, oficiales, procedentes de los adecuados Departamentos del Gobierno), todo era mejor. No había estaciones. Sencillamente, los primos entraban a chorro durante todo el año. Comida barata, trabajo barato, alquileres baratos, impuestos baratos, todo barato excepto los turistas. Estos eran casi todos norteamericanos y uno podía cargarles lo que estaban acostumbrados a pagar en su tierra, y hasta más. Uno podía darles casi cualquier cosa. Ellos no notarían la diferencia. Por supuesto, los folletos no lo decían así, crudamente y con todas las letras. Pero yo, buen hotelero, sabía leer entre líneas.

Incluso ahora parece el paraíso terrenal… solo que todos sabemos que semejante lugar no existe. En Suiza eran los alemanes

y los ingleses y los franceses y los españoles y los judíos centroeuropeos, y, ¡oh, Dios mío, en los viejos tiempos, los rusos también!, quienes nos arruinaban. Asimismo, los refugiados políticos de todas partes, que llegaban con aire de ricos y sin un franco en el bolsillo, siempre esperando recibir, el día siguiente, grandes sumas de dinero. Así pues, nos pusimos en marcha, mi esposa y yo y esa Elsa aquí presente, que entonces era una criaturilla —con elocuente ademán—: así de alta, en 1920…

Elsa jugueteaba con los dedos y tomó el vaso de cerveza. Hansen la miró brevemente, como si fuera un objeto inanimado que no ofreciese interés alguno, y luego apartó la vista. La madre realizó un ansioso intento por captar la mirada del padre, pero fracasó. Herr Lutz se había abstraído en su historia y solo hablaba con Hansen.

—Les dijimos a la familia que regresaríamos millonarios, y nos creyeron. Prometimos que entretanto les enviaríamos dinero y los haríamos ricos a todos. La verdad es que nunca enviamos un céntimo. Con lo de hallar un sitio conveniente, arreglar trámites con el Gobierno, sobornar aquí y allá, bregar con los trabajadores indígenas… (en fin, sería demasiado largo contarlo todo, y, además, usted lo sabe ya), tardamos un año en empezar. Pero al final pusimos en marcha una posada presentable, y sí, era cierto, los turistas venían y lo pagaban todo bien. En 1920 hubo revolución. La hubo, asimismo, en 1921 y 1922. Luego hubo contrarrevolución en 1923 y 1924, después revolución otra vez, y así siempre, hasta ahora. Al final decidimos regresar a la pacífica Suiza. Conque, ya ve usted… Ea, quizá podamos hablar un poco de negocios. Envíeme usted turistas de su país, y yo le compraré unas cuantas libras de la mejor mantequilla que fabrique. Nosotros tenemos mantequilla también…, en Suiza tenemos de todo, aunque no en cantidad suficiente.

Herr Hansen habló entonces un poco, a su vez, en justa correspondencia, acerca del negocio de exportación de mantequilla y queso, así como de huevos y tocino, estricta y minuciosamente desde el punto de vista de los azares y provechos que podía deparar. Elsa, desalentada, estaba segura de que con Amparo no hablaba del negocio de la mantequilla. Bien, era una circunstancia favorable el que tuviera de ver dad aspecto de hombre raro con el cual había de ser difícil convivir. Y daba tanta fatiga escucharle a él

como a su propio padre. Elsa se alegró de que aquel hombre no le gustase, no le hubiese gustado nunca. No quería gustarle ella a él tampoco, y, sin embargo, se sentía profundamente resentida por su abandono, que traslucía una indiferencia insultante. Por lo demás, aquel hombre era demasiado mayor, al menos tendría veintiocho años.

Elsa inspiró profundamente, con aire de cansancio, se irguió en el asiento, desviando los ojos y volviéndolos hacia la luz clara, que no cesaba de danzar sobre el mar centelleante. Calladamente, se afianzó en su cerebro un sólido rencor contra aquel hombre, sus deficientes modales, sus piernas largas y torpes, sus enormes pies y sus cejas, velludas y descoloridas. No, ella necesitaba un compañero completamente distinto. Sin duda, su madre vería después de aquello que herr Hansen, hasta sin Amparo, nunca sería el pretendiente indicado. Ni siquiera para bailar con él en un barco. No, Elsa no bailaría nunca con él, aunque se lo pidiera. Pero, por supuesto, él no se lo pediría jamás.

Había un estudiante alto y delgado, de cabello negro y ojos audaces, como si no temiese a nada ni a nadie en este mundo, que iba saltando locamente por la cubierta a la cabeza de la hilera, gritando misteriosas frases españolas…, una especie de argot que ella no sabía descifrar. Una vez la miró y se inclinó hacia ella al pasar, sonriendo con la mitad del rostro, como si hubiera un secreto entre los dos. Su mirada se había clavado como un dardo en los ojos de ella, y luego el estudiante había seguido su camino, saltando y cantando. Aquel era el que le convenía. Elsa apoyó la cara en la palma de la mano, escondiéndola de los demás, temerosa de que el calor y la dulzura que se derramaban dentro de su corazón le asomaran al rostro.

—Elsa, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —inquirió su madre, con ansiedad.

—No, no, mamá, gracias —contestó la muchacha, sin quitarse las manos de la cara—. Esa luz me ciega.

Aquel mismo estudiante, como si Elsa le hubiese conjurado, apareció en el bar. En ese momento no saltaba ni gritaba, sino que caminaba perezosamente con otros dos de su grupo. Hablaba, eso sí, y su voz llegaba hasta las zumbantes orejas de Elsa.

—*La Cucaracha Mística* —iba diciendo con una floritura de

inflexiones teatrales—, la cucaracha en persona, la reina de los insectos, se encuentra a bordo de este barco, figura genuina del idealismo exuberante. Está aquí, con sus perlas y todo, prisionera.

—*La cucaracha, la cucaracha* —cantaron a coro los otros, tan instintivamente maliciosos como micos.

Estaban a mitad del primer verso, inclinados el uno hacia el otro y produciendo unos acordes horribles, cuando la bocina sonó para anunciar la segunda tanda del desayuno. Con cómicos visajes de estar muriéndose de hambre, se volvieron como un solo hombre, y cargaron hacia el comedor. Como por entonces todo el pasaje vivía únicamente para la comida, se aglomeró en lo alto de las escaleras la muchedumbre habitual, girando y arremolinándose hasta que, poco a poco, se deshizo en una especie de procesión.

A la hora del almuerzo, el capitán estaba sentado a la cabecera de su mesa, con la servilleta bajo el cuello y extendida pulcramente sobre su rígido pecho. El doctor Schumann, sentado enfrente, hacía rodar el vaso entre los dedos con aire distraído. Al ver llegar a las damas del grupo, ambos se pusieron en pie. El capitán se quitó la servilleta, hizo una profunda reverencia y se sentó de nuevo, volviendo a embutirse la servilleta debajo del mentón.

Lizzi Spöckenkieker, a su izquierda, reía y se sonrojaba, mirándole con coquetona intimidad.

—¡Querido capitán, esta mañana nos hemos encontrado, según creo! —dijo indiscretamente.

—En verdad que sí, mi querida fräulein —respondió el capitán, con extremada formalidad.

A su derecha, frau Rittersdorf dirigió a Lizzi una disimulada mirada de advertencia y censura social, y luego dedicó su sonrisa más encantadora al capitán, el cual la recompensó mostrando por un segundo los dos dientes delanteros y torciendo ligeramente hacia arriba las comisuras de los labios.

Los demás se colocaron en torno, con la cara vuelta hacia él, cual girasoles que se orientan hacia el astro rey, esperando que iniciase la conversación.

—No tengo costumbre de aparecer a la mesa tan a principio del viaje —declaró el capitán, como si estuviera leyendo un discurso—, puesto que debo dedicar toda la atención y todas las energías a los asuntos de mi barco. Pero me satisface poder decirles que, a despecho de un millar de dificultades e inconveniencias, que sumadas unas a otras ocasionaron un verdadero estado de emergencia, jamás había podido resolverlo todo con tanta rapidez y tan efectivamente. En un buque, ningún detalle carece de importancia. La más leve desidia en un punto determinado puede acarrear las consecuencias más graves. Por esa razón —subrayó—, por lo general debo privarme a intervalos de la buena compañía de

que disfruto en mi mesa. Pero es un sacrificio que hago en bien de la seguridad y la comodidad de ustedes —concluyó, dejándoles para siempre en deuda con él.

La pequeña frau Schmitt se sonrojó de su propia audacia, pero consiguió decir con un hilillo de voz:

—Aunque sea por nuestro bien, nosotros lamentamos su ausencia.

Esa frase disgustó a frau Rittersdorf. Había que decirlo, evidentemente, pero en términos mucho más elegantes, con modales más finos, y no le correspondía hablar a frau Schmitt, quien no tenía en modo alguno prioridad en la mesa. No obstante, el capitán parecía complacido y se inclinó en gentil reverencia hacia frau Schmitt.

—Es usted muy amable —le dijo en tono de aprobación.

Herr Hutten, sin desviar la conversación de su tema primordial —la presencia y autoridad del capitán—, desplazó el énfasis del dominio femenino al masculino, hablando en términos generales de la importancia de la ciencia de la navegación.

—De la cual, francamente, no puedo menos de confesar que no sé nada —manifestó con la generosidad varonil del hombre que se sabe una autoridad en su propio campo—, sin que deje de interesarme ni un momento, no obstante, el ver que toda la ciencia, todas las artes se fundan, firme, inamoviblemente en las matemáticas. Sin las matemáticas, ¿dónde iríamos a buscar la música, la arquitectura, la química, la astronomía, y, sobre todo, el arte científico de la navegación ya sea marítima o aérea? Uno puede sentar sin miedo la regla de que cuanto mejor el matemático, tanto mejor el navegante, tanto mejor el compositor de música. Usted, mi querido capitán, desde el punto de vista práctico, ¿está de acuerdo conmigo en cuanto a eso?

Casi modestamente, el capitán reconoció que su aptitud innata para las matemáticas superiores le había sido de gran valor en su oficio de marino. El profesor Hutten continuó extendiendo un poco sus ideas, desde el punto de vista pura mente filosófico, mientras los otros, especialmente las señoras, escuchaban en respetuoso silencio…, todos excepto frau Rittersdorf, que había perdido el hilo del discurso hacía algún rato.

Una breve, aunque bien acogida, interrupción se produjo al oír

todos cómo Wilhelm Freytag, según su costumbre, rechazaba de nuevo el delicioso jamón de Westfalia del aperitivo.

—¿Huevos con picante, entonces, señor? —inquirió el ca marero —. ¿O quizá hígado «paté»?

—Arenques con crema agria, creo —contestó herr Freytag.

—¡Oh, herr Freytag! ¿Es usted vegetariano? —preguntó Lizzi—. ¡Qué interesante! ¿Cómo puede usted renunciar a las deliciosas salchichas y al tocino para almorzar… y a este delicioso jamón? Pruébelo alguna vez con una tajada de melón. ¡Está divino!

Freytag, sirviéndose un buen plato de guisantes, respondió un tanto escuetamente:

—¡Ah, no! Jamás como cerdo, en absoluto.

Ante lo cual, frau Rittersdorf intercambió un ligero arqueo de cejas, primero con el capitán, luego con frau Hutten, después con herr Rieber, y el rápido brillo de los ojos de los tres le devolvió, reflejado, su fugitivo pensamiento.

Herr Rieber sonrió con ancha sonrisa, blandió el índice hacia Freytag y comentó:

—¡Ah, ahí! Observa las leyes dietéticas, supongo.

Al oír tan extemporánea ocurrencia —¿o no lo era tanto realmente?— todo el mundo se echó a reír de buena gana y sonrió a herr Freytag como a un hombre que sabe aceptar una broma bien intencionada. Luego intercambiaron los comentarios de rigor acerca de los judíos y sus imcomprensibles hábitos, una especie de breve declaración de principios que los definió a todos de una vez para siempre como pertenecientes a una misma especie de personas, no separadas por diferencias irreconciliables. Y todos se arrellanaron cómoda mente, dispuestos a cambiar de tema. Pero la atención general fijose entonces en cierto notable revuelo que se estaba produciendo en la mesa de los estudiantes.

Los muchachos se levantaron de sus sillas y se inclinaban en reverencia hacia las escaleras, y uno de ellos gritó con voz vibrante:

—¡Viva!

La mujer que entraba les dedicó una ligera inclinación de cabeza, muy a la antigua y como persona experta en cortesía. Luego siguió al camarero hasta una mesita a la que se sentó, sola, de espaldas a los estudiantes. Estos volvieron a sus asientos, cruzando miradas raras y maliciosas y escondiendo con mucho aparato sus

sonrisas detrás de las servilletas.

La recién llegada tendría acaso unos cincuenta años y había sido una belleza notable hasta hacía poco tiempo. Tenía la cara lisa y de color de cera. Llevaba la boca, pequeña y redonda, pintada de un rojo brillante. Unas manchas azul oscuro hacían resaltar sus negros ojos, de expresión inteligente. Llevaba el rojizo pelo levemente teñido, y bastante corto y rizado alrededor de la frente y las orejas. Era esbelta, si exceptuamos una leve prominencia abdominal, y vestía ropa con aspecto de haber sido muy cara y que, pese a lo ajada, todavía resultaba demasiado elegante para aquella ocasión. Lucía unas perlas enormes en las orejas, alrededor del cuello y en dos dedos de la mano izquierda. En la derecha ostentaba una gema que parecía una esmeralda de color claro, con muchas imperfecciones, pero grande como un huevo de petirrojo y rodeada de pequeños brillantes. Las manos, muy estrechas, finas, recorridas por gruesas venas y de aspecto senil, estaban en movimiento constante. Con los pulgares vueltos ligeramente hacia las palmas, aquellas manos se movían sin objetivo desde el borde de la mesa hasta el regazo, se enlazaban y desenlazaban, se extendían bien planas en el aire, se cerraban, se agitaban ligeramente, subían hacia el cabello o hasta la pechera del vestido, como movidas por una vida propia, independiente de la voluntad de su dueña, la cual, continuaba quieta, con los rasgos un poco rígidos, inclinada para leer el menú que tenía al lado del plato.

En la sala, todo el mundo se volvió para mirarla.

—Pero ¿de dónde —le preguntó frau Rittersdorf al capitán—, de *dónde* ha salido? Nadie la vio subir a bordo, y tampoco la vio nadie antes en la ciudad —comentó llena de dudas, paseando una mirada alrededor de la mesa—. Al menos ninguno de *nosotros*.

—No tiene nada de particular —dijo el capitán, con acento importante—. A esa dama (es una condesa española) la subieron a bordo calladamente, varias horas antes de embarcar los otros pasajeros, dos oficiales de policía que intentaron enseguida acompañarla al departamento de proa, pensando que yo la tendría cargada de cadenas durante el viaje, o al menos recluida en su camarote. Yo no podía tratar de este modo a una dama, prescindiendo de lo que hubiese hecho —manifestó el capitán, y sus ojos se posaron dulcemente en la pasajera. Evidentemente, para sus

ojos aquel personaje era un festín, un verdadero miembro de la nobleza, una especie que se veía demasiado de tarde en tarde en las modestas cubiertas de su barco—. Yo me hubiera encargado de atender adecuadamente a sus necesidades. Pero, por fortuna, unos amigos suyos le reservaron un camarote preferente, avisando a México por cable, enseguida que se supo que viajaría en este buque.

—¡Las manos! —exclamó Lizzi—. ¿Qué está haciendo con ellas?

—En este momento se encuentra en un estado de intensa excitación nerviosa —diagnosticó el doctor Schumann—. Acaso perdonable en su situación. Dentro de poco se le pasará.

Su tono y su mirada eran estrictamente profesionales.

—Está un poco mustia —comentó herr Rieber.

Y al instante se arrepintió de su falta de tacto, cuando se clavaron en su persona siete pares de ojos que le miraron con reproche.

—No es joven, en verdad —confirmó el doctor Schumann—. Sus problemas bastante complicados, quizá sin motivo, pero no obstante…

—Sería yo un tonto si me tomara en serio a esos políticos hispanoamericanos —dijo el capitán, fijando vivamente la mirada en una cara tras otra—. Me aseguraron que es una revolucionaria peligrosa, una espía internacional, que lleva mensajes de un foco de sedición y rebelión a otro, que incita a la revuelta… Les costaría a ustedes trabajo creer todas aquellas estupideces. En mi opinión, se trata de una de esas grandes damas ricas y ociosas a las que gusta la vida agitada e intervienen en conflictos y los hacen mayores todavía sin entender ni por asomo lo que hacen (¡esto es siempre cierto cuando las mujeres se meten en política, sea de la clase que sea!) y se han quemado los dedos, pero de verdad. Bien —y su voz se dulcificó—, esto le servirá de lección. No hemos de ser nosotros quienes aumentemos sus penalidades. En todo caso, solo viene hasta Tenerife. Esa isla no está mal del todo, y, entretanto, yo le deseo un buen viaje.

—Esos estudiantes que al parecer le han saludado con tanto respeto —indicó pensativo herr profesor Hutten— tienen muy poco del tipo de revolucionario que yo conocí en México.

A mí me parecen hijos excesivamente mimados de familias acomodadas, cuyos padres no se han tomado muy en serio sus

deberes de educadores. Es un tipo que abunda demasiado en México, ciertamente que sí, y en todas las Américas. Uno de nuestros problemas más constantes —añadió— era el de proteger a nuestra juventud alemana, en nuestros colegios, de la influencia de jóvenes como esos. Me satisface decir que, recurriendo como recurríamos a la infalible combinación del temperamento alemán con los métodos alemanes de disciplina, conseguimos un modesto éxito.

—En Guadalajara lo mismo —apuntó frau Schmitt—. ¡Cuántas veces le oí deplorar a mi querido esposo un estado de cosas a causa del cual nuestros hermosos niños alemanes estaban expuestos a las perniciosas costumbres extranjeras!

—Jamás me hubiera imaginado a una revolucionaria llevando unas perlas como esas —declaró frau Rittersdorf, que había estado elaborando sus propios pensamientos—. Si son de verdad auténticas, lo cual me parece dudoso.

—Los estudiantes están de viaje para completar sus estudios en Montpellier, pues a consecuencia de los recientes disturbios, se le han cerrado las puertas de la Universidad de Cuba —le dijo el capitán al profesor Hutten, desviando la conversación de aquella peligrosa diversión femenina del tema—. Allá reina el desorden más insensato, naturalmente, y deberían haberlo reprimido hace mucho tiempo sin vacilación y con toda la severidad necesaria. En cuanto a los revolucionarios, pertenecen a una especie animal con la que no estoy relacionado. Los dejo de buena gana para las personas cuya profesión las obliga a tratar con ellos. —E inclinando mucho la cabeza sobre el plato y moviéndola arriba y abajo acompasadamente, empezó a despachar la comida.

El tema parecía cerrado, o suspendido satisfactoriamente, de la manera precisa, exacta.

Jenny, que después de la siesta, y a pesar del sueño angustioso que había tenido, se sentía descansada y de buen humor, le explicó a David lo que había sabido acerca de la condesa, y quedó sorprendida al captar la mirada de viva admiración con que él observaba a la dama, la cual se había sosegado un tanto y fijaba en la ensalada una mirada de miope.

—¿Quién te ha explicado todo eso? —preguntó David, mal dispuesto a creer nada de lo que Jenny dijera, por muy entretenido que pudiera resultar.

—Wilhelm Freytag, esta mañana, cuando paseábamos por la cubierta.

—¿Se han convertido ya en un hábito esos paseos?

—Esta ha sido la segunda vez —dijo Jenny—. Me hubiera gustado que hubieses visto la *troupe* española. ¿No son estrafalarios?

Sin saber por qué, Jenny no podía admitir la existencia humana de la compañía española. Se le antojaban unos muñecos de tamaño natural movidos por cuerdas, repitiendo graciosamente una pantomima incesante, eterna, de sentimientos que no tenían gracia alguna. Sus caras ceñudas, sus gestos de cólera, mal humor, burla, desprecio, todo parecía demasiado extremoso y ensayado para ser verosímil, Jenny no podía aceptar que nada de todo ello saliera de organismos vivientes.

Los españoles apenas habían apartado los ojos de la condesa desde el momento en que apareció. Unos ojos cargados de un resentimiento amargo, inalterable. Se daban codazos unos a otros y murmuraban con labios curvados en expresión huraña. Cuando comían, o ladeaban la cabeza, sus ojos se desviaban lo necesario para continuar mirando fijamente al mismo punto.

—Si están trazando planes para engatusarla, van a fracasar —aventuró Jenny—. Ese sujeto a quien llaman Pepe no le ha quitado la vista a las perlas de la condesa ni por un instante. Y en verdad

que no se lo reprocho. Mira, David querido, ¿no son preciosas?

—Me parecen muy bien —contestó él—, pero podrían haber salido de una tienda de «todo a diez centavos», y yo no lo distinguiría. Jamás he visto de cerca una perla verdadera.

—David, te expresas como si hubieras pasado una infancia muy triste. ¿Fue así?

—Sí, de veras que sí, maldita sea.

—Bien, al menos puedes reconocer que son hermosas.

—No estoy seguro de considerarlo así —porfió él—. Tan grande es el prejuicio que tengo contra las personas que pueden permitirse el comprar perlas. Es posible que sean maravillosas. A mí no me importa.

—Has sido muy generoso al confesarlo —ponderó Jenny—. Generoso de verdad.

—Quizá me gustarían más si supiera que no son auténticas —añadió David, distraídamente, perdiendo interés.

—Sí, cariño —asintió Jenny, con súbita jovialidad—. Lo sé. Tú eres así precisamente. Pero ¿te gustaría una mujer de serrín en lugar de una que tenga vida en su interior? De veras que es raro —prosiguió—, pero yo soy capaz de amarte a ti y a las perlas auténticas también. ¿Cómo puede ser eso?

Jenny sonreía a su amado. Él observó que la sonrisa transformaba su rostro, mejorándolo, y le correspondió, sonriendo a su vez, cariñosamente.

—¿Me estás diciendo que soy un impostor? —preguntó.

Por su parte, Jenny concluyó:

—Además, quizá no las haya comprado. Quizá las heredase o se las regalara algún amante.

—Quizá —admitió David, y se hizo entre ellos un silencio apacible.

En la mesa del capitán, frau Hutten observó que su marido no comía bien. En efecto, manejaba el cuchillo con mano débil, levantando un tenedor mal cargado, solo en honor de las apariencias. Tenía el rostro serio y pálido, una ligera efusión húmeda le cubría la frente. Cuando la conversación, que se desenvolvía casi sin tema fijo, daba la vuelta y le llegaba el turno al profesor, se detenía allí incierta, esquivaba su persona y era recogida en el otro lado. A mitad de su propio almuerzo, que saboreaba con placer, frau Hutten se sintió repentinamente enojada con su esposo… Un hombre tan razonable cuando se trataba de los problemas de otras personas, tan sabio y de una visión tan extensa en el campo de las ideas abstractas, no era más que un chiquillo antojadizo cuando se trataba de su propio bien. Ella le había ayudado a llegar al camarote hacía un par de horas. Él había consentido en que le tendiese por completo y le pusiera toallas empapadas de agua fría en la cabeza, y en su pasajera debilidad, había consentido en estarse quieto y dejar que ella le cuidase hasta que se hubiera restablecido.

Luego, sin previo aviso, se había excitado, había arrojado la toalla lejos de sí, y habíase sentado, exclamando con voz sonora marcial:

—No, Kathe, esta es una flaqueza de la que debo avergonzarme. Solo requiere un pequeño esfuerzo de voluntad, y quedará dominada…

Frau Hutten, viéndole proa a uno de sus ataques de terquedad, trató de esquivarlo, como si fuese un animal en fuga.

—¡Ah, no! —protestó—. Vamos, la voluntad no te sirve de nada. Deja que tu voluntad descanse un rato y ponte cómodo. Ahora no es momento para ejercitar las facultades superiores.

Su marido no se había tomado ni la molestia de contestar a semejante herejía. Se había levantado, erguido los hombros, juntado y bajado las cejas encima de la nariz, y al sonido de la trompeta,

había cogido firmemente el brazo de su mujer bajo el suyo.

—Adelante —dijo—. Respiraremos el aire puro y almorzaremos como de costumbre. Dejemos las tonterías tales como el mareo para nuestro buen «Bebé», que no posee recursos espirituales dignos de mención. *Il est chien de coeur* [11] —concluyó jocosamente.

Y luego ambos rieron muy contentos, se pusieron en marcha riendo y llegaron a la mesa en triunfo.

Ahora, a menos que se marchasen rápidamente, Dios sabía lo que podía suceder. Al perder el apetito tan rápidamente, a frau Hutten le quedó un vacío que se llenó de náuseas, y la buena señora recurrió al ardid preciso para engañar a su marido y persuadirle para que abandonase la mesa.

—Les ruego me perdonen —indicó, poniéndose en pie, sin mirar a nadie, aunque dirigiendo unas leves inclinaciones de cabeza a los comensales—. Cariño, ¿querrías acompañarme? —le suplicó al profesor—. No me siento muy bien.

Herr profesor Hutten se levantó al momento, dando unos pasos atrás, torpes y envarados, para apartarse de su sitio, y tumbando la silla, sin fijarse casi. Frau Hutten tuvo que sacar todas sus reservas de energía para sostener el peso del brazo que quería ayudarla. No había más remedio que marcharse lo más de prisa posible, sin añadir palabra. Hasta que la puerta del camarote se hubo cerrado detrás de ellos, poniéndoles a salvo, herr profesor Hutten no soltó un sonoro y hueco gemido. Enseguida cayó de bruces sobre el lecho, dando arcadas. «Bebé» salió de su rincón, se le acercó y se puso a lamerle la mano colgante, más por deber que por gusto. Y frau Hutten, vencida por aquel espectáculo repulsivo, sintió un escalofrío espantoso en el espinazo. Cayó a su vez de espaldas, con los ojos cerrados.

—Kathe, ayúdame —la llamó su marido, con voz ronca.

—Déjame en paz —respondió ella, con acento tajante, por entre los apretados labios.

Incorporándose a medias y lentamente, giró sobre el costado y extendió la mano hacia el timbre, que oprimió y sostuvo con firmeza, sin soltarlo hasta que oyó ruido de pasos que se acercaban. Conciencia, deber, atención, obediencia… Todos los graníticos cimientos de su matrimonio, de su carrera de esposa se deslizaron debajo de su ser sin hacer ruido, y frau Hutten se hundió en un

colapso moral que le producía un bienestar y una satisfacción horrendos. ¡Vaya, que ahora cuidasen otros al profesor, en alma y cuerpo! Que se valiera un poco por sí mismo. ¡Que por una vez hubiera alguien que la asistiera un poco a ella! Estaba asqueada del mundo, estaba asqueada, hasta lo más hondo, de la gente… Con voz áspera, sofocada, pidió ayuda a la camarera, cuya cara, más bien amistosa, bobalicona y distraída, se petrificó al momento en una fría hostilidad. La mano que metió unas cucharadas de hielo triturado en la abierta boca de frau Hutten merecía cualquier calificativo menos el de dulce.

El doctor Schumann, al dar un paseo por la cubierta después del almuerzo, se detuvo para echar un vistazo a las carreras de caballos, montadas por primera vez desde que salieron de Veracruz, y se indignó al ver que, a despecho de sus órdenes expresas, el muchacho del riñón flotante había sido destinado otra vez a la tarea de mover los animales de juguete a lo largo de la pista. Un corto número de pasajeros se sentaba alrededor cómodamente, con semblante sereno y tranquilidad, los párpados en reposo detrás de las gafas oscuras, gozando del sol y el aire del mar. Pero el muchacho, al inclinarse y levantarse, sudaba, enderezaba su enferma espalda muy despacio, se doblaba de nuevo, y alrededor de sus labios gris pálido y de sus ojos angustiados se formaban unas líneas oscuras. El otro chico era fuerte y experto, pero estaba continuamente con los ojos bajos, como si se avergonzase de aquella ocupación, propia de un niño.

Más adelante, el doctor Schumann vio a la muchacha alta y de voz estridente y al hombrecito obeso, que parecían inseparables, jugando furiosamente al
ping-pong.
Y varias personas estaban chapoteando en la reducida piscina de lona montada en la cubierta inferior. En el costado de babor, el doctor Schumann dio un cuidadoso rodeo para evitar a un grupo que jugaba al tejo, y aunque no se fijó en los jugadores, movió la cabeza en dirección a ellos, saludándoles. Y al mismo tiempo vio, casi sin verlos, a Ric y Rac, los dos niños españoles, engañando al gato del barco, un hermoso macho atigrado, con caricias en la espalda y cosquillas debajo del mentón. El gato arqueó el lomo, con la faz desbordante de felino placer, y permitió que los gemelos lo cogieran en brazos.

El gato se había confiado, se había entregado pesada, abandonada, desmañadamente, y en su adormilamiento sensual, su instinto no le previno respecto a las aviesas intenciones de los

pequeños para con él hasta que fue casi demasiado tarde. Con caras ansiosas y manos apresuradas, Ric y Rac lo levantaron hasta la baranda, lo empujaron y trataron de echarlo al mar. El animal se puso tieso, clavó las uñas delanteras en la baranda y buscó apoyo arañando furiosamente con las patas traseras. Arqueó el espinazo, la cola se convirtió en una pluma agitada. Silenciosa, desesperadamente, el animal luchaba con todas sus armas.

El doctor Schumann se lanzó adelante de un salto y cogió, apartándolos de la baranda, a los dos niños, los cuales, en su precipitado retroceso arrastraron consigo al gato. El animal cayó de las zarpas de los dos diablillos y escapó por la cubierta, cruzando por en medio del tablero de tejo, cosa que de ordinario no hubiera hecho, porque era un gato bien educado. Los niños levantaron los ojos para mirar al doctor Schumann. Sus desnudos brazos, surcados por largos y sangrantes arañazos, quedaron súbitamente inermes en manos del médico.

El doctor Schumann, que los sostenía con la firmeza —y al mismo tiempo con la dulzura— de una larga práctica, examinó las profundidades de sus ojos durante un momento, sintiendo una gran tristeza al observar su maldad ciega, descarada, su espíritu traidor y frío… Y, sin embargo, no eran bestias, sino almas humanas. ¡Oh, sí, humanas, para mayor pena!, pensó el doctor aflojando las tenazas de sus manos.

Los dos gemelos se soltaron revolviéndose y culebreando, sus caritas feroces exactamente iguales, excepto por el misterioso estigma del sexo, y se volvieron el uno hacia el otro con instinta complicidad. Luego ambos echaron a correr, cabello al viento. El doctor suponía que había de ponerles, para cubrir las formas, al menos unas gotas de yodo en los arañazos, pero tuvo la impresión de que probablemente sanarían bien sin eso.

Sentóse, pues, en la silla más próxima, respirando tan superficial y pausadamente como podía, permaneció atento y vigilante en una intencionada quietud. El doctor padecía una muy corriente dolencia cardíaca y podía quedar muerto en cualquier instante. Después se tentó el pulso con dos dedos, pero sabía ya la cuenta de antemano. Sabía ya exactamente lo que estaba ocurriendo, lo que ocurría siempre… o lo que podía ocurrir por cualquier impresión o cualquier movimiento repentino: se había ocupado de aquel

fastidioso caso tantísimas veces durante los dos años últimos, que no quedaba nada nuevo que decir ni pensar. Y, sobre todo, ¡ay!, nada nuevo que hacer.

El doctor Schumann había evitado siempre el diagnosticar y tratar sus propias enfermedades, se había impuesto la costumbre de consultar a médicos a quienes creía más capaces que él. Deseaba tener fe en las medidas que adoptaban en su caso, pero ya no necesitaba que le dijeran qué enfermedad padecía. Al final, no había en la ciencia médica nada eficaz relacionado con lo que sabía acerca de sí mismo como médico y lo que pensaba de sí mismo como hombre en peligro de morir de un momento a otro. Seguía allí, sentado, con el fatalismo de caminante sorprendido por una tempestad a campo raso, contando humorísticamente con una escala de probabilidades que sabía mítica. Por fin, cautelosamente, buscó en el bolsillo interior y sacó el frasquito de cristalinas gotas.

Lo que no acertaba a explicarse acerca de aquel incidente era esto: sabiendo tan claramente cuál era su estado y habiéndose trazado un ordenado plan para vivir todo lo que pudiera y como mejor lo permitiese su enfermedad, había puesto en peligro su vida para salvar la de un gato, un animal de una especie a la que tenía aversión por temperamento. Él era aficionado a los perros. Si se le hubiera concedido un momento de reflexión, ¿hubiera saltado de aquel modo y se hubiera arriesgado a que se le parase el corazón para salvar… ni aun a su esposa? Jamás se había visto en la necesidad de hacer frente a una situación parecida, y la misma idea era un absurdo, naturalmente. Por descontado, la respuesta era clara. Esa cuestión había quedado resuelta hacía mucho tiempo, o así lo creía él al menos. El doctor Schumann sonrió interiormente, sin alterar la compostura de la cara, al pensar que el gato, ese animal al que se considera el más astuto y dueño de sí de todos los animales, se había dejado seducir, hasta el punto de que estuvo en un tris de perder la vida, por el cosquilleo de sus terminales nerviosos y el agradable crepitar de su propia electricidad en la piel del espinazo. Ninguna percepción de sus celebrados instintos le había advertido de que aquellas manos acariciadoras estaban dispuestas a regalarle un solo instante de aquel placer predilecto solo a fin de agarrarle más fácilmente por el pescuezo para satisfacer una infantil perversidad.

Quizá el hecho no tuviera nada de sorprendente. No les sucedía solo a los gatos. ¡Amor!, se dijo el médico, sorprendido de que la palabra hubiera asomado entre sus pensamientos. Y la expulsó de nuevo al momento, con la consideración adecuada hacia su verdadero significado. Él había pasado los mejores años de su vida —después de todo se había preparado bien para ello, ¿de qué otro modo había de haberlos pasado?— remendando a los engañados, los temerarios, los ciegos, voluntarios, los amantes de sufrir; y a los más difuntos de todos ellos, a los que sabían lo que estaba haciendo y qué consecuencias atraían sobre sí; y, sin embargo, no podían resistirse a saborear una vez más el cálido estremecimiento de la carne que gozaba de su predilección —bebidas, drogas, sexo, comida— según su propia concupiscencia particular, aunque pudiera acarrearles la muerte.

«La muerte de ellos, o la mía propia, sé que no tiene importancia —se dijo el doctor Schumann—, especialmente la mía propia, si he hecho las paces con ella…». Y se tocó la muñeca otra vez con dos dedos, y aguardó. Sentía un anhelo tan profundo de vivir, hasta de un mero respirar, de moverse dentro de aquel cuerpo que tenía tan conocido, de estar sin riesgo dentro de sí mismo, un sitio que conocía como su hogar, que no pudo dominar la cálida oleada de entusiasmo que recorrió todo su ser, como si hubiese bebido un vino caliente, cargado de especias.

—¡Dios mío! —exclamó. Y fijó los atentos ojos en las profundas olas del mar, que rodaban unas sobre otras incesantemente, sin pensamiento, sin sensibilidad, movidas por un padre al que obedecían con armonía universal—. ¡Dios mío, Dios mío!

El doctor Schumann creía en Dios; Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y finalmente en la Bendita Virgen Madre de Dios a la manera particularmente clara y directa de un católico bávaro; y habiendo pronunciado el nombre que incluía a todos los demás, cerró los ojos, se entregó en manos de la misericordia divina, y se quedó sosegado y quieto. Apartó pausadamente los dedos que tentaban el pulso, pasó por alto el batir del corazón que se le ponía en los tímpanos, y por unos pocos segundos todo su ser se reconcilió casi por completo con la perspectiva de la muerte, despreciando por poco rato, pero con íntima satisfacción, la cobardía de la carne. Entonces se dio cuenta de que las gotas surtían efecto, como lo

habían hecho anteriormente, como podían hacerlo una y muchas veces todavía; de que el ataque, un ataque leve, estaba pasando; de que había escapado una vez más. El doctor Schumann abrió los ojos y se santiguó sin ostentación, advirtiendo al mismo tiempo una escena interesante que se producía a unos pasos de allí.

La condesa estaba hablando con un marinero joven, un muchacho de figura muy atractiva, con una espléndida exhibición de músculos varoniles en hombros y brazos, el gorro inclinado sobre una cara ingenua, tostada por el sol, con una boca grande y una nariz chata. El muchacho estaría en perfecta posición de firmes, con los brazos a lo largo de los costados, si no fuera porque tenía ladeada la cabeza, mirando más allá de la condesa, aunque dirigiendo a esta alguna que otra mirada rápida e intranquila. El marinero estaba de espaldas a la barandilla, casi tocándola, y la condesa se le había puesto delante y le hablaba lenta pero vehementemente, extendiendo los brazos como si quisiera cerrarle el paso. Tenía los pulgares aplanados sobre las palmas de las manos, que movía con un compás monótono; sus ojos eran como ágatas y se mecía de un lado a otro, estirando el cuello, para obligar al muchacho a mirarla a la cara. La cabeza del marinero, en cambio, se desviaba de la de ella, apartándose todo lo posible hacia un lado, para volver luego, en un lento movimiento en arco, a su posición primaria haciendo continua mente leves gestos afirmativos, como asintiendo por deferencia, pero lleno de vergüenza y confusión. La condesa le dio una palmadita en el brazo, ante lo cual el joven saltó como si le hubiera tocado un cable eléctrico; su mano subió hasta el gorro en un saludo automático, dio unos pasos para coger el cubo y la escoba, y se alejó a grandes zancadas con las orejas rojas, encendidas, dejando plantada a la dama. Al cabo de un momento, ella se fue en la misma dirección, el cuello y la espalda muy tiesos, las manos crispadas junto a los costados.

El doctor Schumann, notando que observaba el caso con tres estados de ánimo distintos, es decir, con simple curiosidad humana ante aquel caprichoso comportamiento; con una involuntaria admiración por aquella mujer, que se le antojaba singularmente hermosa; y con aquel interés profesional que había pasado a ser en él una segunda naturaleza, se levantó y siguió a la condesa a buena distancia, adoptando el aire de estar paseando casualmente.

En el espacio de una hora, el doctor vio lo bastante para sentirse intrigado. Siempre que veía a un hombre solo (cual quiera clase de hombre, mientras fuese joven, observó el doctor con una buena dosis de repulsa moral) fuese marinero, oficial o pasajero, la condesa le acorralaba en un rincón, o contra una pared, o junto a la barandilla, y con sus artes conseguía tenerle clavado allí, plantándose ante él y hablándole siempre de aquella manera confidencial, íntima, como si le comunicase algún secreto angustioso del que ellos estuvieran obligados a compadecerse.

El efecto en los diversos jóvenes abordados fue pasmosa mente similar. Al empezar, su semblante denotaba cortés atención, pero sus expresiones se transformaban en sorpresa, turbación apesadumbrada y luego inquietud manifiesta. La cara se les petrificaba en unas sonrisas extrañas y los ojos empezaban a vagar de un lado para otro, buscando una escapatoria. Al final, aprovechando una pausa del desazonado chorro de palabras de la mujer, o de un modo súbito, como si les hubieran hecho una señal desde lejos, se marchaban, sin importarles cómo.

El doctor Schumann no se acercó nunca lo suficiente para oír lo que decía la condesa, pero sus gestos le sorprendían profundamente, hombre comedido como era él. La condesa se acariciaba los senos y los muslos, daba palmaditas a la mejilla de su oyente, se apoyaba la mano sobre el corazón.

No obstante, su cara tenía una expresión afligida por el dolor, sus palabras parecían graves y sin esperanza. «Quizá yo sea bastante joven para atraer su mirada —pensó el doctor Schumann con cierta acidez—; sin duda estoy demasiado lejos de la cuna para ella», pero decidió cruzarse deliberadamente en su camino. Poseía un poderoso sentido del tiempo y de sus efectos sobre el organismo humano, y consideraba que el hombre tenía, por dignidad propia, el deber de vivir de acuerdo con la filosofía, dentro de las limitaciones del tiempo que le tocaba pasar en el mundo.

Dejando todas las demás consideraciones aparte, reflexionaba, las personas maduras tenían un algo escandaloso y perverso; especialmente las mujeres, las cuales, aun en sus mejores facetas, manifestaban siempre signos turbadores de su innata perversidad, volviéndose hacia la juventud en busca de satisfacciones sexuales: padres desnaturalizados que destruían a su propia descendencia…

una especie de incesto, en resumen, para designarlo con una palabra severa… Bien, él vería en qué paraba aquello. Era obvio que aquella mujer padecía un agudo trastorno nervioso; no debería viajar sola, su misma condición de prisionera demostraba que era una persona irresponsable, y además debía de estar sin amigos, sin duda alguna. Aquel era el primero y el más espantoso efecto hasta de una simple crisis nerviosa: la pérdida del amor y la simpatía de los demás, el apartamiento literal de la vida común con el prójimo. Como no había separado nunca la práctica de su ciencia médica de las convicciones teológicas que profesaba, el doctor Schumann consideraba que la locura era un triunfo pasajero del mal en el alma humana: no había visto nunca que las manías adoptaran sino formas innobles. Aunque esgrimiera la ciencia todos sus recursos, había en el destino del hombre un misterio que escapaba a todo lo que se pudiera colegir e imaginar, excepto a la luz de la revelación divina. En el fondo mismo de la vida se halla un enigma sin respuesta; y es allí precisamente —concluyó el doctor Schumann, cuyos dulcificados ojos continuaban observando a la condesa—, allí precisamente donde el hombre abandona, allí es donde comienza Dios.

La condesa desapareció, andando bastante de prisa, rodeando el extremo superior de la cubierta, y el doctor Schumann desvió su trayectoria y cruzó el bar, saliendo por el lado opuesto con la intención de acercarse a ella poco a poco. Pero al ver a la condesa, tres estudiantes cubanos dejaron el tablero de tejo y la rodearon en enjambre. Con ellos la condesa adoptó un aire nuevo, amable, gracioso, indulgente. Los estudiantes se pusieron a su lado y la acompañaron, acompasando el paso al de la condesa y deshaciéndose en deferencias y atenciones con ella. Cuando pasaron por delante del doctor Schumann, la condesa llevaba la conversación, y el médico captó unas palabras que pronunciaba con voz débil y plañidera:

—Perseguidos como bestias, mis hijos, mis hijos adorados, y ellos huyeron a dormir en los campos… y yo no podía hacer más que sufrir y esperar, esperar y sufrir…; no podía alzar una mano para ayudarles… —Sus manos se levantaron y describieron un círculo giratorio alrededor de su cabeza—. Pero tenían razón al sublevarse, tenían razón mis hijos, aunque ello pueda llevarles a la

muerte, o deba llevarme a mi, o me lleve al exilio…

Los estudiantes pusieron caras exageradamente tristes. La condesa les sonrió, ciega, arrugando la frente. Uno de los estudiantes se rezagó un par de pasos y, con el atrevimiento y el descaro más groseros, le guiñó el ojo al doctor Schumann y se dio unos rápidos golpecitos con el índice en la frente. A cambio obtuvo una mirada de tan pétrea severidad, que hasta a él le hizo sentir vergüenza y le empujó a reunirse a toda prisa con su pandilla. El doctor Schumann dirigió una mirada a su reloj, espiró con cuidado, lenta, prolongadamente, y decidió pasar tendido e inmóvil el resto de la tarde.

Lizzi Spöckenkieker y herr Rieber estaban disputando una briosa partida de
ping-pong,
que había empezado sin trascendencia pero degeneró al momento en un duelo. Aporreaban la pelotita blanca de un lado para otro por encima de la red (crac, pop, pop, crac) acelerando los golpes, cada vez más secos, más rápidos, mientras la cara les tomaba un tinte más oscuro a causa de la sangre que la congestionaba, hasta que ambos acabaron por darle a la pelota con expresión huraña, silenciosamente, como autómatas. De pronto el ganar era cuestión de vida o muerte; ya no sonreían. La condesa y sus tres estudiantes, que iban cantando La Cucaracha, aparecieron de pronto junto a los jugadores, por la espalda de Lizzi, y pasaron adelante sin pararse ni mirarles; pero Lizzi titubeó, sus ojos se desviaron un momento y herr Rieber venció por fin.

—¡Qué lástima! —chilló ella, y rodeando la mesa a la carrera con grandes zancadas golpeó al victorioso herr Rieber en la calva bóveda de la cabeza con la pala del
ping-pong
—. ¡Ah, si no hubiese sido por esa loca y esos muchachos estúpidos!… Ellos… ¡Ah!, ¿por qué me han de ocurrir siempre cosas así?

Herr Rieber esquivó los golpes dando un paso lateral, y la apaciguó con aire indulgente:

—Vamos, mujer, hasta los mejores de nosotros tienen que perder alguna vez. No le demos demasiada importancia. Recuérdelo, ¡lo que importa es disputar la partida, no el vencer!

—Usted dirá lo que quiera —murmuró Lizzi, levantando la pala otra vez.

Con gesto experto, él le cogió la muñeca, se acercó la mano a la boca e imprimió en ella un beso prolongado y jugoso.

—No la engaño —aseguró—. ¡Qué rápida es esta bonita mano!

La próxima vez lo será mucho más todavía. No le duela el no haberme derrotado. Soy campeón de
ping-pong
del *Sportsverein* de la ciudad de México, ahora por tercera vez consecutiva.

—Lo creo —asintió Lizzi, calmándose un poco—. No estoy acostumbrada a perder en este juego.

Herr Rieber guiñó el ojo al instante, con un sinfín de significados.

—¿En qué juego *pierde*, pues?

Lizzi le sacudió por el codo con violencia.

—¡Si habla de ese modo le dejo! —amenazó, sacudiendo la cabeza como una yegua indomable—. No, no quiero escuchar cosas de esas, ni contestar a ellas.

—¡Una muchacha inteligente! —exclamó herr Rieber—. No le escapa nada. ¿Qué le parece ahora si nadamos un poco y nos refrescamos, a menos que quiera derrotarme *de nuevo* —subrayó con infinita malicia— en el
ping-pong
o en cualquier otro juego que se le antoje… cualquiera, el que usted elija? —Y le oprimió el brazo con tal calor que Lizzi se sonrojó.

—¡No, no, nademos! —decidió, levantando la voz—. ¡Ah, tenemos que disputar una carrera!

A las seis un camarero le llevó al doctor Schumann un mensaje de la condesa, diciendo que estaba enferma y que debía verle al momento. Una camarera que aguardaba delante del camarote de la dama, llamó a la puerta un tanto ruidosamente cuando vio acercarse al médico, e hizo ademán de entrar tras él.

—Puede irse, gracias —le dijo la condesa a la camarera con la voz tranquila, metálica y distante de una mujer experta en gobernar criados a los que odiaba y que la odiaban a ella, y miró un poco hacia la derecha de la sirvienta, como si ya no estuviera allí. Esta, curtida en la misma escuela, se retiró al momento con los ojos fijos en un punto que estaría, más o menos, a la altura de la pila del lavabo.

El aire del camarote estaba cargado de humo de cigarrillos turcos, de una mezcla de perfumes fuertes y de éter. Un equipaje de aspecto caro, aunque muy desgastado por el uso, aparecía desparramado en desorden y abierto, con zapatos, prendas de noche, sombreros inverosímiles, preciosos guantes (arrugados y manchados) y flores artificiales de colores pálidos, y seda arrugada y terciopelo roto derramándose por to das partes en una confusión tal, que no se podía remediar por los recursos ordinarios. La condesa estaba acostada; un descolorido salto de cama de satén rosa descendía de sus blancos hombros, apenas velados por una fina franja color viole ta. La dama se sentó con los ojos muy abiertos, desplegó la boca sin emitir ningún sonido, sus enlazadas manos se separaron con violencia y volaron hacia atrás, ahora hacia adelante, hacia atrás de nuevo, hasta que su dueña dijo por fin, jadeando:

—¡Deben socorrerme, creo que me voy a morir!

El doctor Schumann adoptó su aire más calmoso y tranquilizador, aplicó la palma de la mano a la frente de la enferma como si se tratase de una niña, y dijo:

—No lo creo así; al menos por ahora, no.

La condesa inclinó la cabeza sobre las levantadas rodillas y

estalló en una especie de sollozo, una voz gimiente, lacrimosa poblada de palabras incoherentes, aunque, según observó el doctor Schumann, sin lágrimas. Sentándose al lado de la enferma, el doctor empezó a sacar varios objetos del maletín negro que traía. La condesa dejó de gemir y escudriñó con la vista las profundidades de la caja con instantánea curiosidad. El médico aprovechó su silencio para hacerle algunas preguntas vulgares y necesarias acerca de las funciones de su organismo, a las que ella contestó con llaneza y sensatez. No obstante, cuando le pidió que se quitase el camisón y se bajase el pijama, dejando al descubierto los hombros y la espalda, ella se limitó a continuar sentada y a mirarle con el bailoteo de una llamita provocativa en sus ojos negros, y se puso a sonreír con regocijo taimado, y sentada y perfectamente inmóvil continuó, siempre sonriendo de aquel modo, mientras el médico le quitaba el camisón por su propia mano. La condesa levantó los brazos para ayudarle a retirarle las mangas, pero ahí terminó su colaboración.

El doctor Schumann contó, le auscultó el corazón y la respiración, apoyando el oído con firmeza en el pecho y los omóplatos, y se fijó en que la paciente tenía los huesos delgados, largos, finos. Después encendió súbitamente ante sus ojos varias lamparitas blancas y verificó la presión de la sangre. Luego le pidió respirar profundamente y decir «oh» y «ah» varias veces mientras le miraba la garganta con la linternita. A continuación le dio unos golpecitos bastante vivos, con dos dedos, en pecho y espalda, sobre las costillas, y le sobó el estómago en una meticulosa exploración, arrancándole un ligero suspiro.

—Cierre el puño, por favor —le ordenó, y tomó un poco de sangre de una delgada vena azul de la cara interior del brazo y la puso en un tubito de cristal.

Los dilatados ojos de la condesa se sosegaron poco a poco. Por fin su dueña se tendió boca arriba, con las manos y los hombros en reposo, quietos, mirando fijamente al médico como si se encontrara bajo los efectos de un sueño hipnótico agradable, y le dijo con voz enteramente cambiada:

—Todas estas amables atenciones me dan un sueño delicioso, doctor. Quizá lo único que necesite sea un contacto humano después de tanto interrogatorio y tanta policía militar. Aquella es

gente muy pesada.

La condesa respiraba superficialmente, con la boca abierta, y en su aliento se notaba bien el olor del éter. El doctor se inclinó hacia la paciente, para hablarle, disimulando el disgusto moral que le había causado el descubrimiento hecho a los pocos segundos de empezar la entrevista.

—Usted no necesita estimulantes —advirtió con aire grave, cogiéndole una muñeca y sujetándosela levemente—, y tampoco narcóticos. Usted necesitará lo que sea —añadió, mientras ponía ceño— menos éter. ¡Vaya hábito vergonzoso para una mujer como usted! ¿Por qué me hace perder el tiempo llamándome? Que, usted no padece ninguna enfermedad —le dijo, severo—; al contrario, disfruta de una salud envidiablemente buena; orgánicamente está muy sana. ¿Cuántos años tiene?

—Bastantes, como usted puede ver —contestó ella—. Demasiados.

—¿Acaso cincuenta?

—Cuando uno lo calcula tan bien —repuso la mujer—, merece que le digan que acierta. Cincuenta, pues.

—A mí no me parece ahora una edad avanzada —manifestó el doctor Schumann—. Estaría yo muy contento si volviera a encontrarme en los cincuenta otra vez.

—Ah, por nada del mundo quisiera ser ni un día más joven. Créame, no hay en mi aborrecible vida ni un solo día que yo quisiera volver a vivir de nuevo… o al menos así me lo parece ahora. ¿Qué haré? ¿Adónde iré? ¿Qué será de mí? Soy una exiliada… —dijo la condesa, sentándose otra vez y empezando a urdir historias y a bambolearse—, mi esposo murió… mi esposo, Dios sea loado, murió —repitió sin vanidad—, pero mis dos hijos, mis muchachos, han huido no sé adónde… Nosotros estamos aquí, hablando cómodamente, albergados en este mísero barco, ¡pero albergados al menos!, y mis hijos están… ¿Dónde duermen por las noches, quién les protege, quién les da de comer, dónde están… cuándo volveré a verles? De mi casa no queda más que cenizas, además —continuó con una voz muerta, como si leyese una página insulsa en voz alta—, y los brutos de mis criados huyeron todos, robando lo que encontraban al paso: dinero, plata, ropas, pieles, todo… todo lo que habían codiciado, y salieron de estampía por las

puertas como ganado que son. Todas las caras que veía entonces eran caras de personas que no me miraban ya como a un ser humano… —Las manos de la condesa comenzaron a danzar, los labios se replegaron sobre los dientes, toda ella hizo un esfuerzo por saltar de la cama, y echó al suelo el maletín del doctor.

—Espere —pidió el doctor Schumann. Se levantó, recogió el negro maletín y se puso a preparar una inyección. La condesa quedó callada al momento y le miró con aquel aire suyo, de atención que se distraía fácilmente—. Esto para esta noche nada más —explicó el médico—. Y no debe tomar más éter. ¿Dónde lo esconde? Tengo que llevármelo.

La mujer indicó con un ademán uno de los desparramados bultos de su equipaje.

—Está todo allí, no sé dónde. —El médico le pellizcó la carne del brazo, y al sentir el ligero pinchazo de la aguja, ella, estremeciéndose, exclamó—: ¡Oh, qué delicia! ¡Cómo me gustan las drogas, cualquier clase de droga; sean para despertarme o para hacerme dormir, las adoro todas! Usted debería elogiarme un poco, porque nunca, jamás, tomo todas las drogas que me gustaría tomar. Sería tan fácil, tan fácil…

La condesa se dejó caer entre las almohadas, y el doctor Schumann revolvió cuidadosamente entre el desorden de la maleta, de la que sacó un frasco de éter.

—¿Es todo el que tiene? —preguntó—. Espero que me dirá la verdad. —La condesa prolongó su silencio, deseosa de hacerse de rogar un poco, pero el médico sin decir nada más, se acercó a la pila del lavabo y vació el frasco. Los vapores le dieron en la cara y le hicieron toser—. Usted dirá lo que quiera —concluyó—, pero ha tomado demasiadas drogas de todas clases.

—No me regañe —suplicó la mujer—; todavía no me ha dicho qué será de mí con o sin ellas.

—Con la excelente salud que tiene —respondió el doctor Schumann— no sabría desearle sino una renta bien saneada y que se reconcilie más o menos con la sociedad. Y no le ocurrirá nada más.

—¡Qué desabrido! —exclamó la condesa, sin interés.

—Para un gusto de esos tan especiales, quizá sí —advirtió el médico.

—Ahí está la diferencia entre usted y yo. Yo no intento reconciliarme con una sociedad a la que desprecio. Sin embargo, no fui yo quien se indispuso con la sociedad, sino mis hijos; yo me contentaba despreciándola. Fueron mis hijos los que me arrojaron a este mundo… Mire, yo tengo una salud excelente, como usted dice. Pero no tengo renta alguna. Soy una prisionera, camino de una isla aborrecible de las Canarias…

—Santa Cruz de Tenerife no me parece mal del todo —opinó el médico, para consolarla.

—A usted no le han deportado allá —replicó la condesa—. Cuba, Dios lo sabe, es bastante aburrida… ¡pero Santa Cruz…! No, no trate de consolarme… ¿Sabe? Usted me da la impresión de un hombre con dinero en el banco, libertad personal absoluta, y todo lo que quiera…, pero quizá su salud no sea tan buena. ¿Hasta qué punto acierto?

—Sobradamente —respondió el doctor Schumann, sentándose de nuevo a su lado—. ¿Dónde está el resto del éter?

—Ya ve usted cuán poco misericordioso es en realidad darme buenos consejos —dijo la condesa, acariciándole la mano que descansaba en la rodilla que ella tenía más cerca—. Pero no deje de dármelos. No se vaya. Me encantan sus buenos consejos y me encanta verle mirándome a los ojos con ceño, como si lo hiciera por mí únicamente, como si le importase lo que pueda pasarme. Me gustaría estar embotada un rato. Prometo que dejaré de tomar éter, al menos durante este viaje. Y lo hago por usted, no por mí. Sé que después empezaré de nuevo… Lo he probado todo, todo en absoluto, y al final el éter me pareció lo mejor, ¡con lo vulgar que usted parece considerarlo! Una excitación deliciosa, sin dolor. ¿Lo ha tomado alguna vez?

—No.

—Debe probarlo algún día —recomendó la mujer con voz soñolienta—. El otro frasco está en la maleta de cuero rojo.

—Es hora de que duerma —dijo el médico, colocándole la mano junto al costado—. Ahora voy a enviarle de nuevo la camarera, y mañana la visitaré otra vez.

—¿Cuál es esa droga celestial que me ha dado? —preguntó la condesa, cuyos ojos se cerraban lentamente—. No la reconozco; ¿es algo nuevo?

El doctor Schumann soltó una breve carcajada, ante lo cual la mujer abrió unos ojos que le sonrieron gozosos.

—¿Espera que se lo diga? —preguntó él, como si hablase con una chiquilla testaruda…

—Ha reído usted —comentó ella con ternura—. ¡Es la primera vez que le oigo reír! Pero no se preocupe, probaré de adivinar qué droga es esta, o quizá usted vuelva a ponérmela… Le adoro —continuó—; es usted un hombre bueno, muy bueno, moral, ridículo, ¡pero encantador!

Sus ojos se cerraron de nuevo, levantó las manos y se frotó los menudos pechos suavemente, hacia arriba, y su expresión, en especial alrededor de los labios, sobresaltó profundamente al doctor Schumann, que la zarandeó por el hombro con cautelosa violencia.

—¡Míreme! —le gritó en tono severo—. ¡Basta ya de esta necedad!

La condesa dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, y volvió la cara hacia un costado. El médico se quedó de pie, casi conteniendo el aliento, viendo cómo la mujer se hundía en el sueño como en una sima sin fondo; le palpó el pulso levemente, casi temeroso de dejarla sola. Entonces recogió el maletín, dio media vuelta con ademán resuelto, dominó el impulso de decir «Buenas noches» y abrió la puerta.

Después de la dulzura fétida y la atmósfera enrarecida del camarote, el aire húmedo del pasillo le dio la sensación de una brisa fresca. El doctor Schumann dio instrucciones a la camarera que aguardaba y regresó a sus propios dominios, sintiéndose desagradablemente agotado, y lleno otra vez de aprensiones respecto a su estado de salud. Se tendió con el rosario en las manos y se puso a llamar al sueño, la oscuridad, el silencio, esa pequeña tregua que prodiga Dios entre los vivos y los moribundos; y desterró de su mente, con la deliberada intención de olvidarlas para siempre, las últimas palabras de aquella criatura abandonada, perdida; unas palabras que eran agujas, dardos envenenados, anzuelos; unas palabras que daban zarpazos a su espíritu con la malicia terrible de los poseídos por el diablo, de las almas enajenadas, separadas de los demás seres de su especie.

La segunda noche después de haber salido de La Habana, con veintitantos días de viaje por delante, el comisario del barco empezó a obsequiar a los pasajeros con las modestas diversiones y pasatiempos que ofrecía el buque, en un intento de hacer que la vida a bordo se pareciera a una interminable fiesta infantil en tierra. La cena era «de gala», según decía la minuta, y en todas las mesas aparecieron flores frescas. Al lado de cada plato había pequeñas castañuelas de papel dorado, con unos dispositivos dentro para producir ruido, y cómicos sombreros de papel para todo el mundo. Varias mujeres llevaban vestidos de noche; la cerveza espumeaba en grandes jarras; los camareros hacían girar, con refinado ademán, las botellas de vino del Rhin en los cubos de hielo.

Herr Glocken y William Denny, sentados a la misma mesa, fueron los primeros en ponerse los sombreros de payaso, dirigieron una sonrisa vaga a su alrededor y recibieron en correspondencia un par de vagas sonrisas. Los sombreros lucieron enseguida en muchas cabezas; pequeños globos de colores flotaban por encima de las mesas, empujados por una mano tras otra; de vez en cuando estallaba alguno, entre el ruido de las castañuelas y de unos silbatos de estaño. La banda empezó con *Cuentos de los bosques de Viena*, y continuó con valses de Strauss hasta el final. En adelante la cena sería considerada como un acontecimiento social, o así parecían convenirlo los pasajeros, si bien en los términos más provisionales. Hubo muchas carcajadas y un fuego graneado de brindis de una mesa a otra. La compañía española de baile se inclinó hacia el capitán a su lado, y el capitán respondió con cara pétrea pero con una elegante inclinación, levantando el vaso para aceptar el brindis, aunque al dejarlo parecía, por su semblante, haber alejado la cuestión de su mente por completo.

A herr Baumgartner, junto con el sombrero, le habían dado una barba postiza y haciéndola oscilar arriba y abajo, como una barba

de cabra, consiguió que dos niños de la mesa vecina prorrumpiesen en gritos de alegría. Los niños, un chiquillo de cinco años y una niña de tres, estaban esperando pacíficamente la comida con sus padres, unos cubanos que habían embarcado en La Habana. Hans, el tímido hijo de los Baumgartner, estaba muy contento con aquellos niños, tan diferentes de Ric y Rac, los cuales eran capaces de aterrorizarle con una sola mirada. El pequeño había rondado tímidamente alrededor de aquellos nuevos pasajeros sin atreverse a hablar, pero de pronto, por mediación de su divertido padre, veía la oportunidad de trabar amistad con ellos.

Herr Baumgartner se superó a sí mismo con fascinadoras tretas, y los niños chillaban y reían y miraban por entre los dedos de la manera más halagadora para él. Hans se esforzaba por reír más fuerte y más rato de lo que deseaba, a fin de llamarles la atención.

—Acábate la comida, Hans, de todos modos —le dijo su madre al cabo de un rato—, y después jugaremos un poco más.

Su marido no hizo caso de la insinuación. Se subió la barba hasta mitad de la frente, la abrió como una cortina y gruñó:

—¡Bu!

Los niños daban alaridos de risa y sus padres sonreían tolerantes. Herr Baumgartner se echó el sombrero de papel muy atrás y se deslizó la barba debajo del mentón. Los niños todavía rieron. Frau Baumgartner tomó un bocado de comida y se puso a cortar el ganso asado del plato de Hans. No se fiaba del todo de los modales del pequeño en la mesa en tales cosas. ¡Casi ocho años de edad y todavía tan torpe con el cuchillo y el tenedor…! Ello le hacía pensar que no era una buena madre.

—Come antes de que se enfríe —le aconsejó.

Y observando a su marido con inquietud, se dijo que su gran debilidad era la falta del sentido de las proporciones, o del límite de las cosas. Sencillamente, no sabía cuándo había de terminar: de beber, de hacer muecas, de lo que fuese. Y se le oprimió el corazón al percibir que pronto, en una fracción de segundo, traspasaría los límites; y los traspasó. Se subió la barba hasta debajo de los ojos, se echó el sombrero adelante, blandió la barba con ferocidad y bramó como un león, o quizá como un oso… y aquello fue demasiado. Hans, con la boca semiabierta para recibir alimento, se detuvo y sonrió con una sonrisa incierta; el otro chiquillo rio con una risa

estremecida y falsa; pero la niñita era demasiado pequeña para fingir y se quedó mirando con un terror que iba en aumento, hasta que estalló en lágrimas. Lloraba desconsolada: «¡Ay, ay, ay!», con los inundados ojitos incrédulamente fijos en aquella visión que hasta entonces había sido tan divertida y que de pronto, sin previo aviso, se había vuelto espantosa. La joven madre, con una rápida y viva exclamación dirigida a herr Baumgartner, se puso a la niña en el regazo y apretó la arrugada carita contra su pecho; el joven padre se inclinó para posar en la asustada niña una mano tierna.

Frau Baumgartner exclamó:

—¡Oh, cuánto lo siento! —Y su tono de voz, su aire, hizo cerrar la boca a su marido. Los ojos de frau Baumgartner le hablaban a la otra mujer: «Ya ve usted cómo es; no me dé la culpa a mí, por favor… De mujer a mujer, como una madre que sabe lo que puede ocurrir, yo le ruego…».

La joven madre le contestó con la mirada recelosa de una persona extraña, indiferente; rechazó sus confidencias, repudió todo parentesco de sentimiento que pudiera implicar, y ensayó una sonrisita y una inclinación de cabeza convencionales, como diciendo: «No se apure; no tiene importancia…». Y pensando al mismo tiempo: «Solo resulta quizá un poco estúpido, ¡y vaya molestias nos están ocasionando ustedes!».

Herr Baumgartner se quitó el sombrero y la barba con amplio ademán, los arrojó al suelo, lejos de sí, como un actor en escena con la cara atormentada por el remordimiento.

—¡Oh, mi querido señor…! —deploró, dirigiéndose al padre en alemán—. Yo solo me proponía divertir a los pequeños. —El joven padre asintió con la cabeza, hizo un ademán como desechando toda clase de malentendidos y luego cruzó una mirada angustiosa con su esposa, porque ellos no entendían el alemán.

Herr Baumgartner hubiera insistido en español, pero su esposa le detuvo:

—Basta —le indicó—, basta. Has dicho y hecho ya lo suficiente. Ellos te han entendido perfectamente, y si prefieren simular que no, al menos hazme el favor de conservar la dignidad.

Esto completó la ruina de cuanto pudiera quedarle de propia estimación a herr Baumgartner.

—¡Ah, buen Dios! —exclamó—, ¿de modo que he llegado al

punto de ni siquiera poder jugar con un niño sin amedrentarle? Hans, tú no tenías miedo, ¿verdad que no? ¡Tu pobre padre solo deseaba oírte reír!

—Y he reído —contestó Hans, con aire de hombrecito, consolándole.

Su madre intervino:

—Claro que reías, porque era muy divertido. Los niños pequeños siempre lloran por cualquier cosa. Cuando eras un niñito pequeño, tú también llorabas —le dijo en tono tan convincente que Hans olvidó por un momento todo el llanto que había derramado desde aquel entonces.

Su padre se puso a comer en silencio, lo mismo que si los manjares fuesen para él amargas medicinas, y los tres se quedaron callados. Hans tuvo la sensación de que su madre se estaba mostrando singularmente amable y que le sonreía con demasiada ternura y excesiva frecuencia. Le angustiaba tener que devolver la sonrisa cada vez, pues notaba que estaba tomando partido contra su padre, y no quería que él pudiera creerlo así. Porque su padre continuaba mirándole muy cariñosamente también, con su habitual cara triste; pobre *vati*, tan bueno; hasta que Hans no pudo resistirlo más y apartó la cabeza para no mirar ni al uno ni a la otra, sintiéndose desdichado, solitario, abandonado. Los niños de la mesa vecina habían olvidado el incidente por completo y estaban jugando con las pelotas, las castañuelas y los sombreros, mientras sus padres les daban la comida con cuchara y tenedor y les untaban mantequilla en el pan, y ninguno de ellos dirigió a Hans ni una mirada ni un pensamiento más. La niñita llorona era la que más se divertía.

El ambiente de fiesta parecía continuar más o menos. Después de la cena los comensales siguieron a la banda a cubierta, donde los valses de Strauss arrullaban a las estrellas sobre el ruido de las olas. El barco se mecía dulcemente, las brisas impetuosas, refrescantes, agitaban faldas y pañuelos, el cabello se encrespaba, pero las caras tenían una expresión más pacífica, y una fosforescencia verde encendía las grandes olas perezosas que se doblaban sobre sí mismas apartándose del costado del buque. Una luna nueva que parecía de gasa, surcaba velozmente el cielo, hacia el horizonte.

—¡Esto es tan divino, David! —exclamó Jenny—. ¡Cómo me

gustaría que bailases!

Pero David no bailaba, y designaba el baile con una palabra nada divina, un apodo despectivo que ofendía a Jenny, la cual había recorrido bailando una distancia quizá como dos veces la vuelta al mundo.

—Y jamás sentí más pura la mente que entonces —aseguraba la joven—. Me gustaría haber llevado en el tobillo uno de esos aparatos que miden las distancias… ¡entonces podría decirte exactamente cuántos kilómetros he andado sintiéndome más feliz que nunca!

Ambos se recreaban con la luz del cielo estrellado y el relumbrar de la cubierta, color de alga marina, y respiraban el delicioso aire, pero Jenny estaba inquieta, deseosa de bailar; por lo cual David, con rostro tenso y obstinado, la dejó y se fue al bar. Unos minutos después miró afuera, y ocurría como se había figurado: Jenny estaba bailando con Freytag.

Parecía hallarse ante un escenario lleno de figuras giratorias que rodeaban, como derviches alegres, al estilo vienés. Mistress Treadwell, vistiendo una vaporosa tela amarilla, danzaba con un oficial joven; Arne Hansen, con la bailarina española a quien llamaban Amparo. El absurdo herr Rieber se pegaba como de costumbre a aquella alta, torpe y fea Lizzi, él giraba sobre los pies tan ligero como una pelota de goma, daba vueltas y más vueltas y describía arcos con el equilibrio de una peonza, guiando a Lizzi en círculos alrededor de los otros. Esos otros eran parejas cansadas, principalmente, aunque los Lutz y los Baumgartner se pasaron la velada sentados, claro. Dos estudiantes valseaban con Pastora y Lola, mientras los bailarines españoles varones pasaban el rato sentados en el bar, dejando el camino expedito a los cubanos.

La atención de David se fijaba en los que no bailaban: los que se mantenían al margen por naturaleza; los perpetuos no invitados; aquellos a quienes nadie quería, y aquellos otros que, como él mismo, por alguna triste razón, se negaban a tomar parte. Y se alineaba a sí mismo con todos ellos; eran los de su clase, se los sabía de memoria a la primera mirada. Aquella corpulenta Elsa, por ejemplo, sentada con sus padres, consumiéndose, incapaz de disimular su anhelo, su desilusión, el miedo de que la dejasen arrinconada.

«Yo bailaría contigo si me invitaras», parecían decir sus ojos. Pero ella jamás le oiría decirlo.

Herr Glocken, ovillado en el travesaño de apoyo para los pies de una silla de cubierta próxima a la banda, con la cara entre las manos, el sombrero de papel sobre una ceja, estaba escuchando inmóvil, pero sin ver.

Al moribundo de la silla de ruedas le arrastraron hasta la baranda, envuelto en bufandas y mantas hasta el cuello, dormido quizá; Johann, el muchacho, el sobrino que le cuidaba, apoyaba las manos en el agarradero de la silla, con la expresión de un perro proscrito, por lo anhelante y desamparado. David tenía la sensación de conocerles bien a todos. En su caso particular, él se negaba a intervenir, a tomar parte, porque sabía bien que no había sitio para él, ni nada que desease, en ninguna parte… por lo menos a ese precio no, se dijo, aborreciendo al rebaño arremolinado que pasaba girando por delante de la ventana.

David se fijó en que la pareja de novios mexicana no bailaba. Paseando juntos, se acercaron al bullicioso lugar y se detuvieron allí, amistosos y lejanos, cual hechizados visitantes llegados de otro planeta. Ellos no danzaban ni se ponían sombreros de papel ni bebían ni jugaban a cartas ni sonreían a los demás. Ni siquiera hablaban mucho entre sí; pero formaban pareja, eso era evidente. Aquel silencio, aquel aislamiento, aquel ritual de excluir de su atención todo lo que no fuera su amor y las primeras lecciones que cada uno aprendía del otro le parecían a David natural, justo y magnífico.

Adivinaba en ellos gravedad y severidad de carácter; bajo su belleza yacía la promesa de que con el tiempo vendrían la aridez y la formalidad; pero el matrimonio duraría, se habían unido definitivamente. Mientras él imaginaba el carácter de los recién casados y la naturaleza de su matrimonio, que era de la clase que hubiera querido para sí, Jenny pasaba otra vez bailando con Freytag. Giraban alegremente como un solo cuerpo, pero sus caras no eran más que dos máscaras fatuas. David, que consideraba los celos en el aspecto sexual como una tontería a la que él no podía prestar ninguna atención, sintió de nuevo aquella cálida oleada habitual de repugnancia ante la falta de reserva de Jenny, su terrible gregarismo, su nota característica de estar siempre

dispuesta a hablar con cualquiera, donde fuera, unirse a una reunión, fuese de la clase que fuese, ir a todas partes adonde la invitasen, asociarse con los peores bobos, payasos, maleantes, borrachos, pervertidos y modelos de belleza masculina como aquel Freytag.

—¡Al diablo con ello! —dijo David en voz alta sintiéndose cogido en la trampa y con mayor fuerza que de costumbre.

Regresó al bar y pidió un whisky solo, y luego otro. Denny estaba allí. David le había visto rondar, inquieto, al margen de todo también, pero no podía concederle sus simpatías.

No, Denny estaba fuera de su camarote por razones indignas. Se empeñaba en seguir y hacer carantoñas a las bailarinas españolas —más concretamente a Pastora—, pero ninguna de ellas le aceptaba. Le habían descubierto el juego. Denny no estaba dispuesto a pagarles copas, llegar a ningún acuerdo con ellas; él quería procurarse sus placeres por nada, era una clase de hombre que merecía palos, y pagarlos encima. Denny suplicaba y anhelaba, eso era obvio, pero no hasta el extremo de arriesgar un billete de cinco dólares, que acaso no diese ningún fruto, o que solo, a la larga, condujera a otros gastos más crecidos, que tampoco servirían para nada. Las muchachas habían adquirido la costumbre de dirigirle un desdeñoso parpadeo al pasar; un poco más y se sacudirían las enaguas por detrás; tan baja era la opinión que tenían de él. Se proponían resueltamente además, limpiarle los bolsillos —una de ellas, no importaba cuál fuese— antes de que terminase el viaje.

Denny bebía copiosamente, con un propósito firme.

—Me propongo estar como una cuba antes de que termine esta noche —prometió solemnemente—. Venga y tome parte en el juego.

—Es tan bueno como cualquier otro —dijo David.

Y en verdad, Denny era precisamente el tipo con quien uno podía emborracharse. Nada de pretensiones, nada de hacer el tonto por ahí, nada de charla; solo un lento, deliberado, premeditado revolverse hasta el final. Estupendo, aquello sería, simplemente, estupendo. David engulló su tercer whisky y el huequecito doliente de malestar, que no exactamente un dolor físico en aquel punto impreciso, hambriento situado entre las costillas delanteras, empezó a calmársele un poco. Tenía intención de beber hasta que, pasara lo que pasase, a la mañana siguiente no fuese capaz de recordar nada

en absoluto.

Arne Hansen y Amparo terminaron su baile, un mecerse en torno bastante monótono, acomodado a la torpeza de Hansen, al alcance de los brazos de Elsa, la cual miraba por debajo de los párpados, desconcertada, a Amparo, tratando de descubrir el secreto. No había secreto, que Elsa supiera ver, ni reconocer: Amparo era guapa, con una hermosura tosca, demasiado morena, pero no hacía ni el menor esfuerzo por hacerse agradable; tenía una cara huraña que no sonreía jamás, apenas hablaban, hasta parecía un poco aburrida y de mal genio. Hans —observó Elsa con satisfacción— bailaba como un oso. Y conservaba la atención fija incesantemente en Amparo, como si la bailarina fuera a desaparecer si él miraba a otra parte aun solo por un momento. Amparo llevaba y manejaba a su antojo un abanico de encaje negro con una rosa de algodón encarnado sujeta con alfileres para cubrir su desgarrón. Cualquiera que tuviera ojos en la cara podía ver por qué estaba allí la rosa… ¡*cualquiera* podía verlo! Amparo, contoneando las caderas, fue y le dijo algo a Pastora, la cual abandonó la cubierta, para irse al bar y llevarle un mensaje a Pepe. Luego Amparo se alejó despacio, sin volverse, y Hansen la siguió a grandes zancadas, Frau Rittersdorf, que acababa de bailar con el sobrecargo, un sujeto voluminosamente obeso, con figura de papá, una faz de budín y un mostacho de foca, se encontró sentada cerca de mistress Treadwell. Con un cabeceo, apretados los labios, señaló hacia la pareja que se alejaba. Hansen había alcanzado a Amparo y la cogía del brazo; escapaban juntos a toda prisa.

—No me parece un cuadro demasiado bonito —observó frau Rittersdorf.

Mistress Treadwell volvió hacia ella una cara excesivamente inocente y preguntó:

—¿Por qué no? ¡Yo creo que hacen muy buena pareja!

Pepe estaba sentado, solo, delante de media botella de vino tinto. Ric y Rac, Tito, Pancho, Manolo, Pastora, Concha y Lola

habían acabado por abandonarle. La banda dejó de tocar, los bailadores se dispersaron, en el salón y en la cubierta las luces se atenuaron; los marineros salieron con sus escobas y sus cestos; obviamente, el encargado del bar estaba cerrando para irse a dormir. Las colillas de los cigarros formaban un alto montículo en el cenicero que Pepe tenía delante, a pesar de que lo habían vaciado ya dos veces. Apurando el último sorbo de vino, encendió otro cigarrillo y dio una vuelta por el salón; luego, cauteloso como un gato, descendió a las entrañas del barco. Entreteniéndose por allí y patrullando por el pasillo, vio al fin que Arne Hansen salía con el aspecto de haberse vestido precipitadamente y entraba en el pasillo casi a la carrera, desapareciendo en el lejano recodo como si le persiguiera la policía.

Entonces él avanzó despacio, abrió la puerta del camarote, y encontró a Amparo como esperaba, con su camisón de noche de encaje negro, contando el dinero, en billetes americanos de aspecto sustancioso; un buen fajo de ellos. Pepe levantó la palma de la mano derecha frotando humorísticamente el pulgar y el índice entre sí, como si fuese una antigua broma que se hacían. En vez de entregárselos como solía, Amparo arrojó los billetes a la pila del lavabo, donde él tuvo que cogerlos por sí mismo.

David Scott y William Denny despertaron de la borrachera con una jaqueca que les partía la cabeza, los ojos desenfocados y el estómago en los pies. Herr Glocken estaba pidiendo su medicina de la mañana, y agua, con voz temblorosa, como si las hubiera pedido a intervalos desde hacía mucho rato. Denny gimió sonoramente y se revolvió en la litera superior. David se levantó del diván volteando y socorrió a herr Glocken, cuya mano temblaba al cerrarse alrededor del vaso. Enseguida que hubo deglutido el específico dirigió a David una torcida sonrisa orgullosa.

—Bebí demasiado —dijo, y volvió a esconderse detrás de la cortina.

David, cepillándose el cabello, se fijó con angustiosa ansiedad en la estrecha franja de piel brillante de la cima de su frente donde, a los veintiséis años, la línea del cabello estaba retrocediendo, lenta pero fatal y visiblemente. Acaso pasaran años antes de que llegase al punto trágico de una vez para siempre, pero llegaría un día, un día odioso, en que sería calvo, como lo habían sido, antes que él, su padre, sus abuelos y sus bisabuelos. Ningún poder de este mundo sería capaz de impedirlo. Lo sabía porque lo había probado todo. David había incurrido en el delito de comprar todas las especies de tónicos capilares bálsamos, champúes especiales y aparatos de masaje que los peluqueros habían querido venderle. Con gran perjuicio de su conciencia del cuáquero de Pensylvania, había cometido metódicamente los dos pecados mayores que se podían cometer (o así lo había aprendido de pequeño, por el precepto y el ejemplo): había gastado en frivolidades un dinero destinado a fines mejores, y había mimado la vanidad de su cuerpo. No es que le importase un bledo, como le gustaba asegurarse a sí mismo; pero aquellos vejestorios de labios apretados, mano cerrada y alma estrecha le habían dejado una especie de veneno en la sangre que le impedía disfrutar de verdad de la vida ni por un momento, y por otra parte, estaba destinado a ser calvo. Todavía se sonrojaba por su

ingenuidad en creer por ejemplo, que un cepillo eléctrico para el cabello iba a destruir los genes de todos sus calvos antepasados. Así pues, anotó la inminente e inevitable calvicie en la lista de las quejas contra su madre, la cual no había manifestado nunca el menor buen criterio como madre, y menos todavía al elegir al padre de sus hijos. Su padre no solo había sido prematuramente calvo; fue además tornadizo, irresponsable, abiertamente infiel, con una infidelidad que adoptaba formas bajas, incapaz hasta de la más rudimentaria lealtad hacia nada ni nadie. Poseyó la inclinación de los cuáqueros a contar sus monedas, pero ahí terminaba todo. Al final se fugó con una muchacha a quien doblaba la edad, y nadie volvió a verle, ni a saber de él tan siquiera. Sin embargo, le dejó una carta a su esposa, diciendo que aquel nuevo amor no descansaba en el mero atractivo físico, como había sucedido con su matrimonio y con muchas aventurillas, sino que nacía también de un profundo interés espiritual e intelectual, algo demasiado alto y hermoso para que ella pudiera comprenderlo. No esperaba que lo comprendiese, ni intentaría explicárselo. Le decía «Adiós» y «¡Buena suerte!».

A la sazón, David tenía once años, y se le había ocurrido ya pensar lo agradable que hubiera podido resultar la vida de no ser por las continuas andanzas de su padre. Su desaparición le pareció a David nada menos que un maravilloso decreto de la divina Providencia, fuente —según le habían informado— de la cual manaban todas las cosas buenas. Su madre había acogido el caso de un modo completamente distinto.

—¡Espiritual! —exclamó la esposa con violencia, como si fuese una palabra fea. Después le dijo a David—: Ya ves qué clase de padre tienes. —Y le leyó la carta con voz aguda, forzada. De pie en la habitación, con la barbilla alta, los ojos cerrados y las lágrimas corriéndole por las mejillas, se rio hasta casi perder la cabeza. Luego se sentó y no faltó mucho para que le matara a él, un muchacho alto, flaco y huesudo, de pura turbación al cogerle y sentárselo en el regazo, donde lo meció, como si fuera un chiquillo, echando el cuerpo atrás y adelante y sollozando imparablemente. Todo aquello le dio a él tales náuseas que vomitó la cena, y después le dio un sueño muy profundo; pero se despertó por la noche con una aterradora sensación de puro desamparo. Calladamente, en

secreto, lloró él también entonces; lloró hasta dormirse de nuevo sobre la mojada almohada, que olía a plumas viejas.

Cuando estaba a mitad de la tarea de cepillarse el cabello, David vomitó de súbito en la pila del lavabo. Furtivamente, con vergüenza, limpió el recipiente, pensando que su tónico capilar era tan malo como los patentados específicos y laxantes y píldoras somníferas de Denny. David se apartó por no verse en el espejo aquella cara patibularia y notó en las entrañas, no por primera vez, el zarpazo de aquel sentimiento turbio, espantoso, de autorreproche moral, al que Jenny daba el nombre de «una jaqueca metodista».

La noche anterior había hecho alguna cosa ridícula; ¿qué era? David recordó la cara de Jenny en algún momento de la velada, una cara cuyos ojos tenían un brillo glacial… La joven le cerraba una puerta en las narices… ¿qué puerta, y dónde, y por qué? Una tremenda y tormentosa brecha de oscuridad se abría en su mente entre una última serie de copas con Denny en el bar y los destellos de los ojos de Jenny al cerrar la puerta. Pero ella se acordaría; ella tendría sumo placer en hacerle una relación detallada. Le bastaba esperar que se encontrasen, a la hora del desayuno, o en la cubierta. Jenny le contaría una historia a su propio gusto, mitad imaginada, mitad auténtica, sin que él pudiera imaginar jamás qué era lo imaginado ni qué era lo auténtico, y podía darse por seguro que añadiría algo del estilo de: «No te acongojes por ello, querido. Probablemente yo lo pinto mucho más ridículo de lo que fue. Yo misma no estaba muy serena, recuérdalo», diría con la más pura hipocresía; pues Jenny era una criatura sobria que no necesitaba el alcohol para nada. El pensar en aquel momento en la mera existencia de Jenny, resultaba una nueva acusación contra él. Debía casarse con ella, u ofrecérselo al menos; hubieran tenido que casarse antes de salir de México… tal como estaban ahora, todo iba a resultar un lío. Pero Jenny no era la esposa que quería, suponiendo que quisiera alguna; y, ciertamente, de momento no era ese el caso. La verdad —David afrontó la cuestión fríamente— era que no se casaría nunca con Jenny, no tenía intención de casarse con ninguna; el matrimonio era un mal negocio, un juego de tontos. Al llegar a esta franca conclusión, se animó un poco; se sintió en condiciones de enfrentarse con Jenny en el propio terreno de ella.

Herr profesor y frau Hutten abrieron los ojos, movieron la cabeza a guisa de ensayo y se preguntaron a dúo:

—¿Cómo te encuentras, amor mío?

Comparando impresiones, decidieron que estaban libres ya del mareo y que debían levantarse y afrontar el día. «Bebé», al ver que sus dueños se movían, se animó y dio unas vueltas por el camarote con aire confiado, y cuando frau Hutten le besó en el hocico, él brincó alegre para lamerle el mentón.

La niñera india despertó a la señora de Ortega y le puso el pequeño al pecho para el alimento de la mañana. La madre se adormecía y despertaba de nuevo con deleite al continuo y cálido murmullo de aquella boquita voraz, del largo tajar del barco en las olas y del latir adormilado de las máquinas. Sus dolores y fatigas habían desaparecido por fin. Unidos madre e hijo dormían como un solo ser en dulce abandono animal, exhalando dulzones olores animales, acurrucados y juntos cual seres todavía no nacidos en su largo sueño oscuro. La india, que dormía con su camisa y sus largas enaguas blancas, se llenó las palmas de las manos de agua fría, se lavó los ojos y se alisó el cabello, se puso la bordada falda de lana, los pendientes y los diversos collares, se tendió de nuevo, juntos los delicados, desnudos y puntiagudos pies, y se adormeció. De vez en cuando se revolvía un poco y abría un ojo. Una voz que no reconocía, pero que tomaba por la de su querida y difunta madre, la llamaba con frecuencia por su nombre, en tono de advertencia, mientras dormía: «Nicolasa», le decía muy tiernamente la voz, como si ella hubiese vuelto a la infancia de nuevo. Pero aquella voz quería comunicarle la triste noticia de que tenían necesidad de ella, de que debía interrumpir su descanso nocturno, debía estar todo el día calladamente dispuesta a hacer lo que le pidieran. Nicolasa solía llorar con frecuencia, durmiendo, porque se pasaba la vida entera entre gente extraña que solo la conocían por su nombre de pila, que no sabían una palabra de su lengua y que nunca le preguntaba cómo se sentía. «Nicolasa», dijo entonces la voz con insistencia. Nicolasa exhaló un suspiro y se incorporó en el lecho; vio que su pobre niñito dormía todavía y la pobre madre también, pero quizá estuvieran más tranquilos y durmieran más rato y más profundamente si ella los velaba. Nicolasa se deslizó por el borde de la cama, sonriendo vagamente a la madre y al pequeño; luego cayó de rodillas y se sacó del bolsillo el rosario, que tenía atado un amuleto de hierbas secas puestas dentro de una bolsita de estopilla.

Nicolasa besó el amuleto antes de besar el crucifijo.

Wilhelm Freytag se despertó sintiendo que en su cara soplaba un viento más fresco, más frío. El arqueado trocito de horizonte brillaba en el ojo de buey, pero no límpido, sino con un azul espeso y brumoso. Hacía seis días que habían zarpado; en efecto, estaban a domingo, y el barco había adquirido ya su velocidad normal, tal cual era, y cruzaba las aguas en línea recta, observó Freytag, asomando la cabeza un poco inquieto. El aire era genuinamente marítimo, denso pero dulce y suave, con largos y fuliginosos andrajos de nubes que partían de unos bancos azul oscuro, de tormenta, por el este. Parecía tarde; quizá se había perdido el desayuno. La campana del barco tocó. Las ocho; tiempo sobrado si se apresuraba un poco. Hansen sí se lo perdería, sin embargo. Detrás de la cortina zumbaba la respiración del más profundo sueño, y los enormes pies de Hansen, de plantas lisas y brillantes y grandes dedos sustentadores separados unos de otros, sobresalían, como de costumbre, de la litera superior. Freytag se preguntó cómo se las arreglaba su compañero cuando hacía frío, y recordó haberse despertado a medias a causa del ruido que hizo Hansen al trepar a la litera a una hora muy avanzada sin duda… Probablemente había andado metido en un asunto poco edificante con aquella española a quien estaba acosando desde el comienzo.

Mientras se afeitaba, fue examinando las corbatas y eligió una, diciéndose que la mayoría de los que cruzan el mar siguen comportándose como si se encontrasen en tierra firme, y, sencillamente, en un barco no hay lugar para ello. Hasta el acto más ínfimo se destaca más claramente y parece peor, porque ha perdido el medio ambiente que lo rodeaba. La cadena de acontecimientos que desembocan en aquel hecho y lo explican no está allí, uno no puede relacionarlo con el pasado, encuadrarlo en su lugar y sus dimensiones propios. Se podían descubrir cosas respecto a algunas personas, si dedicaba a ello tiempo y trabajo, pero no había tiempo bastan te y, además, no valía la pena; ni siquiera aquella chica

americana, Jenny Brown, era bastante interesante para tratar de conocerla mejor. De por sí, era una persona bastante simpática, creía él; buena bailarina y desbordando una conversación animada y un humorismo disparatado y caprichoso que le divertían a uno de momento, aunque luego no recordara ni una palabra siquiera. Pero aquel extraño joven que viajaba con ella proyectaba sobre su personalidad una luz dudosa: tal como sucedió la noche anterior, al comportarse él de un modo tan raro, es decir cuando se interpuso bruscamente entre ellos durante un vals, apresó a Jenny Brown por el codo, la arrastró fuera de allí, y trenzó con ella unos pasos de danza de una especie que por lo común solo se ve en las salas de baile de categoría inferior. A Jenny Brown le costó un esfuerzo soltarse de sus garras, y lo consiguió por un momento, que aprovechó para volverse y decir «buenas noches» a Freytag; luego David Scott la cogió por el brazo, y ella ya no se resistió más y se marchó con él. Todo ello resultaba bastante vulgar y estúpido, desde el punto de vista de Freytag, y era una prueba del peligro que implica el mezclarse con desconocidos y con sus enredos particulares.

Lo que él, Freytag, prefería de los extraños era una indiferencia amistosa, un trato agradablemente superficial. Con ello bastaba para cualquier viaje, cualquier velada entre extraños, pero aquella verdad era precisamente una de esas cosas de las cuales muchísimas personas, demasiadas, no saben nada en absoluto, se dijo, empezando en ese momento una conversación interior con su ausente esposa Mary.

«Las personas que viajan en este barco, Mary, parece que no saben encontrar ningún término medio entre la rigidez, la desconfianza, el alejamiento total y una especie de curiosidad invasora, corrosiva. A veces esa curiosidad se manifiesta de una manera afectuosa, otras veces es sosegada y maliciosa; en uno y otro caso uno tiene la sensación de que unos peces se lo están comiendo vivo». «Yo nunca viajé en barco, recuérdalo», le contestaba Mary en su mente. «Ah, pero viajarás pronto; ya lo verás. Entonces lo comprobarás por ti misma. ¿Lo creerías?, yo bailé con una chica que se llama Jenny no sé cuántos, bebí un trago en su compañía, y un joven que viaja con ella, un sujeto de baja estofa creo yo que ha de ser, hizo por este motivo la escena más rara del

mundo». «¿Bailaste con ella?…».

Freytag se dio cuenta al instante de que tal episodio no pertenecía a la especie de cosas que él contaría a Mary. No tenía significado ni importancia ciertamente, quedaba fuera por completo de la vida de ambos, y cuando volviese a ver a Mary lo habría olvidado ya. Por lo demás, si Mary oyese aquella historia, podía ser que dijese, torcidamente, como había dicho en otras ocasiones, cuando le contaba aventuras de viaje que a él le parecían más bien encantadoras: «¿Otra goyim, me figuro?». Y él, como siempre, tendría que responder: «Sí». Y ella comentaría: «¡Es raro que cuando viajas solo no encuentres nunca a ningún judío!». En cierta ocasión en que él probó de demostrarle que semejante observación era, en sus labios, casi un insulto, estuvieron a punto de pelearse; en tales ocasiones Mary no quería reconocer un hecho que le constaba de sobras, el de que eran los judíos quienes trazaban una línea divisoria y rechazaban toda clase de asociaciones y amistad. Pero aquel tema era para ellos un terreno peligroso, y Wilhelm Freytag había aprendido a evitarlo.

Freytag sentía medrar su propia vida dentro de sí sana y salva, como una masa intacta, con una superficie lisa y muy dura, en la que los peces no podían hincar el diente. Se mantendría alejado de aquella Jenny Brown y de sus asuntos, fuesen cuales fueren. Evidentemente, aquella muchacha se hallaba en una situación enojosa, y bien dispuesta para un poco de diversión. Tenía una manera de hablar demasiado íntima, demasiado personal; hacía preguntas: deseaba hacer confidencias, contar cosas de sí misma. No era una mujer tan interesante como su propia vanidad le hacía suponer.

Él jamás deseaba confiar ni contar nada a nadie, como no fuese a Mary. Muy sencillamente, se estaba transportando a sí mismo, cual si fuera un objeto inanimado enviado por barco y almacenado en la bodega, hasta que, desde la casa que había alquilado y empezado a preparar para Mary en Ciudad de México, se depositara en la casa en la que Mary le estaba esperando en Mannheim. Durante tal intervalo nada le interesaba, no tenía nada que ver con extraños. Cuando regresasen juntos, el barco y los pasajeros seguirían sin importales nada, porque aquel sería el gran viaje de su vida. No volverían a ver Alemania jamás, a no ser que ocurriese un

milagro. Para él, la tierra natal sería Mary, y para Mary la tierra natal había de ser él, y a todas partes adonde fuesen habrían de llevarse consigo su propia atmósfera; a tal atmósfera habían de llamarla su patria, y tenían que esforzarse en no recordar su verdadero nombre: el exilio. Wilhelm Freytag evocó a Mary cantando y tocando el piano, y él se puso a acompañar, silbando, la canción que ella cantaba: «*Kein Haus, keine Heimat*…».

Así iba a suceder. ¿Y qué sensación causaría saber siempre, transportar dentro de sí mismo como un secreto culpable el saber que no habían ido a ninguna parte determinada por decisión propia, libre y satisfecha, sino que habían sido arrastrados allá, al lugar aquel; que andaban huyendo, acosados hacia una frontera y después hacia otra, sin la facultad de elegir su residencia ni de rechazar el albergue que se les ofreciese? Su arrogancia languideció. ¡Cuán vergonzosa existencia para cualquier hombre, cuán doblemente vergonzosa para un alemán! Poco importaba lo que dijese él en aras de la cortesía acerca de su mezcla de nacionalidades; Freytag sabía que era alemán de pies a cabeza, hijo legítimo de aquel poderoso linaje alemán, capaz de destruir todas las sangres extranjeras que corriesen por sus venas y hacerlas a todas puras y alemanas una vez más; y el mundo entero había sido para él un terreno de caza, meramente, un campo de incursión, un territorio donde parase una temporada con provecho hasta que llegase el día en que regresara para siempre a su patria, de la que, en espíritu, no habría estado ausente jamás. En todas partes donde había estado sintió suelo alemán debajo de sus pies y cielo alemán sobre su cabeza; para él no había ninguna otra nación, y… «¿Cómo ha sido que nos la han arrebatado, Mary? Tú no eres ya una judía, sino la esposa de un alemán; la sangre de nuestros hijos fluirá tan pura como la mía, tu manchada corriente quedará limpia en sus alemanas venas…».

Freytag se incorporó de un violento tirón y se secó la empapada cara. Sus divagaciones se habían convertido en una rapsodia penosa, un espantoso sueño en vigilia habíase adueñado de él; estaba murmurando demencias en el mismo instante en que la sólida tierra le fallaba los pies, la casa retemblaba sobre su cabeza; la larga huida estaba empezando, y él no podía ni imaginar siquiera el final. El porvenir era una inmensa esfera vacía, singularmente huérfana de sonido, deshabitada, sin variación ni detalle; no

obstante sabía que, visiblemente, nada podría cambiar durante muchísimo tiempo; quizá las cosas cambiasen tan despacio que él apenas se daría cuenta de cambio alguno hasta que ya fuese demasiado tarde. Sin duda alguna, él continuaría siendo un directivo de segunda fila de la compañía alemana de petróleos, hasta que llegara el día de buscar otra oportunidad en una firma donde a nadie le importase en absoluto que se hubiese casado con una judía. A Wilhelm Freytag le daba miedo introducir a Mary en su círculo social de Ciudad de México… Sus amigos no se dejarían engañar por aquel cabello rubio y la naricita respingona. Él sí se había dejado engañar, pero fue porque se enamoró de Mary apenas verla; ella le dijo quién era casi enseguida, pero a él no le importó, no vio en ella nada de judía. Sin embargo, aquellos alemanes coloniales de Ciudad de México verían quién era al instante, nada más divisarla en toda clase de establecimientos, restaurantes, teatros, en toda clase de reuniones… En fin, ahí estaba el caso increíble e irremediable, y él solo podía desear que para cuando la situación empezara a hacérseles insoportable, hubiese encontrado otro empleo igualmente bueno, o mejor todavía, en alguna otra parte. Acaso se estableciera por su cuenta en México, o en América del Sur, o hasta quizá en Nueva York, pero solo como último recurso.

Examinando aquella eterna cuestión como lo hacía, su mente se había vuelto árida y práctica. No podía sentirse sentenciado por el hado, destinado a la catástrofe; en realidad no sabía imaginarse expulsado de un sitio, ni en peligro de perder la vida; sin duda a él y a Mary no los subirían nunca a un barco, sin un céntimo, prisioneros, para ser arrojados a otro país que tampoco les quisiera… como aquella desequilibrada condesa española prisionera, con su desatinado cuento de miedo. «¡Pobre mujer!», sorprendiose pensando Freytag con compasión impersonal; pero la preocupación que sentía por sí mismo pesaba tanto que le incapacitaba para inquietarse profundamente por la suerte de la condesa. Apoyándose en la baranda, miró otra vez, a la cubierta de los pasajeros de proa.

El doctor Schumann se encontraba allí cerca, observándolos también, con cara pensativa. Saludó cortésmente a Freytag y sacudió la cabeza.

—Esta mañana parecen más repuestos —comentó Freytag.

Los de abajo se movían perezosamente, pero se movían al menos, ocupando las manos, ordenando los objetos de su pertenencia lo mejor que se lo permitían las circunstancias. Algunos hombres fumaban, y aquel corpulento y obeso (el de la camisa color cereza) estaba de pie entre ellos, separadas las piernas, rugiendo otra canción, de la que el viento subía unas pocas palabras sueltas. Los otros, que estaban envolviendo de nuevo sus paquetes, o abriendo sillas de lona, se paraban de vez en cuando a escucharle, sonriendo ampliamente. Las mujeres habían conseguido lavar unas cuantas prendas, descoloridas faldas y andrajos infantiles; una larga fila de ellos colgaba, agitada por el viento, de una cuerda tendida tan baja que todo el que cruzaba tenía que inclinarse al pasar. De pronto daba la sensación de que había más espacio, y nadie estaba mareado de verdad.

—Si no viene mala mar, lo pasarán bastante bien —opinó el doctor Schumann—. Habrá algunas fracturas de brazos, piernas, cabezas, y hasta quizá alguien se desnuque —pronosticó, mirándolos meditativamente—. No cuentan con ningún sitio donde estar seguros… son demasiados… Es una deshonra para el barco. Espero que el buen tiempo dure por lo menos hasta el golfo de Vizcaya, cuando hayamos dejado ya a más de la mitad de esa gente en Santa Cruz de Tenerife.

—En el golfo de Vizcaya siempre hay mala mar —observó Freytag—. Ea, al menos esa gente es afortunada en un aspecto; todos se van a su tierra.

—En efecto —contestó el doctor Schumann—. Solo deseo que podamos llevarlos allí sin causarles nuevos sufrimientos.

El médico parecía de un humor bastante lúgubre y en mal estado de salud también por su parte, y apenas movió levemente la cabeza cuando Freytag se alejó de allí.

En el pasillo descubierto que conducía al comedor, la tablilla de anuncios constituía un centro de reuniones matutinas. David vio a Jenny con un aire relamido y reposado, de pie delante de la tablilla en compañía de mistress Treadwell y se fue al instante a zanjar el asunto de una vez.

—¡Ah, caramba, hola, David cariño! —saludó Jenny con desenvoltura, pasando el brazo por debajo del suyo.

David se lo oprimió un poco, al tiempo que tiraba de ella, pero la muchacha se soltó y se apartó un paso de él. Mistress Treadwell saludó al pintor con un movimiento de cabeza, y los tres leyeron el menguado despliegue de pasatiempos, un tanto gastados ya por la repetición: servicios religiosos por la mañana (una variante debida al hecho de ser domingo); carreras de caballos, a las dos; natación a todas horas; música en cubierta, a las cinco; té en el bar; un concierto de banda después de comer; baile en cubierta más tarde.

Las banderitas sostenidas por alfileres, que clavaban en el mapa todos los días para señalar el avance del barco, avanzaban en línea curva a través del campo azul del Atlántico.

—Vamos a alguna parte, naturalmente —dijo mistress Treadwell a David—. No diviso tierra por ningún lado ni con los gemelos más potentes.

Del Caribe a las Canarias habían de pasar catorce días; de las Canarias a Vigo, Gijón, Southampton y Bremerhaven, ocho días más, o quizá diez.

—Ya podemos ir pensando en el final de este viaje —contestó David.

Los boletines de noticias tenían un carácter preferentemente náutico, y se consideraba del caso mencionar los movimientos de barcos que los pasajeros (marineros de ocasión) no conocían, con referencias ocasionales a las huelgas portuarias que tenían lugar casi simultáneamente en San Francisco, Nueva York, Lisboa y Gijón. Los pasajeros anunciaban mediante trocitos de papel clavados con

chinchetas si habían perdido o hallado peines incrustados de piedras, cojines de plumón, petacas, cámaras fotográficas, espejos de bolsillo, rosarios… Asimismo se anunciaba allí la lotería del barco, con el nombre del afortunado de la víspera.

Mistress Treadwell siguió con una uña barnizada de un rojo brillante el curso del barco en el mapa azul. Y comentó, dirigiéndose quizá a David:

—Es cierto, no hacemos escala en Boulogne. —Lo decía con cara amistosa, tímida, esforzándose en sonreír. David se quedó mirando cómo la deslumbrante uña de la pasajera se deslizaba hacia el puerto, hacia Boulogne—. Y se da el caso de que es el único sitio adonde deseo ir —concluyó, levantando la cara.

—Entonces, ¿por qué tomó este barco? —preguntó David.

Y esperó confiado que le diese cualquier explicación femeninamente absurda. Se trataba, sin duda alguna, de una mujer que perdía las llaves, se le escapaban los trenes, olvidaba sus compromisos y enviaba a las amigas cartas llenas de murmuraciones indiscretas, solo que equivocándolas de sobre. Pero no, la mujer salió con una respuesta razonable.

—El empleado de la North German Lloyd de Ciudad de México me vendió un pasaje para Boulogne y me dijo que el barco hacía escala allí —explicó meticulosamente, sin indignación ni queja—. Es un caso —añadió— que no tiene nada de singular ni sorprendente. Los agentes lo cometen a menudo. Mi billete dice…

Mistress Treadwell abrió el bolso y revolvió delicadamente con el índice su interior. David fijó la mirada, por encima del codo de la señora, en un apiñamiento de «baratijas» de mucho precio: de oro, plata, cuero y concha de tortuga. Por fin sacó una cartera de piel de avestruz, encarnada y oro: el estuche del pasaporte.

—Debería estar aquí —dijo, sin mucha convicción—. ¿Dónde se meten las cosas? —preguntose en voz alta—. De todas formas, decía Boulogne, claramente.

—¿Habrá perdido el billete? —interrogó Jenny, alarmada.

—No lo tengo aquí, pero estará en alguna parte. No soy la única que va a Boulogne. Esos estudiantes de Medicina cubanos…

—A Montpellier, sí, ya sé —atajó David.

—Me gustaría saber qué se proponen hacer allí. ¿Qué puede ser? —inquirió mistress Treadwell—. Estudiar Medicina no, sin duda.

—¡Pobre Cuba! —exclamó perezosamente Jenny.

David preguntó cómo llegarían allá, para empezar. Mistress Treadwell supuso que los desembarcarían a todos, y a ella también, en Southampton, y desde allí…

—Resultaría pintoresco —comentó Jenny— que el capitán se limitase a ponerlos en un bote salvavidas agujereado, quizá con dos remos nada más, un barrilete de agua pasada, llena de renacuajos y unas galletas perdidas de gorgojos… Me gustaría verlos marchar así, y le apuesto lo que quiera a que llegarían a su destino.

—Pero ¿cómo lo soluciono yo? Yo también quiero ir a Boulogne; es el camino más corto para llegar a París.

—Ah, yo también quiero ir a París —manifestó Jenny—. Cuanto más lo pienso, más rabia me da ir a Alemania. Aquel mismo sujeto de México nos dijo que si cambiábamos de idea en cuanto a lo de Alemania, siempre podríamos conseguir visados del cónsul francés en Vigo, y esa es ahora mi única esperanza.

Mistress Treadwell se volvió, sonriente, hacia David y vio con profunda sorpresa que se había puesto pálido y tenso y que parecía presa de una cólera callada.

—¡Qué bien! —dijo, pronunciando la frase que se había propuesto antes de ver su rostro—. ¿Usted también quiere ir a París?

—Ni pensarlo —replicó el pintor—. Yo me voy a España.

—Y yo me voy a París —afirmó Jenny, en tono tajante.

Mistress Treadwell experimentó de pronto la sensación de encontrarse en medio de dos personas que se combatían a pedradas. Con los músculos en tensión, si bien con cara sonriente, empezó a distanciarse de un modo casi furtivo, cubriendo su retirada con unos cuantos comentarios acerca de la hermosa mañana y una mención del desayuno. ¿Habrían sido capaces de pelearse allí delante de ella? La sola idea la llenó de turbación y espanto. Por lo visto mientras se alejaba apresuradamente, la sonrisa continuó en su rostro, puesto que Wilhelm Freytag le preguntó cuál era la causa de que se la viese tan alegre ya a primeras horas de la mañana. Ella le contestó que no tenía idea, y se fijó en que la mirada del joven se posaba en Jenny y David, que pasaban en aquel momento cerca de donde estaban ellos, ambos un poco pálidos y nerviosos bajo la brillante luz. Los cuatro se saludaron con esbozados cabeceos.

Freytag, con el estúpido incidente de la noche anterior fresco todavía en la memoria, sintió cierta leve y maliciosa satisfacción al pensar, al saber sin duda alguna, que con independencia, con absoluta independencia de lo que quisiera aparentar, formaban una pareja mal combinada; no gozaban en mutua compañía ni de una brizna de felicidad, ni gozarían nunca de ella; aquello no podía continuar. Volvió la cabeza como para dirigir una última mirada a la pareja que se alejaba, a fin de fijar en su memoria una imagen que ya en aquel momento iba cambiando y desapareciendo; y antes de que pudiera evitarlo, echarlo fuera de su mente, antes incluso de que se diera cuenta de que había formado el horrible pensamiento, este se concretó, sobresaltador, en palabras auténticas, reales, en su mente, que estaba despertando: «Si aquella que anda allá fuese Mary, aun a esta distancia, cualquiera (¡incluso yo!) conocería, a la primera mirada, que es judía… ¿Por qué pienso estas cosas, Mary? ¡Mary…! ¿Qué debo hacer ahora?».

Una pequeña fracción de segundo para que la imagen que se había formado de su vida entera cayera partida en pedazos. Wilhelm Freytag se volvió hacia mistress Treadwell con cara de pasmo y le propuso, levantando un poco la voz, que desayunasen juntos en cubierta.

—Delicioso —aceptó la señora, después de meditar el ofrecimiento.

Y se acomodaron y llamaron al camarero. La luz del sol se derramaba sobre ellos, rielando en las olas. Les trajeron café y sendas bandejas con humeantes chuletas de cordero asado, miel, bollitos calientes y mantequilla. Las grandes servilletas blancas les reflejaban en la cara una luz mitigada. Su momentáneo bienestar proyectaba un breve fulgor agradable sobre el día entero, que no se presentaba muy prometedor.

A medida que pasaban sus compañeros de viaje, mistress Treadwell se dio cuenta de que la mitad por lo menos no se saludaban, no por desagrado, sino por indiferencia, y le hizo notar a Freytag que la noche anterior no había modificado mucho la situación. Freytag dijo, en un tono de voz que a ella le pareció de un humor excelente, que a pesar de todo habían ocurrido algunos pequeños incidentes que a la larga quizá la cambiasen. Mistress Treadwell meditó en silencio y para sí misma las pocas cosillas que

había observado y decidió que, como de costumbre, el silencio quizá fuese lo mejor.

Herr Lutz, paseando solo y a su aire, se paró para fijar la mirada en las bandejas de los dos comensales.

—¡Ah! —exclamó, haciendo gestos como de censura—. Comiendo otra vez, ¿eh? Tres veces al día durante un centenar de años, si tenemos un poco de suerte, ¿no?

A mistress Treadwell le dio de pronto la impresión de que tenía el plato demasiado lleno, de que el alimento era un poco basto. No era la primera vez que notaba el efecto degradante que producía la presencia de herr Lutz sobre todo lo de su alrededor. Freytag estaba amontonando miel y mantequilla sobre la mitad de un bollito.

—¡Muy cierto! —respondió alegremente.

Demasiado guapo, con esa especie de belleza alemana improcedente (a juicio de mistress Treadwell), vestido con demasiado esmero, demasiado absolutamente sano, sin una idea en la cabeza, confirmaba, además, que demasiado a menudo hasta los alemanes más agradables devoraban el alimento como lobos. Muchos viajeros, a través de los tiempos, habían observado y mencionando ese hecho. Ella misma no había conocido jamás a ningún alemán que no fuese glotón. Freytag volvió hacia ella una cara inocente, con la boca llena hasta rebosar, gozando con el desayuno, y se topó con los ojos de la mujer, fijos por primera vez en su persona con una mirada blanda (las cejas, delgadas y oscuras, levantadas ligeramente, la cabeza inclinada a un lado), una mirada que no decía nada en particular, pero que le desconcertó un instante. Freytag volvió el rostro y deglutió laboriosamente. Cuando miró de nuevo a mistress Treadwell, esta miraba hacia el mar.

—El desayuno es la comida que más me gusta —le dijo—. En casa solíamos tomarlo a estilo inglés, con toda clase de cosas calientes, chuletas, huevos revueltos, setas asadas, salchichas y molletes, en el aparador, donde uno se servía por SÍ mismo, con una gran cafetera humeando. Mi esposa…

El desayuno, a estilo inglés, por supuesto, y la comida, a estilo francés, y otros estilos importados, para otras ocasiones, con un confortable resbalón de vez en cuando hacia la *Eisbein mit Sauerkohl* [12] y la cerveza indígenas. «¡Qué raza tan fastidiosa son! —pensó mistress Treadwell—. Y todo su estilo, tanto propio como

importado, sale igualmente a grandes cuajos». *Ich bin die fesche Lola*[13] tarareó, imitando el más vulgar, más bajo tono de Marlene Dietrich. Freytag se puso a reír de buena gana y le hizo coro al llegar al verso acerca de la pianola.

—¿Dónde la aprendió? —quiso saber—. De entre todas, es mi favorita.

—En Berlín, la última vez que estuve allí. La Dietrich me gustaba más cuando hacía papeles cómicos, con su maravillosa voz de toro-contralto. ¡Cuánto más agradable no estaba cuando no hacía de heroína romántica en las películas!

Freytag manifestó su conformidad, y añadió:

—Mi esposa colecciona esa clase de discos. Tenemos centenares, de todas las nacionalidades, tipos deliciosamente bajos, todos. Nos gustan con pasión. —Continuó ponderando la gracia que tenía su esposa para conseguir que todos estuvieran a gusto y alegres a su alrededor—. En verdad, donde está ella se vive mejor.

Por un momento, el sonido de sus propias palabras le infundió confianza. Su imaginación se puso a recoger los pedazos de la imagen destrozada y a recomponerlos de nuevo. Quedaba casi igual que antes. Era auténtica, o lo había sido… y podía continuar siéndolo todavía. Era Mary por si misma la que cambiaba en gran modo su vida entera. Las cualidades que poseía Mary no habían de variar. ¿Qué era, pues, lo que se adueñó de él y le hizo caer en una sima de miedo frente al porvenir de ambos? El resto del mundo no les ofrecería unas condiciones peores que las que habían encontrado en Alemania, porque estas eran muy malas. Freytag se sintió hundido en la vergüenza y el arrepentimiento por aquellos pensamientos abyectos, desleales. Había de poner mucho cuidado en no dejar entrever ninguna de sus dudas a Mary, la cual, a pesar de toda su jovialidad y su experiencia social, se trastornaba y se ponía nerviosa fácilmente. Se despertaba chillando, atormentada por las pesadillas, y se pegaba a él, apretando la cara bajo su brazo, como si tratara de esconderse dentro de su cuerpo, pero nunca sabía contarle qué era lo que la había asustado tanto en sueños. Y había ocasiones en que Mary se apartaba de él, huía de la vida misma, y se pasaba todo el día sentada, mustia y abatida, con la cara entre las manos.

—Dejame en paz —solía decir, con voz sin acento—. Tengo que

sufrirlo. Espera.

Y él había aprendido a esperar.

Mistress Treadwell probó, sin mucho interés, de imaginarse la vida de su compañero de mesa, una vida ordenada día y noche entre cuatro paredes, con una frecuente y entusiasta gimnasia erótica debajo de los edredones y comida por arrobas, con una esposa rubia, tranquila y calmosa, alta y de buenas carnes, que derramaba bienestar y regocijo como quien derrama una espesa sopa de pan en escudillas profundas, el rubio cabello formando una trenzada corona. De vez en cuando asistirían a la ópera, o a un té de invitados, irían con frecuencia al cabaret y a los teatros de variedades, a oír a los actores de actualidad y a los cantantes de picardías. Mucho vino y mucha cerveza en todo momento, y banquetes muy especiales en los cumpleaños y los aniversarios de boda. Mistress Treadwell reflexionaba sobre la manifiesta satisfacción de Freytag, basada sin duda en su falta de imaginación y en la costumbre familiar de ingerir copiosos desayunos a la inglesa. Y mientras, iba dando pequeños mordiscos a su chuleta de cordero, que encontraba deliciosa.

Ella, con todo el dinero que había gastado y las cosas que había comprado y los lugares que había visitado, apenas recordaba un solo momento en que se hubiera sentido a gusto.

«Las mendigas me pellizcan —recordose a sí misma—, y nunca, por más caro que lo pague, seré capaz de comprar un billete que me deje exactamente en el punto adonde quiero ir. Acaso tal punto no exista, o si existe, sea demasiado tarde para ir allá. Y mi marido prefería acostarse con cualquier ramera que el azar le pusiera delante antes que hacerlo conmigo, aunque yo ponía todo mi empeño en ser lo bastante ramera para gustarle… ¡y se pasaba los días y las noches hablando de lo mucho que me quería! Se lo decía, especialmente, a otras personas. Y si hay un hombre soso y frío a bordo, es inevitable, yo tendré que trabar conversación con él. Sin embargo, este parecía bastante prometedor cuando Jenny Brown estaba pendiente de sus palabras».

Freytag había dicho algo, entretanto, y mistress Treadwell salió del baño caliente de su compasión de sí misma, a tiempo de coger el hilo de sus frases:

—… Mi esposa es judía, ¿sabe usted? Y nos vamos de Alemania

para siempre…

—Pero ¿por qué? —inquirió mistress Treadwell.

—Supongo que en realidad no corre prisa —contestó Freytag, restando importancia a la cuestión—. Pero prefiero tomar mis disposiciones y marcharnos cuando todavía hay tiempo.

—¿Tiempo? —preguntó ella, sin meditar—. ¿Qué pasa?

Entonces el corazón le dio un salto, pues sabía la respuesta de antemano, y no quería oírla pronunciar.

—¡Oh, algunos signos y portentos conocidos de antiguo! —respondió Freytag, lamentando sus propias palabras, puesto que aquella mujer de aspecto inteligente y atractivo que estaba sentada a su lado, parecía bastante obtusa y apática—. Advertencias de diversa naturaleza. Nada demasiado grave, supongo, pero nosotros —«¿nosotros?», se preguntó a sí mismo— tenemos la costumbre de observar el tiempo —concluyó, maravillándose de su falta de precaución en haber hablado tan despreocupadamente con aquella extraña.

—Ah, no es preciso que me lo diga —apresurose a interponer la dama—. En cierta ocasión conocí a un judío ruso que se acordaba de un *pogrom* que vivió de niño. Tenía seis años cuando sucedió aquello, y se acordaba de todo, absolutamente de todo…, daba unos detalles terribles… de todo, excepto de cómo escapó con vida. De esto no sabía nada en absoluto. ¿No es raro? Unas personas a quienes no había visto nunca hasta ocurrir el *pogrom*, le rescataron, le adoptaron y le llevaron a Nueva York, y él no recuerda nada de todo ello. Era un hombre perfectamente cuerdo, amable, instruido, profesor de lenguas, de todas, y por su aspecto se hubiera dicho que no había pasado una pena en toda su vida. ¿No le parece un caso interesante de veras?

Freytag se quedó callado tan largo rato que mistress Treadwell dirigió hacia él su amistosa sonrisa, un poco más luminosa que de costumbre. Él se estaba mordiendo la uña del pulgar con una cara como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza.

—No debí abordar este tema —murmuró con un poso de resentimiento—. No debería pronunciar jamás ni una sola palabra sobre él.

—Acaso tenga razón —convino mistress Treadwell, pensando: «¿Qué espera usted de mí? ¿Qué puedo hacer yo?».

Movió el brazo, para apartar la bandeja. Freytag se la quitó de la mano y la dejó sobre la cubierta, al lado de la suya. Ambos se levantaron.

—Ha sido una delicia tomar el desayuno aquí —comentó la señora—. Qué maravillosa idea ha tenido.

—Encantado, en verdad que sí —contestó Freytag, con un aire más bien teatral.

Mistress Treadwell se alejó de nuevo, huyendo de la amenazadora proximidad de sus semejantes, de los sentimientos de sus semejantes. Si se quedaba a escuchar, sabía que se emocionaría poco a poco, se excitaría a pesar de sí misma, y al final quizá se identificaría con la otra persona, tomaría sobre sí, como propios, los agravios y esfuerzos sufridos por esta, y según el rumbo que siguiera la conversación, acabaría sintiéndose culpable, como si fuese la autora de ellos. Sí, en efecto, y él lo creería también y se los reprocharía abiertamente. Había ocurrido así con demasiada frecuencia. ¿No sería capaz de aprender por fin? Y todo ello no servía de nada, ni para el confidente ni para el oyente. No había remedio, no había alivio. Las lágrimas no cambian nada y las palabras jamás penetran hasta la verdad.

«No, no me explique nada más acerca de sí mismo. No le escucho, usted no puede forzar mi atención. No quiero conocerle a usted, y no le conoceré. Déjeme en paz».

Vista con los ojos turbios y la moral un tanto precaria de David, Jenny tenía una figura tan fresca y hermosa ante el tablón de anuncios, antes del desayuno, y le había tratado a él con tan engañosa dulzura, que la rabia que sentía contra ella empezó a inflamarse de nuevo. Era una indignidad que Jenny tuviera aquel aspecto y aquel comportamiento después de lo que había pasado —vaya usted a saber qué— la noche anterior.

Jenny, por su parte, se hallaba en un estado de ánimo excelente, y por un motivo singular. Habíase despertado temprano, saliendo de una pesadilla, y hasta cuando ya tenía los ojos bien abiertos seguía oprimiéndose el pecho horrorizada, con miedo de apartar las manos a causa de la sangre que tenía en ellas. Después el cerebro se le iluminó, la visión se dispersó como el humo, y fue capaz de explicarse con toda lógica la cadena completa de su sueño y los eslabones que la unían. Naturalmente.

La noche anterior, David se quedó en el bar hasta que los ojos se le vidriaron de puro borracho. Luego los siguió a ella y a Freytag, acechando, con un aire muy parecido al de un detective particular que reuniese pruebas para un marido receloso. Freytag lo había visto al momento, aunque fingió no darse cuenta. Bailaron otra vez y tuvieron la esperanza de escapar, pero David se interpuso entre ellos y la cogió por la muñeca, con una expresión ruin e idiota en la cara. Después de probar de libertarse, ella cedió y se fue con David, que seguía sujetándola, como con unas tenazas, por el brazo. Había visto a distancia que estaba completamente borracho. En consecuencia, se mostraría tozudo, callado, ingobernable… En resumen, lunático. En tales ocasiones, ella le sentía miedo. Era mejor que se fuera con él y le encaminara hacia su camarote, donde acaso lograría dejarle. Muy pronto hubo de darse cuenta de que David tenía otras intenciones. Se le apoyaba en el hombro y la miraba con ojos vidriosos, inseguros, pero lascivos. Luego, su mirada se dirigía hacia el camarote de ella, no hacia el suyo. Jenny

se quedó fría de cólera y asco. En la puerta se soltó de un tirón, y aprovechando la sorpresa de él, entró con gran rapidez y, girando sobre los talones, le dio con la puerta en las narices. David hincó el hombro en el tablero de la puerta, y ella empujó con todas sus fuerzas desde el otro lado. David cesó de forcejear al instante cuando Elsa, que se había levantado aterrorizada, gritó:

—¿Quién hay? ¿Qué hace usted aquí?

Entonces la puerta se cerró, y Jenny echó el cerrojo.

—No te pongas… nerviosa —pidió a Elsa, con leve jadeo—. Solo está borracho y un poco ofuscado. Se olvidó de que tú estabas aquí.

Cosa rara —según pensó Jenny—, fuese por lo que fuere, Elsa relacionó el pequeño episodio con el amor. Quiso hablar del amor. Confesó que tenía miedo de enamorarse —Jenny notó que pronunciaba la palabra babeando de gusto, que quizá sea la manera acertada de pronunciarla—, de enamorarse del hombre en quien menos debía fijarse, de aquel guapo estudiante cubano, aquel alto que cantaba y bailaba tan bien.

—Pero no me atrevo a dejar que mi madre lo sospeche —concluyó Elsa, con un leve trémolo de dicha en la voz—. ¿Se imagina usted lo que diría?

—¡Oh, sí, me lo imagino! —contestó Jenny—. Y vale la pena que tengas cuidado. Ese cubano no te traería más que conflictos.

Elsa meditó un rato la afirmación de su amiga, y luego aventuró:

—Pero a mí me han dicho siempre que el amor ocasiona conflictos… que son inevitables en él. Conflictos… —La muchacha exhaló un suspiro estremecido y feliz—. ¡No me importaría! —Luego añadió con cierta timidez—: Creo que ha de ser divino tener a un hombre tan enamorado de una. Me parece muy triste que usted haya tenido que cerrarle la puerta.

—¿Triste? —exclamó Jenny, sorprendida por la amarga emoción que manifestaba la muchacha—. No, esa no es la palabra exacta.

Después de largo rato de permanecer tendida inmóvil en la oscuridad, oyendo a Elsa revolverse y suspirar, Jenny se durmió y volvió a vivir en sueños una cosa que había visto ya a plena luz del día, aunque el final fue distinto, como si su memoria hubiese cosido en una pieza dos o tres pedazos descabalados, a fin de urdir un significado real para el conjunto, significado que cada una de las piezas, por separado, no tenía. Durante su primer mes con David, se

fue en autobús desde Ciudad de México a Taxco, para ver una casa en esta segunda población. A las doce de aquel día luminoso y ardiente, el autobús acortó la marcha al pasar por un pequeño poblado indio con sus casitas, de muros recios y sin ventanas, flanqueando la carretera, el desnudo suelo barrido delante de cada puerta. El polvo tenía un sabor amargo; el calor le hacía pensar con afán a Jenny en un sitio fresco donde dormir.

Media docena de indios estaban de pie, apiñados y callados, en el espacio libre delante de una de las casitas y contemplaban algo con vivísima atención. Mientras el autobús avanzaba despacio, Jenny vio a un hombre y a una mujer, a cierta distancia del grupo, trabados en una lucha mortal. Se bamboleaban y daban traspiés ambos a la vez, unidos en un extraño abrazo, como si cada uno sostuviera al otro. Pero la levantada mano del hombre esgrimía un largo cuchillo, y la mujer tenía el pecho y el estómago abiertos. La sangre le corría por el cuerpo y por los muslos y le pegaba la falda a las piernas. A su vez, ella golpeaba con una piedra la cabeza de su agresor, cuya fisonomía quedaba escondida por arroyuelos de sangre. No gritaban, y sus rostros denotaban que sufrían con estoicismo, con una extraña especie de paciencia abstracta, purificada de cólera y odio en su único, sagrado, abnegado propósito de matarse mutuamente. Su carne se mecía a un mismo tiempo, siempre pegada la del uno a la de la otra. El brazo izquierdo de cada uno rodeaba el cuerpo del otro como en el abrazo del amor. Sus respectivas armas se levantaron de nuevo, pero las cabezas descendieron poco a poco, hasta que la de la mujer descansó en el pecho del hombre y la de este reposó en el hombro de ella, y, sosteniéndose así, ambos asestaron un golpe más.

Aquella visión duró solo un segundo, fue un chispazo, pero en la memoria de Jenny vivió en un día ilimitado y eterno iluminada por un sol cruel, lleno del gozoso, insensato movimiento del autobús, de la luminosa y profunda bóveda del cielo, de las sombras de las montañas inundando los valles, de la sed que ella tenía, y del dulce piar de unos polluelos recién nacidos dentro del cesto que llevaba en las rodillas el muchacho indio sentado a su lado. Jenny no se dio cuenta del miedo que había sentido, hasta que la escena empezó a repetirse en sus sueños, siempre con alguna variante grotesca que no comprendía. Pero aquella última vez, ella había estado entre los

espectadores, como si se tratase de una función, y las dos delgadas figuras, vestidas de blanco, aparecían irreales cual pequeñas imágenes de un altar de iglesia rural. Luego vio con horror que sus rostros eran los de David y el suyo propio, y allí estaba ella, con los ojos fijos en la cara de David, llena de hilillos de sangre, y con una ensangrentada piedra en la mano… y el cuchillo de David se levantaba sobre su traspasado y sangrante pecho.

Con el alivio del despertar y la tristeza de recordar los tiempos aquellos en que se embelesaba con David y creía en su amor, casi lloró. Pero las lágrimas retrocedieron hacia los ojos y se secaron en ellos. Todavía estaba convencida de que amaba a David, pero, en cambio, lo que él entendiese por amor era, para ella, un misterio. Creía imaginarse el amor como una ternura, una fidelidad, una alegría y una auténtica bondad del corazón hacia el ser amado. Ella quería que David estuviese bien atendido, deseaba, por su parte, sentirse a gusto dentro de sí misma, pero aunque David parecía devorarlo todo fríamente, seguía siendo lo mismo que si estuviera solo. No le concedía su confianza, no cedía nada a cambio. Se ponía murrio cuando ella pintaba. Era incapaz de realizar su propia tarea, y no hacía otra cosa que vagar por ahí, sin rumbo. Aborrecía a los amigos de Jenny, pero no conquistaba ninguno por su parte. No quería escuchar música en compañía de la joven, no quería bailar, no quería compartir sus estados de ánimo, ni permitía que ella compartiese los de él.

Tampoco quería cierta clase de vida propia que ella pudiera compartir, ya que él era incapaz de compartir la de Jenny. Vivía dentro de sí mismo en cautividad voluntaria. No permitía que le abriesen la puerta.

Tendida allí con los brazos debajo de la cabeza, la lista de acusaciones que formulaba Jenny iba creciendo. Al principio acordaron que no debían casarse porque ambos tenían que estar libres. Para los seres civilizados el matrimonio era un lazo paralizador y humillante. Sin embargo, ¿qué era el lazo que existía entre ellos sino un matrimonio, y un matrimonio de la peor especie, con todas las privaciones, los celos y las cargas del matrimonio auténtico, mas sin nada de su dignidad, sin nada de su calor, de protección, sin una declaración sincera, honrada de la rectitud de fe e intenciones de cada uno? ¡Ah, había llegado la hora de meditar un

poco! Jenny se había enamorado de David atolondradamente, por un flechazo (¿por qué?) y saltó la valla al momento porque no se paró a reflexionar, a pensar en nada. En cuanto estuvieron juntos, ya no se sintió atolondrada sino feliz, animada por unos sentimientos irreprochables y extrañamente atada a David. Creyó que él sentía lo mismo. Durante un año al menos, estuvo convencida de que los unía un lazo verdadero y perdurable. Iban a vivir juntos una vida espléndida.

Poco a poco la desalentó la tenaz resistencia que David oponía al amor (como si fuera una fuerza malvada exterior a los dos, en lugar de una fuerza de vida que ambos poseían y se intercambiaban mutuamente), además de su negativa a tomar parte en cualquier plan que le comprometiese ni siquiera para el futuro más próximo. Jenny creyó primero que sus repetidos y prolongados accesos de silencio daban prueba de energía y de una tremenda fuerza de carácter. Pero cuando estaba borracho era vulgar y necio, cual si las cuerdas que sujetaban su carácter quedasen cortadas y su personalidad se desmoronada. Jenny creyó antes que el desdén con que rechazaba a todos los amigos de ella era signo de un gusto selecto y de un criterio superior al que ella poseía. Ahora tenía la impresión de que David observaba y escuchaba con atención tan tensa en busca de la falacia, del punto falso, de las pequeñas pero innegables muestras de debilidad y vulgaridad en otros porque el hallarlas mitigaba un poco su propio miedo, adormecía las incertidumbres que le acosaban acerca de sus propias cualidades. Tenía ganas de gritar en voz alta: «¡Oh, David querido, no hay de qué tener miedo! ¡No le hagamos caso!». ¿Había sido siempre así David, o esa era su manera de defenderse de ella? Pero ¿por qué tenía que defenderse? Y… ¿había sido así desde el principio, solo que ella no supo verlo porque estaba demasiado enamorada? Pero ¿qué había en él, pues, que fuese digno de amarse? ¿Cómo era posible que le hubiera amado jamás?

Jenny se puso a lavarse y vestirse con maravillado alborozo. La larga lucha había terminado, la pregunta había sido formulada y había obtenido una respuesta propia, concreta… No la que Jenny esperaba —¿qué respuesta esperaba, pues?—, pero era una respuesta, y ella la aceptaría.

«Continuaremos durante un tiempo, cada vez será peor y peor, y

ambos nos haremos y diremos mutuamente más y más cosas insultantes, y un día nos asestaremos los últimos golpes, los golpes mortales. No contamos con punto alguno al que retroceder para volver a empezar…, no tenemos punto alguno adonde ir. El pasado nunca está donde uno cree que lo dejó: uno no es la misma persona que era ayer… ¡Oh! ¿Adónde se iría David?, me pregunto. La morada hacia la que te diriges no existe todavía. Tienes que edificarla tú cuando llegues al punto preciso. ¡Oh, Dios mío! No permitas que olvide nunca más lo que me ha sucedido realmente. No permitas que lo olvide. ¡Ayúdame, por favor!».

Cuando Jenny vio a David unos minutos más tarde ante el tablón de anuncios, sintió por él una ternura profunda, después de haber eliminado sus resentimientos. Si podía evitarlo, no volvería a pelearse con él. Se separaría de David en el muelle de Bremerhaven y se iría directamente a París y él podría irse a Madrid como deseaba. Pero entretanto…

Las primeras palabras que le dirigió iban cargadas de espíritu de provocación. Jenny supo escucharlas tal como habían de sonarle a David. Pero fue incapaz de reprimirse. Mientras le servía el café a David, dirigió una mirada por todo el comedor y saludó casi a todos los que entraron.

—Veo que todos los borrachos y los que sufren mareo se han levantado y van dando traspiés por ahí —dijo—. Hasta tus compañeros de camarote. ¿No te sientes muy solo allí, cariño? ¿No te dan nunca ganas de venir a pasar la noche con Elsa y conmigo?

David se puso de color verde pálido e hizo acopio de energías.

—¿Eso hice? —preguntó—. Sabía que había sido algo bueno. Sigue, sigue, cuéntamelo.

—Eso es todo —contestó Jenny—, a menos que tú recuerdes algo más… alguna cosa interesante que hicieras en mi ausencia. Nunca recuerdas lo que sucede cuando estás borracho, ¿verdad que no? Imagino que es un recurso muy conveniente, soberbio.

David fijó la vista en el plato y no dijo nada. Jenny estudiaba el hermosísimo y limpio modelado del ángulo exterior de sus ojos y los patéticos ángulos interiores, con las delgadas venitas azules de los párpados. La nariz era especialmente hermosa. La situación de las orejas. La cabeza entera, larga y estrecha. Había trazado docenas de esbozos de la cabeza de David, pero ninguno resultó jamás lo

bastante parecido para gustarle. Acaso fuera capaz de interpretarla en color. La cara tenía una mezcla curiosa de sensibilidad, con algunos elementos extraordinariamente toscos y otros muy bonitos, quizá el secreto estuviera en la boca. David comía como un incendio, pero nunca ganaba ni una onza de peso. Tenía aspecto de pasar hambre. Jenny no sabía de ningún otro hombre capaz de dormir como lo hacía él, lo mismo que un muerto. Ella a veces sentía un miedo terrible. Y solía acercarse de puntillas para mirarle otra vez y oír si respiraba. Los domingos y días de fiesta dormía dieciséis horas seguidas, y se despertaba con aire de fatiga, como si no pudiera resarcirse nunca del sueño atrasado. Le gustaba tenderse en el agua, aunque no había aprendido a nadar, y era capaz de tumbarse en una estera tomando el sol por espacio de largas horas, igual que un perro perezoso. Cuando se ponía a beber whisky, continuaba con la tarea deliberadamente, hasta el embrutecimiento. Todos esos desabridos excesos los practicaba con un frenesí metódico, reservado, frío, pero sensual, de regocijo. Y cuando la poseía a ella, Jenny sabía que David olvidaba con quién estaba acostado. No obstante, conseguía tener el aspecto de un monje joven e inocente en tiempo de Cuaresma. Una vez le explicó a Jenny que su madre no pudo mantenerle, después de haber sido abandonada por su padre. Tenía un hermano ruin que cultivaba el asma como un medio de acaparar las atenciones de su madre, la cual tuvo que confiar a David para que lo criasen, a tres horribles tías, viejas, que olían a agrio y que nunca le dieron lo bastante de comer. Tenía el hambre metida en los huesos, en el alma. Dentro de Jenny surgieron entonces unos vagos instintos maternales al estilo de los que a ella le repugnaba sentir.

—David… —dijo Jenny, con voz suave, confusa.

Y de nuevo, con sorpresa, él vio en el rostro de la joven aquella transformación que ya le era familiar. Precisamente después de haber manifestado el humor más difícil y perverso, venía la amable y ciega expresión de la ternura más abyecta, misteriosa, pero auténtica por el momento, conmovedora y digna de crédito.

—¿Qué hay, Jenny, mi ángel? —preguntó con gran dulzura, esperando que ella se arrepintiese de algo, que le ofreciese alguna concesión que él no le había pedido, una concesión que retiraría y negaría luego, cuando su humor hubiese cambiado y se hubiera

endurecido de nuevo.

David estaba cansado de probar de entenderla, y ahora sabía ya que no podía confiar en ella para nada en absoluto.

—Me alegra de que hayas decidido ir a España —declaró Jenny. «¡Mentira! —pensó él—. ¡Lo único que no hace es alegrarte!»—. Vayamos a España primero. Yo siempre he deseado ir a Francia, y siempre lo desearé, en todo momento. Algún día iré. Francia no se moverá de su sitio. Tengo tiempo. Pero tú quieres ir a España ahora. Pues vayamos. Ojalá no hubiésemos sacado nunca aquellas pajas.

—Fue idea tuya —recordó David, implacable—. Tengo la impresión de que acabaremos desembarcando en Francia, después de todo.

—¡Oh, no! —gritó Jenny, aunque sus ojos se iluminaron al mero sonido de las palabras—. ¡No! Nos vamos a Alemania, Dios nos ayude, a menos que podamos conseguir un visado en Vigo, y si el barco hace escala en Boulogne, después de todo. Esos estudiantes cubanos dicen que existe una antigua ley marítima que obliga al capitán de un barco a dejarle a uno en el puerto para el cual ha pagado el pasaje. Pero el sobrecargo le dijo a mistress Treadwell que el precio es el mismo para cualquier puerto de más allá de Gijón y que el capitán no está obligado a hacer escalas imprevistas entre Gijón y Bremerhaven. Y el capitán ha dicho taxativamente que no deseaba anclar en Boulogne. De modo que, cariño…, cuando lleguemos a Bremerhaven echemos una moneda al aire, una sola vez; si sale cara vamos a España, y si sale cruz nos vamos a Francia, y compraremos los billetes allí mismo y enseguida, antes de que ocurra algo que nos mande por otro camino. —Jenny se mostraba muy alegre ante la perspectiva de resolver la cuestión—. ¡Oh, David! Hagámoslo así y terminemos con esta inquietud. ¡Este viaje sería tan bonito con solo que supiéramos adónde vamos!

David no supo o no quiso tomar la decisión.

—Esperemos —propuso después de una pausa larga y enojosa—. Todavía no sé adónde quiero ir.

Le fastidiaba el ver que la situación se le escapaba de las manos. Su propósito era pelearse con Jenny a causa de su comportamiento con aquel absurdo Freytag. Por una vez la tenía en situación claramente desventajosa. Ella había intentado apretar los tornillos con fuerza y hacerle una exposición cómica y cruel de su conducta

de la noche anterior. Pero no tenía por dónde empezar, faltaba un terreno común. La separación había empezado, la distancia entre ellos se había ensanchado rápida e inopinadamente.

«No hay un momento de paz —pensó David—, excepto en ese escaso segundo de esperanza, de convicción incluso, de que ahora, ahora por fin, lo has conseguido. Si continuamos juntos, esta mujer me será infiel, tendrá "aventuras" como las tuvo antes. ¿Ir a España con ella? ¿Para qué? ¿Para qué habríamos de ir a ninguna parte juntos?».

La vida de Jenny, o al menos la versión de la misma que ella le había contado a él, era una historia desordenada, de acontecimientos incoherentes, de vagabundeos desprovistos, al parecer, de sentido. «¡Oh, no! —solía protestar Jenny—. Todo ello tuvo un significado maravilloso para mí». Pero jamás decía en qué consistió la maravilla. Nunca sabía explicar los verdaderos motivos que tuvo para estar en determinados lugares, ni lo que hacía de verdad allí. «¡Pues mira, pintaba, David! Además, entonces ya no tenía hogar. Mis abuelos habían muerto, la casa había sido vendida, y no me habían dejado casi nada… Yo tenía que ganarme la vida, ¿no? Aunque no valía mucho para ello… y todavía no valgo, ¡pero lo intento! Tenía un *empleo* allí». Y por lo visto, allí siempre asomaba la cabeza un hombre, o más de uno. «¡Cielo santo, David, claro que hubo hombres! ¿Por quién me tomas…?». «¡Caramba, no, David, jamás me casé con nadie! ¿Por qué había de casarme?».

Nunca quería confesar que hubiese amado a ningún hombre sino a él, y más curioso todavía, nunca quería admitir que ningún hombre, excepto David (esperaría y vería, para estar segura) la hubiera amado a ella. «Nada de todo ello tuvo importancia alguna, David cariño —le aseguraba una y mil veces con la más cándida inocencia—. Nada duró. Fue solo por divertirme, David. No era amor, era fuego de hojarasca». Y jamás pudo comprender cómo, para David, lo malo del caso estuviera en eso precisamente. Hubiera tenido que ser amor, era una deshonra para ella el no haberlo sido. «Y ahora —se decía David a sí mismo con amargura— tampoco lo es, supongo. Quizá nunca será otra cosa que fuego de hojarasca».

Era una mañana de domingo, a fin de cuentas, como les recordaban a los ateos los devotos. Estos habían adoptado la cara de los domingos y cada uno acudía a su variedad particular de culto. A las seis, el padre Carrillo estaba en la cubierta de los pasajeros de proa, diciendo misa delante de un altar portátil adornado con pequeños cirios encendidos y flores arrugadas de papel encarnado. La gente se arrodillaba, se levantaba y se volvía a arrodillar, apiñada hombro con hombro, con la cabeza inclinada y moviendo los labios, las manos revoloteando continuamente en una serie de complicados signos de la cruz. Entre ellos, solo seis mujeres se hallaban en estado de gracia. Las seis se arrastraban de rodillas, las cabezas cubiertas por las mantillas negras, para recibir la Sagrada Comunión. Levantando la barbilla y cerrando los ojos, abrían la boca de par en par y sacaban exageradamente la pálida lengua, para participar del Pan Angélico. El sacerdote llevó a cabo la ceremonia severa y apresuradamente, colocando las obleas en las extendidas lenguas con ademán experto y retirando con presteza la mano. Terminó la misa en debida forma pero rápidamente, y casi al instante empezó a desmontar y empaquetar su altar como si se marchara de un lugar apestado.

En el extremo de cubierta más alejado del altar, un considerable grupo de hombres que durante toda la función religiosa habían permanecido de espaldas al sacerdote, se volvió de cara y empezó a dispersarse. En silencio, sin ninguna otra demostración, expresaban desprecio y rabia hasta en los movimientos de las manos y cruzaban sonrisas despectivas y burlonas. El hombre obeso de la camisa color rojo cereza, que parecía el jefe del grupo, avanzó rectamente hacia uno que continuaba arrodillado, con la destrozada gorra en la mano, y al tropezar deliberadamente con él, faltó poco para que le hiciera caer. El arrodillado se levantó, se puso la gorra, inclinada, y se enfrentó con el otro, el cual se detuvo en seco, mirándole por encima del hombro con exagerado desdén.

—¡Borra esa cochina expresión de tu cara en presencia de la Sagrada Forma! —dijo con extraordinario ímpetu el que había sido empujado.

—¿En presencia de qué? —preguntó el obeso.

Cada uno de los dos asestó un puñetazo al otro en la boca casi en el mismo instante. El devoto, que era el más bajo, dio un salto y derribó al obeso. Los dos cayeron a la vez en la cubierta y lucharon con furia asesina durante unos segundos, al cabo de los cuales media docena de hombres los cogieron y los separaron a la fuerza, sujetándolos enérgica mente, mientras las mujeres daban alaridos y se dispersaban, tropezando con sillas y fardos.

El padre Carrillo recogió su altar y se dirigió hacia las escaleras. Cuando los dos que se habían peleado quedaron en pie, ya libres, las caras y las ropas aparecieron manchadas de sangre. Sus ojos, que tenían un brillo de ferocidad, se encontraron por un instante, prometiéndose que aquello no terminaba allí. Luego se alejaron uno del otro en silencio, cada uno secándose la cara con un harapo sucio, cada uno rodeado de sus amigos, o de sus guardias, que era lo que aquellos habían pasado a ser.

A las siete, en la pequeña biblioteca del salón principal, el padre Garza decía misa ante una congregación formada por la *troupe* de bailarines españoles, la pareja de novios, el doctor Schumann, frau Otto Schmitt y la señora de Ortega, la cual, a tan temprana hora de la mañana, estaba pálida y descolorida, y se apoyaba en el hombro de la niñera india. Todos estaban de rodillas sobre el alfombrado suelo, echando de menos sus almohadillados reclinatorios, mientras la brisa, suave y cálida, les hacía brotar gotas de sudor de la frente. Los españoles se habían arrodillado en apretado grupo, los amargados rostros afectadamente serios, las delgadas manos jugueteando con los rosarios.

Frau Schmitt, observando que los recién casados estaban de hinojos a una discreta distancia el uno del otro y no cruzaban ni una mirada siquiera, aprobó tal delicadeza de conducta. Entonces se cubrió la cara con las manos para evitar toda clase de distracciones, y se abandonó a unas emociones suaves, a unas rememoradas bendiciones, mezcla de amor y plegaria, una visión difusa, dulce, emancipada del tiempo, de su futura participación de los gozos divinos. «Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, solo

en Tu gracia podrá quedar sana mi alma»… «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte…».

Cerca de ella, Amparo se agitaba, haciendo crujir las enaguas y entrechocar las cuentas del rosario, rezando en voz baja con sonido sibilante, mientras irradiaba de su persona un perfume penetrante y canallesco. Frau Schmitt, distraída por los sones y los aromas, los olores de los cuerpos y de la brillantina barata, se alejó unos pasos, de rodillas, y luego se detuvo, dominada por una sensación de ridículo. La dicha interior que la embargaba antes había quedado destrozada. Sentóse sobre los talones, resignada y obtusa, abrió los ojos y siguió los movimientos litúrgicos del padre Garza, el cual iba murmurando oraciones en voz baja. Frau Schmitt se las sabía todas de memoria, pero sintiéndose defraudada por la pérdida de su arrobamiento, dirigía de vez en cuando miradas a hurtadillas a los españoles, a quienes culpaba de ello.

Le resultaban particularmente repulsivos. ¿Cómo era posible que nadie calificara de hermosa aquella gente morena? La presencia del doctor Schumann, el hombre bueno y sabio, la reconfortaba. Tenía la sensación de conocerle bien. ¡Ah, sí, era la clase de hombre a quien ella comprendería y que la comprendería a ella! Un tierno, soleado recuerdo de su luna de miel en Salzburgo se levantó en su mente, como una pequeña pintura con marco de oro: su flamante esposo, su maravilloso esposo, que siempre seguiría siendo maravilloso, junto con ella en el primer cuarto que tendrían para los dos en la posada del Caballo Blanco de Saint Wolfgang; la encantadora luz verde del verano inundándolo todo; el vaporcito blanco, de regreso de un viaje alrededor del lago, y todo el mundo bajando a un desembarcadero no mayor que la tarima de una escuela, para recibirla como si llegase de cruzar el mar… Y los globitos dorados danzando en el chorro del surtidor de Hellbrun, ¡y los preciosos enanitos y gnomos de loza vidriada acechando desde los setos y los arriates de flores! Aquellos españoles, con sus caras hoscas y sus ojos cargados de odio, si hubieran visto la blanca estatua de mármol de la martirizada emperatriz Elizabeth, en Hellbrun, comprenderían lo que es la belleza. Era el que realizaba un triste viaje para frau Schmitt, el último, quizá, que hacía en este mundo, ¡y qué pena que las personas que tenía a su alrededor

fuesen tan desagradables! La muerte de su marido la había dejado en tan amarga soledad que una noche se quedó dormida imaginando que se levantaría y bajaría a la bodega, a sentarse allí, en la oscuridad, al lado del ataúd para gozar de su querida compañía. Luego, en sueños, bajó, y allí en la puerta encontró a su marido relumbrando como un claro de luna en el mar, y le dijo, agitando la mano: «Vuélvete, vuélvete, vuélvete»… Eso solamente, y nada más tres veces. Y luego desapareció. Entonces se despertó asustada, encendió la lamparita de noche y se puso a rezar el rosario. Y ahora no le quedaba otro recurso que el de no volverle a ver jamás en este mísero mundo, y tratar de impedir que se le endureciera el corazón contra los pobres y los infortunados… porque seguramente aquellos aborrecibles españoles eran ambas cosas a la vez. Ella había tenido siempre la arraigada convicción de que los seres humanos no deseaban otra cosa que vivir en paz y dichosos. Pero anidaba en ellos un espíritu perverso, responsable de que no se dejaran tranquilos unos a otros. El deseo de uno había de destruir invariablemente el deseo de otro. Uno tiene que asegurarse su propio bien a expensas del prójimo. O así parece que sucede. Dios nos perdone a todos.

Herr Löwenthal, paseando solo, sin rumbo, malhumorado, después de haberse puesto las filacterias y haber rezado las oraciones de la mañana, estaba reflexionando desesperanzado en el trato de que le hacía víctima herr Rieber. No era que le dijese malas palabras, pues apenas se la dirigía, y si herr Löwenthal le hacía una pregunta cortés, obtenía un gruñido por respuesta: el conflicto estaba en que herr Rieber se comportaba como si se encontrase solo en el camarote y le pertenecieran todo el espacio y todos los derechos. Los objetos de herr Löwenthal los empujaba de un lado para otro como si no fueran más que basura que le impedía el paso. Una vez barrió intencionadamente del estante todos los artículos de aseo personal de Löwenthal y arrojándolos al suelo, rompió un frasco de buena loción para el afeitado, y no tuyo ni siquiera la finura de fingir que lo había hecho por accidente.

Si herr Löwenthal colgaba el pijama en el reducido armario, cerca de las prendas de vestir de herr Rieber, este, con una expresión de asqueado remilgo, cogía el pijama con el índice y el pulgar, lo quitaba de allí y lo dejaba caer al suelo. Y todo esto, fíjense bien, con la más confiada insolencia, como si supiera que podía aventurarse a cualquier exceso sin miedo a las consecuencias.

Herr Löwenthal, que lo sufría todo sin formular una protesta y había decidido soportarlo en silencio y esperar con toda la paciencia posible el final de una situación tan monstruosa, pasaba buena parte de su tiempo tratando de hallar un sitio donde guardar sus pertenencias sin que herr Rieber pudiera invocar derecho alguno sobre el mismo. Volvió a llenar la maleta y también los maletines de muestras, puso su nueva provisión de artículos de aseo en una bolsa y lo colocó todo en el rincón opuesto a las literas, a los pies y debajo del sofá. Una vez los encontró en medio del suelo nuevamente, y otra, amontonados al descuido en la litera inferior. Se veía claro: aquello no tendría fin. Herr Löwenthal, con cierto maligno sentido del humor, empezó a considerar a herr Rieber

como a ese fabuloso espíritu doméstico infernal, el *poltergeist*, el trasgo. Ningún *poltergeist* hubiera hecho gala de una malicia más perseverante. Si todo aquello ocurría tan pronto, ¿qué no se le ocurriría a herr Poltergeist para fastidiarle, antes de que llegasen a Bremerhaven?

Con esa oscura pregunta en la mente, herr Löwenthal miró desde la cubierta hacia la reducida biblioteca y vio que se estaba celebrando una misa. Contuvo el impulso de escupir hasta que estuvo fuera del campo visual de los fieles. Luego, habiéndosele llenado la boca de saliva, de puro asco, acercose a la baranda, y como marinero de mentirijillas que era, escupió contra el viento, que le arrojó la saliva otra vez a la cara. Al notar que la maldición aquella rebotaba así contra sus mismos dientes, todo su cuerpo se vio invadido por un terror supersticioso, que se le escabulló cual manada de ratones por la sangre y le estremeció los nervios de los pies a la cabeza.

—Dios no lo quiera —imprecó en voz alta, con verdadera devoción.

Y se dejó caer, temblando todo él, en la tumbona más próxima.

El padre Garza, saliendo a los pocos minutos, con aire jovial y bondadoso después de haber cumplido con sus deberes religiosos, se desabrochó un botón de la sotana, para sacar un paquete de cigarrillos. El padre Carrillo se reunió con él. Ambos dirigieron una ancha y amistosa sonrisa a herr Löwenthal, cuyos ojos se habían clavado en ellos, sin ver.

—Buenos días —saludaron los sacerdotes, afablemente, y, en un alemán muy malo, el padre Garza añadió—: Nos hace un día hermoso.

Ambos siguieron andando despacio y herr Löwenthal, hundido en la sima de su desdicha, no los oyó siquiera hasta que ya estuvieron lejos. Entonces se recobró laboriosamente.

—*Grüss Gott* —respondió con semblante desamparado, al aire vacío y a la mar amarga y encrespada.

No habiendo ningún ministro luterano a bordo, el capitán Thiele se encargó de dirigir las funciones religiosas indicadas para el día. A las once, todos los huéspedes de su mesa, excepto el doctor Schumann y frau Schmitt, se reunieron en el salón principal, donde se les unieron herr Wilibald Graf y su sobrino, herr Glocken y la

familia Lutz, los Haumgartner y su hijo Hans. Hasta Whilhelm Freytag, que se encontraba allí por casualidad, se quedó para el servicio. El capitán leyó unos cuantos versículos de las Sagradas Escrituras con su voz más autoritaria y rezó las oraciones apropiadas, mientras su congregación escuchaba respetuosamente, inclinada la cabeza. Todos entonaron varios himnos armoniosos, que sus voces firmes extendieron por todo el barco, llegando incluso hasta el bar, donde el camarero permaneció de pie escuchando pensativo, con rostro complacido, siguiendo el compás con la cabeza y canturreando por lo bajo.

Luego, frau Hutten, frau Rittersdorf y frau Schmitt se sentaron de la parte sombreada de la cubierta dispuestas a esperar allí, en disposición dominguera, la hora de la comida. A poca distancia de ellas, herr profesor Hutten conversaba con el capitán y el doctor Schumann. Hablaban en voz baja y con aire muy serio, por lo cual las señoras renunciaron al intento de escuchar lo que decían, y frau Hutten, observando que frau Rittersdorf escribía en el cuaderno de notas, guardó un silencio considerado, jugueteando distraídamente con las recortadas orejas de «Bebé».

> «Parece que esos jóvenes americanos —escribía frau Rittersdorf, con pulcra caligrafía— tienen unos apellidos vulgares y corrientes, después de todo: Scott y Brown. Braun fue, sin duda, el apellido en su origen, y quizá la joven descienda de alemanes, aunque a mí me repugnaría pensarlo. Sería difícil imaginarse a una persona más opuesta en todos los sentidos a la manera de ser alemana. Angel y Darling son los nombres cariñosos que se dan mutuamente. Con muy mal gusto, por supuesto, y evidente exageración, además, pues ninguno de ellos tiene nada en absoluto de atractivo. Ella es una personita flaca, como demasiadas mujeres americanas…, de entre las cuales hasta las hermosas carecen de auténtica lozanía, y, una de dos, o parecen de madera pintada, o se las ve a punto de marchitarse. Esto se debe, según me ha dicho una autoridad en la materia, a la costumbre casi universal que impera entre ellas de perder la virginidad apenas llegan a la pubertad, y aun antes, para llevar a continuación una

vida de exagerada promiscuidad. Pero esa joven no tiene nada en absoluto de hermosa. Yo pensaría que ha de haberle costado trabajo perder la doncellez, fuese a la edad que fuere. En cuanto a él, supongo que es lo mejor que ha podido procurarse esa muchacha, y, ciertamente, es todo lo que merece».

Frau Rittersdorf metió la pluma en la angosta funda del lomo del cuaderno de notas y se arrellanó, muy satisfecha en su asiento, diciéndose que se había vengado sobradamente de la pareja por haberla desorientado en el primer momento.

Y se volvía para hablar con frau Hutten, cuando su atención se detuvo en la rara conducta de herr Rieber y fräulein Spöckenkieker, trabados en una nada edificante rebatiña junto a la barandilla. Herr Rieber llevaba el chal blanco y verde de la señorita alrededor del cuello, y esta tiraba bastante fuerte de la prenda por sus puntas. Fray Rittersdorf levantó vivamente, por un instante, su *face-à-main* [14]. Sí, aquella muchacha simulaba querer atar una lazada bajo el mentón de herr Rieber, pero lo cierto realmente era que le apretaba el nudo alrededor de la tráquea, hasta que el hombre arañó la atmósfera en busca de oxígeno y su ancha sonrisa desapareció entre una nube azul de venas distendidas. Entonces ella aflojó el nudo, y el complacido mártir representó la pantomima del que vuelve a la vida de nuevo, agradecido.

La actitud de herr Rieber ofendía profundamente a frau Rittersdorf, en todos los aspectos. No estaba a tono con la dignidad de un hombre el someterse a las persecuciones amorosas de una mujer, por muy notables encantos que esta poseyese. Más apropiado era que se produjese el caso contrario, pues la corona de la femineidad consistía en sufrir en aras del amor. Un auténtico escalofrío de excitación sensual le corrió el cuerpo de frau Rittersdorf al tratar de imaginarse qué habría ocurrido si ella hubiese intentado, por muy jocoso que hubiese sido el intento, estrangular a su Otto.

—Vámonos a beber cerveza —gritó animadamente herr Rieber, metiéndose el chal en el bolsillo, del que colgaba como una cola.

Y la desvergonzada pareja escapó corriendo, seguida de una fila de miradas de censura. Frau Rittersdorf comentó, dirigiéndose a

frau Hutten, con voz dulce y caritativa:

—Si una juzgase por las apariencias, ¡cuán a menudo se vería obligada a pensar lo peor!

Frau Hutten se revolvió perezosamente, y después de unos momentos de reflexión, contestó en tono indulgente:

—¡Qué caramba! Parece que ambos son solteros. ¡Quién sabe! Esto podría terminar en un compromiso formal.

La menudita frau Otto Schmitt aventuró:

—Se diría que forman una pareja un tanto rara. A mí siempre me ha gustado ver al hombre más alto que la mujer.

Entonces las tres advirtieron que el capitán Thiele, herr profesor Hutten y el doctor Schumann estaban absortos todavía en la conversación, a una distancia prudencial, y ellas dieron rienda suelta a sus femeniles lenguas, sin miedo a que las oyesen los hombres, los cuales, invariablemente, consideraban semejantes conversaciones triviales, indignas y apropiado blanco para su sentido masculino de la sorna.

—Fräulein Spöckenkieker está divorciada, tengo entendido —expuso frau Rittersdorf—. Me han dado a entender que es una comerciante…, una especie de comerciante en ropa blanca. Tiene tres tiendas y ha conservado su nombre de soltera en todo momento. No es raro que ya no tenga marido. Ello podría explicar, además, sus modales o el hecho de no tenerlos.

—Yo quería continuar dando clases después de casarme —declaró frau Hutten, con orgullo de buena esposa—. Pero mi marido no quiso escucharme ni un momento. El esposo sostiene a la familia, me dijo, y la esposa forja un hogar feliz para los dos. Esa es su misión sagrada, y hay que impedir a toda costa que la abandone. Y así se hizo. Desde el primer día hasta hoy. Yo no desempeñé otras tareas que las caseras, aparte de actuar de secretaria de mi marido.

Frau Schmitt se sonrojó.

—Yo di lecciones durante años —manifestó— en el mismo colegio que mi marido, quien, después de la guerra, estaba muy mal de salud. Era casi un inválido. Él no podía dar todas las clases. Importaba mucho no sobrecargarlo de trabajo. No teníamos hijos. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? En nuestra casita, pequeña y sencilla, no había bastante trabajo para tenerme ocupada. No, para mí era un placer ayudar a mi esposo. Y al mismo tiempo gozábamos

de un hogar feliz.

La dama se expresaba en un tono dulcemente defensivo, pero satisfecha de sí misma.

—Al fin y al cabo, no podemos sentar normas fijas. Todo depende siempre de lo que desee el marido —opinó frau Hutten—. En mi caso, he vivido únicamente para complacer al mío. Ahora (y no es preciso que hablemos de lo que ha sido la vida en aquel salvaje país extranjero) todos regresamos por fin a la patria. Pero no es posible que esté igual que antes —le dijo a frau Rittersdorf—. Nada puede estar igual. Nosotros nos fuimos a México en 1912, sin prever ni por asomo el desastre que había de afligir a nuestra amada patria. Por fortuna, el profesor tiene una vista muy deficiente, y desde la juventud padece de pies planos. No había ni que pensar en que fuese a la guerra.

—¿Por fortuna? —repitió como un eco de censura frau Rittersdorf, levantando las arqueadas cejas—. Por fortuna, mi marido era un magnífico, perfecto ejemplar físico de hombre, un capitán que prestó tres años de servicios en el frente, en lo más reñido (puedo afirmarlo) de la batalla. Le concedieron la Cruz de Hierro por sus extraordinarios alardes de valor en el combate y murió en el campo del honor. ¿No es extraño que la guerra hubiera de destruir a esos hombres, los de mente noble y cuerpo sano, los de un valor inapreciable como padres, y dejar solo a los defectuosos para continuar la raza? ¡Ah, es una pregunta que me he hecho muchísimas veces en el transcurso de estos años, desde que estoy sola! ¡Y no sé hallar la respuesta!

—El mundo necesita profesores y pensadores tanto como soldados —objetó afablemente frau Hutten. Estaba vacunada contra los argumentos de la otra, pues era una mujer que admiraba las conquistas intelectuales y se inclinaba convencida ante la superioridad moral—. Pero comprendo perfectamente los sentimientos de usted respecto a esa cuestión.

—Mi marido era, a la vez, un soldado valiente y un buen profesor —intervino frau Schmitt—. Esas cualidades no son incompatibles. Mi marido… —Pero se interrumpió e inspiró una gran bocanada de aire, que al ser espirada, sacó lágrimas al exterior, lo mismo que una bomba de un pozo. Con la cara trémula, buscó el pañuelo a ciegas y musitó, ahogándose—: No ha sido más

que un difunto todos esos años… Poco más que un difunto…

Las otras dos observaron su manifestación de sentimiento con compostura, y, acaso, con un leve asomo de satisfacción. Las mujeres deben llorar y cada una con sus propias lágrimas, por sus propias penas, en su momento determinado. Estando ellas sin lágrimas a la sazón, sus caras expresaban, además, un leve sentimiento de disgusto. Frau Schmitt parecía más bien en trance de hacer una exhibición de duelo, a pesar de lo cual ellas no podían dejar de ver, con cierto espíritu de censura, que a despecho de sus crespones de viuda, llevaba un grueso collar de oro con un gran medallón… muy poco apropiado, para decir lo menos. Frau Schmitt vio que las miradas de las otras se paseaban por su cuello y su garganta, y, como también era mujer, adivinó lo que pensaban.

—Es el retrato de mi marido —reveló, apoyando la mano en el medallón—. ¡Hace tanto tiempo que lo llevo, que no sabría pasar sin él!

En medio de un silencio excesivamente prolongado, no exento de filos cortantes, frau Schmitt se levantó, con la naricilla y los párpados color escarlata.

—Excúsenme —murmuró.

Y asegurándose bien sobre las zapatillas de punta roma, dio un rodeo y se encaminó con paso incierto hacia la puerta. Allí se detuvo y se hizo a un lado para que pasase el enfermo anciano de la silla de ruedas. Sobre el cráneo amarillento, apergaminado, se alzaba la cara roja, enojada, del muchacho, que trató rudamente de salvar el paso de la puerta, antes de que frau Schmitt se apartase de su camino.

—Párate —ordenó el anciano con voz hueca, levantando la mano y cogiendo la manga de frau Schmitt con el índice y el pulgar. La mujer temblaba y no osaba moverse, como si un fantasma le hubiese echado la zarpa—. ¿Sufres, hija mía? —le preguntó el viejo —. Deja que te ayude. Ven, anda a mi lado y cuéntame tus problemas.

—¡Oh, no, no! —contestó frau Schmitt, precipitadamente—. No es nada. Gracias, muchísimas gracias. Es usted muy bondadoso.

—Es Dios quien concede sus bondades por mi conducto, por conducto de su instrumento, su siervo —recitó el enfermo—. Yo, Wilibald Graf, puedo curar tus pesares por la gracia de Dios, con

solo que creas…

—Tío, estamos bloqueando la puerta —advirtió el muchacho, ronco de cólera, y empujó la silla con violencia.

Los dedos de herr Graf, todavía apretados, se deslizaron por la manga de frau Schmitt.

—¡Oh, no! —repitió ella, pasando a toda prisa, con movimiento torpe por el exagerado afán de huir—. ¡Gracias!

El pasmo causado por la blasfema proposición del enfermo secó sus lágrimas. Su pesar cedió el sitio a una sana indignación religiosa, y unos minutos después estaba hablando con los Baumgartner, los cuales habían pasado el rato sentados en lúgubre aislamiento en el salón grande. Herr Baumgartner estaba librando su breve, cotidiana batalla —condenada a la derrota de antemano— contra el ansia de tomar un coñac con soda antes de comer, y su esposa aguardaba el temido momento en que él tendría que confesar tal derrota. Hans estaba arrodillado en una silla junto a la ventana, contemplando el mar y esperando un vaso de zumo de frambuesa. Entonces su madre se sentaría entre él y su padre, apoyaría la cabeza en la mano y no les perdería de vista ni a uno ni a otro, ni por un minuto, si podía evitarlo. Hans se retorcía y suspiraba, viendo cómo Ric y Rac trepaban al pasamanos de la baranda, se inclinaban pronunciadamente hacia el agua y se hablaban a gritos, salvajes y libres. Ellos le vieron a su vez, y le hicieron muecas sacando la lengua. Rac se volvió de espaldas, se levantó las faldas y le enseñó las bragas. Hans retrocedió un poco ante eso, escondiéndose detrás de la tapizada silla, pasmado pero no disgustado. Hasta entonces, jamás había visto a ninguna chica hacer semejante gesto…, aunque fuera tan pequeña como aquella.

Frau Schmitt le decía a frau Baumgartner:

—Imagínese a un hombre al borde de la fosa…

Y frau Baumgartner mencionó casi tímidamente que había conocido a personas que no estando por su parte en el mejor estado de salud, sin embargo, poseían el poder de sanar. Ciertamente, en ocasiones parecían dar su propia salud a los demás, de modo que entonces no les quedaba para ellas.

Frau Schmitt sacudió la cabeza.

—Su cara no revela nada bueno. Y su mirada casi me asustó.

Herr Baumgartner arrugó la frente en un gesto de dolor, gimió

levemente y dijo:

—En los viejos tiempos había santos que podían curar, en efecto, tanto el cuerpo como el alma.

—Herr Graf es luterano —interpuso frau Schmitt, impulsivamente—. ¿Cómo podría ser santo?

Frau Baumgartner se irguió un poco, muy rígida. Su tono y sus maneras tomaron un deje glacial.

—Nosotros somos luteranos —replicó—. Nosotros también tenemos santos.

—¡Oh, querida! —exclamó frau Schmitt—. Créame, se lo ruego: por nada del mundo ofendería voluntariamente los sentimientos religiosos de nadie… ¡Oh! Para mí eso sería una cosa imperdonable. Estoy segura de que no me he expresado con claridad.

—Yo me temo que se ha expresado con mucha claridad, ciertamente —contestó frau Baumgartner, sin ceder ni una pulgada en su actitud—. Todas las iglesias tienen sus santos. Pero supongo que ustedes los católicos se imaginan que ante la mirada de Dios no existe nadie más que ustedes. Supongo que le cuesta admitir que yo sea tan hija de Dios como usted misma…

—¡Oh, por favor, frau Baumgartner! —gritó frau Schmitt, que en este momento parecía a punto de desmayarse—. Sí, todos, todos juntos somos queridos hijos de Dios, y yo no he pensado nunca otra cosa. ¡Si he dicho que ustedes no tenían santos en su Iglesia, ha sido por ignorancia, no *sabía* que los tuvieran, nadie me lo había dicho nunca! Yo pensaba que solo la Iglesia Católica tenía santos… ¡Perdóneme! —Y levantó las manos, enlazadas—. ¿Quiénes son?

—¿Quiénes son qué? —preguntó frau Baumgartner, afligida por la cara de su esposo, la cual delataba que iba a pedir un coñac con soda.

—Los santos de ustedes —aclaró frau Schmitt, anhelosa de aprender.

—¡Oh, qué pregunta, cielo santo! —exclamó frau Baumgartner, poniendo fin resueltamente a la escena—. Yo nunca discuto cuestiones religiosas con nadie. Ven, Hans —llamó a su hijo—. Vamos a tomar un zumo de frambuesa.

Apartando la cara, le dio el desaire completo y definitivo a frau Schmitt y la dejó sentada allí, sintiéndose profunda, injustamente ofendida. Aun con la mayor voluntad del mundo, sin nada más que

afecto en el corazón, meditaba frau Schmitt por milésima vez, ¡cuán difícil resulta ser buena, amistosa, sencilla, en un mundo en el que parece que nadie comprende a otro ni le tiene simpatía alguna; con demasiada frecuencia daba incluso la impresión de que nadie deseaba de verdad ni tratar de ser un poco caritativo!

El capitán Thiele, en la conversación que sostenía con herr profesor Hutten y el doctor Schumann, mencionó el altercado surgido aquella mañana entre los pasajeros de proa. Con el tono desenvuelto de la persona cuya autoridad no se discute, comentó que si se producían nuevos desórdenes entre aquella chusma, por la causa que fuere, pondría entre rejas a los alborotadores por todo el resto de la travesía. Le gustaba ver ocupado su pequeño calabozo, y de momento lo tenía vacío. El doctor Schumann se dijo enterado que un hombre había salido con la nariz rota, y otro con un corte en el mentón. Al bajar a verlo con sus propios ojos, los había encontrado a los dos en buena camaradería, y él le había puesto esparadrapo inglés en la nariz y dado dos puntos en la barbilla. Herr profesor Hutten mencionó con profundo pesar que la pelea había sido por motivos de religión.

—¿Religión? —exclamó el capitán, con arrogancia—. ¿Qué saben ellos de eso?

Dejaron el tema. Pero el profesor Hutten lo consideró bastante interesante para hablar de ello a su esposa y a frau Rittersdorf. Al encontrar a Arne Hansen en cubierta, frau Rittersdorf se atrevió a preguntarle si había recogido detalles nuevos acerca del motín de los pasajeros de proa. Hansen, que no estaba bien despierto, nada sabía, pero preguntó a un marinero qué pasaba, y este le dijo que había sido una pelea dura, aunque corta. Él no la había presenciado, pero tenía noticia de que aparecieron armas blancas.

Frau Hutten, que sacaba a «Bebé» a tomar el aire, se encontró con la familia Lutz, y con bastante agitación les contó lo que le había comunicado su marido, lo que creía ella que le había comunicado, y los Lutz se llevaron la impresión de que se había librado una batalla campal, con gran derramamiento de sangre, entre peligrosos criminales que acechaban abajo.

Herr Lutz preguntó a herr Glocken, que daba un paseo, meciendo sus largos brazos y silbando una tonada monótona, si

tenía noticia de la batalla habida entre los pasajeros de proa, añadiendo la esperanza de que pudieran saldar sus diferencias a su entera satisfacción.

—De lo contrario, subirán aquí a degollarnos a nosotros —dijo, aunque creyéndolo solo a medias.

Al oír tan escandalosa ligereza, frau Lutz se puso pálida, y añadió, como opinión personal, que se trató probablemente de un motín por causa de la comida.

—La nuestra misma no mejora precisamente. Ustedes lo habrán observado —comentó.

A herr Glocken le agradó descubrir que Wilhelm Freytag no sabía nada del alboroto.

—Es raro —ponderó Freytag—. Hace unos minutos nada más he visto al doctor Schumann, y no me ha dicho nada de tal incidente. —Pero le dio por tomar la cuestión festivamente—. ¿De modo que ahí abajo ya se están peleando? Bien, bien… ¿Y por qué?

Herr Glocken no lo sabía. Las opiniones estaban divididas. La gente entraba poco a poco en el bar. Se oía la voz estentórea, intolerante, de Arne Hansen diciendo en inglés y con acritud a un nutrido grupo reunido en fila en los altos taburetes:

—Cuando se están muriendo de hambre, cubiertos de harapos, embarcados como ganado, solo que con menos atenciones, ¿pueden imaginarse ustedes por qué motivo se pelean? Por la religión. ¡Dios mío! Se parten las narices entre sí porque uno se arrodilla y el otro no.

—Quizá la religión no sea el único tema sobre el cual tengan opiniones formadas —sugirió mistress Treadwell, haciendo girar pausadamente la jarra de cerveza a fin de que la espuma volviese a subir.

—*¡Ach!* —exclamó con disgusto el sobrecargo, que estaba junto a ella—. Por favor, no agite la cerveza. La estropeará.

—Lo siento —contestó mistress Treadwell, sonriente y pasó el bock.

Hansen se inclinó hacia adelante, con los pálidos ojos llameando debajo de las fruncidas cejas.

—¿Opiniones? ¿Qué opiniones? ¿Sobre qué temas saben bastante para poder opinar? Solo el obeso tiene opiniones, y el capitán dice que hay que ponerle entre rejas… ¡He ahí en qué

termina el derecho a opinar que tiene esa gente!

—Usted perdone, señor —advirtió el sobrecargo—. El capitán ha dicho solamente que si ese tipo gordo provoca más conflictos, él…

—¿Y quién ha de dictaminar qué es un conflicto? —bramó Hansen.

—¡Diablos, el capitán, por supuesto! —respondió el sobrecargo con presteza aunque un poco desazonado, como si se las hubiese con un lunático.

Hansen asintió con la cabeza.

—Eso es, precisamente —convino con acritud.

—¿Cómo puede tener nadie una opinión certera sobre el particular? —intervino a su vez David.

Jenny advirtió que hablaba con un leve deje español, una de sus costumbres más irritantes: pura afectación lo llamaba ella, aunque David lo negaba con encono sosteniendo que era el resultado natural de hablar español casi constantemente durante ocho años.

—Todos los argumentos —prosiguió David— no son sino prejuicios contra otros prejuicios. Sentimientos ciegos que luchan por imponerse. A la gente le encanta tener derecho a odiarse mutuamente contando con la sanción moral. El fundamento de la cuestión religiosa es quizá de índole política…

Freytag terció, con voz tranquila:

—Me figuro que ninguno de aquellos dos sujetos sabría dar una explicación razonable de por qué se pegaron, pero me complacería saber que en una de las dos partes al menos había algo mejor que política.

«¡Ahora me gustas de verdad!», se dijo Jenny, y escondió el agrado que expresaba su rostro detrás de la inclinada jarra de cerveza.

—¿Mejor? —preguntó Arne Hansen, y su voz retumbante se saturó de reproche y pesar—. ¿A usted le parece mejor que esas pobres gentes luchen unos contra otros en lugar de luchar contra sus enemigos comunes?

La pena y la indignación que expresaba eran reales, pero el origen de tales sentimientos resultaba tan misterioso para sus oyentes, que nadie supo contestarle. El sobrecargo, únicamente, chasqueó la lengua varias veces y le amenazó con el índice, sacudiendo la cabeza con seriedad. Hansen no le hizo caso.

Herr Baumgartner habló desde su mesa con voz profundamente conmovida.

—Yo soy, acaso, un alma perdida —dijo—, pero jamás negaría el poder de la religión verdadera. Es la fuente espiritual de nuestra civilización, la única esperanza que tenemos de eternidad. Muy pobres podemos ser ahora, pero ¿cómo quedaríamos sin la religión?

Hansen dio media vuelta y dirigió una mirada furiosa a herr Baumgartner por debajo de las pálidas cejas.

—¿Qué religión verdadera?

—Todas lo son —replicó con firmeza herr Baumgartner.

—¡Oh! —gritó su esposa en un chillido agudo y prolongado—. ¿Cómo puedes decir semejante cosa?

Herr Hansen no prestó ninguna atención a frau Baumgartner.

—La civilización… —declaró con desprecio liso y llano—. Dejen que les explique lo que es. Primero el soldado, luego el mercader, después el sacerdote y después el abogado. El mercader contrata al soldado y al sacerdote a fin de que conquisten el país para él. Primero viene el soldado, que es un asesino; luego el sacerdote, que es un embustero; después el mercader, que es un ladrón… ¡y los tres juntos traen al abogado para que haga leyes que defiendan sus hazañas…! Y ahí tienen ustedes su civilización.

Herr Baumgartner titubeó, cerró los ojos y pareció a punto de replicar; su esposa apretó los labios y le dio un golpecito con la punta del zapato. El marido guardó silencio.

—¿Qué me dice del artista? —preguntó Jenny, instigándole a continuar—. ¿Qué papel le concede?

—El artista viene más tarde, y pretende que todo es lo que no es. El artista es un falsario —contestó sencillamente Hansen, sin mirarla.

Denny, sentado al lado de Löwenthal, quien no cesaba de repetir entre dientes: «¡Bolchevique, bolchevique!», había permanecido muy lúgubre durante la exposición de los puntos de vista de Hansen, pero de pronto estalló en una sonora carcajada, a la que nadie hizo coro. Él se refugió en una sonrojada turbación.

—¡Falsarios, ah, sí, eso es verdad! —admitió, sin dirigirse a nadie en concreto—. ¡Falsarios!

—Me gustaría ver qué es lo que pasa de veras —le dijo Jenny a Freytag, que había estado observando el rostro de la muchacha—.

Opino que si el hombre gordo está en el calabozo, deberíamos presentarnos en manifestación al capitán, llevando banderas, y dejar memoria de este día…

Freytag la siguió, y se quedaron mirando un rato a la gente de la cubierta de proa; pero no sucedía nada fuera de lo corriente. Los hombres descansaban o jugaban a las cartas en la cubierta; las mujeres daban de comer a los pequeños, o lavaban la ropa; el cálido sol se derramaba sobre todos, y no se notaban señales de inquietud.

En el otro extremo del barco encontraron a la familia Lutz, los Hutten, los estudiantes cubanos, y herr Glocken, en fila mirando abajo, donde habían quitado los toldos de lona, para dar luz y aire a los departamentos en que comían los pasajeros de proa, en primer turno. Las mesas ofrecían un aspecto tranquilizador. Los pasajeros se arracimaban en gran número alrededor de unas tajadas enormes de falda de buey hervida, budines rellenos, escudillas de albaricoques cocidos y montones de cebollas crudas. Comían en silencio, con atención, alargando mucho los brazos, para alcanzar las rebanadas de pan distribuidas a lo largo del hule blanco. Comían acodados, sintiendo renacer sus energías, percibiendo cómo se renovaban la sangre y los huesos, cómo resurgían sus esperanzas, cómo resurgía en ellos el afán de vivir. Los seis estudiantes se alinearon en la barandilla y les gritaron a los de abajo unas frases amistosas y bárbaras en su argot incomprensible; varios de los que comían levantaron la cara hacia arriba, con la boca llena, hinchadas las mejillas, y luego agitaron la mano, de buen talante. Tenían el rostro chupado y duro, pero sus ojos eran los ojos de unos hombres fatigados que, por fin, habían comido y dormido.

Los espectadores se dispersaron, un poco aburridos de ali vio, los tranquilizados ánimos reflejándose en sus expresiones levemente vacías. Murmurando entre sí como palomos, los Lutz, los Hutten y herr Glocken parecían haber convenido vagamente en que no está bien maltratar a los pobres, y ellos serían los primeros en sostenerlo, en todo momento. Por lo tanto se sentían felices al ver que se les ahorraba tan desagradable deber, que alguien mitigaba sus inquietudes y tranquilizaba sus sentimientos caritativos. Aquellos extranjeros raros no parecían peligrosos; evidentemente, nadie los trataba mal; al contrario, estaban saboreando una comida excelente; y si allá abajo había algunos matones, nadie tenía por

qué preocuparse… El capitán sabía la manera de apaciguarles.

Jenny y Freytag estaban parados a cierta distancia uno de otro; luego se acercaron y se quedaron juntos, sus manos casi tocándose, apoyados en la barandilla sobre el enrejado de proa. La absurda escena de la noche anterior se interponía entre ellos, y David Scott podía aparecer otra vez por detrás en cualquier instante, cual un fantasma que regresase para confirmar la primera sospecha sobre su culpa, o al menos la culpabilidad de sus intenciones. La seguridad que tenía Freytag de que él era inocente tomaba la forma de un oscuro resentimiento contra Jenny: ¿cómo permitía la muchacha que aquel sujeto se portase como un grosero cuando era tan evidente que no tenía sobre ella otros derechos que los que la misma Jenny quisiera concederle? En las profundidades de su conciencia, Freytag no creía sino en los derechos legales; el matrimonio le daba implícitamente a un hombre el derecho de atropellar hasta cierto punto a su esposa, y Freytag daba por descontado que la mujer había consentido en semejante estado de cosas al pronunciar la promesa de matrimonio. Todo eso iba fermentando en su cerebro sin cobrar forma concreta, pero una cosa sí sabía con claridad: la mujer que un hombre la tratase mal sin tener derechos legales sobre ella era una tonta, o cosa peor.

Sus sentimientos por Jenny, fuesen los que fueren, descendieron de tono y se enfriaron en breves instantes. ¿Podía estar enamorada ella de aquel individuo? Parecía cosa muy poco probable.

Jenny, inclinándose exageradamente, buscaba entre la turba de la oscura Sima, a través del enrejado.

—Sí, allí está —dijo, señalando al sujeto obeso, que ahora llevaba una camisa color verde hierba—, comiendo como un lobo. No se encuentra en el calabozo, ni mucho menos. De modo que nuestro desfile queda sin objeto; ¡qué lástima! No se ha cometido ninguna injusticia. ¿No es una pena? —La joven tenía una actitud perfectamente ingenua; sus ojos aparecían claros y alegres.

—La injusticia existe, efectivamente —opinó Freytag—, pero yace muy adentro y en el fondo, está en nuestra médula, es incurable… Mire —añadió muy serio—, si no hubiera injusticia, ¿cómo podríamos tener la idea de la justicia? Un viejo catedrático a quien conocí de muchacho solía decir: «Nosotros corregimos lo injusto, y atropellamos lo justo». No hubiera dado ningún fruto

bueno acudir en manifestación de protesta ante el capitán.

—Ah, ¿no? —exclamó Jenny. Estaba en completo desacuerdo con él.

Se le antojó que aquel hombre se limitaba a sentarse y permitir que los hechos pasasen sobre él. No había nada incurable o irremediable ni siquiera en la naturaleza humana. Y si uno esperaba a dar con la raíz, no llegaba a ninguna parte. ¡Con lo superficial y exterior había bastante para tener ocupado a cualquiera! Si uno quería que las cosas cambiasen —¡siempre para mejorar, naturalmente!— muy sencillo: le daba una patada al carro de manzanas que tuviera más cerca, desparramaba el primer saco de alubias que encontrase al paso… Jenny tenía una fe cálida y entusiasta en las huelgas; había tomado parte en muchas, y daban fruto; no había nada más excitante ni más maravilloso que sentirse parte de un todo que labora por enderezar entuertos: conseguir que la gente recibiera un sueldo digno, buenas condiciones de trabajo, menos horas… en fin, no importaba mucho el qué. Siempre llegaba alguien de un misterioso Cuartel General con dinero abundante, de manera que todo el mundo dejaba la comisaría bajo fianza y volvía a formar si era preciso. Ella no se había dejado convencer nunca por aquellas cabezas locas que le aconsejaban que mordiese a los policías y les diera puntapiés en las espinillas. Jenny había oído contar historias horribles sobre las brutalidades que los policías habían cometido con obreras en huelga, lo mismo en las manifestaciones que en el calabozo, y conociendo a la gente como la conocía, lo creía muy posible. Pero tenía la satisfacción de poder decir que ella se había llevado muy bien con «sus» policías, con todos sin excepción. Ella siempre trababa conversación, y mientras la llevaban al cuartelillo, trataba de convertirles. Por su parte, los policías siempre se mostraron perfectamente corteses, o al menos decentes, aunque impermeables. Ellos sabían lo que sabían y creían lo que creían, y si el cuento aquel de las manifestaciones no estaba fuera de la ley, debiera estarlo.

—¡Y no obstante —decía Jenny— algunos agentes eran muy simpáticos!

Hablaba como una jovencita que contase las alegres fiestas de la temporada en que la pusieron de largo. Freytag no la podía tomar en serio. Jenny no decía cuándo ni dónde habían ocurrido aquellas

cosas, ni tampoco cómo se había visto envuelta en tales sucesos —¿dónde había topado una mujer joven y en apariencia bien educada, con semejante compañía?— ni qué creencias profesaba que la indujesen a tales actos. Su conversación, ligera y fluida, estaba llena de omisiones y pausas; al parecer, esperaba que él las llenara con datos de su propia experiencia sobre tales acontecimientos. Pero Freytag no sabía nada de ellos, excepto de lejos: había visto a la policía disolviendo piquetes de huelguistas delante de las fábricas de cigarrillos mexicanas, y lo había aprobado de todo corazón, mientras esperaba que la calle quedase despejada para ir a ocuparse de sus asuntos.

En aquellos instantes la escuchaba, no por lo que Jenny decía —pues aquello le sonaba a fantasmas pueriles; de lo contrario, serían expresiones repulsivamente duras y despreocupadas— sino porque la personita de Jenny, armoniosamente modelada en sus suaves redondeces, rebosaba dulzura femenina. Se daba cuenta con profunda y viva aflicción de que la consideraba hermosa, y recordaba bien que a primera vista se le había antojado una joven que no salía de lo corriente, Freytag se estremeció. Del seno del pasado, del seno de su juventud inquieta, inquisitiva y sentimental anterior a la época en que conoció a Mary, se levantaban turbadoramente media docena de caras, confusas, casi olvidadas; ninguna de ellas había sido hermosa antes de que las amase, algunas hasta le habían parecido odiosas, pero cada una fue increíblemente encantadora durante el breve período que se sintió encandilado por ella en particular, embrujado y cegado por la ilusión. Cada vez se trató de un verdadero amor, y cada vez había de durar eternamente…

Bruscamente Freytag se distanció un poco de Jenny y, arrugando la frente, se apoyó en los doblados brazos y pasó la mirada en la gente de abajo, que se arremolinaba, sustituyéndose unos a otros en las mesas, de las cuales retiraban grandes montones de platos sucios, mientras dejaban otra vez sobre los manteles de hule nuevas fuentes de comida caliente. La tristeza nubló un poco la cara de Jenny, quien cambió súbitamente de humor, sin que Freytag supiera colegir el motivo. Amparo y Pepe, con huraños rostros matutinos, se pararon a echar una mirada abajo, y otra de calculada insolencia a Jenny y Freytag, y continuaron su camino.

—¿No estuvo divertido Hansen en el bar, hace un momento, tratando, con su pobre mente retorcida, de enderezar la misión de la justicia? —preguntó Jenny—. Todos los anima les están tristes después de la cópula.

—Excepto las mujeres y las yeguas —objetó Freytag.

—De las yeguas no estoy enterada —dijo Jenny—, pero por lo visto a Hansen le pone furioso.

—Es un individuo excéntrico —explicó Freytag—. Hay algo que le atormenta. Por la noche gime, chilla y traba unas peleas espantosas con algún enemigo que le ataca, allá arriba en la litera superior.

—Será un enemigo político, sin duda —sugirió Jenny, que disfrutaba contemplando la buena figura de Freytag. Era una delicia para sus ojos. La gustaba su inofensiva presuntuosidad; todos los hombres que le habían gustado, excepto David, habían sido guapos y vanidosos como el diablo. Jenny reconocía que la debilidad que sentía por los hombres guapos había sido su ruina. Si un hombre era bastante bien parecido, ella le concedía sin vacilación todas las cualidades deseables. Freytag era casi demasiado guapo para dibujarlo; en realidad David tenía una cara mucho más interesante. ¿La tenía de veras? La mirada de la muchacha adquirió una expresión clínica; necesitaba «ver» los huesos.

—¿Qué diablos está mirando? —indagó Freytag, inquieto, a quien costó un esfuerzo no pasarse la mano por el cabello y arreglarse el nudo de la corbata.

No era el primer hombre en quien producía semejante efecto la mirada fija, aunque no halagadora, de Jenny.

—La cabeza de usted; me gusta su cabeza —respondió Jenny—. Me gustaría poder «verle» el cerebro…

—¡Oh, Dios, qué idea!

—El cerebro tiene un diseño hermosísimo —explicó enfáticamente—. A lo mejor me dejaría probar de hacerle algunos dibujos —insinuó.

Ello podía dar ocasión a pasar unas horas agradables sentadas en cubierta; y le gustaría ver a David armando una escena por tal causa.

—Claro que sí —contestó Freytag—, pero…

—No pasaría nada —le atajó ella, alegremente. Enseguida

aprovechó la circunstancia para abordar el tema de frente—: No entiendo nada en absoluto a David. Nunca he pretendido entenderle, y siempre me está sorprendiendo con algún aspecto nuevo de su personalidad. Y casi siempre cuando está borracho, La embriaguez encierra cierta especie de verdad. Sé que lo que digo y hago cuando estoy borracha es tan cierto y verdadero como lo que hago y digo estando en mis cabales. ¡Es otra faceta mía, sencillamente, que sale a tomar el aire!

—¿Se emborracha alguna vez? —preguntó Freytag—. Me sorprende. A mí me da la impresión de una persona muy serena.

—Estoy serena hasta cuando me emborracho —afirmó ella con vehemencia—. Es siempre por accidente y solo para divertirme, Pero soy capaz de decir cosas que en otras ocasiones tengo el buen criterio de esconder, Y sé que a David le pasa lo mismo…

«David se comporta ya de una manera horrible —pensó—. Esto es lo que digo ahora que estoy perfectamente serena. El paso siguiente consistirá en excusarle. En explicar que en realidad no pertenece a esa clase de hombres… o al menos no muy a menudo. No, habitualmente no se porta así. Hasta es mucho más agradable de lo que usted podría pensar por lo que ha visto de él. Ha llevado una vida terrible y tiene que trabajar más intensamente que la mayoría de personas para equilibrar el saldo. Hay que conocerle muy bien para darse cuenta cabal de sus cualidades. Yo le conozco bien, y si digo que no le entiendo es porque siento vergüenza por él y por mí por lo que sucedió anoche. Quien se comportó de aquel modo fue la parte menos importante de David. Yo sé mucho de él, sé cosas encantadoras; yo le amo. Vergonzoso, vergonzoso…». El próximo paso consistiría en declarar abiertamente lo que en realidad la hacía sufrir, en hablar del terrible sueño de la última noche, que no le dejó otro recurso que el afán de escapar muy lejos…

—Cuanto uno está enamorado —manifestó, sobreponiéndose al parloteo de sus pensamientos— es casi imposible ver las cosas tal como son, ¿verdad?

—No estoy seguro de coincidir con esa teoría. El amor… —comenzó Freytag especulativamente, dando a la palabra el peso justo y no más.

Jenny tenía una nuca muy blanca y, al volver la cabeza,

quedaba muy al descubierto; pero no porque dejase de mirarle escuchaba menos atentamente lo que Freytag decía sobre el amor, con un poco de jactancia quizá.

Freytag le explicaba, en tono de aparente ligereza, su creencia que el amor se fundaba en la fe, y que la fidelidad completa era su primer atributo. Lejos de ser ciego, el verdadero amor ayudaba a uno a ver claro quizá por primera vez. La menor traición contra el ser amado, tanto si el hecho ocurría tarde como temprano, significaba una traición completa desde el comienzo, y no solo destruía el futuro sino hasta el mismo pasado, pues cada uno de los días vividos en la confianza había sido un embuste, y el corazón, víctima de un engaño. Ser infiel, aunque fuese una sola vez, significaba no haber sido fiel nunca…

—No —replicó Jenny—, ser infiel una vez significa serlo una vez nada más, y uno puede arrepentirse y volver al redil exactamente igual que un metodista anticuado. Yo tuve un amante —declaró sin rodeos, pero también sin jactancia— que aseguraba no darse nunca tanta cuenta de lo mucho que me amaba como me era infiel. Esa doctrina tiene un punto flaco —afirmó, echándose a reír con cierta aspereza—, pero jamás pude convencerle.

Freytag rio con ella, y convino en que las técnicas de los hombres para beneficiarse del pro y el contra tenían siempre un lado cómico. Luego continuó en voz baja, como hablando consigo mismo:

—El amor es una pasión benévola, llena de paciente afectuosidad y de acariciadora ternura, fiel no por elección ni por designio sino por naturaleza, es arrojado y duradero, lleno de coraje.

Las flores se deslizaban en sus frases; mencionó la vida, la muerte y hasta la eternidad; y el pan y el vino de la perpetua repetición de unas mañanas felices sin recuerdos malos ni remordimientos.

Jenny escuchaba como hipnotizada. Aquella voz soñadora la arrullaba como una canción de cuna, una canción que su propio corazón, anhelante y engañado, se cantase a sí mismo. Una canción que se mezclaba con la suave danza de la luz en el agua y el fresco viento que le besaba el rostro. Oía una voz extraña, de pronto sin el más leve rastro de entonación alemana, repitiendo cual un eco no lo

que ella sabía en su amargada mente, sino sus propios sentimientos, y lo que decía le parecía enfermizo, sentimental y falso. Antes de oír la última palabra, sus ojos se abrieron rutilantes y cortó en seco los sugerentes murmullos de Freytag.

—Yo lo considero un cepo para lobos —replicó con una violencia que la hizo estremecer de pies a cabeza—. Lo odio y siempre lo odié. Convierte a todo el mundo en unos cochi nos embusteros. Pero sigo enamorándome lo mismo, a pesar de todo.

—Siempre de la persona que no le conviene —apuntó él, llanamente, pero con un disimulado tono de triunfo que molestó a la joven apenas oírlo— y lo que le pasa a usted no es precisamente que se enamora.

—Lo sé, lo sé —admitió Jenny, con acento intolerante—. Se trata únicamente de un apetito de la carne; me lo dirá usted enseguida. ¿Y cómo se las arregla usted para mantener separados la carne y el amor verdadero?

—Pues no los separo —contestó Freytag, sorprendido y casi indignado—. No los separo ni poco ni mucho, claro que no. ¡Nunca se me hubiera ocurrido que fuese posible!

—Entonces, no sé lo que me pasa —musitó Jenny, con cara pálida, angustiada, sin destello ni calor algunos—; solo sé que no sirve para nada bueno y que podría ser amor. —La palabra cayó blandamente en medio de ambos y sonó con un cascabeleo en el interior de cada uno.

—Podría serlo —sugirió Freytag dulcemente al cabo de un momento—. Quizá encontremos la clase de amor que es tamos buscando.

Jenny se volvió hacia él, sulfurada:

—¡*Deje* ya de atarlo todo con sus bonitos y limpios nudos corredizos! —exclamó con vehemencia—. Eso no es más que una manera de esquivar su propia personalidad por los sufrimientos que pueda acarrear a otra persona. «Ella se lo buscó», puede decir en toda ocasión, «¡yo solo le di lo que pedía!»… ¡Pero eso no es más que una imbecilidad moral, y usted lo sabe!

—Oh, vamos, Jenny… —exhortó él en tono de dueño, empleando su nombre por primera vez, completamente seguro ya de los sentimientos que inspiraban a la muchacha—. Estás diciendo tonterías. Y no quiero escucharlas. Ente nosotros no existe motivo

de discusión, ninguno en absoluto. ¿No podemos ser amigos?, ¿no podemos ser buenos amigos y discutir las cosas con sensatez? ¿No hay nada más, aparte del amor?

«¡Oh, Dios mío —pensó Jenny—, esta es la jugada siguiente!».

—Ah, sí, por supuesto, y por regla general mucho mejor —concedió, a fin de zanjar la conversación.

Y se quedaron juntos en medio de un silencio desconcertado.

«Si existiera la fidelidad —pensaba Jenny— tú no estarías hablando de amor a una mujer extraña, ni yo tendría que enfocar ese tema con un desconocido. Esto representa el extremo afilado de la cuña. A tu mujer le repugnaría, y a David también, y ambos tendrían razón. Una cosa puede decirse en favor de David: él nunca irá a contarle majaderías sobre el amor a otra mujer. No quiere hablar de amor ni siquiera conmigo. David detesta el amor más que yo todavía. Tú tienes un temperamento inquieto pero atacas mediante la táctica de los largos rodeos. Si fueses mío no me fiaría de ti sino mientras te tuviese agarrado de una oreja. En cambio, de David puedo fiarme en todo momento. David será ruin, tosco, tozudo… y fiel hasta la muerte. No nos mataremos mutuamente porque tengo intención de escapar antes de que ocurra. Pero nos dejaremos mellas uno en el otro. Cuando termine con David, él conocerá la diferencia entre yo y la mujer que me suceda, y yo llevaré a David en mi interior, como un feto petrificado, por todo el resto de mi vida». Y Jenny se sintió vacía y mareada y lo bastante cansada para ir a tenderse.

—Amor… —comentó, arrugando la nariz—; este barco bulle de amor. Estoy segura de que todo es amor verdadero. Tengo que marcharme volando —añadió—. Elsa también está enamorada, y le prometí que la ayudaría a peinarse de una manera nueva.

Ya a solas, Freytag lamentó lo que le había dicho, o la mayor parte de ello; evidentemente, Jenny tendía a reírse de él, más de una vez. Sin duda le consideraba un poco blando de mollera. Pero aprendería a comprender que se había equivocado. Muy posiblemente había sido hermosa, antes de que la mutilaran y pervirtieran la desordenada vida que había llevado, sus falsas ideas acerca del amor y el temerario despilfarro de su sustancia femenina. Freytag había conocido anteriormente a muchachas como ella, en varios países: chicas alocadas, desorientadas, que vivían solas,

saturadas de desconfianza, que le dejaban acercar mirándole con ojo receloso como si fueran a escapar como una exhalación si intentaba tocarlas. Su descarrío, su carencia de hogar y su falta de escrúpulos le habían libertado a él de todo sentido de obligación para con ellas; no le pidieron nada, y le dejaron en libertad de gozar recordándolas con compasión y ternura.

Pero todo aquello pertenecía al pasado. Locuras tales como las que Jenny prometía ser pertenecían a su otra vida, aquella vida poblada de fantasmas y de sueños locos; él sabía lo poco que valían, comparados con la sólida realidad de su matrimonio. Freytag estaba seguro de ser, por naturaleza, el más fiel de los hombres, el hombre de un solo amor; solo necesitaba encontrar a su amor, a su Mary, y la había encontrado. Ahora bien, llevaba cerca de tres meses separado de ella; su carne estaba inquieta, y era un mal indicio que empezara a ponerse sentimental por la primera mujer susceptible de dejarse convencer y que no fuese, al menos, una ramera profesional, que se cruzaba por su camino en un momento infortunado.

¿En qué estaba pensando? Freytag volvió rápidamente a la realidad; una leve pero incómoda contracción recorrió su cuerpo —¿sería de culpa?—, casi un temblor de nervios. Ese temblor de culpa y el comienzo de la furia sexual apenas podían separarse uno de otro: la fantasía de Freytag pasó sin previo aviso de Jenny a una de aquellas bailarinas españolas… Lola, por ejemplo, era lo que tenía el aspecto más degradado de toda la colección. Una cosa buena, sucia y caliente… he ahí lo que resolvería el caso. Freytag se agarró a la baranda y se quedó allí, haciendo un decidido esfuerzo por dominarse y tratando de sujetar de nuevo sus impulsos al gobierno de la voluntad. El primer signo de que volvía la cordura fue el de que maldijo a Jenny libremente, calificándola de ramera provocadora, invocó el nombre de su mujer y decidió escribirle una larga carta después de comer, y leer todas las dulces, apasionadas, femeninas cartas que ella le había escrito.

En su viaje a Montpellier los estudiantes cubanos de Medicina se habían convertido más que nunca en una sociedad hermética, con saludos rituales, secretos apretones de mano que, aplicados adecuadamente, arrancaban alaridos de fingido dolor de los iniciados, y una jerga tan oscura, que al hablar tenían que consultar continuamente las reducidas páginas de una clave que habían escrito a máquina, Se enzarzaban en lo que parecía largos y eruditos debates, que celebraban con cómica solemnidad donde pudieran ser vistos, pero en voz tan baja, que no existía el riesgo de que su aburrido auditorio se enterase de sus secretos.

Se supo no obstante que se daban a sí mismos el nombre de «*Les Camelots de la Cucaracha*», e imprimían todas las mañanas en la prensa del barco unos cuantos ejemplares de un periódico miniatura que llevaba con tipos bien visibles la cabecera de *El Diario Pi-pi*. A media mañana se les veía entrar a menudo en el camarote de la condesa, de donde salían más tarde alborotando entre ellos. Resultaba claro que la creían loca y que la habían elegido como blanco de sus burlas simiescas, y el doctor Schumann lo veía así, aunque no podía intuir la causa de que hubieran decidido derramar sobre ella sus majaderías adolescentes. En primer lugar, la condesa no era tonta, sino una mujer de mundo y experta en las artes del mundo; entonces, ¿por qué permitía que aquellos jóvenes particularmente groseros la convirtieran en figura de irrisión?

Al presentarse la condesa en el comedor, el doctor Schumann observó una vez más que parecía tener toda la confianza en sus jóvenes admiradores y que se sentía a gusto en su compañía. Los estudiantes se pusieron en pie como un solo hombre, se inclinaron en una profunda reverencia, y le dieron escolta hasta la mesa de ellos. Le acercaron una silla, y la condesa se sentó entre ellos con elegantes modales aunque, pensó el médico, con una sonrisa de tristeza. Continuó observándola mientras ella leía el periodicucho

que publicaban los estudiantes, y que sería sin duda una cosa horrible, y vio que se reía de la manera menos favorecedora, mostrando las muelas de oro. Cogiendo con una y otra mano primero al estudiante de su derecha y luego al de su izquierda, les susurró al oído frases que les hicieron estallar en ovaciones y arrancaron de los otros ansiosas preguntas. El doctor Schumann concluyó con resignación que sin duda se había reservado un tercer frasco de éter, y quizá un cuarto, y sintió vivamente la tentación de abandonar la partida, de no tratar ya de ayudarla.

El capitán Thiele, cuyas normas de conducta con respecto a la nobleza alcanzaban cotas astronómicas, contemplaba con los labios apretados y los ojos enrojecidos la frívola conducta de su distinguida prisionera, Esta miró en aquella dirección y les saludó, agitando los dedos, a él y al doctor Schumann y ambos le devolvieron el saludo gravemente.

El capitán padecía una indigestión viendo defraudado su concepto natural de la autoridad, por no mencionar ya su jerarquía oficial, Al enterarse de los desórdenes de los pasajeros de proa, su primer impulso fue ordenar que todos los que habían tomado parte quedasen confinados por el resto del viaje, El capitán había recibido a los obreros deportados como a otras tantas cabezas de ganado, y el descubrir, en el mismo comienzo de la travesía, que osaban imponerse con descarada insolencia era cosa que no podía soportar ni por un momento.

El padre Carrillo le había hablado en un alemán abominable, como si la pelea no hubiese sido meramente una riña entre gente baja, sino que mencionó varias veces palabras tales como sindicalismo, anarquismo, republicanismo, comunismo, además de ateísmo, sobre todo ateísmo, la raíz común de todas aquellas perniciosas teorías; y parecía muy enterado de todos los matices de opinión sobre la diversidad de temas posibles entre la chusma de la cubierta inferior. Según el padre Carrillo, a las clases inferiores las estaban descarriando un millar de influencias perversas que actuaban desde todas direcciones, y con la cubierta de proa había muchos, demasiados, elementos subversivos, peligrosos, A estos había que vigilarlos cuidadosamente, no solo en atención a los pasajeros de primera clase, la tripulación y el barco mismo, sino para proteger a los pobres inocentes de abajo, la gente buena e

inofensiva que solo deseaba que la dejasen obedecer la ley y practicar su religión en paz.

Los tinerfeños, por ejemplo, eran en su mayoría gente honrada y devota. Los focos de agitación se encontrarían entre otros grupos, que si se mostraban levantiscos, habría que vigilar. En cuanto al sujeto obeso que había empujado al hombre que estaba arrodillado en oración, pertenecía a la más baja estofa de los agitadores de la chusma y era el más ruin de los dirigentes, un mexicano que iba a España con el único propósito de armar conflictos y de sincronizar los levantamientos obreros mexicanos con los españoles. No valía la pena inquietarse por él; sería detenido apenas desembarcara en España.

El capitán Thiele se encontraba dividido en varios compartimientos: aborrecía, por principio, a los católicos; tenía violentos prejuicios contra los españoles lo mismo que contra los mexicanos, y creía contrario a su dignidad seguir los consejos de un cura, así como el reconocer ningún significado o importancia humanos en las acciones de la chusma de la cubierta inferior. Dio las gracias al padre Carrillo por su información, prometió ordenar un endurecimiento general de la disciplina, sacó a relucir su frase favorita, de poner entre rejas a los que alterasen la paz, y poco rato después empezó a notar que el desayuno le había sentado mal.

Su verdadero conflicto era que el barco estuviera tan atestado de gente; no había sitio donde aislar a los perturbadores del orden si eran numerosos, y en caso de franca revuelta, era posible que la tripulación no bastase para dominarlos. Suponiendo que llegasen a apoderarse de las pocas armas que había en la bodega, ¿qué pasaría entonces?

Thiele, que se había pasado su carrera profesional, excepto durante el intervalo de la guerra, en la calma relativa de los barcos mixtos de pasajeros y carga, barcos pequeños que realizaban largas y aburridas travesías, tenía una imaginación fogosa y violenta que ahora se adueñaba de él. Por un momento soñó en un motín de película, en la oscuridad, quebrada por súbitos fucilazos que alumbraban una terrible lucha cuerpo a cuerpo, entre explosiones estruendosas, cabezas partidas, extremidades mutiladas, charcos de sangre, gritos y alaridos y llamas de incendio iluminando el firmamento, mientras los botes salvavidas eran arriados sobre un

mar embravecido y él permanecía de pie en el puente, inmóvil, y, a pesar de todo, gobernando plenamente la situación, y perfectamente tranquilo.

Antes de abandonar el puente de verdad, sin embargo, bajo la clara luz real de un día pacífico, dictó la precipitada orden de que a todos los hombres de la cubierta de proa —y a las mujeres también, al pensarlo dos veces— había que registrarlos en busca de las armas que llevasen, por insignificantes que fuesen, las cuales quedarían confiscadas por todo el resto del viaje. Hecho eso, el capitán se sintió un poco más recuperado y, a pesar de los dolores que le causaban los gases intestinales, estuvo en condiciones de hablar del incidente de la mañana con herr profesor Hutten y el doctor Schumann, los cuales le defraudaron al acoger su decisión sin darle mayor importancia y al considerar, por lo visto, que el incidente tenía muy poca.

El ánimo de censura del capitán se apartó de la condesa. Al fin y al cabo no se le podía reprochar tanto, pues era una dama de salud delicada y se hallaba en una situación muy poco en consonancia con un rango; no obstante su sola presencia a bordo en tales circunstancias era un síntoma serio del desorden que se había extendido por el mundo. Aunque de un modo confuso, la conducta de la condesa afectaba su autoridad tanto como los desvergonzados altercados entre los pasajeros de proa. El capitán no estaba pensando únicamente en sí mismo; una desviación de lo habitual, una amenaza a la norma por él establecida, hasta el último momento de todos los días (dentro de sus atribuciones) no era meramente un asunto personal. En su calidad de capitán, le incumbía vigilar el cumplimiento de las leyes no escritas en el reglamento de a bordo, desempeñar plenamente su función como representante de la ley superior; si fracasaba en su deber —y el mismo cimiento de su deber consistía en exigir una obediencia absoluta de todas las almas del barco, sin excepción— entonces la estructura entera de la sociedad fundada en la Ley Divina quedaría debilitada proporcionalmente. No podía enfrentarse a semejante catástrofe moral, ni había necesidad alguna de que se enfrentara. Y no lo haría.

Thiele dirigió una mirada displicente, encogiendo el labio inferior, a los rostros reunidos alrededor de su mesa; unos rostros

animados por una satisfacción irritante. Herr Freytag… ¿quién era? Un hombre que miraba un barco como un medio de transporte público concebido únicamente para llevarle sano y salvo y cómodamente de un puerto a otro. Herr Rieber, lo mismo. El profesor Hutten era un hombre instruido, pero ¿qué podía saber un profesor de las crudas realidades del mar? A pesar del profundo aprecio que le inspiraba el doctor Schumann, el capitán había tenido más de una vez la sensación de que el médico no comprendía de verdad hasta qué punto era necesaria la disciplina a bordo ni tenía auténtico respeto a la jerarquía. Hubo de advertirle más de una vez, con mucho tacto, contra la tendencia de mimar a los marineros, cuando se encontraban en la enfermería, lo mismo que si fueran pacientes suyos a quienes atendiera en su casa. Había ocasiones incluso en que el doctor parecía divertirse exactamente igual que si hiciera un viaje para mejorar su salud. Así era en efecto; de no haber sido por su corazón, el médico jamás se hubiera embarcado como tal, pero a pesar de todo… cuando regresó de la cubierta de proa, aquella mañana, hizo caso omiso del altercado ocurrido al final de la misa, y en cambio mencionó que durante la noche dos mujeres habían dado a luz sobre la cubierta desnuda, y él había dispuesto que se les proporcionaran unas literas en un mismo camarote por tres o cuatro días al menos. Ello manifestaba que algún punto determinado del cerebro del doctor había perdido el sentido de las proporciones, y delataba una tremenda indiferencia por las cosas graves de verdad, concluyó Thiele.

De las mujeres, el capitán no esperaba nada, pero el parloteo que sostenían en voz baja entre ellas le molestaba. La pequeña frau Schmitt se inclinaba hacia delante para hablar con fräulein Lizzi, sentada al otro lado de herr Rieber, mientras frau Rittersdorf y frau Hutten se inclinaban hacia ella desde su lado de la mesa. Frau Hutten sacudía la cabeza tristemente. El capitán fingió que atacaba la comida con apetito, pero ardía de irritación y sentía unos pinchazos crueles en los intestinos.

El dolor de frau Schmitt se había mitigado un tanto. Después del incidente con herr Graf y de su infortunado encuentro con los Baumgartner se paseó por cubierta y se detuvo ociosamente, como hacían todos más pronto o más tarde en el transcurso del día, para observar, como ante los barrotes de una jaula, la extraña vida que

se desenvolvía en la cubierta de proa. Con ello se halló cerca de aquel joven americano de aire reservado, David Scott, que también se había acodado, y tenía el cuello de la chaqueta subido hasta las orejas. Un cuadro triste atrajo la mirada de frau Schmitt. Un hombre muy huesudo, andrajoso y demacrado, pero quizá joven (era difícil asegurarlo) erizado el revuelto cabello, estaba sentado, apoyando la espalda en la barandilla, en alto las rodillas, los desnudos dedos de los pies cerrándose y abriéndose nerviosamente, y lloraba abierta, amargamente, como un niño. Lloraba y se frotaba los ojos con los puños; su boca parecía la de un perro que estuviera aullando y a sus pies había varios objetos pequeños; frau Schmitt no logró divisar bien qué eran. Los demás no le prestaban la menor atención; permanecían sentados cerca de él con caras de una indiferencia pétrea; había grupitos de hombres, de pie a su lado, volviéndole la espalda. Parecía completamente solo en el mundo… «No hay nada como el pesar para apartar de uno el corazón de los hombres», pensó frau Schmitt, mientras su propio corazón se hinchaba de lágrimas una vez más, aunque estas eran unas lágrimas más suaves y tiernas, porque se derramaban por las penas de otro.

Frau Schmitt les contaba dulcemente a sus oyentes:

—De modo que le dije al joven americano: «¡Oh! ¿No cree usted que algunos de los que rodean a ese hombre deberían hablarle al menos? Podrían preguntarle qué le pasa». Él me contestó: «Ya lo saben; ¿por qué se lo han de preguntar?». Al parecer alguien había dado una orden (quien fuera no lo sé) y los oficiales pasaron por entre toda aquella gente y les quitaron los cuchillos y todas las herramientas cortantes que tenían… y resulta que aquel pobre hombre talla madera.

Abstraída en su historia, levantó un poco la voz, olvidando su timidez natural a causa del interés que veía en los rostros que la rodeaban, y el capitán se irguió en el asiento escuchando con viva atención y con un ceño cada vez más marcado, que frau Schmitt no advertía.

—Pues bien, herr David Scott me explicó que aquel hombre esculpía pequeños animalitos en pedazos de madera que se había traído en un fardo, con la esperanza de vendérselos a los pasajeros de primera; él llevaba media docena de ellos en el bolsillo, y me los enseñó; eran muy bonitos e infantiles. Herr Scott dijo: «Es un artista

excelente». Pero ya saben ustedes cómo son los americanos: adoran las cosas primitivas porque no alcanzan a más. Están corrompidos por los negros, naturalmente… ¿qué podemos esperar? Yo le sonreí y no contesté nada, ¡pero el pobre hombre de la cubierta de proa sufría! Cuando el oficial le pidió que le diese el cuchillo, él se figuró, al parecer, que se lo pedía prestado, imaginen, y que se lo devolvería al cabo de unos minutos. Figúrense. El joven americano me lo ha explicado todo. Lo había visto y oído. Estaba colérico, pero con una furia fría y que le tenía pálido, como si hubiera perdido sangre. Así pues, el pobre hombre se había despedido para rato sus esperanzas, había perdido su feliz ocupación y su cuchillo, y por esto lloraba, lloraba como un niño.

Frau Schmitt estuvo a punto de dejarse vencer otra vez por el sentimentalismo. Recostándose en la silla, se llevó la servilleta a la boca.

Frau Hutten soltó una risita blanda, despreciativa. Lizzi exclamó con voz pronunciadamente infantil:

—¡Ah, yo no creo que esté muy bonito quitarle su propiedad al pobre hombre! Ordene que se lo devuelvan; ¿querrá hacerlo, mi querido capitán? —Su largo brazo voló adelante y dio un golpecito con el abanico en la manga del capitán Thiele.

Este no respondió con la hechizada galantería que ella esperaba. Las papadas se le pusieron escarlata, arqueó el pescuezo hasta que la barbilla se le embutió en el cuello de la chaqueta y dirigió a frau Schmitt una mirada auténticamente espantosa. Le habían puesto en las manos la víctima perfecta para su cólera y se dispuso a dar un ejemplo con ella.

—Lamento extraordinariamente, señoras… —empezó con un acento de cortesía que levantaba ampollas, al mismo tiempo que su mirada las evaluaba a todas a la vez: sus desequilibrados sentimientos femeninos, sus mentes superficiales, incapaces de aprender nada, su credulidad sin remedio, su propensión natural a rebelarse contra los esfuerzos de los hombres por imponer la orden y defender la norma en la vida—. Así, sí, lamento de verdad, señoras, tener que afligir sus bondadosos corazones, pero permitan que les confiese que la orden de desarmar a los deportados la di yo personalmente. Ojalá me crean cuando les digo que todos mis actos están guiados por un conocimiento exacto de la verdadera

situación, sin tener en cuenta consideraciones sentimentales.

A fin de cuentas, yo soy el único responsable no solo de la seguridad de ustedes sino de la de este barco; por lo tanto, permítanme advertirles que actúo movido por razones de grave responsabilidad. Un poco de discreción, por favor, querida señora —añadió, dirigiendo una mirada severa a frau Schmitt—; al menos háganos el favor de no escuchar las habladurías y los prejuicios de los extranjeros, los cuales, naturalmente, sienten el afán de presentar todas las acciones de un alemán bajo la luz más desfavorable posible. ¡O, si usted tiene que prestar oídos a semejantes insulseces, por amor de Dios, no las repita a nadie!

Ese inesperado remate de una mañana cargada de emociones aplastó a frau Schmitt, la cual inclinó la cabeza, dejó caer los hombros, y una viva sofocación le subió, penosa, lentamente, desde el cuello hasta la frente. Tenía las manos inmóviles al lado del plato, y parecía imponente para levantarlas. Por debajo de las cejas vio la sonrisa dulce, satisfecha, de frau Rittersdorf; una sonrisa que era, sí, la de una gata. Y a frau Schmitt no la tranquilizó nada el saber que volvería a ver aquella sonrisa de nuevo en el camarote, aquella noche, y durante muchos días después.

Como era domingo, la banda del barco no tocó en cubierta por la mañana, pero después de comer, los estimulantes acordes de Wagner y Schubert llenaron el salón, adonde los Baumgartner, los Lutz, los Hutten, en una palabra, los elementos más respetables, acudieron para recrearse con los naipes, el dominó y el ajedrez. La condesa desapareció, y más tarde a los estudiantes se les oyó gritar alrededor de la mesa del tejo y luego en la piscina. Mezclada con los acordes de la banda, llegaba una música áspera. La compañía de baile había sacado un pequeño gramófono a la cubierta, y una voz fuerte de soprano se levantaba en una queja imperiosa, obsesiva, acompañada por el castañetear y el gemir de unos instrumentos exóticos. Los miembros de aquel conjunto bailaban entre ellos, hiriendo el suelo con los tacones y haciendo chasquear los dedos sonoramente, mientras giraban el uno alrededor del otro con una gracia de pájaros en una danza de emparejamiento, pero con rostros fríamente profesionales.

Los bailarines pararon la música por breves minutos, hablaron un poco y empezaron de nuevo, mirándose unos a otros de hito en hito. Ric y Rac tomaron parte en la danza, el uno de cara a la otra, con los ojos entornados y los dientes al descubierto, los menudos huesos de los muslos presa de una extraña agitación. A intervalos daban patadas al suelo y se gritaban reproches, sin interrumpir el ritmo de la danza, las caras casi tocándose. Los mayores les miraban sin inmiscuirse ni ofrecer consejos. Después todos, excepto Lola, se dejaron caer graciosamente sobre la cubierta en un grupo bellamente ordenado, y Lola, la estrella, inició una danza lenta, armoniosa, vehemente.

—*¡Olé, olé, viva tu madre!* [15] —gritaban al compás de la música, dando palmadas siempre de acuerdo con las sutiles variaciones de ritmo, mientras las ondulantes faldas de Lola se levantaban casi por encima de las cabezas. Los estudiantes cubanos salieron de la piscina; con renuencia, la mayoría de alemanes

dejaron sus juegos; varios marineros aparecieron con el aire de tener algún trabajo que realizar por allí… Todos se sentían atraídos irresistiblemente por la hechizadora escena. Freytag, que se encontraba al lado de herr Hansen, exclamó con genuina sorpresa:

—¡Caramba, es una bailarina maravillosa!

Herr Hansen se volvió como el hombre al que sacan de un sueño hipnótico.

—¿Eh? ¿Qué dice? Lola es grande… Es en verdad una gran bailarina.

«Tanto como una gran bailarina, quizá no», pensó Freytag, siguiendo su camino, un poco avergonzado ya de la reciente agitación que Lola había provocado en él. Y sintió un deje de condescendencia hacia un hombre tan afligido por la desazón, que había de enamorarse de toda la compañía de baile y de su futuro a causa de un bello animal como Amparo.

Lola bailaba con aire majestuoso y severo, la fisonomía inmovilizada en la sonrisa clásica, erótico-ceñuda, que arrancaba gruñidos amorosos rituales de los machos de su compañía. En su último arrebato de taconeo, los otros se pusieron en pie de un saltó. Terminaba la representación, se pusieron a bailar en parejas, como por gusto, pero sin que sus semblantes denotasen placer alguno y haciendo caso omiso, con bien ensayado desprecio al público que los miraba.

Elsa, con el pelo en rodete en la parte alta de la cabeza, peinado para el cual había contado con la colaboración de Jenny, y que la hacía parecer mayor y resaltaba sus anchas mejillas, apartó los ojos de súbito y retrocedió un paso atrás, como si quisiera esconderse detrás de sus padres. Excitada por la danza, la cara se le había inmovilizado en una sonrisa dichosa, ausente. Pero entonces ¡ay! vio a «su» estudiante, que con solo un taparrabos de lana negra escondiendo su desnudez, prendía por la cintura a una de las chicas españolas y se ponía a bailar con ella. El pudor de Elsa sufrió un golpe que le causó un dolor auténtico en el mismo centro del cuerpo y se extendió en cálidas oleadas hasta la punta de sus dedos. La muchacha cerró los ojos y vio en la fogosa oscuridad lo que se negaba a ver a la luz del día: los flexibles músculos de la espalda del estudiante, la delgada y hermosa caja torácica, las largas y delgadas piernas con las huesudas rodillas masculinas, y, lo peor de todo, los

largos brazos de finos músculos rodeando a la muchacha a quien llamaban Concha, cuyo cuerpo descansaba inerte y, no obstante, en movimiento sobre su desnudo pecho. No, Elsa no podía resistirlo.

—Mamá… —gimoteó—. Mamá, por favor, volvamos adentro.

—¿Estás enferma, Elsa? —preguntó la madre—. ¿Te pasa algo?

—No, no —contestó la muchacha con abatida y paciente voz.

—¡El sol es tan vivo!

—Te doy tiempo hasta mañana —dijo la madre con firmeza—, hasta mañana para encontrarte en mejor estado de ánimo, y entonces te administraré un buen purgante. Es, sin duda, lo que necesitas. Aquí en el barco, con la falta de ejercicio y la comida de mal digerir… Sí, en efecto, hasta yo sería capaz de tener una jaqueca, poco me falta. Una buena purga, eso es lo que necesitas. Pero ahora domínate y ven a terminar las partidas de dominó con tu padre. En cuanto al cabello, Elsa, no me gusta como lo llevas. Esta noche tienes que volver a peinártelo al estilo de siempre. Y nunca vuelvas a cambiar sin pedirme permiso.

—Si, mamá —asintió la muchacha sumisamente, y volvió a sentarse con su padre.

Dominó y ajedrez con su padre, trabajo casero —que ella odiaba — bajo el consejo, la dirección y los reproches constantes de su mamá, no ser nunca dueña de llamar suyo ni siquiera a su propio cabello, quedar como solterona para vestir santos al final… Sí, ese sería su destino; lo sentía en lo profundo de su ser. El corazón se le hundió a Elsa en el pecho y luego se levantó de nuevo y empezó a martillear desesperadamente contra las costillas como un prisionero que golpease los barrotes de su celda, como si no formase parte de ella, sino que fuera un ser extraño, aterrorizado, encerrado en su interior, que gritase y gritase: «¡Dejadme salir!».

Su padre, advirtiendo la expresión desamparada de la ni ña, le pellizcó la mejilla con ternura y dijo jovialmente:

—Quizá nuestra Elsa esté enamorada de alguien, quizá de ese sueco alto y solemne, Hansen. ¿No, Elsa, tesoro mío? Cuéntaselo a mamá y a papá. Ellos sabrán aconsejarte.

Elsa contestó todavía más sumisamente, colocando un doble seis después de larga vacilación:

—No, no, papá. No es eso.

Frau Lutz, apartando la vista de la labor de punto que estaba

haciendo, vio por un momento, enmarcado por la puerta sobre el fondo luminoso del horizonte, un cuadro que la indujo a fruncir el ceño como advertencia a su marido, indiscreto como nunca, irreflexivo como de costumbre. Arne Hansen estaba bailando con Amparo. Esta parecía estar instruyéndole en los misterios de los bailes de su tierra. La pareja pasaba y volvía a pasar por delante de la puerta; Hansen seguía con la torpeza de un oso bailarín, y Amparo le amenazaba como si verdaderamente fuese un oso y ella la domadora. Daba la impresión de que le reprendía y se mofaba de él, se paraban bamboleándose y ella le cogía por los codos y le zarandeaba. Él volvía a empezar con la mayor seriedad del mundo; sus enormes manos y pies eran como estorbos en el camino; la húmeda camisa se le pegaba a la rosada piel. Parecía un hombre embrujado, completamente indiferente a la figura escandalosamente ridícula que presentaba a los ojos del mundo.

Frau Lutz, pasmada por el fracaso que había sufrido en aquella ocasión al juzgar a los hombres, tema sobre el cual se consideraba una experta, comprobó con agrado que su hija estaba de espaldas a tan poco edificante escena. Ella no había cesado de inquietarse, noche y día, por las increíbles dificultades que encontraba una madre para conservar la inocencia de su hija. Hacia cualquier parte que una se volviese hallaba lo mismo: cuadros desagradables, escenas inmorales, personajes de mala condición, comportamientos desvergonzados hasta por parte de aquellos en los que una tenía motivos para poner un poco de confianza. ¡Hombres!

Su mirada se posó en su marido con triste fijeza. Herr Lutz estaba diciendo las tonterías de costumbre a Elsa, jugada la partida libre de todo cuidado, sin comprender mejor de lo que solía la tremenda seriedad de los problemas de la vida. ¡Le gastaba bromas a Elsa sobre el amor, nada menos! ¿Qué hubiera sido de ellos si frau Lutz hubiese cometido la insensatez de fiarse por un momento, para nada, de su marido? Ah, sí, a Elsa le buscaría un esposo diferente; lo había decidido en firme.

Johann, que empujaba la silla de ruedas de su tío, oyó la música y siguió adelante un poco más de prisa. Luego acortó el paso de nuevo al divisar a Lola, que giraba haciendo sonar los tacones. La cara huraña del muchacho, de cutis claro, en el que brillaban las dispersas púas de una barba escasa, se iluminó con una ternura tal

que por un instante le dio el aspecto de un ángel joven. Volviendo la silla hacia la baranda, se paró a contemplar el delicioso espectáculo.

—Sigue adelante, Johann —le instó su tío, porque el levísimo traqueteo de la silla le calmaba y el avanzar contra el viento le ayudaba a respirar.

Su arrugada carne, sus mismos huesos, estaban viejos, cansados, solitarios. Clamaban noche y día pidiendo un poco de compasión, de alivio, de comodidad. En el hospital de México, las enfermeras solían darle masaje por todo el cuerpo con esencia de hamamelis de olor dulzón. Sus manos firmes y jóvenes aliviaban ligeramente el cansancio de sus marchitos músculos. Le alimentaban con leche tibia y zumos de frutas frescas —papaya, granada, lima— que él sorbía con un tubito de vidrio, casi durmiendo, como si fuera otra vez un niño de pañales. Por la noche, cuando gemía o llamaba, una monja mexicana, de blanca toca y blanco velo de gasa, iba a cuidarle, y movía dulcemente el colchón sobre los muelles espirales, como si fuese una cuna, rezando en voz baja: «*Ave María*».

Ahora, en el mísero camarote, Johann le tocaba con asco, le daba un pedazo de tela goteando agua fría y decía con acento malvado: «Lávese esa cochina cara». Le daba a comer platos bastos, repugnantes, y se marchaba sin darle siquiera una cuchara para la sopa. En las largas noches, cuando la necesidad de evacuar le hacía sufrir, tenía que gritar y gritar hasta que se le cerraba la garganta y el dolor del pecho le atravesaba todo entero como una llama antes de que Johann se levantara para acercarle el orinal. La humillación de la carne impotente era castigo sobrado sin aquel rostro duro, implacable sobre él, aquel rostro que se apartaba denotando aversión.

«Johann, hijo de mis esperanzas —quería gritar—, ¿qué ha sido de ti? ¿Adónde te has ido? Compasión, un poco de compasión, por amor de Dios».

Pero aquel hijo no conocía la compasión. Su alma estaba más enferma de lo que pudiera estarlo carne alguna. Herr Graf temblaba al pensar en el destino que le correspondería al ser juzgado por Dios.

—¿No ve usted que no hay sitio para pasar? —preguntó Johann, deteniéndose tozudamente—. Déjeme en paz un minuto, ¿quiere?

—Vuelve atrás, entonces, Johann —dijo herr Graf, calmosamente—. Vuelve atrás. —La silla giró con tal violencia que el enfermo se sintió despedido hacia un lado, advirtiendo con voz grosera—: No trates de matarme, Johann. Mi Dios me ha prometido que volveré a ver Alemania otra vez. ¡Desafíale, si te atreves!

—Manteniéndome a mí sin un cuarto, lo mismo que un mendigo —estalló el muchacho, furioso—. ¿Dónde está la pensión que me prometió? ¿Por qué tengo que pedirle dinero hasta para ir a la peluquería?

—¿Qué harías del dinero en este barco, Johann? No sería más que otra tentación que te saldría al paso. Yo te proveeré de lo necesario, sobrino, pero no quiero alimentar tu codicia, tus apetitos. Tu alma es demasiado preciosa para arriesgarla de un modo parecido, Johann. Sé demasiado bien en qué gastarías el dinero aquí.

El enfermo exhaló un suspiro prolongado, estertoroso. La flema le subió a la garganta, y escupió en la bolsa de papel.

—Ya ve lo que le pasa por estar charlando todo el rato, viejo judío tacaño —le espetó Johann.

Herr Graf se miró las manos, demacradas (los nudillos, meros abultamientos; los dedos tan débiles e inertes, que se quedaban planos, o arqueados, al caer) y se le ocurrió pensar que no mucho tiempo atrás hubieran poseído la fuerza necesaria para zurrar a aquel muchacho como merecía. Para personas como él, solo habla un remedio: mortificar la carne hasta llegar al duro nudo de la voluntad y disolverlo… ¡Ah, sí! Una tarea que herr Graf hubiera realizado tan bien y que le hubiera complacido tanto, la de salvar aquella alma, ahora ingobernable. Pero Dios, que se llevaba su vida poquito a poco, le había destinado para sufrir toda clase de aflicciones, toda posible humillación de la mente y de la carne para equilibrar el don inmenso que había concedido a su espíritu. Desde el mismo momento en que supo que su cuerpo empezaba en serio a morir, había descendido sobre él, cual un chorro de luz pura, el conocimiento divino de que, como recompensa por su muerte, Dios le había dado el poder de sanar a otros. Con ese poder, su alma se había liberado de los temo res que la atormentaban. Herr Graf recordaba de pronto, muy avergonzado, que en otro tiempo había temido a la muerte, se había encogido repulsivamente (lo mismo

que un condenado al ver el hacha), había rezado interminable, incoherentemente, rogando a Dios que cambiase su ley inexorable en favor suyo, en favor de Wilibald Graf; que hiciera un milagro; que le castigase por sus pecados de cualquier otro modo, por cruel que fuese, pero que al menos le dejase vivir, incluso en el estado en que se hallaba, sufriendo, marchitándose, desesperado…, pero que le dejase vivir.

Él, filósofo y profesor de filosofía, que había dado conferencias en universidades y ante auditorios ilustrados, había cometido esa acción increíble. ¿Cuándo? En su otro mundo, en su otra vida. Aquella falsa visión se había desprendido por completo de su ser como harapos manchados, rotos, habíase quedado desnudo lo mismo que un recién nacido en la firme, continua corriente de la luz purificadora, y la voz más dulce, más amorosa que hubiera escuchado en su vida —ni en sueños hubiera pensado que pudiera haber tanto amor en una voz— le dijo al oído. «Cura al enfermo». Eso le dijo la voz, con la sencillez y la claridad que constituyen el lenguaje de la verdadera revelación, Y desde aquel día se había entregado a tal misión, sabiendo la verdad, En tanto tuviese fuerzas para sostenerse en pie, había de mezclarse con los enfermos, y tocarlos y aconsejarlos y sanarlos en nombre de Dios.

No había sido empresa fácil, pues las perversas voluntades humanas de su familia y amigos habían levantado todos los obstáculos posibles en su camino. Parecía casi —pero tal pensamiento era tan espantoso que apenas osaba darle cabida en su cerebro— como si abrigaran un malévolo propósito contra los moribundos, como si no quisieran que los enfermos sanasen y volvieran a gozar de salud de nuevo con ellos mismos, Una amiga de su hermana, una mujer obstinada, no permitió que tocase a su nietecito, que padecía una enferme dad intestinal. «Necesita descansar, es preciso no molestar le», arguyó enojada, Y el niño murió. Pero en cambio salvó a la criada de su hermana, una india que estuvo de parto tres días, hasta que sus ojos fueron meras cavidades en el rostro y los labios se le pusieron negruzcos y secos. «Para una india no es decente permitir que un hombre vea cómo alumbra a un hijo. ¡Una mujer púdica prefiere morir!», le dijeron. Al final entró osadamente, apartándolas a un lado, afirmando sobre ellas su autoridad de hombre, y ellas le dejaron paso, como Dios

había destinado que se lo dejaran. Y puso las manos sobre el vientre deformado, sufriente, en cuyo interior el niño daba patadas y saltos luchando por salir a la luz, invocó a Dios pidiéndole que admitiese aquella alma nueva a la vida, y después, al final, le diese entrada en el cielo, y el niño nació sin novedad —después de sufrir la madre tres dolores tremendos, desgarradores— en pocos minutos. Y sopló en secreto en la boca de un pequeño que se estaba asfixiando de neumonía, y de sus pulmones arruinados sacó vida y la derramó en los del niño.

¡Oh, sí, hubo muchos casos! Después de enviarle al hospital, se vio obligado a ejercer el bien a hurtadillas, porque los médicos tenían unos celos horribles de su poder y le ataban a fuerza de reglamentos, prohibiéndole, bajo sanción, que visitase a los moribundos para tocarlos e infundirles nueva vida. Pero Dios le guiaba. Por voluntad de Dios, él sabía en qué lugar y a qué hora encontraría a quien más le necesitaba, y nadie le tenía miedo, porque él decía al momento: «Dios te bendiga y te ponga bien», y luego los tocaba levemente, con las yemas de los dedos nada más, y se alejaba antes de que una enfermera o un interno que deambularan por allí le descubriesen y pusieran fin a su tarea. En el hospital raras veces tenía la alegría de ver a sus queridos resucitados llenos de salud y energía. Le vigilaban demasiado estrechamente, no podía arriesgarse a una segunda visita. Pero hubo una: la muchacha del cabello rojo, peinado en dos trenzas, que yacía detrás del biombo de los moribundos con los ojos fijos hacia arriba, la cara lívida y la boca entreabierta, y que ardía bajo el tacto de sus dedos como fuego vivo.

—Dios te sanará, ¿lo crees? —le preguntó.

Y de los agostados labios, que apenas se movían, escuchó las palabras:

—Lo creo.

¡Oh, hija bendita de la fe! A esa chica, que reconoció por sus dos largas trenzas rojas flotando y brillando bajo el sol, la vio cuando salía del hospital acompañada de su gozosa familia antes de una semana.

—Los médicos pensarán que ha sido obra suya, pero nosotros sabemos la verdad —le dijo él.

Tales eran sus recuerdos, tal su recompensa. ¿Y qué eran sus

propios sufrimientos sino un gracia divina, puesto que resultaban beneficiosos para los demás? ¿Qué era la muerte? ¿Por qué había tenido miedo? Le quedaba la recompensa mayor de todas: la inmortalidad para el alma doliente, deslumbrada. La inmortalidad. No es cuestión de creencias. ¿Qué hay que creer ahí? ¿Cómo puede nadie ni siquiera forjar un deseo ocioso respecto a una cosa tan infinitamente desprovista de forma? Es una cuestión de fe: más aún, una *esperanza*, el anhelo fijo, inalterable, de una existencia continuada en otro lugar, bajo otro aspecto, en un elemento diferente: una existencia continuada al menos hasta que todas las preguntas queden contestadas y todas las cosas no terminadas queden hechas. ¿No es perfectamente cierto que ese es un impulso divino enviado por Dios para guiarnos hacia Él? Y, sin embargo, ese anhelo puede resultar meramente un impulso motor de la existencia presente del hombre, un concepto intelectual relacionado con el instinto animal de la propia conservación: el hombre se ama a sí mismo tan entrañablemente que no puede ceder de buena gana ni un solo átomo de su ser al olvido. Quizá la idea entera se origine, pues, en la voluntad, esa fuente del amor a uno mismo, y sea sencillamente una más de sus varias y enmascaradas actividades. ¿Y qué decir de los cuadrúpedos, de los animales de pluma, de los de aletas? Quizá posean en su interior una fuente análoga de vitalidad, o mejor, acaso no sospechen que no vivirán eternamente en el mismo estado que tienen ahora.

«Ah, sí, para vosotros existe la dicha, existe el venturoso estado de ser».

Herr Graf abrió los ojos al darle una sacudida los nervios, estremecido de dolor todo el cuerpo. Sin duda se había adormilado y soñó. Conservaba una terrible pesadilla en el límite de la memoria. La debilidad y la desesperación casi le anonadaban.

—Johann, Johann… Agua, agua… —murmuró con la lengua espesa—. Dios mío, Dios mío…

Pero la oración, fuese cual fuere, murió en sus labios.

No se atrevía a rezar, no sabía qué pedir. El alma, después de la muerte, acaso descubra el secreto, acaso despierte en medio de un esplendor matutino a una bendición que ahora es incapaz de imaginar, y por muy misteriosos que sean ahora sus anhelos, entonces lo comprenderán todo. Quizá solo sepa que Wilibald Graf

acaso no vuelva a recordar que fue Wilibald Graf, mísero peregrino perdido en este mundo terrible.

—Agua, agua, Johann, querido mío —repitió, sin obtener contestación.

El anciano percibió el ligero movimiento de vaivén de la silla de ruedas, empujada otra vez por detrás, suavemente, después de una larga pausa. Cuando doblaban la esquina, la oscura sombra de la cabeza y los hombros de su sobrino cayó sobre los suyos, quedó tendida un momento en su regazo y luego se extendió delante de ellos sobre la cubierta. El silencio se prolongó hasta que se rompió por la misma tensión del odio que encerraba.

—¿Quiere agua? —preguntó Johann, con falsa solicitud, imitando el tono de cariño con refinada crueldad. Y reuniendo todo su coraje, escupió el veneno que tenía en el cuerpo—. Pues espere hasta que la reciba, cadáver viejo y hediondo.

—Vergüenza para ti, Johann —dijo su tío calmosamente—. Te dejo en manos de Dios.

Sin previo aviso, en silencio. Johann hizo girar la silla con violencia, la guio a toda prisa a través del salón grande, la condujo por las escaleras y por el largo pasillo, hasta el camarote con sus olores acres. Al llegar a la puerta, se limitó a darle un empujón. La silla rodó hasta la pared opuesta y se detuvo con un golpe. Herr Graf no protestó, ni volvió la cabeza siquiera. La silla se deslizó un poco de lado, y en un relámpago de espantada esperanza, Johann vio que su tío tenía los ojos cerrados y la mandíbula inferior caída, como un hombre que acabase de morir. Cerrando la puerta de golpe tras de sí, corrió hacia la cubierta con el estómago contraído y tenso (mitad de furia, mitad de terror), el corazón martilleándole con tal fuerza, que apenas le permitía oír, y los ojos tan agitados que casi estaba ciego.

No obstante, alcanzaba a ver a Concha, no con toda claridad, pero lo suficiente. Entonces se detuvo, acercose a la barandilla y se puso a mirarla fijamente. Ella correspondió mirándole fijamente a su vez con una inmovilidad perfecta, induciéndole a que se acercase más. Johann no se movió.

Con los ojos encendidos y fijos, parecía un tigre extraordinariamente hambriento mirando a su presa, contraídos los labios, al descubierto los dientes. Concha había visto a menudo

aquella mirada, y nunca se había asustado por ella. Al contrario, el hallar a un hombre joven lleno de fuego y de torpe ansiedad la alegraba y estimulaba en su tedio. Ella también era joven, la más joven de la compañía, todavía no se había endurecido por completo, y no se engañaba con respecto a aquel muchacho desdichado que estaba allí de pie, mirándola ávidamente, como un animal acechando detrás de una mata, el cuerpo un poco encorvado, las manos en los bolsillos, probando de realizar la hazaña, anhelando ser un hombre.

Concha se acercó hacia él sonriendo, y, sin vacilación, le tendió los brazos cuando aún estaba a demasiada distancia para que él pudiera alcanzarla con los suyos. Johann dio un salto hacia ella, la prendió por la cintura, el brazo estirado, y se alejó con ella en la danza, conservando todavía la expresión del hombre cogido entre la inundación y el incendio. Echando atrás la cabeza, los ojos en alto y brillantes, Concha le sonrió ampliamente y le dirigió una larga ojeada, capaz de estremecer un corazón. Luego se dejó caer sobre el muchacho y apoyó la pálida mejilla en su pecho como si durmiera. Entretanto, dormida o no, Concha caminaba, se mecía y giraba con la perfección de su arte delicado. Poco a poco el desesperado rostro de Johann se aflojó y suavizó. El muchacho apoyó la mejilla en el liso cabello negro de su pareja y bailó, también con los ojos cerrados.

«Una actuación más bien rutinaria quizá —iba pensando Freytag —. Considerando el tremendo alboroto que es capaz de causar, esa dicha no vale mucho, pero tiene estilo, de veras. Es posible que le enseñe algo que él no se arrepentirá nunca de conocer».

Notó que Concha no se limitaba a interpretar su repertorio como una muñeca a la que hubieran dado cuerda, según había hecho en la representación con la compañía, sino que ponía en el empeño su corazón —o lo que hiciera las veces de este— con perfecta efectividad. Se veía fácilmente que había reducido a aquel muchacho de cabello brillante (que a Freytag no le parecía un gran modelo de ingenio, diciéndolo del mejor modo posible) a un estado de deseo que rayaba en la idiotez. Claro que él, en su inexperiencia, ignoraba lo fácil que hubiera sido satisfacerlo. ¿Por qué no lanzaba una sonrisa alegre y hacía tintinear unas monedas en el bolsillo? Sin embargo, en su situación —estando evidentemente bajo el puño de

hierro de su tío moribundo— la falta de dinero era sin duda la razón principal de que no pudiera sonreír alegremente. Eso también era cosa corriente. Freytag, que se había reconciliado ya hasta cierto punto consigo mismo, los dejó bailando y siguió adelante.

Jenny, que había soportado todo lo que era capaz se soportar de mutismo, cara huraña y labios apretados sobre la blancura de los dientes por parte de David, durante la comida, después de una día de estar sentada o pasear con él en medio de una atmósfera tan tensa que cada soplo de brisa le arrancaba una nota dolorosa, desapareció dentro de su camarote para escribir cartas a varios familiares. Aunque David no lo creía, por más cosas que ella le contara, Jenny tenía en un Estado centromeridional, una reducida pero tenaz familia compuesta por hermanos, hermanas, tíos, tías, primos y hasta un sobrino y una sobrina pequeños. El surtido más perfectamente vulgar, en realidad. Pero ella los quería a todos con un afecto desconcertado, y, por decirlo así, de persona extraña. Mientras empezaba: «Querido…», se le ocurrió otra vez que no importaba a cuál de toda la colección dirigiese la carta, pues todos presentaban ante ella el frente impenetrable de lo que Jenny llamaba «la actitud familiar»…, la sospecha de lo peor respecto a ella, fundada en un conocimiento insuficiente de la vida que llevaba, y una reprobación moral cimentada firmemente en un conocimiento general de las debilidades de la naturaleza humana. Jenny no podía perseguir ningún fin bueno. De ser así, se hubiera quedado en casa, que era donde estaba su sitio. En eso se resume su posición, pensó Jenny, pero ¿no se les helaría la sangre en las venas si supieran la verdad? Ah, bueno, la familia es capaz de metérsele a uno debajo de la piel con alfileres y escalpelos, si uno se aventura demasiado cerca de ella; si uno no protesta, la familia le aplica sanguijuelas y le chupa la sangre por to dos los poros. Pero eso no impide que uno la siga queriendo, ni impide que ellos, los de la familia, le quieran a uno, con esa ternura y esa amargura extraña, anhelante, imperativa, desamparada que se enzarza del uno en el otro en una red de nervios vivos.

No entraba en discusión, en modo alguno, si eran la parentela que uno hubiera escogido, o hubiera preferido en todo caso. Eran la

familia a que uno pertenecía, y ahí quedaba uno, atado para mucho tiempo, por toda la vida y hasta por la eternidad, sin duda. En ese punto de sus semiconscientes meditaciones, con la pluma titubeando sobre el papel, Jenny abandonó el discursear hablando de «uno» y dejó de pensar con palabras, persuadida hasta la médula de los huesos, de que no podía vivir cerca de los suyos, porque temía las debilidades y faltas de todos ellos…, que eran también las que ella tenía, y que la mayor parte de sus virtudes le causaban más aversión todavía que sus defectos. Se había pasado años en lucha estratégica tratando de expulsar a aquellas personas de su vida. Luego, otros años más tratando de ignorarlas, de olvidarlas, de odiarlas. Y al final descubrió que las amaba como ella sabía bien que las leyes más sencillas de la naturaleza le ordenaban, y lo reconoció así. Ese reconocimiento no le volvió la paz, pero, no obstante, puso debajo de sus pies algo de terreno sólido. No volvió a ellos al final en busca de socorro, consuelo, elogio, comprensión ni siquiera amor; lo hizo meramente porque se sintió incapaz de alejarse. Ellos eran la familia y ella la oveja descarriada. Ellos no le permitían que lo olvidase ni un momento, rebosaban de una malicia y un resentimiento que no podían esconder, y, entre sí, inventaban contra ella pequeñas calumnias para justificar su punto de vista acerca de lo que llamaban la «deserción» de Jenny.

Por lo demás, no se dejaban engañar ni un instante por todas aquellas tonterías acerca del querer pintar, del querer ser una «artista». Una joven de buena familia solo deja su casa y su pueblo por un motivo nada más: porque se propone llevar una vida desvergonzada, abandonada, donde sus parientes y su sociedad no puedan reprimirla ni castigarla. ¡Artista, ciertamente! ¿Acaso había algo que le impidiese el pintar en el jardín trasero de la casa?

Con todo eso y mucho más corriendo no exactamente por su cerebro sino por sus venas, Jenny escribía: «Queridísimo primo… o hermano»… o «Cariñoso sobrino»… o «Estimada tía: Hace un tiempo hermoso, empieza a refrescar… Me hallo en perfecta salud…, esperando el momento de llegar a París… Envíame noticias tuyas… Tuya, tuya y tuya, con todo mi amor…». ¡Tuya ciertamente, con todo mi amor, mi diabólica querida familia! Estaba doblando la última carta cuando entró Elsa, que venía del cine, con rastros de lágrimas en los ojos, pero animada y dispuesta a conversar.

La muchacha se sentó y comenzó a soltarse el pelo.

—A mamá no le gusta así —le dijo tímidamente a Jenny.

—A mí tampoco, en realidad —contestó Jenny—. El otro peinado es más bonito.

Había habido cine por primera vez, pero cuando Jenny le propuso a David que asistieran, él contestó que no se le ocurría motivo alguno para pasar una velada de una manera tan estúpida, y Jenny le replicó al momento que no se le ocurriría manera más estúpida de pasar el tiempo que tal como lo pasaban entonces. Eso había zanjado el caso y puesto punto final a la conversación, y con ello pasaron la velada separados. Jenny, escribiendo.

Elsa, por lo que dijo, se había divertido mucho. La película era precisamente de las que más le gustaban, la clase que una veía tan raras veces en México, donde se referían siempre a unos bandidos que luchaban a caballo en las montañas e incendiaban ranchos; a mujeres de baja ralea que perseguían a los hombres; y a toda suerte de gente mala que se jugaban recíprocamente tretas perversas. No, aquellas dos películas fueron diferentes. Eran alemanas, ¡y tan encantadoras! Mientras seguía sentada, preparándose para acostarse, evocó los argumentos del principio al fin. Una presentaba a la hermosa hija del molinero, a la cual amaban dos caballeros ricos, auténticos señores…, padre e hijo. Ella rechaza al padre, el cual le prohíbe que se case con su hijo, que es a quien ama la muchacha. Mediante un complot criminal, dos malvados sirvientes del viejo señor se apoderan de la joven mientras está cogiendo flores a la orilla del canal que mueve el molino y la llevan a la vivienda del guardabosque, y allí la casan sin piedad con una persona de ínfima condición, un viudo que tiene una hija de su misma edad, ¡mientras el anciano señor está presente y lo ordena todo del modo más cruel!

—¿Dónde estaba el hijo? —preguntó Jenny mientras pegaba los sellos a los sobres.

—Da la casualidad de que había salido de viaje poco antes —respondió Elsa—. Pero la hija del guardabosques idea una manera de ayudar a la desventurada. Se va con la novia al dormitorio, con el pretexto de ayudarla a desnudarse, pero lo que hace es atar sábanas unas con otras y la ayuda a bajar por la ventana, y la recién casada huye corriendo a su casa (¡oh, era bonito con la luna

brillando en las copas de los árboles!), y el malvado guardabosques sale en su persecución, pero resbala en el puente del molino (es una intervención de Dios, ¿comprende usted?) y se ahoga. ¡Y en aquel preciso momento, el señor joven llega a casa y se entera de todo, y le entregan la muchacha, viuda y virgen!

—¿Qué fue del señor viejo? —preguntó Jenny.

—Se arrepintió y les dio su bendición antes de morir —respondió Elsa—. La última escena presentaba la boda en una iglesia grande, llena de flores y música, y luego un baile en los prados del pueblo. Me gustaría que dieran más películas como esa… La chica era tan bonita y el joven tan guapo, y eran tan felices los dos…

—Es como un grande y delicioso pastel de boda con mucho dulce por encima y gran número de pájaros y rosas de azúcar, como el que tú tendrás algún día —dijo Jenny.

—¡Oh! Así lo espero —contestó Elsa, aunque dubitativa como siempre—. La segunda película también era bonita…

Jenny cogió una bata ligera, se la puso sobre las rodillas y se sentó aguardando el final.

—Costaba un poco seguirla porque sucedían muchas cosas sin interrupción, pero había un archiduque joven y guapo que quería casarse solo por amor, y antes de desposar a la Gráfin (condesa) von Hohenbreht deseaba verla. No se rebelaba, no, pues pensaba obedecer a sus padres, quienes habían concertado el matrimonio en bien del hijo… Ya sabe usted cómo con los padres —intercaló Elsa, con un sorprendente resbalón hacia el sentido común más trillado —. Y los pobres viejos, que quieren que el hijo sea feliz, traman un enredo con los padres de la condesa a fin de que los respectivos hijos se encuentren sea como sea, de modo que los disfrazan a los dos y cada uno toma al otro por un simple campesino. Se dará usted cuenta de que la condesa también es romántica y también se ha negado a conocer siquiera al archiduque, pues quiere casarse solo por amor. Bien, los padres de ella le dicen que es hora de que conozca algo de la vida y aprenda a gobernar un castillo, y que se vestirá como una chica de la limpieza y se irá al río con las criadas, para pasar el día lavando. Pero ella no hace nada, ¿sabe usted? Ella solo da órdenes a las otras. Entretanto, lo han dispuesto de modo que el archiduque, disfrazado de guardabosques, esté cazando por

aquella parte del monte con algunos de sus hombres. El archiduque ve a la hermosa doncella, ella le ve a él, se enamoran a primera vista (¡naturalmente!, ahí está el caso), y el joven y guapo archiduque les dice a sus padres que ha encontrado el verdadero amor de su vida y se casará únicamente con la lavanderita y con nadie más. Entonces las dos familias se divierten de lo lindo prolongando la broma y creando dificultades, hasta que están seguras de que el amor es real. Entretanto, el archiduque y la condesa se ponen los disfraces y corren a verse en el bosque cada vez que encuentran ocasión. Eso dura largo tiempo, hasta que al final se descubre todo, y hay una boda de lujo, en una catedral, y luego un divertido baile en el castillo. ¡Oh! —exclamó Elsa, de pronto—, usted pensará que soy una necia. Sé muy bien que la vida no es así, y no espero nada semejante. Sin embargo, no comprendo a esos estudiantes cubanos. Hasta aquel alto y bien parecido que canta tan bien (¿recuerda?, el que me gusta), pues se porta lo mismo que los otros. En las escenas de amor y hasta en los ratos tristes, se burlaban todo el rato, silbaban, maullaban como gatos y se comportaban tan mal que un camarero les mandó callar. Con lo cual se han levantado todos y han salido con la condesa, ya sabe usted, la prisionera, y ella también se burlaba. Yo no comprendo que la gente tenga el corazón tan duro… Eran unas películas preciosas, llenas de escenas encantadoras…

—Lo que les pasa a esos estudiantes es, sencillamente, que no han nacido todavía —sentenció Jenny, en tono severo—. No son más que los malos sueños de sus padres. Elsa, deberías tratar de olvidar al chico ese.

—¿Cómo puedo olvidarle si le veo todos los días? —preguntó Elsa, un poco mohína—. Pero mi madre dice que la condesa es una mujer despreciable, con título o sin título, y que por ningún concepto debo yo ni siquiera dirigirle la palabra a una mujer mayor, a menos que ella me la dirija a mí primero. Y, sin embargo, ¡cuánto me gustaría saber qué sensación causa ser una mujer como ella!

Jenny observó, sonriendo:

—¡Pero, Elsa, estás progresando de prisa! ¡Qué idea! ¿Qué diría tu madre? Vamos, dime, después de esa velada tan alegre en el cine, ¿por qué lloras?

—¡Soy tan dichosa a veces, y luego tan desgraciada! —confesó

Elsa, sencillamente, y se secó los ojos, donde volvían a formarse las lágrimas.

—Bien, si no hay nada más grave que eso, no tiene importancia —opinó Jenny, precipitadamente—. Y yo no tengo sueño. Voy a dar una vuelta por la cubierta y contemplaré la luna. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Elsa, con voz sosegada.

Y las largas confusiones de aquel día se deslizaron hacia sueños apacibles.

Frau Otto Schmitt seguía sintiéndose un tanto intimidada por sus recientes encuentros con un mundo de varones cuyas reacciones no podía prever, un mundo que, en su nuevo y reciente estado de viudez, le parecía desalentador. Empezaba a darse cuenta, con pasmo, de que no había conocido nunca a ningún hombre, excepto a su marido, ni había conocido a otras mujeres que a las esposas de los amigos de su marido, o a maestras solteronas tan poco idóneas para sus confidencias femeninas como si perteneciesen a otra especie. Durante años apenas había visto a nadie —aparte de los estudiantes de sus clases—, excepto en compañía de su marido. En verdad, había vivido su vida de casada casi literalmente en presencia de su esposo. El estado de salud de este después de la guerra fue causa de que en ocasiones pareciese su hijo; en tiempos mejores, su hermano, y, sin embargo, siempre su marido, después de todo. Pero ¡oh, qué pobre preparación para vivir luego sin su compañía le había proporcionado él! ¿Adónde podía acudir, a quién podía hablar segura de hallar una respuesta humana, amable?

Casi lo interpretó con una respuesta a sus oraciones cuando el doctor Schumann apareció solo en el extremo de la cubierta y se quedó de pie junto a la barandilla. Acercose a él todo lo que pudo sin parecer —confió ella— que le abordaba, sintiendo el afán de encontrarse cerca, aunque solo fuese por un momento, porque aquel hombre la reafirmaba en su concepto de lo que era justo, bueno y apropiado en todos los aspectos.

El médico tenía vuelta hacia ella la mejilla izquierda, y frau Schmitt se sentía capaz de rendir culto a aquella noble cicatriz de *Mensur*. La de su marido, no menos impresionan te que la del doctor, había sido el orgullo de la vida de frau Schmitt, y le recordaba varios hechos estimulantes: que su marido procedía de una buena familia superior a la de ella, que los duelos que libró en la universidad le habían ascendido todavía en la escala social; que indiscutiblemente, él hubiera podido hacer un matrimonio

ventajoso, casarse con una muchacha rica. Pero no, la había elegido a ella, con su pobre dote y con sus hermanos, que nunca habían tenido un cuarto. Pero jamás —le decía— lo había lamentado. Y ella no cesaba ni un instante de agradecérselo. La cicatriz del doctor estaba en el sitio más adecuado posible, pues si un duelista novato o cobarde retrocedía, volvía la cabeza o bajaba el mentón, corría el riesgo de recibir un corte hasta en la frente, o en el pómulo —frau Schmitt había visto muchas cicatrices de este tipo— y era una deshonra para él, a menos que pudiera atribuirse al poco arte del adversario en el manejo de la espada, aunque, ¿cómo va uno a ir por el mundo dando esa explicación toda su vida? Frau Schmitt estaba ya un poco cansada de oírle decir a frau Rittersdorf que su marido era un duelista arrojado, siempre el retador, siempre el victorioso, con cuatro cicatrices en la mejilla izquierda, y cada una, una preciosidad: un corte hasta la última muela, ¡y no separadas ni por un centímetro! Vamos, en ocasiones a frau Rittersdorf la tachaba de exagerada. Además, con una cicatriz bien situada había bastante. ¿Para qué servían, al fin y al cabo? Eran una prenda en la carne viva, otra especie de medalla al valor demostrado. En cuanto había conseguido una, un caballero podía entregarse a sus otros intereses y ocupaciones.

Empujada por su estado de ánimo de tímida adoración, se deslizaba casi hacia el doctor, el cual se volvió y le dedicó aquella sonrisa seria que siempre admiraba en él. Y parecía a punto de hablar, cuando el ronco coro de *La Cucaracha* desgarró el aire nocturno. La condesa, que, con un vaporoso vestido blanco y sandalias verdes, «zarpaba» del salón en medio de un enjambre de grotescos cortesanos, agitó los dedos, dirigió una sonrisa hechicera al doctor y siguió adelante apresuradamente, la falda volando y los estudiantes aullando la canción y llevando el compás a paso de rumba. Uno de ellos, un muchacho musculoso con pantalones Oxford de paño *tweed* morado, parecidos a faldas arremangadas, canturreaba detrás, a una distancia prudencial, imitando la voz débil, lastimera de la detenida:

—¡Ah, juventud, hermosa juventud! ¡A ella no le queda ninguna, menos mal!

Hasta tuvo la desvergüenza de guiñarle el ojo descaradamente a frau Schmitt, la cual casi no osaba dar crédito a los suyos. Y se

volvió acongojada hacia el doctor Schumann, aunque solo pudo decir, desmayadamente:

—¡Vaya! Pero ¿ha visto usted?

El doctor Schumann se acercó y ambos se quedaron mirando a los estudiantes; su andar a sacudidas, sus muecas simiescas, el aletear de sus manos en ademanes impúdicos, siguiendo la graciosa estela de la condesa. ¿Cómo era posible que aquella mujer, que parecía tan vivamente atenta a sí misma y a todo lo que la rodeaba, tolerase ni por un momento semejante descaro? El doctor reprimió un profundo suspiro, volvió la espalda hacia el mar, y le dijo a frau Schmitt, con voz melancólica:

—Cuesta trabajo creer que la juventud tenga tan mal corazón. Oímos hablar mucho, ¿verdad?, contra las personas maduras, y demasiado de lo que se dice es cierto: nuestras faltas, cada vez mayores, por negligencia, por egoísmo, por complacencia, por desesperación…

—Confío que por desesperación no, querido doctor Schumann —atajó frau Schmitt, inquieta.

—Sobre todo por desesperación —repitió el doctor, con firmeza —. Pero la perversidad auténtica está en la juventud… Nosotros, los viejos, pecamos, pero sabemos que pecamos. Algunos tratamos con empeño de arrepentirnos, de reparar. En cambio, ellos… —el médico inclinó la cabeza en dirección a los estudiantes—, ellos pecan y ni siquiera saben que lo hacen; o lo saben y se recrean en ellos. Son desvergonzados, crueles y arrogantes, se aman a sí mismos con una pasión desconocida en la edad madura…, o quizá agotada —corrigió con cierto repentino toque de humorismo— en la edad madura… Pero, sea como fuere, pecan el día entero contra todo lo existente, desde el corazón humano hasta el Espíritu Santo, y cuando están cansados de pecar se acuestan y duermen como corderos recién lavados. ¡Vaya, cuánto desprecio, cuánta burla ignorante! ¡Cuánta mofa insensata y cruel contra una dama que sufre y que nunca les ha hecho ningún daño!

Frau Schmitt exclamó con ingenua y dulce extrañeza:

—¡Pero, doctor! ¡Es la primera vez que le oigo expresarse con aspereza!

—Lo hago con toda intención —respondió el médico, sosegadamente—. ¡Soy la voz de la reprensión misma, que se

levanta en el desierto, o sobre la inmensidad de las aguas! Quisiera que mis palabras fuesen piedras y que pudiera arrojarlas para abrirles la cabeza a esos salvajes.

—O el corazón —insinuó frau Schmitt.

—No, corazón no tienen —replicó el doctor.

Frau Schmitt guardaba silencio, notando que la habían arrastrado hasta sus mayores profundidades, pero a unas profundidades a las cuales ansiaba que la arrastrasen. Con ojos tristes observaba la mirada del médico, que seguía la silueta de la condesa al desaparecer por la proa. Vio lo que vio, lo interpretó a su manera personal y formó sus propios y sencillos pensamientos. ¡Qué lástima que un hombre tan bueno hubiera de enamorarse de una mujer como aquella! ¡Y a su edad, por añadidura, y casado, y todo lo demás! ¡Ah, era algo que daba miedo, y que ocurría con demasiada frecuencia! Su fe en el doctor se tambaleó, hundióse, se recobró un poco, pero ya nunca con el antiguo esplendor. Frau Schmitt se sintió herida de nuevo, dejada al margen de los acontecimientos. La vida iba a pasar de largo junto a ella. Ya solo deseaba rezar su rosario, ponerse en manos de Dios, irse a dormir y olvidar. Este mundo ya no podría ofrecerle nunca nada agradable ni bueno. Después de un momento, murmuró una corta frase formularia de despedida y continuó su camino.

El doctor Schumann se asombraba se sí mismo. Reflexionó un poco sobre sus palabras y las lamentó por inmoderadas, pronunciadas fuera de lugar, con énfasis indebido, en el momento que no convenía y a la persona que no debía oírlas. En verdad, no debía haberlas pronunciado, ni entonces ni nunca, concluyó, pues el sentimiento que las inspiraba resultaba sospechoso. El doctor hizo un breve acto de contrición en las profundidades de su mente, se tendió en la tumbona más próxima y cerró los ojos. La cubierta estaba poco iluminada y solitaria en aquel momento, todo era silencio, excepto por el sonido arrullador de las olas. El doctor Schumann, que anteriormente había acariciado la idea de firmar contrato para otro viaje, en aquel instante y lugar, en un relámpago de intuición, comprendió que aquel viaje sería el último para él. Con el alivio que le proporcionó haber entrevisto que iba a ser, sorprendentemente y por causas misteriosas, período de prueba para él, el doctor se hundió en un apacible sueño.

Cuando abrió los ojos, la condesa estaba tendida a su lado, en la silla de su derecha, muy a su gusto, perfectamente despierta, pensativamente hermosa, contemplando el oscurecido mar como si estuviera esperando que se levantara el telón. El doctor Schumann se quedó tan sorprendido, que casi balbució:

—¿Qué… qué ha hecho de aquellos terribles jóvenes?

—A veces se muestran un poco estúpidos, es cierto —contestó la condesa, sosegadamente—. Se han cansado de hacer monadas y han dicho que se iban a jugar a los dados. Usted estaba durmiendo con un sueño envidiable. ¿Cómo lo consigue?

El doctor Schumann se incorporó, sintiéndose descansado y devuelto a su centro. Casi jovialmente, contestó:

—¡Con una conciencia tranquila, por supuesto!

—Por supuesto —repitió la condesa—. Veo bien que es un hombre que no podría vivir sin una conciencia tranquila.

—Cosas peores se pueden tener —sentenció el doctor, con terquedad, dándose ya perfecta cuenta de que había de empezar a tener una mano más firme con aquella inestable señora que, al fin y al cabo, era una paciente suya—. Dígame, en estos precisos instantes, ¿su conciencia no tiene nada que reprocharse?

—No sé lo que es conciencia —respondió la condesa—. Tengo, en cambio, un levísimo sentido del honor, que sirve casi igual… ¡intermitentemente! En cuanto a la promesa que le hice, hasta el momento la he cumplido, ¿no lo ve? Pero el cumplirla no me hace feliz. Me causa una angustia vivísima, tengo cactus en las venas, ¿y por qué hago eso? Por usted, como se lo dije. ¿Por qué me pide más?

—Ni siquiera le pedí eso —advirtió el doctor Schumann—. Eso menos que ninguna otra cosa. En verdad, jamás hubiera tenido la osadía de soñarlo.

—Lo sé —dijo la condesa, casi con ternura—. Necesito urgentemente algo que me ayude a dormir. No puedo resistir más.

—Pruebe un poco más a pasar sin drogas —exhortó el doctor—, y yo prometo ayudarla cuando llegue el momento.

—Detesto el martirologio en todas sus formas —declaró la condesa—. Para mí es una cosa que no favorece. Tampoco sabría ser heroica. El heroísmo lo detesto todavía más. No obstante, vea. Aquí me tiene prometiéndole ser ambas cosas, precisamente porque

usted opina que ello puede beneficiarme. ¿A qué beneficiará? ¿A mi alma?

—A su alma también, no cabe duda —asintió el doctor, amigablemente.

—¿Espera usted algún cambio grande en mí a consecuencia de este extraño viaje, tan inesperado, tan diferente de cuanto había conocido hasta ahora? ¿Una especie de milagro?

El médico tomó la palabra, pero en aquel mismo instante ambos se dieron cuenta de una pareja bastante cómica. La larguirucha Lizzi y el bajo y obeso herr Rieber, subían a cubierta, seguidos furtivamente, a poca distancia, por Ric y Rac, los gemelos. Ni la condesa ni el doctor aludieron a tales apariciones, ni se fijaron casi en ellas, y continuaron, placenteramente, con su conversación.

Ric y Rac, después de escabullirse por la cubierta del buque, poniendo mucho cuidado en quedar fuera de la vista del objeto de su atención —cuyos hábitos y designios conocían bien—, oyeron por fin una confusión de los sonidos más prometedores surgida de tras la segunda chimenea grande, lugar perfectamente oscuro y escondido: un ligero forcejeo, el deslizarse de los tacones de unas botas, unos gritos y siseos femeninos frenéticos y sofocados, una voz masculina gorjeando y arrullando gozosamente… Ric y Rac no podían entender las palabras, pero conocían hasta el tuétano de sus huesos la *lingua franca* de la galantería. Discretamente, como zorritos, se acercaron, echándose atrás mutuamente (cada uno por miedo a que el otro fuese el que lo viese primero), cruzando astutas miradas con el blanco de los ojos centelleando, y pasándose por los abiertos labios las lenguas, rojas, puntiagudas. El viento silbaba en sus oídos y les echaba el cabello contra las mejillas. Sus vestidos se adaptaban a sus magros cuerpos, que se apoyaban en la chimenea y se deslizaban circularmente hacia los atrayentes ruidos.

Con silencio y quietud avariciosos observaron la escena esperada. Lizzi y herr Rieber estaban sentados en el suelo de cubierta con la espalda contra la chimenea, luchando, riendo, forcejeando. Herr Rieber intentaba jugar con las rodillas de la muchacha. Ella tiraba para abajo de la falda con una mano, y con la otra rechazaba débilmente al atacante. Ric y Rac estaban esperando algo más interesante, pero la huesuda muchacha se liberó y le faltó poco para que tumbara al hombre de un empujón. Llevaba la blusa desabrochada casi hasta la cintura, pero los chiquillos observaron con disgusto que en realidad no había nada que ver. Volviendo la cabeza a sacudidas hacia todas partes y chillando, los ojos asustados de la muchacha señalaron súbitamente a Ric y a Rac. Blandiendo hacia ellos los largos brazos, soltó un alarido, una especie nueva de chillido:

—¡Oh, mira, mira…!

Herr Rieber se serenó al momento, y mientras Lizzi se levantaba de un salto, en un movimiento instantáneo, idéntico al de una navaja al abrirse, él se puso de rodillas, después de haberse puesto a gatas primero, luego se apoyó en un rollo de soga y por fin se levantó con un laborioso gruñido.

Ric y Rac se limitaron a retroceder un paso junto a la chimenea, siempre mirando fijamente, en posición de echar a correr si era necesario.

—¿Qué estáis haciendo aquí, criaturas desvergonzadas? —preguntó herr Rieber, adoptando un tono un tanto sofocado pero severamente paternal.

—Mirarles a ustedes —contestó Rac, la niña, sacando la lengua.

Ric intervino diciendo:

—Sigan, sigan, no lo dejen. Nosotros les avisaremos si se acerca alguien.

Herr Rieber, sinceramente pasmado por tanto cinismo a tan corta edad, se precipitó contra ellos enseñando los dientes y con las manos tendidas como zarpas, pero los chiquillos se pusieron fuera de su alcance de un salto.

—¡Largo de aquí! —bramó el hombre, casi fuera de sí.

Ric y Rac palmoteaban literalmente de puro regocijo y danzaban mientras herr Rieber saltaba de acá para allá, persiguiéndoles, soltándoles golpes que solo herían el aire y le hacían girar como una peonza.

Ric y Rac brincaban como unos salvajes a su alrededor, gritando:

—¡Un peso, un peso… si no, lo descubriremos! Un peso, si no, lo descubriremos… ¡Un peso…!

—¡Monstruos! —gritó Lizzi, con voz ronca—. ¡Horribles!

—¡Un peso, un peso! —cantaban Ric y Rac, todavía deslizándose alrededor de herr Rieber y esquivando sus golpes con la mayor facilidad, herr Rieber se paró, jadeando, la cabeza baja, como un toro agotado en la arena, y hundió la maño en el bolsillo. Un peso cayó sonoramente y rodó por la cubierta. Ric le puso el pie encima —. Uno para ella, también —conminó—. Uno para ella.

Tenía una carita resuelta, fría y recelosa. Herr Rieber arrojó otro peso. Ric recogió las dos monedas con rápido movimiento, y reteniéndolas en una mano, hizo un signo a Rac, que le siguió al instante.

Los gemelos echaron a correr y en lo alto de la escalera sufrieron un encontronazo. Y ambos vieron la misma cosa al mismo tiempo, y a los dos se les ocurrió la misma idea. La lona que cubría uno de los botes salvavidas se había desatado en parte, colgaba suelta y se podía abrir más sin gran esfuerzo. Los gemelos pusieron a prueba las ataduras, que cedieron con una facilidad sorprendente, levantaron la cubierta de lona y se escabulleron dentro del bote. Rac primero, Ric detrás, sin decir palabra.

El bote era mucho más profundo de lo que se habían figurado. A fuerza de patalear y revolverse, consiguieron asomar los rostros a la abertura de la lona, desde donde escucharon atentamente, las caras tocándose, por unos momentos. Un instante después pasaban el hombre obeso y la muchacha larguirucha. Ella abotonándose la blusa, y ambos con aspecto enojado. Ric perdió el equilibrio y al querer agarrarse a las paredes del bote hizo ruido. Lizzi volvió la cabeza y miró hacia donde estaban los gemelos, sin verlos. Entonces fue ella la que tropezó por las escaleras, y el hombre obeso la cogió del brazo y le dijo, en voz baja:

—Cuidado, hermosa mía.

—Basta ya —replicó la joven, con amargura, soltándose de un tirón.

Ric y Rac se dejaron caer dentro del bote, liados el uno con el otro y riendo en la oscuridad.

—Dame mi peso —requirió Rac con fiereza, agarrando a Ric por el costado y hundiéndole las uñas—. Dame mi peso, O te saco los ojos.

—Cógelo —contestó Ric, en el mismo tono, cerrando el puño sobre la moneda—. ¡Vamos, cógelo, inténtalo al menos!

Trabados en lo que parecía un abrazo mortal, rodaron hacia el fondo del bote, donde lucharon furiosamente, las rodillas sobre las costillas, las garras en el cabello. Pero no parecían sentir el dolor que se causaban mutuamente y seguían riendo. Un joven oficial que pasaba se paró a escuchar, con el rostro profundamente pensativo. Adelantando un paso, retiró la lona y quedó perplejo al ver a los chiquillos allí. Luego, echándose sobre el costado del bote y doblándose cabeza abajo, cogió a ambos y los sacó fuera. Pesaban tan poco como si tuvieran los huesos huecos. Salieron inertes, colgando, cual muñecos rotos.

La condesa y el doctor Schumann continuaban cómodamente tendidos en sus largas sillas, contemplando el bailoteo de las luces del barco en el mar oscurecido, y el doctor iba diciendo:

—Uno no tiene debilidades nuevas ni energías nuevas, sino únicamente el desarrollo, aumento, disminución o perversión de su potencialidad original. Estas modificaciones pueden ser a veces tan bruscas que den la ilusión de un cambio radical, pero es solo ilusión, me temo. A medida que uno se hace mayor, advierte más los elementos tornadizos, inestables de su propio carácter. Uno intenta llevar las cuentas, asumir el mando, podríamos decir. Y comprende, por fin, sencillamente y acaso con alguna tristeza, que lo que le dijeron cuando niño es verdad, a fin de cuentas: uno es inmortal ciertamente, pero no en la carne… Uno…

El médico hizo una pausa.

—Uno, uno, uno… —remedó la condesa, en tono ligero—. ¿Quién es ese *Uno* del cual está usted hablando continuamente? Hablemos de nosotros…, de usted y de mí personalmente.

—En cuanto a mí, padezco de una dolencia cardíaca muy corriente. Por lo tanto, me contrato como médico de barco para uno o dos viajes, siguiendo lo que tan a menudo he recetado a otros, esperando conseguir un poco de reposo, imagino. Ahora con solo que pueda volver a ver a mi esposa expulsando a las gallinas de nuestra cocina campestre con la escoba, y regañando con energía, ya no pido nada más de este mundo. ¿Cuánto habrá regañado aquella bendita, a mí y a todo el mundo y a todas las cosas (durante su vida de casada, al menos), siempre con motivo sobrado y por el bien de todos, porque en verdad casi siempre tiene razón… y en qué ha parado ello?

—Pues para usted ha parado en punto y aparte por un ratito —opinó gozosamente la condesa.

El doctor Schumann decidió celebrar la ocurrencia con una leve sonrisa y apartó la vista, fijándola en el agua detrás de la baranda.

—Imagíneme a mí, un médico, después de todos estos años pasados en el tranquilo Heidelberg, creyendo que podría encontrar reposo en un barco. Me quedo pasmado al sorprenderme pensando: «Ahora quizá aprenderé algo nuevo sobre mí mismo, o sobre las personas con las cuales vivo». Pero no hay tal. Todo esto lo he visto antes, una y mil veces, únicamente que hasta ahora no lo había visto en un barco. A todas esas personas las había visto ya anteriormente, solo que en otros sitios, con nombres distintos. Adivino sus enfermedades casi con solo mirarles, y si uno sabe qué enfermedad tiene un hombre, muy a menudo puede colegir qué forma han tomado sus vicios y sus virtudes.

—Ahora hable de mí —solicitó la condesa, enlazando las largas manos ligeramente sobre la rodilla e inclinándose hacia delante desde el borde de la silla.

En el lejano extremo de la cubierta apareció un grupo inusitado agitándose en acción violenta. Un joven oficial, con la gorra ladeada a consecuencia de un golpe, estaba luchando con aquellos horribles gemelos españoles. Sin embargo, a pesar de todo, el oficial seguía avanzando con firmeza y lograba acercarse en línea quebrada hacia el doctor Schumann y la condesa, arrastrando a los cautivos, que intentaban morderle las manos.

—Más diabluras —rezongó el doctor Schumann, disipándose su serenidad—. Todavía no he podido ver a esos chiquillos sin darles quebraderos de cabeza a alguien. —Y le gritó—: ¿Qué pasa?

El oficial se plantó delante del médico, cogiendo mejor a Ric y Rac, los cuales cesaron de repente de pelear y se quedaron quietos como muertos, los huraños ojos fijos en el vacío.

El joven oficial empezó:

—Señor, estos niños, estos incalificables…

Ric y Rac dieron un tirón simultáneo cada uno en dirección opuesta a fin de conquistar la libertad, de modo que sus brazos se abrieron como alas, pero el oficial no los soltó.

—Soy madre —dijo la condesa, dándole ánimo y dirigiéndole la sonrisa menos maternal del mundo, y los labios escarlata se curvaron y se pusieron tiernos, y las cejas se enarcaron—. Imagino todo lo que puedan hacer, y, sin embargo, debo decir sinceramente que no lo encuentro tan malo. ¿Qué opina usted, doctor?

—No me importa lo que hayan hecho ahora. Yo estoy de

acuerdo en que son un par de pequeños monstruos —manifestó el doctor Schumann, inclinando la cabeza para observarlos sin esperanza—, y completamente ajenos a todo estilo corriente de disciplina.

—Estaban en un bote salvavidas —declaró el joven oficial—. Habían desatado la cubierta de lona y se habían metido dentro.

—Ea, *il faut passer la jeunesse* [16] … La infancia es una carga pesada, creo yo, la de uno mismo primero, y luego la de los demás… Mis pobres hijos no tenían nada de monstruos, al contrario, eran de una normalidad que casi desconcertaba, pero fueron, simplemente, un verdadero fastidio hasta que cumplieron los dieciocho años. Entonces se volvieron unos jóvenes deliciosos con los cuales se podía hablar. Yo no sé cómo se produce ese milagro. Por lo tanto, debemos esperar y tener paciencia con fenómenos como esos.

Y dirigió una mirada hechizadora a los gemelos, los cuales correspondieron mirándola fijamente con marcada malignidad.

—Con estos no ocurrirá nada parecido —pronosticó el doctor Schumann—. Llevan el mal en el alma del alma. —Dirigiéndose al joven oficial, añadió—: ¿No bastaría con entregarlos a sus padres?

—¡Sus padres, válgame Dios! —exclamó el joven oficial, en un arranqué de desprecio y desesperación—. ¿No los ha visto, señor?

—Entonces, no veo otra solución que la de soltarlos o… —la condesa miró tiernamente a los agresivos ojos de los dos pequeños delincuentes—, ¿quizá le ahorraríamos tiempo y molestias a todo el mundo si los arrojásemos por la borda?

—Sí, madame, una excelente idea —aprobó el joven oficial, con amargura—. Y es una lástima que no la podamos poner en práctica.

—¡Bah! Ustedes se lo toman todo demasiado en serio —comentó ella—. Recuerden que son niños…

—Poseídos por el diablo, no obstante —recitó el doctor Schumann.

La condesa estudió la faz benévola del médico, oscurecida ahora por una severidad casi militar.

—¡Qué hombre tan anticuado es usted! —comentó, admirativamente.

Los ojos del doctor titubearon por una vez.

—Sí, lo sé. Un poco estúpido, sin duda.

—¡Pero encantador! —respondió ella, cogiéndole la mano.

El joven oficial, cuyo sentido moral se hallaba en un estado particularmente exaltado, se quedó casi tan pasmado ante semejante gesto como se había quedado a la vista de Ric y Rac en el bote. ¡De modo que todos los rumores que había oído acerca de la condesa eran ciertos! Y se vio abandonado a su dilema con Ric y Rac… Muy bien, no eran peores que la gente mayor. ¡Que hiciesen lo que se les antojara! Y los soltó como si fueran víboras. Los gemelos arrancaron enseguida en un galope largo, bamboleante, cubierta allá. Entonces el oficial se inclinó con una cortesía tan falsa como se atrevió a mostrar a la condesa y al doctor, se ajustó la gorra y se retiró.

La condesa le siguió con la mirada y soltó una risa fresca, sonora, gozosa, los ojos centelleando.

—Pobre, simpático joven —comentó—. Es demasiado jo ven todavía. Demasiado joven para acordarse de su propia infancia. Querido doctor, yo nunca he entendido el dogma del pecado original. Los niños no son sino unos animalitos perfectamente naturales antes de domarlos con el látigo… ¿Por qué pasmarse de lo que hagan?

—En esos no se puede descubrir nada bueno —aseguró el médico—. En esos jamás. ¿Por qué engañarnos con esperan zas? No llegarán a nada bueno.

—Tampoco ahora su situación es buena —replicó la condesa. Y recostándose, exhaló un prolongado suspiro—. ¿Qué clase de infancia tuvo usted?

—Una infancia inocente —contestó el doctor, de un humor excelente otra vez—. O así me gusta pensarlo.

—¡Ah, lo de que así le guste pensarlo puede ser cierto! —exclamó la condesa—. Pero ¿no recuerda nada interesante, en absoluto? ¿No tomó parte en ninguna «aventura alegre»?

El doctor Schumann meditó en silencio unos cortos momentos, empezó a sonreír más bien con renuencia, y luego decidió desahogar el pecho.

—La inocencia… Nuestra altamente discutible inocencia…

—De modo que tiene algunos recuerdos divertidos… —dedujo la condesa, posando su sedosa mano sobre la del médico, una mano en que las azules venas sobresalían como las ramas de un arbusto—.

Bien, la verdad (para animarle a usted) es que yo no fui inocente nunca, nunca. No tuve ocasión, en primer lugar, rodeada como estuve de primos agraciados, muchachos de un temperamento inquieto y aventurero, como el mío propio. Pero sobre todo, no poseía aptitud para serlo, y menos el deseo de serlo. Jamás pude tolerar la idea de que se me tuviera ignorante de ningún secreto, de ningún placer. Sin ayuda de nadie, lo corregí todo muy pronto. De eso a vivir la experiencia, solo hubo un paso. De la experiencia al hábito fue también cuestión de poco tiempo. ¡No puedo arrepentirme de nada sino de que no siempre aproveché al máximo mis oportunidades!

—Yo fui inocente como un ternero —confesó el doctor Schumann—, lleno de esperanzas y entusiasmo naturales, un alma sencilla sin la menor preocupación, que creía todo lo que le enseñaban, un niño obediente y afectuoso… Con cuatro besos me manejaban como querían. Pero, no obstante, es cierto que a corta edad seduje a mi primita, y luego fui seducido, a mi vez, por una compañera de juego, algo mayor que yo. En nuestra ignorancia hicimos cosas absurdas… Ambas compañeras de juego crecieron y fueron muy bonitas, encantadoras, muchachas virtuosas que siguieron el buen camino, fueron afortunadas en el matrimonio y zurraron bien a sus hijos por la menor falta. No obstante, yo digo: los impulsos que nos arrastraron tenían su fundamento en el pecado original, en el que creo, lo mismo que creo en la presencia real…

—Yo no creo ni en uno ni en otra —dijo la condesa, sin énfasis.

—Con todo, tiene que consentir en que yo crea —porfió el doctor Schumann, amablemente—. En cuanto a la inocencia, ¿sabe alguien lo que es? Porque yo recuerdo el pecado y el placer siempre asociados, aunque parece que nunca afectan aquella parte de mi vida y aquellos actos fundados en la ley moral y que a mí me han parecido auténticos, no una fábula, ni un mero soñar despierto, y creo que fueron inocentes.

—Desisto de comprender eso —anunció la condesa—. ¿No estamos hablando por el placer de hablar? Las discusiones teóricas me llenan de tristeza. Yo saboreé todos los goces de pecar, como lo llama usted, sin culpa —afirmó con cierta complacencia—. Pero usted debió de ser una personita encantadora. Yo le hubiera adorado, incluso entonces. Algunos de mis delitos caían en un orden

bajo, poco imaginativo, lamento decirlo. Cuando tenía cuatro años persuadí a mi hermanito y le hice beber lejía que utilizábamos para limpiar desagües, diciéndole que era leche. Tomó un sorbo, lo escupió y huyó dando gritos. Fue rescatado al momento y le limpiaron bien la boca. A mí me castigaron, me dieron una paliza que me dejó cubierta de cardenales. Por lo demás, no pasó nada. Y la verdad es que yo no me proponía nada malo. Solo sentí curiosidad por ver si le mataría. Pero los adultos no comprenden estas cosas.

—¡Ah, la infancia! —exclamó el doctor Schumann—. La época del capullo tierno, de la hoja que se abre…

Ambos se rieron placenteramente y se arrellanaron en las tumbonas.

—La verdad es que la mía no fue tan mala —ponderó la condesa. Y levantó la mano del médico, deslizando los dedos de él entre los suyos de modo que se enlazaron unos con otros—. Le amo tanto a usted, aunque usted es muy agrada ble, como a sus cualidades. Me gusta que un hombre sea grave, serio, que tenga principios sólidos. Para mí no hay nada más repulsivo que un hombre frívolo, tímido, vacilante, que no sabe qué piensa ni qué quiere. ¿Y por qué? Por que entonces no puede conocer nunca la mente y el corazón de una mujer. ¿No le ha sido nunca infiel a su esposa?

—¿Eh? —exclamó el doctor Schumann—. ¡Vaya una pregunta!

—¡Ah, sí, ya sé! Usted tiene que sorprenderse y hasta debe alarmarse un poco. Es cosa muy apropiada. Usted siempre tiene razón. Pero medite un momento. Por mi parte, no se trata solamente de una curiosidad, o de una impertinencia. En cierto modo sí, por supuesto, pero hay algo más todavía, y ese algo más es lo que quiero que crea que…

El doctor Schumann desenlazó sus dedos de entre los de la condesa, prendió la mano de esta dentro de la suya y luego deslizó dos dedos en busca de su pulso.

—¿Qué tal marcha? —preguntó la dama—. ¿Se va calmando?

—Muy bien —contestó él—. Quizá mejor que el mío, en estos momentos. Pero ya se lo había dicho —comentó, y sin embargo, no supo abstenerse de mencionar de nuevo lo mal que estaba su corazón—. En cualquier momento… —insinuó, dejando otra vez la

mano de su acompañante.

—Creo que es envidiable saber cómo morirá uno —expuso ella —, y que será de una muerte repentina y no fea. Ojalá yo lo supiera, porque le tengo miedo al sufrimiento y a quedar desfigurada. No quiero dejar detrás de mí un cadáver asqueroso…

—Es usted irremediablemente vana, nada más —apuntó el doctor Schumann, y la frase sonó como si la estuviera elogiando—. Sé que nada es más precioso que la belleza para aquel que la posee. Y ha de ser duro venir al mundo cubierta de belleza y salir de él cubierta de fealdad. Con la belleza pasa lo mismo que con cualquier otro don o cualidad que valga más o menos la pena poseer: uno ha de nacer con ella, no puede adquirirla, y debe tratarla como merece.

—¿Pero usted me encuentra hermosa?

—Naturalmente —afirmó el médico. Después de una corta pausa, añadió—: Contestaré su pregunta sinceramente. No he sido nunca infiel a mi esposa.

—¡Qué gentil por parte de usted! —elogió la condesa, con acento compasivo—. Ha de haber resultado soso en ocasiones.

El doctor Schumann, que se consideraba a sí mismo el alma de la reserva, sintiose poseído por el demonio de la franqueza.

—Lo fue —respondió con sencillez, asombrado de sí mismo—, pero ella me era fiel a mí, y es posible que también le resulte un poco soso en ocasiones.

—¿Fue usted en realidad tan extraordinariamente bueno porque quiso serlo, o la causa estuvo en que tenía el corazón enfermo?

—Tuve el corazón muy sano hasta hace un par de años — manifestó el doctor, con un leve deje de resentimiento, llevándose la impresión de que aquella mujer abusaba de la confianza, y que quizá él lo merecía.

—Pero usted me ama a mí un poquito nada más, ¿verdad?

—No, nada en absoluto —respondió el doctor Schumann—. Nada en absoluto, si no ignoro qué es el amor. Sé lo que debería decir, sé que no me porto de un modo muy galante, pero no soy un hombre que pueda permitirse decir lo que no piensa, y, además, ¿le gustaría a usted oír lo que no pienso? Quizá no haya tiempo para tales entretenimientos.

La condesa le cogió la barbilla entre el pulgar y otros dos dedos,

y le dio dos besos en la frente. Su redonda boca marcó dos brillantes manchas encarnadas en la cara del médico. Él pareció muy complacido, pero perfectamente sosegado.

—Es usted delicioso —alabó ella—. Tiene toda la razón. Le amo… Deje que le limpie esa sucia cara. —Con la punta de la lengua humedeció su pañuelo bordeado de encaje y le frotó los puntos rojos, hasta hacerlos desaparecer, diciendo—: Si nos viera alguien ahora, pensaría que somos la pareja de casados mejor avenidos.

—Alguien nos ha visto ya —contestó el doctor Schumann—. Y precisamente la persona que más lo habrá celebrado de todas.

Y permanecieron sentados en silencio, las manos cruzadas, las cabezas inclinadas hacia el mar, los rostros tranquilos, mientras frau Rittersdorf pasaba por allí, sola.

—¡Qué tiempo tan divino para sentarse uno al aire libre! —comentó, con voz vibrante y clara, llena de la simpatía y la comprensión más íntimas. Se paró, estremeciose un poco y se cubrió los desnudos brazos con el fino chal—. Quizá uno haya de tener cuidado con el aire nocturno, especialmente en el mar —sugirió, sonriendo alegre. Y se inclinó para mirarles fijamente a la cara con ojos hambrientos, inquisitivos. Ellos sostuvieron su mirada con aire tranquilo. Un segundo de vacilación, y frau Rittersdorf siguió adelante, despacio, volviendo la cabeza con una sacudida para decir, por encima del hombro—: Después de todo, el reumatismo y la artritis acechan en el aire de la noche, y no somos jóvenes más que una vez.

—¡Vaya pieza de museo! —desdeñó la condesa, también con voz aguda, sonora, clara y dulce, apuntando a los ondulantes omóplatos de frau Rittersdorf.

—¡Oh, vamos! —rogó el doctor Schumann, blandamente—. Esa clase de proceder déjelo para ella.

Parecía alterado e incómodo.

La condesa soltó una risita estridente como el rechinar de una sierra. Luego volvió a quedar en silencio un momento. Su rostro aparecía resentido y fatigado.

—Aborrezco a las mujeres —confesó en un tono de lisa y vulgar sinceridad que el doctor no había oído todavía en su voz—. Me da rabia serlo. Es una condición vergonzosa. No puedo resignarme con

ella.

—Lástima grande —deploró el doctor Schumann notando que en el fondo de su corazón estaba completamente de acuerdo con su interlocutora. No obstante, cumplió con su deber de hombre, de tranquilizarla—: Pero se equivoca por completo. Puede resultar un infortunio ser mujer (muchas de ustedes parecen creerlo así), mas no hay nada vergonzoso en ello; es un destino que es preciso afrontar, lo mismo que cualquier otro. En verdad, usted es una especie de criatura más perversa que el tipo medio, y un cambio de sexo no la mejoraría nada. Hay muchos hombres con el mismo temperamento y los mismos hábitos que usted. Si fuese hombre, seguiría siendo un causante de conflictos, un adicto a las drogas, seductor.

La condesa se levantó, ligera como una nube, abrió los brazos de par en par como si fuese a abrazarle y se inclinó hacia él, sonriente y alborozada.

—¡Claro que sí! —exclamó con entusiasmo—. ¡Pero piense con cuánta libertad y con cuánta mayor oportunidad, y sin reprensiones de las almas viejas y rancias como usted!

El doctor Schumann se levantó despacio y retrocedió un paso atrás, apartándose de las manos de la mujer, que iban a posarse en sus hombros.

—No la estoy reprendiendo —advirtió, sin disimular su irritación—. ¡Pero usted habla como cualquier necia!

—¡Y usted se expresa como un marido! —le gritó la condesa a su espalda, porque el médico había dado media vuelta y se alejaba, dejándola allí—. ¡Como *cualquier* hombre estúpido! —Y los terribles estallidos y las vibraciones de sus carcajadas le siguieron, rebotando como una lluvia fría que le entrase por el cuello de la chaqueta, mientras la condesa corría tras él, le alcanzaba, y deslizando el brazo alrededor de su codo, doblaba la mano dentro de la suya—. Usted es adorable, y no podrá deshacerse de mí —concluyó, porque el doctor Schumann trataba de zafarse sin perder al menos la apariencia de su dignidad.

Entonces ella le soltó y se situó delante, y el médico vio que los ojos de aquella mujer eran salvajes e inhumanos como los de un simio.

—Deténgase —indicó ella, con una carcajada que amenazaba

convertirse en lágrimas. Y le sujetó las manos y apoyó la cabeza en su hombro, levemente, por un segundo—. ¡Ah! ¿No lo ve? Estoy cansada, estoy loca. Tengo que dormir, o morir… Debe darme usted una *piqûre*, una grande, que me haga dormir durante días enteros… ¡Oh! No me abandone… No puede, no debe… ¡No le dejaré marchar! ¡Oh, sosiégueme, hágame dormir!

El doctor Schumann le cogió las manos y la mantuvo a distancia, escudriñando su cara sagazmente, confiando que podría negarse. Pero lo que vio le decidió al momento.

—Sí, sí —asintió.

La condesa dio media vuelta al instante, dejó caer los brazos a lo largo de los costados, y los dos empezaron a cruzar el barco en dirección al camarote de la dama.

—¡Oh! —exclamó ella, levantando hacia el médico, bajo la moteada luz del pasillo, una cara demacrada, desolada, increíblemente distinta—. ¡Qué bueno es usted! ¡No, no crea que no le estoy agradecida! ¡Ahora podré cumplir la promesa de no volver a tomar más éter!

—¿Éter? —preguntó el médico, con una nota ascendente de severidad disciplinaria—. ¿Todavía tiene éter? ¿De modo que retuvo un frasco, pues?

—Naturalmente —admitió ella, replicando al tono de voz del médico con una impaciencia levemente despectiva—. ¿Cuándo aprenderá a no fiarse de mí para nada?

El doctor Schumann se paró en seco y volviose para mirarla cara a cara.

—¿Ni ahora? —le preguntó.

—Ni ahora —contestó la mujer, con toda audacia.

Ante la expresión que tomaba el rostro del médico al estudiar el suyo por espacio de un segundo, la condesa bajó los párpados y desvió la mirada.

—Bien —decidió el doctor Schumann al fin, con voz seca y distante—, tendrá su *piqûre* de todas formas. Continúe sola —indicó, volviéndose hacia su propio camarote—. Me reuniré con usted dentro de unos minutos. Usted sí puede fiarse de mí, como sabe muy bien —concluyó, pasmándose de la amargura con que había pronunciado la frase.

La condesa se volvió y siguió su camino como si ya hubiera

olvidado al doctor, como si pudiera contar tan firmemente con la palabra que le había dado, que hasta pudiera tomarla a la ligera…, lo cual era cierto, reconoció ante sí mismo el médico con una leve, torcida mueca humorística; o lo había sido hasta entonces. Mientras estaba seleccionando y ordenando las ampollas para la *piqûre*, el doctor empezó a pensar con bastante claridad y siguiendo una línea más o menos recta, con la parte razonable y más serena de su mente. No, no había faltado, se decía, a su responsabilidad de médico respecto a ella. Sin embargo, no podía negar que sus sentimientos personales por la condesa habían intervenido y ayudado a crear una situación bastante indigna de él… y también de ella, admitió con renuencia. Pero todas aquellas conmociones y trastornos…, la manía constante de la condesa por convertir todos sus encuentros en escenas que les dejaban postrados a los dos; el peligro incesante de que él volviese a tener otro ataque cardíaco; el temerario desprecio de las apariencias, que podía desembocar fácilmente en un escándalo de una especie tal, que con solo pensar en él el doctor se estremecía… Ah, pues sí, ¡todo eso había de terminar! El doctor Schumann se afianzó, no solamente en las reservas de autoridad que le correspondían como médico del buque, sino también, si ella se resistía, en la última palabra del capitán, y resolvió que había que poner en orden al momento aquella relación anormal. A la condesa había que tratarla como a una mujer histérica que no era dueña de sus propios actos. Con sus necios melodramas, hubiera podido provocar muy bien la muerte de él, del doctor. Todo estupideces, pero no iban a repetirse. Sin embargo, se proponía ser misericordioso y consignarla al limbo de los narcóticos, que, al fin y al cabo, era la idea que ella tenía de un paraíso.

—¡Oh! —gimió la condesa, incorporándose y quedando sentada al verle, con la faz resplandeciente, aliviada de su ansiedad—. ¡Me siento tan dichosa de que aparezca! ¡Tenía tanto miedo de que no viniera!

—¿Qué? —exclamó el doctor Schumann, sorprendido—. ¿No le había asegurado hacía un momento que no la defraudaría?

—¡Ah! —replicó ella—. ¡Entonces es precisamente cuando uno debe empezar a dudar! El voto eterno…, ¡ah, ese es el que la gente rompe siempre!

—Yo no he pronunciado semejante voto; recuérdelo —advirtió el doctor Schumann—. Ha sido únicamente una promesa para esta sola noche.

El médico se sobrepuso a la lenta oleada de aprensión que alteraba su sistema nervioso y le trastornaba la médula; allí, en cualquier momento, si no actuaba con celeridad y decisión, podía producirse otra escena.

—Ahora y en este lugar, estoy cumpliendo la promesa que le he hecho —subrayó—, la única que le hice. —Mientras se acercaba al borde de la cama, con la aguja a punto, la condesa se dejó caer sobre los almohadones y le dirigió una enternecedora mirada de confianza. Cuando él levantó el brazo, ambos cruzaron una sonrisa cariñosa.

Mistress Treadwell sentada en el centro de su estrecha litera, como si fuese una isla, jugaba un complicado solitario con naipes de miniatura sobre un tablero plegable de ajedrez.

Bebía vino en un vaso pequeño a espaciados y lentos sorbos; y cuando el vaso se vaciaba hasta la mitad, le echaba un poquito más de una botella de borgoña que tenía en el suelo, a su lado.

Mary Treadwell llevaba un camisón de raso blanco, liso, con largas mangas de obispo y cuello abotonado. Se había peinado el cabello hacia atrás, dejando la frente despejada, y sujeto con una cinta blanca, al estilo de Alicia en el País de las Maravillas, según solía hacer para dormir, desde que tenía cuatro o cinco años. Sin embargo, vista desde fuera, por un ojo imparcial, la escena parecería completamente bochornosa, pensó. La falta de una mesa y una bandeja para la botella y el vaso; hasta la botella misma, dadas las circunstancias; las prendas de Lizzi formando montones, exactamente igual que habían quedado al quitárselas; el olor rancio de los trasnochados perfumes de Lizzi; todos a base de almizcle; y quizá más que todo, la ocupación o pasatiempo a que se entregaba ella entonces, contribuían a causar una deprimente impresión de desorden femenino, de soledad histérica y de abandono general.

Mistress Treadwell se hallaba de un humor bastante placentero cuando abandonó el aburrimiento de la cubierta superior por lo que entonces le pareció una perspectiva razonable de silencio y reclusión —una velada en compañía de sus propios pensamientos, fuesen cuales fueren—, acostándose temprano. Lizzi tenía unos hábitos bastante molestos. Por lo general, estaba fuera del camarote hasta después de la medianoche con aquel desventurado hombrecito obeso; se les veía escabulléndose por allí, de un rincón oscuro a otro, con mucho reír y chillar, y con un no demasiado furtivo palpar. Luego entraba Lizzi, echando vapor de puro acalorada, chocando con todo, sus torpes zancadas acomodándose demasiado tarde al reducido espacio, encendiendo la luz y mostrándose con el

cabello erizado cual cuerdas electrizadas, y las pupilas excitadas dentro de sus iris de mezquina expresión. Luego, se descalzaba los zapatos y los mandaba de una patada a un rincón, se quitaba el fino vestido y dejaba al descubierto las largas y huesudas piernas, con el pantalón corto de color rosa y las medias de color carne. Dejando caer el cepillo y recogiéndolo de nuevo, solía decir, sin falta, con su insolente imitación de la cortesía:

—Lo siento. Confío que no la habré despertado. —Y aquella voz suya producía sobre los nervios de mistress Treadwell el mismo efecto que el sonido de una lima frotando el metal. Después de todo aquello, era absurdo fingir que una seguía durmiendo.

Mistress Treadwell decidió que aquella mujer era el animal más absolutamente falto de atractivo que hubiese visto en su vida. Desnuda, su fealdad resultaba pasmosa. No obstante, estaba poseída de la misteriosa ilusión de que era una belleza, y se sentaba delante del manchado espejito del lavabo, mirándose profundamente a los ojos, curvando la comisura de los labios. Se pintaba y empolvaba la cara tan cuidadosa y pausadamente como una actriz que se prepara a enfrentarse con el público. Con una botella grande y cuadrada, se derramaba la almizclada colonia sobre la cabeza, como si se bautizase, se empapaba los sobacos hasta que el líquido le corría por las delgadas costillas, y en su cara jugueteaba una sonrisa dedicada a sí misma, mientras las aletas de su nariz se movían como el hocico de un conejo. Su conversación giraba únicamente sobre perfumes, ropas, sobre sus tiendas… y sobre hombres. «Amigos», los llamaba.

—Un hombre a quien conocí en Hamburgo, un auténtico caballero, muy rico…, un amigo —solía decir coquetonamente, y echaba atrás la diminuta cabeza, erguida sobre el largo y encorvado cuello—. Estuve a punto de casarme con él, pero ahora me alegro de no haberlo hecho, porque resultó que el caballero rico se había arruinado.

Tales amigos, no obstante, no siempre estaban tan de mala suerte, y la hacían objeto en todo momento de las atenciones más caras, los cumplidos más subyugadores; los tenía a todos a su disposición. La dificultad consistía solamente en que eran demasiados.

—Una tiene que escoger en alguna parte, *nicht wahr?* **[17]** Una

no puede casarse con todos, ¡y es una pena! —Poco a poco, la verdad se abría paso; la mayoría de los tales amigos eran hombres casados, aunque el detalle carecía de importancia; todos estaban dispuestos a romper sus lazos conyugales en cualquier instante, en cuanto ella diese la orden. Pero ella estaba demasiado enamorada de su propia libertad, he ahí el inconveniente—. Cuando dejé a mi marido, él me acusó de que me iba con otro. «¡Ah! —le dije—, ¿por quién me tomas? Voy con cinco». —En parrafitos como ese, se retorcía de risa y palmoteaba—. Ea, naturalmente, usted ya sabe que eso no era cierto; eran solo tres o cuatro, y ninguno en serio. Pero créame, yo he renunciado al matrimonio. ¡Quiero divertirme; nada de casamientos!

Mistress Treadwell recogió los naipes y los colocó dentro de su estuche, dobló el tablero de ajedrez y lo puso a un lado, y estiró la sábana, que estaba un poco arrugada, y la delgada manta. En el aire se notaba un soplo frío nuevo. Mary Treadwell se estremeció y cerró los ojos. ¿Cómo era posible que hubiese olvidado lo que era viajar por aquellas ciudades apartadas de las grandes rutas y en horribles barquitos? ¿Cómo no había tenido el buen sentido para quedarse en París el año entero, sí, hasta en agosto —París era delicioso en agosto—, donde se sentía tan a salvo de la clase de gente con la cual parecía topar en todas las demás partes? Las caras y la figuras de sus camaradas pasajeros, si es que se les podía llamar así, se mezclaban en confusión y a cada uno le daba un nombre equivocado; el solo hecho de pensar en ellos, aturdía y oprimía su mente. Lizzi se divertía murmurando de todos continuamente; su aborrecible voz iba chirriando con un airecillo de afectada superioridad.

—¡Oh, caramba, figúrese! Esa condesa española, la prisionera, ¿la conoce?, pues bien, dicen que se acuesta con todos aquellos estudiantes por turno. Los tiene siempre en su camarote, a veces dos o tres a la vez, y aseguran que allí dentro pasan cosas fantásticas. Dicen que el capitán se siente muy ofendido por ello, pero ¿qué puede hacer? ¿Poner un espía debajo de la cama? Y ahí va una cosa formidable, ¿conoce usted a aquel hombrecito enfermo de la silla de ruedas? Pues bien, si una no tiene mucho cuidado, estira el brazo y la toca y la acaricia a una…, es decir, tratándose de una mujer. Pretende que la está curando a una de todas sus dolencias. ¡El viejo

hipócrita, a su edad y con un pie en la sepultura! ¿Y conoce usted a aquel miserable judío que pusieron, por error, junto con herr Rieber? Bien, el otro día le preguntó a herr Rieber: «¿Qué hora es? Se me ha parado el reloj». Y herr Rieber contestó: «Es hora de parar todos los relojes judíos». Herr Rieber tiene excelentes ocurrencias. Dice que la expresión de la cara del judío hubiera divertido a cualquiera.

Mistress Treadwell alejó los ecos del parloteo de aquella especie de furia, se levantó súbitamente, sacudiendo el camisón y se acercó a la portilla. El puro aire fresco le bañó el rostro; abrió la boca, para respirar más libremente, sintiéndose manchada por lo que había oído en aquel camarote. El mar y el cielo eran casi una sola cosa en la vasta oscuridad; las olas, debajo mismo de ella, rodaban y se deshacían sobre sí mismas en blanca espuma bajo los focos luminosos del barco. «¿Qué tengo que hacer? —se preguntó—, ¿adónde tengo que ir? Vida, muerte…», pensó en nublado miedo, pues no era capaz de afrontar las pequeñas dificultades que piden decisión, acción inmediata, que exigen que se las resuelva, aunque sea de una manera absolutamente pasajera. La misma vaguedad que notaba en su interior la asustaba, porque vida y muerte, entendidas en su sentido preciso, eran palabras agoreras, terribles, y ella no las comprendería nunca: La vida, según le habían enseñado en su juventud, había de ser placentera, generosa y sencilla. El futuro era un espacio abierto, de azul puro, plateado, con el cielo de París en el buen tiempo, con nubes juguetonas, leves como plumas, que corrían y se atropellaban por las capas bajas del aire; todas ellas limpias y lisas como el papel de tela azul en el que lo envolvía todo en su niñez, para conservarlo blanco, para hacerlo más blanco aún para darle la blancura azulada del hielo. Y entonces ella había de estar siempre gozosa y ser libre… más tarde, cuando se desembarazase de niñeras y terminase de asistir al colegio, y su vida estuviera siempre poblada de amor…, siempre amor.

«Bien, bien —dijo, inclinando la cabeza—, la vida ha sido, en realidad, perfectamente desagradable, si no sórdida, en algunos puntos. Si alguien me llamase aventurera, supongo que no debería ofenderme. Con gran frecuencia me han pasado cosas desagradables, feas, y siempre fue por culpa mía. Yo misma me crucé en su camino, sin saber, al principio, que lo fuesen. Y más

tarde, cuando lo supe, siempre pensé: pero esto no es real, por supuesto. Esto no es la vida, naturalmente. Esto es solo un accidente, como el ser atropellada por un camión, o quedar encerrada en una casa en llamas, o verse atracada y robada, o hasta asesinada, quizá… no es el destino corriente de personas como yo. ¿De veras estuve casada con un hombre tan celoso que me pegaba hasta hacerme sangrar la nariz? No lo creo. Jamás conocí a un hombre de esa índole, no ha nacido todavía. Es una cosa que leí en el periódico…, pero todavía me sangra la nariz si me asusto lo bastante por algo. ¿Parecía real el asesinato, me pregunto? ¿O me limitaría a decir: ¡Esto tampoco está sucediendo…, al menos a mí no!?

»Sin embargo, aquí estoy, enjaulada en un camarote pequeño y sucio con una mujer vulgar que llegará dentro de poco rato y se pondrá a hablar de sus "aventuras". Es una mujer a la que no querría ni un momento en mi casa, excepto para arreglarme el cabello o para arreglarme un vestido nuevo; y yo me quedo aquí, oliendo sus horribles perfumes y durmiendo en el mismo camarote que ella, y he bebido demasiado vino y he hecho treinta solitarios sin ligar uno. Porque de otro modo, la vida —esa vida, esto que es vida, este negociejo aborrecible de aquí, de ahora— sería demasiado desabrida y desagradable para soportarla ni un segundo más…».

Mary Treadwell abrió las sábanas, las alisó de nuevo y se volvió a la cama; alisándose el camisón sobre las rodillas, se sacudió las mangas hasta que formaron bonitos pliegues, y se sirvió otro vaso de borgoña, todos sus movimientos eran calmosos y compuestos, como correspondía a una muchacha criada en un convento. Quizá su mísera niñez tuviera la culpa de todo. Un médico le dijo una vez, años atrás, «que para un niño, a veces, es tan desastroso que lo quieran demasiado como demasiado poco». ¿Cómo podría un niño amar, o ser amado, demasiado? Ella pensó que aquel médico era tonto. Para ella la infancia había sido muy perjudicial, en conjunto, y muy hermosa. El recuerdo parecía impregnar su sangre, vivir y respirar dentro de su ser. La vieja casa de Murray Hill era bella y espaciosa, comprendió más tarde; entonces era su casa, ni más ni menos. Sentía en la sangre todavía aquellos largos años de molicie, de calor de nido, de seguridad, la dulce procesión de los días, el

regalo, que ella entonces no sabía que lo fuese, pues todos sus conocidos vivían de aquel modo. Y la dulzura de las voces y las manos que la rodeaban todos los días… La voz de su niñera:

—¡Yo digo que esta niña es casi demasiado sumisa!

Y su madre, que contestaba:

—No, no es nada sumisa…, tiene un carácter muy bueno, nada más.

Más tarde conoció a muchas mujeres que la envidiaban porque había ido a ltalia y a Francia todos los años de su niñez, y porque en su infancia se había educado en colegios franceses y suizos. A ella todo aquello no le había parecido tan formidable; lo que recordaba principalmente eran las incomodidades de aquellos colegios, la majadería de las profesoras, el agua fría, la comida desabrida, las normas fastidiosas, la capilla constante, los horrores de las papeletas de examen y el extraño placer de llorar o regocijarse con su compañera de cuarto por las cartas y los regalitos que llegaban de casa. Ambas podían llorar o alegrarse por las noticias y los regalos de la otra con la misma libertad que por los suyos propios. ¿Cómo se llamaba aquella chica? ¿Cuál era el nombre de su compañera de cuarto…? ¡Como si importase! Como si pudiera inventarse un pesar por un lazo que no tenía más consistencia que una espiral de humo de tabaco. Mistress Treadwell encendió la luz, cogió un cigarrillo y trató de despejar las insensata, melancólica confusión de sus pensamientos.

Todas aquellas fiestas y banquetes, todos aquellos bailes y flores del año de su puesta de largo, en su rápido giro, se habían fundido en una suave reverberación; ¿era posible que hubiesen sido, ni de lejos, tan gozosos como los recordaba ahora? En la guerra, ni soñar; ni soñar en ningún cambio. Sus recuerdos de aquella vida, de la niñera que con el tiempo pasó a ser su doncella y siempre la amiga y confidente que tenía más cerca (¡ah, cuántas más cosas sabía de ella aquella niñera vieja que no sus padres y parientes!), se habían convertido en una niebla tibia, apaciguadora, en una nube rosada que se movía dentro de su cabeza… De antiguo tenía la costumbre de dormirse; en esos recuerdos encontraba la felicidad que había esperado hallar, que le habían dicho que hallaría, en el primer amor.

El tiempo lo había escamoteado todo, el tiempo era un

embustero y un estafador, pero no podía tocar nada de cuanto se encontraba al otro lado de aquel primer amor que había partido su vida en dos, dejando todo lo ocurrido antes que él, guardado e invariable, auténtico y constante, según ella consideraba, según había podido cerciorarse. «Guárdalo, guárdalo —le decía el corazón —; es tuyo, tanto si fue cierto como si no». ¿Qué importaba si su padre y su madre sabrían reconocerla o no ahora, si la viesen? Ambos dormían serenamente dentro de su propia carne, amados y amorosos, no como rostros recordados, no inmovilizados en una acción o en una postura, sino corriendo suavemente por sus venas, como la sangre, como el latido de su corazón, como el fluir del aliento. Todo aquello era real, había sucedido, le pertenecía. Hasta que tuvo veinte años, la vida —la vida, ¡qué palabra!— mereció crédito, pues cuantas más maravillas encerraba, más capaz era ella de creer; ah, sí, había anclado pronto, pero siempre tuvo un lento movimiento, lo mismo que un barco en el puerto. Se enamoró del hombre a quien no debió amar; hasta qué punto no debió hacerlo, sus padres no lo supieron nunca, porque no le vieron jamás, y después de casada, ella no volvió a visitarles… y la larga pesadilla atenazó su existencia. Diez años de un remedo de matrimonio, y diez años de divorcio; sombría, desaliñada, transeúnte, sentada en cafés y hoteles y barcos y trenes y teatros y casas extrañas con otras personas, de paso como ella misma; la mitad de su vida…, la mitad de su vida…, y nada de todo aquello había ocurrido de verdad. Solo una cosa real había sucedido en todo aquel tiempo: sus padres murieron juntos en un accidente de circulación, y ella no fue a casa para asistir al entierro. Todo lo demás, lo negaba, no había ni una sola palabra, de cierto en todo aquello.

«Ni una palabra. Si la hubiera, no podría resistirlo —se dijo, y se sentó otra vez—. No puedo resistirlo. No recuerdo nada. ¡Oh, queridos míos —exclamó, dirigiéndose a sus padres como si estuvieran en el camarote con ella—, si lo hubierais sabido no habríais permitido que sucediese! ¡Ah!, ¿por qué no volví a casa? ¿Por qué no os lo comuniqué?».

Mary Treadwell cogió la botella de vino y la levantó hacia la luz. Quedaba cerca de la mitad. «Con esto bastará —decidió—, si bebo de prisa». E inclinó la botella firmemente sobre el vaso, sonriendo. Al fin y al cabo, pronto estaría en París. En París habría alguien —

una docena de rostros y nombres cruzaron por su mente—, alguien que se sentaría con ella en el Flore… «O nos iremos a jugar a la ruleta en el *Cosmetics Polite Gambling Hell*
Queen's
Husband's
. Podemos perder nuestro dinero, lo que nos quede, hasta que llegue la hora de ir a Les Halles a tomar sopa de cebolla. Podemos cruzar todo París en calesa después de la medianoche, con los cascos de los caballos produciendo un "clop-clop", repetido por el eco en las oscuras fachadas, y veremos las hortalizas que llegan en el trenecito anticuado que cruza la ciudad en línea recta como un tren de juguete. Iremos de nuevo…, sí, de nuevo, a los puestos de flores y buscaremos una de aquellas que parecen venenosas…, ¿cómo se llaman?, como una lengua sangrante en la punta de una pica, y regresaremos a casa cuando el sol empiece a teñir el cielo de color ópalo, las nubes y las casas todas grises y rosadas, y los obreros comiencen a entrar en las tabernas a tomar café con coñac.

»Nosotros entraremos también, y nos besaremos por haberlo pasado tan bien juntos —¿quién será el primero?, me gustaría saberlo— y por ser tan buenos amigos. Y veremos cómo sale el sol, como si no lo hubiésemos visto nunca, y haremos voto de levantarnos temprano todas las mañanas, o pasar la noche entera despiertos, para volverlo a ver, porque la salida del sol es, con mucho, el mejor espectáculo del mundo. Esa clase de placeres, sencillos y humanos, son los que a mí me encantan, los que puedo saborear, las cosas que una puede hacer si es una turista con residencia en París. En realidad, ya no vivo allá, en realidad no me distingo de aquellos americanos borrachos del Dóme, de quienes solía burlarme con mis amigos franceses.

»Quiero volver a vivir en París. Quiero vivir en aquella callejuela oscura llamada el Impasse des Deux Anges y hacer copiar aquellos zapatitos de terciopelo azul, adornados con piedras preciosas, del Cluny, y comprar mis perfumes en Molinard y asistir a la exhibición de primavera de Schiaparelli, para ver a sus feas maniquíes moviéndose a sacudidas, como si las hicieran andar apretando botones y arreglándose el cinturón por detrás cada vez que se vuelven, y dirigiéndose recíprocamente aquellas miradas lesbianas, teatrales. Quiero encender un cirio de un pie de altura a Nuestra

Señora de París por haberme llevado allí de nuevo, y salir hasta Chantilly para ver si han vuelto otra página en el "Libro de horas del duque". Me gustaría bailar otra vez en aquella pequeña *guinguette* de Denfert-Rochereau con aquel marqués joven y bien parecido…, ¿cómo se llamaba?, descendiente del hermano de Juana de Arco. Quiero ir nuevamente a La Bagatelle y ayudar a las rosas musgosas a abrirse; en las primaveras frías se quedan atascadas a mitad del proceso, ¡pobrecillas!…; todo lo que tiene que hacerse es soltar un solo pétalo exterior y, ¡zas!, la rosa se abre delante de los mismos ojos de una. Quiero volver a hacerlo. Iré otra vez a Rambouillet cruzando aquellos bosques que tienen, de verdad, el aspecto con que los vieron Watteau y Fragonard. Y a Saint Denis, para admirar de nuevo los preciosos pies de mármol blanco de reyes y reinas, tendidos desnudos sobre el tejado, encima de las estatuas de ellos mismos que hay en los ataúdes, los delicados dedos de los pies vueltos hacia arriba, unos junto a otros.

»Jamás he visto arco iris como los que vi sobre la ciudad de París, como tampoco vi nunca una lluvia parecida… Me gustaría saber si aquella sociedad católica de Montparnasse sigue dando dotes a las chicas pobres, pero honorables, de la parroquia. Me gustaría saber si los pequeños novicios que solían trepar por las escaleras para subir a la copa de los manzanos —en el jardín de aquel viejo convento, debajo de mi ventana—… oh, me gustaría saber si se han vuelto serios y tristes, viviendo de verduras, manzanas y oraciones… El próximo mayo iré otra vez a Saint Cloud a ver los primeros lirios de los valles… Oh, Dios mío, añoro mi hogar. No abandonaré París nunca más, lo prometo, si tú me dejas llegar allá otra vez. Si un día lo abandonase todo el mundo y la hierba creciese por las calles, continuaría siendo París para mí, y querría vivir allí. Me encantaría tener a París todo para mí, aunque solo fuese por un día…».

Poco a poco, con unas lágrimas singularmente dichosas formándose debajo de sus cerrados párpados, se alejó inconscientemente de su sueño en vigilia y se sumió en un tranquilo sueño de verdad.

—No acabo de entender por qué se pone tan espesa la atmósfera aquí dentro —comentó Lizzi, dejando caer el cepillo para el cabello y recogiéndolo de nuevo—. Lo siento mucho. ¿La he molestado?,

cuando fuera hay un océano entero lleno del aire más divino.

Mistress Treadwell abrió los ojos, los cerró de nuevo penosamente y giró sobre el costado, volviéndose de cara a la pared.

—Es la manera que tienen de construir los barcos —dijo soñolienta—. Pequeños cubículos con pequeñas aberturas y toda clase de olores… A veces construyen casas del mismo modo —añadió, sintiéndose muy razonable y distante—. Pocas cosas poseen condiciones para ser habitadas; el mundo lo hace así; ¿no lo sabía? ¿Quién es usted?

—Usted estaba durmiendo con la luz encendida —contestó Lizzi, cuya mirada volaba hacia el vaso y la botella que había en el suelo. Bajando un poco la voz, añadió confidencialmente—: Yo he bebido un delicioso *Schaumwein* con herr Rieber. ¿Está despierta? Hasta cierto punto tenía una voz como si estuviera dormida. Cada día me entero de cosas nuevas sobre él. ¡Pensar que es editor! ¡Yo no lo sabía!

—Qué fascinante —murmuró mistress Treadwell, desde las profundidades de su almohada.

—Sí, en Berlín. Se trata de un semanario nuevo dedicado a la moda, pero tiene además secciones literarias e intelectuales. Una de estas, se llama el «Mundo nuevo de mañana», y contrata la colaboración de los mejores escritores, todos sobre un tema único, a fin de examinarlo desde todos los puntos de vista. La idea es esta: si encontramos el medio de expulsar a todos los judíos de Alemania, entonces nuestra grandeza nacional se afirmará y mañana tendremos un mundo libre. ¿No es una idea maravillosa?

Mistress Treadwell guardó silencio con toda intención. Lo peor de su indeseable compañera de camarote quizá fuera la extraordinaria vulgaridad de su conversación sobre los judíos. Esta palabra llenaba sus frases, salía a relucir fuese cual fuere el tema, constituía una obsesión de lo más desagradable y su sonido volvía a provocar en Mary Treadwell un nuevo y más intenso escalofrío de disgusto.

—Es muy intelectual herr Rieber, a pesar del hecho de que… —Lizzi hizo la mueca de una sonrisa, inclinándose mucho hacia el espejo y cepillándose el cabello como si quisiera arrancárselo a fuerza de tirones— a ratos esté tan juguetón. Forma parte del

movimiento para restaurar las publicaciones alemanas, muy especialmente las dedicadas a oficios y profesiones; los judíos las habían destruido casi por completo. Sin embargo, continúan envenenando Alemania, dice herr Rieber. Y yo estoy completamente de acuerdo; sé que en mi negocio (la ropa blanca) están en todas partes, fijando precios, reduciéndolos, entrometiéndose en las modas, haciendo convenios, engañando y tratando de gobernarlo todo y a todo el mundo. Usted no sabe lo que significa tratar con ellos en los negocios. Ninguna treta les parece demasiado ruin.

—¿No es ruin todo el comercio? —preguntó mistress Treadwell, volviéndose otra vez y bostezando—. ¿No estafa todo el mundo?

—¡Oh, mistress Treadwell!, así es como hablan los socialistas anticuados: todo el comercio es estafa y corrupción. ¡No, de ningún modo! En Alemania, al menos, solo estafan los judíos. Ese es el mal que aqueja a los negocios y las finanzas alemanas, decía anoche precisamente herr Rieber, durante la cena.

—Ha de ser maravilloso tener una compañía intelectual —comentó mistress Treadwell, dulcemente, en alemán.

Lizzi centró en ella los ojos, intrigada, con una naciente sospecha. Los de mistress Treadwell estaban cerrados; su fisonomía tenía una expresión completamente ingenua.

—Ah, sí, claro —admitió Lizzi, después de una pausa tensa—. Usted tiene, en verdad, un acento tan americano que al principio me costaba trabajo entenderla. El mejor alemán, por supuesto, se habla en mi ciudad, Hannover. Usted no habrá estado nunca en Hannover, me figuro.

—Solamente en Berlín —contestó mistress Treadwell, con mucha paciencia.

—Oh, si solo visita Berlín, nunca aprenderá buen alemán —opinó Lizzi, untándose generosamente las manos y poniéndose unos guantes de algodón, manchados y grandes—. Usted quizá no pueda apreciar la diferencia; pero, por ejemplo, frau Rittersdorf, con todos sus aires y sus gracias, habla con un pésimo acento de Munich; el capitán habla a estilo berlinés, atroz, el sobrecargo habla *Plattdeutsch* [18], el peor de todos, excepto el de algunos marineros de los alrededores de Konisberg, que hablan como meros campesinos del Báltico.

A mistress Treadwell la cabeza le daba vueltas lentamente; la

oscuridad de detrás de los párpados se le llenaba de inflamadas chispas. Lo que ella deseaba oír —¡y que Dios le diera vida para oírlo de nuevo!— era el parisiense en todas las calles y callejuelas y plazas y parques y terrazas de París, en París entero, desde Montmartre al boulevard Saint Honoré y Saint Germain y Menilmontant; desde los estudiantes de Mont-Sainte-Geneviève a los niños del Luxemburgo… el habla de París, y con todos los acentos, desde la Alta Saboya y el Mediodía hasta Ruán y Marsella. Deseaba estar inconsciente hasta llegar allá, deseaba poder pasar el viaje durmiendo, o estar borracha como una cuba todo el camino. ¿Continuaría charlando toda la noche aquella voz que helaba la sangre en las venas?

—Hasta herr Rieber —dijo la voz, bajando ahora de la litera de arriba—, hasta él procede de Mannheim y tiene un acento un poquitín provinciano…, solo un poquitín.

Los sonidos se acercaron más, y mistress Treadwell abrió los ojos para ver la oscura bola de aquella cabeza meciéndose en el aire, como una cobra, sobre el borde de la litera, la cara una mancha que dejaba caer las palabras con relamida elegancia, al estilo de Hannover:

—En cuanto a ese importante y formidable herr Wilhelm Freytag, él se enorgullece de su inglés de Oxford, pero si miramos su alemán…, ¡vaya!, es difícil explicarlo, pero tiene unos pequeños giros de lenguaje que no son realmente alemanes. Incluso palabras de significado bien concreto, que usted las entenderá, pero dichas en un dialecto espantoso… Herr Rieber dice que le parece que es *yiddish*[19] ; ¿y se imagina usted? Y es cierto, no come cerdo en ninguna de sus formas, ni ostras… Cuando hablamos de los judíos, hemos observado una cierta expresión en su cara. No es la expresión indicada para un buen alemán. De modo que, en una palabra, herr Rieber y yo opinamos (y no somos los únicos) que es judío. *¡Y sentado a la mesa del capitán!* ¿Podría darse nada más escandaloso?

—Claro que sí —contestó mistress Treadwell—, muchas cosas. A mí se me ocurre un número elevado de ellas, en realidad. —En medio del laberinto de vino, sueño y aburrimiento, Mary Treadwell se despertó por completo súbitamente, sintiéndose con autoridad bastante para despejar un pequeño sector, al menos, de confusión

en la afligida mente de aquella mujer, insensata e inquieta como un mico enjaulado—. Está usted completamente equivocada. Es la esposa de herr Freytag la que pertenece a la raza judía, no él. Me lo dijo él mismo. Está muy enamorado de su mujer. De modo que ya ve usted —concluyó dulcemente, muy satisfecha—, no corre ningún peligro de contaminarse.

—¿Se lo dijo él mismo? —preguntó Lizzi con un susurro extrañado y ronco—. ¿Tanta intimidad tiene con él? ¡Vaya!, permítame que le haga una preguntita: ¿le gustan a usted los judíos?

—No muy particularmente —respondió mistress Treadwell, mirando cómo el redondo ojo de buey navegaba lo mismo que un globo azul, lleno de cielo oscuro, hipnótico—. ¿Acaso deberían gustarme? ¿Tienen algo especial?

—¿Si deberían gustarle? Oh, mi querida frau Treadwell, lo chocante que es capaz de ser usted, lo mismo que una niña pequeña —gritó Lizzi y soltó dos hipos nerviosos para demostrarlo—. ¡Ah, ustedes los americanos que recorren todo el mundo y jamás entienden nada! ¿Si deberían gustarle?

¡Oh!, pero ¿qué querrá decir con eso? —Mientras aguardaba, con la cabeza inclinada, una respuesta, oyó al final un suspiro de resignado cansancio que ascendía de la litera inferior. Después de lo cual, el silencio se prolongó hasta la mañana.

Después de cenar, el capitán Thiele, todavía con el diafragma descompuesto y lleno de generalizada, insatisfecha indignación, dio una vuelta solitaria, de rutina, por la cubierta principal. Había rezado una corta oración de gracias antes de la sopa, y luego permaneció sentado con amarga paciencia, esperando que los otros terminasen de comer, escondiendo con éxito —confiaba—, el asco que le daba el espectáculo de glotonería que estaban dando sus huéspedes. Un soplo de aire puro era lo que necesitaba, antes de retirarse temprano.

Los inesperados, y por tanto molestos, sones de cantos y bailes, o más bien de un acompasado pateo, atrajo al capitán hacia la proa, para observar desde allí a los pasajeros de última clase. Aquella gente de allá abajo, que esa misma mañana estaban medio muertos, se mostraban ahora, decidió el capitán, animados en demasía. De sus miserables fardos no habían sacado ropas ni artículos caseros, claro que no, pensó con un desprecio que iba en aumento, sino estropeadas guitarras y acordeones decrépitos; numerosos y desgastados cubiletes de cuero para dados y destrozadas barajas de naipes. Las mujeres y los niños, oscuros e informes como montones de desperdicios, habían retrocedido en un circuito denso, compacto, guardando un silencio perfecto; los ancianos se habían sentado en círculo delante de ellas; y el centro servía de palestra para varios deportes.

Unos muchachos graciosos, de huesos ligeros, desnutridos, los cuales (admitía de mala gana el capitán) parecían poseer cierta destreza, peleaban entre ellos con tal agilidad, que aquello más bien parecía una danza; pero los espectadores les azuzaban con gritos apasionados, como si se tratase de un combate sangriento, a continuar peleando, y les suplicaban que se matasen unos a otros, ¡enseguida!

Los ancianos bailaban extrañas danzas exóticas en corro, o poniéndose cara a cara en dos filas; crujientes las articulaciones,

rígidos los pies, pero no obstante con la cabeza y el pecho levantadas gallardamente, y se movían a la vez con el ritmo y la insistencia de un redoble de tambor, solemnes los rostros. Otros se inclinaban sobre sus juegos de azar, lentos, fatales, cada uno echando el mugriento naipe como si en ello le fuera la cabeza o arrojando los dados como si de aquello dependiera su vida; y cada hombre apostaba lo que tenía, desde un deshilachado pañuelo de cuello hasta una caja de cerillas.

A los muchachitos, sabiendo que no les convenía abrir la boca, les permitían sentarse delante de las mujeres, aunque a respetuosa distancia de sus mayores, para observar y tomar meditada nota de la conducta que cuadraba a la edad viril. Voces roncas y monótonas se levantaban entonando cantos de desesperación que traspasaban casi los límites del lamento, mientras las guitarras, con su timbre dulce, las escarnecían con su ironía frívola, que partía el corazón; de vez en cuando los tacones de las botas golpeaban, repiqueteaban y sonaban y volvían a sonar como el parloteo de un día de mercado.

El capitán, cuyo compositor favorito era Schumann, y que no admitía en su estima otro baile que el auténtico vals vienés, sintió que su oído y su sistema nervioso eran víctimas de la imposición más descarada; pues en aquellos ritmos salvajes —imposible dudarlo— había algo que aceleraba la sangre, incluso, contra todos los esfuerzos de la voluntad; y el capitán reconoció lo que era aquel algo, ciertamente: la resistencia perpetua de las fuerzas primarias de las tinieblas y el desorden contra el espíritu mismo de la civilización, la gran fuerza germánica de vida en que —y el capitán empezó a sentirse un poco más animado— la Ciencia y la Filosofía caminaban de la mano gobernadas por el Cristianismo. Mirando hacia abajo, despreció como debía aquel ganado sucio: y, sin embargo, contemplando la escena en conjunto, no pudo menos de reconocer en buena justicia que se percibía en ella una especie de simetría y de orden; ni siquiera su ojo, justicieramente censor, pudo encontrar nada malo… como no fuera el mal de permitir a aquella gente cierta libertad; pero el mal de una o de otra clase se hallaba natural, constantemente en todas las situaciones humanas. Era posible que la bebida hubiera exaltado los ánimos de la chusma de la cubierta de proa. Habíase destinado una pequeña cantidad de cerveza para venderla a aquella gente, si bien el capitán no acertaba

a imaginar con qué iban a pagarla.

Le habían dicho que ningún hombre de todo aquel batallón llevaba encima más de diez pesos cubanos. Sin embargo, después de la pelea que siguió a la misa, corrieron rumores de que el sujeto obeso no era solamente un agitador obrerista y un ateo, sino además un vendedor ilegal de licores fuertes; se decía que en La Habana había cargado a bordo un licor hecho con zumo de caña de mala calidad, que apenas merecía el nombre de ron; y lo repartía en secreto y a bajo precio, con la esperanza de atraer seguidores y discípulos. Un registro en busca de tal contrabando desembocó en un fracaso; quizá el rumor no había sido otra cosa que un rumor, decidió el capitán. Sin embargo, no presagiaba nada bueno para aquellas criaturas, poco mejores que animales cuadrúpedos —ciertamente, había que preguntarse si no eran inferiores—, que manifestasen tanta energía de un modo súbito. La travesía había empezado hacía pocos días, Santa Cruz de Tenerife parecía muy lejos todavía; en fin, al capitán siempre le molestaba, le trastornaba, le sacaba de su centro, el ver a las clases inferiores divirtiéndose, y muy especialmente cuando la diversión se daba entre sus pasajeros de proa. Las premoniciones del día volvieron a su mente, de súbito, con toda intensidad…, aquella no era hora para optimismos de color rosa. Dirigiendo una mirada al reloj, decidió tomar una medida razonable. Y la orden que dio él en el puente fue transmitida en escala descendente hasta llegar al hombre adecuado, el cual apagó las luces de la cubierta inferior, excepto las dos esenciales, la de proa y la de popa, dos horas antes que de costumbre.

Esa medida no produjo el efecto deseado inmediatamente; los pasajeros de proa no estaban acostumbrados a disponer de lámparas eléctricas por la noche; habían jugado a los naipes a la luz de la luna con gran frecuencia, y no era la primera vez que bailaban a la de las estrellas. Los que ya estaban cansados, los de constitución más delicada, cedieron al fin y se durmieron, de bruces, en la periferia de la turba. Unas cuantas madres exhalaron suspiros de alivio, se hundieron fláccidamente en las tumbonas de cubierta y levantaron el peso de sus niños a posiciones más propias para el reposo. Paulatinamente disminuyeron los gritos y predominaron los cantos en tono bajo; al final solo hubo las notas plañideras de las

guitarras, cual pájaros rendidos de sueño en un bosque distante.

Estas murieron del todo, y un grupo pequeño se reunió alrededor de una forma huesuda, bamboleante, vestida con las ropas sueltas, maltratadas por el tiempo, de un espantapájaros, y la boina exageradamente inclinada sobre una protuberante oreja. El individuo abrió la bocaza sin dientes de su arrugado rostro, con la mandíbula saliente, y se puso a cantar coplas improvisadas sobre palabras que le sugerían sus oyentes, los cuales dejaban un bien círculo libre a su alrededor y daban palmadas al mismo tiempo que él cantaba una tonada extraña, delirante, con una voz fuerte y profunda, inclinada la cabeza, los ojos fijos en los pies. Uno de los oyentes daba un tema, o pronunciaba una palabra; el artista murmuraba para sí un momento, luego estallaba en un prolongado grito, cantaba su verso y se entregaba a una danza lenta, pisando fuerte atrás y adelante, pataleando al compás de las palmadas de acompañamiento. Sus oyentes chillaban de gozo y le gritaban alegres frases de doble sentido, que él recogía y utilizaba para mejorar todavía su actuación.

El espectáculo se prolongó y se prolongó; y el joven oficial encargado de la vigilancia, que había estado contemplando el cuadro como quien observa una silla llena de osos, decidió que, hasta nueva orden, podía desentenderse por completo de la cuestión. Aunque su instrucción marinera y la práctica de su vocación descansaban firmemente en el dogma de que desobedecer a su superior era tan grave como desobedecer a Dios —y mucho más peligroso—, en los más remotos, profundos, oscuros y vedados recovecos de su ser se extendían vastas arenas movedizas de reservas mentales, que de pronto cobraron forma en un pensamiento fugitivo, odioso; ¿no sería que el capitán se alarmaba por cosas sin trascendencia y con demasiada facilidad? Y se le representó el cuadro, bastante divertido, del capitán rompiendo a sudar al pensar en aquellos pobres diablos inofensivos de la proa.

En aquel momento observó que algunos pasajeros de primera clase andaban de caza nocturna, y se largó con la celeridad y el silencio de un fantasma. Ya estaba hasta la coronilla del pasaje, por aquel día. Pero aquellos precisamente, no tenían ningún propósito particular respecto a él: eran Jenny Brown y los Hutten con su bulldog «Bebé», luchando contra el mareo y el insomnio; todos

buscando un alivio —que les liberase de sí mismos y de los demás— en los vientos puros del mar y en la arrulladora oscuridad. Para el joven oficial no se trataba solamente de huir de los motivos que pudieran introducirse en su soledad durante los pocos minutos de que disponía para estar en compañía de sí mismo, después de una jornada larga y ajetreada —ya que esa amenaza existía a todas horas—; era, principalmente, que la experiencia le había enseñado a deplorar, a aborrecer, a evitar con la huida, siempre que fuese posible, la mera presencia de los pasajeros. Los viajeros masculinos le importaban poco; encontraba los amigos que le convenían los más indicados, entre los jóvenes oficiales de su mismo rango y clase; en cuanto a las mujeres que viajaban solas, las temía, pues por muy amistosas que pudieran parecer al principio, si alguna vez se agarraban sacaban unas pinzas como las de los cangrejos. Y él comprendía que todo aquello significaba pelearse con su pan de cada día. Los pasajeros del barco eran de ese modo, eran lo que eran y no tenían enmienda ni remedio; y si rehusaran subir a su desgraciado barco —porque el oficial se avergonzaba del honrado Vera y planeaba constantemente el procurarse un empleo mejor—, su noble vocación (como en otro tiempo le habían enseñado a considerarla) ni siquiera podría sobrevivir. Pero el hecho subsistía, él detestaba el solo hecho de ver al pasaje de todas clases: de nada hubiera servido fingir otra cosa.

Sin embargo, había a bordo una americana más bien bonita, una mujer de unos cuarenta años, quizá, mistress Treadwell, que parecía bastante simpática. Él había empezado, poco a poco, a sentir una especie de amistad por ella, y sabía bien el motivo: aquella mujer no le había dirigido nunca una mirada, no sabía que existiera. Así era cómo le gustaban a él las pasajeras: no como aquella condesa, que despedía un olor penetrante y que trataba continuamente de acorralarle. El joven oficial estaba prometido —y con gran satisfacción— con una chica a quien conocía de toda la vida y que difícilmente podría darle sorpresas, o al menos así lo esperaba; cuando uno se encuentra en tierra ha de contar con un puerto seguro. Pero lo que el joven oficial no sabía, no se hubiera imaginado y quizá le hubiera disgustado saber, era que su existencia pasaba completamente inadvertida también para Jenny y los Hutten. La indiferencia y la reserva eran prerrogativas que le

pertenecían a él, no a los demás.

En ese inesperado encuentro, frau Hutten estaba dispuesta a ser un poco más amable con la muchacha americana que, fuese lo que fuere que hiciera y dijese —en verdad, incluso cuando se limitaba a permanecer sentada en silencio, con las manos cruzadas—, le parecía, invariablemente, rara, incomprensible, intratable; pero no se podía desechar en absoluto su amabilidad natural. Al fin y al cabo, su marido le había asegurado aquella mañana que el viaje, como todo lo de este mundo, llegaría a su fin. Jenny era toda compasión por el mareo de la familia.

—Nuestra indisposición no es cosa de mucha monta…, pero ¡ah!, nuestro pobre «Bebé»… —decía frau Hutten—. Primero mejora un poco y luego empeora —explicaba con profundo asombro, como si tal fenómeno quedara fuera de las leyes de la naturaleza.

Jenny no manifestó ninguna sorpresa, sino que se inclinó y dio unas palmaditas a «Bebé» entre las orejas. Al enderezarse otra vez, miró a derecha e izquierda, y vio primero a David, que parecía estar acechando en un costado del barco, mientras herr Glocken, que venía por el lado opuesto, los había visto, evidentemente, y se apresuraba a reunirse con ellos. Jenny trató de simular ante sí misma que no había visto a ninguno de ambo: o, más bien, que no le importaba.

Herr Glocken, sufriendo más que de costumbre, amodorrado y atontado por el narcótico, pero incapaz de dormir, se acercó a ellos, esperanzado, como si pudieran proporcionarle alguna ayuda y alivio. Todos le saludaron con aire complacido, y cuando dijo que un aire y un mar y una luna como aquellos no había que malbaratarlos durmiendo, Jenny convino:

—Sobre todo en unas guaridas tan pequeñas y enrarecidas como las nuestras.

Movido por la curiosidad, herr Glocken fijó su atención en Jenny, porque aquel joven extraño, David Scott, la trataba mucho más como a una esposa o a una hermana que como a una amante: jamás había pronunciado el nombre de la joven delante de sus compañeros de camarote. Mientras el jorobado extendía los brazos y apoyaba la barbilla en la baranda, Jenny repitió que uno no debería perderse la luz de la luna durmiendo en ninguna parte, y menos en un barco, y menos todavía en el Atlántico… Ella no había

hecho ninguna travesía, sino por el Caribe, entre los Cayos y hacia México, y, ¿no le parecía a herr Glocken el Atlántico mucho más impresionante? Hasta el mismo barco parecía conocer que se encontraba en un mar más grande, y a veces se ponía juguetón como un delfín, y etcétera, etcétera, etcétera, Jenny siguió charlando como si hablase consigo misma, dirigiendo una mirada, de vez en cuando, hacia la izquierda. Herr Glocken comprendió sin dificultad que no hablaba con él, que no le dejaría pronunciar ni una sola palabra, ni le diría nada que requiriese una contestación en un momento futuro; de modo que cuando Jenny hizo una pausa para tomar aliento, él dijo en inglés:

—Ah, sí, *miis* Brown.

Y Jenny, volviéndose para mirarle, se dio cuenta del desliz cometido cuando vio aquella forma enana haciéndole una reverencia, con un ligera taconazo, y que marchaba balanceándose, pero resueltamente.

—¡Oh, temo haberle molestado! —deploró, casi en un susurro mirando a frau Hutten, que denotaba turbación. El profesor Hutten intervino con palabras tranquilizadoras:

—No es preciso que se aflija demasiado, mi querida fräulein —advirtió, dirigiéndose afectuosamente a ella por encima de la cabeza, ligeramente inclinada, de su esposa—. Las personas que tienen defectos físicos incurables, en especial si se trata de defectos congénitos, siempre, e invariablemente, manifiestan una sensibilidad excesiva respecto a la actitud de los demás, más particularmente en situaciones de carácter social, y sobre todo en lo que concierne al sexo contrario… Casi es imposible no ofenderles en una u otra ocasión, por más que uno no quiera hacerlo…

—Es que, sencillamente, no le quería cerca de mí —confesó Jenny, casi llorando—. ¡Me causa una especie de horror!

—Opino que a estas alturas ya debería estar acostumbrada a ello —expuso frau Hutten, dulcemente. Enseguida afianzó la correa de «Bebé», cogió a su marido del brazo y dijo, mientras se marchaban despacito—: ¡Bien, creo que tendremos que volver a tratar de dormir un poco! Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Jenny, observando por primera vez una ligera aprensión: ¿había nacido coja frau Hutten, o fue a causa de un accidente? A Jenny se le ocurrió pensar que debía de estar

cambiando en sentido desfavorable: hasta entonces las deformidades y el dolor no solían causarle repulsión. ¿Qué se estaba operando en ella? ¿Y se figuraría David, quizá, que coqueteaba con herr Glocken, lo mismo que con Freytag, o, para el caso, con cualquiera de a bordo que llevase pantalones? Jenny se encaminó lentamente hacia el lugar donde antes había visto a David, con intención de echarle los brazos al cuello, besarle y decirle: «Buenas noches, querido», porque no podía dominar los súbitos e intensos arranques de ternura que sentía por él. Pero, cambiando de propósito, abandonó la cubierta, con gesto resuelto, y cruzó el barco, recorriendo el largo pasillo hasta su camarote, con la esperanza de que Elsa estuviera durmiendo tranquilamente.

Después de haber entrevisto a Jenny con la nueva compañía que al parecer estaba cultivando, David se volvió, pasmado, al camarote, se tendió sin desnudarse, apagó la luz y cruzó las manos, con las palmas hacia arriba sobre los ojos. ¿Con quién no se juntaría Jenny?, se preguntó. Se iría con cualquiera, con quien fuese… Si pasara por la calle una banda de música tocando, ella se pondría al mismo paso y seguiría detrás… Explicaría cualquier cosa que se le antojase a la persona más desconocida…, ¿o acaso veía alguna vez personas desconocidas?

Escucha a todo el mundo, a quien sea, tan interesada por la charla más necia como por la conversación más inteligente…; ¡no, maldita sea, más interesada aún! No sabe pasar por delante de un mendigo sin tender el brazo. Tenía la casa llena de perros y gatos extraviados…, y, por fin, al marcharse, los dio a personas que no los querían. Jenny se sentaría y escucharía con expresión formal los balbuceos interminables de aquella corpulenta y sosa Elsa…, como si Elsa le estuviera contando la cosa más maravillosa del mundo. Salía de casa y formaba piquete con los huelguistas que encontraba, sin preguntarles siquiera por qué estaban en huelga, ni dónde trabajaban.

—En una fábrica de tabaco, creo —dijo una noche cuando entró David y la encontró en la cama, muy agotada, bebiendo leche caliente—. Hoy he perdido dos kilos de peso —explicó muy satisfecha.

«¿Por qué?», le preguntó David. «Para divertirme», respondió ella, sin tomarse la molestia de intentar explicarle nada. No obstante, hubo una época en que se sintió tan unido, tan identificado con Jenny, tan tiernamente enamorado de ella… Jenny hubiera sido capaz de hacer de él lo que hubiese querido, le habría hecho comprender cualquier cosa, por absurda que fuera; o al menos así lo creía él en ese momento… Pero ¿cómo se había negado Jenny a convertirse en aquella parte de sí mismo que le

faltaba, que hubiera completado su ser, su personalidad? ¿Cómo había sido tan extraña, tan indomable, y por qué había hecho tan imposible su vida en común? Por primera vez se le ocurrió con viva amargura que, en realidad, Jenny sabía convivir en las condiciones más sencillas con cualquiera, con todo el mundo, menos con él. La idea, además, de que herr Glocken escudriñase en sus asuntos particulares, llegase a un acuerdo con Jenny, le helaba la sangre en las venas. David se quedaba atónito al descubrir que sentía una profunda aversión hacia Glocken. Dios sabía lo que le diría Jenny, qué impresión le produciría; él se imaginaba muy bien a Glocken formándose, en su retorcida mente, una opinión baja, mezquina de la muchacha…

La luz se encendió, y allí apareció herr Glocken, sonriendo como un nomo complaciente.

—¡Ah!, ¿despierto todavía? —preguntó. Y añadió casi al momento en un tono que a David le pareció intolerablemente íntimo—: No podría descansar hasta haberle dicho que su *fiancée* es una señorita perfectamente encantadora… Hemos hablado un momento en cubierta ahora mismo —explicó—. Es deliciosa.

David tenía el don singular de encerrarse en un silencio pétreo que se extendía mucho más allá del instante en que el interrogador había dejado de esperar una respuesta, con lo cual expresaba su repulsa o su desacuerdo de un modo mucho más elocuente que con palabras. El aire del camarote se quedó helado entonces, con aquel silencio, mientras David se levantaba, se desnudaba pausadamente —aunque omitiendo el cepillarse los dientes por ser un acto demasiado ridículo delante de aquel extraño detestado—, apagaba la luz de nuevo y se volvía de cara a la pared, con todos los nervios saltando y todas las fibras de su cuerpo estremeciéndose de rabia. Mucho rato tardó en sosegarse algo y dormir, aunque en sueños se contraía convulsivamente una y otra vez, pero más tardó aún herr Glocken, desorientado, herido, desconcertado. El pobre hombre se figuró que el tener con Jenny la confianza suficiente para hablar un rato, a pesar de que ella le hubiese desairado de un modo tan grosero —¿qué necesidad había de que lo supiera nadie?—, significaría una agradable amistad con su novio. Herr Glocken se había creído muy elegante, mundano y correcto al emplear la palabra francesa *fiancée* en lugar de la palabra alemana, menos

musical si bien más exacta, que tenía en el pensamiento; pero sus relaciones con aquella gente joven marchaban mal en todos sentidos y sería mejor que anduviese con mucho cuidado. No había conocido muchos americanos, y los que había conocido, los conoció en México; nunca supo distinguir a unos de otros, ni puso en ello un empeño especial. Pero estos le habían parecido diferentes, puesto que hablaban español y llevaban una vida bohemia. Con todo, la joven era muy atractiva, no obstante sus deficientes modales, y herr Glocken se preguntaba qué podía ver en aquel hombre lunático y de mal genio. Por fin se durmió. Por la mañana, no sintiéndose nada bien, pidió a herr Denny, llamándole por su nombre, si querría hacer el favor de darle su medicina.

Los marineros habían salido otra vez a baldear las cubiertas, que se mecían suavemente mientras el *Vera* se dirigía, resuelto, hacia las Canarias, con solo una cabeza o dos que mirasen por las portillas para contemplar el amorío eterno entre la luna y el mar. Pepe, sacado otra vez de su camarote por Arne Hansen, empezó a mirar el reloj, decidiendo que incluso habida cuenta del dinero que andaba de por medio, Amparo le estaba dedicando demasiado tiempo al sujeto aquel. Lo mismo había hecho antes, y a menudo, con otros hombres, y ni todas las palizas imaginables la habían curado de aquella mala costumbre. De todos modos, él ensayaría el remedio otra vez, pero no hasta que desembarcasen en Vigo, donde ella podría gritar cuanto quisiera sin llamar la atención. Pepe salvó de puntillas, con un rodeo, los cubos y las escobas de los marineros, y se quedó de pie en la albardilla de la baranda de cubierta mirando abajo, a la cubierta de proa. Todo el mundo parecía acomodado y profundamente dormido; la sola visión del cuadro le hizo abrir la boca en prolongados bostezos. De los pasajeros de proa, unos yacían tendidos en tumbonas, otros, cuan largos eran, en duros y desnudos bancos, algunos se enrollaban como serpientes en las hamacas. Un hombre que llevaba un mono azul descansaba echado de través en una hamaca, la cabeza colgándole por un lado, los grandes, curvados y desnudos pies por el otro. Pepe los conocía bien a todos; el de la hamaca era asturiano y lo mismo que todos los asturianos, él, había veces en que se sentía unido por un lazo de parentesco con algún andaluz, ¡pero no con ninguno de los de allí abajo! Si hubiese sido tan estúpido como ellos, estaría durmiendo en su grupo, o entre las pulgas y los piojos de alguna choza. Pepe se estremeció vivamente, como si una serpiente se hubiese arrastrado sobre sus pies descalzos. Todos aquellos asturianos vocingleros, cantadores, bailadores, buscavidas, blasfemos tal como recordaba a la gente de su infancia, ahora yacían, en su mayor parte, entre los andaluces y los canarios (estos más sosegados), en unas actitudes tales que

parecían cadáveres despachados sin posibilidad de retorno; bajo la luz fantasmal de la luna, las ropas que los cubrían les daban el aspecto de difuntos esperando que los llevasen al depósito. Pepe eligió al hombre que colgaba fuera de la hamaca por sus dos extremos, y con certero ademán arrojó la encendida colilla del cigarrillo dentro de los pliegues de tela que cubrían su cuerpo. ¡Aquello quizá le despertase!

Tres formas se pusieron en pie de un salto, y una de ellas —el hombre corpulento y obeso que Pepe recordaba cantando con voz de toro—, encontró el cigarrillo y lo aplastó entre los dedos. Enseguida blandió el puño contra la esbelta figura todavía inclinada, allá arriba, sobre la barandilla.

—¡Sinvergüenza! —le gritó furioso con su cómico acento mexicano. Y al reconocer en tal figura a uno de los tipos a quienes había visto vagando por allí el día que zarparon. Entonces su voz tomó el acento de una mofa sarcástica—: ¡Chulo! —le gritó—. Baja aquí y nosotros te…

Luego se despertaron otros y unieron sus voces, armando un clamor tremendo. Pepe, mirando atrás inquieto, vio que los marineros habían oído el ruido. Uno de ellos venía hacia él, no con aire amenazador por supuesto, sino con firmeza, calmosamente, con el andar de un caballo, cumpliendo con el deber, nada más, de ir a ver qué pasaba. Pepe se apartó de la albardilla y se deslizó con la suavidad de movimientos de un cisne, si bien con mucha mayor rapidez, en dirección opuesta.

Encontró a Amparo cepillándose el enredado cabello; el rojo de labios lastimosamente desparramado sobre una boca que parecía haber recibido muchos mordiscos, y la litera inferior revuelta como de costumbre.

—¿Qué? —preguntó. En medio de un huraño silencio, la mujer señaló atrás con un movimiento de cabeza. Pepe levantó una de las almohadas, que olían a rancio, y encontró debajo los sólidos y verdes billetes—. Más dólares. ¡Estupendo! —dijo, alisándolos y contándolos.

Amparo arrugó el ceño, mirándole con hostilidad.

—Has tardado mucho rato —reprochó Pepe—, aun teniendo en cuenta el dinero.

—Déjame en paz —replicó ella, enfurruñada—. Ya sabes cómo

va la cuestión.

—¿Dejarte en paz? —preguntó él, sonriendo cínicamente.

Y levantándose muy rápida y silenciosamente le dio una fuerte palmada en la paletilla, donde dolería, pero no dejaría señal. Luego, la cogió por el pescuezo con una mano y la zarandeó con fuerza, mientras le pasaba la otra repentinamente por el espinazo y terminaba con un puñetazo. Los párpados de la mujer descendieron sobre los ojos antes hostiles, los labios se le pusieron carnosos y húmedos.

—Ahora date prisa —apremió él.

—No quiero —respondió ella con coquetería picante, empolvándose con una borla de plumón muy sucia—. Estoy cansada.

—No pongas demasiado de eso —ordenó Pepe, quitándole la borla y arrojándola lejos—. ¿De modo que dejas que él se lo lleve todo, que otra vez echas lo tuyo al vaciadero? ¿Quieres que te rompa todos los huesos del cuerpo?

—Ese tipo no es más que un buey —replicó ella—. ¿Por quién me tomas?

Amparo estaba de pie cerca de la litera. Asiéndola por la muñeca, con un leve giro del brazo, Pepe le hizo perder el equilibrio. Amparo cayó fácilmente cuan larga era sobre él.

Sus delgadas piernas de bailarines se enroscaron unas sobre otras por un momento como un nudo de serpientes, ejecutando sus cuerpos un repertorio tan complicado como el de un ballet, con el ritmo de una película de movimiento lento. Pepe prefería tomar a Amparo cuando ella se hallaba excitada y trastornada, a punto para él y para el estilo especial que usaba con ella. Desde que le conocía, era el único hombre que sabía proporcionarle placer, y por eso ella se prodigaba en Pepe, que conocía más tretas que un simio y tenía una resistencia fría y prolongada como la de una rana. Pepe le pegaba a menudo —por celos, decía él—, cuando sospechaba que ella sentía algo por otro hombre; pero podía pegarle cuanto se le antojase, porque Amparo no se cansaba nunca de los goces que le proporcionaba.

Pepe se mostraba más inflexible que el pedernal en lo tocante a arrancarle hasta el último peso, franco, dólar o lo que fuese, porque estaba ahorrando para abrir un establecimiento propio, en Madrid,

donde Amparo, mientras durase, sería la máxima atracción como bailarina; aguijoneado por una cólera fría y quieta, habíala amenazado frecuentemente con matarla, aplicándole tormentos tan feroces que, Amparo comprendía, no podía pensarlo de verdad; pero ella también ahorraba. Durante toda la época difícil pasada en México y ahora en el barco, Amparo retenía parte del dinero sin entre garlo a Pepe, que, indudablemente, por lo menos la estrangularía, si se enteraba. Pero él no se enteraba, y Amparo se proponía llegar un día a ser una estrella sin depender de na die, viajando por todo el mundo y haciéndose rica y famosa como la gran Pastora Imperio.

El capitán Thiele se sentía cada vez más molesto por la lenta corriente de rumores que llegaban a sus oídos, casi sin que supiera cómo; arroyos entrecruzados de habladurías que apenas se daba cuenta de que hubiese oído, empezaban a moverse y mezclarse por su cabeza. Los rumores y habladurías más persistentes eran los que se referían a la vida de la condesa en su camarote particular —si es que se le podía seguir dando este nombre—, con aquellos estudiantes que entraban y salían, como por su casa, a todas horas. El capitán especulaba con la incómoda idea de poner allí a una camarera de guardia; pero sabía que no podía relevar a ninguna para destinarla a tal servicio. De vez en cuando, pensaba con desagrado en el recurso de tener a la condesa confinada en su camarote por todo el resto de la travesía, pero carecía de medios para aplicar la medida, si no empleaba la fuerza, y esa sola idea le disgustaba. Alguien le había dicho —¿fue frau Rittersdorf?, ¡una mujer muy puritana, por cierto!— que había visto a la condesa arrimándose en un ataque de histerismo al doctor Schumann, y que a este le costó mucho trabajo dominarla. Bien, el doctor Schumann era el médico de la condesa en esa ocasión, ¡que se quedase con lo que le había traído la suerte! Al capitán no se le antojaba un destino en exceso cruel ser abrazado por una dama bella y de noble cuna, y ser regado por sus lágrimas, por muy histérica que estuviese. Cuando el capitán le preguntó al médico, con toda la discreción de que era capaz, cómo marchaba su paciente, el doctor Schumann contestó:

—Muy bien, en verdad. Ha decidido quedarse en cama unos días. Está leyendo.

El capitán creyó haber disimulado su sorpresa.

—¿Leyendo? ¿Ella? ¿Qué?, me gustaría saber.

—*Romans policiers* —contestó el doctor—. Los estudiantes se los facilitan de la biblioteca del barco. Me dice que tenemos a bordo una excelente colección de esa clase de novelas.

El capitán exclamó un tanto irritado:

—No sabría imaginar cómo han llegado aquí, a menos que las hayan ido dejando los pasajeros.

—Posiblemente —convino el doctor Schumann—. Yo quedo agradecido a quienquiera que las dejase. La otra noche estaba muy sobreexcitada, y he decidido someterla a un régimen. Lee sus novelas de detectives y asesinatos, luego juega al ajedrez con uno u otro de esos estudiantes, y por la noche le administro un sedante… Tengo muchas más esperanzas que antes sobre su estado de salud.

El capitán inquirió con recelo:

—Entonces, ¿usted no cree que la presencia de los estudiantes a todas horas, le trastorna los nervios?

—Por alguna razón misteriosa —respondió el doctor—, esos chicos la divierten. Son alborotadores, ruidosos, poco respetuosos, ignorantes…

—Yo les he oído mencionar a Nietzsche, Goethe, Kant, Hegel. Schopenhauer, en las discusiones que sostienen en la mesa —declaró el capitán.

—Ah, sí —convino el doctor—, todos han ido a la universidad.

De vez en cuando el capitán invitaba al doctor a un café por la tarde o a una copa de ginebra holandesa, después de Comer, en su camarote, y se invitaba a sí mismo a una corta charla agradable, aunque siempre reservada, con un hombre a quien podía mirar, en cierto modo, como a un igual. En realidad, el capitán no añoraba la compañía de sus iguales; él lo pasaba mejor pudiendo mirar abajo, desde las alturas, o hallar en el doctor una fuente de información respecto a los desórdenes y a las rarezas que se produjesen entre los pasajeros, incidentes que él, personalmente, pocas veces tendría ocasión de observar por sí mismo. Por ejemplo, existía al parecer, un hecho raro —nadie había tenido la culpa, suponía él, a menos que fuese del sobrecargo…, ¡pero, no, no!, ni del sobrecargo—; por primera vez en su vida de hombre de mar, por primera vez, inclusive ciertamente, en su vida entera (por lo que a él le constaba), el capitán creía que se sentaba todos los días a la mesa con un judío. ¿No había oído decir nada de esto, por casualidad, el doctor Schumann?

El doctor Schumann contestó tranquilamente que sí, hacía dos o tres días había oído decir algo por el estilo, pero lo recogió de una

fuente poco digna de crédito. Su tono de voz parecía explicar: «Lo dijeron las mujeres. Dios las bendiga, naturalmente, pero usted no les haga caso». El médico ni siquiera tuvo que abstenerse de añadir que a él no le preocupaba lo más mínimo que Freytag fuese o no fuese judío y que no miraba aquella cuestión sino con desprecio. El doctor Schumann consideraba que el expresar sin recato las propias opiniones sobre todos los temas y en todo momento era una debilidad, si no una verdadera señal indicadora de una naturaleza perversa. Además, el doctor Schumann había discutido extensamente aquel tema —bastante fastidioso— con demasiadas personas mucho antes de subir a bordo de aquel barco, y estaba un poco cansado de la cuestión; ya no se sentía en condiciones de luchar con aquellos extraños e insensatos estados de ánimo, tan informes, inasequibles e irreales como el humo.

El capitán interpretó la frialdad del doctor ante el problema como oposición, derivada de motivos profesionales, a to mar partido: al fin y al cabo, todo el pasaje podía ser pacientes suyos, y él no podía preferir a ninguno por razones personales.

—¡Sacerdotes, abogados, médicos! —dijo cordialmente—, ¡cuántos secretos debe de desahogar la gente en ustedes! De veras que no les envidio. —Pero se veía bastante clara la insinuación de que el doctor hallaría la manera de enterar al capitán de todos los escándalos, rarezas y cosas indecorosas que hubiera necesidad de corregir. El doctor no simuló siquiera no haberle entendido bien; se limitó a pasar por alto la insinuación, rechazó amablemente una segunda taza de café, cambió de tema de una manera casi imperceptible y al cabo de poco rato se despidió. El capitán, nuevamente sonrojado, inquieto, irritable, decidió que al día siguiente, sin tardar más, se ocuparía de resolver aquel dudoso y nada favorable estado de cosas, fuese cual fuere. El doctor le había dejado la incómoda impresión de que él, *el capitán*, prestaba oído a las murmuraciones de las mujeres. Pues bien, se trataba de una cuestión que había que resolver estrictamente entre hombres, y lo primero que había que hacer era dejar a las mujeres fuera de ella, y mantenerlas al margen definitivamente. Era, empero, una desagradable realidad que las mujeres habían sido las iniciadoras de la cuestión: mistress Treadwell, aquella americana, contó a Lizzi Spöckenkieker cierta confidencia que le había hecho herr Freytag;

Lizzi la pasó a herr Rieber, quien la hizo circular pródigamente, hasta que llegó a oídos del capitán, el cual ahora, como deber social y en atención a su propia dignidad, tenía que tomar medidas inmediatamente. El capitán sacudió la cabeza como si la tuviera en medio de un enjambre de mosquitos, y decidió que aquella noche cenaría solo.

Freytag llegó al comedor con unos minutos de retraso. Todos los habituales concurrentes a aquella mesa estaban presentes, menos el capitán; el doctor Schumann transmitió a los comensales el pesar que sentía el capitán por su inevitable ausencia, manifestaciones que fueron adecuadamente acogidas por todos. Freytag se deslizó hacia su silla saludando con un sonriente movimiento de cabeza, dirigido a todo su alrededor, saludo que le fue devuelto con menos sonrisas… ¿O acaso era su estado de exasperación nerviosa lo que le hacía imaginar que todas aquellas personas extrañas y más bien indiferentes, le estaban mirando con una especie de curiosidad furtiva? Había que exceptuar al doctor Schumann, claro —cuyo aire de benévola abstracción empezaba a molestar un tanto a Freytag, porque lo consideraba levemente protector— y frau Hutten, que tenía la vista fija en el plato, como de costumbre.

El camarero le sirvió el aperitivo, jamón de Westfalia delicadamente doblado junto a una tajada de melón. Freytag movió la cabeza negativamente, y el camarero le preguntó:

—¿Qué desearía usted en lugar de esto, señor? ¿Salmón ahumado? ¿Arenque con crema agria?

—Cualquiera de las dos cosas irá perfectamente —contestó él—. El arenque.

El profesor Hutten, observando la acostumbrada falta de acierto de herr Freytag en la elección de manjares, comentó, casi distraídamente, como si sus pensamientos arrancasen de un punto de partida muy distante:

—La condición de judío ofrece a la mente occidental, y más especialmente a la cristiana, la posibilidad de un vastísimo estudio, acerca de sus contradicciones espirituales y morales, junto con su misteriosa y potente cohesión sentimental y psicológica. Nada puede igualar la solidaridad de los judíos cuando son atacados desde el exterior por los paganos, como dicen ellos; nada pude superar la acritud de las rivalidades que los dividen en todos los

campos. Yo he preguntado a muchos, con toda la seriedad del estudioso y todo el desapasionamiento del filósofo: «Dígame, por favor: ¿qué es un judío?», y ninguno ha sido capaz de darme una respuesta. Dicen de sí mismos que son una raza, lo cual es absurdo. ¡Son, nada más, un pequeñísimo fragmento de una rama de la raza blanca, como nosotros mismos!

—¡Oh, no nórdicos! —chilló Lizzi—. ¡Eso no! ¿Desde cuándo?

—¿Son camitas, pues? —preguntó a su vez el profesor, fijando en ella una mirada capaz de avergonzarla—. ¿O mogólicos? ¿O etiópicos?

—¡Lo son todo; son mestizos hasta el último extremo, formados con todas las heces de todas las naciones! —exclamó herr Rieber, perdiendo súbitamente su carácter alegre y poniéndose como la grana—. Y eso han sido desde el principio de los tiempos…

—Si realmente es así —arguyó Wilhelm Freytag, dejando el tenedor—, a estas horas todos somos mestizos, supongo…

—Oh, hable solo en su nombre, querido herr Freytag —indicó frau Rittersdorf, inclinándose hacia delante para sonreírle con los dientes apretados—. Pero yo estoy pasmada. ¿Cómo es posible que usted, un alemán del tipo más puro, rubio, alto, de ojos grises…?

—… Y yo les pregunto —prosiguió herr Hutten, imperturbable —: «¿Qué es un judío?»; y les pregunto: «¿Sois una nación?». No. «¿Una raza?». No. «¿Sois pues solamente una religión?». No. —Herr profesor Hutten levantaba la voz y salmodiaba, silenciando a frau Rittersdorf y siguiendo adelante resueltamente la bromita que se le había ocurrido y a la que no estaba dispuesto a renunciar—. Entonces, les pregunto, pues (y quisiera que recordasen ustedes que solo escogí aquellos a quienes hubiera podido confundir con alemanes puros en cualquier parte)…entonces les pregunto: «¿En qué se funda pues usted para darse el nombre de judío?». Y sin una sola excepción, cada uno me contestó con una obstinación inquebrantable: «¡Sin embargo, a pesar de todo, soy judío!…». En consecuencia, yo les digo: «¡Ah, ya! ¡Se ve claro que el judaísmo es un estado de espíritu!». —Y sonrió con ancha sonrisa bajo la mirada aprobatoria de sus oyentes.

—Es la pretensión esa de que son el Pueblo Elegido lo que a mí me fastidia —dijo frau Rittersdorf—. ¡Hace que Dios parezca tan equivocado! ¿No creen ustedes?

Se produjo un silencio atónito, como si nadie osara comentar aquella rara mezcla de buen sentido y de irreverencia rayana en la blasfemia sintiéndose satisfecho. Frau Rittersdorf se dio cuenta al momento de su error y trató de corregirlo.

—Yo solo quería decir —intentó aclarar—. Yo… yo…

Herr profesor Hutten corrió a sacarla del apuro.

—Esa idea equivocada, nacida de una vanidad tribal, es tan extremadamente antigua que creo podemos afirmar sin miedo que fue un dios de una especie muy primitiva el que escogió a ese pueblo peculiar. O mejor dicho, digamos con más precisión que fue ese pueblo el que escogió al dios…, un dios que, a diferencia de otros de aquellos lejanos tiempos, no simbolizaba un concepto innoble. Al menos, por compasión con otros dioses igualmente antiguos, el viejo Yahvé no sale tan mal librado.

—¡No estoy de acuerdo! —clamó herr Rieber, deglutiendo y limpiándose los labios—. Fue Yahvé quien escogió a los judíos, y puede quedarse con ellos…

—¡Imagínense a un puñado de personas, unos pocos millones entre cerca de dos mil millones de las otras, haciendo gala de tal desvergüenza! —gritó Lizzi—. Yo creo que es eso, principalmente, lo que me pone furiosa. Además, sus modales, sus mañas, sus…

—La verdad, sabida por revelación divina, de un Dios de Justicia, Misericordia y Gracia, la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la gran verdad que el Cristianismo trajo al mundo demuestra… —dijo el profesor Hutten, en aquel momento un poco desalentado.

Frau Rittersdorf, aunque dándose cuenta de la inferioridad social de herr Rieber y tragándose el orgullo en aras de lo que creía justo, se manifestó de acuerdo con él:

—Tiene razón herr Rieber —dijo en tono condescendiente—. Fue únicamente su dios el que les eligió. Nosotros no tenemos la obligación de emular su pésimo gusto.

—A mí la cuestión religiosa no me importa —declaró herr Rieber, quien no soñaba siquiera que frau Rittersdorf apoya se su opinión—. Yo solo ansío que la nación alemana, que el torrente sanguíneo de nuestra raza, quede limpio de su veneno.

—¡Pero usted es un genuino antisemita! —gritó de súbito frau Schmitt, como asustada—. Yo no conozco a ningún judío, pero no

les tengo aversión.

—Yo no tengo nada de antisemita —replicó herr Rieber, con aire contencioso—. ¿Cómo puede hacer semejante afirmación? Les tengo simpatía a los árabes. En otro tiempo viví entre ellos y vi que eran muy buena gente.

Frau Rittersdorf enfocó su sonrisa, mirando al doctor Schumann.

—¡Usted no ha dicho nada, querido doctor! ¿Qué piensa de los judíos?

El doctor Schumann respondió con voz sosegada y precisa:

—No tengo nada que decir contra ellos. Creo que adoramos al mismo Dios.

—Pero, doctor, usted es católico, ¿verdad que sí? ¿Y no adoran los católicos primero a la Virgen María y después a Dios? —inquirió Lizzi, inclinándose hacia delante y moviendo la cabeza con aire de reprensión.

—No —respondió el doctor Schumann, cruzando sobre el plato el cuchillo y el tenedor en forma de aspa, dejando la servilleta con mucho cuidado y levantándose sin teatralidad—. Permítanme que me excuse, se lo ruego —añadió.

Y los dejó.

—Sufre ataques cardíacos —explicó frau Hutten a su marido—. ¿Crees que deberíamos enviar a preguntar por él?

—Es médico —contestó herr profesor—. No necesita nuestras atenciones ni nuestros consejos.

—Schumann… —dijo Rieber, adelantando levemente el labio inferior—. ¿No es ese un apellido judío?

—En Alemania no hay tales apellidos judíos —replicó herr profesor Hutten, que parecía enojado y hablaba un tanto bruscamente, en comparación con el tono habitual en él. El profesor observó que herr Freytag había permanecido en rígido silencio durante toda la conversación, que de vez en cuando movía un poco de comida por el plato con el tenedor, pasándola de un punto a otro, pero sin llevársela a la boca, y que tenía la cara tan petrificada y pálida que parecía iba a sobrevenirle mareo—. Solo hay nombres alemanes adoptados como apellidos por los judíos en los tiempos medievales y más tarde, cuando decidieron abandonar su antiguo estilo (Isaac Ben Abraham, por ejemplo), que continuaba una hermosa costumbre inmemorial… y fue lástima que lo

abandonasen. Y esos nombres, al transmitirse a la descendencia, han quedado asociados a las familias judías. Schumann es uno de ellos, y Freytag, permítaseme aventurar, puede ser otro. ¿No es así, herr Freytag? —El profesor le dirigió la pregunta directamente desde el otro lado de la mesa, y Freytag levantó unos ojos grises, fríos y furiosos—. ¿No le ha fastidiado nunca el descubrir ramas judías de su antiguo apellido alemán?

—No conozco a ningún judío que se llame Freytag —contestó el interpelado. Y el temblor de la cólera se propagó a su voz—. Mejor dicho, excepto una mujer, mi esposa —afirmó, levantando la voz y dándole firmeza—. Ella es judía y se llama Freytag, y al llevar ese apellido lo honra.

En el mismo instante en que oyó el sonido de sus propias palabras comprendió que se había metido otra vez en el cepo del mal genio, del melodrama, en una situación tan falsa como innecesaria. Su madre política había descubierto en él este punto flaco. Un poco burlonamente solía aconsejarle: «Recuerda las normas. No cuentes nunca los asuntos de tu familia. No digas nunca lo que esperan que dirás. Contesta a una pregunta con otra». Se lo decía riendo, pero Freytag observó que ella lo practicaba en serio. Él había tenido una y mil veces la impresión de vivir entre dos campos armados irreconciliables, desertor de una parte, intruso en la otra, donde al que se había vuelto la chaqueta nadie le tenía confianza. Muy a menudo, al encontrarse a solas con judíos, después de haberse casado con Mary, le habían atacado desde todas partes a la vez. Algunos con franco desprecio, o con genuina aversión personal, otros contando chistes sobre los *goyim*, y en su presencia empleaban para los cristianos los mismos nombres despectivos que usaban en sus conversaciones privadas. Ahora los de su propio bando —Freytag fijaba lentamente la mirada en todas las caras que rodeaban la mesa y no veía una sola que no le pareciese hostil— su propio bando, porque aquella gente que tenía delante era su gente… intentaban otra arremetida contra él, y jamás dejarían en paz a un alemán que se había degradado tanto. Freytag decidió que tenía ya bastante. Apoyando las manos en el borde de la mesa, empujó la silla hacia atrás.

Lizzi gritó con estridente excitación, de modo que Freytag se detuvo en el mismo momento en que se ponía en pie:

—¡Oh, herr Freytag, qué extraño! Nosotros, algunos de nosotros creíamos que el judío era usted (¿cómo pudimos estar tan ciegos?), y unas noches atrás hablaba yo con aquella americana tan rara que comparte mi camarote (¿la cono ce? ¿Conoce a mistress Treadwell?) y me contó algo que yo, sencillamente, no creí… que no, que era su *esposa*, ¡tal como usted dice!

—¿Mistress Treadwell? —preguntó Freytag, pasmado—. ¿Ella dijo eso?

—Naturalmente. ¿No se lo estoy diciendo? Pero, por favor… No me interprete mal… Ella estaba un poco… Ya sabe usted, bebe… A veces está algo desorientada… —Lizzi recorrió con la mirada todos los rostros (que de pronto se fijaban en ella con profundo interés), buscando comprensión. Nada de lo que pudieran decirles de los despreciables americanos que iban a bordo podía sorprenderles. Lizzi terminó—: ¡Vea, más de una vez apura una botella entera de vino ella sola después de comer!

En ese punto, Freytag se levantó resueltamente, obsequió a su círculo de compatriotas con una sonrisa de asco y habló como un actor recitando la frase en la que ha de caer el telón:

—¡Bien, dejo a mistress Treadwell confiada a la tierna misericordia de ustedes!

Y no esperó respuesta.

«Y ojalá la corten a usted a pedacitos», anheló ardiente mente, viéndola sentada, sola, ante su mesita, bajos los párpados, imagen viviente de la inocencia, saboreando el helado. Y de pronto, sintió el deseo de tener una mesa para él solo. Al día siguiente hablaría de ello al jefe de comedor. No podía resistir por más tiempo al grupito aquel de la mesa del capitán. Una ronda más de comentarios sobre los judíos y les cruzaría la cara a todos, a cachete por cabeza. Sí, hasta al doctor Schumann, el viejo hipócrita, que se había levantado sin comprometerse. Y al instante, por encima de aquella llama de furor, estando ya en cubierta, sintió un escalofrío, como si se hallara ante una tumba abierta. En aquellos momentos, él, Freytag, iba a reunirse con los parientes de Mary, o iban a comer con ella. Iba a escuchar chistes que, como Ácidos corrosivos, habían abierto agujeros en su memoria y en sus sentimientos hacia todos ellos. Freytag se apoyó en la barandilla y fijó la mirada en el agua, cada vez más oscura y que ya no constituía para él la agradable novedad

que había sido al principio.

«¿Es posible que esté pensando en el suicidio?», se preguntó después de un intervalo de absoluta inmovilidad mental. Pues todo el rato que creía haber tenido la mente vacía se había visto a sí mismo hundiéndose suavemente, cabeza abajo, hacia las profundidades, como un zambullidor profesional, bajando lenta, lentamente, hasta el mismo fondo del océano y quedando tendido allí bien estirado, para toda la eternidad, con los ojos muy abiertos, experimentando completo bienestar. Freytag salió de aquella abstracción con un estremecimiento, parpadeó varias veces y se puso a andar. La imagen había sido tan clara que casi le enervaba. Pero no, no había nada que temer. Aquella salida no era para él. A él le correspondía un camino bien claro, un camino que se internaba resueltamente, cruzaba el obstáculo y salía limpiamente al otro lado. Lo único que tenía que hacer era seguir andando, no perder la cabeza y no permitir que ni judíos ni cristianos le enloqueciesen hasta el punto de dejarse llevar por un arrebato y convertirse en un juguete para que ellos se divirtieran. Entretanto, le gustaría tener unas palabritas con aquella mistress Treadwell, pero no había prisa.

El capitán dejó su segunda taza de café y salió para conceder una corta entrevista, en el puente de cubierta (no en su Cámara particular) a fräulein Lizzi Spöckenkieker (la cual encarnaba hasta el último detalle y rasgo todo lo que el capitán hallaba de más repelente en el sexo femenino) y a su embrutecido admirador, herr Rieber, el cual había de carecer, sin duda, de alguna facultad indispensable en los varones, tal como el buen gusto o el criterio en lo tocante a mujeres. Le habían pedido la entrevista por escrito, lo cual daba un tono de urgencia, sin duda espúreo, a la ocasión. ¿Qué asunto tendrían que tratar con él que no pudiese esperar hasta el almuerzo del día siguiente… o hasta el día del Juicio Final? El capitán reprimió un eructo y fijó en los visitantes una mirada severa, destinada a prevenirles, hasta en aquel último momento, de que a él no se le podía molestar por capricho.

Los dos visitantes estaban sin aliento por su propia osa día, por el honor que se les había dispensado y por la importancia de su gestión. Traían un mensaje sencillo, pero urgente. No solo los invitados a la mesa del capitán, sino muchos otros pasajeros alemanes habían sospechado desde el principio que a la mesa del capitán se sentaba una persona que no tenía derecho a estar allí. Sin ser quizá judío él mismo —aunque carecían de otra prueba que su propia palabra de que no lo fuese— se sabía que tenía relaciones de las más íntimas con judíos… ¡Su esposa lo era! Ciertamente, lo había declarado él mismo durante la cena, delante de todo el mundo… ¡Ah! Fräulein Lizzi y herr Rieber lamentaban sinceramente causar trastornos de ninguna clase, pero estaban convencidos de que el capitán debía enterarse. Que desearía, en verdad, estar al corriente de una irregularidad tan inaudita en su mesa. Ellos comprendían muy bien que detalles como aquel correspondían más bien a sus subordinados, pero no obstante…, no obstante…

El capitán, dotado de una sensibilidad muy despierta ante la más

leve implicación de que un subordinado suyo pudiera atreverse a descuidar un deber, por insignificante que fuese —lo cierto era que en su barco-no había deberes *insignificantes*, no existía semejante cosa—, de pronto, se irguió altanero y dijo:

—Naturalmente, les agradezco infinito el buen criterio que han demostrado. Estoy de acuerdo en que se trata de un hecho de lo más inusitado.

Lizzi, estirando hacia él el largo cuello y cacareando con su voz más potente, añadió impulsivamente que el amable capitán había hecho mucho por todos ellos, y ellos podían hacer muy poco por él, y que era un placer divino poder prestarle aunque solo fuese un pequeño servicio. El capitán, Cuyas irritaciones se traducían y se expresaban en un rozar y un gemir de filos de navaja por los intestinos, empezó entonces a sentir esa indisposición habitual, Dándoles nuevamente las gracias y cubriéndoles de cumplidos, hasta dando tres pasos adelante para empujarles más aprisa en la dirección adecuada, el capitán despidió a sus visitantes —habían estado todo el rato de pie en el bien iluminado puente, bajo un cielo estrellado— y con las entrañas en llamas, fue en busca de su bismuto. Cambiando de idea, apuró el café que quedaba en la taza y bebió un trago de ginebra holandesa. Eso le calmó, al menos por el momento, y sin un momento de reflexión —porque no lo necesitaba — puso en marcha al instante una cadena de acontecimientos que desembocaron en una ligera pero significativa reordenación de la manera de sentarse los comensales en el comedor.

Hecho eso, el cerebro del capitán pasó a ocuparse de temas relativamente más alegres. La condesa… ¡Ah! La idea apropiada se le ocurrió repentinamente. Le enviaría un pequeño regalo en forma de unas botellitas de vino, atención en la que ninguna dama hallaría nada censurable. La condesa le recordaba sus días de estudiante en la universidad, los días en que aguardaba a la entrada de los teatros y se derretía por extraños ídolos, grandes muñecas de cera tan pintadas, llenas de encajes, adornadas y disfrazadas con el hierático atuendo de su profesión, que él les presentaba la ofrenda de sus modestas flores y su vino, su tímido anhelo adolescente de sexo, sus pequeños sueños impuros, sin osar acercarse al alcance de su brazo. Jamás había sido capaz de imaginarse a una de ellas desnuda, y nunca, ni por una sola vez, había confundido a una de ellas con

ninguna mujer viviente que él hubiera conocido. Sin embargo, el soñar en ellas la embelesaba. Y en cierto modo, la condesa había renovado aquellos sueños. El doctor tenía razón, sin embargo. De nada serviría ser demasiado benévolo con ella. Había que hacerle guardar las formas, recordarle quizá de vez en cuando que era la prisionera del capitán. El cual le envió dos botellas de vino blanco, centellante y bien frío, con un billetito galante.

> «Querida madame:
>
> »Nosotros los alemanes ya no utilizamos la palabra "champagne", ni continuamos bebiendo un vino quizá más bien pretencioso. Por ello es para mí una satisfacción advertirle que este modesto obsequio no es francés, sino únicamente un buen *Schaumwein* **[20]** de un auténtico viñedo alemán, que le envía a usted una persona que la quiere bien y anhela de todo corazón le aporte un rato de solaz y alegría durante la velada. Entretanto, ruégole haga el favor de obedecer las órdenes de su médico y permanecer en su camarote todo el tiempo que él crea necesario en bien de la salud de usted».

El capitán quedaba, por así decirlo, enteramente al servicio de la dama.

Cuando el doctor Schumann visitó a la condesa para administrarle la última hipodérmica del día, la encontró en pleno acceso de risa, sentada en la cama, con un batín de damasco rojo cayéndole del hombro, el rojizo pelo —casi demasiado juvenil para su cara— levantado en zarcillos que se movían como serpientes. Tenía en la mano una nota abierta, y a su lado había un par de botellas de champaña alemán.

—¡Ah! —gritó, gozosa—. ¡Llega usted a tiempo para saborear el vino y la cartita de amor que me envía el capitán! ¡Oh, venga y ría conmigo, se lo ruego!

Y le entregó la nota, pero mientras el médico la estaba mirando indeciso, la camarera, obedeciendo las últimas instrucciones del doctor Schumann de que estuviera presente a la hora de administrar el narcótico, llamó a la puerta y entró.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la condesa—. ¿La he llamado, acaso?

—Déjela que se quede —dijo el doctor—. Yo no puedo leer esta carta. Estoy seguro que el capitán no querría que la leyese nadie sino usted.

—¡Como si me importase a mí lo que quiera el capitán! —gritó la condesa—. ¡Le afecta a usted también! Se me ordena que le obedezca a usted y no me mueva de mi camarote… ¡En una palabra, vuelvo a estar encerrada, en el calabozo!

Un tanto disgustado, el doctor Schumann sostuvo el papel con el brazo perfectamente estirado, como si la distancia pudiera disminuir la falta cometida al leer una esquela no destinada a que la vieran sus ojos, mientras la camarera empezaba a alisar las sábanas y cubrecama y extendía el brazo para coger las almohadas y mullirlas.

—Espere y haga todo esto cuando se lo ordenen. No se acerque a mi, a menos que yo envíe a buscarla —le advirtió la condesa.

La camarera retrocedió con el rostro teñido de escarlata y se

quedó junto al umbral.

—No, usted exagera. Y no se fía del capitán, que quiere protegerla, ni de mí, que quiero ayudarla…, en contraste con sus amabilidades y confianzas con esos estudiantes mal educados, que deberían tratarla a usted con el respeto debido a una madre, y ¡sin embargo…! No puedo repetirle las cosas ofensivas para usted que se les ha oído decir, pero le ruego que crea mi palabra: ¡las dicen! ¿Cómo permite que la conviertan en el hazmerreír de todos?

—¿De veras? —ironizó la condesa, tendiendo el brazo para acariciar la mano del médico—. ¿En este barco? Vaya, esto me divierte. ¿Usted ha oído que alguno se riese? Además, ¿no hablan ofensivamente todos los muchachos de las mujeres de cierta edad? —La condesa soltó una carcajada, sujetándose la cabeza—. ¡Yo no soy su madre! Si lo fuese, es posible que tuvieran mejores modales, mejor familia, una mente más sana, más imaginación… y estoy casi segura, hasta serían un poco más guapos. No, si me relaciono con ellos es porque fueron condiscípulos de mis hijos, ¡de mis jóvenes locos y hechiceros hijos que tuvieron que correr detrás de una cosa que ellos llamaban Revolución! —La condesa vol vio hacía el médico una cara afligida. Sus manos empezaron a bailotear—. ¿Dónde están ahora? Los soldados y los rufianes se metían por todas partes, ¡pero a nadie se le ocurrió mirar debajo del altar! Entonces incendiaron toda la hacienda, campos de caña y todo… y mis hijos escaparon, pero a mí se me llevaron de allí…

La voz de la condesa había caído de nuevo en aquel leve, monótono y quejumbroso salmodiar que el doctor Schumann le oyó el primer día que salió de su camarote, pero ahora se rodeaba las rodillas con los brazos y le miraba con expresión juiciosa.

—Todo ha terminado —concluyó ella—. Han muerto. Ya no volverán más.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó el doctor—. ¿No puede esperar noticias con calma? ¡Esto no tiene por qué ser el final! Yo creo que usted imagina las cosas más difíciles de lo que son en realidad —le reconvino—. ¿No tenemos bastantes problemas tal como están?

—¿Nosotros? ¿Usted también tiene problemas?

—Usted es mi problema —contestó el médico—. ¡Pero yo lo remediaré, si puedo!

—Hágalo —pidió la condesa en tono ligero, con los brazos

caídos a lo largo de los costados—. ¡Pruébelo, de veras!

—El capitán Thiele no le ha enviado una orden, sino una recomendación. Confío que usted seguirá sus consejos, así como los míos. Es un hombre honorable.

—Seguiré siempre los de usted, siempre —afirmó la mujer, con su movimiento habitual, de cogerle la mano. Pero esa vez el médico lo esquivó abiertamente. La condesa retiró la suya al instante y volvió a reír—. *¡Schaumwein!* —exclamó con fingido y burlón entusiasmo, pronunciando la palabra como si fuese una cosa absurda—. ¡Ah, cuán inefablemente germánico! Estoy segura de que el honor del capitán es una imitación tan buena como esto —añadió, sacudiendo una de las dos botellas.

—Por favor —exhortó el doctor Schumann, sintiendo de nuevo una especie de aguijonazo de cólera contra ella, lo cual le daba un acento susceptible y beligerante—. Si quiere hacerme el favor, recuerde que yo también soy alemán…

Y se interrumpió cuando iba ya a terminar con alguna frase tan ridícula como «y estoy orgulloso de ello».

—¡Ah, sí! —replicó la condesa, y exhaló un suspiro de cansancio auténtico—. Demasiado cierto… Es una enfermedad incurable, ¿verdad? Tan irremediable como ser judío.

—O ser mujer —repuso el doctor Schumann, con malicia—. Usted misma lo dijo.

—No es igual —arguyó la condesa, casi en tono alegre—. Pero no voy a seguir escuchándole. Tengo algo más interesante que hacer.

Y despojándose de la sábana, pasó sus delicados pies —con las piernas desnudas hasta la rodilla— por encima del borde de la cama, permitió que la bata de noche se deslizase de sus hombros y se levantó, llevando solamente una camisa que apenas le cubría los muslos. Enseguida cogió las dos botellas de *Schaumwein* del capitán, y fue hasta el lavabo, las envolvió bien, por separado, cada una en una toalla, y luego, retrocediendo a la distancia adecuada, las rompió primero una y luego la otra, contra el borde metálico de la pila. El cristal roto saltó volando del fondo de las toallas y el vino salió, formando espuma, a través de la tela y salpicó las paredes, el espejo y la alfombra. Luego, despreocupándose del destrozo, dirigió un movimiento de cabeza a la camarera.

—Ahora tendrá ya un poco de trabajo —le dijo complacidamente.

La camarera se deslizó de lado, con la espalda arrimada a la pared, algo así como si se encontrase encerrada en una jaula con un animal peligroso. El doctor Schumann no esperó a que la condesa volviese a la cama, sino que, prendiéndola por el brazo al pasar, le hundió la aguja bruscamente en el blanco músculo. La dama se estremeció profundamente de placer, cerrados los ojos, y se puso de puntillas para murmurarle al oído, en tono vehemente:

—¡Qué mal genio tiene usted! Pero ¿qué haría yo sin su ayuda?

El doctor Schumann dirigió una mirada a la camarera, que, con cara de estatua, estaba de rodillas secando *Schaumwein*, y luego a la condesa de nuevo, frunciendo el ceño. Después soltó el brazo y llamó en su auxilio los principios de su vida entera para censurar la falta de pudor de aquella mujer y su desprecio absoluto de las conveniencias.

—¡Oh, madame, buenas noches! Trate de recobrar la compostura —recomendó el doctor, muy serio, notando bien lo débiles que sonaban sus palabras en comparación con lo que aquella mujer merecía.

Esperó hasta ver que la condesa, tendiéndose en la cama, cubría su desnudez y volvía la cabeza sobre la almohada para sonreír medio dormida.

—Duerme —dijo la dama, con voz ahogada—. Duerme, pobre prisionera.

Al doblar la esquina del pasillo a pocos pasos de la puerta de la condesa, al doctor le faltó poco para chocar con dos de los estudiantes cubanos: uno transportando una botella de vino, el otro un tablero de ajedrez. Los dos muchachos se inclinaron en una reverencia y se arrimaron a la pared para dejarle paso, pero él se paró también y les habló bruscamente, sin andarse con rodeos:

—Caballeros, muchas veces me ha pasmado la falta de consideración que demuestran ustedes por madame, y ahora debo exigir que las atenciones de ustedes cesen al instante. Madame es una paciente mía, y yo prohíbo toda clase de visitas por la noche, y no toleraré ninguna durante el día sin un permiso mío especial. Lo siento mucho —concluyó, con una buena dosis de amarga satisfacción.

Los estudiantes hicieron otra reverencia con un efusivo alarde de buenos modales —una ligera parodia de buenos modales, pensó el doctor—, y uno de los dos dijo:

—Por supuesto, querido herr doctor, lo comprendemos perfectamente.

—¡Ah, sí, perfectamente! —corroboró el otro.

Dieron media vuelta echando a andar delante del médico, alejándose rápidamente y desapareciendo casi al momento. El doctor los ahuyentó del pensamiento con una rápida visión de sus rostros de cutis grosero y aspecto recio y del blanco fangoso de sus ojos…, un ligero toque de escopero, no cabía duda… ¿Qué importaba? Tenía los nervios trastornados de nuevo y de se permitió una breve, vengativa meditación sobre el sexo que rompe la loza: la fregona de cocina ofendida, el ama de casa de las clases inferiores exasperada, la amante celosa…, el sexo que introducía la confusión en todo (religión, justicia, matrimonio). Sobre todas sus duplicidades, su afición a las sendas indirectas, secretas, su inclinación instintiva hacia la oscuridad y hacia todos los males que en ella se cometen. ¿A quién estaba despedazando la condesa?, se preguntaba el doctor Schumann. ¿A él mismo, al capitán, o a los dos? ¿O a otro hombre, u otros hombres, del pasado que se habían resistido a sus antojos, la habían reprimido, contrariado y finalmente esquivado? ¿O acaso estaba habituada a las conquistas fáciles, a hombres ansiosos de que les engatusaran?

El doctor se interrumpió en este punto, y dijo repentinamente entre dientes: «¡Madre de Dios, sé mi refugio!». Se santiguó, y al instante se notó la cabeza un poco más despejada, Como si los demonios hubiesen huido. Sosegadamente, como si estuviera meditando sobre las aventuras de otro, se enfrentó con la suya propia: aquella amargura había coloreado su pecaminoso amor desde el principio. Porque el doctor Schumann había amado a la condesa desde el principio, antes de reconocer que aquello era amor. Y a medida que se hundía más en la culpa, el deseo de aliviar los sufrimientos de aquella mujer se transformaba paulatinamente en el de hacerla sufrir, con otra clase de sufrimiento, con un sufrimiento en el que percibiera la mano y la voluntad suyas, del doctor Schumann. ¿Cómo era posible que, en su amor, deseara degradarla? Sabía bien que no era una doméstica encolerizada, ni

una amante celosa. La condesa había escogido el recurso más simple y directo del mundo (un recurso que de tan simple y directo, hasta resultaba conmovedor) para expresar el desprecio que le inspiraban el capitán, el doctor y todos los poderes que la esclavizaban, y afirmar que los desafiaba a todos. Su cara había recobrado la compostura, sus ojos, cuando los volvió hacia él, brillaban regocijados. Blandió las botellas como si estuviera bautizando un barco. En cuanto a su falta de pudor, aquello de andar por allí en camisón, enseñando con tanta despreocupación las piernas desnudas…, en aquello había una profunda falta de respeto hacia él, como si él no hubiera estado presente siquiera, o como si en realidad no fuese un hombre con el cual hubiera de tener ella cierta prudencia…, como si fuera inofensivo, impotente. Esa era una treta femenina conocidísima, todos los hombres la sabían de sobras, pero —y el corazón del doctor dio un brinco y se puso a latir demasiado de prisa— ¡era igualmente intolerable! Se detuvo, enervado, y puso la mano en el bolsillo interior de la chaqueta en busca del frasquito.

«Amor —dijo con odio, como si le escuchase alguien—. ¿A esta bajeza se le puede llamar amor?».

Andando muy despacio, dio una vuelta por la cubierta, decidiendo que buscaría a uno de los dos sacerdotes, se confesaría y tomaría la Sagrada Comunión, por la mañana, temprano. Mas, por primera vez en muchísimo tiempo, no sentía una contrición genuina, ese inefable estado de espíritu, sino una vergüenza particular, una humillación aplastante ante el carácter deshonroso de lo que tenía que confesar. Locura, locura… A su edad, casado, corriendo mentalmente en pos de aquella mujer extraña, como si fuese uno de aquellos estudiantes con barrillos en la cara, y, sin embargo, negándose a sí mismo los sentimientos que agitaban su corazón, dándole la culpa entera a ella, y odiando en ella la maldad que había en él…

El doctor Schumann inspiró profundamente e irguió los hombros al ver avanzar hacia él, la sotana azotando el aire, el más severo de todos los curas mexicanos, sin duda dando un paseíto higiénico antes de retirarse. El doctor se situó en su trayectoria a unos pasos de distancia y levantó un brazo para llamar la atención.

—Padre… —dijo.

Y el padre Garza se paró delante de él.

A la mañana siguiente, un poco tarde, Freytag, todavía malhumorado e inquieto después de una noche sin casi cerrar los ojos, escuchando la ruidosa pelea que Hansen sostenía con su pesadilla en la litera superior, tomó café solo en el bar. Habiendo dejado de cenar la noche anterior, tenía un hambre atroz, pero su resentimiento se había enconado y había decidido solicitar que le cambiasen de mesa antes de la próxima comida. Cuando vio el desfile irregular y pausado de figuras conocidas que iniciaban la ronda matutina por el puente, fue en busca del jefe de comedor.

El amor al mando que sentía el jefe de comedor solo ce día el primer puesto al capitán. Freytag expresó el deseo de comer solo a la mesa durante el resto de la travesía, con el tono desenvuelto de la persona que habla con el *maître*, de un restaurante para reservar una mesa. El camarero jefe del barco consultó la tabla de distribución de comensales como si pudiera haber alguna duda o dificultad en la cuestión. Luego se dio unos golpecitos en la palma de la mano con la punta del lápiz, y dijo con mucha cortesía:

—*Mein herr*, no habrá la menor dificultad. Lo cierto del caso es que se han adelantado ya a sus deseos. Tengo la satisfacción de decírselo.

—¿Que se han adelantado a mis deseos? —repitió Freytag, y se detuvo a tiempo cuando iba a preguntar: «¿Quién se adelantó?».

—La petición que usted dirigió al sobrecargo me ha sido transmitida, señor —manifestó el camarero, con voz respetuosa, que contrastaba con su rostro insolente.

Freytag respondió al momento:

—Gracias.

Y se marchó. Sentíase ligero, hueco de puro furioso, y apenas se enteró de cómo había llegado otra vez a la cubierta superior. Y cuando la lúgubre familia de los Baumgartner, con su aire de cuarto de enfermo, pasó junto a él en apretado grupo, murmurando entre sí, para saludarle a él: «*Guten Morgen… Grüss Gott… Haben Sie*

gut geschlafen?»[21] , siguió adelante groseramente, con lo cual les ofendió vivamente en sus sentimientos, aunque él no se enteró, y si se hubiera enterado no le hubiera importado. Unos pelmazos tan absurdos no deberían existir, y, por tanto, carecían del derecho a tener sentimientos. O al menos no tenían derecho a imponérselos a él. Freytag creía poder seguir el serpentino curso de los acontecimientos con toda claridad. Ni el cerdo de Rieber ni la vulgar idiota de Lizzi tenían nada de sutiles. Ellos habían ido al sobrecargo, o quizá directamente al capitán mismo. Y el capitán había hecho el resto, a la distancia adecuada, desde la altura de un dios… ¡la cosa quedaba perfectamente clara! Excepto por ciertos detalles, ni siquiera era nada nuevo. Desde que se casó con Mary, no era la primera vez que le habían negado una mesa en lugares donde antes le recibían con mucho agrado. Aunque no había ocurrido sino cuando Mary iba con él. Inteligente, hermosa, rubia, acicalada, sonriendo un poquitín y desviando los ojos, Mary permanecía de pie a su lado, en silencio, mientras el camarero jefe explicaba que lo sentía mucho, pero que no constaba en ninguna parte que hubieran reservado mesa.

—Habremos cometido una equivocación, no cabe duda, y lo sentimos en el alma. Pero como ustedes ven…

Y era cierto. Todas las mesas no ocupadas del establecimiento ostentaban una gran tarjeta que indicaba: «Reservada».

Freytag se enfurecía y protestaba alborotado por la calle, y dentro de los taxis, y ya en su casa, pero Mary nunca perdía su extraña paciencia.

—Estoy acostumbrada a ello y tú no —decía—. Pero ¿no te decía yo, cariño mío, lo que te pasaría? Yo sé adónde podemos ir nosotros y adónde no. Dime, por favor: ¿por qué no quieres escucharme?

—Te escucharé, Mary —le prometía entonces—. ¡Si tú no puedes ir conmigo, yo iré contigo!

A la hora del almuerzo, Freytag se internó por el comedor sin vacilación, como si supiera adónde se dirigía. Un camarero corrió hacia él como para prevenirle y con un murmullo halagador le dirigió hacia una mesita puesta cerca de la entrada de servicio, arrimada a la desnuda pared, a la que —Freytag lo había advertido hacía muchos días— se sentaba, solo, el judío herr Löwenthal.

También en aquel mismo momento estaba sentado allí solo. El camarero le indicó su silla a Freytag con una ligera reverencia, la sacó, le acomodó en ella, desdobló la servilleta, se la entregó y le ofreció la minuta antes de que herr Löwenthal terminase de escoger su almuerzo y levantase la vista.

—Buenas tardes —dijo en el tono de un hombre plantado en la puerta de su casa y saludando a un extraño, quizá a uno del cual hubiera que recelar.

—Buenas tardes —contestó Freytag, con amabilidad neutra, considerando que había librado ya la batalla dentro de sí mismo y que iba a gobernar la situación a fuerza de calma y voluntad—. Confío que no le estorbe.

—¿Podríamos remediarlo, si estorbase? —preguntó Löwenthal, levantando las cejas y los hombros—. ¿Acaso nos han consultado?

No parecía ofendido, sino que, meramente, mencionaba un hecho obvio.

Freytag sentía una comezón en los nervios.

—Yo le pedí al camarero jefe una mesa para mí solo —indicó en tono estudiadamente desenvuelto—. Ha habido alguna equivocación.

No tenía más remedio que ver desde demasiado cerca la cara lisa, aceitunada de herr Löwenthal, sus grandes y recios párpados sobre unos ojos de chocolate, apagados, y los desagradables, gruesos, móviles labios, que hacían una mueca al mascar o al hablar. Freytag conocía demasiado bien el tipo: una clase de sujetos que, si uno cometía el error de mostrarse agradable con ellos, se tomaban excesivas libertades. Eran vocingleros e insolentes, si sospechaban timidez en uno; disimulados y acobardados, si uno sabía ponerlos en su sitio. No, este no sirve mucho como héroe de una causa, decidió Freytag. No es el hombre a cuyo alrededor se agrupan los otros. Incluso las otras especies de judíos le tienen aversión. Pertenece a la clase de los vendedores que llaman a la puerta trasera, ofreciendo género malo. ¡La madre de Mary le azuzaría el perro! Freytag se acordó de todos los nombres raros y cómicos que los judíos se otorgan recíprocamente. Nombres despectivos y ridículos. Los peores de todos solían destinarlos a sujetos como aquel.

Löwenthal miraba a su alrededor con ojos escépticos y una

mueca cáustica en los labios.

—¿No echó una mirada al comedor, antes de pedir una mesa para usted solo? ¿Dónde vio alguna libre?

Con viva irritación, Freytag se sorprendió contestando formalmente:

—Hay una en el otro extremo, cerca de una ventana.

—Aquella es para aquel chico alemán alto y tosco que acompaña a su tío enfermo —replicó Löwenthal—. Solo que está como prisionero. Y tenemos a la condesa, aunque ya no por muchos días, y aquella *shicksa*[22] americana, la viuda… ¡Ella nunca falta! Lo que quiero decir es que como usted tiene que estar en compañía de alguien, ¿por qué no ha elegido a otro? ¿Por qué ha pensado en mí? ¿Por qué no se sienta en compañía de una de las señoras, o de aquel muchacho, al cual no tendría que ver mucho?

—El sobrecargo utilizó su propio criterio, respecto al cual omito comentarios —adujo Freytag.

Una sonrisa sarcástica descompuso positivamente la fisonomía de herr Löwenthal.

—¿Se sentaba usted a la mesa del capitán? —preguntó, incrédulo—. ¿Y quiere que le trasladen? Unicamente los Inmaculados comen con el capitán… Conque, ¿no le tiene aprecio a tan elevada sociedad? Vaya, perdóneme, aquí no quieren *kikes*[23], ¿eh? De modo que nos encontramos en el mismo bote, ¿eh? ¡No, no, no me diga, déjeme que lo deduzca!

«Nueva andanada, ahora del otro bando —pensó Freytag, irritado y desconcertado—. Tampoco puedo sentarme aquí». El estómago se le contrajo en un apretado nudo, la mano derecha se le cerró crispada, hasta que hizo un esfuerzo para abrirla y coger la minuta del almuerzo.

—Caldo vegetal, salmón con pepino —le dijo al camarero. Y luego añadió aproximadamente en el mismo tono, dirigiéndose a Löwenthal—: Casi lamento tener que decirlo (lo lamento por razones personales), pero usted se equivoca, si comprendo bien lo que parece querer decir. Yo no soy judío.

La faz de Löwenthal, cual agua de charco en un día ven toso, se movió en una ondulación de variadas y contradictorias expresiones.

—A cada momento se le presenta a uno algo nuevo —comentó, por fin—. ¡Y que haya tenido que vivir yo para oír esto de labios de

un *Krist*[24]! —El camarero le puso delante un plato de huevos duros y una ensalada de col cruda. Löwenthal se embutió la mitad de un huevo duro en la boca y continuó—: A mí no es necesario que me cuente historias. Lo que quiera usted hacer respecto al caso es cosa suya. Yo no tengo nada que añadir. Hubo ocasiones en que yo también me sentí tentado, Dios no lo permita, de decir lo mismo. Pero no pude salirme con la mía. Con esta facha, ¡imposible! Diantre, hasta los niños que apenas sabían hablar gritaban: *Sheeny!*[25] a cien pasos de distancia. Una cosa le diré: Usted no lo parece… Yo tengo un ojo experto, y jamás lo tomé por uno del Pueblo Escogido, lo digo de veras. ¡Pero en Alemania hay tanto matrimonio mixto! Excelentes muchachos judíos corren en pos de esas shicksas pelirrojas (¡deberían avergonzarse!) y resulta que muchos nos parecemos más de lo conveniente a los «cabezas cuadradas». En Alemania uno ve judíos que tienen ya la parte posterior de la cabeza plana, y esto no es natural. La mayoría de los antisemitas más canallas que conozco no tienen que volver la vista más atrás que hasta sus abuelos para encontrar nuestra sangre, buena y antigua…, pero como puedan evitarlo, no miran atrás.

Freytag, intentando comer, movía la cabeza complacidamente, como si manifestara su conformidad. Löwenthal llevaba todo el peso de la conversación, y eso creaba la apariencia precisa. Freytag estaba sentado de espaldas a la mayor parte de la sala. Si hubiese vuelto la cabeza, sus ojos hubieran quedado mirando en dirección a la mesa del capitán, situada a buena distancia. Ahora notaba que era el centro de miradas, murmullos, comentarios escandalizados y murmuraciones mezquinas, y le agradaba dar la impresión de que estaba escuchando la conversación de herr Löwenthal con amistoso interés, que no iba a ocurrir nada desagradable, nada que llamase la atención siquiera. Se proponía salvar las apariencias por completo, hasta el final. Sentado allí, comiendo a punto de rezumarle por los poros del cuerpo, sufriendo los tormentos del prisionero oprimido en la celda, escuchaba a Löwenthal.

—A veces resulta duro, no es preciso que se lo diga —continuaba este—, pero yo no sé… no sé… si sería capaz de volverme contra mi pueblo. Me daría una sensación extraña que me tomasen por otra cosa. Diablos, ¿qué otra cosa podría ser yo? —Y parecía desconcertado, como si hasta entonces no se le hubiese

ocurrido nunca semejante idea—. Pero como digo, usted tendrá sus motivos, y usted puede conseguir que le crean… ¡No se lo reprocho, caramba! En cuanto a mí, soy judío, y si a veces se me ocurre pensar que es una mala suerte, ¡qué diablos!, me basta con imaginarme *goy*. ¡Puaaah! —terminó con una expresión de asco.

Freytag respondió con tanta paciencia, que despertó visiblemente el resentimiento de Löwenthal.

—Mi esposa es judía, pero yo no —declaró. Hallándose bajo el imperativo de mantener la conversación en marcha, decidió que tanto daba que pusiera el asunto enteramente al descubierto—. Ella pertenece a una de las familias judías más antiguas.

Ante esas palabras, la actitud de Löwenthal cambió de nuevo. Dobló las comisuras de la boca hacia abajo, al mismo tiempo que sacaba un poco el labio inferior. Toda su cara expresó disgusto y repulsión, hasta se le movieron las orejas, y dijo rudamente:

—Todas las familias judías son antiguas. Todo el mundo es descendiente de Abraham, por lo menos. He ahí lo que importa: ¿era ortodoxa su familia?

—No, reformada, durante las dos o tres generaciones últimas.

—Los muchachos judíos pueden casarse con chicas gentiles, en eso no hay inconveniente. ¿Y a quién le importa? —dijo Löwenthal, encogiéndose de hombros—. ¡Pero una muchacha judía casarse con un *goy*…! Dígame: ¿qué clase de familia es?

—Rica —contestó Freytag—. La mayoría son ricos. El padre era abogado. Murió. ¡Dos abuelos rabíes!

Se vanaglorió ante aquel pobre desgraciado, que descendía sin duda de un largo linaje de buhoneros.

—Eso empeora el caso —opinó Löwenthal—. Que una mujer que no pueda vivir se pase al campo contrario, lo comprendo. Para ella quizá sea mucha suerte todavía, pero ¡una joven descendiente de familia de rabíes…! ¡Esto no puedo aceptarlo! —Y se inclinó hacia delante y añadió con voz deliberadamente potente, que confiaba sería oída desde las mesas más próximas, o al menos la oiría el camarero—: He ahí, esa es la clase de muchacha judía que nos deshonra a todos los demás. ¡Toda muchacha judía que se case fuera de su religión debería hacerse examinar el cerebro! En mi vida he puesto un dedo encima de una mujer gentil. La sola idea de tocar una me pone enfermo. ¿Por qué ustedes, los *goyim*, no pueden dejar

en paz a nuestras mujeres? ¿No valen bastante para ustedes las de su propia especie? ¡Cuando yo quiero la compañía de una mujer, la busco judía! Cuando tengo algún dinerito con que pasar una velada, voy con una muchacha judía, que lo agradece. Y cuando me caso, con judía me caso… ¡y todo lo demás, no lo entiendo! Avergüéncese, herr Freytag. Al perjudicar a una muchacha judía, perjudica usted a toda nuestra raza.

—¡Cierre esa cochina boca! —conminó Freytag, con ferocidad singular—. ¡De lo contrario, le echo a puñetazos de esta mesa!

Todo su cuerpo se preparaba para descargar el golpe, pero se detuvo a tiempo, contenido por el repentino silencio y la inmovilidad absoluta de Löwenthal.

El judío no se había intimidado. Estaba alerta, atento y dispuesto. Ni siquiera parecía sorprendido, de la súbita violencia de Freytag. Este, horrorizado por la acción que había estado a punto de cometer, escudriñaba con los ojos el rostro del otro. Y lo hallaba curiosamente impasible, grave. La única señal de tensión la constituía el movimiento nervioso de los pequeños músculos que rodeaban los ojos. Unos ojos que miraban a Freytag con una expresión muy aproximada a la curiosidad, como si se tratara de una especie de animal al que fuese necesario conocer bien para aprender a dominarlo.

El judío rompió el silencio —y hasta cierto punto, la tensión— con una de sus eternas preguntas, que no era pregunta ni mucho menos, sino una afirmación. Su voz tenía acento razonable:

—Oiga, permítame que le pregunte una cosa: ¿qué le hice yo a usted…, a usted, ni a ninguno de ustedes? ¿Qué le pedía yo a este viaje sino terminarlo sin sufrir molestias y sin causarlas a nadie? ¿Le pedí que viniera aquí? A esta mesa me sentaron, solo, sin compañía, y no me pidieron mi parecer. ¿Dónde me siento ahora sino aquí? Me pusieron aquí solo, porque yo soy el único judío de a bordo… ¿Por qué, pues, ha de venir ahora un gentil, atropellando y amenazándome por el hecho de que no estemos de acuerdo en materia de religión? ¿Por qué debo…?

Freytag le interrumpió:

—Aguarde un momento. Deje que le explique… — Tartamudeando, con amargura, trató de contar lo ocurrido en la mesa del capitán, y añadió—: Fue el insulto contra mi esposa lo que

no pude soportar… Luego vengo aquí, y usted…

—No es ningún insulto decir que una muchacha judía no debería desertar de los suyos —expuso Löwenthal, todavía con su acento razonable—. Eso no se me ocurriría ni en sueños que sea un insulto.

Y Freytag vio que en aquella mente cerrada no había ni un vestigio de simpatía o de comprensión por su conflicto ni por el de Mary. Abandonó la partida, derrotado, pero al momento se sintió más fuerte. Aquello no era una derrota, en modo alguno. Sencillamente, él llevaría la cuestión a otro terreno y desde allí continuaría luchando. Reconocía sus errores. Había obrado equivocadamente desde el principio hasta el fin, había hablado estúpidamente con personas estúpidas, y se lo pagaban como era debido. En adelante se ocuparía mejor de sus asuntos, y tendría la boca cerrada.

—Lamento mucho haberme dejado llevar por la irritación —declaró, gallardamente, adelantando el cuerpo con cierta rigidez—. Deseo presentarle mis excusas.

Hubo una corta pausa, durante la cual Freytag sintió formarse en su frente un sudor frío. Löwenthal se limpió los labios con la servilleta, y echó también adelante un poco el cuerpo, expectante. Pero no dijo nada. Freytag reunió sus reservas de serenidad.

—He dicho que me gustaría presentarle mis excusas —repitió, muy serio.

—Bien, pues —respondió el otro, en tono concluyente—, ¿por qué no me las presenta? Estoy esperando a escuchar lo que tenga que decirme.

—Postre no, por favor —le dijo Freytag al camarero, que se inclinaba sobre ellos. Enseguida se puso en pie y saludó con una leve inclinación de cabeza a su compañero de mesa—. Lo he dicho ya… No pienso añadir nada más.

Y salió del comedor ni demasiado de prisa ni demasiado despacio, sin dirigir ni una mirada en torno suyo.

El capitán Thiele, que en el incidente de Freytag había hallado una excelente oportunidad para realizar otro de esos pequeños actos de autoridad que, reunidos, van formando la base de un poder sólido y firme, apareció en público para el almuerzo, con un aire que más que como de buen humor, se hubiera podido describir como una especie de mal talante mitigado. No era capaz de otra cosa. Al desdoblarla y ponérsela al cuello, su servilleta, grande y limpia, restalló en el aire como una bandera. El capitán estiró el cuello, volviendo el mentón hacia uno y otro lado hasta que las papadas hallaran una acomodación satisfactoria, y su mirada recorrió el círculo de comensales como si esperase su gratitud. Con una sonrisa tensa, cargada de astucia y una serie de enérgicos movimientos de cabeza, dijo:

—Estoy seguro de que todos ustedes se sienten mucho más a gusto ahora que estamos menos apretados y que no hay elementos discordantes. Bien —añadió levantando la mano derecha, cual si fuera a bendecirles—, me he desembarazado de la persona que estaba aquí aparentando lo que no era y todos los que hemos quedado somos gente como Dios manda. Confío que gozaremos sin contratiempos del resto del viaje.

El circulo aplaudió el lucido discursito de forma comedida y elegante, y todos dirigieron al capitán amplias sonrisas con los ojos maliciosamente entornados.

—La prueba de la verdadera energía —comentó herr profesor Hutten— está en la acción; una acción súbita, decisiva, y, por supuesto, triunfante, emprendida en el momento preciso, perfectamente dirigida y que coja al enemigo de sorpresa. En este caso, mi querido capitán, toda vacilación por parte de usted, lo cual permítame decir, era inimaginable, hubiera creado una situación discordante con nuestro verdadero espíritu y debilitante para la estructura de nuestra sociedad. El incidente puede parecer, quizá, de muy poca importancia —continuó, dirigiéndose, muy serio, a sus

oyentes—, pero son precisamente estas decisiones, en apariencia meno res, las que ayudan a recordar más claramente nuestros principios y a ver si estamos en armonía o no con la gran trama de nuestras tradiciones.

—¡Y hecho con tanto tacto, además! —comentó frau Rittersdorf —. ¡Naturalmente! Al fin y al cabo, el estilo, los modales… ¡Ah, qué importantes son!

El capitán sonrió y movió la cabeza galantemente, mirando a frau Rittersdorf, la cual, cobrando ánimo, iba a tomar la palabra de nuevo, cuando Lizzi estiró los largos y delgados brazos hacia el capitán y le dio unas palmaditas rápidas y fuertes en el hombro.

—Estuvo usted admirable cuando nos recibió anoche. —Lizzi miró a herr Rieber, que sonrió hasta que sus ojos casi desaparecieron—. Es usted admirable siempre, pero… acabar con una sola palabra, ¡una sola!, este horrible caso que nos inquietaba a todos… ¡Envidio semejante poder!

El círculo aplaudió otra vez, y desde la mesa de los bailarines españoles, situada a cierta distancia pero todavía demasiado cerca para el gusto del capitán, Manolo dijo en voz baja, pero perfectamente audible:

—¡Ya sé! Han echado al judío aquel y lo están celebrando. ¡Vamos, celebrémoslo nosotros también!

—¡Bravo! —gritó Amparo, dando palmadas y sonriendo a fin de atraer la atención del capitán, el cual, en lugar de mirar hacia allí fijó la vista al frente, arrugando el ceño—. ¡Bravo! —gritaban todos, sin demasiado estrépito.

Ric y Rac golpearon la mesa con los mangos de los cuchillos, pero fueron silenciados por los otros, que continuaban sonriendo y chasqueando los dedos en dirección a la mesa del capitán.

—¿Qué les importará a ellos? —gruñó este sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Suponen ustedes que han estado espiando o que han oído alguna habladuría que les induce a tomarse esas libertades?

—¡Vaya vagabundos! —exclamó herr Rieber, con aire severo—. De no ser por las damas aquí presentes, les daría un nombre más preciso. Pero ¿qué esperan ustedes de esa gente, después de todo? ¡Gitanos!

—¿Gitanos? ¿Con esas narices? —preguntó Lizzi.

—¿Por qué no? —replicó herr Rieber—. Se cree que son lo que queda de las tribus perdidas de Israel.

—Esa idea, creo yo, ha sido relegada al terreno de los mitos o del folklore —opinó el profesor Hutten.

—Son católicos —adujo frau Schmitt, dichosa de contribuir en algo a tan animada conversación.

—Son españoles, de la más baja estofa, disfrazados de otra cosa —intervino el capitán con firmeza—. En mi pueblo tenemos un refrán que lo explica todo. «Araña a un español y sangrará un moro».

En aquel momento se reunió con ellos el doctor Schumann, y le saludaron como si regresase después de una larga ausencia.

El doctor se mostraba amistoso y distante, y pidió al camarero:

—Un consomé y café. Nada más.

—¡Le hemos echado de menos! —le dijo frau Hutten con aquel tono de amigable familiaridad que se había instaurado entre ellos en su ausencia. El doctor correspondió inclinando la cabeza hacia ella, pero un tanto sorprendido—. Ahora —continuó la mujer, incluyendo al doctor en el círculo mágico—, somos siete exactamente… Siete para darnos buena suerte.

Esta era una muestra de las estupideces pueriles que su marido jamás había podido desarraigar por completo de su mente, y en las que había aprendido hacía mucho tiempo a no fijarse. Ahora el profesor se dirigió al capitán:

—Gente como *ellos* —expuso, acentuando la palabra e indicando con un movimiento de cabeza el punto donde Wilhelm Freytag estaba sentado, en compañía de herr Löwenthal—, gente como *ellos* debería tener departamentos especiales en los barcos y otros transportes públicos. No se les debería permitir que hicieran uso de las cosas, molestando a los demás.

—Pero ayer parecía que les defendía. Yo me quedé atónita —arguyó frau Rittersdorf.

—Yo no defendía nada, querida señora. Yo hablaba en consideración de la historia y las supersticiones religiosas de un pueblo antiguo. Un pueblo al que encuentro muy interesante…, aunque a sus descendientes muchísimo menos. ¿Está de acuerdo conmigo, capitán?

—Permítame decir que si pudiera resolver el asunto a mi manera

—respondió el capitán—, no admitiría a ninguno en mi barco, ni siquiera entre los pasajeros de proa. Contaminan el aire.

El capitán cerró los ojos, abrió la boca, volvió hacia sí la punta de la cuchara, que chorreaba sobre la espesa sopa de guisantes con tostones, se la metió a fondo en la boca, cerró con fuerza los labios en torno a ella, la sacó vacía, masticó, tragó e inmediatamente se dispuso a repetir el proceso. Los otros, excepto el doctor Schumann que bebía el caldo en taza, se inclinaron también sobre sus platos, y hubo un rato de silencio, excepción hecha de gorgoteos y sorbetones mientras todo el mundo despachaba la sopa, y de quietud, salvo por el movimiento acompasado de las cabezas al bajar y al levantarse. El circulo se cerraba sólidamente contra todos los indeseables, tanto aliados como enemigos. Todas las caras se hallaban distendidas por una satisfacción sensual, mezclada a una profunda complacencia. Al fin y al cabo ellos eran ellos y nadie más: los poderosos, los privilegiados, la gente selecta. Una vez aplacado su apetito, empezaron a mostrarse en cantadores unos con otros, haciendo ademanes elegantes, gesticulando exageradamente como si se encontrasen en un escenario; improvisaban una pequeña fiesta para celebrar su redescubierto parentesco, los lazos singularmente íntimos de sangre y de simpatía que los unían. Creyéndose como se creían bajo la mirada de gente extraña —la realidad era que nadie, ni siquiera los españoles, les dedicaba ninguna atención— dieron ejemplo de cómo se comportan unas con otras las parejas superiores. Herr profesor Hutten pidió vino, y hubo una ronda completa de brindis. Chasqueaban y exclamaban:

—¡Ja, ja!

Hasta la pequeña frau Schmitt, que había llorado cuando el capitán le reprendió en público, aunque era para su propio bien, que sufría con solo pensar en las calamidades de este mundo, que solo deseaba amar y ser amada por todos sin excepción, que derramaba lágrimas al ver animales enfermos y niños desdichados, ahora se sentía partícipe de aquella sedante y al mismo tiempo vigorizadora camaradería. Al fin y al cabo, por muy justa que fuera la compasión que le inspiraba había hecho mal al hablar con el americano herr Scott del pobre tallador de madera de la cubierta de proa. La reprimenda del capitán, tan merecida, la recordaba ahora con orgullo, y sentía que le daba valor. Por un momento olvidó su

larga existencia de menudas humillaciones, la conciencia de no ser más que una pobre mujer —por más que fuese maestra, y esposa de un profesor— a quien el carnicero podía estafar y los dependientes de las tiendas desairar: una criatura sin ninguna importancia, a la cual todo el mundo podía dominar. ¡Aquello se había acabado! Ya estaba harta de que la presionaran y la disuadieran sin darle nunca opción a elegir. Mirando a frau Rittersdorf con los ojos entornados, decidió que en el camarote defendería sus derechos. ¡Le enseñaría una lección a aquella mujer! El corazón de frau Schmitt se ensanchó y se sumergió en la cálida oleada de consanguinidad con su grande y gloriosa raza, aunque ella pudiera no ser sino un miembro más pequeño y el menos digno de consideración. Aun así, ¡cuántos privilegios le correspondían!

Frau Schmitt continuó sonriendo dulcemente al capitán. Le adoraba porque era severo, fuerte, inflexible, instantáneo en la administración de justicia, encarnación real y visible de la mística fuerza masculina que no solo gobierna la tierra y sus criaturas, sino, ciertamente, en calidad de Dios Padre, rige el Universo. En todos los rostros que la rodeaban creía ver reflejada la misma luz de gloria. Y tomó la palabra:

—Al fin y al cabo, mi capitán, con frecuencia uno tiene que tomar medidas severas en defensa propia.

—¿En defensa propia? —repitió el capitán, combativa mente—. ¡Qué tonterías, mi querida frau Schmitt! No puede decirse que poner a las personas en el puesto que les corresponde y no dejarlas salir de allí sea severidad ni defensa propia. Es meramente observar y salvaguardar el orden natural de las cosas.

Frau Schmitt se replegó sobre sí misma, pero consiguió sonreír valerosamente.

—Equivocada, siempre estoy equivocada —murmuró.

El capitán le dirigió una ligera mueca de aprobación. Las mujeres eran casi las primeras a las que había que poner en su sitio. Frau Schmitt se caldeó y palpitó con la dominante mirada masculina. Sonriendo aún, inclinó la lisa cabecita y tomó un bocado de *hasenpfeffer*.

Después de los primeros momentos de regocijo, herr Rieber empezó a ponerse cada vez más pensativo. Mientras comía, se formaba en sus sienes un sudor frío que se reunía en arroyuelos por

su calva y se deslizaba hacia el cuello de la chaqueta. Su respiración se hizo entrecortada y empezó a revolvérsele el estómago, redondo y tenso. De pronto, dejó de comer y apartó el plato, entregándose a sus pensamientos y haciendo pucheros, como un niño malhumorado. Con un revollín inquieto se pasó la servilleta por la cara y la cabeza y luego se la metió en el bolsillo. Enseguida la sacó de nuevo y la dobló pulcramente como si estuviera en casa y colocó cuidadosamente el cuchillo y el tenedor en cruz: el cuchillo de través, el tenedor a lo largo. Su abuela le había enseñado que después de comer tenía que dejar la señal de la cruz sobre el plato vacío, como signo de gratitud hacia Dios por el alimento que le daba, y él no lo había olvidado jamás.

—Les ruego que me disculpen —murmuró con precipitación, marchándose casi a hurtadillas y echando a correr a trotecito lento sobre las cortas piernas en cuanto llegó a las escaleras.

Acción, acción decisiva, rápida… Sí, herr profesor estaba en lo cierto. Pero él, Siegfried Rieber, había permitido, por descuido propio, sí, por propia debilidad, que le colocaran en aquel barco en una situación equivoca, impropia de su dignidad de alemán: él compartía su camarote con Löwenthal, hecho que desde el primer momento habría debido impedir. Era una ofensa imperdonable contra el orden natural de las cosas, orden que él, igual que el capitán, estaba obligado a obedecer, y procurar que los demás obedeciesen. ¿Qué habría pensado de él la gente durante todo aquel tiempo? ¿Que en privado confraternizaba con aquel judío y lo trataba como a un igual? Herr Rieber se sentía tan violento y confuso como cuando tenía aquellas pesadillas en que se veía en un lugar público, completamente desnudo en medio de una multitud vestida. O peor aún, se veía sorprendido en el momento de realizar algún acto grotesco y prohibido que atraía sobre él la condena de una horda de espectadores espectrales, entre los que no veía ni un rostro conocido, aunque todos le conocían bien a él, conocían su vileza, su vergonzosa historia…

«*Ach, Gott! Ach, Gott!* —se dijo a sí mismo, apresurándose más a medida que se acercaba al despacho del sobrecargo—. ¡Esto no puede seguir así, no y no. Esto hay que arreglarlo inmediatamente, hay que hacer un cambio *ahora mismo*!».

El sobrecargo estaba arrellanado en su hondo sillón, devorando

un gran pedazo de pastel de especias que se había traído de la mesa, el tercer trozo que se comía y que había cogido al salir no sin sentirse culpable. Estaba enormemente gordo, y cada vez engordaba más, pero el hambre le roía las entrañas noche y día. Cuando vio que herr Rieber le estaba mirando, hizo un gesto para esconder el pastel debajo de unos papeles. Luego lo pensó mejor y se embutió el pedazo entero en la boca.

—Vamos, entre —dijo malhumorado, despidiendo una ro ciada de migajas de pastel y atragantándose con el bocado. Después de tragar trabajosamente un par de veces, repitió—: Bien, entre, por favor —poniendo cierto énfasis en la última palabra.

Se sentía mal alimentado y lamentaba lo del pastel. Se había hecho la idea de saborearlo pausadamente y le moles taba la intrusión de herr Rieber. De todas formas, desde el día que zarparon, aquel sujeto le había sido antipático, y decidió complacerle lo menos que pudiera, fuese cual fuere el asunto que le traía.

Herr Rieber fue al grano sin rodeos. El sobrecargo, estaba seguro, se haría cargo de la situación inmediatamente.

—He tenido el honor de sentarme a la mesa del capitán —declaró—. El capitán es un hombre muy exigente en cuanto a la elección de compañía. Si él no permite que un judío se siente allí en su presencia, entonces, ¿por qué he de compartir yo mi camarote con uno? Debo pedirle a usted que corrija esta equivocación al momento.

—No es judío —replicó suavemente el sobrecargo—. Lo es su mujer. Estoy enterado de ello.

Hablando así, creaba un equívoco, porque Freytag no le interesaba ahora a herr Rieber. Este mostró cierta impaciencia, y el sobrecargo decidió que, si no auténtica comprensión, sí al menos debía evidenciar la voluntad de cumplir sus deberes como sobrecargo, parte de los cuales consistía en escuchar las quejas de sujetos como aquel. No debía dar al pequeño pelmazo motivo alguno para pensar que le descuidaba.

—Tiene usted razón —concedió al fin—. Veré lo que puede hacerse. Solo hay un sitio adecuado para Freytag; por supuesto, y es junto a herr Löwenthal. Si yo lo hubiese sabido, lo habría dispuesto así con mucho gusto. Pero ahora se me ocurre que en el presente

caso tendremos que pedir a Arne Hansen que se traslade al camarote de usted, puesto que ahora comparte el de Freytag.

Herr Rieber oyó un ruido apagado dentro de los oídos al escuchar estas palabras.

—¡Hansen no! —exclamó, casi gritando. Enseguida bajó la voz —: No, esto sería casi tan malo como lo otro.

—¿Por qué? —preguntó el sobrecargo, que lo sabía de sobra.

Hansen y Rieber se profesaban una mutua antipatía y se eludían recíprocamente desde el primer día a bordo, cuando tuvieron una discusión tonta respecto a una silla de cubierta. Al sobrecargo no le interesaban tales estupideces…, pero, sencillamente, formaba parte de su deber estar al corriente de cosas así.

Herr Rieber respondió:

—Se trata de un sujeto al que no me gustaría tener cerca de mi, eso es todo.

—Bien, déjelo en mis manos —indicó el sobrecargo—. Veré lo que puede hacerse. Vuelva dentro de una hora, se lo ruego.

Herr Rieber regresó puntualmente, y el sobrecargo, con cara muy alegre, no tenía sino malas noticias. Meramente por agotar todas las posibilidades, había hablado con herr Hansen sobre el apuro en que se hallaba herr Rieber.

—Después de todo, un sueco es al menos un ser humano —dijo el sobrecargo, en tono apaciguador.

—Ese no —replicó herr Rieber, sombrío.

De todas formas, herr Hansen no se hallaba a disgusto. La verdad era que había expresado sentimientos muy amistosos para herr Freytag, y continuaría donde estaba. De modo que esta parte de la cuestión quedaba resuelta. Pero si herr Rieber estaba dispuesto a trasladarse a un camarote con tres ocupantes, sin duda míster Denny o míster Scott estarían conformes en irse al camarote de Löwenthal, y entonces herr Rieber podría compartir el camarote con el que quedase y con herr Glocken, el jorobado.

Herr Rieber protestó violentamente:

—¡No, eso no lo haría nunca!

Muy bien. En este caso, herr Glocken podría irse al cama: rote de herr Hansen, el cual no se negaría, el sobrecargo estaba seguro. Freytag podría trasladarse al de Löwenthal y herr Rieber podría irse a vivir con míster Scott y míster Denny. Herr Rieber lo meditó un

rato, y al final, con profunda desgana, decidió que este arreglo era el que menos inconvenientes ofrecía entre toda la serie de penosas elecciones. Considerando el cambio cosa hecha, fue a reunir su equipaje. Löwenthal no estaba allí. Había adquirido la costumbre de pasar todas las horas, menos las destinadas a dormir, en cubierta. Cuando herr Rieber volvió una vez más a la oficina del sobrecargo, se llevó una desilusión brutal.

Ni míster Scott ni míster Denny, dijo el sobrecargo, atándoles sin duda al pie de la letra, consentían en ningún cambio, por motivo alguno. Herr Glocken era un hombrecito menudo que apenas ocupaba lugar, ellos se habían habituado a su compañía y él a la de ellos. Se avenían estupendamente, lo pasaban muy bien y no veían motivo para tomarse molestias.

Entonces el sobrecargo se inclinó hacia herr Rieber y le dijo con aire insinuante:

—Permítame explicarle que no se han portado de modo agradable, ni mucho menos. ¡Ah! No quiero decir que se hayan enojado, ni cosa parecida, no… Todo lo contrario. Usted debe haber oído a los americanos burlarse de la gente. Ya sabe, se ríen sin parar. Eso empeora la cuestión. Bien, el tal Scott ha dicho algo en argot americano, creo, pues no he podido entenderlo, pero el caso es que ambos se han puesto a reír… Ya sabe usted, no es de verdad una carcajada, es una mofa, y le hiela la sangre a uno. ¡Yo sería capaz de matar a cualquiera que se riese de mí de aquel modo! En fin, sea como fuere, a usted no le conviene meterse allá con ellos. Dios sabe lo que podría ocurrir. Yo no me fío de los americanos. Todos ellos llevan sangre india, o negra, o judía… Son unos mestizos y unos salvajes. Secuestran a los niños pequeños por dinero y los asesinan —afirmó el sobrecargo, que de pronto parecía a punto de derramar lágrimas—. ¡Imagínese, aunque uno les dé el dinero, al niño lo asesinan igualmente!

Herr Rieber, que hasta entonces había estado escuchando con la cabeza ardiendo, observando la cara del sobrecargo con los ojos semientornados, se sintió ofendido al ver que se desviaba del tema tan súbitamente. Sospechaba en el sobrecargo todas las maldades. No era momento para ponerse a lloriquear sobre niños secuestrados… ¡y americanos, por añadidura! Sin duda estaba confabulado con Freytag, quien había decidido, con el descaro

propio de su raza, introducirse entre los mejores, tanto si estos le aceptaban como si no. Porque aunque herr Rieber sabía la verdad del caso, no que ría reconocer que Freytag fuese cristiano. Se había casado con una judía, y *era* judío. Esto resolvía la cuestión… o quizá hubiera tramado una conspiración criminal con aquellos puercos americanos, los cuales, a su vez, llevaban probable mente sangre judía. En cuanto a Arne Hansen, aquella narizota grande que tenía no era nórdica. Podía llamarse sueco si le gustaba. El sobrecargo, en cualquier caso, era un traidor que simpatizaba con los judíos. Quizá el tal Löwenthal le había sobornado ya al principio para gozar del privilegio de compartir el camarote con un alemán. Herr Rieber se enfureció tanto que sacaba humo, la cara se le puso hinchada y encendida, y le gritó al sobrecargo:

—¿De modo que aquellos golfos pueden insultarme, reírse de mí sin que usted les replique ni una sola palabra?

—¿Qué quiere que les diga? —preguntó el interpelado—. Yo no soy responsable de sus modales.

—Usted permite que insulten a los alemanes en un barco alemán, ¿verdad? Bien, el capitán se enterará de esto. Veremos qué dice al saber que en su barco ocurren estas cosas.

El sobrecargo levantó una mano suavemente:

—Le aconsejo muy en serio que no le hable al capitán de nada relacionado conmigo —dijo—. Siga mi advertencia. Descubrirá que no acepta de buena gana que ningún pasajero se mezcle en los asuntos del barco. Se lo digo para ahorrarle el sofoco —añadió, afectuosamente. Y en verdad, herr Rieber parecía estar hundiéndose en algo semejante a la desesperación—. La gente habla, hace tonterías… ¿Qué nos importa a nosotros? —preguntó el sobrecargo en sentido lato y con cierta vaguedad—. Trate de dominarse, herr Rieber. No se halla en una situación tan mala. ¡Y dentro de pocos días habrá terminado! ¡Los problemas no se resuelven en un día! —le recordó, como quien hace un descubrimiento—. Todavía es posible que se nos ocurra algo. Vamos, vamos —exhortó, con cordialidad paternal—. Bebamos un buen vaso de cerveza, y quizá se nos ocurra alguna idea.

Con esto herr Rieber se reanimó un poco, y pareció dispuesto a seguir siendo paciente por algún tiempo.

El sobrecargo se puso en pie, trabajosamente y respirando

hondo. Era la hora de su siestecita, y a pesar de todo, tenía que complacer al idiota aquel.

—Vámonos —dijo muy cortés.

Y reprimió, sin duda a costa de una herida moral incurable el sano y laudable impulso de extender su enorme y gruesa mano sobre la sudorosa y encarnada faz de herr Rieber y empujar con fuerza.

Era el cumpleaños de mistress Treadwell, y no el primero que pasaba sola en un tren o un barco. Sentía su edad (cuarenta y seis años) como una afrenta directa y descarada a su sentido estético. Todos los cuarenta tenían un sonido ingrato, pero cuarenta y seis resultaba ya una cosa irremediablemente madura. Una edad demasiado avanzada para poder morir joven, demasiado temprana para pensar en la muerte ni por un momento. El último día de agosto era una fecha estrambótica para venir al mundo, de todos modos. La tarde dilatada, embrutecida, agobiada por el sol de verano, no cuadraba bien en modo alguno con Mary Treadwell. Y, sin embargo, he ahí que había llegado esa edad de la vida humana que más se parece al mes en cuestión, el mes acribillado de insectos… cuando en la tierra no florece nada sino las malas hierbas, y, según la deprimente opinión popular, del alma brotan también excrecencias malsanas. Los bajos instintos se ponen en guardia por miedo de haberse perdido algo, y se caldean, dispuestos a toda clase de placeres adicionales. El corazón se vuelve duro y frío, dicen, o se torna excesivamente maduro y blandengue. Se cuenta que las mujeres, especialmente, pierden a menudo su recato, su gracia. Se vuelven chillonas, o se ponen gordas o flacas como palos, o se entregan a beber en secreto y a fastidiar a sus maridos. Se enredan en amoríos incalificables. Se casan con hombres demasiado jóvenes para ellas, y en el pecado hallan la penitencia. Si tienen dinero, atraen toda suerte de parásitos, y las lesbianas esperan al acecho, aguardando que la soledad y el miedo hagan su labor.

«¡Ah! Es bastante para asustar a cualquiera», suspiró mistress Treadwell, sacudiendo la cabeza y volviendo a coger la revista.

Estaba medio recostada en su silla de cubierta, en parte leyendo un número atrasado de

L'Ilustration

sumida en una confortable modorra, en parte pensando en su edad,

que hasta entonces nunca le había preocupado de veras, cuando de pronto percibió al Tiempo mismo cual una araña enorme que tejía una gruesa y polvorienta tela alrededor de su vida, girando hasta que lo cubría todo… La luz se apaga y el pulso se acorta y el aliento se ahoga poco a poco, suavemente.

«¡La muerte, la muerte! —exclamó, asaltada por un miedo tan simple y avasallador como el que de niña le daba la oscuridad—. ¡Oh, qué absurdo!», se dijo.

Luego se puso en pie, arrojando a un lado la revista y recordando que sus mayores le habían dicho hacía mucho cierta tontería acerca de envejecer gallardamente, y ella les había replicado al instante y con toda firmeza que no envejecería nunca, por gallardamente que hubiese de ser. Y lo decía en serio… He ahí lo que significa ser una niña. Pero ¿es que se había hecho mayor en algo? ¿No había pasado sencillamente de la infancia a la «cierta edad», sin darse cuenta, y sin llegar nunca a la —palabra poco atractiva— «madurez»? Ea, todo el mundo sabe que las divagaciones melancólicas y la tendencia a situarse en el pasado son signos muy ciertos de que uno se hace viejo. Mistress Treadwell abandonó la silla y se acercó a la baranda —¡un barco tan pequeño, casi una prisión!… ¡Tan pocos lugares adonde ir!— y se apoyó en ella respirando el viento fresco y suave, diciéndose, asegurándose a sí misma que aquel día de finales de verano pasado en mitad del Atlántico no transcurría tan mal… Sin mucho esfuerzo podía recordar cumpleaños peores. El calor disminuía paulatinamente, la luz del sol era más pálida. Los dos días anteriores al crepúsculo, grandes, inmóviles columnas de nubes se habían levantado y proyectado un brillo rojo sobre las aguas lejanas, llenas de murmullos de truenos y de extensos, deslumbrantes relámpagos. Ahora empezaban a formarse de nuevo, y llenaban todo el firmamemto.

—Ojalá conociera alguien en cuya compañía poder contemplar las nubes —dijo.

Y decidió que no quería tomar ningún cóctel antes de cenar.

La idea de la cena le hizo recordar a su fastidiosa compañera de camarote, Lizzi Spöckenkieker, la cual no había cesado de hablar misteriosamente acerca de algo que había ocurrido en el comedor, algo relativo a una significativa redistribución del orden en que se

sentaban a la mesa.

—¡Pero si ocurrió ayer! —había gritado Lizzi—. ¡Yo esperaba que usted dijese algo!

—¿Sobre qué? —preguntó distraídamente mistress Treadwell, sin interesarse.

—¡Qué! ¿De verdad no vio *nada* usted? —inquirió Lizzi—. ¿No vio una cosa que pasó delante de sus propios ojos?

—No miré —contestó ella.

—Estoy muriéndome de ganas de contárselo, pero no, es preciso que lo descubra por sí misma.

—¿Me afecta de veras o se supone que tengo que andar curioseando? —preguntó mistress Treadwell.

—Nos afecta a todos —repuso Lizzi, con voz cantarina y exaltada—. Es una cosa tan maravillosa que me siento feliz y tengo ganas de reír.

Y rio, efectivamente, y mistress Treadwell escuchó aquella risa extrañada y diciéndose que si una hiena padeciese histerismo reiría de aquel modo. Fue en aquel momento cuando salió del camarote y se decidió por el aire puro y la revista francesa para todo el resto de la tarde. ¿Qué le había gritado Lizzi cuando ella cerraba la puerta tras de sí?

—Pregunte a herr Freytag. Él lo sabrá.

Al recordar esta frase, mistress Treadwell percibió una insinuación en su tono que antes no había notado. Entonces, ¿por qué no ir en busca de herr Freytag, que había resultado un compañero muy agradable durante la hora que pasaron en La Habana ante el ponche del hacendado, y escuchar el escándalo más reciente mientras tomaban los cócteles, y pedir a la banda que tocase «*Ich bin die fesche Lola*», y quizá bailar un poco después de cenar? Mistress Treadwell inició unas pesquisas que terminaron en uno de los saloncitos-escritorio, dentro del cual Freytag se estaba poniendo en pie en aquel preciso momento, con un sobre cerrado en la mano. Al ver a mistress Treadwell, Freytag se quedó inmóvil como una estatua. Pero ella habló demasiado pronto antes de que hubiera podido fijarse bien en la cara del hombre.

—Venga usted a contemplar las nubes conmigo —le invitó—. Hoy es mi cumpleaños.

Freytag se acercó a ella, pálido y frunciendo el ceño, y Preguntó,

con absoluta incredulidad:

—¿*Qué* ha dicho usted?

—Bien, ¿*qué he dicho*? —preguntó ella, a su vez—. ¿Tiene algo de raro, herr Freytag?

—Mistress Teadwell, ¿quiere hacer el favor de explicarme qué se propone? ¿Qué hace usted aquí después de haberme traicionado, revelando la confidencia que le hice, murmurando de mi esposa con aquella bruja de Spöckenkieker, armando todo este estúpido lío…?

Las palabras de Freytag estallaban en cálidas bocanadas de aliento en el mismo rostro de mistress Treadwell, que se amilanó y empezó a temblar, no de miedo, sino de remordimiento de conciencia, pues lo recordaba todo, sabía de qué estaba hablando Freytag, y vio que había caído en la trampa que Lizzi le había tendido.

—¡Oh! Explíqueme qué ha pasado —dijo en voz baja y temblorosa, extendiendo las dos manos ante sí, con las palmas hacia fuera—. ¡Ella ha dicho que usted lo sabría!

—¡Qué estúpidamente cruel es usted! —estalló él de nuevo, inflamado de cólera—. Con lo que ha hecho ya, ¿aún quiere ponerme en ridículo? ¿Sería capaz de fingir…? Oiga, ¿no sabe usted que… aquella… aquella… —Freytag se interrumpió cuando estaba al borde de darle un nombre feo a Lizzi— que aquella mujer se puso a charlar, estando a la mesa, delante de todo el mundo, de lo borracha que estaba usted…?

Mistress Treadwell se sentó, tambaleándose un poco y cogiéndose la cabeza con ambas manos, en la silla más próxima.

—… Borracha y de cómo, oh, debería darle vergüenza, repitió lo que yo le había contado en confianza… y aquel cerdo de capitán, aquel cerdo hediondo…

—No diga palabras feas —pidió mistress Treadwell, levantando un poco la voz y sacudiendo la cabeza como si pudiese librar sus oídos del clamoreo de aquel hombre—. Y yo no estaba borracha. Eso es una calumnia…

—No es solamente un cerdo, sino que pertenece a la peor especie de ellos, es el puerco satisfecho de sí mismo, que cultiva y adora su condición de puerco. Se vanagloria de ella, la impone a los que le rodean. Piensa y habla como un cerdo, traga y gorgotea como un cerdo, es la quintaesencia de esta clase de animales,

tendría mejor figura y estaría mucho mejor a cuatro patas.

Mistress Treadwell se levantó de nuevo y se llevó las manos a los oídos.

—¡No quiero escuchar nada más! —gritó a través de aquel chorro de palabras que descendían como una avalancha de piedras —. A menos que me explique usted qué hizo el capitán.

—¡Me ha puesto en la mesa del judío! —estalló Freytag en el apogeo de una vehemente arremetida de resentimiento.

Y se calló súbitamente como si le hubiesen puesto una mano sobre la boca.

—¿Tan malo es eso? —preguntó mistress Treadwell con dulzura, como si le siguiera la corriente a un loco—. ¿Le sabe mal de verdad?

Freytag, todavía furioso y sin color, se apaciguó un poco, pero no ahuyentó su obsesión, que consistía en hacer ver, reconocer y aceptar a mistress Treadwell el hecho de que la culpa de todo la tenía ella. Podía salirse por la tangente y desviarle a él del tema todo lo que quisiera, pero él iba a explicarle lo ocurrido.

—Lo que me sabe mal es ver lo traicionera que es usted —dijo —. El capitán ha querido insultarme, e insultar a mi esposa en mi persona, pero no puede insultarnos. Ese hombre solo puede manifestar su desfachatez, el cochino…

—No —interpuso mistress Treadwell—. No vuelva a lo mismo de antes.

—Si usted hubiese sido una amiga querida —continuó Freytag, ahora con voz enronquecida y llena de patetismo— o un miembro de mi familia, o una persona a la que yo hubiese amado y en la que hubiese confiado, lo que ha hecho no me habría sorprendido. Pero ¿cómo podía esperar semejante traición, semejante malicia, de una extraña?

Mistress Treadwell estaba callada como un acusado durante el juicio, volviendo y resolviendo en su mente, con bastante frialdad por cierto, aquella pregunta, que no tenía respuesta, y deseando que la conversación terminase pero convencida de que tenía que continuar hasta que aquel hombre dolorido, el acusador, la hubiese expulsado a ella de su pensamiento.

—Por supuesto, a mí me importa poco Löwenthal, y estoy seguro que a él le importo poco yo —prosiguió Freytag, hipnotizado

repentinamente hasta quedar casi tranquilo por la relación perfectamente cortés que empezaba a inventar entre Löwenthal y él —. Si tratáramos de conversar, probablemente nos mataríamos el uno al otro de aburrimiento, de modo que imagino que no lo intentaremos. Él, evidentemente, es de origen humilde, pero yo le prefiero al capitán y a sus obtusos acompañantes de mesa. Al menos tiene buenos sentimientos y… —Freytag vaciló un segundo— y, en verdad, muy buenos modales…

Aquí se interrumpió, incapaz de llevar adelante la ficción. Mistress Treadwell se había sentado y le escuchaba atentamente. Freytag se sentó también, e iba a tomar la palabra otra vez, cuando ella comentó:

—Por lo que usted dice, parece un hombre bastante agradable.

Freytag pareció derrumbarse, como si no pudiera seguir contendiendo con una persona tan impermeable.

—¡Agradable, Dios mío! —habló por fin—. No, no es agradable, y a mí no me gusta, pero no por ser judío. Si fuese siete veces cristiano seguiría no gustándome, porque es un sujeto antipático. ¿Lo comprende? —le preguntó con cierta curiosidad como si estuviera ensayando con ella una lengua extraña—. De veras, no es ni siquiera el tipo de judío que aprecio… ¿O acaso esto significa ir demasiado lejos?

Mistress Treadwell escuchó aquel sarcasmo teatral y decidió que ya le había permitido ser grosero bastante rato, por deferencia a lo convencido que estaba de que ella le había perjudicado. Ahora abordó el tema otra vez.

—No puedo defenderme, en absoluto —le dijo, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Pero ¿por qué me hizo usted aquella confidencia? Yo no la deseaba. No imaginaba siquiera que fuese una confidencia. Si usted me lo hubiese advertido…, pero usted me acusa de unos móviles tan innobles…

Mistress Treadwell casi tartamudeaba, repelida por el patetismo desvergonzado, casi insoportable, de la cólera, en aquel momento plañidera y desconcertada, que expresaba el rostro de Freytag. Parecía como si fuera a morder. Fruncía el ceño hasta tal punto que se le había formado ya una nueva serie de arrugas entre las cejas. Parecía tan malhumorado como Arne Hansen. Ahora volvía hacia ella su cara de demente Como si esto le ayudase a escucharla mejor,

pero los pálidos ojos grises de mirada enfermiza acabaron por esquivar los de la mujer.

—… No porque tuviera yo móvil alguno —continuó mistress Treadwell, rápidamente—, sino precisamente porque no lo tenía. Yo no era amiga suya. ¿Cómo podía serlo? Si lo hubiese sido hubiera estado al corriente de su vida y no habría habido ocasión de hablar de ella con nadie. ¿Qué esperaba de mí? Tampoco era su enemiga. Sencillamente, no había pensado en usted, ni mucho menos.

—Gracias —murmuró él, con amargura—. Tiene toda la razón.

—No sea niño —le reconvino mistress Treadwell—. No he querido dar a mis palabras un tono personal, he querido decir solamente que yo no estaba bastante enterada de las cosas y de la vida de usted para guardar su secreto…, aunque el motivo de que usted lo mire como tal en esta situación, es cosa que no acabo de comprender.

Freytag declaró con perfecta sencillez:

—Cuando viajo solo, paso por cristiano. Cuando me acompaña mi esposa, el caso es distinto. Nunca estamos se guros. ¿Quizás no conoce usted Alemania? Allí la situación es muy insegura para nosotros, y cada día se pone peor…

—Pero si este secreto tenía tanta importancia para usted, ¿por qué me lo confió a mí?

—Lo tenía en el pensamiento, y usted me pareció una persona comprensiva. Hablé sin pensar en las consecuencias.

—Lo mismo me pasó a mí —repuso mistress Treadwell—, y quiero confesarle una cosa: aquella noche había bebido una botella entera de vino. Por aburrimiento, por monotonía, por indiferencia…

—Usted es peor que una amiga traidora —la increpó de súbito Freytag, con aspereza—. Es peor que la peor enemiga. ¡Por aburrimiento…! ¿Qué derecho tiene a estar aburrida? Indiferencia…, ¿qué derecho tiene a vivir en este mundo y no interesarse por los seres humanos que la rodean? Usted cometió una acción mezquina y traicionera contra un hombre que le había concedido su confianza y no la había perjudicado en nada, y luego resulta que ni siquiera le importa…, ¡oh!, usted ni siquiera *sabe* lo que ha hecho.

Mistress Treadwell notó que todo su ser se inflamaba de cólera. No permitiría que la siguieran intimidando por aquel absurdo

episodio.

—El primero en traicionarse fue usted mismo —arguyó en tono intrascendente—, y este incidente lo está llevando ya demasiado lejos, y se equivoca por completo. A mí me importa, de verdad, de todo corazón —concluyó extrañándose ella misma de pronunciar esta frase—, lo que le ha ocurrido a usted…

—Por culpa de lo que usted hizo —replicó él, con una insistencia enloquecedora—. Recuérdelo, fue usted, fue a causa del comportamiento de usted…

—He quedado bastante sorprendida de mí misma —repuso ella —, y quizá tenga razón usted, y puede reprocharme cuanto quiera; pero me allana el camino para que ahora le hable con franqueza y le diga que sí, en efecto, acierta otra vez: sencillamente, no quiero que me molesten con este asunto; no pienso inquietarme por él en absoluto, y no volveré a hablar más de la cuestión.

Mistress Treadwell se levantó y se alejó unos pasos; luego se volvió otra vez de cara a Freytag, aguardando lo que tuviera que decir. Sin duda, en este caso le correspondía el privilegio de decir la última palabra. Mistress Treadwell temblaba de pies a cabeza de puro enojo; la faz que tenía ante sí le parecía repulsiva, en su endurecida expresión de egolatría implacable y acusadora.

—De todo corazón —le espetó—, usted no tiene corazón. Y no comprende lo que sucede. No se trata solo de este incidente y nada más; no, no, es toda una vida de incidentes, es un mundo lleno de ellos…, es el no poder tener ni la esperanza siquiera de que un día terminarán… ¡Es el ver a la persona más querida en este mundo tratada como basura por gente que no es digna de respirar el mismo aire que ella! Si usted la viese, sabría de qué estoy hablando. ¡Ah, mistress Treadwell, ella es una personita rubia como el oro, nerviosa, bellísima y alegre, sobre todo por las mañanas; es inocente, inocente; donde ella se encuentra, la vida es un hechizo; cuando habla es como un pájaro cantando en un árbol!

Freytag se había acercado mucho a la americana y hablaba con vehemencia; se había acercado tanto que mistress Treadwell volvía a percibir su aliento, veía su rostro alterado por la ansiedad, sus ojos brillantes de lágrimas. Sorprendida por completo, sin proponérselo en absoluto y sin previa advertencia por parte de sus propios sentimientos, cedió y consintió en ver la situación de

Freytag a la luz que la veía él; comprendió sus sufrimientos como reales y terribles, reconoció su falta, y cargó sobre sí, como penitencia, no solo la parte que le correspondiese del dolor de aquel hombre, sino toda otra informe, innominada, interminable angustia humana que tuviese el antojo de atribuirle para acusarla. Dejando caer los brazos a los costados, retrocedió un paso. Naturalmente, la culpa era de ella…

—¡No! —gritó—. No diga nada más. Escúcheme. Escúcheme un momento nada más. —Aquí inspiró profundamente—. Quiero que me perdone. Debe intentar perdonarme.

Ahora le tocó a él sorprenderse, cambiar de posición de golpe, de un modo más bien desagradable. Hasta el momento la escena le había producido un vivo placer, él había desahogado en mistress Treadwell la presión de su desconcertado furor; tenía el propósito de insultarla hasta satisfacer su deseo de venganza, de dejarla triturada sin permitirle pronunciar ni una sola palabra. En cambio, ahora, casi al instante y a pesar de sí mismo, una cálida oleada de sentimientos generosos le invadía, y dijo:

—Oh, no, por favor, no; no diga eso —se sentía casi violento—. Yo también lo siento. Si continuamos así tendremos que perdonarnos mutuamente.

—Lo que más me asusta —confesó ella con voz ligeramente temblorosa— es que nosotros estamos aquí, hablando de esta cuestión como si fuese real; y yo supongo que lo es, pero a mí me parece un sueño horrible, no puedo creerlo…

—Y, sin embargo, es verdad —afirmó él; y ahora deseaba consolarla—. Oh, no, no irá usted a llorar; ¿verdad que no?

—¡Qué absurdo! —exclamó mistress Treadwell, en su tono habitual—. Yo no lloro nunca. —Y soltando una risita inconsistente, derramó unos lagrimones enormes, incontenibles.

Freytag, con la presencia de ánimo del hombre casado, habituado a las reacciones femeninas, dirigió una mirada a su alrededor para ver si había entrado en la salita-escritorio algún testigo; se colocó entre ella y la puerta a fin de servir de pantalla protectora, y le ofreció un gran pañuelo blanco de hilo.

—Vamos, vamos —decía apaciguadoramente, mientras ella se secaba los ojos y se sonaba—. Así está mejor. ¿Sabe o que estoy pensando? ¿Qué me dice de un buen trago, un cóctel bien grande?

Mistress Treadwell contestó:

—Espere un minuto —y sacó del bolso un espejito, un lápiz de labios y una polvera, y por primera vez en su vida se maquilló en público.

Un solo testigo la fastidiaba tanto como una multitud. Pero ahora no le importaba. Se sentía, a un tiempo, agotada, serena, enervada; aquel melodrama entraba en la clase de cosas que aborrecía —¡ah, qué vulgaridad hacer escenas…!, y, además, no se había fiado de Freytag ni por un momento; era evidentemente un comediante nato—; sin embargo, poco importaba como fuese, se sintió por un breve instante, aun sabiendo en aquel mismo instante que la sensación no podía durar, el corazón ligero. Con temeridad o algo parecido, manifestó:

—Me encantaría tomar un cóctel muy grande. —Y salieron juntos al pasillo como dos amigos bien dispuestos entre Sí, y, aparentemente, en las mejores relaciones.

Freytag dijo:

—No sé si podré dormir esta noche, pensando en lo divertido que sería arrojar al capitán por la borda; mandarlo desde su propio puente a que se ahogase. Pero ahora resistiré la tentación, gracias a usted.

—¿Por qué? A mí no me importaría lo que le hiciese usted al capitán.

—Usted me ha refrescado el cerebro, en cierto modo. Debo llegar a Alemania y marcharme otra vez con mi mujer y su madre; ahora no he de pensar en otra cosa, y debo hacerlo sin llamar la atención. Ahogar al capitán resultaría satisfactorio; pero debo vencer ciertos impulsos. Tengo que resolver mis asuntos.

Cuando estuvieron sentados, le preguntó:

—¿De veras es su cumpleaños? ¿No me lo ha dicho al entrar?

Mistress Treadwell asintió con la cabeza.

—Cuarenta y seis, ¡figúrese!

Freytag se sintió vagamente ofendido por esta franqueza tan poco femenina, y para disimular su impresión, exclamó:

—¡Qué bonito! Muchos muchos más, le deseo que cumpla.

—No demasiados, por favor. Si he de celebrar otros, le avisaré.

Freytag examinó con la mirada el bar, que ahora empezaba a llenarse. Jenny Brown y David Scott, que se estaban encaramando a

unos altos taburetes, le saludaron a estilo mexicano, con la mano derecha levantada a la altura del rostro, y agitando los dedos. Él respondió con el mismo gesto, y mistress Treadwell comentó:

—Lo encuentro bonito.

Freytag explicó:

—Dicen que significa: «acércate».

Y continuó paseando la mirada de un rostro a otro, como si esperase que todos advirtieran su presencia, aunque hasta entonces no se le había ocurrido nunca semejante idea. Los Lutz y los Baumgartner sucesivamente, captaron su mirada y le saludaron con una inclinación de cabeza; eran, por supuesto, los más obtusos de los obtusos que hubiera a bordo…, probablemente no poseían la mundología necesaria para comprender lo que había pasado. Todos los que se sentaban a la mesa del capitán se encontraban allí, al parecer sin darse cuenta de su existencia. Ni siquiera aquellos detestables bailarines le dirigieron una mirada, aunque una de las muchachas, la joven y menuda Concha, solía seguirle, últimamente, como si tuviera alguna cosa que decirle. Hasta el joven matrimonio cubano le ignoraba, a pesar de que había jugado con sus pequeños, haciendo soñar flautas de papel, permitiendo que disparasen contra él con pistolas de agua, dando una vuelta a la cubierta con dos de ellos a horcajadas, uno sobre cada hombro; incluso al jorobado, y a aquel ridículo sujeto de Texas, Denny, fuese por lo que fuere, les pasó desapercibida su presencia. A él no se le ocurrió ser el primero en dirigir la palabra a los otros, ni se acordaba de que, por lo común, deseaba que los compañeros de viaje —por llamarlos de algún modo— se mantuvieran apartados de él.

—Lo olvidaba —dijo, arrugando más la frente—, pero ¿desea usted que la vean conmigo? Aquí soy un paria, recuérdelo.

—¿Está seguro? ¿Ha contado sus amigos?

—Para empezar, no tenía ninguno, que yo sepa —contestó, pronto a irritarse—. Bastaba y sobraba con que hubiese la relación suficiente para dirigirnos la palabra.

—Entonces, ¿por qué se preocupa ahora de si le hablan todos o no? —preguntó la mujer. Y sus sentimientos empezaron a retirarse lentamente, pero sin vacilación, hacia el escondite que tuvieran. «Otro desacierto», se recordó a sí misma, y pensó con la mayor frialdad mientras sostenía el vástago de la copa de cóctel y fijaba la

vista en un punto situado debajo del nudo de la corbata de herr Freytag, que aquel hombre era tan imposible a su manera como aquel pelmazo de Denny lo era a la suya. No obstante, añadió al momento (por miedo a que él sospechase el cambio operado en su mente y su corazón) que había encontrado varias personas agradables a bordo (aunque no las nombró) y, sin embargo, era perfectamente cierto que ella se sentiría igualmente feliz si durante el resto del viaje nadie, en absoluto, le dirigía una sola mirada.

—A mí tampoco me importa —declaró él—; de verdad que no. Pero recuerde, puede ser una cosa muy distinta cuando la gente, y especialmente gente que uno desprecia, se siente capaz de desairarle a uno.

—Por completo —reconoció ella, y se terminó el licor y se comió la aceituna.

—¿Otra copa? —ofreció Freytag. Sin aguardar respuesta, insistió —: Sí, por favor. A mí me apetecería otra.

—Por supuesto —contestó ella. Mientras aguardaban, mistress Treadwell apoyó las mejillas en las palmas de las manos, los codos sobre la mesa, y dijo con la voz habitual de quien habla solo para ahuyentar el silencio, sin que sea preciso que uno recuerde ni una palabra de lo que dice—: Imagínese, yo le consideraba a usted un hombre sin una sola preocupación en el mundo…, acaso el único; y si no hubiese cometido la necedad de decirle aquello a la asquerosa de Lizzi, todavía podría creerlo. Sería una idea que me daría placer, y no tendría que pensar en usted. Ahora, en cambio, supongo que estamos unidos por una especie de lazo; hemos de ser amigos, en cierto sentido, y nos hemos de hablar con miramiento, tanto si estamos de humor para ello como si no, precisamente para que todos esos desconocidos a los que no volveremos a ver jamás, o al menos así lo espero, vean que no nos agarramos del cuello, a pesar de Lizzi, de Rieber, del capitán y de toda la colección…

Freytag la estaba escuchando, pero sus palabras le desanimaron hasta cierto punto. Por su mente había cruzado ya la idea de que una escena tan íntima como la del saloncito-escritorio quizá le sugiriese a mistress Treadwell el pensamiento de intimidades mayores. Debió ser una muchacha muy hermosa; aún ahora tenía un aspecto atractivo, según un tipo de belleza discreto, casi demasiado delicado…, pero la sola idea de irse a la cama con una

mujer de cuarenta y seis años, le inspiró un horror tal que temió que se mostrase en su rostro. La única manera segura de procurarse la devoción inquebrantable de un perro, consistía en pegarle con regularidad. Cierta clase de mujeres no eran muy diferentes. La que tenía delante había encajado una buena azotaina con el espíritu apropiado —la merecía—, pero ¿iba ahora, como dicen los americanos, a «pegársele» a él? Si se le ofrecía ocasión, había de averiguarlo.

—Pero somos amigos; ¿verdad que sí? —preguntó cautelosamente.

Más tarde descubriría que no tenía por qué temer que aquella mujer le persiguiera, y se sorprendería de que tal descubrimiento le disgustase; pero la respuesta que dio ella entonces a aquella pregunta no contribuyó, poco ni mucho, a mitigar su inquietud. En cambio, mistress Treadwell volvía a ser la misma de siempre; se desenvolvía sonriente con el segundo cóctel y esperaba el momento de escapar.

—Naturalmente —contestó con un acento tan tranquilizador que Freytag no pudo soñar que quería decir exactamente lo contrario.

Freytag decidió que le bastaría con ser razonablemente discreto, estar un poco alerta, mantenerse alejado de mistress Treadwell. Apuró la bebida de un sorbo, dejó el vaso sobre la mesa y lo apartó. Mistress Treadwell dejó su copa sin terminar. Cuando se separaron, Freytag volvía a estar indeciso: no quería nada en absoluto con aquella mujer, pero no estaba dispuesto a dejarla marchar definitivamente.

—Después de los ratos desagradables, esto ha sido delicioso —ponderó—. Tengo la impresión de que ahora nos conocemos muchísimo mejor.

Mistress Treadwell esbozó una sonrisa, y su mirada le atravesó como si fuese de cristal.

—Oh, sí, mucho mejor, estoy segura —contestó. Y se alejó rápidamente.

En el pecho de Freytag despertó de nuevo la cólera contra ella, pero de una especie distinta; no era furia, era un resentimiento enconado. Tenía tantos motivos para encolerizarse que apenas le era posible centrarse sobre las causas genuinas, las principales. Una de ellas, sin embargo, era la manera en que el capitán le había

forzado la mano, y aquella mujer —cuyas caderas planas y delgadas piernas, que advertía ahora, mientras se alejaba de él, se movían casi invisiblemente dentro del lujoso vestido de hilo— había tenido la culpa de todo. A despecho de las breves lágrimas derramadas, no creía que sintiera ningún remordimiento auténtico; y a pesar de lo que él mismo había dicho, ardía en su interior el amargo deseo de humillarla más todavía, de ponerla en evidencia públicamente, de darle una buena lección.

En aquel punto llegó herr Löwenthal, solo como de costumbre, se plantó junto al mostrador y le sirvieron cerveza. Freytag notó que se le cerraba la garganta como si la sensación de haber sufrido un atropello fuese capaz de asfixiarle. Una cosa había cierta: él no se sentaría a la mesa con aquel judío…

«No —explicose a sí mismo como si estuviera discutiendo con un desconocido que le contradijera—; no, no es por el hecho de que sea judío. Es a causa de la afrenta que nos han infligido *a los dos*. Pero él no reconocerá nunca que nadie, excepto él mismo, haya sufrido ninguna injusticia. —La idea cruzó como un rayo de luz por su mente—: Yo no tengo ningún prejuicio contra los judíos…, ¿cómo podría tenerlo? Mary lo es… Mary…».

Pero ¿por qué había de inquietarse por aquella piltrafa de hombrecito, con su cómica profesión…?, ¡si en cualquier parte sería el hazmerreír de todos! «¿Cree usted que tendrá algún fragmento de la Santa Cruz?», había preguntado Jenny, y Freytag se había regodeado al responder: «Que han dicho que sí, que tiene muy diminutos relicarios de marfil, tallados a mano, con cristal de aumento y una astillita de madera, tan fina como un cabello, dentro».

—No sabría decir por qué —comentó Jenny—, pero eso me resulta repugnante. Imagínese a uno de nosotros tratando de venderle a él una astilla del Arca de la Alianza, o una piedra del Muro de las Lamentaciones, o los pedazos de uña que se cortaba Abraham.

—Él no se dejaría pescar —contestó Freytag—. Él diría: «¡De este género tengo los almacenes llenos a rebosar!». —Y se rieron de buena gana.

En cambio, ahora a Freytag le roía el remordimiento, por haber ridiculizado a un miembro del pueblo de Mary ante aquella

muchacha superficial. Pero esto había pasado antes de que a él le echasen a patadas de la mesa del capitán. Freytag se repitió que había de soportar a Löwenthal, había de tratarle dignamente, no importaba lo que el otro dijese o hiciese; si no por otras razones, se lo debía a Mary. Se lo debía también a su amor propio…

«Haré que me lleven las comidas al camarote; otras veces comeré en cubierta. Cuando sea preciso hablarle, le hablaré».

Desde su enfrentamiento con Freytag, herr Löwenthal estaba de mejor humor y en un estado de ánimo más tranquilo. Siempre se sentía más a salvo, en ocasiones hasta sentía en su interior un burbujeo de alborozo, cuando al final —un final que llegaba siempre, más pronto o más tarde, no importaba dónde—, las enemistades que acechaban, los designios perversos, las miasmas informes del odio, tomaban cuerpo, color, sentido, lenguaje; y la persecución desencadenada por el mundo pagano, destino ineludible que como judío le correspondía, argumento único para demostrar que era uno de los elegidos, se ponía en marcha una vez más, y se habían acabado las dudas, el aguardar, el vigilar. Y siempre resultaba que la cosa no era tan mala como había temido; si bien jamás había sido capaz de imaginar la verdadera forma que tomaría la persecución, siempre halló, sin embargo, que nada le sorprendía. Nunca hubo dos persecuciones iguales, aunque siempre eran lo mismo pero sin un auténtico peligro, nada que uno no pudiera esquivar, después de todo. Palabras, ¿qué son las palabras? Insultos, amenazas, apodos, chistes denigrantes…, total, ¿qué? No podían afectarle; de los paganos solo quería una cosa, y esta la tenía ya: que le comprasen. ¿Por qué no venderles imágenes a los paganos, si esto era lo que querían? Y cobrarlas a buen precio, además. Él ganaba dinero, y ganaría más aún; sabía bien cuántos sitios deseables podía comprar con dinero. ¡Sería un verdadero placer ver un día hasta dónde podía introducirse con dinero, en lugares de los que no osarían arrojarle! Löwenthal se puso de un humor casi festivo; se bebió la cerveza y pidió otra; y pensó que aquella noche, cuando viese a Freytag a su mesa, le haría comprender que la mesa le pertenecía a él, a Löwenthal, y que Freytag estaba allí castigado… Después encendió un buen cigarro y se acomodó delante de su jarro de cerveza. ¡Se había enterado de que aquel cerdo de herr Rieber había intentado echarle del

camarote, pero había fracasado, porque tampoco nadie le quería a él, a herr Rieber, por compañero! He ahí una bonita historia que contar a prima Sarah cuando finalmente, y gracias a Dios, llegase a Düsseldorf. Cuando más tarde, a la hora de cenar, Freytag no hizo acto de presencia, y él tuvo que comerse solo su desabrido pescado en conserva, se sintió un poco abandonado, defraudado. Debía persuadirle de que volviese, aunque solamente fuera por la gracia que tenía el caso. En cualquier momento, en cubierta, delante de un nutrido grupo y lo bastante fuerte para que todos lo oyesen, le diría: «No debe interpretar mal lo que le dije, herr Freytag. Será recibido con muchísimo gusto a mi mesa, si no tiene otro sitio donde sentarse». ¡Le gustaría oír lo que contestaría Freytag a eso!

Pero se sintió considerablemente desconcertado y disgustado cuando el camarero, contestando a su pregunta, le dijo:

—Herr Freytag prefiere comer solo, más tarde.

Lizzi trinaba y gorjeaba contemplando a mistress Treadwell que estaba sentada en el borde de su litera poniéndose los zapatos, pues se estaba vistiendo para la noche. Mary Treadwell alzó la vista, sin curiosidad, y Lizzi le preguntó sin poder aguardar:

—¡Oh, me tiene que decir qué le contestó herr Freytag cuando usted le hizo aquella pregunta!

—Poca cosa —respondió mistress Treadwell con desenvoltura. Se puso en pie, sacudió la falda plateada y plisada, se la puso y se encaminó hacia la puerta, abrochándose el cinturón al mismo tiempo—. En conjunto parecía creer que en el cambio ha mejorado mucho… en lo tocante a la compañía, creo que quería decir… —Y se recogió la falda y cerró la puerta suavemente al salir.

—David —dijo Jenny, mientras brindaban con los vasos de cóctel—. ¡*Salud*, David querido! ¿No te parece que todo ese asunto de que hayan expulsado a Freytag de la mesa del capitán… (¿sabes?, ¡imagina, con tantas cosas como me ha contado, y no explicarme algo tan importante referente a su mujer! ¡El cree que su mujer podría tocar la luna con las manos!)… no te parece el episodio más desgraciado que hayas oído en tu vida?

—No, los he oído peores —respondió David—, y tú también. Pero es bastante feo.

—¡Creo que deberíamos hablar con Freytag y decirle lo que pensamos!

—Adelante —convino David querido, con los ojos llameando y voz glacial—. ¿Desde cuándo necesitas un pretexto?

—Te estás poniendo sencillamente intolerable sobre este tema, David —replicó ella en voz baja y afligida—. Sabes perfectamente que es un hombre casado y que está loco por su mujer; es sociable y se encuentra solo; en este barco no hay mucha gente con la cual hablar… ¡Oh, este caso, desde el principio hasta el fin, es tan estúpido que me da vergüenza el discutirlo! No lo comprendo. Hasta ahora nunca habías tenido celos…

—¿Que no? —preguntó David con voz cortante como un filo de navaja—. ¿Estás segura?

—Bien… te equivocabas —respondió Jenny—, y te equivocas otra vez…, pero no me importa con tal que…

—¿Con tal qué? —repitió David dulcemente, pues ambos sentían la misma ternura traicionera, aquel derretirse del corazón que los distanciaría un poco más—. ¿No puedes sentirte un poco halagada si tengo celos? ¿No crees, de verdad, que es así? Toda otra explicación de mi conducta sería una necedad.

—No, no me halaga —aseguró Jenny—, pero ¿sabes qué estaba pensando? Te pondrás furioso, David. Pensaba que podrías invitar a Freytag a sentarse a nuestra mesa, debe sentirse horriblemente

incómodo con aquel hombrecillo ridículo…

—No, no me pongo furioso —repuso David—. Estoy, sencillamente, anonadado ante el claro y hermoso funcionamiento de tu mente. Quizá Löwenthal también se sienta desdichado.

—Caramba, David, naturalmente; ¿cómo no habría de sentirse? En cambio, cuando estaba solo lo pasaba estupendamente, y si Freytag viene con nosotros, Löwenthal quedará igual que estaba antes…, perfectamente a su gusto.

—¿Por qué supones que a Freytag le gustaría más nuestra compañía y nuestra conversación que la de Löwenthal? —inquirió David—. ¿Cómo sabemos que no está perfectamente satisfecho con Löwenthal?

—Pensé que tú podrías averiguarlo —respondió—: Iba a dejar en tus manos tal misión.

—¿Por qué? Eres tú quien tiene amistad con él. Yo nunca he cruzado con él una docena de palabras.

—Deberíamos tener amigos comunes —afirmó Jenny—. Deberíamos hacer un esfuerzo para que nos gustasen a los dos las mismas personas. Pero el invitarle te corresponde a ti.

—No sé exactamente qué te propones —rezongó David, y la nariz se le puso pálida y afilada—, pero creo que intentas tratarme como a un marido.

—Como no he tenido nunca ninguno —replicó Jenny—, no sé cómo esperan que se los trate.

—Invita a Freytag a nuestra mesa, si te place —concluyó David —. Y a mí me encantará trasladarme también y sentarme con Löwenthal.

Sus respectivos corazones se endurecieron de un modo tan instantáneo que les sorprendió a ambos. Sus miradas se cruzaron frías y obstinadas, cada uno estaba completamente decidido a que el otro recogiese los pedazos rotos, si quedaba algún pedazo roto que recoger. En la parte opuesta del bar, bien visible para ambos, el motivo de la querella —o más bien el pretexto—, Freytag, estaba tomando unos cócteles con mistress Treadwell, ambos perfectamente tranquilos y con buen aspecto, sin pedir la oficiosa ayuda ni la compasión de nadie. La compostura de Jenny, la confianza absoluta en sí misma, la fe en su propia manera de apreciar las cosas, se desvanecieron ante aquel cuadro. La joven se

volvió hacia David, se inclinó y recogió el primer pedazo de lo que fuese que hubieran roto; luego otro, y después otro, y empezó a intentar reunirlos dándoles la forma que habían tenido antes.

—David querido, me gustaría beber otra copa…, querría un montón de copas. ¡Todos los días me entero de que hay alguna otra cosa que no me concierne!

Los Baumgartner con su hijito Hans estaban sentados cerca de la mesa más grande del bar, ocupada enteramente por la compañía de bailarines españoles, que estaban devorando grandes trozos de pastel y engullendo tazones de café con leche y azúcar. Frau Baumgartner no pudo evitar el mencionarlo, añadiendo la reflexión moral apropiada.

—¡Qué sobrios son! —comentó echando una mirada a la copa de brandy con agua, casi vacía, de su marido—. ¡Fijate, en todo este viaje, nadie les ha visto tomar bebidas más fuertes que vino de mesa, y casi siempre café!

—Hay adictos al café lo mismo que a otras bebidas —le recordó herr Baumgartner—. ¡También existen los glotones, devoradores insaciables de pasteles y dulces, que perjudican su salud! —Y dirigió una significativa mirada al surtido de pasteles de nata que tenía ella en el plato—. Esos españoles no son personas cuya moral pueda juzgarse por su régimen alimenticio, querida mía, sea este cual fuere. ¿Qué beneficio les reporta el mero abstenerse del alcohol a personas que están hundidas en todos los demás vicios?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó frau Baumgartner—. A mí me encantaría verlos bailar, y si las mujeres coquetean, ¡qué diantre!, al fin y al cabo son gitanas.

—¡Coquetear! —exclamó herr Baumgartner, cargando la palabra de ironía—. Ea, vamos, mi querido Hans, basta de zumo de frambuesa antes de comer; te hará perder el apetito.

Y pidió otro brandy, y una copita de vino de Jerez para frau Baumgartner que le sonrió con aire de reproche, y luego se puso a oler el licor de vez en cuando y a humedecerse con él la lengua. Pero no, el licor no le daba placer…, ¡ah, no, ya no se lo daba nada en la vida!

Frau Rittersdorf pidió al camarero de cubierta que levantase el respaldo de su silla para estar más cómoda, y se bajó el velo de gasa encarnada un poco más hacia las cejas, con el doble propósito de permitir que los sesgados rayos del sol diesen un tinte rosado a su cara y para evitar intrusiones mientras ponía al corriente su diario, que tenía descuidado hacía algunos días.

> «Aunque no es exagerado decir que no hay momento de mi existencia, esté despierta o dormida —sí, hasta en mis sueños más profundos— que no añore la compañía y la conversación de mi Otto, también es cierto que durante los días pasados le eché de menos más vivamente que nunca, si esto es posible, a causa de cierto episodio que nos hubiera regocijado a los dos…, una situación cómica muy adecuada para una pieza teatral: ¡el cristiano casado con una judía, colocado por error a la mesa del capitán! Es cierto que se trata de un muchacho que induce a error, pues es muy presentable; lo único lamentable en él es su espantosa falta de gusto. Sin embargo, no estamos en momentos propicios para hacer semejantes concesiones, sencillamente, era preciso expulsarlo de la sociedad alemana decente. Entre los que nos sentamos a la mesa del capitán reinó, por supuesto, la más deliciosa unanimidad respecto a que había que mandarlo al lugar que le correspondía, a la mesa del judío. Tengo entendido que esto ha causado cierta conmoción entre algunos de los otros pasajeros. Esos horribles americanos, junto con los vulgares de los Lutz (¡suizos!) y los todavía más vulgares Baumgartner (bávaros, creo), le están manifestando una ostentosa simpatía. No me sorprende en los americanos; para esa gente no hay nada demasiado bajo: dejémoslos que

desciendan a su propio nivel; pero hasta los alemanes de más baja estofa… En fin, una piensa que su *sangre* habría de darles la respuesta precisa para esta clase de problemas, sin tener que reflexionar ni un instante. Pero ¡ay!, no siempre ocurre así. En México, este fenómeno me desazonaba de veras. Conocí allí algunos alemanes, de pura casta y de la buena sociedad, que invitaban —no con frecuencia, es cierto— a sus clientes o socios judíos a comer en sus propias casas. Se excusaban conmigo, diciendo: "Bah, se trata solamente de una cuestión de negocios", o: "Usted sabe que en Alemania no pensaríamos siquiera en una cosa parecida. Aquí, ¿qué importa?". Pero yo les decía que sí que importa, que sentía que Dios nos veía, ¡y que nuestros héroes muertos nos miraban afligidos y pasmados! Eso fue lo que mi Otto me escribió después de una derrota militar, y jamás lo olvidaré. ¡Cuán infalible era su instinto en todo! Mi Otto se vanagloriaba de que ningún judío había puesto el pie en la casa de su padre, desde las generaciones más remotas conocidas. Pero no debo pararme en estas consideraciones…, son demasiado agridulces.

»Ha provocado un ligero escándalo el hecho de que asignaran a herr Rieber el mismo camarote que a un judío, pero ahora tiene que continuar allí, porque no hay otro sitio adonde ir, me figuro. No debo preocuparme mucho de lo que le sucede a herr Rieber, por lo irremediablemente basto y vulgar que es —resulta un misterio que se siente a la mesa del capitán, si pasamos por alto que edita no sé qué publicaciones, y supongo que merece alguna consideración por esta causa—; sin embargo sería demasiado cruel por mi parte decir que merece esta afrenta. Por supuesto, la culpa de todo es del sobrecargo; él a su vez se la echa al agente de la compañía en ciudad de México, por haber dado datos incompletos o desorientadores sobre muchos pasajeros. Yo no culpo a nadie, pero me permito gozar de esta pequeña diversión que nos

proporciona un ligero desahogo en este viaje, el cual debe describirse, indudablemente, como más bien soso y aburrido».

Frau Rittersdorf se levantó nuevamente el velo, cerró la estilográfica y se inclinó hacia adelante, estirando discretamente el cuello y los brazos a fin de liberarse del cansancio de escribir, por desgracia en el momento oportuno para atraer una vez más la atención de uno de los bailarines españoles, aquel a quien llamaban Tito, el supuesto marido de Lola —la «estrella» de la compañía de baile—, padre putativo de aquellos incalificables gemelos, aunque era improbable que los tales tuvieran origen humano; uno esperaba más bien que, cual pequeños demonios, estallasen y desapareciesen ante los propios ojos, despidiendo olor a azufre. Sin embargo, el tal Tito, dos noches atrás, cuando ella terminaba de bailar un baile delicioso con uno de los oficiales más agradables del barco…, ese Tito, con descaro indecible, ¡tuvo el atrevimiento de acercarse y pedirle que bailase con él! Siempre que recordaba lo que sucedió luego (y no había podido olvidarlo ni un instante), empezaba a sonrojarse, se ponía como una amapola y tenía la sensación de ser víctima de un salpullido. Frau Rittersdorf luchó de nuevo denodadamente por no recordarlo; muy decidida, había omitido toda mención del incidente en su diario y procuraba rehuir aquel pensamiento; hasta repitió todas las oraciones que pudo recordar; las repitió de prisa, muchísimas veces, como un sortilegio contra el demonio.

En lugar de negarle el baile con el tono amistoso y desenvuelto que hubiera empleado con un caballero, a fin de que él no pudiese sospechar el horror que le causaba su indecente proposición, se quedó transfigurada, con los labios entreabiertos, incapaz de pronunciar una sílaba, y casi de respirar, mientras los negros ojos de aquel hombre, cual los de una serpiente, brillaban con luz perversa solo a pocas pulgadas de los suyos; y se sintió prendida, sin su consentimiento, y transportada como una nube, envuelta en el abrazo más ligero, seguro y dulce que hubiera conocido en su vida, en una danza como no había soñado siquiera desde su inocente niñez, convertida en una bella sílfide dotada de la más alada ligereza…

«¡Oh, no! —casi gemía para sí frau Rittersdorf—; ¿es posible que hiciera una cosa parecida? ¡Oh!, ¿de veras permití que sucediera

eso?».

Terminada la danza, Tito le besó la mano rápidamente y se fue como una flecha, dejándola sola, deslumbrada. Lizzi Spöckenkieker, que rodaba como un tiovivo con el cascarrabias de herr Rieber, le gritó burlona:

—¿Dónde tiene las castañuelas?

El joven oficial volvió entonces y le pidió un baile más, y, aunque antes parecía tan garboso y ágil, ahora giraban sin gracia y apenas lograban coger el paso de la danza; él dijo en tono alegre:

—¡No me atrevo a dejarla sola un segundo; la secuestraría un gitano!

Y ella comprendió que aquellas palabras eran a la vez una advertencia y un reproche. Mientras reflexionaba sobre su inaudita conducta e intentaba imaginar el castigo que le hubiera impuesto Otto, que jamás fue hombre que cerrase el paso a la justicia, por un instante cegador casi agradeció la ausencia de su difunto marido. Pero inmediatamente se impuso el buen sentido y se dio cuenta de que si Otto hubiese estado vivo, ella se encontraría muy lejos de aquel mísero barco, muy lejos de su mezquina sociedad. ¡Ella había tenido siempre el porte y la conducta de una dama, y su marido había estado siempre orgulloso de ella en cualquier reunión! Ahora tenía que procurar que la tal Lizzi no osase mencionar este incidente provocado por la presunción del español en la mesa del capitán; tampoco pensaba tolerar ninguna familiaridad acerca de aquel asunto por parte de nadie más. Frau Rittersdorf se puso muy rígida; pero resultó innecesario.

Nadie mencionó el caso; nadie parecía haberse enterado de nada. Ni siquiera Lizzi se tomó la libertad de mirarla esbozando una sonrisa de complicidad al día siguiente. Esto había terminado por empeorarlo —el hecho de que los demás fingieran ignorarlo podía equivaler quizá a una crítica de su conducta y su moral—; no obstante, se preguntaba ella, ¿qué hubiera podido hacer o decir nadie para mejorarlo?

Sencillamente, tenía que olvidar, lo mismo que estaba olvidando a don Pedro, como olvidaba las desdichas de haber nacido en una familia pobre y haber tenido que instruirse para ser institutriz en Inglaterra; como, ciertamente, en ocasiones temía que estaba olvidando a Otto. Cuando pensaba en él, y pensaba muy a menudo,

Otto no era ya una carne y una sangre sólidamente presentes en el recuerdo, dotadas de una voz resonante que todavía le hablaba al oído, no; ahora se le aparecía como una imagen luminosa levantada a unos pies del suelo, cual un ángel que la visitase, vistiendo un uniforme blanco y oro (aunque había sido oficial del ejército de Tierra, de artillería de campaña, y nunca perteneció a la Marina), con una aureola de arco iris alrededor de la cabeza, que oscurecía su fisonomía. Desde hacía años, frau Rittersdorf no conseguía recordar la expresión de su cara; ahora, con frecuencia tenía que hacer un esfuerzo para ver y sentir aquella cabeza de oro tan maravillosamente bien formada, que ella había acunado en sus brazos, besándola y cantándole como si fuese un hijito suyo, meciéndole hasta dormirle, ambos transportados de ternura…

Frau Rittersdorf tuvo la sensación de que sé ahogaba; cerró los ojos y abrió la boca en un grito mudo, porque su cabeza rodaba en una confusión de pensamientos…, y abrió los ojos de nuevo, y allí estaba Tito otra vez, inclinándose sobre ella graciosamente dentro de su ceñido traje negro de baile, faja roja, bolero, camisa de volantes y todo lo demás, y estaba diciendo…, ¿qué diablos estaba diciendo? Llevaba algo semejante a un fajo de papeletas en la mano izquierda. El bailarín sacó una y se la acercó; pero no sonreía, sino que sostenía su mirada como si quisiera hipnotizarla. Frau Rittersdorf extendió el brazo para cogerla, pero Tito la retiró y le dijo:

—Todavía no. Permítame que le diga una cosa primero…

Con la cabeza despejada y sentada muy erguida en la silla, frau Rittersdorf escuchó atentamente, esperando oír algo siniestro, prohibido o, en el mejor de los casos, poco convincente. En cambio resultó una cosa decepcionante por su intrascendencia. La compañía de baile deseaba organizar una pequeña fiesta en la que pudieran tomar parte todas las personas de a bordo; una cena especial a la que todo el mundo debía presentarse enmascarado y cambiarían de sitio en la mesa. Habría música especial, baile para todos, y la compañía de baile, por su parte, se proponía dar un espectáculo de larga duración, presentando los números más brillantes de su repertorio; luego habría un sorteo para adjudicar hermosos regalos. Los regalos los comprarían en las tiendas de Santa Cruz de Tenerife, una ciudad famosa por sus refinadas artes y sus obras de artesanía.

Todo ello se ofrecería en homenaje al capitán la noche antes de llegar el barco a Vigo, donde la compañía de baile desembarcaría.

—Nos hemos dicho que era una pena pasar un viaje tan largo sin una fiesta pública —explicó Tito muy serio, como quien procede con entera buena fe.

La cabeza de frau Rittersdorf se despejó todavía más; sus instintos mercantiles tomaron el mando de la situación.

—Para ser artista, tiene todo el tono de un comerciante —comentó—. ¿Cómo es posible que sea tan práctico?

—Soy el apoderado de la compañía —respondió él—, y además el director, y mi esposa me sirve de ayudante.

—¿Lola? —preguntó frau Rittersdorf, condescendiente.

—Sí, doña Lola —corrigió él, arrogante.

Su tono de voz limpió de nieblas la mente de frau Rittersdorf.

—Tiene que dejarme pensar un poco —dijo lánguidamente, haciendo como si quisiera abrir de nuevo el diario—. No soy amiga de los juegos de azar en ninguna de sus formas…

Desvió la mirada y vio que Lizzi Spöckenkieker se habría sentado, dos sillas más allá, con una revista de gran formato que no simulaba leer. Aquel cuadro le molestaba tanto a frau Rittersdorf que se irguió en el asiento y preguntó con mucha firmeza:

—¿Cuánto valen las papeletas de esa rifa suya? —preguntó vivamente.

—Cuatro marquitos —respondió Tito, curvando el labio para manifestar lo despreciable que había de parecerles a los dos esta suma.

—El dinero no me importaría —manifestó frau Rittersdorf, notando con aflicción que aquella escena no podía ser más pública.

La gente empezaba a pasar en el desfile que precedía a la cena. La pareja de novios recién casados, olvidados de todo, por supuesto; el doctor Schumann…, ¡oh, el bueno del doctor! Los estudiantes cubanos, un poco más calmados aquellos días, pero llenos de malas intenciones y con unas lenguas viperinas, con toda seguridad; ¡los estúpidos Lutz con su sosa hija Elsa!, sin tener otra cosa en qué pensar, sino en la murmuración; los dos sacerdotes; frau Rittersdorf había tenido siempre a gala el saludarles con una reverencia, pero ahora hubiera deseado ser invisible. Denny, aquel americano aborrecible, con su ruin mueca de mofa y sus ojos malvados…,

todos los pasajeros de primera clase parecían querer aprovecharse del apuro en que se encontraba y que nunca podría explicar; pues Tito seguía inclinado sobre ella con el aire del hombre que está muy seguro de ser bien recibido, como si ella estuviera a punto de aceptar una invitación a tomar café juntos, quizá. El fajo de papeletas había desaparecido de su mano. Frau Rittersdorf hizo acopio de fuerzas, irguió el cuerpo más que nunca y, notando en aquel mismo momento que Lola y Amparo, también con sus vestidos de baile de volantes, se apoyaban juntas en la baranda, a poca distancia de allí, dijo con firmeza:

—Debo informarme mejor sobre esta cuestión por otras personas. Me parece poco definida; todavía no comprendo exactamente en qué desea usted hacerme tomar parte. Lo que me propone dista mucho de figurar entre lo que suele hacerse habitualmente. En los mejores buques no encontrará tal costumbre de ofrecer una comida de gala al capitán a mitad de la travesía, aproximadamente. El momento adecuado para dar un banquete al capitán, si se informa verá que estoy en lo cierto, es la penúltima noche de travesía, antes de llegar al destino final. Créame, hasta ahora había viajado siempre en los mejores barcos, y esto es lo que hace *le beau monde*…, todo lo más temprano la antepenúltima noche, según sea el tiempo y a tono con otras circunstancias… No, no veo necesidad alguna de que se adelante la fecha solo porque ustedes bajan del barco en Vigo; la mayoría de nosotros continuará el viaje hasta el final. Inmediatamente antes de llegar a Bremerhaven, me encantará colaborar en algo para demostrar nuestra gratitud al capitán por sus desvelos en favor nuestro durante este viaje. Antes, no. Tenga usted la bondad de excusarme.

—Pero los que desembarcamos en Vigo, también deseamos ofrecer un pequeño y correcto homenaje a nuestro noble capitán —insistió Tito, con gran informalidad y en un alemán bastante bueno.

—Las personas de la buena sociedad hacen las cosas de otro modo —respondió frau Rittersdorf, asumido totalmente su papel de mentora y con una luz apostólica en los pálidos ojos—. No veo motivo para suponer que el capitán no notará el cambio si le ofrecemos una diversión que ignore las fórmulas aceptadas de la vida social… y, además, quizá usted no esté enterado, pero apenas se da nunca el caso, en verdad, yo no recuerdo ninguno, en que se

mezcle en la fiesta un factor comercial, y menos loterías de ninguna clase. Para el banquete del capitán uno no compra papeletas. Realmente, lo que trato de explicarle, en último término, es que la fiesta de despedida del capitán se da por invitación del mismo capitán a sus pasajeros, y no en sentido inverso. Comida, decoración, regalos, música, todo en fin menos el champaña lo proporciona el almacén del barco a todos los pasajeros, así como a los invitados a la mesa del capitán. ¡De modo que —terminó con aire triunfante, porque Tito la escuchaba atentamente, y ella confiaba que la lección se le estaba grabando en el cerebro—, usted y sus amigos españoles pueden hacer lo que gusten al respecto, pero en privado, sin comprometer a otras personas que tienen ideas distintas sobre estas cosas!

Tito cruzó una rápida mirada con Lola y Amparo, que se acercaron un poco más, colgándose las mantillas de los brazos. Luego imitó bastante bien el saludo alemán, haciendo chocar vivamente los tacones de sus zapatillas de charol, y dijo, sonriendo, en un español rapidísimo:

—Tanto si le gusta como si no, maloliente salchicha alemana hecha de posaderas de vieja, nosotros vamos a dar nuestro espectáculo y usted contribuirá a pagarlo.

Lola y Amparo estallaron en unos alaridos de risa incontenible y aplaudieron su actuación. Tito se acercó a las dos mujeres y se acomodó a su paso, marchándose con ellas. A cierta distancia se detuvieron; seguían riendo, y Tito se doblaba, sujetándose la estrecha cintura con ambas manos. Frau Rittersdorf, que no había entendido o no podía creer lo que le había parecido oír, sospechando lo peor y hasta un poco asustada, pues había visto con pesar que aquel hombre era en realidad un *maquereau* **[26]** capaz de todo, se sonrojó intensamente y se reclinó en la silla.

—¡Dios de los cielos! —exclamó, volviéndose hacia Lizzi, como hacia un ser conocido que podía ofrecerle un poco de consuelo—. Dios de los cielos, ¿qué se puede hacer con gente así?

—¡Siempre se puede bailar con ellos! —respondió Lizzi, y frau Rittersdorf sintió que la malicia le saltaba de los mismos poros como chispas eléctricas. Viendo que su réplica hacía temblar la barbilla de frau Rittersdorf, Lizzi continuó en tono de falsa simpatía —: La verdad es que se están burlando de usted esos cerdos…

Mírelos, frau Rittersdorf: ¿ha visto jamás semejante descaro? Solo les falta sacarle la lengua. Me pregunto qué puede haberle dicho aquel hombre. No lo he entendido bien, pero parecía algo espantoso.

Frau Rittersdorf se puso al momento a corregir el terrible error de haber dado a Lizzi una oportunidad tan brillante de poner en juego sus facultades peculiares.

—Quizá no sea la única —dijo—. ¡Puede ser que a continuación le toque el turno a usted, si es que no le ha tocado ya!

Lizzi se dio aire con la revista.

—Oh, sí, uno de ellos…, no ese mismo, sino aquel a quien llaman Manolo…, y una mujer… no sé cuál se me han acercado esta mañana… Parece que su plan está en marcha a toda vela… ¿De verdad no estaba enterada usted?

—No —contestó frau Rittersdorf—, nadie me había dicho nada.

—Me alegré de poder comprar mi tranquilidad con unas monedas —confesó Lizzi con presunción—. El desembarazarme de ellos solo me costó cuatro marcos. Valía el doble.

—Entonces pueden reírse de usted por otro motivo —le espetó frau Rittersdorf—. ¡Al menos a mí no son capaces de timarme!

—¿De verdad se figura que yo iría a la fiestecita que organizan? —preguntó Lizzi—: Les di el dinero lo mismo que se lo hubiera dado a un mendigo.

—Yo tampoco asistiré a su fiesta —aseguró frau Rittersdorf, recobrando la calma poco a poco—. ¡Y no pagaré ni un pfennig por el derecho a estar ausente!

Las dos mujeres se quedaron en silencio y siguieron con mirada resentida los pies ligeros de los españoles, que desaparecían por el extremo de la cubierta. El aire les traía sus animadas voces que acentuaban la melancolía que emanaba de las dos rígidas figuras estiradas en las sillas de cubierta.

Frau Rittersdorf abrió el diario y continuó con su relación de los acontecimientos. Después de meditar unos instantes, pluma en ristre, escribió resueltamente:

> «Ese saquito de harina que se llama frau Schmitt, mi compañera de camarote, y no tiene derecho a consideración alguna por parte de nadie, en el espacio de estos últimos días ha empezado a dar signos de un

> cambio de carácter. Monopoliza el lavabo y el espejo. Se sienta con toda la frescura y se empolva la cara y se peina en un moño aquel cabello color de ratón que tiene, con la misma libertad que si no me tuviera esperando. Yo consulto el reloj de vez en cuando, comento lo tarde que se está haciendo y digo que también tengo que vestirme. Pero, hasta el momento presente, este recurso no ha surtido efecto. A pesar de lo incapaz que soy de mostrarme grosera con nadie, me veré obligada a tomar medidas para corregir sus malos modales. El pasar por alto una insolencia en un inferior, es un delito contra la moralidad. Lo efectivo de la severidad —esto lo aprendí con aquellos bestias de niños ingleses— reside en una persistencia constante, implacable, total, no flanquear ni un momento, sino vigilar, vigilar, siempre; de lo contrario, se te echan encima como una jauría de hienas». Frau Rittersdorf meditó este último párrafo, y añadió: «*Note Bene*: Debo estar especialmente en guardia contra ciertos elementos de ínfima clase que hay en este barco y que no quieren bien a nadie. Vigilancia, vigilancia».

Frau Rittersdorf se sentía muy cansada, hambrienta como si no hubiese comido desde hacía días; añoraba el querido, doméstico sonido de la corneta que llamaba al comedor. Tenía la mente llena de pensamientos impropios; extrañas ideas saltaban de un lado a otro, chocaban entre sí y la amenazaban con una jaqueca. Antes de cerrar el diario, añadió unas líneas más:

> «Todo esto puede resultar muy cargante, pero supongo que es necesario, y que el significado que encierre quedará en claro más adelante».

—Esos *greasers* [27] se traen algo entre manos —hizo notar Denny a David—. Han puesto en marcha un plan. —Estaba examinando, con la ayuda del espejo, tres granos que le habían salido debajo de la mandíbula, multiplicaban por cinco los desastres de su cutis y le tenían en un estado de alarma perpetua—. ¡*Miren* qué cosas, Dios mío! —les dijo a sus compañeros de camarote, levantando el

mentón.

Herr Glocken estaba enroscado en la litera inferior, esperando que los dos jóvenes se cambiaran las camisas y las corbatas antes de comer.

—Desde aquí ni siquiera los veo —dijo a Denny para tranquilizarle.

—Quizá sea usted corto de vista —contestó el joven, que no pensaba permitir que nadie se tomase a la ligera sus aflicciones.

Herr Glocken metió la mano en el bolsillo y se puso las gafas.

—Incluso así —subrayó, mirando fijamente—, apenas puedo distinguirlos.

David, que se abotonaba la camisa, no volvió la cabeza.

—¿Qué son *greasers*? —preguntó. Detestaba la costumbre de Denny de llamar a todas las naciones, excepto la suya, con motes feos y cortos; no obstante, hasta para la suya tenía unos cuantos favoritos: *cracker*, por ejemplo, aunque este mote lo aplica únicamente a los habitantes del Estado de Georgia; «basura blanca» era otro, que aplicaba específicamente a personas de baja condición social combinada con insolvencia financiera, y, en general, a cualquier otra persona cuya actitud hacia él o hacia su punto de vista le pareciese poco favorable.

—Esos *greasers* bailarines españoles —aclaró Denny, sospechando que las palabras de David encerraban un reproche mudo. Denny sospechaba a menudo que David le censuraba cierto número de cosas, aunque nunca estaba seguro de cuáles eran. Pero ¡vaya tono de voz puntilloso solo por la palabra *greaser*…!—. Ea, ¿cómo los llama usted? —preguntó—. ¿*Wops*? ¿*Dagos*? No, esos son los italianos. ¿Polaks? No. ¿Quiénes? No, esos son los de Puerto Rico, ¿verdad? ¿O los del Brasil? No son *niggers*. Ni *kikes. Kike* es el nombre que los mismos judíos dan a uno de ellos que viva miserablemente. Como ese Löwenthal, por ejemplo. Aunque no es mal sujeto. Yo he hablado con él. ¿Sabía usted que yo no había visto un judío en toda mi vida hasta que cumplí quince años y salí de casa para ir al colegio? O si lo vi no supe que lo era. En mi ciudad no les teníamos ninguna antipatía a los judíos…, ¡ni siquiera teníamos judíos!

—Quizás estuvieran ustedes tan ocupados linchando negros que no les quedaba tiempo para los judíos —comentó David en tono tan

distante y tan falto de calor que Denny se quedó un momento boquiabierto, y luego cerró la mandíbula de golpe.

—¿De dónde es usted? —preguntó después de un silencio.

—De Colorado —declaró David.

Denny intentó recordar lo que había oído decir de Colorado…, si es que había oído decir algo que no se refiriese a sus minas de plata. No pudo recordar ningún rasgo característico de los habitantes de aquel Estado, y, por lo que él sabía, no tenían apodo especial, como *hoosier* o *cajun* [28]. Apenas si se les podía llamar yanquis.

—¿Metido en minas? —aventuró.

—En efecto —respondió David—: cronometrador en una mina de México.

—Creía haberle oído decir que era pintor —aventuró Denny.

—Lo soy. Haciendo de cronometrador en una mina me ganaba el sustento y así podía pintar —explicó David.

Denny meditó un rato la explicación; luego dijo:

—Oiga, hay algo ahí que no entiendo: usted se pasa el tiempo trabajando en algo que no le da para vivir, y luego coge un empleo a fin de ganar bastante dinero para seguir trabajando en el trabajo que no le permite vivir… Esto me deprime —concluyó—. Y usted se da el nombre de pintor, pero ¿por qué no puede ser, ni más ni menos, cronometrador de una mina? ¿Por qué no dice que es cronometrador?

—Porque en realidad no lo soy —respondió David—; solo me gano la vida de este modo; mejor dicho, me la ganaba… Ahora voy a intentar ganármela pintando, y si no lo consigo, siempre hallaré algún empleo para mantenerme mientras pinto.

Herr Glocken se desenroscó, levantándose. Se pasó la mano por la cara y el cabello delante del espejo, se colocó el nudo de la corbata un poco más hacia el centro, se dio unos golpecitos para alisarse las arrugas de la ropa, y se consideró listo para salir.

—¡Ah, sí! —dijo a Denny—. Esa es la vida heroica. ¡Así es como pueden permitirse el lujo de vivir los hombres que tienen confianza en sí mismos! Yo… yo nunca la tuve. Yo cuido de mi pequeño quiosco, mis periódicos y revistas y tarjetas de cumpleaños y de Navidad, además de tinta, pluma y papel de escribir, y todas las noches cuando cierro me he ganado los gastos del día; sí, en efecto, y hasta un poco más, y esto lo invierto de modo que vengan a mi

bolsillo continuamente unos cuantos pfennigs, *centavitos* más, siempre unos pocos más, pues yo no he vivido…, ¡yo solo existo!

Y ya no me queda otra existencia que la del anciano, y si no tengo cuidado moriré debajo de un puente, o en un asilo…

—Es posible que yo también —contestó David, alegremente, aunque el súbito chorro de confidencias de herr Glocken le había helado la sangre.

—Es posible —convino herr Glocken—. ¡Nadie sabe su final! ¡Pero no morirá desesperado por no haber tenido el coraje de vivir! ¡Usted ha cogido el timón de su propia vida, y nadie podrá hacer que se arrepienta nunca de ello!

El jorobado hablaba con tal pasión que aquellos dos afortunados jóvenes, de espaldas rectas, experimentaron quizá su primera emoción en común: una punzada de pesarosa vergüenza, como si le debieran una reparación por el infortunio que sufría, por su cuerpo malformado; una explicación de por qué para ellos era tan sencillo tener valor… Pues Denny tenía la sensación de que también él por su parte se lanzaba al mundo, afianzaba el pie; era una realidad que un ingeniero con experiencia tenía a su disposición cuarenta empleos, pero él disfrutaba, además, del derecho de escoger el más alejado de su hogar, el que le hundía más profundamente en la aventura; esta libertad, al menos, sí que la tenía. Sin embargo, no veía gracia alguna en comportarse temerariamente… Tenía la impresión de que David Scott era pura y simplemente un temerario, y de que el pobre jorobado le lisonjeaba fingiendo tenerle envidia. Y tomó la palabra:

—No es el vigor del cuerpo, sino el de la mente lo que da carácter a la vida de uno —afirmó, y escuchó su filosófica declaración con sorprendido y vivo placer; no expresaba un pensamiento bien meditado: era una afortunada improvisación—. Yo apostaría a que en cualesquiera circunstancias, usted habría terminado en un quiosco de periódicos. Le diré una cosa: ¡yo creo que conseguimos lo que queremos!

—¡Oh! —exclamó herr Glocken con un gemido, poniéndose en movimiento hacia la puerta—. Oh, no. Dispense esta palabra tan seca, que no se refiere a usted, sino a esa convicción tan falsa…, ¡es una de las grandes mentiras de la vida! Ah, no, no…, porque yo solo quería una cosa en el mundo… —aquí hizo una pausa para

aumentar el efecto.

—¿Qué era? —preguntó David, complaciéndole.

—¡Ser violinista! —contestó herr Glocken en un tono tan patético como si esperase que los dos jóvenes se pusieran a llorar.

—Pero ¿por qué era imposible? —inquirió David.

—¿Cómo puede hacer esa pregunta, después de mirarme unos instantes? —Los ojos de herr Glocken tenían una expresión ofendida —. Ah, caramba, es imposible hacerse comprender. Pero tenía el alma —concluyó enfáticamente, dándose unas ligeras palmadas en las puntiagudas costillas—, y todavía la tengo, y esto me consuela un poco. —Sonrió con su sonrisa de bromista trágico, y desapareció.

—Bien —resumió Denny—, aquí termina la cosa, confío.

Y no se pronunció otra palabra más acerca de herr Glocken.

—No me ha dicho nunca el apodo de los españoles —comentó Denny al cabo de un rato.

—No sé qué se dicen en España cuando quieren insultarse —contestó David—. Pero en México los indios los llaman *gachupín*. La palabra significa espuela, en realidad, o bota que pica como una víbora, que es el circunloquio con que los aztecas designan a la espuela.

—Demasiado bueno para ellos —afirmó Denny.

—¿Qué cree que están preparando? —preguntó David, volviendo al tema de la compañía de baile—. Los veo por ahí, importunando a la gente y hablando, pero a mí no se me han acercado todavía. Se habla de que quieren montar una especie de espectáculo y una lotería, y qué sé yo: una especie de *feria* a la antigua en un barco, lo cual será una novedad. No puedo afirmar que me gusten ni su aspecto ni sus procedimientos…

—Ese Arne Hansen ha perdido la cabeza por la tal Amparo —comentó Denny sin pretender disimular su envidia—. Esas mujeres tienen algo que no me vendría nada mal ahora mismo. Aquella Pastora…

Y se interrumpió, titubeando cuando estaba a punto de delatarse explicando la verdadera historia del encuentro que había tenido aquella misma tarde con Pastora. Pero lo pensó mejor, porque deseaba mantener la imagen que de su propia personalidad confiaba haber grabado en la mente de David Scott: la imagen del hombre que no se deja engañar por ninguna mujer, pues todas,

desde la primera hasta la última, no persiguen otra cosa en este mundo de Dios, que el dinero. Y para todo hombre que esté en sus cabales, el mayor placer debe consistir en que una mujer no eche el guante a una sola moneda que no se haya ganado a las duras… Pero se retrajo y en su interior volvió a ver cómo había ocurrido aquello: Pastora, que nunca se había tomado la molestia de disimular el desprecio que le inspiraba, se topó con él cara a cara en el paseo de cubierta y, de pronto, estiró el brazo en un gesto gracioso y franco, y le paró sin que él hubiera acortado el paso, poniéndole la mano a la altura de la corbata. Con los profundos ojos abiertos de par en par, le sonrió con la sonrisa más alentadora y le dijo, en un inglés infantil:

—¡Venga y ayúdenos a montar nuestra fiesta! Bailaremos, cantaremos, haremos juegos, besaremos…, ¿por qué no?

—¿Cuánto? —oyó que preguntaba su propia voz. Pero se sentía como un pajarito mirando a los ojos de una serpiente.

—¡Oh, casi nada! —dijo Pastora, en tono subyugador—. Dos dólares, tres, cinco…, diez… lo que usted quiera.

Denny notó que empezaba a sudar, y se creyó en la obligación de decir:

—Pongamos dos dólares, pues. —Pero tuvo miedo de que si dejaba escapar aquella ocasión, no se le presentaría otra—. ¿Bebemos un trago? —propuso audazmente.

Y se pasaron un buen rato en el bar, sentados delante de una botella de sucedáneo de champaña alemán… a doce marcos la botella, nada menos; pero Pastora sorbía el líquido con gran placer, los pies de ambos se apretujaban como en un nido debajo de la mesa, y Denny, que pensaba que el champaña, hasta el de mejor calidad, tenía el sabor de un vinagre flojo con burbujas, se sentía tan trastornado y tan confiado en lo que había de venir luego que apenas podía tragar. Pastora quería también cigarrillos.

—Coja uno de estos —ofreció Denny, sacando su cajetilla de «Camel». Pastora no podía fumar los de aquella clase. Quería unos más delgados, con la punta dorada, que olían a jazmín y se vendían en unas cajitas de satén morado con unas letras de oro: «La Sultana». Denny calculó rápidamente el cambio de marcos a dólares: un dólar con noventa centavos una cajita de veinte. Y la compró. Y luego Pastora le vendió dos números de la lotería, a

cinco marcos uno; un marco más del precio que llevaban impreso. Denny pagó, y no se fijó en el engaño hasta mucho después. Pastora había sacado de su estrecha y ajada zapatilla de satén negro un pie menudo, que subía ahora acariciadoramente por el interior de los pantalones de Denny; los menudos dedos oprimían los músculos de la pantorrilla y jugaban con ellos, lo mismo que si hubieran sido dedos de una mano.

—¿Cuándo… cuándo se celebrará esta fiesta? —preguntó Denny, procurando no delatar la mezcla de placer y turbación que sentía.

—Ah, no tendrá lugar hasta poco antes de llegar a Vigo —manifestó ella.

—Pero…, ¿cuándo vamos *nosotros* a… a… estar juntos? —balbució él.

—Caramba, ahora lo estamos —le recordó ella, con muy poco candor.

—Sí, ya lo sé —asintió él, tratando de recobrarse, mientras sus peores sospechas despertaban nuevamente en avalancha—, pero esto no puede continuar de este modo; usted sabe perfectamente a qué me refiero…

—No entiendo el inglés muy bien —advirtió Pastora—, pero ¿significa lo que dice que quiere dormir conmigo?

A Denny este giro de la conversación le embelesaba.

—¡Claro que sí! —exclamó—. Ahora entramos en materia. ¡Quiero saber cuándo!

—No —contestó Pastora muy en serio y en un inglés bastante malo—; primero dinero, qué cantidad de dinero.

—Bien, veamos, ¿cuánto?

—Veinte dólares.

Denny, que estaba tomando el último sorbo de vino, se atragantó y lo esparció por el aire, encima de la cabeza de la muchacha. Esta, que quedó generosamente rociada, se secó el cabello con la servilleta de papel, y dijo con cierta dignidad:

—Esto no está bien. Ahora me marcho.

Denny la asió por la muñeca cuando se levantaba y le preguntó, desesperado:

—¿Esta noche?

—No, esta noche no —respondió fríamente, soltándose—. Esta noche estoy cansada.

—¿Mañana?

—Quizá. ¡Suélteme el brazo! La gente pensará que trata de poseerme aquí sobre la mesa.

Pastora se apartó con ademán resuelto y le dejó. A Denny no le quedó otro recurso que pagar la cuenta y marcharse con los ojos de todo el mundo fijos en él, o al menos así lo creía. No había osado mirar en torno suyo para comprobarlo.

Ahora decidió contarle a David una historia remozada del acontecimiento.

—Me ha costado una botella de ese maldito champaña —confesó un tanto avergonzado, omitiendo el mencionar los cigarrillos y los números de la lotería—. Ella no bebe mucho, pero solo se contenta con lo mejor; quiero decir que pide champaña. Tiene los piececitos más pícaros que he visto en mi vida, no mayores que los de un niño y suaves como un puñado de plumas. Se ha quitado los zapatos y hemos estado jugando con los pies todo el rato, lo mismo que dos colegiales. Pero quiere más dinerito, como lo llama ella, del que va a conseguir de mí.

No, no le iba a sacar nada hasta que el baile hubiera terminado. No quería hacer el primo. Unos tragos de vez en cuando y así la llevaría del ronzal, pero en esto pararía todo.

Si no había cama, no habría mesa; esta sería su política.

—Lo que haya de conseguir, lo conseguirá usted más fácilmente si no paga por adelantado —opinó David—. Ella después no cumpliría el trato, permítame que se lo diga… Conozco el tipo.

—Bien, hasta cierto punto, esto me parece bastante justo —contestó Denny—. Porque si la consigo antes de pagar, y voy a conseguirla, ¡luego no pagaré tampoco! —Y se quedó unos momentos meditando sus propias palabras, descubriendo, sorprendido, que había tomado una decisión drástica. Hasta entonces todavía no había tratado nunca de escamotearle su dinero a una mujer. Simplemente, siempre había tenido buen cuidado en no pagarle en exceso. Pero en la manera como esta intentaba trasquilarle como a un borreguito: había algo que le hacía sentir el afán de ser él quien le tomase el pelo a ella—. ¡Oiga! —exclamó con una indignación tan viva y auténtica como si la estafa hubiera tenido lugar ya—: Si le doy dinero antes, cumplirá el trato sin rodeos, o yo seré el último hombre a quien timará jamás. —David no dijo nada; al cabo de un momento, Denny añadió—: Hasta ahora

no he tenido relación sino con muchachas blancas, y con nadie más.

—Esas chicas son blancas —afirmó David.

Denny estaba claramente desconcertado.

—Bien, al decir *blancas* quiero decir americanas.

David, que se había sometido a un largo y duro aprendizaje para saber ser hombre, entre hombres, en la revuelta sociedad del campo minero mexicano, sacó su botella de auténtico whisky amargo «Old Cedar Rail» de su maletín Gladstone.

—¿Bebemos un trago? —propuso.

Denny asintió con la cabeza y se quedó mirando cómo llenaba los vasos de grueso cristal del camarote.

—Quítese el sabor del champaña —recomendó David.

—Tenemos un problema —dijo Denny en tono preocupado, continuando con su idea fija, después de beber un buen sorbo—, y es importante: en este barco no hay *sitio*. Pastora tiene a su chulo en el mismo camarote, con ella… Por supuesto, yo sé que el de Amparo ronda por el barco a todas horas del día y de la noche, cuando Hansen está en el camarote de ellos; pero esta especie de arreglo me pone nervioso. Así no saldría bien, sencillamente. Veo a Rieber y a su patilarga trotacaminos escurrirse hacia todos los lugares oscuros de la cubierta y de otras partes, pero no creo que vayan para dedicarse al asunto en serio. Creo que les gusta hacerse cosquillas, y nada más. Por otra parte, Pastora no ha dicho prácticamente nada correcto excepto en lo relativo al dinero. No ha dicho dónde ni cuándo.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—Se lo he preguntado. Y me ha dicho que mañana, quizá. Pero el sitio…, en eso es en lo que estoy pensando.

—En el campamento minero —explicó David, sirviendo otra ronda, volviendo a tapar la botella y sujetándola entre los pies—, allá arriba en las montañas de México donde tuve el primer empleo, el único burdel que teníamos consistía en una sola habitación, grande como una cuadra, con filas de catres tan juntos unos con otros que a uno le costaba trabajo meterse de costado en el espacio libre que quedaba entre ellos, y todo estaba oscuro, excepto por una lamparita roja en un rincón. Allí uno entraba con su chica y se ponía a tentar los catres hasta encontrar uno que no estuviese ocupado; iba pasando la mano por encima hasta que no hallaba

ninguna pierna, ningún torso, y entonces se echaba allí…

—¡Cielos!, yo habría desistido —exclamó Denny, atónito, sentándose en el suelo y quitándose los zapatos.

—No estaba tan mal —concluyó David. En realidad, siendo para lo que era, estaba sobradamente bien.

Y poco a poco volvió a derramarse por sus venas aquel profundo y súbito acceso de aborrecible e irresistible furia sexual, una mezcla venenosa de náusea y de placer mortal: sensación que, al atenuarse, le dejó —como siempre— un poco mareado, nada más. Una vez, en los primeros tiempos de su amistad con Jenny, le confesó, titubeando, después de haber hecho el amor gozosa y alegremente en una fresca mañana de primavera, las extrañas aventuras que había vivido en aquel mismo lugar; en cierto modo creía, y esperaba que ella lo comprendiese, que aquel amargo regusto final le purificaba, le devolvía intacta la plenitud de su masculinidad. Se alegraba de poder decir que, después de noches como aquellas, el pensar en el sexo le asqueaba durante mucho tiempo.

Se sentía superior a sus propias acciones y a las amiguitas que le ayudaban a realizarlas, y sentía que aquel desprecio purificador le redimía y le apartaba al mismo tiempo de la ruindad de tales acciones y de las mujeres de las cuales se había servido. Jenny, sentada en la cama, se inclinó sobre él, le cogió la cara entre las manos y le dijo alegremente:

«—No te apures, querido. Esto es una resaca metodista perfectamente normal. A los hombres les encanta roerse las entrañas, y luego a esta autofagia le dan nombres pomposos… Yo… ¡Oh, espero que no vomites encima de mí!».

David no le había perdonado tal respuesta. No le perdonaría nunca su actitud.

—¿Otra? —preguntó a Denny, llenando la copa. Denny asintió —. Vaya —dijo luego—, ¡qué pocas posibilidades tiene uno para revolcarse libremente por la cama en esta bañera! —Se examinó, con creciente alarma, el uñero que se le había formado en el pie—. ¡Cielos! —exclamó—, ¡yo creo que esto se me ha infectado! —Y olvidó todo lo demás para ponerse a buscar el yodo.

Hasta que subieron a bordo, Hans no había visto nunca a sus padres vistiéndose y desnudándose juntos. Recordaba que cuando era muy pequeño, por las mañanas, le llevaban a su propia cama y jugaban con él. Pero un día —Hans no sabía cuándo fue exactamente— su madre le dijo:

«—No, Hans, ahora ya eres un chico mayor; es hora de poner fin a estas niñerías».

Hasta entonces había tenido permiso para abrir la puerta del cuarto de sus padres y entrar siempre que le pareciese bien. A partir de aquel momento, siempre que asía el pomo alguna que otra vez, encontraba la puerta cerrada; lo que hacían ahora sus padres era entrar en su cuarto al acostarse, para rezar juntos las oraciones de la noche.

En el reducido y atiborrado camarote que tenían aquí, no era posible vestirse y desnudarse en la intimidad; no había dónde refugiarse para ello. Cuando llegaba el momento, la madre le cubría los ojos a Hans con un pañuelo y le decía:

—¡Hala, no te lo quites hasta que te lo diga! ¡Y no aceches!

Pero Hans acechaba, naturalmente. Para gran desencanto suyo, lo cierto es que no había mucho que ver. Él no comprendía a qué venía tanto misterio. Volviéndole la espalda a él y entre sí, sus padres se desnudaban, prenda por prenda al mismo tiempo que se ponían las de noche, de modo que no estaban desnudos de verdad ni un solo momento, y él no conseguía más que entrever, de tarde en tarde, el hombro rollizo de su madre, o las delgadas costillas de su padre. Tanto secreto se le hacía mucho más misterioso que el hecho de haber visto a plena luz del día, en la playa, trozos mucho mayores de sus cuerpos. Con lo cual se quedó convencido de que en el desnudarse para acostarse había algo que no se daba en el desnudarse para otras ocasiones, y se propuso descubrir qué sería este algo, si tenía ocasión. Antes de que Hans pudiera ver bien cómo había sido, sus padres se volvían de cara completamente

cubiertos de nuevo; su padre con una larga y fina camisa de dormir ribeteada de trencilla de algodón encarnado, su madre con un ondulante camisón de manga larga. Su madre decía:

—¡Ya! —como si tratase de un juego, y le arrancaba el pañuelo de los ojos. Y Hans procuraba poner cara de sueño.

En el camarote el aire estaba viciado, incluso cuando tenían abierto el ojo de buey, pero de noche lo cerraban, porque el aire nocturno siempre era peligroso, pero el del mar era mortal. Mientras sus padres se desnudaban, sus cuerpos despedían unos olores que le daban a Hans unas vivísimas ganas de pedir que abriesen la ventana, aunque nunca se atrevió. El olor de su padre era ácido y penetrante como el de la droguería de la ciudad de México a la que entraba a menudo con un papelito que le había dado el médico; el de su madre, dulzón y nauseabundo, como los olores mezclados de los puestos de pescado y los de flores, que estaban unos al lado de los otros, en el mercado de la Merced, bajo el sol del mediodía. Hans distinguía los respectivos olores porque con frecuencia le llegaba una vaharada incluso al aire libre, en los jardines de México, o estando a la mesa, o en la cubierta de aquel barco. Aquello le daba náuseas, le daba a veces la impresión de que sus padres eran personas extrañas, les tenía miedo; en el aliento de su padre y las axilas de su madre había algo de anormal; algo que a veces le hacía pensar si el que tenía alguna anormalidad no sería él. De vez en cuando volvía la cara hacia su propio hombro e inspiraba, o hasta se desabotonaba la pechera de la camisa y olisqueaba profundamente los olores que subieran. Pero siempre olía como tenía que oler, no hallaba nada anormal, en absoluto, y durante un tiempo se sentía más sosegado.

Su madre se arrodilló junto a su cama. Hans se levantó y se arrodilló a su lado. El brazo con que su madre le rodeó los hombros despedía un olor agradable a ropa recién lavada. Su padre se arrodilló al otro lado, y los tres rezaron sus oraciones en un coro de murmullos. Ambos le abrazaron, le besaron y le dieron las buenas noches; y de pronto Hans se sintió tan unido a ellos, tan lleno de confianza, que dijo, sentándose de nuevo:

—¡Mamá, hoy Ric y Rac me han dicho que me echarían por la borda, pero yo no he tenido miedo!

La madre le replicó, vivamente:

—Hans, ya sabes que después de haber rezado tus oraciones no tienes que hablar.

Pero el padre dio un salto que casi se salió de la camisa, exclamando:

—¿*Qué* has dicho? —Y dirigiéndose a su esposa—: ¿No has oído lo que ha dicho? Que aquellos terribles niños españoles le han amenazado…

—¡Tonterías! —exclamó su esposa. Y dirigiéndose a Hans—: ¿Qué te propones al escaparte para ir a jugar con aquellos niños? ¿No te dije que te apartases de ellos?

El padre le preguntó a la madre:

—Pero, oye, ¿dónde estabas tú que lo has perdido de vista?

—En la peluquería, pero le había dicho que se estuviera sentado y me esperara sin moverse de la silla de cubierta. Echame la culpa a mí, naturalmente. ¡Yo no puedo tener ni un momento de sosiego para nada!

—¡Cuida de tu hijo y deja de atormentar a tu marido! —bramó el padre.

Y Hans vio que le habían olvidado por completo.

—Yo no me he movido de la silla —protestó, casi llorando—. Ellos han venido, se han plantado allí, y me han dicho: «Vamos a arrojarte por la borda. Y a todos los demás también. Hasta al bulldog». Esto es lo que me han dicho ellos, y yo no tengo ninguna culpa. Yo les he dicho: «Marchaos, o si no se lo contaré a mi padre». Y ellos se han puesto a reír y se han burlado de mi.

—¡Es monstruoso! —exclamó la madre, profundamente trastornada—. ¿Aquel perro inocente e inofensivo? ¡Oh, Hans! Si alguna vez cometes la crueldad de maltratar a un animalito que no puede hablar, procura que yo no me entere.

—Yo no haría daño a «Bebé» por nada del mundo —aseguró piadosamente Hans, contento de haber reconquistado la atención de su madre.

—Hablaré con ellos, o con sus desvergonzados padres, si es necesario —dijo el padre—. Al fin y al cabo, no es una broma. Han amenazado con arrojar a Hans por encima de la borda, recuérdalo.

—Te aconsejo que no les digas nada, que les ignores como si no existieran. Y tú, Hans, no te muevas nunca de mi lado, y haz lo que te manden… No me hagas repetirlo dos veces.

—Sí, mamaíta —prometió Hans, con el tono de voz más sumiso.

Los padres apagaron las luces y todo quedó en silencio. Hans se durmió al cabo de un corto rato que pasó preocupado porque su madre no se había dado por enterada de lo cerca que había estado de morir ahogado mientras a ella le lavaban el cabello y le tenía olvidado por completo.

Herr Rieber habría acabado por tomar una decisión con respecto a fräulein Lizzi Spöckenkieker. En primer lugar, no era una fräulein ni mucho menos, sino una mujer de mundo, y aunque a herr Rieber nada le gustaba tanto como una dosis adecuada de coquetería femenina y de resistencia juguetona, estos dos elementos llevados más allá de ciertos límites se convertían en burla y descarada insolencia, y ningún hombre digno de ser tenido por tal los soportaría en ninguna mujer. ¡No, ni que fuese la misma Helena de Troya! En este estado de ánimo, la tomó del brazo después de cenar y la llevó a dar su paseo habitual. Mientras escuchaban la música, la guio escaleras arriba hasta la cubierta superior, y con la disimulada cautela del hombre que perpetra un crimen, la acompañó hacia la parte oscura de la chimenea del barco. Herr Rieber no hizo a su presa ninguna advertencia previa, ni le dio un momento de tregua para que le soltase un cachete o para huir, sino que la cogió rodeándole los hombros, confiado en que podría mantenerle los brazos pegados a las costillas, y atrayéndola hacia sí, abrió la boca para darle un beso hambriento.

Fue lo mismo que abrazarse a un molino de viento. Lizzi profirió un chillido extraño y tenso, y sus largos brazos le sujetaron por la abultada cintura. Sus delgados y grandes labios se abrieron de una manera alarmante y sus afilados dientes brillaron hasta en aquella oscuridad. Enseguida le dio un fuerte empujón y ambos cayeron de espaldas, agarrados. Las largas y activas piernas de la mujer redujeron al hombre, a quien echó de espaldas contra el suelo, y por un momento los salientes huesos de las caderas de Lizzi se clavaron cruelmente en la barriga del contrincante. Por una fracción de segundo, herr Rieber saboreó un destello de sorprendido alborozo ante el impensado calor de la reacción de Lizzi. Un segundo después, advertía con pánico tremendo que, a menos que se recobrase al instante, perdería por completo el control de la situación.

En consecuencia, reunió sus energías para invertir la postura antinatural en que se hallaban, e intentó rodar de modo que quedase en la posición apropiada de supremacía masculina, pero Lizzi estaba estirada sobre él cual una tienda de campaña llena de palos y los dientes femeninos se clavaban aviesamente en su cara, debajo mismo del hueso de la mandíbula. En el ser de herr Rieber, el dolor se impuso a toda otra sensación. En silencio, con lágrimas en los ojos, el buen hombre pugnaba por liberarse. No obstante, aquella lucha le deparaba un mudo alborozo. Cuando llegase a dominar a aquella mujer, si alguna vez lo conseguía, habría conquistado —así lo creía— una cosa que valía la pena poseer. Entretanto, ella no daba signo alguno de rendirse, sino que lo sujetaba con las rodillas como si fuese un caballo indómito, y sus brazos, movidos por unos músculos largos y delgados como los de un muchacho, le oprimían de una manera casi intolerable.

Hasta entonces, herr Rieber no había encontrado a ninguna mujer que en el momento preciso no se dejase vencer como era debido: ¡su propia intuición le diría cuándo! Desesperado, con la mandíbula embotada de dolor, sus ojos vagaron de un lado para otro, como buscando ayuda. En la semioscuridad distinguió una mancha blanca, que resultó ser la figura inmóvil de «Bebé», el cual había encontrado entreabierta la puerta del camarote de los Hutten y se había puesto a deambular solo hasta plantarse allí, a menos de tres pasos de donde se hallaban ellos, mirando descaradamente.

—Lizzi…, queridísima mía —dijo, jadeando herr Rieber—. ¡Lizzi, el perro!

Su tono de angustia sacó a Lizzi de su carnívoro arrebato. Los dientes de la mujer se separaron.

—¿Dónde? —preguntó en un susurro.

Herr Rieber puso la cara fuera de su alcance. Los brazos de Lizzi se aflojaron, y él los asió por las muñecas, al mismo tiempo que giraba sobre un costado hasta quedar al menos tendido al lado de ella. Por fin, tras una serie de resueltos movimientos para desenredarse —pues ahora Lizzi parecía completamente inerte en sus manos— herr Rieber consiguió que acabaran los dos sentados otra vez.

«Bebé», en equilibrio sobre sus arqueadas patas traseras y meciéndose levemente con el vaivén del barco, con el hocico

arrugado, los miraba con una expresión de astucia animal que les resultada muy violenta, porque se parecía muchísimo a la mueca de comprensión de un ser humano ante el lado poco edificante de la vida. Era obvio que veía claramente qué fin llevaba la pareja, sus intenciones no eran un secreto para él. Nada le extrañaba sino las formas raras de aquellos seres y los estrambóticos sonidos que producían. Ello le desconcertaba…, le desconcertaba y le repelía un poco. La verdad, no manifestaba simpatía alguna.

—¡Vete, márchate de aquí! —ordenó herr Rieber, con un gruñido tan bajo y profundo como el mismo «Bebé» hubiera sido capaz de soltar; pero como «Bebé» era lanudo y andaba a cuatro patas, era sagrado; no había ni que soñar en poner en juego medidas más severas.

Sobre este punto, herr Rieber era el alma misma de la sensibilidad. De niño, en una ocasión, lloró inconsolablemente al ver a un caballo caerse en la calle helada, enredado en sus jaeces, prisionero de un carro de cerveza. Quería pegar, matar al cruel carretero que había permitido que se cayese.

Nadie podía sentir más ternura por todo el reino animal de la que herr Rieber sentía. En realidad, todavía opinaba que la horca era poco para cualquier persona que atropellase al miembro más humilde de aquel mundo místico. Cada vez que por los más ineludibles motivos de disciplina se veía obligado a pegar a sus propios perros, se le partía el corazón. De ahí que ahora le hablase a «Bebé» con su acento más mimoso:

—Vete, sé un perrito bueno —le dijo, mirando esperanzado a su alrededor, en busca de algún objeto pesado que arrojarle—. ¡Perrito bueno!

Lizzi se echó a reír incontroladamente, con la cabeza entre las manos.

—¡Ja, ja, ja, ja! —chillaba con voz aguda como la nota de un alambre muy tirante.

«Bebé», entonces, se alejó en silencio, pisando el suelo suavemente con las almohadillas de sus enormes patas, despedido, aunque sin ofenderse, dedicado por entero a sus propios asuntos. Herr Rieber no estaba de humor para reanudar la tentativa en aquella situación, quizá un poco más prometedora, con una Lizzi un tanto castigada.

Se contentó con cogerle las manos y murmurar en tono apaciguador:

—¡No, no! ¡Vamos, vamos!

Lizzi se puso en pie con aire desmañado, hablando incoherentemente, dio a herr Rieber un ligero cachete en la mejilla y echó a correr, bajando las escaleras sin volver la cabeza para mirar. Herr Rieber la siguió, aunque algo más despacio, palpándose el carrillo pensativamente. No debía dar cobijo al desaliento ni por un instante. Al fin y al cabo, aquella era una mujer más… *Debía* de haber una manera, y él la encontraría. Y se acordó con nostalgia de la antigua costumbre de darles un golpe en la cabeza como medida preliminar; no tan fuerte que les causara ningún daño, naturalmente, solo una palmada firme y enérgica que paralizase ese menudo espíritu de contradicción que tienen las mujeres.

Aquella noche, poco después de empezar la cena, herr profesor Hutten, que todavía no había recobrado su apetito natural, reprimió con dificultad el impulso de apartar el plato lleno y levantarse de la mesa para ir en busca de aire puro; mas su esposa comía con buen apetito, y aunque el cuadro le resultaba a él un poco repugnante, esto no era motivo suficiente para interrumpirla. Los otros comensales tenían el aspecto de costumbre: el doctor amablemente callado, herr Rieber y fräulein Lizzi exudando su odiosa atmósfera de intimidad ilícita, frau Schmitt tan insignificante como siempre; solo frau Rittersdorf charlaba locuazmente, dirigiéndose al capitán —una mujer frívola, ¡y con cuánta vanidad para sus años!—, y si bien el profesor Hutten no tenía la esperanza de oír nada edificante o instructivo, escuchaba, sin embargo, con la vana esperanza de hallar alguna distracción a su desasosiego interior.

Frau Rittersdorf notó la atención que prestaba el profesor, vio que las otras caras también adquirían el aire del que escucha, y, sin dejar de retener el interés del capitán Thiele, dirigió unas miradas inteligentes hacia los otros y levantó un poco la voz a fin de incluirlos en el círculo de las personas a las que habían divertido, o enojado, o ambas cosas a la vez, los caprichos de la compañía de baile y sus ideas *outré* [29] sobre la etiqueta relativa a las solemnidades sociales a bordo de un buque…, si es que en relación a gente como aquella podía hablarse ni siquiera remotamente de etiqueta social.

Estaba sobre todo aquella criatura descarada a quien llamaban Tito, que había tratado de venderle no sé qué clase de papeletas para no sé qué estafa tramada entre ellos. ¿Quién sabía de qué se trataba?

—¡Ah, sí, de una rifa! —intervino Lizzi—. Yo compré una, y así me libré de ellos.

—¡Debería habérmelo dicho! —gritó herr Rieber—. Porque yo compré dos… ¡Debe devolver una de las suyas!

—¡La devolveré y recobraré el dinero! —relinchó Lizzi, sacudiendo la cabeza.

—¡Oh! —exclamó frau Rittersdorf—. ¡Sería una cosa digna de ver que alguno recobrase un pfennig de esos bandidos, porque yo sé que lo son!

—Aunque también unos bailarines maravillosos, ¿no le parece a usted, frau Rittersdorf? —preguntó herr Rieber, regocijado.

Lizzi le dio un cachete en la mano, molesta, porque esta frase quería pronunciarla ella.

—Debería avergonzarse —le reprendió—. No se muestra usted muy amable. Los bailarines escasean, a veces, y una no puede ser muy remilgada al elegir pareja.

Frau Rittersdorf, sorprendida ante el giro que tomaba la conversación precisamente cuando se disponía a dar una animada versión de tan inusitado incidente, exclamó con una voz aguda de soprano, pero sin perder la compostura:

—¡Oh! Hay desvergüenzas tan completamente inesperadas que a una la cogen de sorpresa. Se halla una indefensa, y lo mejor que puede hacer es seguir su propio instinto… Sí, su instinto y lo que le dicta la educación… y comportarse como si no ocurriera nada que se saliese de lo normal… ¿Cómo podía pensar yo, ni aun en sueños, en un atrevimiento semejante?

Y se apoyó en el respaldo, con la servilleta sobre los labios, mirando, afligida, por encima de ella Lizzi, cuyas carcajadas eran una interminable cascada de objetos de hojalata cayendo al suelo.

—¡Ah! Pero esto es precisamente lo que se considera que las damas sueñan —gritó entusiasmado herr Rieber, adelantando el cuerpo a fin de hacerse oír dominando el estrépito de la risa de Lizzi—. ¿Qué mal hay en ello, si quiere hacer el favor de decírmelo?

«¡Perro y cerdo! —pensó frau Rittersdorf, cuya aflicción se transformó en un abrir y cerrar de ojos en una avalancha de rabia —. Al menos no me veo reducida a tener que bailar contigo».

Enseguida entreabrió la boca, enarcó las cejas y entornó los ojos.

—¿Está usted seguro de adivinar lo que sueñan las damas, herr Rieber? —preguntó, en tono beligerante.

La táctica impresionó a herr Rieber, cuyas mejillas habían recibido más de un cachete de manos de damas fácilmente irritables, y en aquel momento frau Rittersdorf se parecía a todas y

cada una de ellas, lo mismo por el acento que por la actitud. Uno no pecaba nunca por exceso de cautela con aquel tipo de mujer pulcra y reservada, por muy tratable que pareciese. En consecuencia, se rindió al instante, incondicionalmente.

—Lo he dicho en broma, *meine Dame* —excusose con triste respeto.

—No lo dudo —replicó frau Rittersdorf, hurgando con su voz acerada en la vanidad herida del hombre—. No lo dudo en absoluto.

Herr Rieber no sabía ceder del todo. Iba dando un traspiés detrás de otro.

—Era una alusión indirecta a una teoría de Freud sobre…, pues…, sobre el significado de los sueños…

—Conozco bien las teorías de Freud —atajó frau Rittersdorf, con voz glacial—. ¡Pero no veo ninguna relación entre ellas y el tema presente!

Herr Rieber se acurrucó en la silla, y, con gesto mohíno, se puso a llenar el tenedor. Frau Rittersdorf se volvió hacia el capitán con su sonrisa más animada, llena de confianza, después del castigo completo que había propinado al presuntuoso contrincante —¡Freud nada menos!— y dijo:

—Todos nosotros nos estamos tomando a esos bailarines muy a la ligera, y, ciertamente, tanto da que lo hagamos, ya que la cosa no tiene remedio. Hemos de sufrir su presencia hasta Vigo, según creo. Pero dígame, ¿cómo es posible que una gente como ellos viaje en primera clase en un barco alemán respetable? Una se encuentra en situaciones insólitas provocadas por ellos.

Al capitán no le gustaba oír llamar «respetable» a su barco en un tono que implicaba que lo era muy poco. No le gustaba escuchar críticas relativas a la categoría de su lista de pasajeros, aunque en su fuero interno no apreciaba a ninguno sino a la condesa, y esta iba empezando a resultar una grave decepción, en un sentido personal. Levantando el mentón con gesto irritado, dijo con la mayor llaneza que supo:

—El Gobierno mexicano pagó el pasaje. Sin duda valía la pena desembarazarse de ellos.

—Sin duda alguna —convino frau Rittersdorf, alegremente—. ¡Y qué alivio será para los demás verles desembarcar efectivamente en

Vigo, y continuar el viaje en paz y seguridad! Porque, capitán, yo creo que esa gente son delincuentes peligrosos. Son personas malas, de esas que tienen que ser vigiladas por la policía. Son capaces de cualquier cosa.

Lizzi soltó un dardo instantáneo, por espíritu de lealtad hacia herr Rieber:

—¿Hasta de bailar con usted?

Una pequeña oleada de pasmo recorrió la mesa. El mismo doctor Schumann pareció sorprenderse de un ataque tan atrevido. El capitán intervino al instante, como le correspondía por derecho y por deber, y asestó el golpe decisivo. Obsequió a la boquiabierta frau Rittersdorf con una acerada mirada de reojo, y dijo:

—Mi querida señora: ¿no les está lisonjeando, quizá? El ser auténticamente malo exige cierta fuerza de carácter, y esa gente se me antoja que pertenece a la clase más baja, que nació entre la chusma y que no vale la pena mentarla. Mi barco, lo mismo que cualquier otro, transporta personas de todas clases. En mi mano está el aplicar la disciplina. ¿Puedo pedirle a usted un favor? Deje de mi cuenta el juzgar lo peligrosos que sean.

La pequeña frau Schmitt no pudo menos que observar con cierta sonrisa de justicia satisfecha que ahora le tocaba a frau Rittersdorf el turno de encogerse sorprendida, a punto de deshacerse en lágrimas, y sonrojarse con un color encarnado que le sentaba muy bien desde las raíces del cabello hasta el fondo de su recatado escote. Sin embargo, mientras ella aún la observaba, frau Rittersdorf irguió el cuerpo con gran dignidad, levantó la barbilla, volvió la cabeza y examinó a los otros comensales con aire arrogante. Luego se ocupó nuevamente de su plato y comió en medio de un silencio cortés; el único signo aparente de su incomodidad era que el rubor había desaparecido y la había dejado pálida como la cera. El silencio empezó a hacerse opresivo, incluso para el profesor Hutten, que sufría calladamente con cualquier trivialidad, fuese de la clase que fuere, y especialmente con la expresión tosca, desequilibrada, de ideas mal comprendidas.

La flotante confusión de palabras, «delincuentes, malos, capaces de todo», sugirió al profesor una idea y se dirigió al capitán con aquella deferencia y aquella moderación que enmascaraban su sentido de justicia absoluta y que siempre ejercían un efecto

calmante en el capitán, porque no se veía obligado a escuchar ni tenía que contestarle nada al profesor, a quien no interesaba entrar en discusiones, sino expresar sus propios pensamientos en voz alta y en compañía. En su condición de conferenciante, el profesor había aprendido hacía tiempo que un público silencioso es un público atento.

—Sistemas filosóficos enteros se fundan en la premisa de la depravación total del género humano —empezó, poniendo las yemas de los dedos de una mano en contacto con las de la otra, delante del pecho, y juntando y separando las palmas de vez en cuando—, no creo que sea necesario nombrarlos, ¿verdad? —Y dirigió una mirada a su alrededor, diciéndose que sería perfectamente inútil la enunciación—. Y debo decir que cerebros realmente superiores nos han ofrecido argumentos bien trabados en defensa de esta tesis. Es innegable también que esos cerebros saben señalar, a guisa de poderosa ilustración, aspectos de la simple conducta humana que demuestran que el hombre posee una naturaleza genuina e irremisiblemente malvada. Con todo, pese a las pruebas convincentes de lo contrario, o, digamos más bien, las manifestaciones que una mente no filosófica (0 no sostenida por una sólida instrucción religiosa) podría sentirse impelida a mirar como evidencia de lo contrario, no puedo menos que creer inquebrantablemente, llámenlo *sancta simplicitas*, si es preciso —y se cogió la barbilla juntando las yemas de los dedos con gesto humilde—, inquebrantablemente en la bondad fundamental de la naturaleza humana, como principio básico. La voluntad de Dios, podrían llamarlo ustedes, irradiando la carne. Los hombres que obran mal, que parecen inclinados al mal por naturaleza, que siguen voluntariamente al mal, son enfermos, anormales…, personas que se han desviado del designio divino. Aunque ello no implica, ni mucho me nos, que no puedan ser redimidas, cuando Dios decida que ha llegado el momento.

Frau Schmitt sorprendió a todos al tomar la palabra con bastante firmeza:

—Solo si se arrepienten y piden perdón a Dios —subrayó—. Todos los católicos saben que nadie puede perder el alma, excepto con su propio consentimiento…

Frau Schmitt se acobardó ante la interrupción del profesor

Hutten:

—Esto no es precisamente lo que estábamos considerando, querida frau Schmitt —observó, con suavidad apabullante—. Yo iba a decir que si los hombres obran mal por culpa de la ignorancia, no deben ser condenados. Su maldad se debe a que descuidaron su educación. Durante su juventud no estuvieron sometidos a influencias buenas. En tales casos, basta muchas veces con enseñarles lo bueno, lo verdadero, lo hermoso…, lo *Justo*, en resumen, para que lo abracen ansiosamente.

«La verdad es, a veces, odiosa y amarga —pensó frau Schmitt—. Una verdad es que mi marido está abajo en la bodega, dentro del ataúd, y yo soy viuda y me voy a mi patria, donde no me espera nada, y que he procurado ser buena y amar a Dios. ¿Y qué he sacado de ello?».

Porque frau Schmitt tenía cierta tendencia a perderse en confusiones similares siempre que pasaba demasiado tiempo lejos de su confesor y director espiritual. Y no dijo nada más, pero pensó con tristeza que no debía seguir escuchando doctrinas luteranas. No es que se sintiera tentada por ellas…

No, no… Sencillamente, se sentía desdichada al pensar que muchas personas buenas, como el mismo profesor, anduvieran descarriadas de aquel modo. A pesar de conocer dos idiomas, jamás había entendido con toda claridad el significado de las palabras. La verdad era todo lo que había sucedido, y un hecho era todo lo que existía.

—En mi experiencia han ocurrido pocas cosas —continuó el profesor que ahora se encontraba en un estado de salud y de humor excelente— que alterasen mi confianza, fundada sólidamente en los preceptos de la fe de mi niñez, en la absoluta benevolencia de Dios…

«Pero esto no es doctrina luterana —pensó el capitán, arrugando la frente—. Yo soy tan luterano como él, y hasta yo sé que eso no es cierto». Porque el capitán había escuchado todo el rato, a pesar de tener la libertad de no hacerlo.

—En general —prosiguió el profesor—, yo he descubierto que hasta al hombre más ignorante y obstinado se le puede hablar, persuadir, ganar para los sentimientos dignos, para una conducta irreprochable, con tal que uno le demuestre primero que se propone

tratarle honorablemente hasta en los aspectos más nimios… En cuanto a los niños —continuó animado por los pensamientos agradables que acudían en tropel a su mente, expulsando males imaginarios, radiante su ancho rostro por las virtudes que exaltaba —, responden muy notablemente a la mano firme, al punto de vista inalterable, a los métodos razonables pero firmes de los educadores con vocación, los cuales pueden, sin embargo, cuando la justicia lo exige, empuñar la vara sin piedad, porque la verdadera justicia es severa y hay que administrarla con severidad. A la larga, obramos bien dejando la misericordia en manos de Dios, pues solo Él es bastante poderoso y sabio para emplearla acertadamente. Sin embargo, yo digo, una vez más, que de día en día, y hasta de hora en hora, minuto a minuto, tenemos que guiar a nuestros pequeños pupilos por el duro camino de la virtud y el saber.

Frau Hutten apoyó las manos sobre la mesa una a cada lado del plato y se puso a juguetear levemente con los dedos; los ademanes que hacía su marido cuando hablaba la ponían nerviosa… desde siempre. Todos ponían la misma cara que si estuviesen escuchando un sermón…, un sermón aburrido. El profesor les estaba aburriendo mortalmente otra vez. Frau Hutten lo sentía como vinagre en las venas. De una sola vez, como si se ahogara, frau Hutten recordó la interminable sucesión de años durante los cuales ella se habría interpuesto literal, materialmente, entre su marido y esa cara imperfecta, lóbrega, mezquina, sórdida y cargante de la vida, que él no podía soportar. Toda una infinidad de detalles estúpidos, de diligencias interminables… Toda una prolongada y sorda guerra contra las artimañas, los timos y las negligencias de los perezosos e insolentes, los poco escrupulosos o deshonestos; los ignorantes, los taimados, los avariciosos…, toda la fauna de que, al parecer, estaba formada la clase humilde en todos sus estratos. Ella había tenido que tratar con todo, con el interminable desfile de gente de aquella ralea que se había sucedido durante todos los días de su vida, sin distraer ni una vez a su marido, sin pedirle ayuda nunca. La superioridad de la mente del profesor, la importancia de su labor pedagógica, requerían que ahorrase sus energías y su dignidad para misiones más elevadas, y, en consecuencia, ella le había ahorrado todas las pequeñas molestias de la vida cotidiana. Nadie había visto nunca al profesor llevando ni el más pequeño paquete en la

mano…, ni siquiera un libro al ir a la escuela o al volver de ella. Su esposa lo llevaba todo: libros, paquetes, maletas y carteras de mano, y hasta empujaba delante de sí, como si fuese un cochecito de niño, un carrito de la compra. Y lo hacía con orgullo y amor, porque todo el que la veía sabía que su esposo era un profesor distinguido, y ella una esposa buena y abnegada que todo lo hacía bien. «La esposa alemana ideal», habíanle llamado personas en las cuales tenía motivo para depositar confianza y aprecio.

Todavía… todavía se le habría exigido más. ¡Cuán a menudo le habían enviado, como última medida disciplinaria, a los estudiantes jóvenes más obstinados y rebeldes, soliviantados en grado tal que sobrepasaba el límite de sus años! Y de sus energías también, como frau Hutten había podido demostrarles más de una vez.

A pesar del resentimiento que le causaba la tarea suplementaria que significaba para ella, frau Hutten recordaba con orgullo —y con cansancio— como cuando le entregaban un rebelde, lo confiaban a sus manos, ella sabía convencerle —por entero, completamente, más pronto o más tarde— de que el castigo aplicado no cesaría, continuaría inflexiblemente, aumentando todos los días hasta que al fin, no importaba cuándo, ¡esto era asunto del sancionado!, se doblegase en una voluntaria, total, hasta ansiosa, sumisión. Frau Hutten no había fracasado nunca en la tarea de someter al espíritu más recalcitrante, y sabía bien que ninguno de sus educandos volvía a posar jamás los ojos en su persona sin sentir un escalofrío. ¿Por qué se le había exigido tal sacrificio? ¿Por qué se lo habían exigido a ella, que no pedía a Dios sino hijos propios a quienes amar y criar tiernamente cual pajarillos en un nido? Frau Hutten no hubiera apaleado, ni matado de hambre, ni aterrorizado con amenazas a un hijo suyo, del mismo modo que jamás hubiera posado una mano poco cariñosa sobre su pobre «Bebé». Hasta de cachorro se había sometido al amaestramiento como un angelito, sin necesitar más que unas simples palabras, unos cambios de tono de voz, un toquecito con los dedos, un pedazo de galleta, para guiarle en la dirección adecuada. Del mismo modo sus hijos hubieran sido hijos cariñosos, inteligentes, obedientes… ¿Por qué no? Considerando su propio carácter y el de su marido, ¿por qué no habrían constituido sus hijos hermosos ejemplos para los demás?

Frau Hutten sabía que su marido era un santo, demasiado bueno

para este mundo, y por ello le amaba. Si al menos aquella gente estúpida hubiera querido escucharle, habría oído algo para su propio bien… ¡Ah, sí! Aun cuando por culpa de su mujer le llegase de tarde en tarde alguna imperfección, el profesor nunca censuraba a nadie, y menos a su esposa, y jamás se acordaba para nada de aquello. Hasta parecía, y esto era tan dulce para frau Hutten que casi se le saltaban las lágrimas…, hasta parecía creer sinceramente que no se habían peleado jamás. Una creencia que ella alentaba. Si el profesor había olvidado los cinco primeros años de casados, mejor que mejor. Había que dejar que los olvidase. Por su parte, frau Hutten no los olvidaría jamás, pues la multitud de lecciones que había aprendido entonces penetró en su sangre y sus huesos, y la transformó hasta no reconocerse a sí misma. Actualmente recordaba aquellas duras lecciones de un modo confuso y sin aquella secreta furia contra su marido que hasta en los momentos de mayor acaloramiento reconocía por lo que era: una traición a la promesa hecha al casarse. Sabía bien que sobre la mujer descansa un peso aplastante, que ella es la responsable de la felicidad del matrimonio. En ocasiones esto le había parecido otra carga insoportable, que caía sobre los hombros de las esposas. En otros momentos, breves y deliciosos, tales como bodas, cumpleaños, aniversarios de amigos, Navidades, Pascuas, o inclusive en días que no se diferenciaban de otros, salvo porque hacía un tiempo hermoso, gozaban de buena salud o buenas noticias, días en que la faz de su marido brillaba con el contento y la alegría domésticos…, ella sentía que le nacían alas en el alma. Su constancia revivía, florecía, se hacía fuerte, su fe estaba casi a la altura de la de su marido, quien se mantenía siempre firme y hasta riguroso en la doctrina de que eran un matrimonio perfecto. Jamás había reconocido él ni una sombra ni una mancha. Había hablado siempre, y le había enseñado a ella a imitarle, de los días que habían pasado juntos y de su vida cotidiana a lo largo de los interminables años con inalterable y mentida ternura.

Frau Hutten dio un salto, interiormente, como si la hubiese herido un rayo. ¿Mentida? ¿Hacia dónde se habían extraviado sus pensamientos, en nombre de Dios? Dirigió una mirada en torno suyo, estremecida de susto, con la desamparada sensación que había experimentado con demasiada frecuencia —no solo

durmiendo sino en momentos en que estaba bien despierta, como en aquel—, el miedo de que sus pensamientos hubieran quedado a la vista en su fea desnudez, su infamia pueril, y que de ello resultara la deshonra pública, su propia deshonra, y, de rebote, la de su marido, pues muy a menudo le exhortaba él a que recordase que todo acto censurable de una esposa hasta la indiscreción más leve, redundaba en descrédito del marido, que con ello quedaba expuesto ante el sentir general, como un hombre que no sabía gobernar la sociedad conyugal.

—Tú eres responsable ante mí, querida mía —solía aleccionarla en aquellos primeros días, cuando ella daba muestras de rebeldía pueril contra él—, a menos, por supuesto, que en una situación inimaginable te encontrases en conflicto directo con la justicia. Pero yo soy responsable ante Dios así de ti como de mí mismo, y, en muchos puntos concretos, lo soy también ante la justicia de los hombres, fundada como está en un decreto divino. ¡Ah, mi querida niña! —solía decir él en aquellos tiempos lejanos, con infinita ternura, mientras su voz empezaba a volverse insegura y entrecortada y sus manos a temblar—. ¡Ah, cuánto importa que aceptes la vida tal como es de verdad, que la comprendas, con mi ayuda y mi amor! —solía decir, con una riada de sentimiento que los abatía a los dos y los arrastraba lejos…

Y, ¿dónde terminaban siempre aquellas escenitas, aquellas homilías invariablemente inacabadas? En la cama, siempre en la cama, abrazándose juntos en largas posesiones tan deliciosas y desvergonzadas que parecían pecaminosas, que alejaban la impresión de que fuesen una pareja casada. Frau Hutten no había osado nunca confesarle esto a su esposo, el cual durante su vida diurna no mencionaba jamás esa vida de ensueño de la noche, como si durante el día se transformasen en dos personas distintas, o si el practicar el amor conyugal fuese un secreto que debieran guardar incluso entre ellos…

Frau Hutten empezó a sonrojarse, pero no de vergüenza, culpa o arrepentimiento. ¡Oh! ¿Cómo era posible que ni una fracción de segundo hubiese cruzado por su mente la palabra «mentida»? Porque ella sabía muy bien —¿cómo lo había olvidado?— que aquella ternura ansiosa, conservadora, aquel resuelto alejar de ellos las manchas y posos de la naturaleza humana, aquel esforzarse en

busca de la perfección, era su obra conjunta, la única cosa que habían hecho entre los dos. Era como un hijo, aquel hijo de bondad perfecta que ella había soñado. Con un suave ademán, frau Hutten levantó las manos, se cubrió el rostro y luego volvió a bajarlas, dejándolas descansar a uno y otro lado del plato.

—¿Tienes dolor de cabeza, querida mía? —le preguntó su esposo, interrumpiéndose, pues todavía seguía hablando.

—¡Oh, no! —contestó ella—. No te inquietes, te lo ruego. Me encuentro perfectamente bien.

El profesor se volvió de nuevo. Esta vez dirigiéndose al doctor Schumann.

—El problema del bien y del mal es, por definición, insoluble. ¿Existen verdaderamente, aparte de como meros conceptos de la mente humana? Y aun en caso afirmativo, ¿cómo y por qué se originaron? Filosóficamente, esto no tiene respuesta. Yo lo pregunto por el gusto de discutir, nada más.

—Yo no lo considero una lucubración filosófica —dijo el doctor Schumann—, y aunque lo fuese, no soy filósofo. Yo me confío a las enseñanzas de la Iglesia y lamento no poder discutir este tema. Soy un pobre pecador —declaró de buen humor pero secamente— que necesita el auxilio divino todos los días. Estoy de acuerdo con el capitán: se necesita un carácter enérgico para ser malo de verdad. La mayoría somos demasiado descuidados, indecisos o cobardes…, por fortuna, creo yo. Nuestra confabulación con el mal es solo de signo negativo, consentimiento por defecto se le podría llamar. ¡Supongo que en el fondo de nuestro corazón nuestras simpatías van hacia el delincuente porque él perpetra los hechos que nosotros nos limitamos a soñar! Imagine si la estirpe humana estuviera dividida realmente entre ángeles en formación de combate y demonios invasores… No, no, bastante mal está ya ahora —añadió, poniendo en cruz el cuchillo y el tenedor— con las nueve décimas partes de nosotros medio dormidos y negándonos a despertar.

Su voz se había ido apagando y adquiriendo un tono de disculpa a medida que la iba oyendo extenderse y avasallar como la del profesor. El doctor Schumann apuró el vino que le quedaba, en silencio.

Frau Hutten no había prestado una atención especial a las palabras de su marido, porque se sabía sus discursos de memoria,

pero durante muchos años había meditado sus teorías sobre la naturaleza humana, tan distantes, tan desconectadas de lo real, que ella jamás había osado insinuarle sus propias conclusiones sobre la cuestión, sacadas de la lucha cotidiana que toda la vida habrá librado contra el mal en acción.

Frau Hutten habló en voz alta, y se quedó atónita al escuchar sus propias palabras:

—Yo sé muy bien que en este mundo hay muchas personas malas, muchas más malas que buenas, aun contando a las buenas desidiosas; malas por naturaleza, por elección, por inclinación profunda, malas de pies a cabeza; y nosotros les damos alas a esos monstruos portándonos caritativamente con ellos, inventando excusas a sus faltas, o simplemente siendo negligentes, como dice el doctor Schumann. Somos demasiado indiferentes para molestarnos, con tal de que no nos perjudiquen *a nosotros*. Y a veces aun cuando *nos* perjudiquen. A ellos les importa poco que nosotros tengamos el miramiento de tratarles con equidad y honradez. No, interiormente se ríen de nosotros y nos llaman tontos, y continúan perjudicándonos todavía más, ¡porque se figuran que somos demasiado estúpidos para darnos cuenta de lo que nos hacen! Y no les castigamos como merecen porque hemos perdido el sentido de la justicia y decimos: «¡Si ponemos a un ladrón en la cárcel, o damos muerte a un asesino, somos tan criminales como ellos!». ¡Oh, qué injusticia contra las personas inocentes y qué sentimental falta de honradez! Debería avergonzarnos. O bien continuamos ciegamente diciendo: «¡Si nosotros nos portamos bien con ellos, ellos acabarán, al final, portándose bien con nosotros!». He ahí una de las grandes mentiras de la vida. Yo he descubierto que esto les vuelve más audaces, pues nos desprecian, en lugar de temernos, como deberían… y todo por culpa de nuestra propia debilidad, y sí, de verdad, nosotros hacemos mal al permitir que ellos delincan sin castigarles. Ellos nos toman por cobardes, y tienen razón. Somos, como mínimo, unos bobos que se dejan engañar. Y nos tratan tal como merecemos.

Frau Hutten bajó la voz y arrastró las palabras al llegar a este punto, desesperada y algo así como postrada, oyéndose a sí misma con espantosa claridad, en medio de aquel silencio opresivo. Los demás estaban ordenando los platos pensativamente y jugueteando

con las servilletas. La comida había terminado, estaban dispuestos a levantarse de la mesa, y solo esperaban a que ella finalizase su disertación. Su marido permanecía inmóvil, como una estatua de arena. Su expresión era la de un hombre perfectamente inocente que tuviera la vista fija en un foso de cobras. Después de una breve ojeada a su cara, la mujer no se atrevió a levantar la vista más arriba de las manos de su marido, cruzadas sobre el estómago. Y pensó: «Ahora he arruinado su vida». Pero no se le ocurrió pensar hasta más tarde en que también quizá arruinaba la suya propia, que dependía tan por completo del bienestar de su marido. Había cometido la falta, no temeraria, sino irreflexivamente. Estaba tan deseosa de expresar sus propias opiniones, que no tuvo en cuenta nada más, llegando a olvidar la lección fundamental de su esposo, sobre la que se cimentaba sólidamente todo lo demás de su matrimonio, de que el primer deber de una esposa es el de estar completamente de acuerdo con su esposo en toda ocasión, sobre todas las cuestiones, sean cuales fueran, desde las más importantes a las más nimias. Y muy particularmente, la más leve sombra de desacuerdo en público era una acción terriblemente desleal. La mujer no debía apresurarse a respaldar taxativamente la opinión del marido. Esto daría a entender que obraba así por una imposición exterior. No, el papel de la mujer consistía en ese silencio amable que indica asentimiento. En todo caso, nunca serían las opiniones de la mujer lo que se tomaría en cuenta. Lo verdaderamente importante sería su adhesión constante y ciega al marido, adhesión que se expresa a menudo con tanta mayor elocuencia sin palabras.

Frau Hutten espiró con fuerza —como un moribundo exhala su último suspiro— expeliendo el aire desde lo más profundo de su ser. Enseguida se enfrentó resueltamente con toda una vida de expiación, y su alma pareció elevarse en un vuelo hacia una región situada más allá del sufrimiento, como si al aceptar los dolores del castigo se hubiera librado de ellos.

—Estoy de acuerdo con usted —proclamó inesperadamente la pequeña frau Schmitt—. No debemos alentar a la gente a portarse mal con nosotros. Si dejamos que nos pisoteen, nosotros tenemos la culpa…

—¡Oh, yo no he dicho eso!

—¿*Qué* ha dicho, pues? —preguntó frau Schmitt, desconcertada.

En esto, herr profesor Hutten se levantó, cogiendo a su mujer del brazo, y frau Hutten se levantó también, agradeciendo que la rescatasen de una discusión tonta con otra mujer. Su marido tenía como artículo de fe que todas las asociaciones entre mujeres, hasta las de índole más intrascendente y eventual, eran antinaturales, morbosas por naturaleza, semilleros de complicidades contra los hombres y desembocaban en divisiones entre marido y mujer. Las mujeres casadas «comparaban notas» sobre las prácticas maritales y los defectos de sus esposos, y daban malos consejos a las jóvenes. Una mujer no debe, no puede ser fiel a las de su sexo, sino a sus hombres: su padre, su hermano, su hijo y, finalmente, ante todo y por encima de todo, a su marido. Las mujeres no entienden la verdadera amistad en su más alto y noble sentido tal como existe, naturalmente, entre los hombres. Son incapaces de ello, han nacido rivales entre sí y ninguna puede fiarse de otra. Las asociaciones entre mujeres tienen siempre algo de corrompido e histérico. Y tampoco se las puede admitir en la grande y hermética sociedad masculina, porque no sienten devoción alguna por la Verdad, ni por los tradicionales ritos sagrados… ¡Ah! Cuán a menudo había escuchado frau Hutten a su marido exponiendo estas mismas doctrinas a una reunión mixta en el propio saloncito de la esposa, mientras ella permanecía callada y silenciosa, obedeciendo instrucciones, aunque agitada por una protesta inexpresada… «¡Pero nosotras tenemos también muchísimas otras cosas que él parece desconocer! Lo que dice no agota todos los aspectos de nuestra personalidad…», protesta irremediablemente inarticulada y extraña —sí, extraña, porque ella jamás supo explicarla—, espantosamente solitaria. Sin embargo, las otras mujeres parecían estar de acuerdo o al menos se sometían, y la mayoría de los hombres que conocía hablaban del mismo modo, y esta misma teoría la había leído en libros de autores destacados. Su padre lo decía también, y lo afirmaban asimismo algunos ministros del Evangelio. Al final, se vio compelida a reconocer que aquel cáustico juicio constituía meramente otra de esas grandes verdades que ella era incapaz, por naturaleza, de comprender.

El matrimonio Hutten, despidiéndose con leves inclinaciones, escapó.

—No tan de prisa, por favor —pidió frau Hutten en las escaleras,

respirando penosamente y cojeando. El marido acortó el paso inmediatamente—. ¡Ah! —exclamó ella, agradecida, Y empezó a decir algo antes de que se ensanchase entre ellos aquel silencio lleno de peligros—. Querido mío, ¿por qué habré hablado como lo he hecho? ¡No consigo explicármelo!

El tono del profesor fue mesurado como su paso.

—Ahórrate el aliento para las escaleras, querida mía —replicó fríamente—. Cuando una mujer contradice a su marido, extensamente, en público y delante de personas extrañas, sobre un tema al cual él ha dedicado algunas meditaciones, y sobre el cual ella no sabe nada, ¿puedo recordarte que si no es capaz de explicarse por qué habla, quizá hiciera mucho mejor guardando silencio?

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —gritó frau Hutten, desplomándose en un caos moral ante las horribles trampas de la vida, de *su vida*, que era como un andar por las tinieblas con alambres tendidos de través en su camino—. ¡Oh, Dios mío, yo no lo decía en serio!

Herr profesor casi se detuvo. Luego siguió adelante, con brusquedad.

—¿No lo decías en serio? —preguntó, pasmado—. Entonces, ¿solo se trataba de palabras frívolas? ¿De palabras de mujer? Cuando uno dice cosas así, es imperdonable que no las diga en serio. ¡Solo una sinceridad equivocada puede excusar tales despropósitos! ¿Qué debo entender, entonces? ¿Que solamente deseabas, por motivos particulares, poner en ridículo a tu marido? ¡Cuánta deslealtad!

—¡Oh, Dios mío, no!

—Deslealtad a mis ideas —remachó el profesor, adoptando de nuevo su tono razonable después del breve estallido de justa indignación—, a mi mente toda, a mi humilde carrera de erudito, a todo el significado íntimo de mi vida, que yo había confiado tan tontamente en tus manos… Nada más eso —concluyó con estremecedora suavidad—. Total, nada, nada en absoluto…

Se encontraban en el pasillo que conducía a su camarote, y ambos vieron, a la vez, que la puerta estaba abierta de par en par. Los dos notaron que el otro se sobresaltaba. El profesor fue el primero en recobrarse.

—¿Cómo has podido incurrir en tal descuido? —interpeló a su

mujer, en aquel tono mesurado que a ella le sacaba de quicio, cuando no tenía razón en lo que decía.

—Yo no he sido —aseguró, llenándosele los ojos de lágrimas—. ¿Por qué he de llevarme siempre la culpa de todo?

—No es hora de compadecerse a sí mismo —replicó el profesor —. Tú has salido detrás de mí y has cerrado la puerta… o al menos así me lo figuraba yo. Recuerdo todavía tu mano en el pomo.

—No, por ahí no paso —protestó ella, con voz trémula—. ¿Cuándo, en toda tu vida, has cruzado una puerta antes que yo? Ya sabes que siempre abres la puerta para que yo pase, y luego cierras detrás de los dos.

Ante esto, herr profesor se quedó inmóvil y estudió la faz de su esposa como si no la hubiese visto nunca y estuviese dispuesto a que le desagradara a primera vista.

—¿Eso hago? —le preguntó, con sarcasmo—. ¿Estás segura de que siempre he sido tan cortés contigo?

—Sí —respondió la mujer—, siempre lo has sido.

Y sostuvo tenazmente la mirada de sus ojos. El profesor quedó casi desconcertado. En cierto y diabólico modo, su mujer le había colocado en una posición embarazosa, puesto que, en verdad, él se mostraba siempre cortés con ella. El hábito se había convertido en una segunda naturaleza y no paraba mientes en tales detalles. Probablemente, él había sostenido la puerta y…

—Ladrones, quizá —comentó al entrar, simulando que examinaba la cerradura.

Su mujer se inclinaba levemente, mirando hacia todos los rincones con los párpados semientornados.

—¡No está aquí! —dijo ella, con vocecita infantil—. ¡Dios mío! Ha desaparecido… ¡Se ha marchado solo y sin rumbo, porque tú te dejaste la puerta abierta!

—¡Te prohíbo decir eso! —casi le gritó el marido.

—Anda perdido y nos está buscando. Se pregunta por qué le hemos abandonado. Si se mete en algún sitio que no deba le pegarán y le darán puntapiés. ¡Oh, regresemos inmediatamente y busquémosle! ¡Oh! ¿Cómo no has pensado en «Bebé» al dejar la puerta abierta? Es como un niño, quiere ir a todas partes con nosotros… ¡Oh! ¿Cómo has sido capaz?

—Sigues siendo incapaz de pensar, está claro —reprochó herr

profesor, recobrando su presencia de ánimo con un poderoso levantamiento de hombros y un súbito gesto de la mano derecha hacia arriba y adelante—. Ven, vamos a buscar a ese animal antes de que pierdas el tino por completo.

¿No se te ha ocurrido que podría ser que alguien hubiese forzado la cerradura y entrado? ¿Que el objetivo acaso fuera el robo? ¿Dónde están tu collar de granates y los pendientes de diamantes de tu abuela?

—Los guarda el sobrecargo —respondió frau Hutten, por cuyas mejillas, en aquel momento, corrían las lágrimas libremente—. ¡Oh, sí, por favor! ¡Vamos a buscarlo!

El profesor, con la mano en el pomo, se hizo a un lado para que pasase su mujer, y tiró de la puerta con firmeza detrás de sí.

—¿No lo ves, querida mía, qué bien cerrada queda cuando la cierro yo?

—Esta vez —replicó ella, implacable.

Y no por primera vez se acordó el profesor con cálida simpatía de la sabiduría de nuestros antepasados en relación a las mujeres: no eran más que chiquillas que habían crecido mucho y convenía hacerles probar la vara de cuando en cuando para mantenerlas en orden. En un atormentado silencio, cogidos del brazo, se pusieron en marcha de nuevo, recorriendo de uno a otro extremo los cerrados pasillos de las cubiertas inferiores, preguntando a todo el mundo, pasajeros, marineros, oficiales, camareros, si alguno de ellos había visto a su perro. «Usted le recordará, sin duda: un bulldog blanco, el único perro que había en el barco». Varias personas afirmaron que lo recordaban, pero aquel atardecer no le había visto nadie. Los esposos se volvieron y subieron arriba otra vez. Frau Hutten notó que su marido levantaba el hombro y separaba el codo, dándole un golpecito impaciente en el costado, como si su peso fuese una carga para él. Y se quedó tan asustada que estuvo a punto de soltarse de su brazo, aunque no lo hizo, por miedo a que él tomase aquel signo de que se había sentido herida en sus sentimientos como una manifestación de rencor. Este pánico nuevo la indujo a arrimarse más todavía, sabiendo que llegado aquel punto, hiciera lo que hiciese, todo serviría para enojar más aún al profesor.

La música de vals de después de la cena sonaba armoniosa e intensamente en la cubierta superior, con un compás regular como el tictac de un reloj, mezclándose en el viento con el eco irregular de unos ritmos salvajes que interpretaban los acordeones, abajo, en la cubierta de proa, donde los hombres bailaban en círculos, dando palmadas, haciendo chasquear los dedos, tocando castañuelas y gritando «*¡Olé!*», mientras las mujeres y los niños los contemplaban en una inmovilidad absoluta, amontonados en las sombras.

—¡Oh, papá! —decía Elsa, en tono de súplica—. Yo no quiero bailar. Siempre los mismos valses antiguos…

—Vamos, Elsa —exhortó frau Lutz—, sabes que no hay motivo para no querer bailar. El vals es muy bonito y muy adecuado para una dama. ¿Qué quieres bailar? ¿Esa música indecente de jazz? ¿Qué pensarían de ti en Saint Gallen?

—No, madre, solo un «foxtrot», quizá…

—Bien, Elsa mía —contemporizó el padre—. Todo eso no es más que timidez, conque permíteme que te diga que cuando una muchacha va al baile, baila primero con su acompañante. Ahora tu acompañante soy yo, de modo que bailarás primero conmigo y luego…, ¿quién sabe? No has bailado con papá desde tu último cumpleaños.

—Y luego, cuando te vean bailar, alguien te invitará —sugirió la madre.

A la primera mirada que había dirigido en torno, Elsa había visto a «su» estudiante bailando con aquella muchacha española llamada Pastora, y su corazón, que se sentía maltrecho continuamente, sintiose aplastado otra vez. Apoyó la mano en el brazo de su padre, temiendo la prueba que se avecinaba. Tocara la música lo que quisiera, su padre se entregaba a una serie de vueltas y saltitos, apartándola de sí y atrayéndola de nuevo al girar, golpeando el suelo con los pies en las pausas, mientras la muchacha aguardaba en suspenso el movimiento siguiente. Elsa no se atrevía siquiera a mirar en torno suyo por miedo a ver a la gente burlándose de los dos. Ella era más alta y más gruesa que su padre, que brincaba como una gallinita enana, diciendo con voz estentórea:

—Levanta los pies, Elsa, hija mía. Muévete, muévete, ¿no oyes la música?

A Elsa le daban ganas de gritar: «¡No soy un saco de harina, no soy una escoba, esta no es manera de bailar, nadie que no fuera

usted bailaría así!». Su padre ponía cara alegre y cariñosa, mientras golpeaba el suelo y brincaba y la arrastraba de una parte a otra contra su voluntad, y ella le seguía, sufriendo en silencio, porque una chica debe obedecer a su padre.

Un joven oficial que permanecía allá cerca, muy erguido en su blanco uniforme, le dijo a otro que se acercaba en aquel instante, dispuesto a tomar parte en la velada:

—Uno de los dos tiene que hacer algo por esa muchacha. ¿Cuál de los dos?

El otro sacó una moneda del bolsillo y preguntó:

—¿Cara o cruz?

—Cara —respondió el primero.

Salió cruz.

El que había echado a suertes, dijo:

—Es toda para ti.

Y guardó la moneda.

—Tu hora llegará también —opinó su interlocutor.

Ambos se echaron a reír, y el que había perdido acercose pausadamente a frau Lutz, al terminar el baile y le habló con el más profundo respeto:

—Sería para mí un gran placer bailar con su hija, si usted da su permiso —dijo, con una reverencia.

—Puede usted invitarla —autorizó frau Lutz, con la más refinada elegancia, como si estuviera concediendo un favor de precio incalculable.

Mas ¡ay!, Elsa era también más alta y fornida que el oficial, cosa que la muchacha lamentó vivamente, y tampoco supo seguir sus pasos de baile. Al no lograr dominarla enteramente, el oficial sintió que se le humedecía la nuca, y asió a su pareja con más firmeza, reuniendo sus energías para empujar aquel bulto que no oponía fuerte resistencia, cierto, pero tampoco colaboraba adecuadamente. Y así consiguió llevarla de aquí para allá mientras duró la música, siempre evitando sus pisotones y esforzándose en seguir el compás que marcaba la banda. Al final, le dio las gracias efusivamente, la devolvió a sus padres y huyó.

—¿Ves? —dijo frau Lutz—. Una cosa conduce a otra. Nosotros nos vamos a jugar al ajedrez, pero no estaremos lejos. Quédate aquí y diviértete. Dentro de una hora volveremos a buscarte.

Elsa miró en torno suyo, desesperada, buscando un sitio donde esconderse o, a falta de ello, sentarse. Los camareros habían dejado por allí varias sillas, y una de ellas estaba cerca de la del pobre enfermo. El pobre enfermo que creía poseer la virtud de curar a los demás, aunque él, por su parte, estuviese muriendo. Elsa se acercó a él, tímida e insegura acerca del recibimiento que le dispensarían, enternecida y llena de sentimientos caritativos por el sufrimiento que le producía el verse eliminada del curso natural de la vida. Se encontraba todavía a varios pasos de distancia cuando el paralítico levantó la mano vivamente y le indicó una silla que había a pocos metros.

—Acércala y hablemos —le dijo.

Elsa acercó la silla, y se sentó con tal torpeza que sus rodillas casi tocaban a las del anciano. Luego se volvió en el asiento y su mirada empezó a deambular por las parejas que bailaban; Jenny Brown y herr Freytag; mistress Treadwell y el más guapo de los oficiales jóvenes; guapo, y, además, con galones dorados, mientras el que había ido a buscarla a ella solo los llevaba de plata. Herr Hansen siempre, siempre con aquella terrible Amparo… Y —costaba trabajo creerlo, pero allí estaban— girando y meciéndose sin que por entre sus cuerpos pudiera deslizarse ni un rayo de luz, el huraño Johann y aquella chica que se llamaba Concha. Para Elsa, nadie, y nunca habría nadie. A ella le tocaría eternamente el quedarse sentada y ver cómo su amado bailaba con otra, ¡y siempre con otra que se parecería a Pastora! La sangre se le agitó con tan súbito y fuerte impulso en las venas que empezó a sentir por todo el cuerpo un dolor verdadero, real. Herr Graf observó su aflicción y le preguntó cariñosamente:

—¿Cómo te sientes esta noche? —antes de que ella se acordase de interrogarle a él acerca de su salud—. ¿Cómo es posible que una muchacha tan graciosa como tú no baile? Eres tú la que debería estar bailando con el alocado de mi sobrino, en lugar de esa mujer extraña con quien está ahora…

—Me duele la garganta —contestó Elsa, que no sabía mentir con demasiada desenvoltura—. Mi madre me ha dicho que me convenía más reposar.

—Acércate más todavía —la instó el anciano—, inclinate hacia mí y te curaré la garganta. Mientras Dios me preste su poder para

curarte, no estarás enferma.

La mano del enfermo se había levantado y se disponía a seguir adelante y tocar a la muchacha. Pero esta se apartó en lugar de acercarse, repelida su tarda mente y su carne joven por la proximidad de aquella especie de cadáver, de aquella representación de la misma muerte.

—En este caso, cúrese primero a sí mismo —dijo en voz baja, pero sin rodeos.

—«Él salvó a otros, pues que se salve a sí mismo si es el Cristo» —citó al instante herr Graf, pues ya había escuchado tal exabrupto muchas veces—. Cristo les dio a sus discípulos escogidos y a los apóstoles el poder de sanar, y, no obstante, ni uno de ellos pudo sanarse a sí mismo, ni podemos tampoco nosotros, los de su santa descendencia, en estos días. ¿Por qué habría de curarme a mí mismo? Dios no lo quiere, y, por lo tanto, yo tampoco. Escúchame, hija mía: si yo pudiera sanarme a mí mismo, me volvería egoísta como los demás, me ocuparía de mis propios placeres y me olvidaría de los deberes que tengo para con los que sufren. Dios quiere que yo viva y sufra con los otros donde haya dolor y muerte. Solo con mis sufrimientos le soy útil. Él me ha dado su palabra. Y no es tan penoso —concluyó en un murmullo casi ahogado por el ruido de las olas y por el viento que rozaba las orejas de Elsa. Ella se inclinó para captar mejor las palabras del santo discurso que le inspiraba profundo respeto. Y el anciano concluyó—: No me tengas compasión. Se soporta bien. Es la prueba que me ha correspondido del amor de Dios.

Elsa estaba callada y a punto de llorar. La música se elevó con estrépito. La iluminada cubierta tenía un aspecto festivo con el girar de los bailarines, y hasta aquellos aborrecibles mellizos españoles parecían felices por una vez… Y las estrellas se veían tan cerca, y el rumoroso viento era tan dulce, tan puro, tan fresco y limpio, tan *bueno*…

—Ahora tengo que irme —anunció Elsa, inquieta—. Le deseo muy buenas noches, herr Graf. Gracias por ofrecerse a curarme, pero no estoy enferma, de verdad que no.

—Yo he tomado sobre mí los dolores del mundo, las dolencias de todos los enfermos —recitó el viejo—, y los he encerrado dentro de mi propia carne. Por lo tanto, tomaré también sobre mí tu

garganta irritada, y tu desdicha…, pero debo tocarte —insistió. Y se echó adelante, estirando un poco el cuello. La barbita, delgada y puntiaguda se separaba del pecho—. Déjame tocar tu garganta y rezar una oración por ti, y te sentirás enteramente bien, de cuerpo y de alma…

Antes de que la muchacha, que no quería mostrarse brusca, osara retroceder, el enfermo estiró el brazo y le rodeó la garganta con su larga, huesuda y fría mano. Los ganchudos dedos la prendieron débilmente por un momento y luego descendieron deslizándose sobre los pechos y cayendo por fin encima de la manta de su silla de paralítico. El anciano observó la cara de horror de la muchacha, percibió cómo su carne firme se estremecía vivamente.

—Dios te perdone, muchacha de corazón duro —dijo herr Graf, en tono severo.

Ella se puso en pie y se alejó, no sin ver las lágrimas deslizarse por las mejillas del anciano y perderse en su barba rala y de aspecto sucio. Corrió desesperadamente por la cubierta, dejando atrás a los que bailaban, e irrumpió en el iluminado salón. Sus padres estaban tan abstraídos en la partida de ajedrez que apenas la saludaron con un leve movimiento de cabeza cuando se sentó a su lado. Jadeaba un poco.

—Parece que te falta el aliento, Elsa —observó la madre—. ¿Tanto has bailado?

Entonces padre y madre dedicaron a la hija anchas, cálidas e íntimas sonrisas de aprobación.

—¡Ah, bien, bien! —dijo el padre—. Nuestra Elsa no ha de ser una de esas chicas que se quedan sentadas, arrimaditas a la pared. Ahora vete a la cama —le recomendó—, y duerme como un angelito.

Mistress Treadwell bailaba con su joven oficial, que había adquirido la costumbre de invitarla casi todas las noches. Hacía días que le había dicho su nombre y hasta el de su ciudad. Al principio, ella los confundía, después no fue capaz de recordar ya ni uno ni otro. Cuando no le tenía delante, mistress Treadwell apenas recordaba la cara del oficial, y a menudo, cuando se presentaba de pronto ante ella, tardaba en reconocerle. Desde que Lizzi y Freytag la complicaron en enojosas cuestiones, deseaba más que nunca no tocar a nadie y que no la tocasen a ella, ni con las manos ni con palabras. La conversación que a ellos les gustaba podía implicar un manoseo, una intrusión intolerables. A mistress Treadwell le gustaba el estilo de su joven oficial de cogerla por las puntas de los dedos nada más, dejando descansar la mano derecha. No, mejor dicho, no descansar, sino posándola sin la menor presión en el sector más neutro de toda su persona, en esa área inofensiva de debajo del omóplato derecho. A su vez, la mano de ella se apoyaba ligeramente encima del codo del oficial, conservando entre los cuerpos la distancia conveniente, detalle del que, según le habían enseñado en la escuela de baile era responsable única y exclusivamente la muchacha.

«Si no está segura de si conserva la distancia adecuada —le decía formalmente su profesora—, levante mentalmente el brazo derecho doblado por el codo hasta la altura del hombro, y si apenas roza el pecho de su pareja, puede estar segura de que la distancia es perfectamente correcta. Si parece que su pareja se acerca más, limítese a mantenerse apartada con firmeza, pero con gracia, sin perder el paso, hasta que él acepte la indicación. Y recuerde lo que le digo, si es un caballero lo aceptará. Si no lo acepta, no baile más con él».

Aquella voz de la época antediluviana de su juventud la embelesó tanto con su sonido fantasmal que llegaba a través de los espacios insondables del olvido, que dirigió a su pareja una sonrisa

deslumbrada y tierna. Pero despertó del todo al ver que él correspondía con un leve, intrigado, si no claramente alterado, fruncimiento del ceño. Al mismo tiempo acentuó la presión de su mano y la atrajo hacia sí también muy levemente. Mistress Treadwell levantó mentalmente el brazo derecho, doblado por el codo. El joven oficial aflojó la presión al instante, y comentó pensativo, viendo a «Bebé» dar traspiés por entre los bailarines:

—Me gustaría saber qué hace ese perro andando solo por ahí.

Ella no podía imaginar la causa de tal proceder, y siguieron moviéndose en agradable silencio y armonía hasta que la música cesó.

—Muchas gracias —dijo el oficial.

—Ha sido una delicia —respondió mistress Treadwell, con una sonrisa convencional—. Buenas noches.

Y abandonó la cubierta al momento.

Amparo, que seguía enseñando a Hansen a bailar, le hacía dar vueltas de un lado a otro sin ningún entusiasmo y con una cara que denotaba fastidio y nada más. A pesar de los esfuerzos que hacía para guiarle, él se las compuso para ir a chocar con Johann y Concha, que giraban vertiginosamente, y cambiando de rumbo, huyeron volando como pájaros.

—¡Puá! —exclamó Amparo con vehemencia, primera palabra que pronunciaba aquella noche—. ¿Cuánto rato te figuras que voy a aguantar esto?

Hansen, que no había dicho nada en absoluto, continuó sin despegar los labios, limitándose a cogerla con más fuerza y a seguir dando zancadas, como si caminase detrás de un arado, echándose encima, casi, de la banda.

—¡Idiota! —gritó ella.

Hansen frunció el ceño, pero continuó adelante a trompicones.

—Yo te pago, ¿no? —inquirió al fin, en tono beligerante.

—Por pisarme los pies no, de ningún modo —replicó Amparo—. ¡Cerdo! —le gritó, furiosa—. ¡Vigila esas enormes pezuñas que tienes!

Freytag y Jenny, que se esforzaban en persuadirse recíprocamente de que se habían encontrado en cubierta por pura casualidad, permanecían indecisos, cada uno preguntándose interiormente si se atreverían a bailar juntos otra vez. Jenny corría

el riesgo de que en el momento menos pensado, David decidiera ponerse cargante. Jenny se había acercado a Freytag en un momento en que este se encontraba solo apoyando ligeramente la cintura sobre la borda, con una mano en el bolsillo y mirando a las parejas —o simulando que las miraba—. Su rostro estaba ceñudo e inmóvil con una expresión fija, extraña, ciega, con el blanco de los ojos destacándose a ratos alrededor del iris…, aquella expresión que Jenny había visto ya muchas veces, al principio con perfecta credulidad y sincera simpatía, y últimamente aceptando siempre dos explicaciones posibles para ella: una, que aquel hombre sufría de verdad, y otra, que quizá le añadía un poquitín de teatro a la cuestión. No obstante, Jenny volvía a sentir en su pecho, como siempre, la misma leve llamarada de indignación contra el insulto vulgar de que el capitán había hecho objeto a Freytag. Jenny echaba la culpa al capitán porque era este quien hubiera podido poner fin a todas aquellas estupideces con una sola palabra, y en vez de obrar así, todavía las había canalizado. Era, simplemente, una cobardía y una canallada herir a una persona que carecía de medio para devolver el golpe. El pobre herr Löwenthal también era víctima de una injusticia, pero Freytag nunca parecía preocuparse por ello. En esto no se portaba bien. Jenny creía en la revancha, golpe por golpe… y todos los que uno pudiera añadir, además. El no oponerse a una injusticia contra uno mismo o contra otros y el no castigarla, eran, a su modo de ver, consentir en el mal, una cobardía moral clara, innegable, y no había en el mundo otra cosa que ella odiase más. Pensaba todo esto mientras se acercaba a Freytag y sus pensamientos se volvían más dispersos y vagos, y cuando él, al verla, le sonrió con una sonrisa que parecía complacida, los olvidó por completo y preguntó:

—¿No le gustaría bailar? ¡Ya estoy cansada de hacer concesiones a la mente recelosa de David!

—¡Qué halagador! —exclamó Freytag—. ¡Naturalmente!

Mientras se mecían intentando coger el ritmo de la danza, Freytag dijo:

—¿No le he contado cómo conocí a mi esposa? Estaba con unos amigos en un club nocturno de Berlín, muy grande y caro, un establecimiento de poca categoría en el que admitían a todo el mundo. —Aquí hizo una pausa, como si hubiera arrancado de un

mordisco el final de la frase—. Es decir, si uno vestía bien y olía a dinero. Yo estaba bailando con una chica de la casa, una de esas muchachas con la espalda al aire que lucían sus figuras y su agilidad entregándose a jueguecitos inocentes entre ellas, tales como el balonmano en los intervalos entre baile y baile…, y hete aquí que entra aquella hermosa criatura con un grupito de chicos y chicas con aire de sobrarles el dinero, me gustaría que hubiera podido verla entonces, mira por encima del hombro de su pareja con una cara llena de picardía y la audacia de una chica mimada y bien protegida ante la vida, y me grita como respondiendo a una cosa que yo le hubiese dicho antes: «¡Claro, por supuesto, con usted bailaré el siguiente!». Ya puede suponer que yo fui a buscarla y le pregunté si lo había dicho en serio.

«Qué cara tan dura la de la moza —pensó Jenny—. Pero la treta da resultado, a menudo lo da».

Freytag empezó de nuevo, sacando a relucir algún recuerdo del mismo estilo, con leve vanidad. Mientras él seguía atormentándose, Jenny le escuchaba con paciencia, preguntándose si acabaría por darse cuenta de que estaba hablando de su esposa en pretérito.

—En realidad era una muchacha absolutamente normal. No solía hacer tales cosas. Después, mucho después, cuando le pregunté por qué lo había hecho, me contestó que se había enamorado de mí a primera vista, ¡y que había decidido casarse conmigo, aun antes de estar bastante cerca para ver de qué color tenía yo los ojos! Una verdadera locura, ¿verdad?

—En efecto —asintió Jenny—. Auténticamente suicida.

Freytag pareció acoger con cierta desazón esta palabra, pero la dejó pasar sin protesta.

—Era tan lista —afirmó él, cariñosamente—, será más lista que su madre, cuando llegue a su edad… Me anunciaba con toda exactitud cómo iban a desarrollarse los acontecimientos. Le bastaba entrar en un establecimiento y olfatear el aire para decir: «¡Ven, esto no es para nosotros!». A veces no la creía, o no quería creerla. Me hacía perder la paciencia el ver que no olvidaba ni por un momento su condición de judía y le decía que era ni más ni menos que otra judía perseguida, decidida a ser odiada y perseguida, pasase lo que pasase. Ella me contestaba sin rebozo: «Todos los *goyim* odian a los judíos, y los que fingen apreciarnos resultan

peores, son unos hipócritas». Y yo le decía que esta idea tenía la virtud de hacerla sentirse importante, un miembro de los Escogidos, ¡la idea más imperdonablemente pretenciosa y bestialmente egoísta que haya penetrado jamás en el cerebro del hombre! «Creo que todos sin excepción deberíais avergonzaros de vosotros mismos», le reprochaba. No es que nos peleásemos, no, en modo alguno. Pero estos encontronazos sobrevenían de vez en cuando, y ella se ponía furiosa y gritaba: «El mismo modo de hablar de siempre de los *goyim*, ¿no te lo decía?». Pero enseguida reaccionábamos, y nos abrazábamos espantados, exclamando: «¡No nos volvamos el uno contra el otro!», y todo aquello se lo llevaba el viento, porque estábamos enamorados de verdad.

Y Freytag seguía hablando como si le hipnotizase el movimiento del vals y el sonido de su propia voz prolongándose bajo el de la música. A Jenny le hubiera gustado saber si se acordaba de otras cosas que había dicho acerca de su esposa, todas aquellas palabras de pura admiración, la ternura romántica, las rosadas ilusiones de la luna de miel, el elogio constante, protector, defensor, ¿cómo no? Todo era verdad hasta un cierto punto, pero cuando uno había llegado ya tan lejos se hacía necesario, invariablemente, retroceder y tocar fondo para arrancar de nuevo con una nueva serie de verdades. Uno sueña, y el sueño es una clase de realidad. Despierta, y aquello es otra realidad distinta. O todo es una misma realidad considerada en sus innumerables aspectos. Ahora Jenny se daba cuenta de que Freytag habría estado hablando de su mujer tal como la gente habla de sus muertos, y que aquel rememorarla constantemente era como ir a visitar su tumba para llevarle flores, y leer allí la inscripción que él mismo había redactado para ella.

—¡Ay, Dios mío! —concluyó casi en un murmullo Freytag con los labios junto al oído de Jenny, mientras se deslizaban suavemente en círculo, cerca de la banda—, ojalá pudiera llevármela a ella, sin su madre, que no nos deja olvidar ni un minuto que por culpa nuestra ha perdido todas sus amistades, y hallar un país, ha de haber uno en alguna parte, donde vivir como seres humanos, como las *otras* personas, y donde no volviese a oír nunca las palabras judío ni gentil.

—Podrían irse a África —sugirió Jenny—. Podrían buscar una de esas fascinantes tribus que todavía quedan de caníbales y cazadores

de cabezas, donde los odiarían a los dos exactamente igual, porque ambos son de otro color. Y ustedes podrían despreciarlos a ellos sin dificultad porque despiden un olor horrible y se rascan continuamente, y se inclinan ante palos y piedras, y llevan mantas de colores chillones. Y se aman y admiran a sí mismos con la misma pasión que nos adoramos todos los demás, y nuestro color les hace pensar en fantasmas y en la muerte, y dicen que el hedor que despedimos les revuelve el estómago. ¿Le gustaría más eso?

Freytag apartó la cara unas pulgadas y sus ojos ofendidos, llenos de compasión por sí mismo, la reprendieron severamente.

—Se está mostrando frívola —dijo—. Está ridiculizando una espantosa tragedia humana.

La pareja disminuyó el movimiento del baile hasta quedar casi parada.

—A veces parezco más frívola de lo que soy —respondió Jenny —. Es el inconveniente de mi estilo. Ha sido la causa de casi todas mis dificultades. —Por encima del hombro de Freytag, vio aparecer a David un momento en el umbral, captar la escena de una sola mirada y luego desaparecer sin dar señal de haberla reconocido—. Allá va David —indicó, sin sorpresa.

—¿Dónde? —preguntó Freytag, volviéndose demasiado tarde para divisarlo. Su rostro se serenó, y una sonrisita curiosa tensó las comisuras de sus labios. Enseguida, con gesto conspiratorio, atrajo a Jenny hacia sí en ademán rápido y posesivo, y apoyó su mejilla sobre la de la muchacha—. ¿Todavía está ahí? ¿Continúa sintiéndose celoso? ¿Por qué no le damos algún motivo para tener celos de verdad?

—No lo necesita —contestó Jenny, vivamente, repelida por la impertinencia de Freytag, e irguiéndose, rígida, contra su brazo—. Se desenvuelve estupendamente sin ayuda de nadie. Gracias.

Freytag soltó una franca carcajada, y Jenny observó que aquello le favorecía. No estaba predestinado para ser protagonista de drama, y mucho menos héroe de tragedia.

—¿Se propone usted, criatura cruel, dejarle peleando con una sombra todo el resto del tiempo que pasen juntos? Comete usted un delito grave al no darle un motivo, siendo así que lo necesita tanto…

—¡Oh, no! —rebatió Jenny—. Se equivoca por completo. David

no quiere que yo le sea infiel. Solo quiere sentir que existe siempre la posibilidad, que los otros hombres me encuentran deseable, y quiere tener derecho a acusarme de cosas… ¡de cosas que si él creyese de verdad no estaría ahora aquí en este barco conmigo! Pero ¿acaso a usted le importa? No hablemos de David. Es una de las cosas que le asquean, ¡y yo no se lo critico!

—Yo le he hablado a usted de mi mujer —le recordó Freytag.

—No precisamente de este modo —objetó Jenny, advirtiendo que estaba exagerando aquellas minucias.

Se estaban portando los dos de un modo perfectamente estúpido y vulgar, lo cual a ella no le hubiera importado ni un instante si al menos hubiese habido en aquel maldito y atestado barco un recurso para encontrar en alguna parte un sitio donde pasar unas cuantas noches juntos. No deseaba otra cosa de Freytag, pero esto lo deseaba con la furia callada de la fiebre alta, con el abandono de un sueño. Y se maravillaba de la pasividad de aquel hombre… ¿Era tan insensible que no la percibía a través de los poros?

—Es cierto —convino él—. No de este modo, ni mucho menos, pero mi mujer no está aquí, y en esto estriba la diferencia. ¿Qué hará usted, querida mía? —preguntó tiernamente.

—No lo sé —murmuró Jenny—. Solo sé que esto debe terminar.

Freytag la envolvió en sus brazos con súbito calor y la llevó, bailando muy de prisa, hacia la banda.

—Toquen: «*Adieu, mein kleiner Garde-Offizier*», se lo ruego —le gritó al músico que se inclinaba sobre el piano.

El pianista asintió con la cabeza, agradecido hasta del más leve testimonio de que seguía siendo un ser vivo. Cuando David se detuvo por segunda vez en otro umbral, más bajo, vio a la pareja brincando en una danza improvisada, formada de pasos largos, rectos, precipitados y ebrios, ambos riendo lo mismo que dos dementes. Y él se volvió al bar.

—¡Oh, cuidado! —recomendó Freytag—. Ahí está «Bebé». ¿Qué hace aquí?

Y en efecto, el perro estaba casi debajo mismo de sus pies. El perro esquivó el choque, la pareja y él se evitaron recíprocamente, y el animal siguió su camino errante.

Ric y Rac, fuera del círculo de los que bailaban, estaban trenzando una danza suya particular. Frente a frente, los dedos de los pies casi tocándose, se cogieron de las manos, y echando el cuerpo hacia atrás todo lo posible, se pusieron a girar vertiginosamente como planetas, mientras con las puntas de los zapatos producían en el suelo un sonido de castañuelas. El juego consistía en ver cuál de los dos quedaba agotado primero, se le aflojaban los dedos y caía rodando por el suelo. Mejor todavía, uno de los dos soltaría al otro, al mismo tiempo que él se echaba hacia adelante y mantenía el equilibrio mientras el otro se hacía un buen chichón. En realidad, sin embargo, tales triunfos solían quedar en el terreno de la teoría, pues los gemelos poseían un equilibrio idéntico en el cuerpo y en el alma. Cuando uno abría la mano y se echaba adelante, el otro se cogía con más fuerza y se echaba adelante también. Lo más que podía ocurrir era que chocasen, y en los días más afortunados, que los dos quizá salieran con la nariz sangrando.

Aquel día no ponían demasiado interés. El juego no les divertía, pero ambos eran demasiado tozudos para interrumpirlo hasta que no hubieran conseguido hacerse daño el uno al otro, fuese como fuere. El modo apenas importaba. En consecuencia, iban girando sobre su eje con los hombros muy echados atrás, las barbillas encogidas sobre el pecho, mirándose de hito en hito funestamente, cual dos pequeñas Gorgonas empeñadas cada una en convertir en piedra a la otra. Ninguno de ellos cedía, sino que giraba más furioso, hundiendo las uñas en las muñecas del otro, pasándole cuidadosamente las puntas de los pies, preparando el momento en que, por consentimiento mutuo, perfecto y tácito, se soltarían y saldrían disparados, y verían cuál de los dos caía, o cuál era el que sufría la caída peor.

Concha, que bailaba con Johann, al acercarse a la silla del tío del muchacho, se estremeció, escondió la cara y dijo:

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué cara de muerto tiene! No nos acerquemos más. Llévame lejos. ¿Por qué no ha muerto todavía?

Johann replicó, con amargura:

—Bien sabe Dios que yo quisiera que estuviese muerto.

Y apoyó la mejilla sobre la cabecita hermosa y de aspecto sereno de la muchacha, con sus lisos mechones de negro cabello, sobre el cual el del muchacho brillaba con un destello de oro, a pesar de la confusa luz. Y el doctor Schumann, al pasar camino de la cubierta de proa para asistir a otro alumbramiento, se detuvo para mirarles con placer, con gozo puro y generoso inspirado por la lozanía y la belleza de aquella pareja… ¿Cómo podía nacer una belleza tal de una suciedad y una proeza como la suya? Porque el doctor intuía el origen de aquellos jóvenes, que, sin duda alguna, estaban dotados de una manera de ser tan pobre y mísera como sus vidas. Y sin embargo, ahí estaban, tan perfectamente formados como caballos de carreras descendientes de campeones, y la expresión de ansiedad e incertidumbre de sus rostros resultaba tan conmovedora como las lágrimas de un niño que hubiera sufrido una injusticia.

«Es del diablo —se dijo por fin, volviéndose y siguiendo su camino para ayudar a traer al mundo otro pedazo de carne mortal —. Es del diablo esa belleza, pero el diablo les abandonará pronto…, ahora mismo ya se está marchando. ¡Qué lástima!».

Cuando Concha bailaba con Johann, o con cualquier hombre, no se apretaba contra su pareja, apenas se arrimaba. Lo que hacía era derretirse suavemente dentro de él desde la cabeza a los pies, cálida, aunque ingrávida. Su aliento acariciaba la mejilla del hombre con un levísimo sonido de hervor. Concha runruneaba ardorosa en su oído, le pasaba los labios por el cuello y la mejilla y la puntita de su lengua dejaba, discreta e invisiblemente, un rastro de besos en miniatura.

—¡No sigas con eso! —le gritó Johann, rodeándole el cuello en lugar de prenderla por la cintura—. ¿Quieres volverme loco?

—¡Oh, todo se te va en hablar, pero no me amas de veras! Ni siquiera me deseas ardientemente. —Concha apoyó la cabeza en el pecho del joven y le miró con mirada de desamparo—. ¿Qué debo hacer yo? Tú dices que no tienes dinero… Bien, tampoco tengo yo. Tú tienes a tu tío que se encarga de ti. Yo no tengo a nadie sino a mí misma. No te he pedido mucho, ¡pero algo tienes que darme! Tú eres más fuerte que él. ¿Cómo no le obligas a que te dé algún dinero?

Johann contestó, desolado:

—Está casi a punto de morir, esa es la cuestión. Y me dejará todo lo que tiene, y me dice a menudo que ya no puede tardar mucho, que tenga paciencia. Cuando me dice esto le odio. Le odio porque descubre mis malos sentimientos. ¡Porque habla de ello sabiendo lo desgraciado que me hace! Pero todavía no ha fallecido, y tengo que esperar.

La voz casi se le quebró. Cerró los ojos y estrechó a Concha como si fuese el único asidero que le quedaba en la vida.

—No me aprietes tanto, por favor —advirtió ella, con una sonrisa coquetona para denotar que se daba cuenta de la fuerza de Johann—. Dime, ¿me quieres un poquito? ¿Sí o no? ¿Me tomas por una de esas criaturas que aguardan por las noches en los umbrales de las puertas?

—¿No eres bailarina? ¿No te ganas la vida con ello?

—No muy buena —respondió Concha, fríamente—. Hasta que sea famosa, no. Al menos no lo bastante. Pero tú eres un desvergonzado… ¿Quieres ser tú mi representante en lugar de Manolo? Si no le doy todo el dinero, me pega. ¿Me pegarías tú?

—Si él se queda todo el dinero, ¿qué beneficio te reporta a ti el ganarlo? —preguntó Johann, cuya sangre mercantil alemana se caldeaba al pensar en el aspecto financiero de la profesión de Concha, hasta tal punto que la curiosidad superaba a casi todos los otros sentimientos.

—No se lo lleva todo, no, de ninguna manera —contestó Concha —. Y si se lo llevase ¿qué?, ¿acaso eres tú mejor que él? Él quiere que me acueste con hombres por dinero para que se lo dé. Tú quieres que me acueste contigo por nada… ¡En ambos casos, un

timo! ¡Y luego me hablas de amor!

—¡Nunca lo he hecho! —exclamó Johann, furioso—. ¡Nunca he pronunciado esa palabra!

—Bien —dijo Concha, con una leve carcajada despectiva que a Johann se le clavó hasta la médula—. Al fin y al cabo, no eres más que un cobarde. No puedes hacer frente a nada, ni siquiera a la palabra amor. No eres un hombre todavía.

—Ya te lo demostraré, ya te lo demostraré —farfulló Johann, arremetiendo y empujándola tan rudamente que estuvieron a punto de perder el equilibrio.

—No —denegó Concha—. No es esto lo que quería decir con lo de ser un hombre. Es otra cosa mucho mejor. Sí. Alejémonos de los demás, sin dejar de bailar, y te lo explicaré. —Apretando la palma de la mano contra la mejilla del joven, rogó—: No te enfades, amor mío.

Y siguiendo su mismo paso y ritmo, aunque guiándole ella a él, dijo en tono de advertencia, cuando estaban a punto de pisar al bulldog blanco y gordo que andaba solo y vagabundo por entre las parejas:

—¡Oh, ten cuidado!

El perro los olisqueó y continuó su camino con indiferencia. Ellos se apoyaron en la baranda, y Concha prosiguió:

—No acabo de entender cómo eres capaz de soportar tantas mezquindades, siendo, como es, totalmente innecesario. Sería tan sencillo y tan carente de riesgo, poner fin a todo ello… No correrías el menor peligro. Mirale… —Y se quedaron un momento mirando a herr Graf, alejado en la cubierta, que apoyaba la cabeza sobre el pecho y tenía los ojos cerrados—. Aquella muchacha gorda y fea se ha marchado —comentó Concha—. ¡Caramba! ¡Si ese hombre ya no está vivo de verdad! Apenas respira. Bastaría con ponerle una almohada, solo una almohada blanda, sobre la cara durante unos minutos…, *un momentito* —concretó, muy en serio, señalando la menor fracción de tiempo con el dedo pulgar y el indice—. Es un recurso que se ha empleado con éxito muchas veces. Entonces tendrías el dinero que lleva consigo, y cuando llegases a casa serías rico. ¡Ah, ten un poco de valor, cariño mío! Nadie lo sabrá jamás… ¡Ni yo siquiera! Si muriese esta noche, a mí no me sorprendería, ni te haría pregunta alguna, como tampoco te las haría nadie… En

realidad, todos nos preguntamos: «¿Cómo es posible que siga viviendo poco ni mucho? ¿Cómo puede seguir respirando?». De modo que ya ves…

Johann, escuchaba lleno de horror, volvía la cabeza continuamente y tragaba saliva lo mismo que si le estuvieran estrangulando. Él, que había deseado la muerte a su tío tantas veces, se quedaba casi petrificado ante la proposición de que le asesinase con sus propias manos. Podía jurar que no había cruzado jamás por su cerebro semejante idea…

Los oídos le zumbaban. Sintió que una descarga eléctrica le recorría todo el cuerpo. En aquel momento, ni siquiera notó la mano chiquitita que se le posaba en la muñeca y se deslizaba brazo arriba por dentro de la manga.

—Hazlo —le instó Concha, con insistente ternura, echándole el aliento a la cara—. Hazlo y sabrás qué es ser un hombre.

—¿Quieres decir esta misma noche? —preguntó él, forzando la voz a través de una garganta que se le estaba cerrando.

—¿Por qué no? ¿Acaso es mejor mañana?

—¡Nunca se me había ocurrido! —exclamó el muchacho, angustiado—. ¡Nunca, nunca!

—Pues ya era hora de que se te ocurriese. ¡Oh! ¡Cuánto desearía que pudiéramos celebrarlo con una botella de champaña! Hemos de beber champaña juntos. ¿No puedes comprar ni siquiera una botella pequeña, aunque sea de ese champaña alemán, esta noche?

—Espera —tartamudeó con la voz de una persona que pide misericordia—. ¡Espera! No tengo un pfennig… Mañana, te lo prometo, te lo prometo, ¡te compraré champaña!

—Bien, pues, por esta noche permite que lo compre yo, y mañana me darás lo que me haya costado. Solo que deberás hacer lo que te digo, has de dejar ya de ser un chiquillo tímido. Ahora te daré el dinero.

Y se metió la mano por el escote de su fino corpiño negro.

—¡No! —gritó Johann, y el viento transportó su voz por encima del agua—. Tú no vas a darme nada. ¿Qué te propones? ¿Me tomas por ese alcahuete tuyo? Ya verás qué clase de hombre soy… ¿Cómo te atreves a decirme esas cosas? ¡Prueba mañana a decirlas!

—Me atrevo ahora y me atreveré mañana —replicó Concha, inclinándose levemente sobre él y acariciándole la mano—. No me

amenaces. No te tengo miedo. ¿Cómo podría tenértelo? Tú nunca me harás ningún mal. ¡Me portaré tan bien contigo, que nunca querrás hacérmelo! No nos peleemos, es tan aburrido… Bailemos…

—No quiero bailar, estoy harto de bailar —contestó Johann, con sinceridad brutal—. Quiero algo más, algo real, auténtico. Ya me has engañado bastante tiempo. ¡La próxima vez será diferente!

—Así lo espero —dijo Concha—. ¿De qué estamos hablando, si no? ¿Te vas?

—Naturalmente —contestó el muchacho—. Es tarde y debo llevar a mi tío a la cama.

—¿Qué harás?

—Llevarle a la cama. ¿No te lo he dicho? —inquirió Johann—. ¿Qué otra cosa te figuras?

—¿Y luego que le hayas llevado a la cama…?

Johann apartó bruscamente la mano de Concha de su brazo, retorciéndosela al mismo tiempo que la soltaba con desprecio.

—Si mi tío falleciese esta noche, tú me acusarías de ser el autor de su muerte —afirmó—. Dirías que lo hice yo. Yo te enseñaré. Esta noche no morirá. ¡A mí no me coges tan fácilmente!

—¿Mañana noche, quizá? —le gritó ella, mientras el muchacho echaba a correr en dirección a la silla de su tío como el que corre para salvar la vida.

Concha se quedó mirándole mientras él empujaba la silla para cruzar el umbral de la puerta. Concha le miraba y se frotaba la muñeca con una cara perfectamente inexpresiva. Luego entró en el bar, donde Manolo estaba sentado ante una botella, medio vacía ya, de vino tinto, con dos vasos. Concha se sentó frente a él, y los ojos de ambos se encontraron brevemente. Luego, Manolo le acercó un vaso y se lo llenó. Después encendieron sendos cigarrillos y se pusieron a fumar como si cada uno estuviera solo, o fuesen dos desconocidos.

«Bebé» se detuvo un momento y olisqueó cortésmente la mano extendida de herr Graf, que le dio unas palmaditas a la cabeza y le bendijo al pasar.

—Todos somos hijos de Dios, cobijados bajo sus manos amorosas —asegurole al perro.

«Bebé» meneó un poco la cola en respuesta al tono bondadoso, pero sacudió la cabeza y expulsó de su hocico el olor de la mano mientras daba la vuelta a la amura y desaparecía en el preciso momento en que herr profesor y frau Hutten salían por la puerta del bar y empezaban a preguntar a los que bailaban:

—¿Ha visto usted nuestro bulldog blanco? ¿Lo recuerda?

Ric y Rac, que habían acortado la velocidad de rotación hasta llegar a pararse, aburridos y prestos para una pelea de consideración, vieron como con un solo par de ojos la majestuosa parte trasera de «Bebé», que se alejaba al trote de la silla del enfermo. Sin cruzar siquiera una mirada, se volvieron y se escabulleron a través del barco hasta el desierto costado de sotavento, a fin de ganarle la delantera. Una vez allí emprendieron veloz carrera cubierta arriba, al encuentro de «Bebé», que al verles venir se detuvo incierto, husmeando vivamente el aire. Ric y Rac se arremolinaron sobre él, se le echaron encima por delante y por detrás, agarrándole al azar, aunque con una intención bien definida, y lo llevaron al momento hacia la borda.

«Bebé» volvía a estar un poco mareado y no pudo resistirse, pero le irritó profundamente que lo arrastrasen de aquel modo. Puso los ojos en blanco, gruñó y refunfuñó, meneándose débilmente. Los dos hermanos consiguieron levantarle, con las patas inertes y la blanda e indefensa barriga palpitante, hasta la borda, en la que apoyaron un momento los cuartos traseros del can. Luego los niños empujaron con fuerza ambos a la vez, y abajo se fue el bulldog, lanzando un doliente ladrido. Golpeó el agua como un saco: de arena, hundiéndose, las olas le pasaron por encima, volvió a subir al

instante, inspiró profundamente y se mantuvo a flote como un bravo, conservando el hocico y las piernas delanteras, que se movían frenéticamente, fuera del agua.

Denny holgazaneaba por los alrededores, simulando que miraba a los que bailaban, aunque su único y constantemente frustrado propósito era el de poder captar una mirada de Pastora. Un estudiante cubano se había pegado a ella y se habían dispuesto a pasar la velada juntos, un baile después de otro. Denny se vio obligado a reconocer por fin que sus perspectivas habíanse desvanecido y, en su desencanto, hasta el deseo de beber licor le había abandonado. El emborracharse no era la solución para el caso presente. Por puro hábito se plantó ante la barra y sorbió rápidamente tres o cuatro whiskys. Luego, llevándose un bourbon doble, se marchó de allí, hasta el otro extremo del barco, donde pudiera meditar sin ser visto, mirando fijamente las olas monótonas iluminadas a franjas por los ojos de buey y las luces de las cubiertas, saturado de un mal humor corrosivo y consolándose escupiendo por entre los dientes y repitiendo en voz baja palabritas cortas e insultantes para las mujeres… para todas, para todo el cochino rebaño de mujeres, no para Pastora solamente. ¿Por qué fijarse en ella entre tantos millones? Una de ellas era tan… perra como cualquier otra, opinó, fijándose en un bulto blanco que chocaba con el agua hacia la mitad de la cubierta —un cubo de basura de la cocina, supuso— mientras Ric y Rac pasaban a todo correr con los ojos excitados y la boca abierta, sacando la lengua por la comisura de los labios; locos como siempre, observó Denny. Y casi al instante, vio otro bulto, largo y oscuro, que hendía el agua cerca del blanco. Y de la cubierta de proa se levantó un aullido ronco y prolongado, que helaba la sangre, como el de una manada de coyotes. El sonido fue en aumento, apagose y se renovó otra vez, rematado por agudos y estridentes alaridos de mujeres. Denny derramó el whisky, dejó caer el vaso sin darse cuenta, corrió hacia la baranda que daba sobre la cubierta inferior y vio la masa oscura e informe, apretujada, amontonada, inclinándose exageradamente sobre la borda y rebullendo como si estuvieran trabados unos con

otros y no pudieran desenredarse. Pero el angustiado alarido había adquirido cualidad humana y estaba saturado de lágrimas, y Denny, en medio de su niebla de borracho, también se sentía profundamente afligido. Cubriéndose la boca con la mano, se puso a llorar y corrió de nuevo hacia la baranda para ver cómo caían sobre la estela del barco media docena de salvavidas y quedaban flotando cerca de un hombre y un perro que luchaban en el mar. Ambos nadaban, el hombre sujetando al perro por el collar, y un bote salvavidas lleno de menudas figuritas blancas remaba hacia ellos, subiendo y bajando a cada salto adelante que daba. Denny notó una brusca detención en la marcha del buque, un choque interno, cual si las máquinas hubieran parado de repente. Vio que cambiaban el rumbo, advirtió que el barco se balanceaba con un poderoso batir y una profunda conmoción en la proa, y describía un lento círculo alrededor del bote salvavidas y el aro flotante. Un reflector de luz blanca y cruda puso al descubierto al hombre que nadaba, todavía tocado con su boina, estirando el brazo para coger el aro más próximo, pero no lo alcanzó y se hundió una vez más. Al perro lo subieron por el costado al bote salvavidas, y cuando emergió de nuevo, al hombre también.

Herr Baumgartner parecía más afligido que de costumbre y le preguntó a Denny:

—¿Por qué aullaba aquella gente?

—Hombre al agua —respondió Denny, en tono de autoridad, secas ya las lágrimas.

Herr Baumgartner respondió con halagadora vehemencia, haciendo una mueca tan exagerada que se le movieron las orejas y el cuero cabelludo. Se dio una palmada en la frente, y profiriendo un sonoro gemido, corrió a presenciar el final del espectáculo. Al poco rato se le reunió herr Freytag, y luego la alarma, o la diversión, se generalizó. Los que bailaban se desentendieron de la música, los componentes de la banda dejaron los instrumentos, y todo el mundo se acercó en rebaño a la baranda para presenciar la operación de salvamento. Los oficiales empezaron a circular entre ellos pidiéndoles que no se amontonasen sobre el costado del buque, que se mantuvieran alejados del bote, cuando subiera. Les suplicaban que se quedasen atrás, y declaraban que no había nada que ver. El salvamento había concluido. Los pasajeros adoptaban la

actitud de estar escuchando, pero ninguno se movía ni respondía. Frau Hutten, que se había ido poniendo cada vez más frenética durante la búsqueda, estaba casi desesperada, y empezó a mirar con resentimiento la indiferencia que notaba en todo el mundo: nadie la compadecía ni deseaba ayudarla. Ahora arrastraba a su marido por el brazo. Su cojera había desaparecido casi totalmente. Al ver a Denny, aquel joven poco recomendable, pero la persona que tenía más cerca, olvidó toda reserva y corrió hacia él, a punto de estallar en llanto.

—¡Oh, herr Denny! ¿Ha visto usted a mi buen «Bebé» mi bulldog blanco «Bebé»? ¡Oh, no lo encontramos por ninguna parte!

Denny volvió la cabeza con una mueca que quería ser de mofa y miró nuevamente al mar, señalando:

—¿No es aquel de allá abajo?

Frau Hutten miró y vio el bote, que estaban izando, con «Bebé» estirado en el fondo. Entonces dio un alarido y cayó hacia atrás, sobre el pecho de su marido, con tal violencia que faltó poco para que le derribase. Luego, cuando su marido la cogió por la cintura, cayó adelante. Y por el movimiento de su cuerpo, su esposo pudo notar que si no la hubiese sostenido hubiera caído de bruces cuan larga era.

Los marineros levantaron el largo y delgado cuerpo del hombre por encima del costado del bote. Fláccido como un alga marina, con los desnudos pies de curvados dedos colgando, y la harapienta bufanda de lana todavía alrededor del cuello. Mientras lo transportaban cuidadosamente abajo, a la cubierta de proa, el agua chorreaba de sus ropas. Dos marineros levantaron a «Bebé» hasta los abiertos brazos de frau Hutten, la cual se tambaleó bajo el peso del perro, al que depositó sobre la cubierta, y arrodillándose a su lado, lloró ruidosamente, lo mismo que una madre al lado de la fosa de su único hijo.

—¡Qué cosa tan deprimente e irritante! —le dijo David Scott a Wilhelm Freytag, que estaba allí cerca por casualidad.

Herr Baumgartner le oyó y no pudo abstenerse de protestar.

—Pero la pena es la pena, el dolor es el dolor, herr Scott, no importa la causa —sentenció con los labios descoloridos y la cara inclinada.

—¡Ah, la lacrimosa alma alemana! —masculló Freytag, con

profundo disgusto, alejándose de allí y recordando con un desagradable estremecimiento que esta era una frase de su esposa, y precisamente una frase que a él le había irritado siempre.

Herr profesor Hutten, sudando copiosamente de humillación, consiguió por fin poner en pie a su esposa. Un marinero vino a ayudar a transportar a «Bebé», y el dolorido grupito desapareció. En este punto se le ocurrió a herr Lutz sugerir a uno de los oficiales jóvenes que quizá deberían enviar al doctor Schumann para atender al hombre casi ahogado.

—Le están practicando ya la respiración artificial —replicó el oficial, desdeñando la oficiosidad del pasajero.

Pero, efectivamente, mandó avisar al doctor Schumann como, sin duda alguna, había tenido intención de hacer sin consejos de nadie.

El doctor Schumann avanzó pausadamente por el pasillo, camino de la cubierta principal, sin ser capaz de adivinar por los ruidos qué clase de pánico o de urgencia había surgido, y encontró a la condesa a la primera revuelta, andando como un fantasma, con un camisón negro y una capa vieja de brocado ribeteada de piel de mono.

—¡Ah, está aquí! —dijo ella, con voz infantil, soñolienta. Alargó el brazo para tocarle la cara con la punta de los dedos como si no esperara que fuese de carne y hueso—. ¿Qué es ese extraño ruido? ¿Acaso se hunde el barco?

—Creo que no —contestó él—. ¿Qué hace usted aquí?

—Estoy paseando lo mismo que usted —respondió—. Mi camarera ha huido. ¿Cómo no? El camarero le dijo que pasaba algo.

—Quizá sería mejor que viniera conmigo —dijo el doctor Schumann, cogiéndola del brazo.

—Nada me gustaría más —murmuró.

El doctor vio que la droga que le administraba empezaba a perder eficacia: «A esta hora la condesa ya debía haber estado inconsciente; ni el hundimiento del barco hubiese debido despertarla». El corazón del médico dio un peligroso brinco de rabia al pensar que aquella cobarde camarera la había abandonado, y también la habría abandonado él…, sí, él, que la puso en estado inconsciente y luego la dejó confiada a su suerte. En aquel momento de posible peligro no se habría acordado de ella ni una sola vez.

—Dios me ayude —musitó, casi aterrorizado ante la maldad que descubría en su propia naturaleza—. Andemos un poco más de prisa —le dijo a la prisionera—; parece que el barco está virando. Sin duda ha ocurrido algo muy anormal.

—¿Cómo nota que el barco está virando? —preguntó la condesa, moviéndose, pensó él, como si ya estuviera debajo del agua.

Se inclinó hasta que su mejilla se apoyó en el hombro del doctor y dijo salmodiando con voz temblorosa:

—Figúrese, si el barco se hundiese, descenderíamos los dos abrazados, dulcemente, dulcemente hacia el fondo del mar; un amor callado, oscuro, dentro del agua fría, dormida…

El doctor Schumann sintió un escalofrío en la nuca, al mismo tiempo que el impulso salvaje de apartar de un manotazo a aquella mujer, de alejar aquella pasión diabólica, aquel íncubo que se pegaba a él como un murciélago, él espíritu malo salido del infierno de aquella mujer para acusarle en falso, seducir su mente, imponerle fraudulentas obligaciones para con ella, lastrar su vida hasta el fin de sus días, arrastrarlo a la desesperación.

—Silencio —dijo, poniendo en la inofensiva palabra tal energía que dominó la atención dispersa de la condesa y hasta levantó un leve revoloteo de vida en su voz.

—¡Ah, sí, hablo demasiado; usted siempre lo dice!

—Yo no he dicho nunca tal cosa —negó llanamente el doctor Schumann.

—Oh, no…, con palabras, nunca —aseveró ella, sumiéndose una vez más en su semiestupor. En las escaleras se animó un poco y dijo —: Aquella, ¿no es mi camarera, que vuelve?

Lo era, en efecto, y detrás venía el camarero, que gritó:

—¡Abajo le necesitan, señor! Ha caído un hombre al agua; está medio ahogado.

El doctor Schumann se dirigió a la camarera:

—Lleve a esta dama al camarote y no la deje más sin una orden mía.

Mientras volvía a su propio camarote para recoger el maletín negro, reflexionó sobre la expresión del rostro de la camarera al recibir su reprimenda: era una mezcla desagradable de insolencia furtiva y de humillación falsa, la expresión, por desgracia, demasiado familiar, del servilismo resentido. Y se dijo, inquieto, que aquella mujer no merecía confianza y que la condesa, que sabía muy bien cómo tratar a las de su clase, no se hallaba ahora en condiciones de gobernarla. La agitación del médico fue en aumento al percatarse de la presión ejercida por los millones, cada día más numerosos, de seres infrahumanos, carne de cañón sin seso que no servía ni para dar buenos criados y que, no obstante, por su simple masa y por el peso de su maldad negativa, amenazaban gobernar el mundo. Notando que el sudor perlaba su frente, el médico se puso

una píldora blanca debajo de la lengua, cogió el maletín y salió, andando todo lo de prisa que se atrevía, con la esperanza de salvar a un estúpido, sin nombre ni fisonomía, de la cubierta de proa que había sido lo bastante tonto para caerse al agua. «¡Jesús, María y José!», rezaba el médico para ahuyentar el enjambre agresivo de sus pensamientos. Y al salir a cubierta hizo la señal de la cruz, sin disimulo, sin importarle quién pudiera verle. Frau Rittersdorf le vio, se persignó, imitándole, y dijo en un impulso a la familia Lutz:

—¡Ah, qué hombre tan bueno ese querido médico, que reza cuando va a realizar una obra de caridad!

—¿Caridad? —inquirió herr Lutz, quien consideraba que frau Rittersdorf se daba unos aires muy por encima de lo que correspondía a su situación en la vida ¡aquella mujer no era superior a él!—. ¿Caridad?, ¿en qué sentido? ¡Solo está cumpliendo con un deber por el cual le pagan, al fin y al cabo!

Frau Rittersdorf le dirigió una mirada centelleante de curiosidad regocijada, cual si fuera una especie de insecto extraño, y se alejó en silencio.

El padre Garza, arrodillado y rodeado de mujeres que lloraban y de hombres con cara lúgubre amontonados en el suelo del maloliente camarote, al lado de la litera donde yacía el abogado, se levantó al ver al doctor Schumann de pie en el umbral. Del techo pendía una luz débil sin pantalla, y en la mesa plegable que el sacerdote había traído para la ceremonia del Viático, ardía una sola vela. El padre Garza apagó la vela de un soplo, reunió los objetos sagrados y meneó la cabeza.

—Demasiado tarde, me temo, para los cuidados médicos —dijo, pesimista.

—De todos modos —contestó el doctor Schumann—, es preciso hacer algo. —Y acercándose con el estetoscopio se sentó en el borde de aquella sucia litera, en la que el ahogado, desnudo hasta la cintura, lavado y purificado por la sal marina, yacía apaciblemente con la dignidad de la muerte.

El doctor Schumann, a pesar de su larga experiencia como testigo involuntario de la muerte en casi todos sus aspectos, no había podido vencer jamás el espanto y la aflicción que le inspiraba tal presencia. Ahora sentía otra vez una sombra casi invisible que se cernía sobre ellos. Todos los signos, todos sus sentidos le decían que aquel hombre había fallecido; no obstante, continuó durante un rato escuchando atentamente con su instrumento por si percibía un aleteo o un murmullo de vida en la delgada caja torácica y en el vientre hundido, hambriento, del largo cuerpo de grandes y nudosas articulaciones, brazos esqueléticos y manos retorcidas cerradas ahora como las de un niño. Nada… El doctor se levantó y echó una última ojeada a la cara morena, triste y agotada que ahora se cerraba en una leve sonrisa enigmática. Las mujeres, apiñadas junto a los pies del cadáver, se pusieron a rezar en voz alta, haciendo sonar las cuentas del rosario; un hombre se adelantó y cruzó las inertes manos sobre el pecho; luego, con un gesto de ternura, cubrió el cadáver.

—¿Sería capaz de imaginar nada más absurdo? —decía el padre Garza al doctor Schumann con su alemán atroz, mientras regresaban lentamente y daban una vuelta por cubierta juntos—, ¿nada más absurdo que esto, que un hombre salte de un barco en marcha, en mitad del océano, a medianoche, y se ahogue? Ha sido un acto imprudente y reprochable en grado máximo, no suicida ciertamente, pero que entrañaba un desprecio censurable de la vida, de la cual no era dueño para poder disponer de ella de este modo. ¿Se lo imagina, mi querido doctor…, solo para salvar la vida de un perro?

El doctor Schumann se acordó de la acción irreflexiva cometida por él mismo al dar un salto para salvar la vida del gato del barco de manos de Ric y Rac, y se preguntó qué pensaría el sacerdote de *aquello*. Tuvo la sensación de que no tenía necesidad de imaginar nada; el impulso de aquel hombre le parecía casi demasiado natural y primario.

—Le había visto allí abajo en cubierta, tallando figuritas de animales con su navaja de bolsillo —dijo el doctor Schumann, después de unos momentos de silencio—. Era vasco —añadió, como si esto pudiera explicar algún misterio.

—Un pueblo desequilibrado y salvajemente individualista —opinó el padre Garza—, con su lengua indescifrable, su origen remotísimo y su catolicismo pagano… ¿Qué se podía esperar? Se llamaba Echegaray —concluyó, prolongando la palabra con un placer casi sensual.

—Debo recordarlo —dijo el doctor Schumann—. Gracias. Perdone, tengo que hacer una visita. —Pero se volvió y retrocedió un paso para preguntar—: Ah, padre, ¿quién cree usted que echó el perro por la borda?

—Aquellos endemoniados chiquillos de la compañía de baile, naturalmente —respondió el padre Garza—. ¿Quién si no?

—Me gustaría saber si les vio alguien —manifestó el médico en tono placentero—. ¿O acaso son demonios auténticos que pueden tomar cualquier forma, o hacerse invisibles para realizar sus hazañas tenebrosas?

—Una buena azotaina y tres días de castigo a pan y agua les sacarían los demonios del cuerpo —aseguró el padre Garza—. Son más bien unos pequeños pecadores bastante obtusos. No creo que

convenga llamarles diablos, pues con ello se considerarían gente importante. No hará falta otra cosa que un buen correctivo con el estómago vacío.

—Ojalá fuese tan sencillo —respondió el doctor Schumann con un vivo destello de impaciencia en los ojos. Viendo que el sacerdote fijaba la enojada mirada al frente y hacía una mueca amarga con los labios, disponiéndose a continuar el tema, el médico dijo, a toda prisa—: Buenas noches. —Y se alejó.

El doctor encontró a los Hutten arrodillados en el suelo del camarote, inclinados cual una esculpida *Pietá* sobre la forma postrada de «Bebé», que de vez en cuando levantaba la cabeza, daba unas arcadas y sacaba babeando más agua salada. Marido y mujer levantaron la cabeza hacia él con el mismo aire apesadumbrado y triste de los hombres y mujeres que estaban al lado del difunto. Frau Hutten, contraviniendo todas sus normas de discreción conyugal, habló primero:

—¡Oh, doctor!, ya *sé* que no está bien preguntárselo, pero… ¡oh!, ¿qué podemos hacer por nuestro «Bebé»? ¡Sufre tanto…!

El doctor Schumann contestó secamente:

—También yo tengo perros en casa. —Pasó la mano por debajo de la cabeza de «Bebé», la levantó, volvió a dejarla descansar suavemente, y dijo—: Continúen dándole masajes enérgicos y ténganlo tendido, inmóvil, sobre la barriga. Se restablecerá. En cambio el hombre… —añadió—, el hombre que ha saltado al agua para salvarlo, ha fallecido.

Frau Hutten se sentó sobre los talones y se cubrió los oídos con las manos.

—¡Oh, no, no! —gritó con una mezcla de cólera y sobresalto. Luego recordó la recomendación y se puso de nuevo a hundir los puños en las costillas y espinazo de «Bebé», empujando hacia adelante y hacia atrás, arrancándole algún que otro gruñido bajo junto con un chorro de agua espumajosa.

—Oigamos lo que herr doctor tiene que contarnos —dijo el profesor Hutten con la mayor formalidad. Haciendo un notable esfuerzo, apenas disimulado, se puso en pie y miró cara a cara al médico como de hombre a hombre, dejando para su esposa los deberes, más humildes, para con el animal náufrago, que, según el profesor veía con toda claridad, se convertiría en una carga cada vez más penosa a medida que pasara el tiempo—. ¿Quiere usted darme a entender, señor —preguntó—, que un hombre saltó al mar

para salvar a nuestro perro?

—Yo creía que estaba usted enterado —respondió el médico—. Ha habido una operación de salvamento con un bote salvavidas; y todo el pasaje la ha presenciado desde cubierta. ¿No se lo ha dicho nadie?

—Estaba atendiendo a mi esposa, que estuvo a punto de desmayarse —contestó herr profesor Hutten, casi con pesar—. Sí, me lo han dicho, pero no lo creía. ¿Quién ha podido ser tan loco?

—Uno lo ha sido —dijo el doctor Schumann—. Era vasco; se llamaba Echegaray. Era el hombre que tallaba animalitos con pedazos de madera…

—¡Ah, sí! —exclamó herr Hutten—. Sí, ahora recuerdo…, estaba entre aquellos agitadores peligrosos…, aquellos a los cuales el capitán hizo desarmar…

—Le quitaron la navaja del bolsillo, sí —asintió el médico, suspirando, invadido por una oleada de cansancio y desaliento—. Era completamente inofensivo y enteramente desdichado…

—¡Ah, naturalmente, esperaba una recompensa! —gritó frau Hutten con el tono de haber hecho un descubrimiento—. ¡Le hubiéramos pagado bien, muy contentos! ¡Qué lástima que no podamos estrecharle la mano y darle las gracias!

—Al menos —sugirió herr profesor, consultando formalmente al doctor—, al menos podríamos ofrecer un socorro monetario a su familia…

—No tiene ninguna, al menos en este barco —declaró el doctor, observando la expresión de alivio que pasó, como un rayo de luz, por la cara del profesor.

También la de frau Hutten se iluminó, como por reflexión.

—En fin —concluyó la mujer, casi regocijada—, el hecho no tiene remedio; hecho está, y ha escapado del alcance de nuestras manos.

—En efecto —convino el doctor Schumann—. Así pues, buenas noches. Manténganle caliente —añadió, indicando con una inclinación de cabeza a «Bebé», que estaba dando señales de recobrarse—. Denle caldo de ternera tibio.

Frau Hutten levantó las manos hacia su marido, que la ayudó a levantarse con gesto experto. Entonces la mujer corrió detrás del doctor a fin de detenerle, cual si hubiera de confiarle un secreto. No

obstante, se limitó a preguntar:

—¿Cómo se llamaba? —Y había un no sé qué de misterioso e intrigado en su susurro, y en la abotargada cara que envejecía ya, y había adquirido repentinamente un aire infantil.

—Echegaray —pronunció meticulosamente el doctor Schumann —, un apellido muy corriente entre los vascos.

—¡Ah! —dijo frau Hutten, sin intentar repetir el nombre—, ¡y pensar que ha dado la vida por nuestro pobre «Bebé» y que nosotros ni siquiera podemos hacerle saber que le estamos agradecidos! No puedo resistirlo —gimió, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Si quieren asistir —invitó el doctor—, el entierro tendrá lugar mañana por la mañana, después de la primera misa.

Frau Hutten se estremeció y movió la cabeza, negativamente.

—¡Oh!, ¿cómo voy a asistir? Gracias, de todos modos — apresurose a decir, al volverse, mordiéndose los labios y parpadeando.

—¿Cómo ha dicho el doctor que se llamaba? —preguntó el profesor, de pie donde le había dejado su mujer, con la atención fija no en «Bebé», sino en un punto más allá de la pared del camarote, más allá del barco, como si en alguna parte hubiera linderos, límites, línea de costa donde anclar su perplejidad.

—Un nombre raro —respondió la mujer—, casi cómico, exótico… Eche… Eche…

—Echegaray —completó el marido—. Ah, sí, recuerdo a varios vascos de la ciudad de México que llevaban tal apellido. Confieso, querida mía, que no consigo imaginar los móviles de ese infortunado. La esperanza de una recompensa…, por supuesto; pero esto resulta casi demasiado simple. ¿Desearía llamar la atención sobre su persona, ser admirado como un héroe? ¿Acaso ansiaba, inconscientemente, claro está, la muerte, y por ello aprovechó este modo de suicidarse sin ser realmente culpable de tal delito? ¿Acaso…?

—¡Oh!, ¿y yo qué sé? —gritó su esposa, a punto de mesarse el cabello, exasperada.

Pero «Bebé» le ahorró tan rudo gesto, poniéndose a dar arcadas y a vomitar agua salada otra vez. Y continuó así algún tiempo, durante el cual frau Hutten y herr profesor se turnaban en la tarea

de darle masaje con coñac y secarle con toallas de baño, hasta que la camarera, con los ojos enrojecidos y estallando de indignación, les trajo en un cuenco el caldo de ternera que pedían. Se lo entregó a frau Hutten estirando mucho el brazo, y no quiso ser testigo del mal uso dado a un buen caldo hecho para seres humanos —pensar en todos los pobres inocentes que se mueren de hambre por el mundo; en los niñitos pequeños—, ¡echándoselo gaznate abajo a un miserable perro! Y cuando el hombre que había salvado aquella bestia, se asfixiaba hasta morir con el agua de mar, ¿quién de todos los que llenaban la hedionda cubierta de proa estaba a su lado?, ¿qué consiguió salvo una seca oblea de aquel hipócrita de cura y una inicua parodia de la palabra de Dios? La camarera experimentó la sensación de estar ahogándose ella también en un mar agitado de salada cólera; una sensación que le paralizó las articulaciones y la hizo andar encogida como una lisiada por todo el pasillo. La Divina Providencia le envió la ocasión de desalojar su ira en la cara de un botones de camarote, encanijado, que caminaba muy de prisa, llevando una brazada de ropa blanca.

—¡Uno debería ser un perro en este cochino mundo! Un perro de rico para que le dieran a beber el caldo hecho con huesos de los pobres. ¿Qué importa la vida de un hombre, comparada con la de un perro? ¡Dímelo! ¡El perro de un rico, naturalmente!

El muchachito de catorce años, que a su vez era el descolorido producto de toda una vida de alimentación insuficiente, se recobró al instante del susto, al darse cuenta de que la furia de la camarera no le tomaba a él por blanco.

—¿Un perro dice usted, fräulein?, y perdone la pregunta —dijo con el aire ritual de servilismo que adoptaba delante de sus superiores, en los que se incluían todos los ocupantes del barco, y sin el más leve asomo de respeto por sí mismo; un respeto que todos y cada uno hubieran tomado por pura desvergüenza.

—¡Caldo para aquel perro! —volvió a exclamar ella casi ahogándose—. ¡Y el hombre está muerto! ¡Caldo para salvar la vida de un perro! —dijo azotando el aire con el largo látigo de un brazo.

El muchacho, extremadamente inquieto, pasó a su lado a toda prisa y echó a correr, temblándole las rodillas.

«Yo habría dejado que se ahogasen los dos, y tú también, sin duda —dijo para sí mismo—, so mula vieja y loca». Y el sabor de

aquellas palabras le gustó tanto que siguió repitiéndolas en voz baja hasta que la sensación de que le atropellaban se hubo desvanecido.

A pesar de todos los esfuerzos de herr profesor y frau Hutten, «Bebé» continuó presa de violenta agitación; un estremecimiento tras otro devastaban su gastado organismo. Por fin se levantó y se quedó sentado, embotado y pasivo, bajo las manos ansiosas de marido y mujer.

—¡Me hace sentir tan culpable! —exclamó frau Hutten.

Porque el animal parecía hacerle una pregunta terrible, con una mirada de duda en sus enrojecidos ojos. Hasta con el silencio parecía acusarla de cierta perversidad perpetrada contra él.

—Es callado por temperamento —le recordó su marido—, esto no es nuevo.

—¡Ah, pero no es lo mismo! —replicó ella, aterrada.

Olvidaba que había disgustado profundamente a su marido y no gozaba de su favor. Por ello se inclinó hacia él tan confiada como de costumbre con la cabeza inclinada y las lágrimas corriendo de nuevo. Su mano fue en busca de la de su marido, que le correspondió al momento.

—Él confiaba en nosotros —musitó llorando—, formaba parte de nuestro pasado, de nuestro pasado dichoso —añadió—, de nuestra vida en común. —La pobre se sentó en el borde de la cama, descompuesta y desamparada, y su marido se le acercó y se sentó a su lado—. ¡México! —gritó la mujer, sollozando con una vehemencia que para su marido era desconocida—. ¡México! ¿Por qué nos marchamos de allí? ¿Qué es lo que nos ha empujado a este viaje terrible? Allí éramos felices, los tres juntos; allí éramos jóvenes los MES ¿Por qué hemos rechazado la dicha y la juventud?

Por primera vez en muchos años, las lágrimas rodaron sin rebozo por la cara de herr profesor Hutten.

—Procura no afligirte de este modo, pobre niña mía —exhortó —. Tanta pena, somete tu corazón a un gran esfuerzo y trastornará seriamente tu sistema nervioso. Desde hace algún tiempo —le recordó, mientras se le iban formando gotas en la punta de la nariz

— no haces gala de tus características habituales: aquella discreción, aquel prever las cosas, aquella estabilidad de carácter que han sido la admiración de todos los que te conocen…

—Perdona mi debilidad, perdóname, necesito tu ayuda. Tú eres la bondad personificada. Estoy segura de que fui yo la que dejó la puerta abierta, todo es culpa mía; tú siempre tienes razón —imploró la mujer.

Y aunque herr profesor sacó el pañuelo y se secó las lágrimas y la frente, resolviendo mostrarse firme en aquel momento crítico y no permitir que una oleada de emoción apartase de su mente los acontecimientos verdaderamente importantes del día y el justo enojo que sentía contra su esposa, a pesar de todo, no pudo dominar ni negar una especie de ablandamiento de todo su ser. Como si alguien hubiera derramado sobre la abierta herida de su alma un bálsamo mágico, el punto dolorido de su mente quedó aliviado, su amor propio herido dejó de sufrir lanzadas de dolor. Benevolencia, magnanimidad, caridad cristiana, calor conyugal, hasta la misma ternura humana penetraron valientemente en su pecho para volver a ocupar el puesto que por derecho les pertenecía; todas en orden perfecto, y designadas por sus nombres exactos. Hacía años que el profesor no experimentaba una riqueza tal de sentimientos; una sensación tan confortante emanada del tesoro de virtudes que moraba en su interior, el cual con palabra sencilla, su esposa había reconocido e invocado una vez más.

Y la besó profundamente en los labios como si ella fuese una recién casada, introduciéndole la lengua casi hasta la garganta, y le cogió la cabeza como antes solía, tirándole dolorosamente del pelo en su entusiasmo. Empezaron a arrancarse torpemente el uno al otro las prendas de ropa que más les estorbaban, como si pretendieran desgarrarse mutuamente, y se desplomaron aferrados como dos ranas. Después de forcejear, gemir, gruñir y revolcarse enzarzados en una lucha salvaje, durante un tiempo inmoderadamente largo, se derrumbaron, fundido uno en el otro, temblando débilmente y profiriendo quejidos de placer agónico. Luego permanecieron enlazados un agradable y prolongado rato sumidos en triunfante agotamiento, con su matrimonio restaurado casi como nuevo, y sus sentimientos frescos y purificados.

—Mujercita mía… —murmuraba el profesor, lo mismo que

había hecho después del largo y regocijante asedio para desflorarla en su noche de bodas.

—Esposo mío… —había replicado ella aquel día pretérito, con perfecta propiedad. Y actualmente repetía la palabra de cuando en cuando como parte de una ceremonia.

Desde su estera en el rincón, en medio de su sueño atormentado, «Bebé» soltó un aullido largo, ronco, sollozante, aterrorizado, que sacó a marido y mujer de su inercia sensual con angustioso sobresalto. Frau Hutten empezó a llorar de nuevo, casi por costumbre.

—Oh, él lo sabe; él sabe que querían ahogarle —gritó con acento acusador—. Tiene el corazón destrozado.

El sistema nervioso del profesor, un tanto destemplado por aquellos desacostumbrados esfuerzos, se rebeló de inmediato. Y él hombre gimió de nuevo, esta vez con un sufrimiento auténtico.

—Te prohíbo que derrames ni una lágrima más por este asunto —dijo con voz tonante, restablecida y en orden de combate toda su autoridad varonil—. ¿Y qué quieres decir con eso de «querían»? Ten cuidado con lo que dices, cariño.

Y la zarandeó un poquitín, con afecto, y ella sintió un gran placer fingiendo que temía la cólera de su marido, porque esto a él le gustaba siempre, hasta cuando estaba encolerizado de verdad y no de mentirijillas como en este momento. A frau Hutten se le ocurrió que la única vez en la vida que había temido de verdad a su esposo había sido unas horas antes, cuando creía haberle ofendido mortalmente; entonces no tenía poder alguno sobre él, no poseía encanto que le atrajese, ni treta que emplear. ¡Qué sensación tan extraña, tan aterradora…!, no debía producirse nunca más.

—Por favor, permíteme que vaya a su lado —pidió, secándose los ojos en la manga de la camisa del profesor—. Me refería a aquel par de niños incalificables —explicó en un tono cuidadosamente moderado—. Sin duda son los únicos capaces de una acción parecida.

—De acuerdo —respondió su marido—, pero a pesar de todo, no debemos decirlo, pues no podemos demostrarlo. Además, legalmente, quizá el ahogar a un perro no sea delito.

—¡Ah, pero ocasionaron la muerte de un hombre!

—¿De qué modo? —inquirió el profesor—. ¿Le obligó alguien a

cometer aquel acto temerario? ¿Acaso alguien, ni siquiera los niños aquellos, imaginaba una cosa semejante?

Frau Hutten abandonó la discusión y se arrodilló muy despacio, la rodilla le dolía otra vez, cogió la cara, grande y apesadumbrada, de «Bebé» entre las manos, y dijo:

—No hemos sido nosotros, no han sido tus buenos Vati y Mutti, ¿recuerdas?, los que te han hecho esto. Nosotros te queremos —asegurole con cariño, acariciándole las orejas y la quijada—. Lo comprende perfectamente —comentó, mirando a su marido—. Duérmete, cariño mío —suplicó al perro, dejando descansar su cabeza sobre la estera.

—¡Ah!, yo también dormiría —dijo el profesor, ayudando a su mujer a levantarse del suelo.

Y ambos se quitaron el resto de las prendas y se pusieron las de noche con movimientos maquinales, como si estuvieran durmiendo ya, y se dejaron caer en el lecho; y el movimiento del barco debajo de ellos, antes tan odioso, les resultó tan grato como el mecer de una cuna. Medio dormido, el profesor murmuró:

—¿Cómo ha dicho el doctor que se llamaba aquel hombre? ¡Qué raro que ahora no pueda recordarlo!

—¡Oh!, ¿para qué serviría? —suspiró frau Hutten, fatigada—. Intentemos olvidarlo.

Elsa, tendida de espaldas, con los brazos debajo de la cabeza, contemplaba adormilada el brillante cielo azul que parecía tocar, casi, la redonda abertura del ojo de buey.

—¿Tan pronto? —preguntó sin curiosidad, al ver que Jenny se lavaba y se vestía apresuradamente—. Yo no podría; tengo demasiada pereza.

—Esta mañana entierran al pobre hombre que se ahogó —explicó Jenny—. Imagina que le dejáramos solo allá.

—¿Y qué? Él no se entera —repuso Elsa con fría sensatez—. Por tanto, ¿qué puede importarle? Mi padre decía anoche que cometió un acto bastante tonto. Dijo que las personas estúpidas como ese hombre son las que acarrean todos los conflictos a las demás. Dijo que…

—¿Se refería a salvar los estúpidos perros de otra gente estúpida? ¿Cosas así? —preguntó Jenny, con un tono de voz que le dejaba helado a uno.

Elsa se incorporó quedando sentada en el diván-cama, y su fisonomía se contrajo en una leve mueca de aflicción.

—Mi padre no quería decir eso —objetó con ansiedad—. Mi padre es un hombre bueno por temperamento; él no sería capaz de hacer daño a nadie. No quería decir que no le diera pena ese pobre hombre. Resulta difícil explicarlo…

Jenny terminó de peinarse en silencio y dejó a Elsa pugnando por salir del apuro.

—Se trata únicamente de que a veces es demasiado práctico, lo mismo que mi madre, casi. Dice que la vida es para los que viven, que los muertos no necesitan nada, que no debemos dejarnos arrastrar por los sentimientos cuando ello no sirve para nada. Y mi madre dice…

Jenny la interrumpió con una carcajada.

—Oh, Elsa, ¿no te alegrarás cuando acabe el colegio?

Elsa la miró con desconfianza, como hacía cada vez con más

frecuencia últimamente. Su compañera de camarote parecía igual que cualquier otra persona; sin embargo, notaba en ella algo raro, aunque no podía señalar exactamente qué era.

—No voy al colegio —respondió adusta.

Jenny se rodeó la cabeza con un chal de seda oscura.

—Es igual, querida, no te apures —dijo—. Yo voy a decirle adiós, cuando le arrojen al agua, tanto si lo oye como si no.

La luz del sol de primeras horas del día reflejada en el agua danzaba por los ojos del padre Garza, que estaba de pie junto a la baranda de cubierta, pero la deslumbrada mirada que dirigía a lo alto se detuvo en la fila de buscadores de curiosidades de la cubierta superior…, buitres que olían la carroña y no podían apartarse de ella. El padre Garza, debido a la larga experiencia de su propia naturaleza humana y la de otras personas, había aprendido a dudar de la pureza de la simpatía y la compasión desinteresada en cualquiera de sus formas. Se atrevía a suponer que entre todos aquellos espectadores no había ninguno que tuviese un pensamiento verdaderamente cristiano ni rezase una oración. Delante de él tenía el cadáver, preparado para ser echado por encima de la borda en el momento preciso; una forma larga, rígida, momificada, envuelta en una lona negra que sobresalía de la baranda, sujeta por varios marineros jóvenes, de cabello como la estopa y caras rosáceas, ceremoniosamente solemnes dentro de sus trajes blancos de algodón. Los pasajeros de proa, con sus harapos, su suciedad y sus rostros morenos, permanecían a respetuosa distancia, amontonados y rumorosos como un enjambre de abejas con los rosarios colgando, las manos agitadas en incesantes signos de la cruz, los ojos fijos, los labios moviéndose. Solo el hombre obeso, que lucía una camisa de color naranja vivo, se había situado un poco hacia un lado, junto con su grupito de seguidores, todos ellos dispuestos para la pelea. De vez en cuando, el hombre obeso soltaba un ruidoso eructo, y extendiendo la mano se hacía la señal de la cruz con el dedo pulgar sobre la punta de la nariz. Se daba perfecta cuenta de que cierto número de los que estaban rezando le observaban atentamente con ganas de asesinarle, y esto parecía animarle a imaginar nuevas blasfemias.

El padre Garza veía todo eso, como veía todo lo que sucedía a su alrededor, a pesar de estar concentrado en el Servicio de Difuntos, que leía para sí como si fuese su breviario.

—… Venid a socorrerle, vosotros Santos del Cielo; venid a su encuentro, vosotros Ángeles del Señor, y recibiendo su alma presentadla a la vista del Altísimo… Dadle, oh, Señor, el descanso eterno, y que la luz eterna luzca sobre él. Acogiendo su alma, Virgen Santísima, presentadla a la vista del Altísimo… Sed misericordioso, Señor, os lo suplicamos con el alma de vuestro siervo Juan María Echegaray, por el cual os ofrecemos el sacrificio de alabanza, rogando humildemente a Vuestra Santa Majestad que, por estas ofrendas de paz, lo halléis digno de conquistar el descanso eterno. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

El chapaleteo acompasado de las olas, el murmullo continuo de las voces rezando en común, los movimientos, nerviosos, incesantes, de la turba, las obscenidades del hombre obeso… nada producía ningún efecto en el silencio y la quietud del disciplinado grupo reunido en torno del muertos. Con todas las oraciones y ceremonias establecidas por el rito, santiguándose y arrodillándose los creyentes cuando lo prescribía la liturgia, rociado con agua bendita y purificado con incienso, el envuelto y lastrado cuerpo que había contenido un alma humana fue soltado, se inclinó lentamente hacia abajo y, mientras se deslizaba adelante, le dieron un empujón decisivo que lo apartó limpiamente del costado del barco y lo hizo caer en línea recta, hiriendo el agua con los pies por delante y hundiéndose lentamente, mientras el barco se alejaba de él.

—Dios acoja su alma —susurraron frau Schmitt, los jóvenes cubanos, el doctor Schumann y la señora Ortega de Chávez, esposa del diplomático mexicano, todos pronunciando secretamente las mismas palabras, y hasta frau Rittersdorf se santiguó. El cadáver continuaba visible para todos a buena profundidad debajo del agua bajo los largos y sesgados rayos del sol. Mientras desaparecía, el barco había recorrido un buen trecho; antes de que el padre Garza llegase a la cubierta superior, el muerto había quedado muy atrás.

Deteniéndose solo para meterse los rosarios en el bolsillo, los amigos del difunto se arrojaron con furia sobre los blasfemos, cayendo en movible y destructor alud encima del hombre obeso y de sus amigos —aunque estos no importaban mucho—, y antes de que los marineros consiguieran apartarles, habían realizado una considerable tarea destructora en las personas de los enemigos de la religión y la decencia, sin otro instrumento que sus manos. Solo un

hombre había conseguido hacerse con una pequeña llave inglesa, cómo o dónde, nadie llegó a descubrirlo, y con ella se las arregló para poner fin a la carrera activa del gordo, al menos por aquella travesía, mediante un golpe bien colocado en la coronilla.

Jenny encontró a David enseguida, apoyado sobre los codos, con el cuello de la chaqueta subido hasta las orejas, y las manos haciendo pantalla sobre los ojos semicerrados, tratando de enfocar la escena que se desarrollaba abajo. Era extremadamente miope, pero no sabía resignarse a llevar gafas, sino cuando trabajaba solo. Sin embargo habían llegado ambos jóvenes a un acuerdo amistoso, a una especie de conspiración, según los cuales el ser miope le favorecía, significaba para él una ventaja especial. Cuando paseaba por el campo con Jenny, siempre era él quien encontraba la flor diminuta y extraña, o la plantita que resultaba ser una rareza del mundo botánico; en la playa descubría conchas que solo revelaban su belleza a otras personas con ayuda del cristal de aumento; en los mercados indios se encaminaba directamente hacia los juguetes tan pequeños que solo podían ser fabricados por dedos de niños. Hacía poco, precisamente, que le había enseñado varias veces a Jenny, muy ufano, los tesoros adquiridos últimamente: un bolsillo lleno de animalitos tallados en madera, de una pulgada de longitud. Los había comprado al hombre cuyo entierro tenía lugar entonces en la cubierta inferior.

Jenny se situó calladamente a su lado, hasta que él se dio cuenta de su presencia, y exclamó: «¡Oh, Jenny ángel!», pero se notaba claramente que seguía encerrado en sí mismo, en sus propios pensamientos; si Jenny le hubiese rozado apenas, o hubiera pronunciado una sola palabra, David se habría convertido en piedra. La joven se apartó al momento, tratando de desviar su atención y no pensar en él, helada por aquella familiar sensación de vacío en el estómago, invadida por aquella clase de sufrimiento tan ciego, tan insensato que Jenny se despreciaba a sí misma por ser capaz de experimentarlo, que David tenía poder para infligirle en cualquier momento mediante la sencilla, terrible estratagema de no existir para ella. En su aflicción apenas consiguió evitar la mirada de Denny, que se acercaba precipitadamente con un jarro de

cerveza. Le seguía Arne Hansen, con el ceño fruncido y sin dirigir ni una mirada a nadie; con el aspecto, pensó Jenny otra vez, lo mismo que había pensado a menudo, que podría tener un hombre que se encontrase solo en una isla desierta.

Ric y Rac, más salvajes y desgreñados que de costumbre, treparon a la baranda y se pusieron a horcajadas como si montasen sobre una rama de árbol, inclinándose hacia fuera peligrosamente para ver mejor lo que ocurría, con la boca abierta y los vivaces ojos enfebrecidos. Nadie les prestó la menor atención; un marinero que pasaba por allí no se tomó siquiera la molestia de ordenarles que bajasen. Cada pareja y cada persona del grupo de espectadores se mantenía estrictamente aparte de los demás, sin dar signo alguno de que advirtiese la presencia de los otros; cada uno había buscado un punto ventajoso desde donde mirar; no obstante lo cual, todos enfilaban la vista hacia un lugar determinado, lo mismo que si les estuvieran haciendo una fotografía en grupo.

Jenny estaba de pie con las manos enlazadas a la altura del pecho, contemplando, asimismo, la ceremonia funeraria que se desarrollaba abajo, observando el cuadro que componían las hieráticas figuras con las largas sombras azuladas que proyectaban hacia un lado, grabándolo en su mente como si lo fotografiase, para esbozarlo tan pronto como tuviera a mano un lápiz y un papel, y extrañándose de no haberlos traído consigo, y sorprendiéndose también de su propia falta de sentimiento. Aquello era absolutamente irreal, el último acto de una tragedia representada por fantasmas; aquel pedazo de lona oscura no envolvía nada que hubiera estado animado jamás por la vida; y, precisamente, mientras Jenny se sorprendía de su insensibilidad, sintió que los ojos se le llenaban de unas lágrimas totalmente vacías de significado, derramadas por nada en absoluto, que no cambiarían nada, que ni siquiera mitigarían el sufrimiento causado por el vacío que notaba en su interior; y a través de una niebla vio cómo el bulto envuelto en lona saltaba hacia fuera y chocaba con el agua.

Estaba tan absorta tratando de seguir su camino hacia las profundidades, que casi se perdió la conmoción de la batalla; ¡tan súbitamente se produjo y tan sumariamente terminó! En aquel preciso momento, Denny gritó muy cerca de ella:

—¡Bien, que me cuelguen! ¡Le han dado! ¡Bien, que me

cuelguen!

Jenny vio cómo varios marineros arrastraban al sujeto obeso fuera del tumulto, mientras los otros deshacían expeditivamente la formación de los atacantes, los cuales retrocedieron sin gran resistencia y no armaron ya más alboroto. Una sola ojeada les bastó para ver que el «trabajo» había quedado realizado; se sentían satisfechos y, aplacada su furia, estaban dispuestos a afrontar todas las consecuencias. Arne Hansen levantó ambos puños y los blandió con rabia, vociferando:

—¡Cobardes! ¡Tontos! ¡Esclavos! ¡Matad a vuestros enemigos, y no a vuestros amigos! ¡Hatajo de imbéciles! —siguió gritando convulsivamente, como si no pudiera parar; hasta que el grupo de personas que tenía cerca empezó a intercambiar miradas inquietas.

En la cubierta de abajo, varios componentes del grupo atacante levantaron la vista con gesto avinagrado, y uno de ellos le respondió, gritando despectivamente:

—¡Cierra esa bocaza, *cabrón* de sueco! ¡No te metas en nuestros asuntos!

Y todos estallaron en burlonas carcajadas. Hansen se marchó, con su andar habitual, a largas y pesadas zancadas, con la cabeza hundida entre los hombros levantados.

El sujeto obeso yacía de espaldas, abiertos los brazos y las piernas, sangrando por una herida de aspecto nefasto que se abría y centelleaba a la luz del sol. El doctor Schumann no aguardó a que le llamasen, sino que apareció casi al momento en la cubierta inferior y se dirigió al padre Garza, que se marchaba ya con su presteza e indiferencia características, aunque se tomó el tiempo necesario para decir:

—No es nada grave, doctor; no me necesitará.

David había salido de su crisis de ensimismamiento de un modo bastante repentino, y aunque su rostro no había cambiado de expresión, sus ojos brillaban con un fuego curioso, excitado y complacido.

—¡Bien! —exclamó—. ¡Han realizado la hazaña! Siempre les creí capaces de ello.

—Es exactamente lo que Denny ha dicho —espetole Jenny con súbita cólera.

Entonces David la miró fijamente, vio las lágrimas, que todavía

no se habían secado en su rostro, y exclamó con amargura:

—¡Dios mío!, ¿no habrá nunca nada en lo cual tú no intentes tomar parte? ¿Por qué diablos tienes que llorar ahora?

—Por todo —respondió Jenny con voz entrecortada—. Por todo lo del mundo entero. Y esto te incluye a ti, de una u otra manera… —Entonces vio asomar en los ojos de David el brillo del placer que le causaba el saberse capaz de hacerle perder los estribos hasta el punto de que ella replicaba cualquier cosa, decía todo lo que le venía a las mientes…, y luego tenía que arrepentirse. Pero por mucho que se arrepintiera, sabía que él nunca se lo perdonaría. Aquello suponía otro argumento en poder de David, ni más ni menos. Jenny le miró de hito en hito a su vez, como si fuera tan corta de vista como él, y replicó en tono tajante y en voz baja y rápida—: ¡No, David, no; no vuelvas a las andadas; esta vez no! —Lo dijo muy despacio, para que David pudiera ver que era perfectamente dueña de sí misma. Luego echó a andar, alejándose de allí; pero de pronto se volvió y le dijo con furia salvaje—: ¡No me sigas…, no me dirijas la palabra!

—No te apures —contestó David, con expresión fría y resuelta —, no lo haré.

Ric y Rac, todavía montados a horcajadas sobre la baranda, se pusieron a chillar repetidamente una palabra, moviendo la cabeza y los brazos frenéticamente, señalando el mar abierto.

—¡Ballenas, ballenas, ballenas, ballenas! —gritaban extasiados.

Y, en efecto, pasaban unas ballenas, como todos los presentes no pudieron menos que ver de una ojeada echada a su pesar; todos pensaron que en aquellos dramáticos instantes, tal episodio resultaba casi trivial e inadecuado; y, sin embargo, después de la primera ojeada se pusieron a mirar atentamente, alborozados. No demasiado lejos, lo que permitía verlas bien, nadaban tres ballenas enormes, que daban la sensación de que fueran a salirse del agua casi por completo. Eran de un blanco plateado relampagueante a la luz del sol, y arrojaban tres altos surtidores blancos, mientras avanzaban, con la fuerza y el empuje de las canoas rápidas, rumbo al sur… Ni una sola persona fue capaz de apartar los ojos de aquel hermoso espectáculo hasta que terminó, y la mente de todos quedó limpia de muerte y de violencia.

—¡Ballenas! —chillaban aún Ric y Rac, levantándose sobre la

baranda hasta que perdieron el equilibrio y estuvieron a punto de caer al mar.

Los dos gemelos se bambolearon dominados por el vértigo, oscilaron hacia uno y otro lado, recobraron el equilibrio y volvieron a saltar sobre cubierta, ilesos. No se había tendido ni una sola mano para socorrerles, aunque tenían cerca a una docena. Nadie se movió. Todos contemplaron el peligro que corrían Ric y Rac, no precisamente con indiferencia, sino con un sentimiento más positivo quizá, como si hubieran aceptado que los mellizos cayeran al agua por un inexplicable, pero no calamitoso, capricho de las leyes de la Naturaleza. En su fuero interno, cada uno de ellos hubiera convenido de buena gana, con todos los demás, en que el sitio más indicado para acomodo de Ric y Rac era el fondo del mar, y cuanto más profundo ese fondo, mejor. Cada uno de los presentes se habría indignado en extremo si le hubiesen acusado de carecer de cualquiera de los más elevados y dignos sentimientos hacia la infancia; pero Ric y Rac eran dos seres que no pertenecían a la raza humana. Quedaban fuera del género humano, innegablemente; ellos mismos lo sabían desde hacía tiempo. Por su propia y libre voluntad habían elegido tal emplazamiento, en el cual sabían defender sus prerrogativas sobradamente bien. Así pues, recobrado el equilibrio, volvieron a encaramarse y se sostuvieron firme y ágilmente como un par de simios; gritaron, chillaron y se divirtieron, gozaron con el entierro del hombre a quien habían matado —el viejo loco de la silla de ruedas se lo había dicho así, con gran regocijo por parte de ambos—, con la pelea en la cubierta inferior, y con «sus» ballenas… Era un día estupendo. Pero les faltaba una cosa: no habían podido montar a lomos de las ballenas.

A mitad de la cubierta, Jenny se detuvo para contemplarlas, y olvidó su pesar. David fue directamente hacia ella, la cogió del brazo y le dijo:

—¿Todavía no estamos hartos de discusiones? Vámonos a tomar café.

—Sí, vamos —accedió ella; y mientras iban andando se puso a explicar—: David querido, me acuerdo de una vez que nadaba yo bastante lejos de tierra en la bahía de Corpus Christi, un día hermoso, y cuando volvía hacia la orilla vino en dirección a mí todo un batallón de marsopas… Oh, parecían montañas que se

levantaban y se hundían en las olas. Yo pensé que iba a morir de miedo. Pero al llegar cerca de donde yo estaba, las marsopas se dividieron en dos grupos y pasaron por ambos lados, siguiendo su camino hacia el golfo de México. De repente, yo me sentí muy feliz y pensé: «¡Oh, es la cosa más agradable que me ha ocurrido en la vida!».

—¿Y lo era? —preguntó David, con mucha ternura y un poco de socarronería.

—Casi —respondió la muchacha.

—No hubo cuchillos, gracias a Dios y gracias a la firmeza y a la previsión de nuestro capitán —se le oyó comentar a herr Baumgartner en el bar, unas horas más tarde.

—No los han necesitado —opinó el sobrecargo, a quien la satisfacción que le causaban los acontecimientos hacía ser temerariamente indiscreto. No es que le importase lo que les ocurriera a los católicos, ¡allá ellos con sus mascaradas!, pero ya era hora de que alguien le parase los pies al bolchevique de marras, y si se los paraban los católicos, qué diablo, la hazaña merecía igualmente un aplauso—. Tenían algo que les ha servido igual —añadió, con una sonrisa que parecía dirigida al fondo de su cerveza matutina—. ¡El bolchevique… y los católicos! ¡Ojalá se maten unos a otros…! ¡Sería una solución excelente!

El padre Carrillo, en general muy amante de la paz y poco amigo de contiendas, que se sentía dichoso diciendo su misa cotidiana y dejando el trabajo penoso para el padre Garza, quien gozaba realizándolo, estaba sentado —vaso de jerez en mano— a una mesita situada a cierta distancia de la barra, pero oyó las breves e imprudentes palabras del sobrecargo.

—Ese individuo es un tipo muy corriente de sindicalista de baja estofa —replicó—, no un bolchevique, ni mucho menos. Usted emplea los vocablos con demasiada despreocupación —añadió con suavidad—, error que cometen muchas personas. —El dominio que ejercía sobre sí mismo le abandonó casi por completo—. Y si desea que los demás respeten la religión que profesa, sea cual fuere, hará bien hablando de un modo digno de la fe de otras personas. —Aquí $e levantó bruscamente, dejó el jerez sin catarlo y se marchó.

El sobrecargo, abrumado por haber cometido tan grave falta contra la disciplina, bajó del taburete y se cuadró.

—Le ruego que me perdone, señor; ¡le ruego que me perdone! —gritole a la rígida figura del sacerdote—. ¡Lo siento en el alma, señor!

Pero el título de *padre* se negaba a pasar por entre sus luteranos dientes, y el sacerdote siguió andando como si no le hubiese oído. Al sobrecargo, todavía de pie, se le pusieron el rostro y el cuello singularmente encarnados e hinchados, y se echó el jarro de cerveza al gaznate como si lo vaciase en una cloaca.

—¡Al diablo con él! —dijo Denny, en tono solidario.

Pero el sobrecargo, que tenía de Denny una opinión más menguada todavía que de la religión católica, le ignoró ostentosamente; con el americano podía mostrarse grosero sin correr el menor riesgo. Por supuesto, uno de sus deberes consistía en mostrarse imparcialmente cortés con los pasajeros, con todos sin excepción, por muy desagradables que pudieran serle algunos —muchos o pocos— personalmente. Esto constituía para él un sacrificio cotidiano pues en cada viaje, por espacio de casi treinta años, había tenido que combatir y vencer los impulsos naturales más profundos de su ser, que le incitaban a apalear a veinte personas por lo menos, todas ellas pasajeros y casi todas varones. El desprecio absoluto que le inspiraba el sexo femenino, mezclado con una fuerte dosis de saludable temor e incapacidad absoluta para colegir sus móviles o hacer frente a sus caprichos, hallaba expresión en una falsa apariencia de buen humor indulgente que engañaba o, por lo menos, apaciguaba a la mayoría de mujeres. El sobrecargo había descubierto por sí mismo, desde hacía mucho tiempo, que lo único que querían todas era que las adulasen, y esto simplificaba enormemente las cosas. Sin pronunciar palabra, con solo una mirada malintencionada para Denny, y sin pararse a pedir otra cerveza —en la cual pensaba ya con placer cuando estaba a mitad de la primera—, púsose trabajosamente en movimiento, oscilante la barriga, palpitantes los flancos, y temblequeando la almohada de grasa que recubría su pescuezo.

Denny soltó un bufido sofocado.

—*¡Kraut!* —exclamó, como dirigiéndose a su jarro, que luego blandió para entregarlo al camarero—. ¡Tome!

Arne Hansen estaba sentado tres taburetes más allá, doblado sobre sí mismo, con la cabeza entre las manos y la cerveza intacta. En aquel momento volvió hacia Denny una cara monstruosamente desesperada y, con un gruñido profundo y húmedo como el de un oso enfermo, empezó a hablar:

—Si yo creyera en Dios, le maldeciría —dijo—. Le escupiría en la cara. Le enviaría a su propio infierno. ¡Oh, qué asquerosidad es la religión! Aquella gente de cubierta… Se humillan y hacen reverencias, y dan dinero a los curas y viven como perros sarnosos a los que todo el mundo patea, y ¿qué consiguen a cambio? ¡Una ristra de cuentas que sobar y un pedazo de hostia que tragar…! — Se agarró un puñado de pelos de la coronilla y los retorció.

Denny decidió que aquella incoherente y soez perorata iba dirigida a él, y no solo se sintió violento sino también pasmado.

—Bah, tómelo con calma —aconsejó.

Vagamente pensaba que podía admitirse que alguien soltara tacos y maldiciones a su gusto contra todo lo que se le antojase con tal de que quedara bien sentado que no lo decía en serio. También consideraba tolerable hacer chistes sobre la religión —todas las cosas tienen su lado risible, y uno tiene que reírse de muchas cosas, si no quiere acabar loco—, pero esto no significaba que él no creyese en algo. A Denny le habían criado en un miedo de muerte al Señor del Más Allá, que a la larga enviaba a casi todo el mundo al infierno. Existía un cielo también, por supuesto, pero Denny no sabía de nadie que hubiese ido allá, por lo menos nadie de su época o de su comunidad. Un primo que tenía, mayor que él, un mocetón fornido que le doblaba en corpulencia, le cogió la mano un día y se acercó a la palma de la misma una cerilla encendida. Mientras él, Denny, bailaba, chillaba y se lamía el punto chamuscado, el primo le dijo:

«—¡Oye, yo solo quería enseñarte qué es lo que vas a sufrir en todo el cuerpo, durante un tiempo sin fin, tan pronto como mueras y vayas al infierno!».

Y Denny le replicó, chillando a su vez:

«—¡El que irá al infierno serás tú!», pero esto no le alivió mucho.

Cuando recordaba el largo tiempo que el asunto aquel del infierno le había preocupado vivamente, se consideraba un bobo. Se había sobrepuesto a ello, sin embargo; la religión no le preocupaba casi nada; pero, cosa chocante, a pesar de todo no podía sufrir a los ateos. Y aquel sujeto hablaba como un ateo, si es que Denny había escuchado alguno en su vida. Y no hablaba en broma, además.

—Tómelo con calma —replicó—. ¿Qué tiene usted contra la religión…? Quiero decir…, bueno, pues, la religión. No me refiero a

cuentas de rosario ni a hostias ni a latinajos; quiero decir que…, pues que no lo entiendo, eso es lo que quiero decir.

—No, no lo entiende —gruñó Hansen—: ¿Sabe lo que sucedió esta mañana en el funeral de aquel pobre hombre que dio la vida por un miserable perro, un animalucho mimado de esa pareja de pequeños burgueses que…?

—Casi me lo pierdo —atajó Denny—. He llegado en el momento preciso para presenciar la pendencia. ¡Pero, hombre, si estaba al lado de usted!

—No le he visto —rezongó Hansen.

—Apenas he podido comprender de qué se trataba —dijo Denny, que había perdido el hilo del tema, fuese cual fuere.

Hansen, contemplando ceñudo su cerveza, no dijo nada más y pareció olvidar que Denny estuviera allí. Herr Löwenthal se encaminó hacia la barra y saludó con un movimiento de cabeza a Denny, uno de los pocos pasajeros con los cuales seguía hablándose. Haciendo una mueca, se apoyó la mano, plana, sobre el estómago.

—Todavía me da náuseas —manifestó—. ¡Figúrese que le cosieran dentro de un saco y le arrojaran al mar como a un perro! Me da náuseas…

—Pues yo no sé qué otra cosa hubieran podido hacer con él —contestó Denny, en tono razonable.

—¡Diantre!, hubieran podido ponerle dentro de una caja con hielo y guardarlo hasta llegar a tierra firme —repuso Löwenthal—, para enterrarlo como a un ser humano.

—No resultaría práctico —objetó Denny—. Demasiado caro. Y además, se trata de una costumbre establecida… Si uno muere a bordo de un barco le sepultan en el mar, ¿sabe?

—Yo he ido y venido muchísimas veces y, hasta hoy, jamás había presenciado una cosa semejante. Parece propia de paganos.

—Pues, sí —admitió Denny a regañadientes—, cosas de los católicos. Pero ¿qué le importa a usted?

—Nada —murmuró herr Löwenthal—, no faltaría sino que me inquietase por cómo se traten los cristianos unos a otros… Tengo bastantes problemas sin ello. Pero me dan náuseas.

Ahora le tocó a Denny el turno de meditar. Se hallaba en una mala posición. Allá había un ateo, por una parte, hablando como un bolchevique. Y aquí un judío, por otra, censurando a los

cristianos…, es decir, a los católicos. Bien, a Denny los católicos no le gustaban más ni menos que los ateos; pero tampoco le gustaba que un judío hablase contra los cristianos. Si él, Denny, le dijese a Löwenthal: «Yo creo que los judíos son paganos», ¿cómo lo tomaría? Le acusaría inmediatamente de perseguir a los judíos… Denny, empezó a experimentar cierta fatiga mental, y prefirió pensar que cuando terminara su estancia en Alemania, regresaría otra vez a Brownsville, donde uno sabía quién era quién y qué era qué, y donde *niggers*, suecos locos, judíos, *greasers, micks* [30] de huesuda cabeza, *polacks, wops, guineas* y malditos yanquis, sabían el lugar que les correspondía y no intentaban salirse de él.

Aquel tipo obeso de la cubierta de proa había cosechado lo que se estaba buscando al portarse de modo tan censurable en un entierro, y la verdad era que procedía como un ateo furibundo, además; pero a Denny se le metió en la mollera que un puñado de aquellos católicos mexicanos le había provocado.

—*Wops* —dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie—, un montón de wops y nada más.

—¿*Wops*? —preguntó herr Löwenthal, desazonado y con una chispa encarnada brillando en lo más profundo de sus ojos—. ¿Qué *wops*? —Y sin aguardar respuesta, se alejó a toda prisa llevándose el vaso—. Yo no conozco a ningún *wops* —dijo por encima del hombro.

—*Kike* —murmuró Denny para sí mismo, en tono confidencial —; eso es todo.

Aunque no lo sabrían jamás o, si llegaban a saberlo, no lo confesarían nunca, Freytag y Löwenthal tenían idénticos motivos para agradecer el hecho de que la atención de los pasajeros se hubiera desviado hacia acontecimientos tan dramáticos como el de ahogarse en el mar aquel vasco temerario, cuyo nombre en aquellos momentos nadie recordaba ya, excepto quizá unos pocos individuos igualmente innominados del pasaje de proa, y su entierro subsiguiente. La rabia y el resentimiento de Freytag por el pequeño, mezquino escándalo de la mesa del capitán, habíale arrastrado hacia actitudes que antes no se proponía adoptar; le había presentado bajo una luz singularmente falsa, no menos falsa por el hecho de que el incidente fuese solo una variante de otros muchos en que se había hallado antes y se hallaría de nuevo una y otra vez, mientras estuviera casado con Mary. Lo siniestro del caso lo constituía el hecho de que era la primera vez que le sucedía una cosa tan desagradable como aquella, viajando sin Mary. Tenía que confesar que esperaba con ilusión las contadas ocasiones que estaban separados, aunque solo fuese por pocos días, durante los cuales saboreaba de nuevo el privilegio —¡y qué divino privilegio era, y cómo siempre, en los antiguos tiempos, lo había dado por sentado!— de ser un miembro de la clase dirigente de la raza dirigente del mundo, capaz de extender su carrera en cualquier dirección a que su talento pudiera llevarle; libre de ascender, sin que nadie se lo impidiese, hasta cualquier nivel social que eligiese. ¡Oh, cuántas cosas había despreciado con aquel matrimonio insensato…! Sí, ¿y cuánto mal le había hecho a Mary, cuya vida estaba amenazada como la suya propia? De súbito, sin preocuparse por las apariencias —estaba sentado en su silla de cubierta—, se puso los puños sobre los ojos y gimió:

—Mary, cariño, perdóname.

Y escuchó su voz agradable y fina, respondiendo al instante: «Pues claro que te perdono… ¿Qué has hecho?».

Todo aquello, desde el principio hasta el fin era culpa suya; no podía menos de aceptar esta verdad enojosa, encogiéndose, herido profundamente en su orgullo… ¿Cómo podía fiarse de sí mismo para nada, si se había comportado tan tontamente en un asunto que afectaba a su vida entera y a la de Mary? Su cólera se inflamó de nuevo con todo su primitivo furor contra los que habían sido testigos de sus humillaciones, los que se figuraba que le compadecían y le presentaban excusas —aquella piltrafa de Baumgartner— y los que creían compartir la injusticia sufrida por él —aquella Jenny Brown con su costumbre sentimental de intentar meterse dentro del pellejo de todo el mundo—. Realmente, prefería a mistress Treadwell, con su insensibilidad total. En cuanto a los demás, los zoquetes que se sentaban a la mesa del capitán, se divertían haciéndole sufrir un desaire tan pronto como podían captar su mirada. Deseaba vivamente que Mary estuviera allí; con su humor y su malicia hechizadora y absolutamente despiadada, Mary los hubiera convertido en elementos genuinamente ridículos y regocijantes.

«¡Vamos, Mary! —le dijo en cierta ocasión, pasmado y admirado —. ¿Cómo eres capaz de ser tan cruel? ¿Acaso no perteneces al género humano?».

Mary estuvo callada unos breves momentos, le dirigió una mirada oblicua, penetrante, y replicó:

«No, en realidad, no; yo soy judía, ¿no lo recuerdas?».

A pesar de la desagradable situación imperante —no era cosa nueva para él—, Löwenthal seguía bien dispuesto a enzarzarse en una charla en honor a la sociabilidad con cualquiera, casi, que se topara, con tal de que dejaran al margen el tema de la religión; de su religión, porque él no admitía la existencia de ninguna otra; todas las religiones, excepto la suya, se reducían meramente a un puñado de paganos que adoraban dioses falsos. El nombre que se dieran a sí mismos importaba poco. Más de una vez algún *goy* le había recordado que en el mundo había unos dos mil millones de seres humanos, y había que presumir que a todos los había creado el mismo Dios, y solo unos veinte millones de judíos. Por tanto, ¿cómo podía Dios manifestar tamaña parcialidad? Tales tonterías no dejaban jamás confuso a herr Löwenthal, ni por un instante.

—No tengo nada que decir sobre este asunto —solía responder

—; usted debería discutir con un rabí. Yo acepto su palabra, cuando me dice que está enterado de las cosas de Dios.

Pero el solo hecho de pronunciar el Nombre, aun en lenguaje pagano —o meramente el Nombre que sustituía al Nombre que no había que pronunciar nunca—, le inquietaba. Si podía, siempre cambiaba de tema; si no podía, se marchaba de allí. No le importaba lo que los *goyim* fueran a pensar de él, ni que le apreciasen o no le apreciasen. Por su parte, no les apreciaba a ellos, con lo cual les llevaba ventaja ya desde el principio. No quería que le hicieran ningún favor; ya se encargaría él de sacarles lo que necesitase y se ahorraría el dar las gracias a nadie. Lo único que quería del mundo era el derecho a conservar su propia personalidad, ir adonde le pareciese bien y hacer lo que se le antojase sin ninguna interferencia por parte de «ellos»…, ¿qué derecho tenían «ellos»…?

El hecho de que ninguna raza o nación del mundo, en todo el transcurso de la historia humana, hubiera disfrutado jamás de semejantes derechos, no le importaba nada en absoluto a herr Löwenthal: no debía inquietarse por cosas que no eran de su incumbencia. Herr Löwenthal hervía y burbujeaba como la lava del subsuelo que se derrama sobre sí misma porque no encuentra vía de salida. Desconfiaba de todos los *goyim*, pero más todavía de aquellos que le fastidiaban hablándole de cuánto desaprobaban los prejuicios raciales, asegurándole que ellos no tenían ninguno, que lo que había hecho el capitán les indignaba, que ellos tenían amigos íntimos judíos, y que todo el mundo sabía que algunos de los hombres de más talento del mundo lo eran. ¡Vaya gente generosa!, ¡siempre en auxilio de alguien! Herr Löwenthal hizo una pedorreta casi en las mismas narices de aquella *shicksa* americana que iba por todas partes con un cuaderno de dibujo, aquella que viajaba con un hombre con el cual no estaba casada; ¡como si esto no tuviera importancia! La cual, sin decir siquiera «buenos días» se le acercó por detrás y se puso a pasear con él, parloteando incesantemente, diciéndole que consideraba aquel caso de discriminación, desde el principio hasta el fin, una verdadera deshonra, y quería que él supiera que a ella le indignaba.

—¿Qué es lo que la indigna? —preguntó, sin mirarla, notando que la cara se le contraía de disgusto por la proximidad de la joven.

Jenny no se cansaba de estirar el cuello una y otra vez, tratando de mirarle a los ojos, pero no consiguió más que una rápida ojeada. Löwenthal no sufría a las *shicksas*, ni de cerca, ni de lejos—. ¿Qué ha sucedido que la haya indignado?

Jenny no recogió la alusión, sino que continuó diciendo que no podía consentir que pensase que todo el mundo compartía los sentimientos del capitán, o de herr Rieber, o… en fin, de gente como ellos. Casi todas las personas con las cuales había hablado miraban con disgusto aquel comportamiento; pero el capitán, hizo notar la muchacha, era quien gobernaba el buque, de modo que, ¿qué podía hacer un pasajero?

—Yo solo quería que usted lo supiera —terminó Jenny con bastante timidez, como si con ello hubiera solucionado algo, como si a herr Löwenthal le importase un bledo lo que ella pensara, como si lo que dijese pudiera cambiar en algo la situación. ¡Vaya desfachatez la de aquella mujer!

—Y bien, ¿qué tengo que ver yo con todo eso? —le espetó al fin —. Yo no me acongojo, me siento donde me colocaron, y me ocupo de mis propios asuntos. Quizá la persona a quien usted debe compadecer sea herr Freytag. Es a él a quien han echado de un puntapié, no a mí. Yo estuve fuera de su círculo desde el primer momento —concluyó—; yo no tengo queja de ninguna clase; estoy acostumbrado a ser judío.

La *shicksa* detuvo sus pasos y le preguntó con una llamarada de mal genio:

—¿Se muestra usted siempre tan estúpidamente grosero, o nos hallamos en una solemnidad especial? —Y sin aguardar respuesta, giró sobre sus talones y se marchó en dirección contraria.

Herr Löwenthal observó que tenía las piernas como una cigüeña. Sintiéndose agradablemente satisfecho, encendió un buen cigarro y se estiró en su silla de cubierta. Hizo chasquear los dedos para llamar la atención a un camarero que pasaba:

—Cerveza —pidió lacónicamente, aunque no sin cierta amabilidad.

Una muchedumbre de la *troupe* de bailarines españoles se detuvo al lado de su silla y le ofreció dos pequeños rectángulos de cartón con algo impreso en ellos.

—Aquí tiene sus dos boletos para nuestra fiesta —le dijo,

bajando la ronca voz, hasta convertirla en un murmullo.

Herr Löwenthal, sintiéndose inspirado, decidió fingir que los tomaba por un regalo.

—Gracias —repuso con aire condescendiente, haciendo ademán de ponérselos en el bolsillo.

—Dos dólares —indicó la muchacha, levantando la mano con la palma ahuecada y frotando el índice con el pulgar.

—¿Qué? ¿Los vende? ¿Para qué? —herr Löwenthal estaba de un humor zumbón.

—Para una fiesta.

—¿Qué clase de fiesta?

—Bailaremos, cantaremos, comeremos, beberemos y luego haremos un sorteo para adjudicar hermosos regalos… quizá uno de sus boletos resulte afortunado. Quizá los dos. ¿Quién sabe?

El buen humor de herr Löwenthal se desvaneció.

—¿Quién sabe? Yo sé una cosa; suele sonreírme la clase de suerte que voy a decirle: si tuviera en el bolsillo un número agraciado, al llegar al sitio en donde hubiese de presentarlo, el número habría cambiado por sí solo… Vamos, no discuta —concluyó, poniéndole otra vez los boletos, en la mano—. Cójalos y márchese.

—Cerdo asqueroso —le espetó la muchacha en dialecto gitano.

—Puta —replicó él en *yiddish*.

Manolo hizo una reverencia a la menuda señora Ortega Chávez y se inclinó sobre su silla de cubierta, ofreciéndole boletos y un fuego graneado de explicaciones. La niñera india, que estaba sentada allí cerca con el niño en brazos, dirigió una rápida mirada a los boletos y enseguida, desvió los ojos nuevamente, el rostro tranquilo, los párpados bajos. Ella no sabía leer las palabras, pero olfateaba un juego de azar a gran distancia; conocía los números si se le ponían delante de los ojos, y compraba algo de todas las loterías que le salían al paso, porque sabía muy bien algo más: para las de su clase, nacidas sobre una estera de paja, descalzas desde la cuna hasta la sepultura, solo quedaba una esperanza para ser ricas…, ¡acertar el número afortunado, una vez nada más! Su difunta madre solía hablarle a menudo en sueños:

«Nicolasa, hija mía, escúchame con atención…, escucha, ¿me oyes, Nicolasa? Voy a darte el número que saldrá ganador en la

lotería próxima. Compra todo el billete; busca hasta que encuentres al vendedor que lo tiene. Está en la calle Cinco de Mayo. Se llama… —pero como siempre, al empezar a recitar el nombre del expendedor, el número, la serie… las palabras de su madre se confundían unas con otras, su cara se desvanecía, su voz moría en la distancia, y Nicolasa, despertando sobresaltada, se oía a sí misma, gritar—: ¡Oh, madre, espere! ¡No se vaya…, dígame, dígame!».

La señora Ortega de Chávez sonrió ante la expresión de la cara de Nicolasa. La conocía bien y sabía lo que significaba. Le compró los dos boletos a Manolo y los entregó sin decir palabra a la muchacha india, la cual le habría besado la mano, si ella no la hubiese retirado al momento. Enseguida despidió a Manolo sin dirigirle ni una sola mirada, como si hubiera sido un criado tonto, y le dijo a la chica:

—Deja que tenga yo un rato al niño. Esta mañana se porta como un ángel.

Manolo era susceptible y descarado; tenía ya su dinero, hacía falta algo más que una mestiza mexicana para insultarle. En realidad, estaba exultante por el éxito conseguido en sitios donde no se lo esperaba; había vendido números a los Baumgartner y a la pareja de novios antes de que se le abatiera el ánimo; las víctimas no se resistieron. No obstante, observó en los dos pares de ojos, azul claro y azul oscuro, de los pintores americanos un destello de hostilidad absoluta, implacable, que no vaciló cuando él se acercó a ellos. Manolo no hallaba palabras para expresar el desprecio que le inspiraba aquella pareja incolora, asexuada, con menos jugo que un nabo, que se sentaban por ahí con sus cuadernos de dibujo, fingiéndose artistas. No se detuvo junto a sus sillas; los dejaría para Lola o Amparo, especialmente Amparo, que era capaz de domesticar tigres.

Jenny y David, sentados amigablemente en mutua compañía, vieron cómo Manolo pasaba con paso saltarín, y David dijo:

—Yo les tenía más simpatía cuando no habían empezado a mezclar la conciencia social con sus chantajes. ¿Has visto por casualidad el tablero de anuncios esta mañana?

—Estaba tan furiosa contra ese Löwenthal, que no he sido capaz de ver nada —respondió Jenny—. ¿Qué se proponen ahora esos bailarines?

—Yo hubiera podido recomendarte que no le dijeses nada a Löwenthal —comentó David—. En primer lugar, no es asunto tuyo y, aunque lo fuese, él no lo creería así… Tú no eres más que otra *goy*, por lo que a él se refiere; formas parte del enemigo.

—Yo le creía capaz de ver cuándo una persona le ofrece una amistad sincera. —Y aquella expresión melancólica suya, empezó a adueñarse de su rostro.

—¿Quieres decir que debía hacer una excepción contigo? ¿Que no podía menos que ver lo sincera que eres? ¡Pues bien, Jenny ángel, es posible que te odie más por eso precisamente! ¡Ah!, ¿nunca llegarás a darte cuenta?

Jenny contestó, pensando las palabras, al mismo tiempo que tachaba un apresurado esbozo de la parte posterior de Manolo:

—No creo que haya sido eso, en modo alguno, lo que he pensado. Quería poner en claro la parte que me corresponde en el asunto. Quería que supiese…

David la interrumpió:

—Angel mío, métete en la cabeza que él no quiere saberlo. Él tiene ya una verdad a su medida.

—De acuerdo, David querido —repuso Jenny—, no acabemos peleándonos por ello. Hoy me siento muy a gusto contigo. Déjame estar sentada aquí, cerca de ti, te lo ruego…, y no me riñas. Estoy cansada de peleas… solo que mis sentimientos son auténticos, y mis pensamientos forman parte de mí misma; no puedo arrojarlos lejos

de mí, tranquilamente; no puedo pasar todos los días de mi vida *no* diciendo esto, *no* haciendo aquello y *no* teniendo los sentimientos que tengo, sea lo que fuere lo que finja ante ti…, ¡solo para continuar en paz! Vaya, primero te veré muerto y condenado. — Jenny hablaba en voz baja y sin dejar de dibujar.

David continuó dibujando también, sin decir una palabra. Su faz estaba tomando aquella palidez y aquella frialdad que Jenny temía tanto y que veía cada vez con mayor frecuencia. A ella le gustaba, en extremo, el tinte sonrosado de David, un tono lozano, joven, masculino; un tono propio de una piel fina y saludablemente tersa. Si no se vigilaba un poco, tanta comida y tanto alcohol le jugarían una treta cualquier día, y una mañana se despertaría y descubriría en su nariz y sus mejillas aquella rojez fatal. Este pensamiento traidor, que se le había ocurrido de una manera espontánea, se extendió y entró en acción al instante. David estaba sentado, muy quieto, abstraído en su trabajo, y Jenny, dirigiéndole a hurtadillas unas miradas oblicuas, se puso a dibujarle un retrato profético de tal como sería, por ejemplo, a los cincuenta años. Envolvió con cuarenta libras de carne colgante el bien conocido armazón óseo de David, le añadió una papada, le quitó buena parte del cabello hasta el nivel de las orejas, dobló el tamaño de su increíblemente hermosa nariz aquilina, alargó su barbilla de un modo tan extravagante que David empezó a parecerse a Punch y, como último y ultraagradable detalle de crueldad, añadió un rollo de grasa teutónico, en la base del cráneo. Jenny estaba tan absorta y sosegada ejecutando aquel pequeño asesinato que su fisonomía manifestaba la dulce serenidad y la tibia luz interior que a David le gustaba ver, y veía únicamente cuando ella estaba abstraída de verdad trabajando. Por su parte, él no había podido, en modo alguno, hacer asomar jamás aquella expresión a su rostro. Cuando Jenny le miraba cara a cara, lo hacía siempre bajo una fuerte tensión, en guardia para el secuestro, llena de sentimientos contradictorios; sus ojos buscando siempre, errando, dilatándose y contrayéndose. Jenny habíase acostumbrado a esperar disgustos de David, hiciese ella lo que hiciere. David pensaba, malhumorado:

«Y actualmente no se conformará con otra cosa, no querrá cambio alguno. He aquí en qué ha parado nuestra relación; sencillamente, nuestra relación ya no tiene nada bueno, por más

que nosotros logremos, a base de engaños, pensar otra cosa un ratito cada día. ¡Y lo mal que pinta! ¿Cómo no se dará cuenta y lo dejará?».

David estudió a Jenny unos segundos más. La muchacha tenía las rodillas levantadas a fin de que le sirvieran de mesa para el cuaderno de dibujo, los graciosos y delgados tobillos cruzados, y una sonrisa distendía delicadamente las comisuras de los labios, no en éxtasis, pero sí en una expresión tierna, agradable, feliz. David no pudo resistir el impulso de desbaratar aquel instante y estiró el brazo bruscamente para coger el dibujo de Jenny. La joven saltó con violencia, agarró el papel y lo situó fuera del alcance de David. Este se levantó de la silla y le arrebató el dibujo, quedando sorprendido ante la ferocidad de la resistencia de la joven, que no quería ceder en modo alguno.

—¿Qué es eso que te agrada tanto?

—No, David, no…, ¡suéltalo…!, no puedes verlo.

—¡Cuidado, Jenny…, vas a desgarrarlo!

—Es lo que pienso hacer. —Jenny se metió el arrugado dibujo en el escote y se protegió este con el cuaderno de dibujo, que sostenía con los dos brazos cruzados—. ¿Acaso ando yo espiando y cogiendo tus papeles?

—¡Ah! —exclamó David, ofendido. Y, con gesto mohíno, abandonó el empeño. Aborrecía la obstinada pretensión de Jenny de que pudiera compararse en modo alguno el modo de proceder de él con el de ella. Jenny se peleaba con él denodadamente por la costumbre que David tenía de abrirle las cartas… Jenny decía que no tenía derecho a ello.

—Yo no abro las tuyas —argüía.

—Claro que no. ¿Por qué habías de abrirlas?

—¿Sospechas que recibo cartas de amor? —inquiría Jenny, indignada.

Naturalmente que no… o, más bien… no, vaya, no. No era este el caso. Era sencillamente que David no podía admitir que Jenny tuviera alguna intimidad que él estuviera obligado a respetar. Al menos esto era lo que Jenny suponía que pasaba. David consideraba inviolables todos sus límites y reservas. Jenny lo iba descubriendo poco a poco; pero no había descubierto aún, y nada podía enseñárselo, qué era lo que un hombre quería realmente de una

mujer. Sobre este punto, David sentíase perdido en una niebla, como de costumbre. Un hombre, una mujer, para él no significaba nada. El interrogante se centraba en Jenny, pero David no sabía hallar la respuesta.

La joven se había sentado otra vez en su silla con las rodillas levantadas y los tobillos cruzados, apretando el dibujo contra su seno. Ahora sostenía la mirada de David con ojos alegres y astutos.

—¡Es una cosa que no verás nunca! —asegurole, y estalló en una carcajada en la que se reía todo su ser, estremecido de pies a cabeza, doblando los desnudos dedos de los pies dentro de sus sandalias mexicanas.

David se olvidó de sus agravios y su mal humor, abandonándolos por inútiles, hechizado como siempre por la risa de Jenny, eternamente fresca y alegre; una risa que no se podía decir que subiera del vientre —teniendo como tenía aquel estómago, menudo y aplanado—, pero sí, invariablemente, del fondo de su organismo.

—Cuéntame el chiste —le dijo—; a mí también me gustaría reír.

—No, entonces no resultaría gracioso —respondió Jenny. Todavía sonriendo de muy buen humor, añadió con dulzura—: ¡David querido, si pudieras saber lo hermoso que te veo en este momento! No nos volvamos nunca viejos y obesos.

—De acuerdo, saltamontes. Obesos no, por lo menos. —Habían acordado entre ellos que el volverse obeso era un pecado imperdonable contra todo lo bueno de la vida, desde la ética hasta la moral y la estética, y viceversa—. No como los Hutten.

—No como «Bebé» —completó Jenny—. ¿Qué has dicho, acerca de los bailarines y del tener buena conciencia social?

Los estudiantes cubanos, privados de la compañía de la condesa por el doctor, el amante celoso, un tanto aburridos ya de su sociedad secreta, en la que nadie hacía nada por entrar, y de su periódico, que no leía nadie tampoco —excepto ellos mismos—, se entregaron a los torneos de ajedrez y al

ping-pong.

No obstante, seguían conservando el mismo estilo, dando por supuesto que unos complicadísimos secretos habían de ser leídos por personas iniciadas en su lenguaje y su ritual simbólicos. Poco a poco se iban dando cuenta de que nadie se interesaba lo más

mínimo por todo aquello. No fastidiaban a nadie lo suficiente para que pudiera importarle. Y entonces decidieron atacar de frente. Mientras los elementos de la compañía de baile se limitaban a dirigir una mirada cáustica a sus víctimas y a soltar aquellas carcajadas de befa, que nunca dejaban de provocar un sonrojo de cólera o de vergüenza, los estudiantes idearon un método que se les antojó más sutil y mortal. Se consultaban unos a otros con aire grave, luego se volvían para mirar a un determinado sujeto con desapasionamiento clínico, diciéndose entre ellos, pero de forma que los demás lo oyeran:

—¿Un caso serio?

—No hay esperanza —respondía otro.

Y movían la cabeza tristemente, atravesaban al paciente con una mirada… y continuaban con su partida de ajedrez.

Al pasear por la cubierta, intercambiaban opiniones médicas, comentarios críticos.

—«Esqueletismo» crónico —decían de Lizzi, regocijándose con la instantánea expresión de miedo que aparecía en la cara de la fräulein—. No hay esperanza.

—¡«Albondiguitis» congénita! —se gritaban unos a otros en voz alta, mientras los Hutten se acercaban con pesado andar, acompañados de «Bebé», que anadeaba laboriosamente al extremo de la correa—. ¡No hay esperanza!

El profesor Hutten dirigió una mirada rápida a su esposa para ver si los había oído. Naturalmente que sí, y de nuevo se sentía herida en sus sentimientos. El profesor recordó que desde el primer momento había expresado el desagrado que le inspiraban aquellos muchachos salvajes, y el pasmo que le causaba el oírles mencionar al descuido, en su jerga ininteligible, los reverenciados nombres de Nietzsche, Schopenhauer, Kant…, ¿y le había engañado, acaso, el oído, o se atrevieron incluso a tomar en vano el nombre de Goethe? Estos, aparte de otros nombres de menos importancia, pero también venerables, tales como Shakespeare y Dante. Las caras de aquellos estudiantes no estaban nunca serias, ni siquiera en una inmovilidad relativa. Sus voces no tenían un tono meditativo, sensato. Parloteaban como papagayos mientras osaban pronunciar el nombre de Nietzsche, interpretando sin duda al pensador a la medida de sus bajos gustos. La falta de reverencia, de adecuado

comedimiento ante la grandeza… He ahí los grandes defectos de las razas no nórdicas: iberos, latinos y galos, especialmente. En efecto, entre estas gentes, la frivolidad era una dolencia endémica, una peste que habían llevado a todo el Nuevo Mundo, un mundo que resultaba verdaderamente horrible por su falta de sobriedad intelectual. El profesor Hutten tenía la impresión de que hubiera desesperado de una vez para siempre de toda la raza humana, si no hubiese quedado, por fortuna, alguna esperanza de que el viejo espíritu germánico sobreviviera. Rehaciéndose bravamente, trató de confortar a su esposa.

—No les prestes oídos, querida mía… No son sino unos pilluelos, estúpidos por naturaleza, y la estupidez es invariablemente perversa. No es capaz de otra cosa.

Estas palabras le entristecieron. Sonaban como un eco, ¿de dónde?, en su mente. ¡No podía creer que ningún ser humano, por muy encenagado en el pecado que estuviese, fuera irredimible! ¿Qué cambio se había operado en él? El profesor no podía imaginarlo, pero tampoco podía negar que aquel punto de vista singular se le había antojado una indiscutible verdad revelada… En el alma humana existía, sí, un amor incurable al mal. El profesor sintió un sabor tan amargo: en la boca que se preguntó si no se le habría vaciado de pronto en la lengua la vesícula biliar.

—A pesar de todo, los he oído —respondió frau Hutten, como una niña resentida—. Nos han llamado albóndigas.

Frau Hutten no esperaba cosa mejor de aquellos muchachos, lo que la fatigaba y entristecía era observar la falta de afecto reciproco que manifestaban las personas.

—Lo cierto —aseveró el profesor resueltamente— es que, con su latín macarrónico de estudiantes de medicina, han dicho que somos casos incurables de «albondiguitis» congénita. Un estado inflamatorio, ya sabes. Si tienes que oír cosas desagradables, al menos óyelas bien. En todo caso, tales payasadas no pueden hacernos ningún mal.

—Yo les considero, efectivamente, unos payasos —convino con dulzura frau Hutten—. Sin embargo, no los ridiculizo nunca… ¿Por qué han de ridiculizarnos *ellos* a nosotros?

Este era un tema apropiado para que el profesor le hincara el diente. El buen hombre consumió todo el paseo matutino y la ronda

de cervezas que vino a continuación, explicando a frau Hutten la misteriosamente variable distribución de rasgos comunes a la naturaleza humana que formaban el ser individual —sí, sí, el caso se daba incluso entre los cuadrúpedos, y en todo ser viviente: insecto, pez, flor, pájaro… ¡ni siquiera en un mismo árbol se encuentran dos hojas exactamente iguales!— provocando la interminable e incalculable diversidad de puntos de vista, necesidades y deseos, las ilimitadas especies de satisfacciones personales por las que había que combatir aun a costa de la vida, en muchos casos, oscilando desde las formas más ruines del atropello, la crueldad y el crimen, hasta las mismas cumbres de la santidad y el martirio. Aquel grupo de estudiantes cubanos ofrecía un ejemplo lamentable de mentes rastreras por naturaleza, incapaces de una comprensión más elevada, sometidas a una instrucción que sobrepasaba sus capacidades, instrucción de la cual, naturalmente, no podían hacer buen uso, y se veían obligados a coger con sus zarpas de mico a todos los seres superiores y bajarlos hasta el nivel en que ellos se encontraban. Eran, por supuesto, notoriamente incapaces de comprender —en realidad la odiaban— ni siquiera la idea de la nobleza y la grandeza en cualesquiera de sus manifestaciones.

—Se imaginan que si pudieran escupir sobre el Moisés de Miguel Angel, habrían demostrado que no vale más que ellos —afirmó, con aire de triunfo—. He ahí su gran equivocación. Con el tiempo recibirán la lección que se lo enseñe —concluyó, en tono apaciguador.

Frau Hutten disimuló el asombro que le causaba semejante cambio de punto de vista de su esposo, que ahora concordaba tan exactamente con el suyo propio, y guardó un breve silencio a modo de respetuoso intervalo —tácita conformidad— antes de expresar lo que estaba pensando.

—Han vuelto a publicar una especie de periódico —comentó—. Algo para esos bailarines españoles. Les he visto leyendo juntos una hoja impresa, y riendo.

La cadena de pensamientos del profesor Hutten no se había interrumpido.

—A nosotros no nos concierne, no cabe duda. —Para ampliar y explicar sus convicciones sobre la materia, prosiguió—: Nuestra

actitud está muy clara. No tenemos que debatirnos en la duda. Continuaremos ignorando la existencia de esos muchachos, como lo hemos hecho hasta ahora. No les daremos la satisfacción de replicar de manera alguna, ni con palabras ni con miradas tan solo. Si llevan su salvajismo hasta un punto que no sea soportable ni compatible con nuestra propia dignidad, entonces tomaremos represalias, rápidas, dolorosas, certeras. Yo hallaré la manera de hacerles sentir el peso de mi repulsa. No te atormentes, querida mía. No es la primera vez que nos las habemos con indomables.

Frau Hutten jugueteó con las orejas de «Bebé» y sonrió a su marido.

—Por supuesto —asintió, convencida.

Y no pudo dejar de pensar, mirando al futuro, que su marido empezaba ya a echar de menos a sus alumnos y su aula de clase. Era obvio que en su mente se estaba fraguando ya toda una serie de conferencias nuevas. Frau Hutten decidió ofrecerse a escribirlas al dictado, y se puso a especular sobre la posibilidad de hallar algún empleo especial para el profesor en alguna pequeña institución educativa de la Selva Negra, o quizá hasta una colaboración en un periódico o en una revista de Filosofía. O quizá cuando se viera de nuevo ante una mesa escritorio, rodeado de sus papeles y sus libros, y ella estuviera atareada con los quehaceres domésticos, al profesor le agradaría escribir las conferencias de su propia mano y le concedería a ella un momento de sosiego. Frau Hutten reconoció por fin ante sí misma que estaba cansada y asqueada ya de ideas. Que se sentiría muy dichosa si nunca oía hablar de ninguna más. Y continuó acariciando a «Bebé» y sonriendo a su esposo.

—No es una fractura —le dijo el doctor Schumann al capitán Thiele, escogiendo las palabras adecuadas para los oídos de un profano—, sino una herida larga y profunda, que llega hasta el hueso. Sufre, además, conmoción cerebral. No ha recobrado el conocimiento todavía.

El capitán removió el café, bebió un sorbo, y dijo, muy comedido:

—Todos saldremos ganando si no lo recobra más.

El doctor Schumann removió también el café, pero no bebió.

—Podría ser un caso fatal, aunque no es forzoso que lo sea. Tiene un corazón envidiable. Como el de un buey, diría yo.

—Cerdos como ese siempre lo tienen —comentó el capitán, adaptándose fácilmente a las imágenes de corral propias para el caso—. Lo que me interesa es esto: ¿De dónde salió el arma?

—La llave inglesa —puntualizó, colaborando, el médico.

—La llave inglesa —repitió el capitán, aceptando la corrección con dignidad—. ¿De dónde salió? ¿Quién le dio el golpe? A ese es al que debemos hallar.

—La llave inglesa la encontraron en el suelo, cerca del escenario de la lucha —declaró el doctor Schumann—. Nadie parece saber nada en absoluto de ella.

—Como si no tuviera la más mínima importancia —comentó el capitán—. Que se diezmen unos a otros si se les antoja, pero no en mi barco. Me asombra que el padre Garza, que estaba tan cerca, no viese e identificase al criminal.

El doctor Schumann apuró la taza de café y manifestó:

—El padre Garza no distingue una cara de otra. Solo ve almas.

Después de meditarlo un momento, el capitán decidió que no era inconveniente que se sumara a la broma, ya que representaba cierta mengua para la misión sacerdotal.

—Necesitará unos ojos muy vivos para divisar un alma en aquel montón de basura —replicó, sarcástico. E inclinándose hacia el

doctor, observó como si hiciera una concesión generosa, no requerida por las normas—: Confieso que dado lo atestado del barco y los elementos peculiarmente hostiles que fermentan entre los pasajeros de proa, junto con el peligro de una revuelta que podría manifestarse bajo las formas más ruines de la violencia y el desorden, no estoy en condiciones de aplicar las medidas disciplinarias que podrían producir un efecto más contundente. —El capitán meditó un momento su propio discursito y añadió—: Al fin y al cabo, los pasajeros de primera clase tienen ciertos derechos que hay que tomar en consideración. —Por su parte, los tomó en consideración con una expresión vacilante de amargo desagrado, y prosiguió—: Francamente, los sacerdotes no me prestan ayuda ninguna. ¡Mis oficiales han cumplido admirablemente en todos los aspectos, pero no pueden estar en todas partes a la vez! La costumbre de las compañías navieras de sobrecargar sus barcos de pasajeros de segunda clase en casos como el presente…

Interrumpióse, pasmado, ante las palabras «segunda clase» suspendidas en el aire delante de él. Y ante su indiscreta referencia a los marinos de agua dulce que dirigían los negocios de las líneas marítimas y no guardaban el respeto adecuado a los barcos ni a sus oficiales… Tales cruces debía soportarlas él solo, y no importaban para nada al doctor Schumann. Con lo cual, cerró los labios y arrugó la frente.

—Es algo censurable en todos los sentidos —contestó el doctor Schumann, quizá con demasiada presteza.

El capitán desechó el tema.

—¿Qué hago yo con esa escoria hasta que pueda vaciarla en los puertos españoles? —preguntó con franqueza—. ¿Qué me aconseja usted, mi querido doctor?

El doctor Schumann respondió:

—Necesitaría un rato, mi querido capitán, para meditar la cuestión a fondo, pero lo primero que se me ocurre decirle es: «No haga nada en absoluto». Lo peor del conflicto ha pasado ya. El único camorrista auténtico ha quedado fuera de combate para el resto del viaje. Yo no dudo que se trata de un agitador profesional perteneciente a algún movimiento político clandestino. Los disturbios han ocurrido siempre donde se encontraba él. Sin embargo, en general, la gente de la cubierta de proa es buena e

inofensiva. No tiene otra tara que la de haber nacido desdichada…

—En su caso, el simple hecho de haber nacido significa una desdicha para todo el mundo —sentenció el capitán—. No nos queda otro recurso que el de esconderlo lo mejor que podamos y evitar que tal peste se extienda.

El doctor guardó ese silencio que el capitán consideraba un medio dudoso de evitar una controversia sincera: en ocasiones tenía incluso el aire de una aceptación tácita de los males que el capitán observaba con tanta presteza y suprimía con tal energía. El capitán había descubierto hacía tiempo que el doctor no era hombre digno de confianza en lo tocante a cuestiones de mera disciplina, y su indiferencia ante problemas más graves empezó a impresionarle como una peligrosa inercia moral. No obstante, pertenecía a la antigua clase de *junkers*. Sus instintos, su educación, su punto de vista innato habían de apoyar sin duda alguna la grande y vieja sociedad en cuyo seno habían nacido ambos para ocupar los puestos que por derecho les correspondían, realizar los deberes para los que estaban destinados y cosechar las oportunas recompensas… Rigurosos, inflexibles, *junkers* hasta el fin.

—Cuando nos debilitamos en el ejercicio de la autoridad y relajamos nuestra fibra moral, traicionamos a nuestra clase y a nuestra nación —añadió en tono severo.

El doctor Schumann se puso en pie, respondiendo amigablemente:

—En efecto, en efecto. Nuestras responsabilidades no tienen fin.

Y dándole las buenas noches al capitán, abandonó el escenario y la discusión… no por primera vez, además, pensó el marino, con acritud. El capitán se acordó demasiado tarde de que no había preguntado por la salud de la condesa, la cual no parecía medrar mucho bajo los cuidados del doctor.

El tablero de anuncios era objeto de una curiosidad inquieta. El tablero había estallado en una floración de noticias audaces, cada una impresa por separado y clavada con chinchetas.

> *«Barrigaenferma» no puede permitirse el derroche de comprar un boleto para la fiesta en honor del capitán porque empieza a temer que no podrá satisfacer la cuenta del bar, a pesar de lo cual se pasa el tiempo allí, bebiendo un coñac tras otro. ¡Larga vida a sus úlceras!*

—¡Qué indecencia! —exclamó frau Baumgartner, cogiendo calurosamente el brazo de su esposo—. ¡No hagas ningún caso, querido mío!

El marido le sonrió, valerosamente, sonándose la nariz y secándose los ojos mientras seguían sonándose. Frau Baumgartner caminaba en silencio, deseando con toda su alma que aquellas crueles palabras no fuesen ciertas.

—Cosas peores han dicho de otros —le recordó a su marido, que intentó fingirse consolado.

Por su parte, herr Löwenthal leyó:

> *Si a un judío le invitan a entrar en la sociedad de los seres humanos, haría bien aprovechando la ocasión. Puede ser que no se le presente dos veces.*

Herr Löwenthal escribió cuidadosamente en el margen, con lápiz grueso: «*¿Qué seres humanos?*», y siguió su camino con aire de sentirse muy satisfecho de sí mismo.

—A esto me refería —le explicaba David a Jenny, repasando la exhibición matutina de insultos—. ¡Mira!

> *Esos que se dan el nombre de artistas americanos temen que si apartasen las narices de sus cuadernos de apuntes,*

alguien descubriría que se dibujan caricaturas recíprocamente porque no saben leer.

—No sé por qué, esto no me afecta tanto como ellos esperaban —añadió David—. No me siento herido de verdad en mis sentimientos.

—Yo tampoco —contestó Jenny—. Dibujemos unas cuantas caricaturas de ellos y clavémoslas aquí.

—¿Para qué? —inquirió David—. No serviría sino para armar una pelea asquerosa. ¿Qué ganarías con ello?

—Es precisamente la clase de pelea que me gustaría armar —replicó Jenny.

—Pues a mí déjame al margen —pidió él—. No vale la pena.

En el interior de Jenny el mal genio empezó a inflamarse lo mismo que una fogata recién encendida.

—¡Resistencia pasiva! —exclamó con desprecio—. Silencio superior. Encastilladísima reserva. Altiva mueca de desdén. Presentar la otra mejilla, pero con dignidad, fíjense bien. No permitamos que sueñen siquiera que somos demasiado gallinas para devolver el golpe. Basta con que no mires y ellos se cansarán de escupirte en el ojo. Que nunca se diga que…

David giró sobre los talones tan rígidamente como un soldado ensayando un desfile en la instrucción militar, y se alejó de la muchacha. Jenny cerró los ojos con furia, golpeó el suelo con ambos pies y le gritó:

—¡Cobarde, cobarde, cobarde! Lo has sido siempre… ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Entonces abrió los ojos y vio a Wilhelm Freytag, que estaba a menos de diez pasos de distancia, contemplándola con una chispa de genuino interés. Jenny trató de transformar sus chillidos en un estallido alegre de carcajadas, pero Freytag no se dejó engañar. Acercose a ella directamente, la miró de hito en hito y le dijo con una sonrisa luminosa:

—Está usted formidable. Jamás hubiera imaginado que tuviese tanto fuego. Yo la considero más bien una chica que se dominaba, un tanto fría. Dígame: ¿qué tiene que hacer un hombre para ponerla en este estado?

Jenny respondió:

—Usted no me creerá, pero David no hace nada, nada. No habla,

no se queda a escuchar, no responde, no cede, no cree nada de lo que yo digo, no…

—Si no quiere, no quiere, Jenny —dijo Freytag, en tono muy dulce y razonable—. ¿No se lo explicó su madre?

—Nadie me explicó nunca nada que sirviese para nada —contestó Jenny, sintiéndose de pronto totalmente dueña de sí y en un estado de ánimo excelente—. Y si me lo hubiesen explicado no les habría escuchado.

—¿Quiere escucharme a mí? —sugirió Freytag—. ¿Le gustaría tomar café?

—No especialmente —replicó la joven—. Me gustaría tener compañía.

—¿Alguna persona en particular? —inquirió él, muy pagado de sí mismo.

Jenny se puso a caminar a su lado sin responder, y él vio por la expresión reservada de su rostro lo que pensaba de aquella jugada. Lo cual le ayudó a decidir que no era una muchacha atractiva, o al menos no lo era para él, ni, al parecer, para su amigo tampoco. Una muchacha en su situación no ganaba nada mostrándose tan altanera y poco manejable.

Herr Rieber y Lizzi se detuvieron para reírse de nuevo con las cosas divertidas que estudiantes y bailarines publicaban contra otras personas, según les habían dicho, y vieron lo que sigue:

> *Si el cerdo rosado dejase de engullir cerveza, gorgoteando, y de fijar el ojo en la pava real, quizá fuese un elemento social positivo más brillante en este viaje.*

Garabateadas al lado de esto, con lápiz encarnado, estaban las palabras: *¡Arriba España! ¡Arriba la cucaracha! ¡Mueran los indiferentistas!*

—Pero ¿qué tiene que ver esto con nosotros? —preguntó Lizzi, temblando de rabia—. ¿Qué nos importa a nosotros su salvaje política?

El doctor Schumann entró en el bar a tomar su vaso de cerveza negra de las once. Uno de los estudiantes cubanos estaba fijando otra nota en el tablero, y la menuda Concha se hallaba a su lado observándole. El doctor se paró, se puso las gafas y leyó:

> *A la falsa condesa de las joyas de vidrio y las perlas de abalorio le gusta bailar, pero no le gusta pagar al gaitero, una actitud típicamente anarquista. Quizá su fiel doctor debería recetarle, en lugar de drogas, que comprase un boleto para la fiesta del capitán.*

El doctor Schumann parpadeó y el rostro se le contrajo como si le hubiera entrado polvo en los ojos. Luego pellizcó el papel, lo arrancó del tablero y lo llevó, entre el índice y el pulgar, a la mesa del rincón donde los bailarines estaban sentados tomando café.

—Yo les indicaría que con esto, la comedia estúpida que ustedes han montado sobrepasa con mucho los límites —advirtió con la prudente firmeza que hubiera utilizado con un paciente que pudiese resultar un maníaco homicida—. Les aconsejo que cambien de

métodos y de modales, si es posible, al menos durante lo que les queda de viaje.

Mientras rompía el anuncio en pedacitos y lo dejaba sobre la mesa, dirigió una mirada al semicírculo de caras impenetrables, que le miraban a él fijamente, y se llevó la impresión de estar contemplando unos ojos que habían ido a parar a un sitio que no les correspondía. Unos ojos de alguna especie de bestia feroz que acechaba en la boca de una cueva o se disponía a saltar en una selva, merodeando y olisqueando en busca de sangre. La misma expresión, aunque más madura, más intensamente cauta y presta, que le había desalentado al verla en los ojos de Ric y Rac. Ni uno solo tomó la palabra. Inmóviles como gatos salvajes al acecho, consiguieron con la fijeza de sus ojos que el doctor Schumann bajase los suyos.

Involuntariamente, su mirada se desvió hacia un lado y concluyó:

—Tengan la bondad de poner fin a estas tonterías.

Un estallido de carcajadas capaces de helarle la sangre al más pintado, siguió al doctor mientras recorría la cubierta. Y él, no intimidado pero sí repelido e indignado ante el hecho de que tales insolencias quedaran impunes, se puso a reflexionar sobre el llamado lado alegre de la vida, las artes de la diversión y los artistas que las practican. Sobre los cabarets y cervecerías que uno frecuentaba con relativa inocencia para pasar una velada agradable escuchando música popular, contemplando las bailarinas jóvenes y bonitas, bebiendo un poco de vino o de cerveza, haciendo chocar su vaso con el de la propia mujer, sentada enfrente. ¿A qué se debía que este aspecto de la vida fuese obra casi exclusivamente de criaturas como aquellas, una liga criminal organizada y regida por lo más abyecto del mundo de la delincuencia? Sí, en efecto, así sucedía hasta con los sanos deportes al aire libre. Todos los gobernaba la misma clase de gente… Gente que comerciaba en drogas y expendía sexo y asesinato y todas las variedades posibles de estafas y falsificaciones monstruosas. La diáfana y deslumbrante cubierta de la alegría reposaba livianamente sobre las hoyas más corrompidas de la maldad. Y sin embargo, ¡cuán sosa sería la vida sin la música y la danza y la bebida y el amor carnal y toda esa confusión arrebatadora! Dios bendiga a los comediantes, a pesar de

todo… ¿No somos todos pecadores?

El doctor Schumann sabía bien que la próxima vez que aquella cuadrilla de granujas tuviera la ocurrencia de ponerse los trajes de baile y sacar sus instrumentos para cantar y bailar y hacer sonar las castañuelas y rasguear la guitarra según su estilo hechizador, él estaría allí. No sería capaz de resistirse, se dejaría arrastrar por sus ritmos sin pararse a meditar, a definir qué eran de verdad… Porque, de verdad, ¿qué eran? Él aceptaría como verdad únicamente lo que parecieran ser en aquel momento, un momento en que aquella gente no tendría de seres humanos más que lo que tiene una bandada de pájaros de brillante plumaje, en que no serían más que un hermoso cuadro para recreo de sus ojos. Al doctor Schumann le había gustado siempre el circo, el cabaret, el music-hall y cualquier bodega pequeña, iluminada a medias, donde abundaran las cosas raras. A medida que se hacía mayor su sentido de la seriedad profesional, del deber, le había refrenado. En sus momentos de fatiga, su esposa, que parecía de un carácter más severo que el que tenía en realidad, con frecuencia le instaba:

—Ven, querido, vámonos a ver el vodevil. ¡Necesitamos un cambio!

Y siempre acertaba. El doctor Schumann reconocía, aunque solo ante sí mismo, que si las hienas fuesen hermosas y supieran cantar y bailar, les perdonaría el ser hienas. Pero ¿le perdonarían ellas jamás el ser hombre? Y además, ¿quién era él para tener la presunción de ofrecer su perdón ni aun a la más insignificante de las criaturas de Dios? ¿Y qué era él, a su vez? Amaba a la condesa porque era pervertida, descarriada, adicta a las drogas, una mujer que vivía al margen de la religión, al margen de la moral… Una mujer hermosa, terca y —el doctor no lo dudaba ni un momento— embustera por naturaleza. ¿En qué sentido había tratado él de serle útil? La había sometido, enjaulado, separado de aquellos ambiguos estudiantes… —hasta en ciertos momentos había dado crédito a medias a los escándalos acerca de ellos que rezumaban como porquería por debajo de las habladurías del barco— no con adecuados medios terapéuticos, ni con humana comprensión, sino abusando de su poder y utilizando contra ella el vicio que más la perjudicaba: las drogas.

El doctor Schumann se enfrentaba con una faceta de su manera

de ser que no había sospechado hasta aquellos instantes. Hasta entonces había vivido en halagadores términos con la engañosa maldad de su propia naturaleza. Cómodamente aferrado a la doctrina de que no se puede condenar a nadie excepto con su propio consentimiento, que el deseo que tiene el hombre de redimirse es tan inmortal como su propia alma, y que cuando hace algo malo se da cuenta de lo que hace. ¿Cómo era posible que él hubiera perjudicado tanto a aquella desdichada mujer, siendo así que pensaba solo ayudarla y confortarla? Se sentía tan horrorizado que sus negativas tomaban forma, sonido, se oía a sí mismo hablando dentro de su cráneo.

«No —decía—, yo no le hice ningún mal, yo hice lo que pude en un caso de urgencia. El padre Garza me aseguró que lo que había hecho no era censurable. Que debo tratarla con severidad, como un médico responsable a una paciente incorregible… "De lo contrario, en cierto modo, y precisamente un modo peligroso, usted se rinde a sus seducciones", me dijo el padre Garza».

Pero no se sentía consolado ni tranquilizado, y sabía que nunca podría sentirse así, por ninguno de los medios que ahora era capaz de imaginar. La condesa era un peso sobre su conciencia que tendría que arrastrar hasta su muerte. El doctor exhaló un profundo suspiro, aunque no de resignación:

—*Grüss Gott* —saludó a aquel desdichado de herr Glocken, que estaba paseando solo, como de costumbre, con una cara más desolada que nunca—. ¿Cómo se encuentra usted esta mañana? —inquirió sin cumplidos el doctor Schumann.

Herr Glocken se animó un tanto ante esta combinación de afecto humano, y sin duda, interés profesional.

—No me siento muy bien —declaró con ansiedad—. Experimento continuamente en el pecho una sensación rara.

—¿Qué hace usted para remediarlo?

—Pues… no mucho —respondió el jorobado—. Es una cosa que no había notado antes.

—Quizá sería conveniente que viniese usted a mi consultorio y me permitiese echarle un vistazo —dijo el doctor Schumann, cuya mente se despejó un poco ante la perspectiva de un trabajo en serio. Herr Glocken puso cara de asombro y de esperanza, una esperanza que daba compasión.

—¿Ahora? —preguntó, incrédulo.
—Ahora —repuso el doctor Schumann.

Herr Glocken no necesitaba únicamente ciencia médica. Tenía, además, el alma destrozada. Lola se le había acercado con un meneo de faldas, la mano izquierda extendida sobre la cadera, la palma de la derecha levantada hacia él, cual una gitana solicitando decirle la buenaventura.

—Echame algo en la mano, hombrecito —le había dicho—, y te prometo un boleto con un número afortunado, ¡que te hará ganar un hermoso abanico de encaje para que te lo lleves a tu patria y se lo regales a tu bonita novia alemana!

Herr Glocken se estremeció, y no pudiendo dominar la convulsión de pena y horror que alteró su rostro, volvió la cabeza y cerró los ojos. Lola se inclinó sobre él y le golpeó cruelmente la joroba con sus afilados dedos.

—¡Que me des buena suerte, que es para lo único que sirves! —exclamó.

Enseguida giró sobre sus talones para juntarse con los demás, que aguardaban no lejos de allí. Sus compañeros la rodearon en silencio, y se marcharon todos juntos, encendiendo cigarrillos.

A la mañana siguiente había otro papel clavado en el tablero del bar:

> *Si uno es jorobado, símbolo de todo tipo de degeneración, puede quedar dispensado de comportarse como un ser humano normal.*

Herr Glocken, a quien se había visto sonreír con profunda satisfacción ante algunas burlas dirigidas contra otras víctimas, permanecía inmóvil, leyendo y releyendo aquellas espantosas palabras. Luego, y después de dirigir una rápida mirada en torno suyo, arrancó el asqueroso papelucho, lo arrugó con la mano y se lo puso en el bolsillo. A continuación echó a andar con la cara levantada, las manos enlazadas a la espalda y colgándole hasta más abajo de las rodillas, sus delgadas piernas le llevaron sin novedad a

la cubierta, donde nadie había sido testigo de su humillación. Los pasajeros, sin excepción, se habían esforzado siempre en tratarle bien, saludarle y hacerle pasar un rato agradable. Ahora le saludaban de nuevo con afecto, sonriendo tras sus vasos, observando con una mirada breve, huérfana de curiosidad, la cara del jorobado, petrificada en su expresión de dolor y pesar perpetuos. Le observaban sin pensar en él. En cuanto había cruzado le olvidaban con la indiferencia espontánea de la persona que contempla un infortunio por el que no se siente amenazado. No tenían necesidad ni de odiarle ni de temerle, pues la enfermedad de aquel hombre no era contagiosa. Su mala fortuna quedaba limitada a él exclusivamente.

—¡Pero cuán terrible ha de ser y cuán afortunada me siento cuando le veo! —le decía la pequeña frau Schmitt a frau Rittersdorf.

Frau Rittersdorf le contestó con la expresión que muchos de sus antiguos galanes habían calificado de «críptica». Levantó un ángulo de la boca, arrugó un poquitín la nariz y escribió rápidamente en su cuaderno con tapas de cuero encarnado:

> «Pregunto: ¿No sería un beneficio para la raza humana si se dictase, y se hiciera cumplir rigurosamente, una ley ordenando que a todos los niños que naciesen tarados se les concediesen los beneficios de la eutanasia en el momento de nacer o tan pronto como se viera con toda claridad que no estaban bien conformados? He de pensar seriamente en esto y leer todos los argumentos favorables a tal tesis».

Y cerró el cuaderno, en el que por aquellas fechas quedaban muy pocas páginas en blanco.

Amparo, viendo que Jenny entraba sola en una de las salitas-escritorio, se lanzó hacia ella a toda velocidad, se le plantó delante sin vacilación y habló bruscamente, como quien no puede perder el tiempo:

—Usted todavía no ha comprado el boleto para la rifa. ¿Por qué?

Lo dijo con un aire y un tono de voz tan cargado de justo reproche que casi cogió a Jenny desprevenida.

Amparo continuaba de pie, sólidamente plantada en el suelo, esperando, con la mano derecha extendida sosteniendo el cartoncito, la cabeza levantada, la mano izquierda apoyada en la cadera y las puntas de los pies separadas, como si estuviera a punto de iniciar una danza. La negativa de Jenny a admitir la existencia de aquella mujer convirtiose ahora en un profundo resentimiento al ver que, fuese como fuere, era preciso enfrentarse con ella y quitársela de delante de un modo desagradable: era un ser que no se podía ignorar. Y con voz aguda y vibrante, acompañada de una mirada tan acerada —confiaba ella— como la de la otra, respondió:

—No compraré ningún boleto, ni quiero que me molesten con este motivo. —A su vez dio una vuelta alrededor de Amparo, cuya mirada sostenía y seguía la suya. Ojos de bribona, como no había visto otros en su vida, decidió Jenny, preguntándose al mismo tiempo qué carácter le hubiera revelado su propia expresión a un observador no enterado del significado de aquella escena—. ¡Déjeme en paz! —concluyó, furiosa.

Amparo se dio una palmada en la cara interior del muslo y giró sobre los talones.

—Sin dinero, sin hombre, y *aquí* nada —exclamó, repitiendo la palmada—. *¡Jesús!*

Y siguió su camino con soberbia gallardía.

Jenny, que tenía la impresión de haberse librado de un atraco, con pistola y todo, no poseía vanidad alguna que Amparo hubiera

sido capaz de reconocer. Después de unos primeros y breves momentos de cólera, salió en busca de David para contarle la aventura, y recorriendo la cubierta desde barlovento hasta sotavento, le vio de espaldas al mar, los codos apoyados en la baranda, con el aire de apartarse de Lola, la cual se inclinaba hacia él hasta casi tocarle la cara con la suya. David no parecía enojado, estaba mirando a Lola de hito en hito y sonriendo, con una sonrisita recelosa, pero complacida al mismo tiempo… Jenny, cuyo primer impulso había sido el de imponerse, o, como ella decía, «correr a rescatarle», había dado un salto adelante. Luego acortó la marcha al momento y siguió andando, fingiendo que no veía el cuadro absurdo junto a la baranda. Advirtió que David no hablaba mucho y que tenía las manos fuera de los bolsillos, además. Sin embargo, no se fiaba de él por completo, y tomó la decisión clara, inalterable, de que si compraba uno de aquellos ridículos trocitos de cartón, ella se apoderaría de él, lo rompería y lo arrojaría al mar. Y pasó resueltamente por delante de la pareja, sin dirigirles ni una mirada. Pero a los pocos momentos, David estaba a su lado y le decía:

—Creo que hemos dejado esa cuestión perfectamente resuelta. Queda convenido que yo soy un hombre sin madre, sin entrañas, sin sentimientos humanos. En el país de Lola, a criaturas como yo los guardan dentro de jaulas…

Jenny soltó la carcajada, y David le hizo coro.

—¡Bah, eso no es tan malo! A mí, Amparo me ha dicho que no tengo dinero, ni hombre, ni nada aquí.

Y sin darse cuenta, con el gesto de un gato cuando se acicala, Jenny se dio una palmadita muy arriba de la cara interior del muslo. David se puso al instante tan colorado, que hasta los globos de los ojos se le sonrojaron.

—Jenny *ángele* —murmuró con tal violencia que las palabras parecían una maldición—. ¿Piensas alguna vez en la *impresión* que causas?

Ella estudió el rostro de David en silencio, con una especie de desapasionamiento maravillado y sonriente.

—Hasta ahora no te había visto enseñar jamás los dientes de verdad —dijo—. Nosotros teníamos un caballo que continuamente intentaba morder a las personas. Por un segundo, tú has tenido la misma expresión. Apenas podía dar crédito a mis ojos…

—Yo apenas puedo darlo a los míos, al ver ciertos gestos tuyos —replicó David, dominando heroicamente el estallido de su indignación.

Cuando Jenny empezaba a ridiculizarle se ponía fuera de sí, y se sentía implacable.

—A mí me parece un gesto estupendo —alardeó Jenny—. Y tú lo considerabas divertido cuando dos mujeres indias trababan una pelea por un hombre, arrastrando las faldas y acercándose una a otra golpeando el suelo con los pies, entornados los ojos y enseñando los dientes, mientras se daban palmadas *ahí*, en el mismo centro, cada una jactándose de lo que ella *tenía* y la otra no.

—Sí —asintió David, contra su voluntad—. Y el hombre que se disputan se limita a esperar allí de pie con cara de tonto.

—¡No aciertas, David! Yo había pensado siempre que tenía cara de hombre orgulloso, vanidosamente satisfecho y lleno de curiosidad acerca de cuál de las dos le ganaría… ¿Qué sensación te causaría si yo trabase pelea con, digamos, mistress Treadwell por quedarme contigo?

David cambió de humor y se puso a reír, casi ruidosamente, ante semejante idea.

—La de ser un mamarracho, naturalmente —dijo.

—No veo el motivo —replicó Jenny—. Tales mujeres están demostrando al mundo que vale la pena poseer aquel hombre. No se arrancarían recíprocamente el cabello ni se despellejarían la nariz por un mequetrefe. Los otros hombres permanecen a una distancia respetuosa, simulando no encontrarse allí, pero sin perderse detalle. Las mujeres se apiñan en apretado grupo, mirando fijamente, con los labios húmedos, y se dirigen entre sí duras miradas de advertencia, como diciendo: «¡Vigila, ten cuidado!», y el aire que rodea la escena está tan saturado de sexo que uno podría apoyarse en él como en una cosa sólida… ¿Comprendes, David? —exclamó Jenny, cual si se lo hubiese explicado todo a él y al mismo tiempo hubiera demostrado algo que la favorecía a ella—. Deberías haber visto a esa Amparo. Estaba formidable. ¡Yo tenía que ver si también era capaz de hacerlo! ¿Comprendes?

David repuso clara y llanamente:

—Tú no tienes que demostrarme nada, Jenny ángel.

La cogió del brazo y se fueron hasta la baranda, y la sangre se

les enardeció de tal modo, que se quedaron allí, apoyados, sin palabra y sin aliento, sintiendo como si la carne se les encendiera y fundiera en aquellos puntos en que la del uno estaba en contacto con la del otro.

Denny pasó junto a ellos a buen paso como si realmente estuviera en camino hacia alguna parte y les habló, agitando el brazo con voz excitada:

—¡Llegamos a tierra esta noche! ¡El sobrecargo me lo ha dicho!

La noticia se había propagado, aunque no era inesperada. Mistress Treadwell y los Baumgartner y los Lutz salieron a cubierta con sus prismáticos de largo alcance, y los otros pasajeros empezaron a pedírselos prestados para contemplar largamente el mar y el firmamento. Los estudiantes cubanos, con las cámaras fotográficas colgando del cuello, organizaron un desfile. Soplando en cuernos de hojalata, gritaban: «*¡Mueran los anticucaracheros!*», y luego, súbitamente, se sentaron a jugar al ajedrez en un rincón del bar. Alguien había limpiado los tableros de anuncios de textos insultantes, obra de los desvergonzados. Ahora, lacónicas, dispersas noticias informaban a los curiosos paseantes que se había avistado tierra: el Vera se acercaba a Santa Cruz de Tenerife, la primera isla importante de las Canarias para los barcos que se dirigían hacia el este. Otras noticias siguieron a la primera, redactadas todas en un tono algo confuso por tener que emplear un lenguaje al alcance de las personas ignorantes del medio que las rodeaba y de los términos marineros. Esperaban amarrar en el muelle a primeras horas de la mañana. El que quisiera desembarcar podría pasar buena parte del día en tierra, pues el barco zarparía de nuevo a las cuatro y media. Era el miércoles 9 de setiembre, casi dos días antes de la luna llena. Frau Schmitt lo vio en un calendario de una de las salitas escritorio, y le dijo irreflexivamente a mistress Treadwell:

—El cuarto creciente se inició en la noche del miércoles, día dos. Fue cuando se ahogó Echegaray.

Mary Treadwell, de pie junto a una mesa, volviendo las páginas de una revista, contestó distraídamente, sin levantar los ojos:

—¡Cuánto tiempo parece haber transcurrido!

Ric y Rac, en su patrulla habitual por el barco, se encontraron al final de un largo pasillo, completamente solitario, excepto por aquella loca del collar de la que Lola y Amparo estaban hablando continuamente. La mujer en cuestión iba cubierta de pies a cabeza por una fina prenda de color blanco y andaba descalza. Al verla acercarse despacio, con los ojos semicerrados, Ric exclamó, fingiendo terror:

—¡Es un fantasma!

Los ojos de los mellizos se encontraron un momento. Enseguida se cogieron de la mano y se clavaron mutuamente las uñas, esperando a ver qué ocurría, qué podrían hacer. Mientras la condesa se acercaba con paso lento, inseguro, ambos vieron a la vez, de una ojeada, que el collar de perlas se le había soltado, deslizándose por su pecho, y había quedado prendido de su cinturón, donde colgaba en toda su longitud, oscilando dulcemente adelante y atrás al compás de su andar. Hasta que estuvo muy cerca de los mellizos no se dio cuenta de su presencia. Entonces les indicó que se apartaran de su camino con un instintivo ademán circular del brazo extendido. Pero en vez de volverse, o de hacerse a un lado, los gemelos se precipitaron adelante y pasaron junto a ella, dándole un rudo empujón. Ric, que fue el que se encontró más cerca, se apoderó del collar y se lo metió debajo de la camisa. Al sufrir el empujón de los dos chiquillos, la condesa se llevó la mano a la garganta, y comprendiendo que le habían robado las perlas, dio media vuelta al instante, y echó a correr tras ellos, hasta que el balanceo del buque la hizo caer de rodillas. Y allí se quedó, sentada sobre los talones, sujetándose la garganta con ambas manos, hasta que la camarera la encontró. Mientras la acostaba en la cama, la camarera le dijo, con la voz dura de la persona que reprime apenas su indignación.

—*Meine dame*, no voy a servirla más a usted, si puedo solucionario. Un día se haría daño de verdad, y me culparían a mi.

La condesa le respondió:

—Haga como guste. Pero entretanto, llame al sobrecargo. Aquellos chiquillos me han robado las perlas.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —preguntó la camarera.

—En el pasillo donde me encontraba hace un momento.

—Confío que *meine dame* me perdonará, pero debo decir que hoy no ha llevado las perlas, como no fuera a primeras horas de la mañana. Lo he advertido, y me ha causado extrañeza, cuando le he pedido permiso para ausentarme unos minutos. Usted no llevaba sus perlas, *meine dame*. Las perlas están en este camarote, y las encontraremos.

La condesa replicó:

—La maldición de mi vida ha consistido en haber tenido que tratar siempre con tontos. Vaya a buscar al sobrecargo. Y aguarde a que le pida a usted su opinión.

Elsa, paseando con sus padres, casi chocó con Ric y Rac, los cuales parecían huir, o también podía ser que corrieran persiguiendo a alguien, más de prisa que de costumbre. Los dos chiquillos sortearon a los Lutz, aunque no bastante bien, pues Ric le dio un golpe a la señora Lutz en el codo izquierdo y tocó ese nervio misterioso que le hace estremecer a uno de pies a cabeza. La señora Lutz le cogió al instante por el brazo, despertado su maternal instinto de someter los jóvenes a una disciplina.

—Alguien tiene que enseñaros a que os portéis decentemente —le dijo en su español exótico, germano-mexicano—. Empezaré yo. —Y le dio un buen cachete.

El chiquillo forcejeó tan enérgicamente, que se le cayó el collar de debajo de la camisa. Rac se lanzó a recobrarlo y el collar quedó colgando de sus manos. Entonces herr Lutz intentó coger a la niña, pero esta escapó, corrió hacia la baranda, se encaramó y dejó caer las perlas al mar. La señora Lutz soltó a Ric, quien se reunió con Rac en la baranda.

La pequeña frau Schmitt, que vagaba casi sin rumbo, acongojada por su esposo…, o mejor dicho, por su cadáver y por cómo lo pasaba dentro de su ataúd, en la bodega, advirtió aquella agitada escena desde cierta distancia en la misma cubierta, y sintió cierta inquietud, pero cuando vio a los gemelos ya no se hizo ninguna pregunta: Fuese donde fuere que se hallasen aquellos chiquillos, surgían conflictos, confusiones y maldades. Todo ello, posiblemente, tuviera algo —un algo muy vago— que ver con la voluntad de Dios y sus grandes y misteriosos designios. Pero ¿qué arrojaban por la borda ahora? Frau Schmitt saludó amablemente a los Lutz al pasar, advirtiendo que estaban un poco sonrojados y descompuestos, pero como en aquel barco estaba aprendiendo la gran lección que la vida le había estado preparando todo aquel tiempo —¡y pensar que jamás había sospechado cuál sería tal lección!— pensó que debía callarse, no expresar opiniones, no prestar testimonio, no llevar

noticias, no hacer confidencias… Nadie se interesaba, nadie se preocupaba por nada… ¡Esto era lo increíble!

La decisión de hacerle frente a frau Rittersdorf había apartado los objetos del tocador que le pertenecían a ella, diciendo autoritariamente:

—¡Le ruego que guarde sus cosas donde no me estorben!

Y ella, frau Schmitt, los embutió en un reducido espacio de la mesita tocador.

En una ocasión dijo, tratando de dar a sus palabras un acento firme, concluyente:

—A mí no me gusta tener el ojo de buey abierto por las noches.

—Pues a mí sí —respondió frau Rittersdorf.

Y el ojo de buey continuó abierto.

Frau Schmitt inspiró profundamente y se preguntó qué sería lo que aquellos chiquillos habían arrojado al agua, a pesar de que no era cosa de su incumbencia.

La camarera pidió al sobrecargo que fuese a ver a la condesa. El sobrecargo fue y escuchó la narración que le hizo la detenida, se fijó en su hablar y su actitud y sus ademanes de mujer dominada por las drogas, decidió que todo aquello era un sueño que se había forjado, y envió a buscar al doctor. El doctor Schumann creyó lo que le contó su paciente, y le explicó al sobrecargo que él entendía bien el temperamento de la condesa y que las fantasías de esta no tomaban jamás tales formas. Aconsejole, además, que diese cuenta del robo al capitán, el cual ordenaría, sin duda, unas pesquisas y una investigación. El sobrecargo se tomó la libertad de informar al capitán, el cual estaba muy aturdido con aquella nueva ruindad cometida en su barco, de que aunque el doctor Schumann daba crédito a la palabra de la condesa, él no la creía en absoluto. El capitán ordenó un registro inmediatamente, un registro completo, total, el ladrón podía contar con cómplices entre los pasajeros de proa, y entretanto se dijo que le complacería hacerle unas cuantas preguntas al doctor Schumann.

El doctor Schumann estaba interrogando a la condesa:

—¿Está segura? ¿Han sido esos chiquillos…?

La dama le tomó una mano entre las suyas, sin sujetársela, y acariciando los dedos, contestó:

—¡Usted no es mejor que el sobrecargo! ¡Vaya pregunta!

—¿Acaso se levanta siempre y camina sola y errante por ahí de este modo?

—Siempre que la camarera se marcha, sí.

—Dígame —requirió el médico, con ansiedad—: si sus perlas no aparecen, ¿qué hará?

—Todavía me queda la esmeralda y unas cuantas cosillas más —respondió ella. Por un momento acercó su frente hasta rozar la del doctor y luego la retiró sonriendo—. ¿Qué importa eso ahora? Lo que me encanta de la presente situación es esto: ¡Usted está pensando en mí! ¡Usted está acongojado! ¡Usted me ayudaría… si pudiese! Pero no puede —aseguró con aire de triunfo—. Nadie puede.

Un ordenanza le trajo al doctor un mensaje del capitán. El médico se puso en pie y besó la mano de la condesa.

—¿Adónde va? —exclamó esta, afligida—. ¡No me abandone!

—Voy a ayudar al capitán a buscar su collar —contestó—, y desearía que usted permaneciese aquí, sosegada. Me gustaría saber que no corre ningún peligro. Se lo ruego. ¿No puede complacerme en esto?

—Lo haré por usted —prometió ella—. Por usted y por nadie más.

—Por ahí viene el médico de la condesa —indicó herr Lutz—. Preguntémosle si ella ha notado la falta de sus perlas.

Frau Lutz objetó:

—No conseguirás otra cosa que acarrearte contratiempos.

¡Nadie sino tú sería tan indiscreto! ¿Cómo sabemos nosotros que aquello eran perlas? Por todo lo que nos consta, lo mismo podían ser abalorios.

Herr Lutz replicó:

—Había en ellas un broche de diamantes. ¿Y por qué las iba a llevar escondidas debajo de la blusa?

—¿Cómo sabes que eran diamantes? ¿Dónde podía guardarlas, sino debajo de la blusa?

Herr Lutz inspiró profundamente y volvió a expeler el aire en un suspiro de indescriptible desesperación.

—Oye, pobre esposa mía, tú te quedas aquí donde estás, mientras yo hablo con el doctor.

Y avanzando en línea recta hacia el doctor Schumann y cruzándose en su camino, le hizo detenerse y le dijo unas pocas palabras. El médico asintió gravemente con la cabeza y siguió adelante.

La búsqueda de las perlas perdidas resultó una empresa bastante infructuosa: los cuatro camarotes de la compañía de zarzuela fueron revueltos de cabo a rabo; unos cuantos sujetos de la cubierta de proa que se habían destacado por su conducta antisocial fueron molestados con sobradas idas y venidas para ponerles huraños e insolentes; y se llegó al extremo de incorporar al individuo obeso, sentándolo en su litera, mientras tres marineros tentaban la colchoneta y escudriñaban el interior de las fundas de las almohadas. El herido preguntó con mofa amarga:

—¿Qué están buscando?

Un marinero le contestó:

—Si lo encontramos lo sabrá.

Y le dejó así en suspenso, soltando blasfemias a su gusto.

El sobrecargo envió a buscar a Lola y a Tito, pero como los marineros que procedían al registro habían echado fuera de sus camarotes a todos los bailarines, estos acudieron en corporación a la puerta de la cámara del sobrecargo, donde les despidieron a todos, menos a Tito, Lola, Ric y Rac, pidiéndoles que aguardasen fuera.

El sobrecargo salió y preguntó sin ceremonia:

—¿Son hijos de ustedes estos? —Y paseó la mirada desde Lola a los gemelos, los cuales se habían quedado atrás, arrimados hombro contra hombro, con una expresión en los ojos como la del ganado salvaje cuando se halla en peligro. La mirada del sobrecargo era una mezcla de repulsión e incredulidad…; sin duda, aquellos seres no podían existir realmente. Pero sí, allí estaban, con sus ojos grises de serpiente lanzando chispas. El sobrecargo se encaró entonces con los padres.

—Claro que son nuestros —respondió Lola—. ¿De quién se figura que han de ser?

—Es posible que ustedes se alegrasen de que fueran de otra persona, antes de que haya terminado esto —replicó el sobrecargo. Y dirigiéndose súbitamente a Ric y Rac, vociferó—: ¿Habéis robado el collar de la condesa?

—¡No! —contestaron ellos a una sola voz, instantáneamente.

—¿Qué habéis hecho con él? —inquirió el sobrecargo, siempre con voz áspera y fuerte—. ¡Contestadme…!

Los gemelos le miraban fijamente en silencio.

Lola agarró a Ric por el pescuezo y lo zarandeó.

—¡Contesta! —le mandó con acento feroz.

El sobrecargo observó que el cutis de la bailarina había tomado un extraño tinte amarillento; sus labios habían palidecido, y parecía a punto de desmayarse. La verdad era que hasta entonces Lola no supo por qué estaban registrando el barco los marineros. La compañía de baile se había trazado el plan de robar a la condesa, pero no hasta el último momento: quizá cuando bajase del barco, o inmediatamente después…, y he ahí que aquellos pilluelos del diablo lo habían estropeado todo. El sobrecargo podía tener sus dudas; acaso estuviera poniendo en práctica la vieja treta de amedrentar a la gente y hacerla confesar cogiéndola de sorpresa y

acobardándola; pero ella, Lola, sabía ya que había sucedido, efectivamente, lo peor: Ric y Rac habían sido los autores del hecho —fuese cual fuere—, y casi habían motivado que ella manifestase miedo delante de aquel cerdo gordo del sobrecargo.

—*¡Jesús!* —exclamó devotamente con un hilo de voz—. ¡Ya veréis lo que os espera! —amenazó.

Ric dijo muy despacio y claramente:

—No sé de qué nos están hablando. —Y Rac asintió con la cabeza, dirigiéndose a él, no a los demás.

El sobrecargo les dijo a Tito y Lola:

—Déjenlos en paz hasta más tarde. Si ustedes no lo saben, *si de veras* no lo saben —continuó en tono insinuante—, se lo explicaré yo. —Y les puso al corriente de los fragmentarios detalles que se habían podido reunir en relación al incidente: lo que el doctor había escuchado de labios de la condesa, lo que herr Lutz le dijo en el primer momento, y hasta lo que más tarde explicaron, a regañadientes, frau Lutz e incluso Elsa… Sí, Rac tenía un collar en la mano y lo arrojó al agua. A Lola y a Tito no les costó ningún esfuerzo manifestar horror y pesadumbre, así como la convicción de que todo ello pudiera ser un error, y la esperanza de que pudiera demostrarse que los acusadores estaban equivocados; ni el prometer muy seriamente que interrogarían más a fondo a los niños, en privado, y descubrirían la verdad. El sobrecargo no creyó ni por un momento que estuvieran haciendo otra cosa que representar muy bien su comedia, aunque no lo bastante para engañarle.

—Hagan como gusten —dijo, despidiéndoles fríamente—. Nosotros continuaremos con nuestra investigación.

Cuando Tito y Lola regresaron, los marineros se habían marchado ya del camarote, después de haberlo vuelto a colocar todo en un orden perfecto; pero encontraron aguardando allí, en silencio y formando un grupo compacto, a Pepe y Amparo, Manolo y Concha, Pancho y Pastora; todos los cuales se levantaron calladamente y convergieron sobre los padres. Cada uno de estos tenía a uno de los mellizos cogidos por el brazo, muy arriba, cerca del hombro. Cada uno sentía en su cara el aliento inflamado de los demás.

—¿Qué pasa? —preguntó Amparo—. ¿Se trata de nosotros? Los estudiantes dicen que sí, pero nadie quiere explicar nos nada.

—Quitaos de en medio y dejadme en paz —respondió Lola. Y se abrió paso hasta el interior del camarote, donde se sentó en la punta del diván, teniendo a Ric firmemente sujeto entre las rodillas. Tito estaba de pie, agarrando a Rac.

Lola requirió ceñuda:

—Ahora cuéntamelo. —Y rodeando bien al niño con las piernas, le cogió ambas manos y empezó a apretarle las uñas con gran fuerza de una en una, con la mayor sangre fría, hasta que Ric se retorció aullando. Entonces ella se limitó a decir—: ¡Cuéntamelo, o te las doblo y te clavo alfileres debajo! ¡Voy a arrancarte los dientes!

Rac se puso a forcejar en las manos de Tito y a soltar chillidos incoherentes, pero no confesó. Lola se puso a levantar los párpados a Ric con el índice y el pulgar, de tal modo que los alaridos del pequeño pasaron del sufrimiento al terror.

—¡Te los arrancaré! —le prometió ella.

Y Manolo bajó la voz hasta dejarla en un graznido ronco:

—¡Sigue, sigue, arréale, no te ablandes!

Los demás no cesaban de moverse inquietos, gritándole a Lola, cual enojado eco, que no parase, qué continuara, que le obligase a confesar.

Al final Ric se dobló entre sus rodillas, su cabeza rodó desamparada entre los brazos de Lola, las lágrimas le cayeron a

raudales y gritó, ahogado:

—Tú decías que no eran más que abalorios, que no valían la pena. ¡Solo abalorios!

Lola le soltó al momento, añadiendo una bofetada para colmar la medida, y se levantó furiosa.

—Es un idiota —rezongó—. ¿Por qué le tenemos con nosotros? En Vigo te abandonaré —anunciole al niño—, ¡y te morirás de hambre!

Al oír esto, Rac se puso a chillar y se revolvió y saltó dentro de la tenaza de Tito, hasta que este le golpeó la cabeza y los hombros con el puño; a pesar de lo cual, la niña siguió gritando:

—¡Yo también! Déjenme a mí también. Yo no quiero ir con ustedes… Me quedaré en Vigo… ¡Ric, Ric! —chillaba lo mismo que un conejo en los dientes de una comadreja—. ¡Ric, Ric…!

Tito soltó a Rac y aplicó su disciplina paternal a Ric. Le aferró la muñeca derecha y le retorció el brazo lenta, pero firmemente, hasta que el hombro giró casi en su articulación y Ric cayó de rodillas con un aullido prolongado que terminó en un lloriqueo semejante al de un cachorrito, cuando aquella tenaza terrible se abrió. Rac, acurrucada en el diván, acariciándose las magulladuras, volvió a llorar con su hermano. Luego, Manolo, Pepe, Tito y Pancho, y Lola, Concha, Pastora y Amparo, todos los rostros disimulando apenas un miedo indefinido, se lanzaron a discutir punto por punto el aflictivo cariz que habían tomado los acontecimientos, y, con unas pocas palabras y unos cuantos movimiento afirmativos de cabeza, decidieron que lo mejor sería presentarse a tomar café en el bar, aparecer como de costumbre a la hora de cenar y dar una representación en cubierta después. Todos estaban a punto de estallar y de hincarse recíprocamente los dientes en la garganta. Al salir, Lola se detuvo el rato necesario para coger a Rac por el cabello y zarandearle la cabeza hasta que la niña, aterrorizada, cesó de llorar. Cuando los mayores se hubieron marchado, Ric y Rac treparon a la litera superior, en busca de un refugio seguro. Allí se quedaron tendidos, medio desnudos, enlazados —cual un pequeño monstruo bastardo y afligido, echado en una cueva—, agotados, con la mente embotada…, y pronto se quedaron dormidos.

TERCERA PARTE

LOS PUERTOS

Porque aquí no tenemos ninguna ciudad que perdure…

SAN PABLO

Al atardecer, con la luz del sol todavía levemente verde y dorada reflejada en cielo y mar, el largo día de espera de los pasajeros, que habían permanecido en cubierta mirando fijamente al horizonte, recibió la recompensa de una visión distante de Tenerife, una isla semejante a una fortaleza, aserrada, con formas y colores de peña, que se levantaba bruscamente del agua gris, neblinosa en la base y endoselada en lo alto con colgantes nubes moradas.

David le habló en voz baja a Jenny después del largo silencio que habían observado, apoyados ambos en la baranda, a fin de no alterar la armonía que reinaba entre ellos. La profunda y luminosa satisfacción que observó en la cara de su amante sorprendió a la joven.

—Esa es la idea que tengo de España —dijo David—; ese, el país que hallo a mi medida. Mi España es Toledo y Ávila, no Sevilla. Naranjales, castañuelas y mantillas de encaje…, ¡eso no es para mí!

—En España los tienen también, sin embargo, para aquellos que los prefieren —repuso Jenny con ternura—, pero no para ti, no, David querido. Piedra de granito y arenales, y pellejos del mejor cuero español, y pan amargo y olivos retorcidos…; una tierra donde hasta los bebés son tan fuertes que no quieren llevar pañales. Ya sé que esta es en realidad la idea que tienes del paraíso; ¿verdad que sí?

—Sí —contestó David con honda convicción—, sí, una cosa recia y fuerte, grandiosa… Acero de Toledo, y granito y cuero español, y odio y orgullo españoles, y crueldad española… Son el único pueblo que sabe convertir la crueldad en arte… Estoy harto de cosas sin

aristas, con todos los cantos limados…

—¿No podría haber un término medio entre un canto limado y el filo de una navaja? —preguntó Jenny, notando en sus propias palabras un acento anhelante, y deseando que David no se diera cuenta—. Hasta en Tenerife hay palmeras y flores, te apuesto lo que quieras, y muchos seres encariñados unos con otros; y los jóvenes les dan serenatas a las muchachas en las noches de luna, lo mismo que hacen en México… ¡Tú lo aborrecerás!

David no dijo nada más; dirigió a Jenny una mirada sesgada que a ella la embelesaba, y la apaciguó por completo, pues surgiera entre ellos el motivo de pelea que surgiese, seguía creyéndose dispuesta a hacer las paces con David aceptando sus condiciones; siempre que pudiera descubrir cuáles eran.

Las gaviotas salieron al encuentro del barco, que rodeaban en sus amplias evoluciones circulares, chillando furiosamente, agitando las rígidas alas en movimientos que tenían apariencia mecánica. Y volvían a uno y otro lado la cabeza que parecía de madera, cual si girase sobre goznes, para contemplar la escena con aire severo, y se dejaban caer lo mismo que piedras sobre las olas para coger puñados de los desperdicios de cocina.

—La misma historia de siempre —comentó herr Lutz, parándose junto a la baranda—: todas buscando algo que comer, sin que les importe de dónde proceda.

—Será bonito no volver a oír más a ese hombre —susurró Jenny, esperanzada.

Por la mañana, el poderoso resollar de las máquinas se transformó en tres golpes sordos, espaciados, antes de enmudecer. Jenny sacó la cabeza, y allí, junto al ojo de buey, estaba Santa Cruz de Tenerife, una peña aserrada, ciertamente, sembrada de palmeras, oculta por la buganvilla; las casas, chatas y cuadradas, encaramadas y amontonadas en los rellanos de las verticales peñas que parecían esculpidas a cincel. El muelle se hallaba en una ancha playa; los estibadores estaban reunidos y preparados; un puñado de gente aguardaba sin demasiada curiosidad. Entre la gente aparecieron dos policías que empezaron a separarla hacia uno y otro lado del muelle, hasta que quedó en medio un ancho paso. Jenny oyó descender el ancla. En el momento que salía a cubierta, estaban colocando la pasarela. La muchacha observó que casi todos se le habían adelantado; la mayoría vestían trajes domingueros, para bajar a tierra. Sonó la corneta del desayuno, pero casi nadie se separó del costado del buque; una voz potente y malhumorada, la del sobrecargo quizá, se puso a gritar buenos consejos a través de un megáfono:

—Los pasajeros de primera clase tengan la bondad de ir a tomar el desayuno, que les está esperando. En todo caso, ¿serían tan amables las damas y los caballeros de primera clase, de despejar las cubiertas? Algunos grupos de pasajeros de tercera clase van a ser desembarcados desde la cubierta principal. ¡Atención! Pasajeros de primera clase, ¿serían tan amables…?

Los pasajeros empezaron a alejarse de allí poco a poco, a regañadientes, David entre ellos, Jenny hizo ademán de seguirle, pero fue interceptada por Wilhelm Freytag, quien extendió un brazo con gesto concluyente para cerrarle el paso.

—Esto ha de ser una cosa digna de ver —le dijo—. ¿Quién piensa en el desayuno?

«David, sí», pensó Jenny, viéndole desaparecer.

—Vámonos allá —propuso Freytag, prendiéndola por el codo—;

desde allí veremos cómo suben.

Los pasajeros de proa que habían de desembarcar estaban agrupados al pie de las escaleras de hierro, apiñados en una masa sólida, cargados sobre los hombros sus fláccidos fardos, con los chiquillos montados encima, las caras levantadas, esperando la señal que los haría subir a la amplia libertad de la cubierta superior, la bendita palabra que les daría permiso para cruzar la pasarela y sentar los pies de nuevo en su tierra. Cada rostro ofrecía su expresión particular de expectación, de alegría ansiosa, de excitación hechizada; y mientras permanecían todos con el cuerpo inclinado, tensos para la ascensión, en medio de un silencio y una quietud perfectos, sus respiraciones unidas formaban un leve sonido lastimero y se notaba en la heterogénea masa una especie de estremecimiento tenso. Un joven bajo y moreno, de fisonomía chata y campechana, con un puñado indómito de cabello y los descalzos pies agarrándose a los peldaños, precipitóse, sin poder contenerse, escalera arriba hasta la cubierta superior, y se plantó allí sobre los abiertos dedos de los pies, mientras su mirada volaba y se reposaba como un pájaro sobre los pueblecitos tendidos en las faldas y trepando por las laderas de la pétrea isla. Sonreía, olvidándose de todo, y los ojos se le llenaban de lágrimas. Y en el preciso momento en que Wilhelm Freytag le veía y le envidiaba la emoción de llegar a la patria, en el preciso momento en que Jenny decía: «¡Ha de ser maravilloso llorar de alegría!», un joven oficial se precipitó hacia el hombre como si quisiera asestarle un golpe, se paró en seco a tres pasos de distancia, boquiabierto, cuadrado y rugiendo de autoridad ofendida:

—¡Eh, usted, vuelva ahí abajo! —gritó. Pero el hombre no le oía —. ¡Vuelva abajo! —vociferó el oficial con furia insólita, sin acertar casi a pronunciar su pésimo español y poniéndosele morado el rostro.

Mistress Treadwell, que cruzaba el umbral de salida a cubierta, camino del desayuno, se detuvo para mirarle con cierta curiosidad. Sí, no cabía duda, aquel era el joven que la sacaba a bailar y hacía gala de unos modales tan extremadamente finos. Mistress Treadwell siguió adelante, enarcando levemente una ceja. El hombre que estaba junto a la baranda parpadeó, oyó y entendió por fin, y fijó en el furioso oficial la misma sonrisa tierna, a través de la luminosa

película líquida que cubría sus ojos. Todavía sonriendo, volviose obedientemente, como un perro que no se ha ofendido, y descendió hasta los suyos, haciendo oscilar su saco de cáñamo. Antes de que se hubiera vuelto de nuevo cara arriba, el oficial inclinose hacia abajo y gritó a los que esperaban:

—¡Suban; suban ustedes, suban de prisa!, ¡suban acá y abandonen el barco! ¡No se amontonen; suban en fila de a tres! ¡Adelante, salgan, salgan!

Y mientras él seguía dando órdenes y renegando, varios marineros, en la cubierta inferior, ordenaban a la turba y la ponían en movimiento.

El mismo hombre joven que acababa de bajar, saltó adelante al momento y abrió la marcha hacia arriba. Los demás aprobaron su audacia; con ella habían hallado nuevo ánimo. Y treparon, tropezaron y se empujaron en alegre juego; y rieron sonoramente en un desordenado coro de voces desenvueltas que intercambiaban a gritos chirigotas y palabras de aliento, ya no oprimidos e intimidados, sino como personas que llegaban a su patria después del exilio, que se reintegraban al seno de los problemas que ya conocían, que regresaban a su país donde uno podía mirar la vida y la muerte como asuntos que él mismo debía resolver. Hacían caso omiso del hombrecillo chillón, colérico, el de la cara morada, que hablaba un español cómico; nada de lo que pudiera hacer, o decir en cualquier idioma, les importaba ya en absoluto; apenas podían aguardar para abandonar el barco. Y volvían la cabeza para gritar bendiciones y palabras de despedida a los que se quedaban, los cuales compartían su alegría y les respondían con gritos esperanzados.

Siete mujeres que habían alumbrado niños durante el viaje subieron despacio en grupo, algunas sostenidas por sus maridos o apoyándose en otras mujeres, llevando a sus pequeños en líos bien atados. Aparecían fláccidas y pálidas; algunas presentaban manchas bronceadas en la frente y las mejillas, tenían todavía los vientres blandos y sueltos, y la leche manchaba las pecheras de sus descoloridos vestidos. Sus hijos mayores, con ojos tristes, ojos de desheredados, se cogían resueltamente a sus faldas. Cuando llegó a la cubierta superior, un muchacho de unos doce años, con una sonrisa feroz, ardiente, vio a las mujeres, se volvió y gritó,

levantando un puño y blandiéndolo en el aire:

—*¡Olé! ¡Olé!* ¡Somos muchos más de los que partimos!

Una de las madres alzó la morena, fatigada cara, y replicó con un grito de triunfo:

—¡Sí, y todos varones, además; todos!

Un enorme torrente de carcajadas retozonas recorrió el grupo. Y subieron gritando y se derramaron por la cubierta como una marejada, desparramándose, obligando a los oficiales y a los otros pasajeros a retroceder hasta la baranda, a refugiarse detrás de las puertas, desfilaron en orden al llegar a la pasarela y desembarcaron fuera del barco sin volverse para mirar atrás. El oficial dio media vuelta y se apartó, con la cara contraída de asco. Mirando fijamente a los ojos al doctor Schumann que iba a decir adiós a la condesa y ayudarla a prepararse para desembarcar, exclamó:

—¡Dios, cómo apestan! ¡Y cómo crían…, lo mismo que gusanos!

El doctor Schumann no respondió nada, pero el joven oficial se calmó un poco, interpretando la mirada ausente del médico como una manifestación de simpatía. El doctor se quedó mirando cómo dos marineros ayudaban al sujeto obeso a subir las escaleras. El hombre llevaba la misma camisa color cereza que cuando subió a bordo en Veracruz, pero estaba como atontado y se apoyaba pesadamente en sus acompañantes. El doctor Schumann había bajado antes a cambiarle el apósito y volverle a vendar la cabeza, y sabía que la herida seguía curso satisfactorio. El camorrista se restablecería, sin duda, y volvería a meterse en nuevos contratiempos. Al pasar, el herido miró directamente al doctor Schumann por debajo de su yelmo de vendas, pero no dio señal de haberle reconocido.

Mientras hacía girar el pomo de la puerta, el doctor Schumann advirtió que su mano carecía de sangre; las venas formaban unos surcos verdosos, hundidos. Sintiose débil y cansado, y se arrepintió de no haberse parado a tomar café. Encontró a la condesa vestida y dispuesta, llevando incluso un sombrerito color rosa, con un corto velo negro, de rejilla gruesa que le cubría la cara. Estaba tendida, perfectamente horizontal, como si posara para ser retratada. Tenía los tobillos cruzados, el bolso en un brazo y un par de guantes de cuero blanco en la mano izquierda. Al ver al médico volvió un poco la cabeza hacia él y le sonrió. La camarera —que hacía días había llegado a una conclusión rotunda con respecto a los extraños manejos de aquella pareja lo bastante madura para tener mejor criterio— saludó al doctor inclinándose con aire de profundo respeto y, cerrando rápidamente el maletín que había llenado unos momentos antes, se marchó al momento. El resto del equipaje se lo habían llevado ya; las luces estaban apagadas y el camarote casi completamente vacío, gris, desolado.

El médico se había quedado de pie al lado de la condesa con un aire tan grave, afligido y preocupado, que la dama se apartó de él con un levísimo temblor de los párpados, y preguntó con un deje de espanto en la voz:

—¿Han venido por mí?

—Sí, están aquí. No, escuche, por favor. El capitán y yo hemos hablado con ellos para ver qué órdenes traían en relación a usted. Han recibido instrucciones. No la tocarán, ni se acercarán a usted siquiera. No han de hacer otra cosa que estar al pie de la pasarela —no mire a su alrededor, usted no tiene necesidad ni de verles— para ver que abandona el barco, y se queda en la isla cuando zarpemos de nuevo.

—¡Y pensar que cuando el barco zarpe de nuevo —exclamó nostálgica—, este viaje, para mí, habrá terminado…!

—No tiene nada que temer, en absoluto —afirmó él, asiéndole la

muñeca y tomándole el pulso. Hasta en aquel preciso instante, el doctor se negaba a dudar de que hubiese hecho, no lo que era preciso hacer (¿quién podía estar nunca seguro de ella?), pero sí la única cosa posible.

La condesa retiró la mano y dijo:

—¡Bah!, ¿qué puede importar ahora mi pulso? Esto se acabó también. A usted le cuesta poco decir que no tengo nada que temer; ¡cuán sencillo para usted, que se va a su casa! Pero yo, aquí, seré una prisionera. No está demasiado seguro de que cuando ustedes me hayan dejado aquí, a su merced, esa gente no me encerrará en una habitación sucia y oscura, sola conmigo misma.

El doctor se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano con firmeza.

—Usted no estará prisionera… a menos que considere como prisión toda la isla —subrayó—. Un lugar hermosísimo, y usted podrá vivir aquí dónde y cómo le plazca.

—Como me plazca… —repitió la condesa, levantando la voz, aunque no en tono interrogativo—. ¿Sola? ¿Sin amigos? ¿Sin un *centavito*? ¿Sin mis hijos, y sin saber siquiera dónde están… ni si me hallarán algún día? Oh, amigo mío, ¿ha enloquecido usted de virtud y de piedad, ha perdido sus sentimientos humano? ¿Cómo puede haber olvidado lo que es sufrir?

—Espere —repuso él—. Espere.

Y sacó la aguja y la ampolla y se preparó pausadamente para darle otra *piqûre*. La condesa le observaba, no con su expresión de picardía inteligente, sino con aire pasivo; sus ojos apenas se movían para seguir los movimientos del médico. Luego se sentó en silencio, se quitó la chaqueta, se desabrochó el puño de la blusa y se subió la manga muy despacio, diciendo con una corta inspiración cuando la aguja le penetraba en la carne:

—¡Ah…!, ¡cómo echaré de menos esto! ¿Qué haré sin este alivio?

—Cuando lo necesite, lo tendrá —tranquilizola el doctor—. Voy a darle una receta y una nota especial para que la enseñe al médico que usted prefiera de allí. Creo que todos la aceptarán. No creo que permitan que usted sufra.

La condesa le cogió una mano entre las suyas y se le arrimó, implorando:

—¿Por qué no quiere decirme qué es? O, mejor todavía, deme la droga para que la use por mí misma… Sé manejar una jeringa de inyecciones.

—No lo dudo —respondió el doctor Schumann—, pero no puedo. Usted es excesivamente temeraria, y no puedo fiarme…, ¿recuerda? Me lo dijo usted misma.

—¡Eso era entonces! —gritó ella, alegremente, poniéndose la chaqueta otra vez—. Ahora estoy cambiada por completo, como ve, ¡reformada por el buen ejemplo que usted me ha dado! —La condesa pasó los pies por encima del borde de la cama y se sentó al lado del médico—. Dígame una cosa —le pidió—, usted sabe que no volveremos a vernos jamás. ¿Por qué pues, no podemos hablar como buenos amigos, o como amantes, o como si nos reuniéramos de nuevo al otro lado de la sepultura? ¡Eh, vamos, juguemos a que los dos somos dos almitas aladas, purificadas, que se encuentran en el Paraíso, después de un largo Purgatorio!

—Pero usted me ha dicho alguna vez que no cree en el otro lado de la sepultura —replicó el doctor Schumann, sonriendo—, y mucho menos en almas y en el Paraíso.

—No creo, pero ello no es obstáculo; nos reuniremos allá igualmente. Mas ¿por qué no me dice una cosa ahora? —La condesa se inclinó hacia él, hasta que el doctor percibió su leve aliento, y le preguntó con sencillez, sin especial entonación afectiva en la voz—: ¿Vino aquí anoche y me besó?

¿Me rodeó con sus brazos y me levantó casi de la almohada y me llamó «amor mío»? ¿Dijo usted realmente: «Duerme, amor mío», o es que yo estaba soñando? Dígamelo…

El doctor Schumann se volvió hacia ella, la rodeó estrechamente con sus brazos y apoyó la cabeza en el hombro de la condesa, cuya cara atrajo hacia la suya.

—Si, lo hice —gimió—; lo hice, cariño.

—¡Oh!, ¿por qué? —musitó ella—. ¿Por qué lo hizo cuando yo no sabía si dormía o estaba despierta? ¿Cómo no me besó nunca cuando yo lo hubiera hecho feliz?

—No —respondió él—, no —y levantó la cabeza y la abrazó de nuevo.

La condesa empezó a bambolearse un poco, como si estuviera meciendo una cuna; luego, soltándose con mucha dulzura y

sentándose más atrás, al mismo tiempo que apoyaba las manos en los hombros del médico, dijo:

—¡Ah, pues, en este caso ha sido solamente un sueño! Ya sabe usted lo que significa… llegar tan tarde, de una manera tan extraña…, no es raro que no supiera comprenderlo. ¡Es aquel amor inocente y romántico que hubiera debido conocer en la adolescencia! Pero nadie me amó nunca de un modo platónico, y…, ¡oh, cómo me habría reído del que me hubiese amado así…! Bien, aquí estamos. El amor inocente es la variedad más dolorosa de amor que existe; ¿verdad que sí?

—Yo no la he amado a usted inocentemente —confesó el doctor Schumann—, sino con un amor culpable, y le he hecho mucho daño, además de arruinar mi propia vida…

—Mi vida quedó arruinada hace tantísimo tiempo, que ya olvidé cómo era antes —replicó la condesa—. De modo que no tiene por qué acordarse de mí. No piense en mí, tampoco, figurándose que duermo en suelos de losas y vivo a pan y agua, porque nunca sucederá…, no es mi estilo. No me favorece. Yo encontraré una manera de despejar todos los problemas. Y ahora, ahora, amor mío, besémonos de nuevo, esta vez de verdad y a plena luz del día, y expresémonos nuestros buenos deseos mutuos, porque es hora de que nos despidamos.

—Muerte, muerte —musitó el doctor Schumann, como dirigiéndose a determinada presencia que se hallase a un lado, proyectando una larga sombra…—. Muerte —repitió, temiendo que le estallase el corazón.

—¡Claro, por supuesto, muerte —exclamó la condesa, como transigiendo con la fantasía del médico—, pero todavía no!

No se besaron; lo que hizo ella fue cogerle la mano y retenerla apretada contra su mejilla un momento. El doctor Schumann temblaba tanto que le costó trabajo escribir la receta y la nota que había prometido. Luego, abrió el bolso de la condesa y puso dentro los dos papeles. No se dijeron nada más. El doctor la acompañó hasta la pasarela y le entregó el bolso. Ella no levantó los ojos. El médico la estuvo mirando mientras, en el muelle, ella subía a una elegante calesa blanca tirada por un caballejo sucio y feo. Y entonces se fijó en los dos hombres, de aspecto perfectamente vulgar que tomaron el vehículo que hallaron más a mano y se

alejaron, siguiendo a la calesa a una distancia discreta.

—¿Tiene algún plan? —le preguntó Freytag a Jenny cuando estaban aguardando, mientras los estudiantes formaban en hilera y bajaban la pasarela saltando y cantando el estribillo de *La Cucaracha*.

—¿No son fastidiosos? —exclamó Jenny, mirándoles—. Ningún plan en absoluto —contestó luego—. Estoy esperando a David.

—Entonces me marcho —dijo Freytag con desenvoltura—. Quizá nos encontremos en algún punto de la isla para beber un trago.

—Quizá.

La erguida espalda de Freytag, al retirarse, y su paso varonil, le hicieron pensar a Jenny en un actor, en un hombre guapo, una primera figura, habituado a hacerse dueño del escenario en todas partes donde aparecía. Freytag dio un rodeo experto a fin de sortear una columna irregular de personas desaliñadas, hombres y mujeres, amén de un par de niños, que subían a bordo con unos puñados de baratijas para vender, piezas de tela de algodón y de seda, objetos pequeños y mal hechos que no valían el trabajo de mirarlos. Una gitana joven, muy morena, se plantó delante de Jenny como si la hubiera estado buscando para darle una buena noticia.

—Deténgase —le dijo en español—; deje que le diga una cosa extraña. —Y se le acercó tanto que Jenny percibió el olor a pimienta y ajo que despedía su aliento y el vapor que se desprendía de su piel y de sus largas y chillonas enaguas de color encarnado y naranja. Enseguida le cogió la mano y volvió la palma hacia arriba —. Usted va a un país que no es el suyo, y el hombre con quien está no es el suyo verdadero. Pero pronto se hallará en un país mejor, y hallará a su hombre. ¡Todavía será afortunada en amor; no se atormente! ¡Écheme algo en la mano! —La gitana le sujetaba firmemente la mano a Jenny; la miraba con ojos astutos e impúdicos, y sonreía con los dientes cerrados.

—Váyase, gitana —le respondió Jenny, en inglés—. Usted no sabe bastante. Su cerebro se orienta en una sola dirección. No quiero ningún otro hombre; la sola idea me causa horror. Me quedo

con lo malo conocido. En mi vida habrá un sinfín de cosas mucho más interesantes que ese hombre, o que cualquier otro —asegurole con la mayor seriedad. La gitana la miraba fijamente, con unos ojos que brillaban de recelo, y seguía sin soltarle la mano, negándose a marcharse sin su moneda. Pero ahora las manos habían cambiado de posición… Jenny sujetaba la de la gitana, con la palma para arriba y la examinaba minuciosamente—. ¡De esas cosas me gustaría que me hablaran! Ahora le toca a usted —añadió en español—: usted hará un largo viaje y conocerá a un hombre moreno…

La gitana retiró la mano con violencia y retrocedió unos pasos.

—¿Qué me está diciendo? —preguntó, furiosa.

—Le estaba diciendo la buenaventura, de balde —contestó Jenny, en español, poniéndole un billete de un dólar en la mano—. Usted ha nacido afortunada.

—*¡Válgame Dios!* —exclamó la gitana, amansada súbitamente, santiguándose. Sus oscuros dedos se cerraron sobre el arrugado papel, e instantáneamente una mirada de desprecio absoluto, de triunfo, un juego asombroso de expresiones de odio contrajo sus labios e hizo palidecer su piel bajo la pátina de suciedad. Al volverse para marchar, con un ancho revuelo de todos sus faralaes, soltó por encima del hombro una palabra que Jenny no entendió, excepto por el tono y la mirada. Por su parte, esta, completamente segura de acertar, replicó gritando claramente con su español más puro:

—¡Y usted también!

—¿Sabes de verdad lo que te ha gritado? —le preguntó David, apareciendo como por encanto a su lado.

—Lo más pertinente, una cosa apropiada, no cabe duda —respondió Jenny—. De todos modos, se lo he devuelto.

—¿Es preciso que sigas peleándote con gitanas? —inquirió David, aunque sin curiosidad—. ¿Has aprendido alguna treta nueva?

—Espera y verás —contestó Jenny, alegremente—. No te metas en lo que no te importa.

Bajaron la pasarela en medio de un silencio tangible, inmediatamente detrás de los Hutten y de «Bebé», y precediendo a Elsa y sus padres, a los que seguían de cerca los Baumgartner con su

Hans. Herr Freytag había desaparecido. Mistress Treadwell, con su sombrero negro, enorme y plano, y llevando nada menos que una sombrilla, subió a una segunda calesa que aguardaba y que se la llevó como si fuera para siempre. Los estudiantes se amontonaron en otro carruaje mayor, formando una confusión de brazos y piernas, las cabezas apiñadas cual un nido de pájaros vocingleros.

Los miembros de la compañía de baile salieron juntos en un silencio inusitado, los ojos fijos al frente, las caras impenetrables y duras. Ric y Rac, con un aire todavía un poco magullado, se rezagaban huraños. Todas las mujeres del grupo llevaban grandes mantones de seda negra, bordados y con anchos flecos; los niños, chaquetas cortas con bolsillos profundos; los hombres, por primera vez en toda la travesía, unas chaquetas perfectamente vulgares, sin nada de particular, excepto quizá que resultaban demasiado ajustadas. Todos conseguían sin ningún esfuerzo tener el aire de gente de mucho cuidado. En cuanto estuvieron en el muelle, cerraron filas y subieron por la enlosada calle en dirección a la ciudad con la misma prisa que si se les hiciera tarde para llegar a una cita.

Siguiéndolos de cerca, cada uno abstraído por completo en lo que a él le interesaba de los movimientos de aquella gente, Hansen y Denny se encontraron codo con codo en la pasarela.

—¡Ahí van! —indicó Denny, despechado y desconcertado, tratando de seguir llevando la delantera a Hansen.

Este, a pesar de los esfuerzos del otro, se abrió paso rudamente, con el ceño tempestuoso y gritando en son de pelea:

—¿Qué le importa a usted? ¿Acaso no pueden ir adonde les plazca?

—No saques el hacha de guerra, grandísimo bastardo —murmuró Denny para sí. Y, en voz alta sugirió—: Trabajo sucio en las esquinas, apuesto yo.

Desistió de continuar disputando el derecho de paso. El corpulento sueco parecía un tío de malas pulgas y no valía la pena enzarzarse con él, al menos por el momento. Denny trató de distinguir a Pastora entre el grupo de bailarines, que habían ganado bastante distancia a la multitud de pasajeros que se desparramaban lentamente por el muelle; cuando él y Hansen llegaron a tierra, los otros habían desaparecido ya.

Los pasajeros de proa que habían quedado en el *Vera* para

desembarcar en Vigo, se apiñaban junto a la baranda, en la que se apoyaban despreocupados, mirando con atención, aunque sin envidia, a sus compañeros de travesía que habían bajado al muelle, a los que los funcionarios que habían acudido a hacerse cargo de ellos agrupaban y contaban una vez más.

En la cubierta superior, Johann empujó la silla de ruedas de su tío hasta cerca de la pasarela, la aseguró contra la baranda, e intentó divisar a Concha entre el revuelo de mantones negros de las bailarinas, cuyas graciosas espaldas cimbreaban alejándose. De lo más profundo de su pecho sacó entonces un suspiro tan desesperado que herr Graf salió de su modorra y le dijo:

—¿Qué te pasa, querido muchacho? ¿Sufres?

Johann dio un puntapié a la rueda de la silla que tenía más cerca, sacudiendo al enfermo, el cual se dobló y exhaló un lastimero gemido, dirigiendo una mirada a su alrededor para invitar a quien pasase por allí —si por casualidad pasaba alguien— a que fuera testigo del comportamiento de su desvergonzado sobrino.

—No es asunto suyo —respondió Johann, en voz baja, dirigiendo también una mirada en torno suyo. El silencio del anclado barco, casi completamente desierto, los desazonaba como si hubiese desaparecido una muralla protectora que hasta entonces habría estado en pie.

El doctor Schumann, que caminaba muy despacio, con las manos enlazadas a la espalda, pensando irse a su camarote, pero al mismo tiempo temiendo encontrarse allá, se paró un momento junto a ellos.

—Tiene usted muy buen aspecto esta mañana —dijo a herr Graf —. Confío que este viaje le sea grato.

—Tengo el alma en paz —asegurole herr Graf, un poco huraño —; aquí y en cualquier otra parte. El lugar donde me encuentre no importa.

—Es una gran suerte —comentó amablemente el doctor Schumann—. Se le puede envidiar.

—Es obra de la gracia de Dios —repuso enfáticamente herr Graf, cuya enemiga contra médicos y cirujanos descansaba firmemente en los celos profesionales, en la certeza, adquirida por una inspiración, de que aquellos se interponían en el camino de su luz, impidiéndole el libre ejercicio de la voluntad de Dios en la tarea de curar almas y

cuerpos—. ¿De qué sirve la ciencia médica de ustedes si el alma está enferma?

El doctor Schumann repuso comedidamente:

—He ahí uno de los problemas médicos más espinosos. De mí puedo decirle que trato de realizar mi trabajo como hombre, y lo demás lo dejo en las manos de Dios.

Él siempre daba una contestación respetuosa incluso a las mentes más destempladas y las creencias más descarriadas; además, en aquel momento, el sufrimiento que le causaba la culpa le arrastraba poco a poco hacia una compasión indiscriminada por todos los seres que sufrían, un sentimiento tan confuso que ya no sabía distinguir entre invasores e invadidos, violadores y violados, traidores y traicionados, los que amaban y los que odiaban, o se mofaban, o permanecían indiferentes. Toda la impresionante estructura levantada sobre los pilares gemelos de la justicia y el amor, que se elevaban desde la tierra hasta la eternidad, mediante la cual el alma humana subía, peldaño a peldaño, desde los conceptos más rudimentarios de bien y mal, de la sencilla conducta diaria con respecto al prójimo, hasta las más exquisitas, delicadas, minuciosas discriminaciones y elecciones entre uno u otro matiz de la fe y del sentimiento, de las percepciones doctrinales y místicas; esta torre se estaba desmoronando ahora y cayendo a su alrededor, se estaba derrumbando mientras él permanecía allí, de pie, al lado de aquel fanático moribundo que levantaba los ojos hacia él con una mueca condescendiente en su rostro demacrado.

Los milagros se producen de repente, no es posible provocarlos, sino que llegan por sí mismos, por lo común en los momentos más inverosímiles y para aquellas personas que menos los esperan. Sin embargo, suelen valerse de instrumentos sorprendentes, y el milagro que salvó al doctor se sirvió de la mirada, demasiado humana, de herr Graf, que quería expresarle al médico cuán imperfecto, inadecuado, mal informado y mísero era como cristiano; y el mensaje fue a clavarse en el blanco como una flecha. El doctor sufrió el equivalente psíquico de la descarga de un rayo, que despejó y alejó en aquel preciso momento y lugar sus nieblas y vapores sentimentales y le permitió enfrentarse con la verdad, una ver dad casi insoportable, pero que le producía la especie de dolor con el cual podía él contender, un dolor que reconocía y aceptaba

incondicionalmente. Su resbalón hacia la ciénaga, la delictiva crueldad sentimental de los días pasados eran ni más ni menos que síntomas de su colapso moral: habíase negado a reconocer el mal que causó a la condesa, su paciente, se aprovechó de su situación como prisionera, la atormentó con su amor culpable y, sin embargo, le negó —y se negó a sí mismo— todo placer humano nacido de tal amor. La había dejado partir desamparada, sin la más pequeña promesa siquiera de ayudarla en el futuro, o de trabajar por su liberación. ¡Vaya cobarde, vaya cerdo —se decía a sí mismo el doctor Schumann—, pero no del todo, no por completo, si no quería serlo!

Despidiéndose cortésmente, dispersó los suspendidos atisbos de discusión teológica con herr Graf y entró en una salita-escritorio, donde redactó una breve misiva para la condesa, carta que confió al sobrecargo, que sabría cómo entregarla urgentemente al agente de custodia adecuado. El doctor Schumann deseaba presentar sus respetos a madame, le daba la dirección de su consultorio, en la ciudad donde residía, con el número de teléfono y la dirección de la sede central de la Cruz Roja internacional en Ginebra, y le pedía formalmente a madame que le escribiese enseguida y le proporcionase una dirección a la que poderle enviar una carta en cualquier momento. Terminaba renovando su interés por la salud de madame y confiaba recibir una respuesta en el mismo barco, antes de las cuatro, o sea, antes de haber zarpado. Y se firmaba seguro y fiel servidor de madame. Luego dio una vuelta por la enfermería, donde encontró a dos marineros que no necesitaban ya más cuidados médicos, y otra por la cubierta de proa, donde el ombligo de un recién nacido daba señales leves de infección. Esto le ocupó unos minutos, pero al final se encontró con el día en sus manos y sin saber en qué emplearlo. Y se puso a pasear lentamente por la cubierta, notando con cierta satisfacción que herr Graf y su malhumorado sobrino habían desaparecido; pero el paseo le fatigaba. Al final dejó de resistirse y se fue a su camarote a descansar. Tendido allí en la postura que solía adoptar, la de las efigies yacentes de los primeros tiempos medievales, con los pies juntos y las manos cruzadas sobre el estómago, su perverso apasionamiento empezó a disiparse, y con él se disipó la desconfianza y el odio que sentía contra aquel amor…; todo ello

había sido solamente un largo soñar despierto. Una cálida corriente de pesar humanitario por aquella criatura condenada quizá hasta tal punto que ni él ni ningún otro podían ayudarla, invadió como una marejada su cuerpo y su mente, trayendo consigo su propio poder curativo. ¡Vaya tontería decir que alguien estuviera condenado antes de haber exhalado su último aliento! Suave, clara, firmemente, desdoblose ante él un largo plan de reparación, sencillo, sensato, práctico, perfecto; él velaría por la condesa y se encargaría de que la cuidasen y protegiesen, de que dispusiera en todo momento de tratamiento: médico: había que vigilarla, guardarla y salvarla de su propia locura romántica suicida. Sería una obra de caridad irreprochable que no requería explicación alguna, que podría realizar a distancia, y no sería preciso que su esposa se enterase.

El doctor Schumann pensó en su esposa con el mismo cariño de siempre, en su conocida energía, siempre la misma, en sus inesperadas debilidades y en sus caprichos eternamente cambiantes. Ella constituía el centro, la razón y el significado de su matrimonio, alrededor del cual la vida del doctor Schumann se había desarrollado lo mismo que un organismo; a su esposa no había que desazonarla por nada. Él procedería a reparar los daños que había causado, en silencio, como parte de la penitencia. Sosegado, tranquilizado, sintió que se quedaba dormido como un bendito con el narcótico divino de la esperanza y el alivio de la conciencia.

Se despertó oyendo la familiar, crepitante, martilleante, vocinglera conmoción del viejo *Vera* saliendo de nuevo a la mar, y continuó tendido unos minutos, saboreando lo absurdo de su situación, mezcla del descuido, la negligencia del que vive en su casa y de los rigores de la disciplina naval en una bañera vieja como aquella, donde —Dios lo sabe— puede pasar cualquier cosa. El doctor se sentía descansado, lleno de un deleite suave, sonriente. Miró por la portilla y vio la isla a corta distancia, envuelta ya en niebla, sus dispersas luces parpadeando como velas de Navidad. Su amada estaba allí, y a estas horas sabría ya que no se encontraba sola, abandonada, confiada a su destino, almita descarriada a la que no hubieran tenido que tratar nunca con severidad. El doctor se sentía contento sabiendo que ella permanecería algún tiempo en la isla, hasta que él hallase una manera de ponerla en libertad;

entretanto, ¿cómo no le había traído el camarero la respuesta de la condesa a su carta? Se levantaría. Ciertamente, la corneta de la cena estaba sonando; en ausencia del capitán, tenía que presentarse en el comedor el médico. Al pasar por delante de la oficina del sobrecargo se detuvo a preguntar si había algún mensaje. Por supuesto, el sobrecargo se había ido a comer, pero su joven ayudante había recibido instrucciones y podía darle una respuesta al doctor Schumann. «El agente de policía —dijo, puntualizando bien y en rígida posición de firmes— había entregado la carta de herr doctor a madame. Esta la había leído en presencia del policía, quien le dijo que aguardaría con mucho gusto una respuesta para el doctor».

El doctor Schumann avanzó un paso y extendió la mano derecha levemente curvada.

—¿Dónde está? —preguntó, atragantándosele la voz.

El ayudante del sobrecargo recitó la frase como si se la hubiese aprendido de memoria:

—Señor —dijo—, madame ha dado las gracias al agente de policía y ha contestado que no había respuesta.

—David querido —decía Jenny—, seamos turistas de nuevo. ¡Oh, mira, mira —añadió arrobada— cuántas cosas hay aquí que no habíamos visto nunca!

—¿Por ejemplo…? —replicó David sin volver la cabeza—. ¿Palmeras, quieres decir? ¿Burros y campesinos? ¿Tejados de tejas rojas? Todo esto lo teníamos en México…

Se encontraban de nuevo en medio de la más corriente de sus dificultades, la de ser incapaces de ponerse de acuerdo acerca de qué harían a continuación. Estaban sentados en el banco de una plazuela, a mitad de camino de la cima del montículo, al lado de la empinada, pétrea y angosta calle ascendente, sombreada por palmeras y mimosas.

—Pues, camellos, por ejemplo, so idiota —respondió Jenny con mucha paciencia—. Camellos que transportan enormes cargas sobre sus gibas, y campesinos descalzos y sucios, con *turbantes*, que los guían.

—Simples variaciones sobre el mismo tema —adujo David—. ¿Por qué no nos quedamos sentados aquí y dejamos que el panorama desfile por delante de nosotros?

Jenny no quiso avenirse a ello ni por un instante. Estaba inquieta, y David adivinó que buscaba algo más que el panorama. Sentada en el banco, tenía el cuerpo rígido e inclinado adelante, los ojos moviéndose continuamente, los pies plantados en el suelo en la actitud precisa para dar un salto al primer aviso… Y saltó, en efecto, agitando la mano y llamando —lo mismo que si hubieran sido unos antiguos amigos, unos compañeros encantadores— a la triste Elsa y a sus obtusos padres, que subían fatigosamente en dirección al centro comercial de la ciudad. Elsa agitó la mano a su vez con gesto desmayado. Herr y frau Lutz menearon la cabeza con cara solemne, porque frau Lutz no acababa de creerse lo que decía Elsa de que Jenny se portaba, en el camarote, como una mujer decente. Jenny decidió vehemente:

—De acuerdo, David, tú quédate aquí a criar setas; ¡yo me voy con aquella tropa de gitanos! *¡Viva!* —Lo dejó solo, para que examinara y discutiera mentalmente el hecho innegable, el hecho incomprensible de que en determinados momentos Jenny parecía preferir cualquier compañía antes que la suya.

Una pequeña comitiva desfiló por delante de David: Jenny y los Lutz, Freytag y mistress Treadwell unos pasos más atrás, seguidos a corta distancia por fräulein Spöckenkieker y herr Rieber, vivarachos y bulliciosos como de costumbre, haciendo oscilar las manos y charlando locuazmente. Los Baumgartner se rezagaban un tanto, llevando a Hans en medio de los dos. La pareja de recién casados venían bastante más atrás, el uno rodeando con el brazo al otro, las inclinadas cabezas tocándose, los rostros arrobados por la dicha sensual. David experimentó un arrebato de envidia erótica; aquellos novios se portaban siempre con gran discreción y era obvio que creían que nadie se fijaba en ellos; pero ahora se hallaban en el punto culminante de su luna de miel, se veía bien claro.

La timidez de los primeros días quedaba vencida poco a poco; ambos estaban ojerosos, la novia tenía una roncha en la mejilla. Si permanecían en cubierta, por la mañana, se quedaban dormidos en sus sillas, cogidos de las manos. Por la tarde desaparecían, y se presentaban a la hora de la cena agotados, silenciosos, los rostros herméticos e impenetrables, excepto por lo que decían los ojos cuando cruzaban una mirada…

David se puso en pie de súbito, sacudiendo la cabeza y sintiendo todo el cuerpo calentado por una avalancha de sangre que acudía a sus puntos vitales estratégicos…; sus centros nerviosos se enfurecían y su mente era una confusión de imágenes eróticas violentas y de sensaciones que él aborrecía a causa del mismo placer que le proporcionaban. Cuando daba un paso adelante, decidido a seguir a Jenny, los novios le vieron; sus brazos descendieron al momento, la novia se cogió del brazo de su marido, y la pareja desfiló ante él con aire más bien envarado.

David se consideraba un estúpido. Sentía un desprecio insondable por todas aquellas imaginaciones hediondas, excitadas hasta la concupiscencia por escenas, músicas, determinadas palabras o lecturas de tipo pornográfico, bailes, historias obscenas… Despreciaba a los que espían, a los que escuchan lo que no deben, a

los de manos largas, a los que se insinúan con los pies, a los que se abrazan y besuquean, a los buscadores de escenas de desnudismo, o simplemente a los que sueñan despiertos y son capaces de conseguirlo con solo estar sentados muy quietos y fijar la vista en el vacío. Su método particular había sido, al menos, limpio y concreto. Cuando le espoleaba el deseo, procuraba satisfacerlo de modo natural. En el campamento minero había ensayado la arriesgada solución de tener una amiguita fija. Pero esto solía complicarse cuando menos lo pensaba uno; él no entendía a las mujeres. No habría puta en el mundo —David estaba dispuesto a apostar cualquier cosa— que no creyera que algún día se presentaría un individuo, se enamoraría de ella y se la llevaría para darle una vida de lujo, o al menos, de ociosidad. Algunas hasta soñaban en casarse; habían ocurrido algunos casos. En cierta ocasión le atrajo una muchacha mestiza, bajita y mugrienta que llevaba luto en las uñas y piojos en el lustroso y espeso cabello. David le untó el cabello con petróleo —ella no se fiaba de aquel líquido, y no sabía cómo aplicarlo— y luego calentó, en su estrecho patio vallado, unos bidones de agua y le dio un buen fregado de pies a cabeza, sin descuidar las partes vellosas y las uñas. Terminó el trabajo duchándola con esencia de laurel «West Indian». Después de haberse preparado el manjar con tanto esmero, se encontró con que se le había pasado el apetito. Acabó por darle cinco pesos a la muchacha y despedirla, totalmente desorientada. Mientras se ponía las enaguas, ella le preguntó tranquilamente:

—¿Por qué no se casa conmigo? Sería una buena esposa…, ¡sé cómo se hace!

Él le explicó que todavía no estaba en situación de casarse, y ella se marchó muy alegre y confiada, pero por su expresión y sus maneras se veía claramente que le consideraba una especie de eunuco, o uno de aquellos extranjeros que tenían gustos extraños, porque al irse le dijo:

—¡Cuando se sienta varón, avíseme!

David volvió al momento actual, sorprendiéndose al advertir que su mente se había perdido en extraños vericuetos. Aguardó hasta que los recién casados hubieron pasado y luego se unió al disperso peregrinaje. No pudo menos que observar que ahora Jenny iba en compañía de Freytag y de mistress Treadwell, y se sintió ofendido al

verla saltar de gozo súbitamente, señalando adelante con aire excitado. Todos se detuvieron, volvieron la cabeza. Lo mismo hizo David, y vio una cosa extraña, nueva y hermosa; después de aquel día no volvería a verla más, ni la olvidaría nunca.

Vieron una esbelta muchacha, flexible y resistente como una bailarina de ballet, vistiendo un traje negro, corto y ajustado que dejaba al descubierto sus morenas piernas desnudas, con un pequeño chal negro, cuadrado, en la cabeza, y un diminuto sombrero —no mayor que el de una muñeca— sobre la frente, sujeto de algún modo al moño en que se recogía el cabello; cruzó rauda ante ellos y subió saltando ágilmente la cuesta rocosa para volverse de pronto hacia la izquierda, penetrando por una calle más estrecha, con el pie tan seguro y el aire tan silvestre como un venado. Sobre la cabeza llevaba una bandeja grande y plana, llena de abolladas vasijas metálicas, y bajo aquel peso, calzada con unos desgastados zapatos de tenis, la joven subía velozmente cuesta arriba con los hombros rígidos, la barbilla levantada, las caderas oscilando y los brazos extendidos como alas.

Mirando a su alrededor, los viajeros vieron que aquella muchacha no era la única. Durante el resto del día, en todas partes y viniendo de todas las direcciones, vieron a las aguadoras, corriendo arriba y abajo; muchachas hermosas, de nariz fina y labios tiernos, con ese cutis maravilloso, color crema pálido, de las españolas. Unas pocas mujeres de más edad, quizá hasta de unos treinta años, conservaban todavía aquella belleza de atletas entrenándose.

—Esto mataría a dos estibadores del puerto en una semana —comentó Freytag, admirado, después de verlas correr sin cesar y, al parecer, sin esfuerzo ni fatiga—. No pueden durar mucho.

Todos los forasteros habían quedado hechizados, y quisieron que les dieran una explicación. Tenían que haber sabido que no había en aquello ningún misterio. Haciendo causa común, llamaron al primer isleño que les salió al paso, un hombre de cabello áspero, y herr profesor Hutten le interrogó acerca de aquel fenómeno. El isleño empezó, como hacía siempre —pues convertía en una profesión el salir al paso de los viajeros y conocía bien a los extranjeros—, haciendo notar que aquellas muchachas eran muy respetables y se ganaban la vida con un empleo honrado. Estaba

perfectamente enterado de las extrañas ideas de los turistas, y no solo de los varones, con respecto a la conducta de las mujeres jóvenes en los países que visitaban. Sin embargo, ni aun después de una larga experiencia, lograba superar el pasmo que le causaba el hecho de que ninguno de los grupos de turistas que pasaban, un barco tras otro, pudiese comprender jamás el sencillo y naturalísimo trabajo de unas muchachas que acarreaban agua. Esto formaba parte de las tareas domésticas de la mujer a través de los siglos; ¿quién si no, había de acarrearla? Todas las aguadoras se hallaban sometidas a la severa disciplina familiar que las muchachas deben observar… Eran empleadas de la compañía que administraba el acarreo del agua, y llevaban uniforme, naturalmente. En este punto, siempre hacía alusión al detalle que sus oyentes querían saber: ¿cuál era el significado de aquel negro sombrerito de muñeca que todas las chicas llevaban adosado a la frente, inmediatamente debajo de la bandeja? Esto no lo sabía, no lo sabía nadie; era una cosa que a ningún isleño se le había ocurrido preguntar nunca. Era una costumbre, nada más. Una parte de su vestido. Si una chica no llevaba aquel sombrero, no se le permitía acarrear agua. Era muy sencillo y, sin embargo, los visitantes no sabían comprenderlo. Freytag hizo la pregunta inevitable:

—¿Cómo es que son todas tan hermosas?

El hombre del cabello áspero se sintió feliz al poder dar su respuesta habitual:

—En esta isla no podemos elegir. Tomamos lo que Dios nos envía. Todas nuestras chicas son hermosas y castas.

Lo cual era recibido, invariablemente, con un respetuoso silencio.

En este momento se apiñaban alrededor del isleño los Baumgartner con su Hans, Freytag, mistress Treadwell, los Lutz, Jenny, los Hutten, que habían alcanzado a los anteriores, y herr Glocken, luciendo la corbata encarnada. Turistas; en consecuencia, bárbaros todos sin excepción. El isleño los conocía bien, y se ofreció para enseñarles los más hermosos lugares, explicando al propio tiempo las historias correspondientes, a tanto por cabeza. Esto era lo que menos deseaba ninguno del grupo, por lo cual se dispersaron un tanto, aunque todos siguieron la misma dirección; por tanto, más pronto o más tarde volvieron a encontrarse en los mismos sitios y casi, casi, ocupándose de semejantes cosas. Herr Glocken se había rezagado sin remedio, pero durante la parada recobraba el tiempo perdido. Al pasar cerca de David le saludó con la mano, de muy buen talante, dirigiéndole su dolorida sonrisa.

—¡Dese prisa! —le gritó, muy amable—. ¡Se quedará atrás!

David siguió a los demás, sin perderlos de vista, pero sin tratar de alcanzarlos. Y se le ocurrió pensar, con cierta satisfacción, cuán fuera de lugar parecían todos con sus improvisados trajes de tierra firme y sus inapropiados zapatos. Los había de todas formas y tamaños; hasta Jenny tenía un aspecto poco airoso con aquel combado bolso de arpillera que se obstinaba en llevar en todo tiempo y lugar, fundándose en que estaba tejido a mano. ¡Si hubiera podido verse! Se precisaba aquel aire perfectamente transparente, la sombra de las palmeras y la tamizada luz del sol a lo largo de las serpenteantes callejuelas antiguas —porque se estaban acercando ya a la ciudad propiamente dicha— para presentarlos en su espantosa estupidez, Jenny incluida. El padre Garza y el padre Carrillo pasaron con el revuelo seco de sus ondulantes sotanas, sus botas de tobillera elástica y sus sombreros de copa plana y alas curvadas, rígidos como tejas; andando rápidamente, los dos sacerdotes alcanzaron pronto a los que iban a la caza de vistas y los dejaron atrás.

David meditó un poco sobre su situación y reconoció que no tenía remedio… Sin embargo, ¿había sido alguna vez de otro modo? No se había encontrado nunca en ninguna parte sin desear hallarse en otra; no se había visto nunca en ningún lío sin buscar febrilmente el modo de salir de él. No había conocido nunca a ninguna chica de la cual pudiera fiarse, y Jenny era la última tentativa. Pero no sabía odiarla…, o al menos, todavía no, como no fuera en momentáneos accesos y arranques. Fuese cual fuere el carácter que hubiese adquirido el sentimiento mutuo que les unía, por el momento podía ser aún una especie de amor, suponía él; aunque si lo era, ambos lo hubieran pasado mejor sin experimentarlo… Respecto a cuánto mejor, o de qué modo, no tenía idea. ¡Como si importase! Una vez se hubo puesto de tan tolerable humor, empezó a caminar a toda prisa, alcanzó a Jenny, la prendió del brazo, saludó a Freytag y a mistress Treadwell y a los demás a medida que les ganaban la delantera, y desplegó su plan de acción:

—Jenny ángel, busquemos una taberna pequeña y bonita y bebamos el vino del país, acompañándolo con esas salchichas rojas de carne de toro; ¿te parece? Tengo hambre; comamos y sigamos luego mirando lo que haya por ahí.

—Vamos —respondió Jenny, dando un saltito.

Y echaron a andar juntos tan de prisa que dejaron a los demás a gran distancia, y llegaron a una plazuela llena de tiendas y de tabernas. Tratando de elegir, porque todas parecían y olían casi lo mismo, se fijaron en un rótulo sobre una puerta, El Quitapenas.

—Esa es la nuestra —indicó Jenny—; ven, David querido, olvidemos nuestros pesares.

Cuando se sentaban a la mesita contigua a la pequeña y oscura ventana, vieron a la compañía de baile que entraba en la plaza por el otro lado y se metía por un umbral festoneado de mantones de seda bordados y telas adornadas de encaje, echándose sobre los géneros expuestos, mientras Ric y Rac manoseaban, empujaban y arrastraban los rollos de tela del mostrador que había en el exterior de la tienda. La tendera salía una y otra vez corriendo para alejarles de allí, y volvía a entrar para no perder de vista a sus parroquianos. David comentó:

—Esto más parece un asalto que una expedición de compras.

Y Jenny dijo:

—Probablemente se trata de un asalto…

Pero hablaban poco y continuaron catando los vinos de las barricas que había en hilera junto a la pared. Acompañando a una sabrosa fuente de pimientos españoles y salchichas probaron el vino de Málaga, el moscatel, la malvasía, un coñac de la isla llamado «Tres Copas», y luego, con el café, un licor de naranja que les recordó lejanamente el Curaçao. Denny entró, les saludó casi con afecto y se sentó con ellos, como si le hubiesen invitado.

—Dios, estoy rendido —empezó—. Estuve corriendo por casi toda la isla a toda carrera. ¿Se acuerdan de esas chicas que transportan jarras o latas de agua sobre la cabeza? Pues bien, una de ellas me ha mirado de una manera a mí…, que no me digan, yo conocería a una de su clase aunque llevara arneses de mula; de modo que echo a correr detrás de ella, pensando que quería indicarme que terminaría pronto y estaría dispuesta para… para… —Denny estiró el cuello mirando a Jenny— para un poco de charla alegre, y, por Dios se lo digo, ella ha continuado subiendo y bajando por esos rocosos senderos igual que una cabra de montaña; de cuando en cuando llegaba a una casa y, prácticamente sin pararse, sujetaba la bandeja y doblaba las rodillas, salía de la casa una mujer que le quitaba una vasija de agua y dejaba en su sitio otra vacía…, y la aguadora se marchaba, dale que te dale, yo siguiéndola con la lengua fuera. Un par de veces ha desandado el camino, y cada vez me ha mirado de aquel modo… No sonreía, sencillamente, me miraba con un centelleo en los ojos… ¿Qué están tomando? —le preguntó entonces a David—. Pídame un poco, ¿quiere? Yo no sé hablar español, no sé los nombres… Y, finalmente me he figurado que estaría ya por terminar, por aquellos momentos ya no podía haber sino recipientes vacíos, de modo que la he seguido cuesta abajo un buen trecho, y hete ahí que llega a una especie de largo cobertizo lleno de barricas, grandes barriles de agua, y allí había una colección de muchachas sentadas, descansando del recorrido, mientras a otras les colocaban en sus respectivas bandejas, latas recién llenas. No obstante, mi chica no ha descansado. Ha cogido una bandeja nueva y ha pasado por mi lado como un gato montés en fuga, y esta vez ha clavado los ojos en mí y me ha dicho: *¡Vaya, vaya!*… Ya sé lo que significa esto. Volver a empezar la circunvalación. Bien, entonces he examinado la

situación, allí cerca de las fuentes del agua, y he decidido que no me convenía…

—Ha hecho bien —aprobó David—. Espere hasta que su suerte cambie.

—Fíjense en esa Pastora —dijo Denny, levantando el vaso para que le escanciaran otro chorro de málaga—. Este caldo es demasiado dulce; ¿no tienen ningún licor fuerte?

—Pastora está allá al otro lado de la calle, en aquella tienda —advirtió Jenny, dándole ánimo.

—Que se quede allí —respondió Denny—. Al menos por el momento. En realidad, no pienso verla. En este instante no me importaría no volverla a ver nunca. Estoy empezando a pensar que estas mujeres son, simple y claramente, demasiado tornadizas; parece que uno no pueda mantenerlas en una misma situación el tiempo suficiente para llegar a alguna parte…

—Bien, usted ha visto ya lo que haya por ver —resumió Jenny —, de modo que David y yo nos vamos a curiosear por ahí un ratito.

David pagó con moneda americana, y recibió un puñado de monedas españolas.

—Conviene que gasten eso sin tardanza —opinó Denny. Agitando el vaso para indicar que quería repetir por tercera vez, preguntó en tono casi plañidero—: ¿Qué nombre le dan al coñac? Me gustaría que no se marchasen todos, dejándome aquí solo. Me meteré en algún lío. No me siento bien. Si bebo unos vasos más, soy capaz de salir y liarme con la tal Pastora…

—Procura que no pegue ella primero —replicó David, alegremente—. Es más fuerte de lo que parece y va en compañía de una cuadrilla de cuidado.

—¿Por qué no se lía usted con un *guardia civil*? —sugirió Jenny, que se había fijado en un par de ellos, en el muelle, con un aire sólido como de nogales—. ¿Por qué quiere enzarzarme con un chica?

Inesperadamente, Denny demostró una lógica, y hasta —en cierto modo vago y remoto— una especie de sentido de justicia profundamente oculto en su ser; podría hablarse inclusive de moral y, quizá afirmando el concepto, de ética. O, al menos, de sentido común.

—Porque es la única persona contra la cual estoy furioso —contestó, sencillamente—. ¿Qué queja tengo yo de ningún guardia civil?

Jenny le dirigió una franca y amistosa sonrisa, que suprimió al instante al recordar que él podía tomarla como una invitación ilícita, y opinó:

—Eso es muy razonable. ¿Lo has oído, David? Míster Denny acaba de pronunciar una norma importantísima del código del honor.

David, que estaba distraído, preguntó:

—No…, ¿cuál es? —Se sentía repentinamente inquieto, aunque, al fin y al cabo, Jenny era una necia inofensiva.

—Caramba, pues, no te pelees con ninguna persona contra la cual no estés enojado —contestó la joven—. No hagas responsable de tus agravios a quien no lo sea…; usa tu buen criterio.

David y Jenny se despidieron de Denny agitando las manos y se fueron. Denny fijaba la mirada en su vaso, lleno hasta la mitad, y arrugaba la frente. Se preguntaba si aquella descarada se había burlado de él. ¡Vaya, tendría que esperar sentada que él le buscase las cosquillas!

Frau Rittersdorf, un tanto intranquila al encontrarse sola ante una mesa debajo de un árbol en un lugar extraño —a despecho del anciano que le estaba poniendo delante una taza y una destrozada servilleta de algodón, y de los olores grasientos que emanaban de aquella especie de barracón, apenas podía llamarle a aquello café—, bajose el velo de color rosa un poco más hacia las cejas, abrió el cuaderno junto a la taza, lo alisó y escribió:

> «Los innumerables elementos heterogéneos tan generosamente mezclados en este barco, han provocado, naturalmente, una serie de acontecimientos siniestros, consecuencia lógica de tamaña falta de disciplina, la insolencia de las clases inferiores cuando se les permite el menor asomo de libertad…».

Frau Rittersdorf releyó tales frases y decidió que la indignación se había adueñado de su estilo y que el párrafo escapaba ya de su control. Tachó pues, con unas rayas de fino trazado, que no lo hacían ilegible, pero le recordarían que lo había repudiado, conservándolo, sin embargo, como ejemplo disciplinador de una cosa que en el futuro tenía que evitar. Y empezó de nuevo:

> «Están recorriendo las tiendas en grupo, se meten por todas partes, lo mismo que una manada de ratas invasoras. Los he observado y sé que están robando a diestro y siniestro. No puedo distinguir bien los objetos, y tampoco, con exactitud, el método que emplean; pero es que no puedo acercarme lo bastante para verlo bien. Percibo que llevan en sí una especie de pestilencia, despiden y extienden por todo su alrededor el auténtico olor metafísico del mal».

Frau Rittersdorf se paró a leer esta última frase con sorpresa y

deleite. ¿De dónde había salido? ¿Era suya? ¿La había leído en alguna parte? No recordaba que se le hubiese ocurrido nunca semejante pensamiento; pero, por otra parte, en verdad tampoco había oído pronunciar aquellas palabras a nadie. Realmente, ¿existía un olor tal? Ella estuvo siempre de acuerdo con la máxima de que la suciedad es materia que está fuera de su sitio. Esta máxima brindaba un poderoso argumento científico para mantener a los seres de orden inferior en su puesto. Esto no contestaba las preguntas formuladas, pero centró nuevamente su atención sobre el tema. La compañía de baile, así como cierto número de personas que iban en primera clase en aquel viaje, eran, no cabía la menor duda, materia que estaba fuera de su lugar y las consecuencias de ello saltaban ya a la vista con demasiada claridad…

> «La desdichada condesa —siguió escribiendo—, ¿dónde estará ahora, abandonada, prisionera, en esta isla de los muertos?».

Frau Rittersdorf levantó la barbilla y paseó la mirada en semicírculo por una escena muy animada: hombres, mujeres, chiquillos de todas las edades, una diversidad de animales domésticos, dirigiéndose —evidentemente— cada uno a su negocio particular, y todos ellos llenos de afanes innumerables. ¿Para qué tenían que vivir unos seres tan pobres, zarrapastrosos y fatigados? He ahí el gran interrogante que planteaba frau Rittersdorf; ¿podía decirse que vivían siquiera?

Una mujer sentada en el suelo, a menos de cinco pasos de distancia, rodeada por los cestos de verdura —que se marchitaba— destinados a la venta, depositó a su niño en la cuna de su regazo, entre las cruzadas rodillas, y le dio su pecho enorme y desnudo con el moreno pezón grande como un dedo pulgar, mientras ella comía vorazmente cebolla, tomate, salchicha, albaricoques, todo revuelto dentro de una rebana da de pan duro, sin levadura y a medio cocer. El nene chupaba y perneaba gozoso, la madre dejaba la comida de vez en cuando para atender a las parroquianas, que abrían sus bolsos de hojas de palmera tejidas para recibir las hortalizas, y ella luego contaba el cambio, cogiendo monedas de un pequeño cesto plano que tenía a su lado. A frau Rittersdorf la sublevó de tal modo aquel espectáculo, que no tuvo ánimo para coger el lápiz. El niño

estaba gordo. Evidentemente, hubiera sido preciso destetarlo unos meses atrás. La mujer tenía el cuello, la cara y las manos como de cuero viejo. Le faltaban todas las muelas, contaba y desgarraba el alimento con los dientes, a pesar de lo cual comía como una loba. El niño saltó del regazo y se puso en pie. No llevaba más que una camisa sucia que le llegaba apenas al ombligo. Plantóse sobre los pies y las separadas piernas, su infantil badajito de varón se levantó y apuntó, bien erecto, hacia arriba, y un enérgico chorro líquido ascendió formando un arco centelleante, yendo a mojar la tierra levantando salpicaduras a menos de tres pies de los inmaculados zapatos claros de frau Rittersdorf y de sus medias de gasa. La dama se quedó tan pasmada que estuvo a punto de soltar un grito, pero se contuvo, púsose en pie rápidamente y retrocedió, recogiéndose la falda. Al parecer, la madre no comprendió ni su movimiento ni su mirada, puesto que extendió el brazo y dio unas palmaditas alentadoras en la espalda a su pequeño, con un amor y una ternura sin reservas, mientras el niño terminaba su menester con alegres gritos inarticulados de satisfacción, La madre lo atrajo hacia sí, cubrió sus adorables vergüenzas con la mano desnuda, sonrió alegremente a frau Rittersdorf y exclamó con orgullo:

—*¡Es hombre de veras!* **[31]**

Lo dijo como si esto lo explicase todo y lo convirtiese en un gozoso secreto entre mujeres.

Frau Rittersdorf recogió sus cosas y se alejó con un escalofrío de horror cual si del pasado se hubiera levantado una mano huesuda y la hubiese cogido con fría saña para arrastrarla de nuevo a la ciénaga de la ignorancia, la pobreza y el vivir embrutecido de los que había escapado… ¡Oh, sí, con gran esfuerzo; aún se maravillaba! La choza de sus abuelos, con el suelo de tierra, con las pocilgas y los establos del ganado y las perchas del gallinero, abriéndose todo sobre la sola y única habitación en que vivía la familia; la casita de pueblo triste y pobre de su padre, el zapatero, y su madre, la costurera, los cuales estaban convencidos de que habían escalado una gran posición entre sus convecinos; la ambición de sus padres de que ella llegase a ser la maestra del pueblo… ¡Oh, oh, oh! Gritaba a coro todo aquel espantoso recuerdo, no solo con las voces y los rostros de las personas, difuntas, desaparecidas, que ella habrá intentado, en el transcurso

de todos aquellos años, olvidar, negar, sino que hasta los mismos animales, aquellas paredes que la asfixiaban, los suelos de tierra, el maloliente cuero de zapatos, el sabor de la manteca de cerdo sobre la rebanada de pan agrio que se llevaba a la escuela, el mismo pan…, todo… todo se levantaba de nuevo de aquella sima profunda en donde lo había enterrado, y todo con idéntica vitalidad… Todo con un clamor terrible, huérfano de voz, gritaba, se lamentaba, la acusaba, con palabras sin sonido, como los alaridos de una pesadilla. Los suelos, los cerdos, el pan, su abuelo, su abuela, sus padres, todo le gritaba con la misma voz, las mismas palabras terribles, que ella no entendía ya, pero no obstante sabía muy bien qué querían decirle. Frau Rittersdorf se quedó de pie, bamboleándose un poco, oprimiéndose la frente con la mano derecha. El anciano del delantal sucio le habló, muy cortés, extendiendo la suya.

—¡Ah, sí, le debo algo! —murmuró ella.

Y con mucha atención, fue contando y poniéndole en la mano la suma exacta, en moneda española que se había procurado en la oficina de cambio del barco, con unas monedas de cobre de propina. Sentía un extraño griterío en los oídos. Debajo de sus pies, el suelo se mecía lo mismo que la cubierta del *Vera*.

—Debo de sufrir un ataque de algo —dijo en voz alta, en alemán.

El camarero contestó, en tono amable:

—¡Sí, sí, señora, naturalmente!

Tal respuesta se le antojó a ella improcedente. Al emprender el regreso, se repuso con mucha rapidez. Sin embargo, continuaba intrigada por lo que hubiera podido ocurrirle. Decidió volver al Vera y almorzar allí. Mientras seguía su camino pisando con cuidado sobre las piedras, vio a la señora de Ortega con su niñera y su pequeño, paseando distraídamente —¡sin ninguna preocupación en el mundo, dirigiéndose a París a reunirse con su esposo, un diplomático que se estaba abriendo paso!— en uno de aquellos coches pequeños, absurdos pero preciosos a los que llamaban calesas, o, mejor dicho, hubieran sido preciosos si hubieran tenido caballos y cocheros adecuados. Frau Rittersdorf advirtió que estaba cansada y que quizá también le convenía alquilar una. La inquietud motivada por el gasto que ello significaba la retuvo. Tales

despilfarros, previó, le prepararían una ancianidad solitaria, una existencia servil en casa de clase media, la obligarían a trabajar como institutriz demasiado vieja por solo el albergue y la comida, con una gratificación de vez en cuando, un día festivo, soportando a niños insufribles de familias vulgares a las que ninguna mujer joven y capaz querría tomar en consideración… Si Otto hubiera soñado que la dejaría abandonada a un destino semejante, ¿hubiera partido, sin pensar en ella ni por un momento, a morir como un héroe? ¿Qué le había dejado? Una cruz de hierro, el uniforme y una espada. Si no hubiese sido por los padres de ella, que le legaron su modesta fortuna, ¿qué sería ahora de frau Rittersdorf?

«Otto… Otto, si pudieses verme ahora…, si hubieses podido soñar lo que sería de mí… ¡Ah, sin duda no habrías querido sacrificar tu vida por nada!».

Al llegar al barco, dos oficiales la saludaron con aire agradable. Cuando bajaba al camarote encontró a frau Schmitt, que en aquel momento subía, con su labor de punto.

—¿De regreso tan pronto? —preguntó frau Rittersdorf.

Frau Schmitt respondió lúgubremente:

—He visto ya lo suficiente.

Frau Rittersdorf tenía intención de continuar andando, pero esta respuesta la hizo detenerse.

—¿Había algo que ver? —preguntó en un tono condescendiente que a frau Schmitt le pareció irritado en grado sumo.

Pensó que no merecía respuesta, pero rectificó enseguida tal idea.

—Algo había, en efecto, para aquellos que saben ver —replicó intencionadamente.

Y sintiéndose reanimada al hablar así, no aguardó a que frau Rittersdorf recobrase las energías, sino que siguió adelante, en busca de la paz y la comodidad de la abandonada silla de cubierta.

A frau Rittersdorf no le pasó por alto la insolente frase de su compañera de camarote, pero decidió no darse por enterada, de momento. Había sobrepasado un límite en sus pensamientos que no sabía que existiese, pero lo había dejado ya atrás, y experimentaba un desahogo singular, como si su mente se hubiese descargado de un peso muy grande que la habría molestado hasta entonces, agotándola. Abrió el bolso, sacó la funda del pasaporte, revolvió por

sus compartimientos un instante con la punta de un par de dedos, y sacó una pequeña fotografía de su marido colocada en un marco plano, de plata. ¡Ah, no! Él no era así. La espléndida figura que frau Rittersdorf guardaba en su imaginación recibía un rudo golpe cada vez que se ponía a contemplar aquella fotografía militar, carente de vida, que le mostraba un rostro con unos ojos quizá demasiado abiertos, una fisonomía sin luz ni color; los claros ojos, vacíos, fríos como ágatas. No, no… Nunca jamás, nunca jamás… Frau Rittersdorf volvió a dejar el retrato en su sitio y arrojó el bolso a un lado. Olvidaría, sí, le olvidaría, al héroe que la había olvidado a ella, que la había dejado abandonada al destino, fuese el que fuere, que se le ofreciese… ¡Qué comportamiento tan cruel y egoísta con una esposa que le adoraba! No, no. Olvidaría, y se buscaría otro marido. Esta vez uno de verdad… Cuando hubiese terminado aquel estúpido viaje, se quedaría en su casa, donde estaba su puesto, viviría entre los suyos, entre hombres que apreciarían sus cualidades… A su mente acudieron despacio, inseguros, nombres y caras.

Frau Rittersdorf abrió el cuaderno y se puso a escribir: «Lo primero, primero», aconsejose dulcemente a sí misma. Su imaginación empezó a vagabundear por un panorama nuevo, primaveral, lleno de encuentros con personas que podían convenirle, algunas conocidas, otras desconocidas… y todos aquellos deliciosos encuentros le ofrecían un sinfín de posibilidades. Ante sus ojos empezaron a desfilar escenas vivas. Don Pedro se introdujo en determinado momento, pero fue rechazado al instante, y la fascinadora pantomima en que aparecía ella misma en interminables paseos cambiando continuamente de pareja, se prolongó más y más, mientras se cepillaba el cabello centenares de veces, innumerables veces. Se olvidó del almuerzo. Había pensado más bien con temor en la acogida que le dispensarían en casa, los amigos y la familia de su marido después de lo que ellos considerarían su fracaso en México, pues su círculo de amistades mexicanas había llevado a cabo con singular empeño, sin reparar en molestias, la tarea de informar a los de Alemania de todas las fases del idilio de frau Rittersdorf con don Pedro, sí, hasta la última… y luego siempre estaba la obsesionante sombra de Némesis que se materializaría un buen día, en el umbral de su puerta en forma de

pariente torpe, un sobrino, un primo segundo, en busca del legendario miembro de la familia que se había instruido, había salido al gran mundo y se había hecho rica, y la cual les ayudaría sin duda, y con mucho gusto, para que ellos hicieran otro tanto. Sus temores habían disminuido a medida que transcurrió el tiempo, pero no por ello el peligro dejaba de ser menos real. Frau Rittersdorf repasó su librito de direcciones encarnado y oro, volviendo las páginas despacio, señalando un nombre aquí y otro allá; las circunstancias cambian, y lo mismo los números de teléfono. La gente halla nuevos hogares, y los corazones, nuevos sitios donde morar. No había que esperar milagros. No obstante, escribiría media docena de billetitos discretos a antiguos admiradores, de los cuales creía poder esperar que les gustaría tener de nuevo noticias suyas. En Bremen había uno; a ese le anunciaría en qué barco llegaba, y el día, el sitio y la hora, y a menos que hubiese perdido por completo su intuición femenina, él estaría junto al barco para saludarla, SÍ, hasta con flores, como en otros tiempos más felices.

—Caramba, David, no me había dado cuenta —dijo Jenny cuando estuvieron al aire libre, fuera de la taberna—. ¿Cómo diablos puedes soportar a ese sujeto en tu camarote?

—No es exactamente mío —replicó David, en tono razonable.

—No te pares en minucias —advirtió Jenny—. Sabes perfectamente bien qué quiero decir. Ese tipo es una afrenta continua.

—Eso pensé yo también al principio. Ahora resulta únicamente un fastidio. Pero en esta ocasión, precisamente, se ha comportado lo mejor que sabe. Me ha sorprendido.

—Por estar agotado después de la persecución, quizá —opinó Jenny—. Busquemos algo que nos guste para comprarlo. No hemos comprado nada en absoluto en Cuba. ¿Qué clase de turistas somos?

—¿Qué quieres? —preguntó David, mientras se encaminaban hacia la fila de tiendas del lado más alejado de la plaza.

—No lo sé. Regalémonos algo recíprocamente.

En ellos había vuelto a penetrar algo del espíritu hechizado de La Habana. Se cogieron de la mano un momento y asomaron la cabeza por los umbrales de las tiendas.

—Nada de cestos —advirtió David.

—Nada de muñecas ni de animales —dijo Jenny, al pasar por delante de los establecimientos—. Nada de cacharrería, ni de joyas, todavía, David. Debería ser una muestra de arte local. ¿Verdad que sí?

—Quizá —contestó David, inseguro—. Pero nada de sandalias, nada de cuero ni de trabajos en madera.

—¿Tampoco encajes ni telas bordadas? —inquirió Jenny.

—Eso no cuadra conmigo —asegurole David, con firmeza.

—No pensemos en ello —propuso Jenny, con cierto aire de cansancio—. Limitémonos a seguir adelante, echando una ojeada de vez en cuando, y a ver qué ocurre.

Acomodando la acción a la palabra, siguieron curioseando en las

tiendas que hallaban a su paso. Mistress Treadwell y Wilhelm Freytag, que en aquel momento salían de un establecimiento, les saludaron agitando los dedos, y David, sorprendido de lo que hacía, respondió agitando los dedos a su vez, sin la menor resistencia.

—¿Dónde están? ¿Les han visto? —preguntó Freytag.

—Se refiere a nuestros amigos, los de la compañía de baile —aclaró mistress Treadwell, también con una animación desacostumbrada.

—Allá dentro —contestó Jenny, señalando—. O al menos, estaban hace unos minutos. ¿Por qué?

—Prometieron comprar los premios en Santa Cruz de Tenerife, ¿no lo recuerdas? —preguntole Freytag a David—. Pues bien, los están reuniendo a una velocidad extraordinaria… ¡Es cosa digna de ver!

—Veámosla, pues —contestó David.

Pero cuando se disponían a entrar en la tienda, Ric y Rac salieron disparados, y sus mayores les siguieron como un solo hombre, formando un grupo graciosamente distribuido que viró hacia la derecha, apartándose de sus observadores, y se dirigió a toda prisa hacia una tienda situada tres puertas más allá, en la que penetraron como un enjambre, siempre precedidos de los dos gemelos.

La tendera cuyo establecimiento acababan de abandonar salió a expresar la opinión que le merecían.

—¡Vigílense bien las muelas! —gritó al aire que le escuchaba—. ¡Cuéntense los dedos! ¡Esa gente no viene a comprar! —Con la cara apesadumbrada y las manos temblorosas, reordenó la revuelta y desordenada mercancía, y luego pregonó tristemente dirigiéndose a los americanos—: Lino puro, encaje auténtico, bordados totalmente hechos a mano, objetos de adorno preciosos. Todo barato…

Se veía bien que no tenía esperanza. La buena suerte le había abandonado por aquel día, y la pobre mujer no hizo un verdadero esfuerzo para atraer a los visitantes. Estaba demasiado afligida tratando de descubrir qué era lo que le habían robado.

Jenny, David, Freytag y mistress Treadwell entraron en la tienda siguiente, detrás de los bailarines. Pepe, de guardia en la puerta, se hizo a un lado, inclinándose un poco. La tendera servía a frau Schmitt, quien buscaba pañuelos de lino auténtico con una sencilla

orla de luto. La entrada súbita de aquel grupo mixto de forasteros, a los que dividió a la primera mirada en dos clases; respetables y gente de barrio bajo, la enervó. Habíale enseñado a frau Schmitt una caja tras otra de pañuelos de luto perfectamente apropiados, pero todos eran o demasiado grandes o demasiado pequeños, o demasiado gruesos o demasiado finos o tenían las franjas negras demasiado anchas o demasiado estrechas, o eran demasiado caros o demasiado baratos. Presa del pánico, la buena mujer recogió los pañuelos y le gritó con voz aguda a frau Schmitt:

—¡Señora, no tengo nada para usted! ¡Nada! ¡Nada!

Veía con desesperación que los forasteros respetables se quedaban detrás y la bandada de cuervos ladrones se le echaba encima.

Frau Schmitt, pasmada, profundamente ofendida ante el cambio de modales, retrocedió y vio con gozosa sorpresa a sus compañeros de barco; no a los españoles —no contaba con ellos—, sino a aquellos estrambóticos americanos; estrambóticos pero simpáticos, al fin y al cabo. Y no pudo menos que acordarse de los buenos sentimientos que manifestó herr Scott respecto al pobre hombre de la cubierta de proa que tallaba en madera. Estaba muy bien mostrarse severo, frío y rígido en todo como el capitán se comportaba, pero resultaba conmovedor que uno se mostrase humano, que amase a su prójimo, que tuviese compasión de los pobres infortunados. E inmediatamente, frau Schmitt se dijo que se alegraba de ver allí, en aquella tienda tan poco acogedora, el rostro de Scott, aunque pareciese una cara de cera con ojos de mármol azul. A la joven que iba con él no la comprendía, de la viuda no se fiaba, y herr Freytag había obrado mal, sin duda, haciéndose pasar por cristiano estando en realidad casado con una judía…

—Sin embargo, ¡oh, Dios mío! —exclamó plañideramente frau Schmitt, haciendo la señal de la cruz con el índice y el pulgar—. ¿Qué haré yo? ¿Continuar sola hasta la muerte?

Frau Schmitt se acercó al grupo, y todos le dirigieron la palabra y le sonrieron, con lo cual ella se quedó junto a ellos, y todos vieron lo mismo, cada uno a su manera. La compañía de baile interpretó la pieza que previamente había ensayado sobradamente bien, sin desviar la atención del momento, manifestando por el mirón el mismo desprecio audaz que habían manifestado a bordo del *Vera*.

Aquello parecía una representación teatral: Amparo y Concha fueron hacia un lado de la tienda y llamaron a la tendera, cuya atención distraían cogiendo objetos y preguntándole el precio casi a gritos, ambas a la vez. Manolo se reunió con Pepe en el exterior. Pastora y Lola sostenían una animada conversación al otro lado de la tienda con Pancho y Tito y se escabullían de vez en cuando hacia la tendera, con algún objeto en la mano, para hacerle apartar los ojos de Amparo y Concha, a las cuales, sospechaba ella acertadamente, era a las que convenía vigilar más. Pero toda la compañía estaba en movimiento constante por todo el establecimiento, corriendo hacia la puerta para enseñar a Manolo y a Pepe lo que pensaban comprar y pedirles su parecer, y regresando luego hacia los estantes para coger, dispersar y revolver otros géneros. Ric y Rac bullían incansables, siempre en su mejor ambiente cuando estaban representando algo, y suplicaban con atormentadora insistencia: «Por favor, mamá, cómpreme esto, cómpreme aquello», blandiendo el objeto que hubieran podido coger.

La severa Lola amenazaba con darles un cachete y les ordenaba que volvieran a ponerlo todo donde lo habían encontrado… Y a los pocos minutos, por supuesto, toda la compañía salía por la angosta puerta, protestando amargamente de que en todo el establecimiento no habían encontrado nada que valiese la pena adquirir… ¡o de que no querían pagar unos precios que eran un robo! También esta tendera se quedó en su pequeño rincón ardiendo de furia impotente. Todos sus artículos habían quedado tan desordenados que tendría que pasar horas buscando, doblando y contando para darse cuenta de qué era lo que le habían robado.

La comedia continuó en otros establecimientos, con otros testigos. Herr profesor y frau Hutten encontraron a los bailarines saliendo de una pequeña madriguera, burlándose, y provocando a un hombrecito de ojos furiosos que los maldecía, tratándolos de ladrones. Ellos se reían con aquellas carcajadas suyas que helaban la sangre y seguían con paso jactancioso. Frau Hutten le dijo a su marido:

—¡Se comportan exactamente igual que en el barco! ¿No podemos hacer nada nosotros? ¿Dónde está la policía? ¿Y la Guardia Civil? Parecen gente capaz y experta. ¿Dónde están? ¿No

deberíamos llamarlos?

Herr profesor Huntten le dio un afectuoso apretón en el brazo. No cabía duda, lo que había hallado de más entrañable en su mujer, aquella cualidad que sobrevivía a la juventud, la belleza, la esbeltez, los senos de venas azules, los profundos sobacos de olor dulzón y la barbilla firme y rosada, era esto: la eterna imbecilidad femenina que le hacía conservar la fe en que existía en este mundo un poder dedicado única y exclusivamente a correr cuando le llamaban para auxiliar a los inocentes y oprimidos…

—Llama a la policía —le decía ella, la adorable idiota.

—Escucha, amor mío —le contestó—. Estamos en un país que no conocemos. No conocemos sus costumbres. Aquí no pueden apreciarnos. Somos de otra nación y hablamos otro idioma.

—Hablamos el español tan bien como ellos, y quizá mejor —replicó frau Hutten, con la vanidad de una chiquilla.

Actualmente su marido le hacía el amor con frecuencia. Sentíase confiada con él como una recién casada. Desde la noche en que el pobre vasco se ahogó al salvar a su «Bebé», su marido parecía haber recobrado otra vez la virilidad de los buenos tiempos. Esto hacía que ella se sintiera también joven: empezaba a mirarse al espejo y a pensar qué tenía que hacer para ponerse atractiva. Lo primero de todo, adelgazar. Los mechones grises del cabello habría que teñirlos. Sin duda alguna, su marido encontraría empleo de profesor en un buen colegio alemán. Ella solicitaría que le destinasen una secretaría para quedar libre por su parte del trabajo esclavo de buscar datos, escribir a máquina, corregir pruebas… En fin, de la tediosa existencia de la esposa de un profesor. Se reservaría para el amor.

—Tienes razón —le dijo, cogiéndole del brazo—. No es asunto nuestro, de ningún modo.

Frau Schmitt siguió a herr Freytag y a sus amigos durante un rato al salir de la tienda, pero se detuvo cuando le oyó a él invitando a su grupo a beber una copa. Era demasiado obvio que no la incluía a ella. En realidad, parecían hacer caso omiso de su presencia. No se trataba, por supuesto, no podía tratarse, de que quisieran, deliberadamente, mostrarse groseros con ella. No, era gente despreocupada y poco afectiva que solo pensaban en ellos mismos. Frau Schmitt tenía su orgullo personal que nunca la

abandonaba cuando más lo necesitaba. Podía sentirse herida espiritualmente, había quedado viuda en fecha reciente, y tenía un temperamento tierno y afectuoso, pero antes moriría que imponer su presencia donde no la querían. Frau Schmitt regresó al barco después de pararse a comprar una bolsita de frutas confitadas. Las comió, poco a poco, todo lo disimuladamente que pudo, sabiendo bien que solo se ve comiendo por las calles a personas de mala educación. La única esperanza que le quedaba era que no la viese nadie.

Herr Glocken, buscando vagamente alguna prenda de adorno que alegrase un tanto su ajado traje, manoseaba con envidia las fajas escarlata destinadas únicamente para bailarines, las deliciosas pecheras plisadas, los cuellos de camisa estrechos, coquetones, confeccionados exclusivamente para toreros. Las corbatas parecían que tenían que ser o bien estrechas cintas negras, o tan chillonas que solo podía pensarse en llevarlas para mascaradas o en caprichosas fiestas de disfraces. Estaba junto a la puerta acariciando ávidamente un hermoso pañuelo de seda de su color favorito, rojo brillante, y estaba reuniendo el valor necesario para preguntar el precio, sabiendo aun sin preguntarlo que no se podía permitir tal desembolso, cuando la tendera, atormentada por la ansiedad, le dijo afectuosamente:

—Entre, por favor. Dentro tengo cosas mucho mejores, y nada caras…

Herr Glocken no era tan tonto como para pensar que había en la faz de duros rasgos de aquella mujer algún vestigio de coquetería. Aquella mujer quería algo, pero ¿qué? Entonces oyó el alboroto demasiado familiar y odioso de la compañía de baile, y la mujer le dijo con insistencia:

—Entre, se lo ruego. ¡Ayúdeme a vigilarles!

La siguió. No tanto para ayudarla como para contar él con una protección, y arrimó la corcova a las pilas de chales y mantillas.

Herr Glocken vio que la mujer era astuta y recelosa. Saludó a los invasores con voz agria y les ordenó que permaneciesen todos fuera y solo entrasen a comprar uno por uno, en el orden que prefiriesen. Como si la dueña no hubiese dicho nada, los bailarines se precipitaron y amontonaron en el reducido cubículo, y empezaron a tirar de los géneros y a preguntar precios, discutiendo entre ellos.

Concha vio a herr Glocken, que trataba de esconderse, y gritó entusiasmada:

—¡Oh, mirad, allí está nuestro talismán de la buena suerte!

Y voló a tocarle la giba.

Luego, cada uno por turno, aumentó la confusión luchando por llegar hasta él. Herr Glocken se defendía hundiéndose más todavía en los chales y apoyándose las manos planas sobre los hombros. Pero los otros le tocaban, a pesar de todo, por todas partes donde podían alcanzar, dándole fuertes golpes con la mano abierta, hasta que no pudo resistir más. Presa del pánico, cruzó por entre ellos y salió al aire libre, donde Ric y Rac, de guardia, se pusieron a chillar y le persiguieron para procurarse también su ración de buena fortuna. A ciegas, el jorobado corrió hasta topar con los Baumgartner, y luego, inmediatamente detrás de estos, con los Lutz. Frau Lutz se lanzó de nuevo, instantáneamente, a cumplir con sus deberes maternales. Simultáneamente mandó a Ric de bruces contra el suelo, echándole la zancadilla, cogió a Rac por el brazo, dándole unos cachetes más que satisfactorios, y le dijo muy severa a herr Glocken:

—¿Por qué no se ha defendido? ¿Cómo es posible…?

Herr Glocken, muy apesadumbrado y avergonzado, contestó mansamente:

—¡Qué sé yo! Era lo mismo que verse entre un enjambre de avispas.

Todos se acercaron a la tienda, pero no se aventuraron a entrar. Los bailarines bullían por todas partes. La tendera no podía vigilarlos a todos a la vez, ni podía echarlos porque no le hacían caso, pero finalmente Lola, para captar su atención, después de un regateo inmensamente prolongado; de mucha discusión y de manifestar un profundo desprecio por el objeto, compró con dinero contante un cuadradito de gasa bordada y con encaje. Entretanto, los chiquillos habían vuelto a su puesto. La desesperada tendera, acorralada en un rincón, les gritaba que salieran. Justo cuando Lola entregaba el dinero, y la tendera contaba el cambio, salieron todos a la calle, y los que les observaban vieron claramente en los cuerpos de los bailarines un sinfín de abultamientos en los lugares más inusitados. Por debajo del chal negro de Amparo colgaba la orlada punta de otro de un blanco purísimo.

Los bailarines cruzaron la plaza velozmente y alquilaron un vehículo abierto tirado por un caballo corpulento, huesudo y triste. Las mujeres y los niños subieron primero, amontonándose unos

encima de otros. Manolo, Pepe y Tito se sentaron en los estribos y Pancho subió al lado del cochero:

—¡De prisa! ¡De prisa! —le apremió—. ¡Se nos hace tarde!

—¿Para qué? —inquirió el cochero—. Mire, señor, este carruaje es para seis personas, ustedes son diez. Usted pagará por diez. Yo cobro a tanto por viajero.

—Esto es un robo, sencillamente —dijo Pancho—. No quiero pagarlo.

El cochero tiró de las riendas e hizo parar al caballo.

—En tal caso, tienen que bajar todos —decidió, en tono convincente.

Lola se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué paramos? —preguntó con un deje de pánico en la voz.

—Nos están robando —respondió Pancho, aunque sin mucha energía.

—¡Dile que siga adelante, adelante! —chilló Lola—. ¡Zopenco, mula! Seguid adelante.

Pancho replicó:

—¿Con quién estás hablando? ¡Cierra esa bocaza!

Tito intervino:

—Oye, Pancho, ahora no estás hablando con Pastora. Lola es la que dirige, no lo olvides. Ahora sigue adelante… —Y dirigiéndose al cochero, que parecía haberse dormido junto con su caballo, le preguntó—: ¿Cuánto quiere?

El cochero despertó a la vida instantáneamente y dijo el precio:

—Y quiero cobrar ahora mismo, señor —añadió con la presuntuosidad y presteza del hombre que tiene una larga existencia de las estratagemas de los hombres—. Ahora —repitió, sin levantar las riendas y alzando la mano, un poco combada, a fin de que quien fuese que tuviera el dinero pudiera depositarlo en el sitio pertinente.

Tito pagó.

Los Lutz y los Baumgartner habían estado vagando, disfrutando de todos los pasatiempos que la ciudad isleña podía ofrecer, incluidos los dulces e intensamente aromáticos vinos del país, tan festivos y tranquilizadores. Herr Baumgartner había tomado dos o tres vasitos más de lo que le convenía y había comprado una botella

de malvasía, prometiendo a su esposa que bebería malvasía en vez de coñac. Al encontrarse casualmente con Lutz en aquel lugar, frau Baumgartner comentó que parecían predestinados a no verse libres ni por un momento de aquellos sujetos siniestros, los bailarines. Les habían estropeado el viaje hasta entonces y continuarían estropeándolo hasta el fin.

—No, desembarcan en Vigo, gracias a Dios —contestó herr Lutz —. Y también bajan allí los pasajeros de proa que quedan.

—Entonces resultará agradable el barco —le dijo frau Baumgartner a frau Lutz.

—Yo no creo que la cosa mejore hasta tal extremo —repuso frau Lutz, sofocando toda esperanza—, pero sí que tenemos el derecho a esperar un poco de decencia al menos. Si existiera eso que llaman justicia, a criaturas como aquellas —dijo, indicando con el mentón el viejo carruaje que se alejaba pausadamente como un nido de pájaros superatestado—, las dejarían aquí, en la cárcel…

—En lugar de aquella pobre condesa —dijo Baumgartner—. Estoy seguro de que era una mujer inocente y afligida, enferma y carente de la fortaleza suficiente para resistir sus sufrimientos sin el alivio de las drogas.

—A mí nunca me gustó aquella mujer —objetó frau Lutz—. No encuentro ni un solo argumento en su favor, pero no obstante considero una injusticia que a ella la castigasen por sus culpas, y no es que no lo merezcan, y que esos delincuentes, que son mucho peores, se libren sin un arañazo siquiera… En fin, ¿qué puede esperar uno de este mundo?

Herr Glocken, vagamente resentido por la intervención, realizada con tan poco tacto, de frau Lutz en su favor, salvándole de la persecución, pero poniéndole en ridículo, tomó la palabra para centrar la conversación en los hechos escuetos.

—Hoy han estado robando en todas partes, en el barco han estado pasando el tiempo estafando. Y sus niños, aquellos pequeños monstruos, robaron las perlas de la condesa y las echaron al mar.

—No se pudo probar —replicó herr Lutz—. No se ha sabido ni siquiera si aquello eran perlas auténticas…, ni tampoco si el objeto arrojado al agua era el collar de la condesa o una sarta de cuentas…

Frau Lutz tomó la palabra y habló con frialdad e indignación:

—Mi marido es muy corto de vista, o al menos, no ve bien —

dijo—. Por eso no puede saber lo que pasó cuando aquellos chiquillos chocaron con nosotros en cubierta… Yo sí lo vi y lo sé. Se trataba de un collar de perlas con un broche de diamantes, y aquellos niños desnaturalizados lo habían robado, y la niña lo arrojó al mar. Esto es todo —resumió, con sarcasmo—. Pero no es motivo suficiente, en modo alguno, para que nadie se preocupe. Hacemos mal interesándonos por esos pecadillos.

Herr Lutz reprendió a su esposa, hablando, a su vez, a los otros como si ella no estuviera presente:

—Mi pobre esposa tiene los principios más elevados, y ninguna falta le parece demasiado trivial para no castigarla lo menos con la horca. Yo no le he visto pasar por alto ni el más ligero defecto en el carácter de nadie, excepto en el suyo propio, y de nada sirve explicarle que, sean cuales sean puedan ser las apariencias, sea lo que fuere lo que indiquen las circunstancias, no debemos fiarnos de ellas como de pruebas positivas. No, ni siquiera en los casos más baladíes…

Frau Lutz se expresó con firmeza:

—¡Elsa! Tú también lo viste, ¿verdad que sí?

Elsa, que permanecía silenciosa y en actitud abandonada, con la vista apartada de sus padres y sin apenas escucharles, tuvo un sobresalto y contestó, al momento:

—Sí, mamá.

Herr Baumgartner se animó y tendió la mano hacia herr Lutz para estrecharle la suya, diciendo:

—¡Estoy asombrado! Habla usted como un abogado, como un buen profesor. Es raro encontrar a un profano que tenga la menor idea de los grandes principios que rigen la admisión de las pruebas, ese punto crucial de todos los procedimientos legales… ¡Le felicito! ¿Estudió alguna vez la carrera de Leyes?

—No, pero tengo buenos amigos en la profesión. En mi negocio los he necesitado. Me daban buenos consejos.

Herr Glocken sufría por haber fallado, por haber huido cuando hubiera tenido que defender su terreno, presenciar los robos que cometía la compañía de baile, denunciar a los ladrones y hacerlos detener y arrastrar hacia el juzgado… En lugar de seguir esta conducta heroica, había huido cobarde mente. Hasta había permitido que frau Lutz le defendiese de unos niños… ¡de unos

niños! ¡Qué humillación! Luego había visto a los bailarines marcharse con el botín, y los demás los habían visto igualmente, y sin embargo, todos continuaban allí, comentando el tema, sin que hubieran admitido ni por un momento culpa ni complicidad algunas…

—Hubiéramos tenido que hacer algo. Lo veo claro —le dijo a todos.

Y los otros bajaron la vista hacia él con diversos grados de condescendencia.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó herr Lutz—. En mi oficio no prestamos ninguna atención a las pequeñas raterías. De lo que perdemos con un parroquiano, nos resarcimos con otro. Tenemos un presupuesto para reemplazar todo tipo de cosas «portátiles»… No se figura usted qué urracas son los turistas, por muy respetables que parezcan. De modo que no me tomo esto en serio.

Herr Lutz dirigió una mirada a su reloj y otra al sol. Grandes nubes oscuras se levantaban otra vez del este, lo mismo que el día anterior. Los demás dirigieron también una ojeada a sus respectivas muñecas, y frau Baumgartner comentó:

—Es tarde. Si vamos a pie, perderemos el barco.

—Nos aguardará —adujo herr Lutz.

Pero en todos ellos pareció desvanecerse la niebla y la sensación de bienestar del vino que habían ingerido. Cada rostro delataba su inquietud a los demás, y en medio de un leve pánico, contrataron una calesa y corrieron luego nerviosamente hasta la pasarela, que, en efecto, estaba a punto de levantarse. Treparon a bordo sin aliento con solo unos minutos de margen y se reunieron con los otros pasajeros, que se estaban agolpando para presenciar la partida. Corría el rumor de que fuera del puerto había mar gruesa. La banda se puso a tocar «*Adieu, Mein Kleiner Garde-Offizier!*», y la multitud de sirios que merodeaba por los muelles tratando de vender alfombras de piel de carnero y opio se dispersó.

Cuando la franja de agua entre el buque y el amarradero se ensanchó y Santa Cruz, situada a la distancia precisa, adquirió de nuevo su primera hermosura, la compañía de baile se apiñó junto a la baranda en silencio, pero con una atención despierta y recelosa, contemplando a una mujer que lloraba furiosa en el puerto y blandía los puños profiriendo maldiciones y acusaciones

desesperadas, dirigidas a la cubierta superior del barco en movimiento. Un guardia se separó de su compañero de patrulla para poner fin a tal alteración del orden. Cogió a la mujer por los hombros, le hizo dar media vuelta y la obligó a marchar lejos de la vista de aquel barco extranjero y de sus pasajeros. Un comportamiento como el de aquella mujer daba a la ciudad un aire poco hospitalario.

—No se acerque por aquí —ordenole ásperamente.

Ella se cubrió la cabeza con el manto y se marchó sin mirar atrás.

Jenny y David apoyaban los brazos en la baranda, y Jenny dijo:

—Ya hemos dejado otro puerto atrás. En fin… David, voy a ver si en Vigo me proporcionan un visado francés.

—Suponiendo que en Vigo atraquemos —contestó David.

—Se dice que sí. Bajan los bailarines… Y luego yo dejaré el barco en Bolougne.

—Si paramos allá —observó David.

—Nos mantendremos a cierta distancia y vendrá a recogernos una falúa —explicó Jenny—. Desembarcaremos.

—¿Quién lo ha dicho?

—El sobrecargo.

—¿Quiénes desembarcarán?

—Mistress Treadwell, yo y esos zoquetes de estudiantes… ¡Oh, David, por favor, ven conmigo! La sola idea de pensar que te vas, me pone enferma. ¿Qué harás solo en España?

—¿Qué harás tú en París?

—Buena pregunta —respondió ella. Dando un rodeo, pasaron al otro lado del buque—. Esta noche nos alejaremos de la costa de África. En Santa Cruz no había nada nuevo. ¿Verdad que no? Podíamos habernos hallado en México, callejuelas antiguas y serpenteantes y el sonido del español y los mercados pequeños y los colores de yeso, pero ¿te has fijado en la sensación de cosa extraña que daba la parte nueva de la ciudad, donde está enclavado el comercio internacional auténtico? ¿Te has fijado en la placa de bronce sobre una pared de ladrillo diciendo que aquello es una sucursal del Banco de África Occidental inglesa?

—Pues no —contestó David—. ¿Qué hay de particular en ello?

—Solo por un instante, me he sentido muy lejos de mi hogar, en

una tierra extraña, muy extraña, y no tenía ganas de encontrarme allí.

—¿Dónde está el hogar, Jenny ángel? —preguntó David, con aquella ternura siempre inesperada capaz de derretir a Jenny hasta el punto de fusión más elevado.

Los ojos de la muchacha centellearon. Jenny parpadeó y sonrió con recelo.

—No lo sé —murmuró—. Todavía no lo sé, pero está muy lejos.

David y Jenny se inclinaron el uno hacia el otro, sus mejillas se rozaron, sus labios de juntaron…, y por fin, se besaron.

David dijo en tono desinteresado, como de tómalo o dé jalo, o como si no esperase que le oyera:

—Sacaremos visados franceses en Vigo y subiremos a la falúa que saldrá a recogernos delante del puerto de Bolougne, y desembarcaremos en París al día siguiente. Estoy cansado ya de discutir, Jenny.

—¿Te gustaría que me pusiera a llorar escondiendo la cara en tu cuello y mojando de lágrimas tu camisa, querido? No me importa que nos vea quien quiera —dijo Jenny, rodeándole con el brazo y apoyando la cabeza bajo el mentón.

—Basta, Jenny —protestó David—. ¿Dónde te figuras que estamos?

La muchacha se enderezó y sacó la polvera del bolsillo.

—Después iremos a España —prometió—. A Madrid, Ávila, Granada y a todas partes. David, si quieres vamos a España primero y *luego* a París… De verdad, querido, no me importa. Después de este momento, ya no me preocupa adonde vayamos. ¿Desembarcamos en Gijón y nos vamos a Madrid?

La cólera invadió a David como si hubiera estado al acecho por allí cerca, esperando el momento de volver al puesto que por derecho natural le correspondía. Se hallaba ante la vieja treta de Jenny de mantenerse terca hasta que él cedía y luego fastidiarle de pronto cediendo en todo, fingiendo que aquello era lo que ella siempre había querido, y dejándole desarmado e indefenso. Pero primero tenía que ceder él. «Me quedaré, si quieres…». «Haré todo lo que quieras, siempre que tú hagas primero lo que quiera yo». Ahora que había triunfado una vez más, Jenny no deseaba otra cosa sino cederle la victoria, mostrarle cuán fácil era ser generosa, ir con

él en gozoso acuerdo mutuo… No quería otra cosa que concederle todo lo que hubiera tenido que conceder desde el comienzo, sin tanto tira y afloja como había habido. Ahora bien, por supuesto, ella estaba perfectamente dispuesta a tomar el viaje por España por su cuenta, y dirigirlo todo, empezando con lo de desembarcar en Gijón, un puerto que David no había considerado nunca como sitio donde uno pudiera desembarcar. Dios mío, ahora había que rehacerlo todo de nuevo, en una especie de marcha a la inversa. El silencio de David preocupaba a Jenny.

—David…, ¿qué piensas? —inquirió, inclinándose dulcemente y hablando con su voz «derretida»—. ¿No sería bonito ir a un sitio en el que no hubiéramos pensado nunca, y más tarde cruzar el país hasta que llegásemos a Madrid?

David preguntó:

—¿Y por qué Madrid, precisamente? Yo no había pensado en Madrid. A mí me gustaría pasar unos días en la costa…, en Santander, quizá, o en San Sebastián, o subir hacia la frontera de Francia, hasta Irún…

—De acuerdo —accedió Jenny, con el espíritu helado—. Donde tú quieras.

—Parece que olvidas que nos vamos a París —dijo David—. España queda eliminada, ¿recuerdas? Nos iremos a París los dos, y después, veremos…

Jenny volvió hacia él una cara seria, de reproche; no enojada, no herida, no intimidada, tampoco resentida… Sencillamente, una mirada de desaprobación y habló con sosiego, con su voz normal elevada hasta la *enésima*, pensó David con un humor ácido.

—Me gustaría que por una vez tomases una decisión, David, por una sola vez, y que luego la sostuvieras hasta que hubiéramos podido dejar una cosa terminada, o una cosa resuelta, o hasta… Esto es lo mismo que la infinidad de veces que me hiciste andar un par de millas para ir a determinado restaurante a las nueve, y al llegar a la puerta cambiaste de idea, y me llevaste a otra parte, andando otra milla, y más de una vez terminamos comiendo tamales de un puesto callejero… ¿Y este viaje ha de resultar una cosa así, también? ¿Por qué no saltamos por la borda ahora mismo? ¿Qué quieres tú, David?

David dejó que las palabras de Jenny resbalaran por sus oídos

como lluvia por un tejado. Cuando se apoderaba de Jenny su vena de pescatera y todo su ser se condensaba en pura femineidad sin seso, en palabras que volcaba y sin la más ligera sombra de asidero en la razón, el nudo central de la tensión de David se deshacía, nuestro hombre sentíase liberado de la carga de tomarse a Jenny en serio, de intentar responder, explicar o apaciguar. Toda querella perdía su filo, toda cuestión amorosa su significado. Nadie debía ni un ápice de su propia virilidad, ni un momento de atención, ni un vestigio de consideración a una mujer que no hacía otra cosa que pincharle con un aguijón. Con profundo alivio, vio a Jenny, aquella criatura tan especial, aquella mujer distinta de todas las otras, disolverse en la innominada, gregaria, incurable pestilencia que aflige la vida del hombre, la charlatana, eternamente resentida, acusadora hembra del Cuadrumano Superior. ¿Saltar por encima de la borda? ¿Para qué? David se fijó en que las olas se iban encrespando. El barco empezaba a cabecear. Era raro que Jenny dijese tales necedades, aun cuando solo hablase como mujer.

—He tomado realmente una decisión —respondió al fin—. Tú no me escuchabas, Jenny ángel. Nos vamos a París, y esto queda resuelto de una vez para siempre. —Le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para acabar con aquel asunto y dejarlo concluido… Berlín, Madrid, París…, ¿qué más daba?—. Dejemos a España tranquila durante un tiempo. Es hora de ponernos a arreglar Francia.

—Arréglala tú —contestó Jenny, como si jamás hubiera pronunciado una palabra acerba—. En Vigo veremos qué pasa. —Y enseguida añadió, casi con timidez—: Eres un encanto al no seguir mi ejemplo cuando me disparo como lo hice ahora. David, no espero que lo creas, pero me siento perfectamente dichosa, perfectamente. Te lo ruego, no te acuerdes de lo que te he dicho.

—No me acordaré más —prometió él tranquilizador, sintiendo que un buen humor malicioso se desparramaba por su ser como una sonrisa interior.

Sonó la corneta de la comida, pero ellos se demoraron unos minutos. El barco estaba abandonando el puerto, y la mar estaba tan picada que al remolcador le faltó poco para zozobrar. El timonel quedó empapado de agua y tuvo que sacar todas las energías para continuar a bordo.

El piloto del remolcador descendió por la escalera de cuerda lo mismo que una araña que baja por su tela y saltó a la lancha, que estuvo a punto de dar la voltereta. Luego se cogió al volante y viró para apartarse del barco. Después de un empujón fuerte y seco, el motor de la lancha se paró. Por un momento, el piloto se quedó allí, sujetando el volante, mirando la alta amura del barco, que parecía arrugar el ceño, amenazadora, sobre él.

Jenny exclamó:

—¡Oh, David, mírale!

Y sacando mucho el cuerpo, se quitó el pañuelo encarnado y lo agitó describiendo anchos círculos hasta captar la atención del piloto. Este se quitó el reducido sombrero con elegante ademán y lo agitó en respuesta. David se cogió a la baranda con ambas manos y se echó hacia atrás con los brazos rígidos. Sintió un escalofrío.

Jenny continuaba allí, con el pañuelo colgando, la cara dulcificada y llena de alegría y ternura. David la cogió del brazo y la apartó de la baranda.

—Veamos cómo maniobra —dijo ella.

Pero David había tenido ya sobrada ración de Jenny por un día.

—Maniobrará muy bien, y ahora es hora de cenar —replicó.

Y Jenny se fue con él, en una de sus completamente engañosas pero bien representadas comedias de mujer que se finge complaciente. Lo cual significaba, por lo común, que había planeado para más tarde algo que la divertiría más todavía.

Ya en el comedor, Jenny, brindando su primer vaso de vino a David, tuvo la impresión sin poder decir por qué, de que estaba viviendo la época más deliciosa y encantadora de su vida. David estaba un poco retraído por alguna causa. El barco avanzaba dando unas largas y amedentradoras cabezadas, capaces de helarle el estómago a cualquiera, pero a pesar de todo, ella no tenía el corazón frío. Las mesas estaban ocupadas por los mismos pasajeros de siempre. Sí, casi todos estaban presentes, y todos con el mismo aspecto. Jenny estaba serena. No se trataba, pues, de un efecto debido a la deliciosa confusión de vinos canarios. Los de la compañía de baile entraron un poco después y se sentaron en silencio con rostros ceñudos. Ni siquiera Ric y Rac manifestaban su animación habitual.

Jenny le dijo a David:

—Me dijeron que con ocasión de lo del collar de perlas les dieron una paliza terrible a esos chiquillos… Les pegaron hasta dejarlos sin sentido. Pero parece que no les ha pasado nada, ¿verdad?

—¿Quién te lo dijo? —inquirió David—. Yo no había oído nada en absoluto.

—Wilhelm Freytag —contestó Jenny—. Y a él se lo dijo el sobrecargo. Los estudiantes han seguido a la condesa hasta el hotelito en donde se ha alojado, y luego han cargado un coche de flores del mercado y las han colocado en las paredes de su ventana y han hecho que los criados las colgaran también en el balcón. Pero ella no ha querido salir ni dirigirles la palabra.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó David.

—Freytag —respondió Jenny—, mientras subíamos por la cuesta y tú espiabas detrás.

—Espiaba… —repitió David, pensativo. Luego preguntó—: ¿Cómo se había enterado Freytag, tan pronto?

—Un policía de la secreta que lo vio, volvió al barco antes de que nosotros saliéramos.

—Me rindo —dijo David—. No sé cómo ha podido haber tiempo para todo eso.

—Lo hubo, sin embargo. Ha ocurrido realmente —aseguró Jenny.

David cambió de tema, y se puso a observar a los españoles con cierta curiosidad. Comían muy serios, sin hablar ni levantar apenas la cara, tomando grandes bocados.

—Lo mismo podrían ser alemanes —comentó—, pero supongo que una tarde saqueando tiendas le pone hambriento a uno.

Jenny pinchó un poco las marchitas hojas de lechuga que tenía delante.

—¿No te parece que hubieran podido comprar en la isla un poco de ensalada fresca?

—Tifoidea, quizá, o cólera —respondió David, con una especie de taquigrafía verbal, a fin de no demorar el bocado de *Eisbein mit Sauerkohl und Erbsenpuree*, por no decir nada de un cargamento de cebollas fritas.

—Tonterías —replicó Jenny, a quien el tiempo vivido en México, lejos de intimidarle en lo tocante a microbios, le había

insuflado un profundo desprecio por los extranjeros que hervían todo lo que comían y usaban, y se perdían las apetitosas frutas y los sabrosos manjares de los humeantes pucheros de arcilla de los poblados indios.

Ahora no sentía apetito. Al menos no lo sentía por aquella comida sustanciosa, que llenaba demasiado. Una vez más, se maravilló del apetito de David, que nunca fallaba fuese cual fuere la comida, a semejanza de un pájaro particularmente voraz que levantase el pico con ciega puntualidad para engullir lo que suspendieran delante de él. Al menos tenía unos modales bastante buenos. No comía a dos carrillos, ni tragaba grandes bocados de una vez, ni hacía ruido al engullir o al mascar, ni hablaba con la boca llena. Quizá fuese cierto que aquellas asquerosas tías viejas le mataban de hambre, pero al menos le habían enseñado a comer con urbanidad lo poco que le daban. Sin embargo, resultaba asombroso. David consumía metódicamente la abundante comida de su plato hasta dejarlo completamente limpio, y luego se servía más. No podía dejar delante de sí una migajita ni un trocito de nada, y esto no sucedía solamente con el desayuno, el almuerzo y la comida, sino con el caldo de media mañana y los emparedados del té. No obstante cuando bajaba los ojos en busca de otro bocado, sus párpados tenían una especie de rigidez patética y hambrienta, su boca se abría ligeramente con un aire espúreo de orfandad abandonada que endurecía el corazón de Jenny cada vez que lo veía.

Con el humor de unos momentos atrás convertido en desconcierto, evocó, una vez más, la historia personal de David. Un niño trocado, por supuesto, eso es lo que era. Los duendecillos juguetones vienen, le roban el hijo de la cuna a una madre, y en el puesto del robado dejan a uno de sus pequeños monstruos.

«Tú presentas todos los signos, mi pobre David. El niño que dejan los duendes come y vuelve a comer, pero nunca gana ni una onza de peso y siempre está muerto de hambre. Por mucho que le amen a él, no sabe corresponder amando a los demás… No siente pena ni dentro de sí mismo ni por los otros. No puede llorar por nada, ni le importan los disgustos que acarree al prójimo. Coge todo lo que puede conseguir pero nunca da nada, y luego un día, desaparece sin decir palabra, sencillamente se va». Eso es lo que

pasa con esos sujetos malos, decía la vieja niñera escocesa cuando Jenny tenía seis años. «Así muchas madres se figuran que sus obstinados hijos se han ido al mar, o se han marchado a correr mundo por la India o por África, o por los desiertos desconocidos de California, y les extraña, pobres almas bienaventuradas, después de todo lo que ellas han hecho por aquellos ingratos. Pero no saben que estuvieron criando a una víbora en su seno… No, aquellas criaturas ya no siguen existiendo entre los seres humanos. Se han vuelto con su gente mala, y, en adelante, eternamente, ayudan a robar niños y a poner pequeños monstruos en su puesto».

Al final se le ocurrió a Jenny una pregunta: «¿Qué hacían con los niños que robaban?». Pero se le ocurrió años después, cuando ya era demasiado tarde.

El camarero se llevó por fin el plato de David y dejó en la mesa una enorme tarta de manzana cubierta de nata.

—Tengo hambre —le dijo a Jenny con amistosa confianza, arrojándose contra el pastel con el tenedor.

¿Qué hacían con los niños que robaban?

Jenny miró a su alrededor y comentó:

—Todos parecen cansados. Ocurre exactamente igual que cuando estábamos en Veracruz, o en La Habana. Todos recordamos que somos extraños y no nos apreciamos unos a otros. Todos nos dirigimos a un punto distinto y nos alegraremos cuando nos perdamos de vista recíprocamente. ¡Santo Dios, me horroriza pensar que pudiera recibir ni una tarjeta postal de nadie de este barco en todos los días de mi vida!

David volvió a clavar el tenedor en la tarta de manzana.

—¿Freytag incluido?

Jenny dejó el tenedor, que no utilizaba, cogió la servilleta y volvió a soltarla.

—Ya basta, David. Que duermas bien. Buenas noches —dijo echando chispas.

Levantóse con su característica ligereza alada, cual si estuviera dotada de muelles en lugar de músculos, y se alejó a toda prisa con su pasito rígido y menudo que daba la impresión de que anduviera sobre patines. David se terminó el postre y tomó café.

Los pasajeros salieron uno tras otro, desordenadamente del comedor, dieron un par de vueltas por cubierta y desaparecieron.

Las portillas quedaron oscurecidas temprano. En el puente, el capitán se tragó el bismuto y se fue a la cama, abandonando la ficción de que era él y no el segundo de a bordo quien sacaba el barco al mar después de haberse marchado el piloto. El sobrecargado, ocupado en el trabajo de papeleo, envió a buscar café y torta, y mientras comía iba dando cabezadas. El doctor Schumann dio una vuelta por la cubierta de proa con un aire como si estuviera dormido, atendió al niño del ombligo infectado, administró un paregórico a un hombre que sufría calambres, vendó la cortada frente a uno que había tomado parte en la reyerta de la cubierta de proa, e hizo cuanto pudo por pasar de un modo u otro las horas de aquella desastrosa noche, mientras notaba cómo el mar, el tiempo y la distancia se amontonaban entre él y la isla que no volvería a ver más, que en realidad no había visto en absoluto…, a excepción de una calle empinada que partía del puerto, por la que subía lentamente un pequeño carruaje blanco, llevándose todas las vanidades y las ilusiones de su vida. El padre Garza podía decir cuanto gustase: «Trátela como si llevara el sambenito, como a una herética incorregible. No ponga el pie en sus cepos». Pero estas palabras no cambiaban nada. El doctor Schumann recorrió la cubierta y saludó con la mano a los de la banda del barco, que recogían los instrumentos para guardarlos durante la noche después de haber interpretado un par de piezas. Dio un rodeo para no mezclarse con los marineros, que se habían quedado dueños del buque, ¡preciosos animales jóvenes y sanos, sin un solo nervio destemplado en todo el cuerpo, perros afortunados! En toda la tripulación no había ni un enfermo, excepto el muchacho del riñón flotante, quien a pesar de todo dirigía los juegos de cubierta, y no parecía encontrarse peor por ello, aunque nadie había hecho ningún caso de las recomendaciones del doctor Schumann relativas a su tratamiento. El doctor Schumann resistió el impulso de preguntarle al muchacho cómo se encontraba, y se limitó a dirigir una breve mirada al pasar, sin sentir su habitual punzada de conmiseración, al guapo joven, ejemplar perfecto de bienestar absoluto sin inquietudes, que empujaba al excéntrico hombrecito moribundo para procurarle una última bocanada del aire de la noche. Observando otra vez la huraña, ceñuda faz, segura en su instintivo resentimiento justiciero —en provecho propio—, el doctor

Schumann sintió el rápido aguijonazo de una extraña envidia, inspirada por aquella inocencia absurdamente cruel.

Parecía que emprendían la marcha paralelamente a la costa de África, decidió herr Glocken, siguiendo con la vista la punta de su dedo, que se paseaba por un mapa del atlas que había cogido en la biblioteca. Le atormentaban los recuerdos del día que acababa de pasar en Santa Cruz, no referentes a la ciudad, ni a la gente que habitaba en ella, sino a sí mismo y a la poco gallarda parte que había tomado en acontecimientos de que habían sido testigos algunos pasajeros, los cuales le despreciarían sin duda por su falta de presencia de ánimo, por su cobardía incluso. La sola forma de la palabra, imaginada mentalmente, le provocaba escalofríos. Le dolía intensa y continuamente todo el cuerpo, le dolían las venas y los huesos. Sentía punzadas en los dientes, y una dosis doble de su medicina no le alivió mucho. Engulló la comida para conservar las fuerzas y se acostó temprano para estar libre durante una hora de sus compañeros de camarote. Embutióse debajo de la manta, tendido de costado, dobló la almohada debajo de la cabeza, y abrió el ancho y pesado libro, lleno de datos, que quizá le ayudase a dormirse.

«Los mapas más recientes —anunciaba el prefacio—, todos los países…, todos los estados…, los cielos…, viajes de descubrimientos…, datos estadísticos sobre océanos, lagos, ríos, islas, montañas y estrellas…».

Herr Glocken veía claramente en el mapa que tenía debajo del dedo, que ciertamente, en aquellos precisos instantes el barco quizá estuviera navegando a lo largo de la monótona costa de África, que no tenía ningún puerto en aquel sector. ¿Qué ganaba o perdía él según donde estuviera o qué hiciera? Y se quedó dormido.

Un rato después, David le encontró allí, respirando pausadamente, la luz encendida todavía, el abierto atlas extendido ante su cara. David retiró el libro y apagó la luz sin molestarle. Luego se acordó de haber visto a Denny en el bar, tan empapado ya de alcohol que él casi esperaba que ardiese espontáneamente cada

vez que encendía un cigarrillo. No habría tanta suerte, sin embargo. Volvería más tarde, tropezando con todo lo que hubiera por allí, maloliente, sudando y murmurando. Pensándolo mejor, David corrió la cortina de herr Glocken, encendió la luz de nuevo para que le sirviese de guía a Denny, se acostó y corrió también su propia cortina. La de su mente parecía ser la única voz que oía, una voz que no cesaba de repetir estúpidamente, lo mismo que un loro: «Al diablo con todo. Baja del barco… Desembarca en Vigo y sigue adelante… Baja del barco… Al diablo con todo…». El vocerío continuó sin descanso hasta que se le ocurrió a David que no estaría de más ponerse a contar ovejas. Y contó ovejas muy despacio, respirando profundamente al mismo tiempo, un ejercicio que su madre le había enseñado a los cinco años, cuando las canciones y los cuentos para dormirle no lograban sosegarle ya. La vieja treta dio resultado otra vez como si fuera nueva. La mañana siguiente, David despertó, muy descansado, para encontrarse con los sonoros bostezos y gruñidos de Denny, las súplicas de herr Glocken de que alguien le diese un vaso de agua, y la llamada perentoria de la corneta del desayuno.

Jenny se despertó temprano y miró por la portilla para enterarse del tiempo. El firmamento estaba pálido y sin sol. El agua, gris y moteada de plata por primera vez. Jenny sentía frío. Al vestirse se puso un suéter. El barco había cruzado algún determinado límite durante la noche. Ya no estaban en verano, sino a principios de otoño…, aunque el calendario no lo señalara.

Elsa abrió los ojos, desperezose y se levantó, acercándose a la abertura exterior para respirar con delicia aquella humedad.

—¡Oh, mire! —exclamó, complacida y maravillada—. ¡Oh, ahora esto parece Europa! Todo con niebla, confuso y suave… Ahora lo recuerdo. Es como regresar a casa temprano. Parece extraño que haya vivido jamás en México.

—Pero Suiza es toda luz y color… o al menos así me lo han dicho —comentó Jenny—. Yo creía que allí siempre había sol. Y nieve. Todos los prospectos de viajes lo dicen así.

Elsa dejó de asomarse y volvió la cabeza hacia Jenny. Su cara, que tenía poco de muchacha, aparecía suavizada por una expresión que casi era una sonrisa, no muy embellecedora quizá, pero que representaba un cambio con respecto a su desconcertada tristeza

habitual.

—¡Oh, no! —dijo con orgullo singular y formal—. En Saint Gallen tenemos nieblas y lluvia lo mismo que en cualquier otra parte. ¡Oh! —suspiró, desesperada—. Quizá allá se esté mejor.

El tablero de anuncios ofrecía de nuevo una cosecha de informaciones marineras: partidas y llegadas de barcos, huelgas marítimas y otras alteraciones en los puertos del mundo; conflictos en Cuba, conflictos en España, conflictos en Alemania; nudos, latitudes, longitudes, salidas y puestas del sol, fases de la luna, previsiones meteorológicas para el día siguiente. Además de los juegos, carreras de caballos, películas, la lotería del barco, y el anuncio hecho por la compañía de baile de que la tan esperada velada de gala en homenaje al honorable capitán del Vera tendría lugar aquella misma noche, con una comida, música y baile, una brillante representación teatral a cargo de los miembros de la compañía artística, anfitriones de la velada, y finalmente, el sorteo de los espléndidos premios, que se ofrecerían a los afortunados poseedores de números de la rifa. Trajes de fantasía y máscaras. Se alteraría el orden en que se sentaban los pasajeros a las mesas, como una novedad festiva más. Quedaban por vender unos cuantos números. Doña Lola o doña Amparo complacerían gustosas a quien deseara comprar. A la hora del refresco, por la mañana, habría en el bar una exposición especial de los premios. Todos quedaban cordialmente invitados.

Varios de los que habían sido blanco anteriormente de comentarios groseros sobre aquel tema pasaban ahora, muy despacio, por allí, dirigiendo al tablero recelosas miradas oblicuas: herr Glocken, los Baumgartner; herr Rieber, aprovechando la ausencia de Lizzi, ¡quién sabía qué eran capaces de idear luego aquellos golfos! y hasta Freytag, movido por la curiosidad solamente, se pararon a leer.

—Todo un cambio de tono —hizo notar a los que vinieron a continuación, frau y herr profesor Hutten—. Siniestro, diría yo. ¿No es un poco tarde para que practiquen con nosotros sus buenos modales?

—*Buenos* modales, en efecto —convino el profesor,

puntualizando—, después de los modales de otra clase con que nos han obsequiado todo este tiempo. Pero un cambio a mejor, diría yo, querido señor, y aunque sea superficial, pasajero y por motivos indignos…

—¿Qué otra clase de motivos podrían tener? —atajó Freytag, sintiéndose repentinamente alegre.

En la especial manera que tenía el profesor de apoderarse de cualquier tema o situación en cuanto se apercibía de ellos, de encerrarlos en el molde de su mente y devolverlos al interlocutor en una sola pieza, sin una costura, había algo que ponía a Freytag de un buen humor malicioso. Se necesitaba genio para ser un pelmazo tan grande como aquel.

Frau Hutten puso en movimiento a «Bebé» mediante un ligero tirón de la correa. Su marido recogió la alusión, y se encaminaron los tres hacia el bar. Frau Hutten apenas podía esperar para ver qué habían conseguido traer al barco aquellos bailarines ladrones. No era la única. Lola y Amparo, con un aspecto notablemente lozano y menos desdeñoso que de costumbre, estaban cada una a un lado de una estrecha mesita de caballete sobre la cual había una especie de escaparate improvisado con elementos que les habían proporcionado el camarero del bar y el mayordomo, y allí tenían un botín presentable. Los premios tendían bastante hacia lo femenino, quizá. Como si se pretendiera que los ganasen las mujeres para sí, o los ganasen los hombres para regalárselos a las mujeres.

—Está muy bien, si a uno le gusta el encaje —le dijo David a mistress Treadwell.

Y esta sonrió vagamente al pasar y contestó:

—A mí me gusta, por lo general, pero hoy no.

Había una colección de peines de concha de tortuga delicadamente trabajados, un surtido de manteles de encaje, una mantilla de blonda negra, un gran mantón blanco bordado, pañuelos de colores brillantes, un cubrecama de encaje tosco, un surtido de abanicos de encaje, blancos y negros, dos enaguas con volantes y una pieza de tela blanca primorosamente bordada. Frau Schmitt no supo decidir si aquella tela estaba destinada a manteles de altar o a volantes de enagua. En todo caso, ella se negaba a codiciarla, e incluso a admirarla, porque era robada, y hubiera sido preciso denunciar y castigar a aquella gente. Pero ¿quién los

denunciaría? ¿Y ante qué autoridad? ¿Quién le haría caso a ella? Frau Schmitt tenía problemas sobrados, pesares suficientes, y no podía soportar ni la idea de otro desaire, otro ejemplo de desconsideración por parte de nadie acerca de nada… Vivía en un mundo terrible y malo, un mundo en el que se hallaba desamparada. Frau Schmitt estiró el brazo y frotó la tela tiernamente entre el índice y el pulgar.

—Hermosa, muy hermosa —le dijo en alemán a Amparo, casi en un suspiro.

Amparo adelantó al instante la mano derecha, llena de boletos, uno de los cuales sacó del conjunto con la mano izquierda.

—Cuatro marcos —especificó, como si frau Schmitt se lo hubiese pedido.

—Espere —murmuró frau Schmitt, casi sin aliento, revolviendo por su monedero.

Denny, más que regularmente ebrio, había conseguido, no obstante, alcanzar a Pastora unos momentos. Estaban sentados a una mesa, cerca de la barra. Él bebía cerveza, ella sorbía una taza de café y le miraba fijamente por encima del borde de la taza. Denny le informó más tarde a David que no había llegado a colegir qué se proponía aquella gente, pero Pastora hablaba de ello como de una diversión agradable y sin segundas intenciones…

—Un *baile* corriente nada más —decía Denny—, uno de esos escardados que los mexicanos celebran continuamente en los alrededores de Brownsville. En fin, vayamos. Sea como fuere, esta noche me llevo a la chica esa, o sabré más que bien, maldita sea, por qué no.

Entretanto, decidió dejar tranquilo el licor, dormir bien y ponerse en forma para el escardado.

La teoría favorita de herr Baumgartner sostenía que un acontecimiento social era un deber sagrado que había que cumplir lo mejor que uno pudiera y supiera, sin importarle la situación en que pudiera hallarse su cuerpo o su mente. Ya sus padres habían observado esta inclinación, al principio con agrado, tomándola por el apego normal a las diversiones que sienten los niños. Más tarde, con cierta alarma, al ver que dejaba sin hacer cualquier trabajo en casa, que descuidaba las horas de estudio, que se olvidaba de todas las normas y las desafiaba incluso, para correr en pos de los placeres más fugitivos y triviales… A menudo en la compañía menos recomendable. Frau Baumgartner, después de una larga experiencia acerca de los antojos de su marido, estuvo de acuerdo con sus padres en que había en él una incurable propensión a la frivolidad. A pesar de todo, nunca había sabido abstenerse de prodigarle los consejos y advertencias de una buena esposa, no contra los pasatiempos inocentes —¿quién podía censurarlos?—, sino contra el retirarse tarde, el beber, las partidas de naipes prolongadas, con la consiguiente pérdida de dinero, las diversiones masculinas de la *Turnverein*[32], el jugar a los bolos y pasarse la mitad de la noche cantando, jarro en mano. El correr a visitar las ferias callejeras con una colección de amigos para disparar contra blancos de arcilla, enfermar a fuerza de comidas mexicanas y traer a casa una brazada de muñecas aporreadas, de recipientes y de juguetes mecánicos demasiado infantiles hasta para Hans, quien, como niño obediente, fingía recibirlos contento. ¡Ah, caramba! Ella hizo cuando pudo, y, sin embargo…, ¿tenía la culpa de que su marido, que la amaba, estaba segura de ello, que se mostraba siempre con un corazón tan alegre durante los cinco primeros años que pasaron juntos…, que —ella no lo negaría nunca— hasta aquellos últimos años había sido siempre un marido fiel, un buen padre, que velaba por las necesidades de todos…, tenía ella la culpa de que no hallase ninguna satisfacción en las alegrías del hogar, los

tranquilos hábitos domésticos, la compañía de su querida familia? Frau Baumgartner empezaba a temer que no sabría nunca la respuesta a esta pregunta.

Por eso no la sorprendió, aunque le causó una impresión desagradable, cuando a media tarde su marido se puso a revolver por el atiborrado camarote, a la caza de prendas de vestir raras, propias para un martes de Carnaval… o para una fiesta a bordo de un buque. Herr Baumgartner se probó la chaqueta plisada, encarnada y blanca, de su mujer, y vio que le caía mal, precisamente lo justo para producir un efecto cómico.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, sabiendo la respuesta ya antes de hablar—. ¡Pero, no lo comprendo! —gritó luego—. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esa gente horrible, que nos estafó nuestro dinero y luego robó todo lo que pudo en Santa Cruz? Nosotros lo vimos… ¿Por qué, por qué has de asistir a su fiesta?

—Es una fiesta de sociedad, a pesar de todo —respondió herr Baumgartner, muy serio, atándose las vellosas patillas que habían asustado a la niñita cubana—. Opino que no debemos ser aguafiestas. Al menos hemos de consentir que los pequeños se diviertan un poco. —Y dedicó una sonrisa a su hijo Hans, cuya cara brillaba dichosa, contemplando los preparativos de su padre—. Ellos son inocentes —continuó untuosamente—. ¿Por qué habríamos de castigarlos por las culpas de sus mayores?

—¿A qué niños inocentes te refieres? —preguntó frau Baumgartner, con una severa mirada a Hans, el cual se replegó sobre sí mismo—. ¿Inocentes? ¿Te refieres a aquellos gemelos perversos que arrojaron a «Bebé» por la borda y fueron los causantes de la muerte del pobre desdichado de la cubierta de proa que se ahogó? ¿Les incluyes a ellos también?

—¿Cómo no? —preguntó herr Baumgartner, con la desatinada compasión que tanto exasperaba siempre a su esposa—. Dios ha de ser quien los juzgue, no nosotros. Además, no se ha demostrado que lo hicieran ellos, ya lo sabes.

—¡No se ha demostrado! —exclamó ella, haciendo un esfuerzo por no levantar el tono de voz—. ¿Qué prueba se necesitaba? ¿Qué otras personas de este barco, quién más en el mundo entero sino aquel par de diablos hubiera sido capaz de una cosa semejante? ¡Bah! Al fin y al cabo, el inocente eres tú.

—Confío haber conseguido conservar algo de esa bendita cualidad después de todos estos años —replicó pulidamente el marido, sujetándose a las orejas una enorme y roja nariz de cartón piedra mediante unos ganchos de alambre—. Estoy haciendo una cosa muy sencilla. Intentaré conseguir unos juguetes para los niños y trataré de divertirlos un rato… Eso es todo… Pero, querida mía, a veces me gustaría que te mostrases más comprensiva acerca de esas divertidas fiestecitas.

—No pretendo ser poco comprensiva —respondió la mujer, disgustada—, pero es que a veces no lo entiendo…

—Arréglate un poco, por favor —pidió él—. Ponte aquel hermoso vestido de campesina bávara que solías llevar en las fiestas que dábamos en México —pidió mimoso, con los ojos humedecidos de ternura sobre la roja nariz de payaso.

—Lo pensaré —respondió.

Y herr Baumgartner entendió al momento que accedería.

Hans, sentado a un lado con un gran sombrero de *cowboy* de papel y un tamborcito colgando del cuello, aguardaba pacientemente el final de la discusión y lo que viniera luego.

Su padre le dijo:

—Vamos, querido Hans.

Y el niño se puso en pie de un salto y dio unos pasos hacia la puerta. La voz de su madre, con aquella conocida entonación de advertencia, característica en ella, le hizo sentir un escalofrío en la nuca y le detuvo repentinamente.

—Ven a besarme —le decía su madre.

Después de atender sumiso tal petición. Hans y su padre escaparon juntos. Su padre con la frente arrugada, como si volviera a tener dolor de estómago. Antes de salir a la cubierta, herr Baumgartner se detuvo, sacó del bolsillo trasero un gorro de papel color castaño que le había dado un camarero y se lo caló hasta las orejas.

—¡Vamos! —gritó alegremente, inclinándose hasta la cara de Hans—. Dime, ¿cómo me llamo?

Y se puso a interpretar una especie de danza de cabriolas, describiendo un círculo.

—*¡Rumpelstilchen!* —gritó Hans, con toda su fuerza.

—¡Exacto! —bramó su padre de buena gana.

Y ambos echaron a correr adelante, experimentando la sensación de que la fiesta había empezado ya.

Jenny estaba sentada en el borde de su silla, a la luz del atardecer, esbozando de memoria una gaviota en vuelo. Había llenado varias páginas, desde media docena de trazos precipitados que podían representar un pájaro de alguna especie, volando, hasta el minucioso dibujo de la cabeza de una gaviota encerrada dentro de un trazado de plumas que parecía una cota de malla. Todo mal, como siempre. David estaba cerca, leyendo *Don Quijote*, quizá por duodécima vez…

—No hay nada como este libro para darle vida al español de uno —decía.

La carpeta de apuntes, atada con una cinta, la tenía apoyada en la silla. Desde que Jenny hizo aquella escena negándose a enseñarle lo que estaba dibujando. David ya no trazaba más esbozos en compañía de la joven, ni le pedía nunca que le enseñase lo que dibujaba ella. Jenny aparentaba no fijarse, pero se preguntaba cuánto tiempo sostendría el puntillo.

—Creo que me voy. Es hora de cambiarse de ropa —comentó—. Quizá el camarero me proporcione una ducha suplementaria.

Sin levantar los ojos del libro, David preguntó con recelo:

—¿De verdad vas a vestirte para esa tonta fiesta?

—No es ninguna *novedad* —replicó Jenny—. Me visto siempre, todas las noches. ¿No te habías fijado?

Herr Baumgartner apareció al frente de su tropa, volteando el bastón lo mismo que un tambor mayor y marcando el paso de ganso, mientras los pequeños le seguían imitándole, chillando y en desorden. El comisario había distribuido trompetas, tambores, matracas, silbatos, que los niños tocaban, golpeaban, sacudían y soplaban en ascendente competencia. Hans desfilaba al lado de su padre, venían a continuación la pareja de niñitos cubanos y Ric y Rac cubrían la retaguardia, haciendo chocar unas calabazas secas y golpeando un tambor, con una extraña sensación de placer casi infantil en sus rostros. Jenny les miraba sonriendo mientras se acercaban, y aplaudió discretamente. Herr Baumgartner la miró fijamente por encima de la nariz postiza y le gritó con una vehemencia desprovista de alegría:

—¿Por qué no se une a nosotros? ¿Por qué no nos ayuda?

—No lo necesitan —contestó ella, pero les siguió igualmente.

David contuvo el aliento, temiendo que se pondría a marcar también el paso de ganso. Era muy capaz de hacerlo, nunca se podía estar seguro de que no se convertiría en un espectáculo público. A David los payasos femeninos le daban horror, y en momentos como aquel se le ocurría la lamentable idea de que el temperamento de Jenny contenía más de un rasgo de comedia de villanos. David la vio desaparecer dentro del bar, siguiendo aquella carnestolenda en miniatura.

Todavía andaba sosegadamente, pero ya daba palmadas a compás, pues Hans y herr Baumgartner estaban cantando ahora, casi sin aliento: «*Ist das nicht ein gulden Ring?, Ja, das ein gulden Ring* [33] …», al paso que los gemelos y los niños cubanos se limitaban a chillar más o menos a tono. El grupo desfiló por entre las mesas, levantando las piernas bien tiesas. Cuando ellos pasaban, los que bebían apartaban los vasos. Herr Baumgartner dejó de cantar el tiempo suficiente para interpelar a los reunidos, a derecha e izquierda, con ceño angustiado y voz dolorida:

—¿Por qué no se unen a nosotros? ¿Por qué no ayudan?

Y aunque los pequeños juerguistas fueron obsequiados con las miradas afectuosas y las dulces sonrisas de rigor en tales ocasiones, los goces —¡ay, demasiado breves!— de la infancia eran sagrados, naturalmente, por muy fastidiosos que pudieran resultar a veces, nadie se movió de su sitio, ni volvió la cabeza para seguirles con la mirada cuando aquella molestia hubo pasado. Herr Baumgartner disimuló su desesperación y continuó pisando fuerte por la cubierta, sin abandonar aquel paso de desfile que le partía el espinazo y que tanto había odiado durante todo su servicio militar. Así les hizo dar una vuelta por la cubierta, y los soltó cerca del bar, donde cada niño podía reunirse con su familia, excepto Hans, a quien ordenó que se volviera con su madre, como si le castigase por algo. El pequeño se fue, llevándose sus juguetes, a punto de llorar. ¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho? Los otros niños se separaron al instante sin cruzarse una palabra ni una mirada. Cada uno estrechaba su botín contra el pecho, y olvidó a herr Baumgartner al instante.

Herr Baumgartner no deseaba otra cosa sino que le olvidaran y olvidar: anhelaba únicamente estar solo, hacerse invisible y tener una botella de coñac. A falta de todo ello, pidió un jarro de cerveza y se sentó ante ella con una cara de culpabilidad que pide excusas, sin atreverse a probar la bebida hasta que llegara su mujer, la cual le había hecho prometer solemnemente que no volvería a beber jamás si ella no estaba con él. Después de unos momentos de meditación, se acordó de quitarse las patillas, la nariz y el gorro de papel pardo. Cuando su esposa se reunió con él, acompañada de Hans, momentos antes de cenar, llevando la cofia de encaje adornada con cintas, la blusa fruncida y las faldas anchas y largas, recién empolvada y oliendo a *eau de lilas*, herr Baumgartner dejó sobre la mesa su tercer jarro de cerveza y se inclinó hacia ella agradecido.

—¡Greta mía, qué hermosa estás! Eres la misma chiquilla de siempre. ¡No has cambiado desde el día que nos casamos! Todos estos años…

—Diez —interrumpió ella, con brusquedad risueña—. Y tú eres muy olvidadizo. Prometiste no beber, excepto…

—¡Oh! —exclamó él, jovialmente, porque tenía el estómago

sosegado y caliente—. Yo creía que aquello se refería solo al coñac.

—No —replicó ella—. No se mentó para nada el coñac. ¡No tenías que beber nunca estando solo!

Herr Baumgartner decidió mostrarse juguetón.

—¿Ni siquiera limonada? ¿Ni agua? ¿Ni café?

—Tonterías —desdeñó la esposa, levemente enojada—. Te expresas como un abogado. Ambos sabemos lo que prometiste. Y a mí me gustaría que no te pusieras mi chaqueta. Resulta pequeña para ti, y me la deformas. Creo que un hombre no debe llevar prendas femeninas ni siquiera como disfraz. —Frau Baumgartner miró a su alrededor, inquieta, pero el bar estaba casi desierto—. La gente murmura.

—Encontraré otra cosa —contestó él, entristecido.

—¿Por qué? Ahora ya es demasiado tarde. Todo el mundo te ha visto. Creo que yo también voy a tomar una cerveza.

Hans se sentaba, apoyado de codos en la mesa, con la barbilla en la mano, aguardando a que uno de los dos se acordase de su jarabe de frambuesa.

Freytag entró, pensando en un baño y un afeitado, y encontró a Hansen a medio vestir, tendido en la litera superior, con los pies colgando.

—¿Qué pasa? ¿Mareado?

El rostro enorme y atormentado de Hansen apareció suspendido por encima del borde.

—¿Mareado yo? —Parecía dispuesto a mostrarse ofendido—. Yo nací en un barco de pesca. —Después de esta confidencia personal, si es que lo era, volvió a tenderse como antes y fijó la vista en el techo—. Estoy pensando.

Freytag se quitó la camisa y abrió el grifo de agua caliente del lavabo…

—Estoy pensando —continuó Hansen— en las cosas que hace la gente en todas partes para hacerse más desdichados unos a otros.

—¿Qué hacía su madre en un barco de pesca? —preguntó Freytag—. Yo creía que a ninguna mujer se le permitía poner los pies…

—Era el barco de mi padre —respondió Hansen, en tono lúgubre —. Mire, el mal principal está en que nadie escucha. La gente no sabe escuchar nada, excepto cuando le dicen tonterías. Entonces no se pierde palabra. Si uno trata de decir cosas sensatas, piensa que no las dice en serio, o que no sabe nada de nada, o que aquello no es verdad, o que va contra la religión, o que no es lo que están acostumbrados a leer en los periódicos…

En este punto, Freytag dejó de escuchar y centró todo su interés en cubrirse la cara de espuma de jabón. Meciéndose expertamente al mismo compás que el barco, procedió a afeitarse con una simple navaja, hazaña de la cual se enorgullecía mucho. Si algún testigo presencial hacía algún comentario sobre ello, podía darse por seguro que Freytag contestaría que a él se le antojaba la única manera de conseguir un afeitado auténtico. Durante todo el viaje, Hansen no se había fijado ni una sola vez en cómo se afeitaba

Freytag. Él, por su parte, se frotaba las mejillas y el mentón con una crema que sacaba de un tubo. Sin necesidad de brocha se rascaba vivamente la cara con una maquinilla, pasándole completamente inadvertida, al parecer, la circunstancia de que hubiera más de una manera de afeitarse.

Cuando Freytag volvió a oír la voz de Hansen, este estaba diciendo:

—No. No querrán. En Francia, por ejemplo, todas las botellas, de vino blanco, de vino tinto, de vino rosado, todo menos el champaña, todas las botellas tienen cuello largo y angosto, ¿no?

—En efecto —asintió Freytag, doblando los calcetines y poniéndolos en una bolsa de hilo pardo con la palabra *Wasche* bordada en verde.

—Pero, en cambio, uno se va a Alemania, sí, basta con cruzar la frontera en Alsacia, no es preciso entrar del todo en Alemania, ¿y qué encuentra? ¡Todas las botellas con el gollete idéntico al resto! ¡Son unas botellas que parecen bolos!

Su voz airada destrozaba los nervios de Freytag.

«No es raro que la gente no escuche —pensó Freytag, con desagrado—. Me gustaría saber dónde está la causa ahora, si en aquella española, en herr Rieber o en qué otra cosa».

Porque en relación a Hansen, había descubierto un hecho que venía presumiendo desde hacía tiempo respecto a la mayoría de personas, O sea, que sus abstracciones y generalizaciones, su pasión por la Justicia o su odio contra la Tiranía, o lo que fuere, disfrazaban demasiado a menudo un amargo resentimiento personal de cualquier especie, muy alejado del tema que al parecer estaba en discusión.

Esta característica fundamental de la naturaleza humana se abrió paso en su mente como un descubrimiento suyo particular acerca de otras personas. Nunca se la atribuía a sí mismo, ni por casualidad. Su caso particular era único, especial para él y se salía de todas las normas. Las opiniones que se había formado sobre su caso eran indiscutiblemente acertadas, no estaban sujetas a otro juicio que el suyo propio y no se podían comparar ni por un instante con los asquerosos problemas de Hansen.

—Son estas cosas tan raras las que me indignan —proseguía Hansen—. En un sitio, los hombres se empeñan en hacer botellas

con gollete, y a menos de cincuenta pies, al otro lado de una línea imaginaria que no existiría si no fuese por la estupidez y la codicia del género humano, solo para dar señales de su independencia, ¡hacen las botellas sin cuello!

Freytag sentía que la impaciencia descendía y pesaba sobre su espíritu como una niebla.

—Pero la línea no es imaginaria, está allí para definir algo, para dar forma a una idea, para expresar el lenguaje y el modo de ser de determinada clase de persona… Fíjese —añadió con una mirada a la contraída, impenetrable cara suspendida más arriba—, nadie combate por la forma de una botella. La gente combate por las diferencias que existen en la mente de unos y otros, diferencias que fueron la causa de que diesen, desde un principio, formas diferentes a las botellas…

Hansen se sentó en la litera y bramó:

—Pues, sí, sí. Esto es precisamente lo que estoy tratando de explicarle. Es lo que estaba diciendo.

—No me he dado cuenta del todo —advirtió Freytag, cerrando la navaja.

—Naturalmente que no —convino Hansen, con una cara tan atormentada por la desesperación que su grosería no ofendió a Freytag—. Nadie escucha. —Enseguida, se puso los calcetines y los zapatos, saltó fuera de la litera, cogió la camisa, que colgaba del barrote más alto, y dijo—: Todo está corrompido, todo. ¡Fíjese en esos bailarines! Usted sabe que son una pandilla de chulos y prostitutas, nadie quiere su fiesta…, pero aquí estamos, todos pagamos y todos asistimos, ¡como borregos! Engañan, estafan, mienten, roban a todo el mundo por todo Santa Cruz, todo el mundo lo ve, lo sabe… ¿Y qué hacemos? Nada. En cambio, aquel grueso zascandil de abajo…, ¿qué delito cometió? ¡Pronunció la palabra «libertad» delante de un cura! Así que le abrieron la cabeza y se la volvieron a coser de nuevo a fin de que no pueda decirse que no le cuidaron. Sí, en efecto, hasta se acuerdan de proscritos como él. Todo es religión y política… ¿No se lo decía yo?

Su mugido áspero y confuso se elevó de un modo casi intolerable.

—¡Ah, sí, en efecto! —contestó Freytag, en tono amistoso, pensando cuán pacífico compañero de camarote hubiera sido

Löwenthal, si hubiese podido librarse de aquel Rieber a quien nadie quería.

Sí, y hasta el tal Rieber podía ser preferible a este hombre amargado y obsesionado. El sufrimiento había de ser una cosa estrictamente privada, decidió. Formaba parte de los privilegios humanos el rumiar las propias desventuras sin haber de mezclarlas con las de otro. Pero sobre todo, no había nada peor que ser compadecido por alguien que no tenía ningún derecho a compadecerte, y además por motivos equivocados. Por supuesto, estaba pensando en Jenny, que defendía la elevada opinión de que los prejuicios raciales y los de cualquier otra clase, eran síntoma de enfermedades síquicas y morales, especialmente el antisemitismo, una teoría inexcusable e imperdonable en todos los terrenos. Había sentido la tentación de interrumpir su enfática perorata, diciendo: «¡Qué canastos! Yo conozco a un sinfín de gentes que no tienen ningún aprecio a los judíos, pero a las que no podría llamar usted antisemitas. ¡Algunas profesan un afecto especial a los árabes!». Jenny no hubiera captado el sentido exacto de la frase, y hubiese sido una solemne tontería alterarla y ofenderla. Jenny era una muchacha con la cual daba gusto bailar, y resultaba chocante y divertido ver cómo de vez en cuando emergían a la superficie de su charla ligera una inocencia curiosa, una ingenuidad, una moral gazmoña, cual burbujas de vapor en un estanque, haciéndole preguntarse a uno qué extraño pez nadaría por debajo, o qué ser sumergido enviaba señales gaseosas desde el fondo. Mary le tomaría las medidas con una sola mirada y la paralizaría con una sola frase, un juego de palabras inteligentes y letal, aunque no reflejara exactamente la realidad ni diera certeramente en el blanco, pero que sería mortal y a él le haría sentir vergüenza de interesarse por una joven como aquella. Mary jamás sabría nada de Jenny. ¿Para qué? Mientras se hacía el nudo de la corbata, Freytag empezó a notar un cosquilleo de animación que se convirtió en alborozo, como si fuese a Mary a quien hubiera de hallar al salir a cubierta, como si el barco hubiese sido ya amarrado al muelle y Mary estuviera allí, abajo, esperándole, buscándole con los gemelos. Esta fantasía le animó de tal modo, levantó su espíritu de tal manera, que hasta que empezó a cepillarse el cabello a toda prisa con el par de cepillos ingleses de barbas de ballena que Mary le regaló el día

de su cumpleaños, no se dio cuenta de que Hansen se había quedado en silencio, y entonces se apresuró a prestarle un poco de atención.

—Realmente hicieron mal al sacudirle el golpe en la cabeza —dijo midiendo bien las palabras—, pero no estoy seguro de que merezca demasiada compasión ese tipo. Algo malo ha de tener un sujeto para que esté dispuesto a armar camorra en un entierro, que al fin y al cabo era el de un pobre trabajador, como él mismo. Uno piensa que había de tener un poco de respeto al difunto, ¿verdad que sí?

—Siempre lo mismo —gruñó Hansen, cogiéndose las puntas del cabello con ambas manos, por un momento—. Respeto a los muertos, ¡nunca a los vivos!

—Subamos a beber un trago —propuso Freytag, como una manera de salir del atolladero.

—No quiero beber nada —replicó Hansen, dejando caer las manos y moviendo la cabeza negativamente, egocéntrico y franco lo mismo que un niño de cinco años.

Freytag exhaló un profundo suspiro al salir y sacudió los hombros, como si el Viejo del Mar se hubiera aferrado a ellos.

Mistress Treadwell, apoyando la delgada mano sobre la barandilla para bajar las escaleras hacia el comedor, contempló con ojo crítico su propia imagen en el ancho espejo del descansillo. Sus doradas sandalias de tacón dejaban al descubierto los dedos de los pies, con las uñas barnizadas de un color brillante. Realmente tenía buen tipo, decidió otra vez, aunque tendía un poco hacia las superficies planas, y una cabeza aún atractiva. Hubiera deseado no tener aquellos surquitos desde la nariz a la boca, más profundos en el lado derecho, ni el ligero asomo de un repliegue debajo del mentón. Eliminado lo dicho, no hubiera tenido nada que temer durante mucho tiempo. Pero ahí estaba y ahí se quedaría y se le sumarían otros repliegues y arrugas que marcarían cada uno de los pasos del largo y solitario viaje hacia la ancianidad. Cuarenta y seis años es la segunda edad incómoda, fastidiosa.

«¿Qué es peor: tener catorce años, cuando una no es niña ni mujer, o los que tengo ahora, cuando una no es joven ni vieja? ¿Cómo espera la gente que me comporte ahora? Me gustaría saberlo —se preguntaba, como se lo había preguntado a los catorce años, y casi con el mismo asombrado desconcierto—. Todavía bailo tan bien como antes, todavía monto a caballo, todavía nado, todavía me gusta hacer la mayor parte de las cosas que hacía…, todavía todavía… ¡qué palabra tan terrible!».

Habíase vestido con todo esmero por si la velada le ofrecía alguna diversión, fuese la que fuere; tenía ganas de estar alegre y sentirse el corazón ligero, mas ¿cómo podía estarlo si no tenía con quién? Un par de oficiales jóvenes, de cara sonrosada, le harían dar unos giros de danza, suavemente, prendiéndola con el brazo estirado, y la maniobra se repetiría varias veces, aunque a ella le gustaba tanto bailar que un bailarín soso le parecía mejor, algunas veces, que no tener ninguno.

«Ojalá me sacase a bailar uno de esos gigolos jóvenes y guapos…, pero, naturalmente, ninguno me sacará… ¡Qué

fastidiosos! Seguirán bailando y peleándose y haciendo el amor a esas rameras. Ellos son jóvenes por lo menos, y eso es lo que se necesita».

Con una leve arruga que se formaba entre sus cejas —una nueva arruga que había advertido por primera vez unos días atrás— se detuvo delante del espejo del descansillo y se examinó el rostro atentamente, bajo la cruda luz. Ciertamente, estaba envejeciendo, hacía ocho años que ya no era joven y no se había enterado, ni lo había temido…, ni siquiera había pensado en ello… Ahora, al contemplarse detenidamente y sin piedad, del mismo modo que los demás debían de mirarla, el hecho destacaba, acerbamente obvio, aunque fuese imposible creerlo. Los años parecían una cosa pasajera, exterior a una misma, como un vestido que pudiera ponerse y quitarse a voluntad, una máscara pintada en su cara que ella pudiera hacer desaparecer en cualquier momento con el agua del baño, mediante una rara fórmula mágica.

«¡Oh, Dios mío, si no ando con cuidado, pronto estaré pagando a los hombres para que se sienten conmigo en los clubs nocturnos! Pronto no habrá entre todos mis encantadores amigos ninguno que me envíe flores, ni baile conmigo, ni me lleve al teatro. Me sentaré sola en las mesas de los rincones o en las terrazas, y un ser con el pelo ondulado y los ojos pintados se acercará con la mueca de una sonrisa: “Querida madame, ¿no le gustaría bailar?”. Y yo… ¡No, no! ¡Yo…, nunca! Yo envejeceré gallardamente como solían advertirme que debía hacerlo —en aquellos tiempos, cuando yo sabía que sería siempre joven— con una hermosa y falsa fachada de dignidad. Nadie sospechará que yo soy aquella muchacha infortunada que no supo hacerse mayor, que bajo mi cutis de anciana estoy escondiendo cuidadosamente el corazón de los dieciséis años. He ahí la horrible tarea que me impondré. Lo primero que debo hacer en París es comprármelo todo nuevo y más a tono con mi edad…».

El fino vestido levemente plisado, de color rosa vivo, con un ancho cinturón de cuero dorado, que caía suavemente desde los desnudos hombros sobre los senos, menudos, enhiestos, limpiamente sostenidos por una coraza de encaje…, todo muy bonito, pero nada de ello estaba a tono con su rostro. Mistress Treadwell lo advertía por primera vez. «¿Quizá debería ir de negro más a menudo? Y si las uñas de los pies me las pintase de color

verde, ¿le importaría verdaderamente a alguien?».

En este punto, descendió sobre su ánimo una melancolía tan intensa que casi le entraron ganas de volverse y ponerse un vestido ordinario. David Scott, que venía detrás todo el rato, la alcanzó y se detuvo para decirle algo y mirarla con aquel destello complacido, de aprobación, que ella conocía tan bien y que nunca se cansaba de ver.

—Está usted maravillosa —ponderó, con el tono preciso, exacto.

Y aquello resultaba tan extraordinario, viniendo de aquel hombre, que mistress Treadwell le cogió del brazo y le sonrió con una confianza y un encanto nada corrientes.

—Es usted muy gentil al decirlo —respondió, y siguieron adelante emparejados.

David advirtió que llevaba la negra corbata levemente ladeada y el traje de hilo un poco arrugado, pero no importaba. Mistress Treadwell apoyaba los dedos en su antebrazo, tranquilizada y confortada por su presencia, atractiva e inequívocamente masculina.

—De todos modos, yo pensaba que todos habíamos convenido que ignoraríamos esta fiesta —expuso David.

—Es una fiesta, al fin y al cabo —comentó mistress Treadwell—. No importa cómo naciera. Yo me propongo bailar un poco, me gustaría beber un poco de champaña y no me dará ningún reparo fingir que me siento un poco mejor de lo que me sienta de verdad…, al menos ahora. Puede ocurrir algo que sea siquiera semiagradable, o, simplemente, divertido, ¿sabe usted?, o absurdo… ¡Piense en esos bailarines de barrio bajo dando una fiesta a quien sea! ¿Y si roban los premios y además se llevan las carteras de los bolsillos? Yo no les di ni un penique, y usted tampoco. ¿Por qué hemos de perdernos el espectáculo, si ha de haber alguno?

—¡Se saldrán con la suya impunemente! —exclamó David—. Siempre ocurre así.

—¡Estoy cansada de moralizar! —replicó mistress Treadwell, con dulzura—. Se saldrán… ellos… ¿Quiénes son Ellos? ¿Qué me importa a mí lo que Ellos hagan? —David, helado hasta la médula por aquella odiosa indiferencia, puso el brazo rígido y lo aproximó a su cuerpo impulsivamente. Mistress Treadwell apartó los dedos de la manga al momento y dejó caer la mano, añadiendo—: Para mí,

Ellos son, sencillamente, Otros que me aburren o que se portan de una manera estúpida conmigo… Una cosa así. Esos gitanos, ¿qué me importa lo que hagan, o lo que puedan hacer? ¡Bailan bien y son guapos, a su manera desgreñada y salvaje! Dejemos, pues, que nos diviertan, al menos. ¿Para qué otra cosa sirven? Pero hasta ellos aburren con sus comentarios poco caritativos sobre los demás…

—Es una forma de chantaje —opinó David—, y casi siempre da resultado.

Dirigió una mirada a mistress Treadwell, cuya atención había volado hacia otra parte. Se acercaban al grupo de gente que se dirigía al comedor, y la dama saludaba con ligeros movimientos de cabeza en varias direcciones: a Freytag, que contestó del mismo modo y sin sonreír; al sobrecargo, que correspondió con su sonrisa más franca y ancha; a todos y cada uno, advirtió David, aunque dando la impresión de que en realidad no veía a nadie. Lo cierto era que se comportaba igual que Jenny, excepto en que Jenny buscaba algo, una respuesta, la que fuere, siempre con un exceso de energía o de blandura, sin normas que él pudiera entender ni aceptar como buenas. Un profundo resentimiento surgía en el pecho de David cuando veía a Jenny entregada a la tarea de minar su manera de ser, de derribar por todos los medios la vida que él había llevado de resistencia contra la vida misma…, contra todo grupo o sociedad en cuyo seno se hubiera hallado. Prefería la nada pretenciosa, más bien graciosa falta de sentido moral de mistress Treadwell al temperamento inquieto, hurgador, proscrito de Jenny, que tanto esfuerzo ponía en tratar de adherirse por el punto que fuere, o por todos, a los seres humanos que tenía cerca, sin que importase quiénes fuesen. Se trataba sencillamente, de que él no toleraba las promiscuidades. David se olvidó casi de la mujer que tenía al lado, ensimismado en el odio habitual, familiar, que le inspiraba Jenny y que circulaba por su cuerpo junto con la sangre. Y entonces la vio, a Jenny, de pie junto a la pared, abajo, esperándole, mirando arriba, muy hermosa dentro de uno de sus vestidos blancos, sencillos, que estaban bien a cualquier hora del día. Tenía la severidad y la sencillez de una figurita de mármol, suave y armoniosa desde los pies a la cabeza, sin colorete ni polvos, al menos que se notaran, sin uñas pintadas, fresca y dulce como un campo de rosas. Ella sonreía, y él sonrió, inspirando al mismo tiempo tan profundamente que

mistress Treadwell miró abajo, saludó a Jenny con la cabeza, y luego volvió la vista hacia David. La palidez y la tensión de su cara, y el fuego de sus ojos, la dejaron atónita.

—Ahí está —dijo él.

Y despidiéndose de mistress Treadwell con la más leve inclinación de cabeza, separose de ella y bajó las escaleras corriendo, mientras Jenny acudía a su encuentro.

Herr Rieber no había abandonado ni por un momento la convicción de que todavía encontraría maneras y medios para seducir a Lizzi por completo y con todo éxito. «Algún día, alguna vez, en alguna parte, de algún modo», decía cantando en silencio, para sí, el refrán de su canción popular favorita.

Pero no, había de ser en el barco. Aquella noche o nunca… En cuanto pusiera el pie en Bremerhaven, no tendría ni un instante libre. Efectivamente, ya en el muelle le aguardarían varios empleados suyos. No estaría en situación de dedicar a Lizzi sino la despedida más amistosa —amistosa pero formal, por supuesto, y definitiva— al acompañarla al coche que la llevaría a Bremen. Desde aquella noche infortunada de «Bebé», el perro, y toda la confusión que siguió luego, una sola vez había logrado engatusar a Lizzi para que subieran de nuevo a la cubierta de botes. Pero ella fue toda recato y reserva, negándose a permitirle que la tocase de ningún modo que valiera la pena, hasta que al fin él ideó una estrategia nueva: la de la humildad y la dulzura infantil. Apoyó la cabeza en su regazo y la llamó «corderito mío». Ella le acarició la frente unas cuantas veces, con el aire de estar pensando en otra cosa. Y Lizzi pensaba, en efecto, en otra cosa. Se estaba preguntando cómo en todo aquel tiempo de locura, herr Rieber no había hablado ni una sola vez de casamiento. No era que ella desease casarse con él… Ni pensarlo. Para un duradero entendimiento próximo —y fräulein Lizzi había decidido que el próximo entendimiento que concertase había de ser permanente, con el candado del matrimonio cerrado y vuelto a cerrar, asegurado con los cerrojos de acero de los contratos financieros prematrimoniales—, ella apuntaba a un nivel mucho más alto en términos económicos, que el que ocupaba herr Rieber. Con todo, jamás tendría sentido permitir que un hombre controlase a su antojo la situación; había de quedar siempre perfectamente claro —y no solo mediante implicaciones, insinuaciones, miradas, tácito

acuerdo, sino palmariamente, con todas las palabras— que ella pertenecía a la clase de mujeres con las que los hombres se casan, y que todo devaneo amoroso con ella no era sino los preliminares para una posible marcha hacia el altar. Todos los otros hombres a quienes había conocido habían pronunciado, sin falta, la palabra mágica «casamiento» antes de acostarse con ella, no importa lo que hubiera salido de ello en realidad. Este de ahora no, y mientras no la pronunciase «¡ea!, hasta aquí hemos llegado, pero de aquí no se pasa».

Herr Rieber no le hubiera hablado de casamiento, por mucho que hubiese podido gustarle, por el motivo más sencillo del mundo: tenía una esposa, de la cual estaba separado legalmente, que se negaba a concederle el divorcio, y a la que, legalmente hablando, no se le podía reprochar nada en absoluto; por lo cual no podía exigírselo. Herr Rieber tenía que mantenerla; a ella y a tres hijos; una familia de cuatro personas que le detestaba y a la que él correspondía del mismo modo, y que continuaría pegada a él, chupándole la sangre toda la vida. ¡Oh!, ¿qué había hecho para merecer semejante destino? Sin embargo, así estaba el caso, y Lizzi no debía enterarse nunca de su embarazosa situación; sería una afrenta intolerable a su orgullo masculino. Por otra parte, estaba seguro de que no le comprendería, ¿cómo había de comprenderlo? ¡Ah, la hermosa y alta criatura que se movía como una buena yegua de carreras!, ¡ah, qué bien una cama blanda y bonita en un hotel tranquilo de Bremen, aunque solo fuese por una noche y un día, antes de que él tuviera que continuar su camino! No quedaba tal esperanza. Había de ser *allí*, entonces, durante la fiesta que unos desvergonzados golfillos daban, tan inexplicablemente, «en honor de nuestro capitán»…, ¡en honor, nada menos!

Herr Rieber dio una vuelta por la cubierta de botes, eligió un sitio apropiado y se recreó de nuevo con su sueño de vigilia de que después de un derroche de champaña y de palabras tiernas, después de mucho valsear a los compases de la música dulce, Lizzi estaría fundiéndose como el queso caliente en las tostadas. Entonces la persuadiría de que dieran un largo paseo bajo la noche suave y hermosa —las noches se estaban volviendo un poco más frías y ventosas—, y sería posible llevar a cabo la hazaña en un abrir y cerrar de ojos, mientras todos los demás bailaban en la cubierta

principal, o bebían en el bar. Estaba tan impaciente que, de pronto, hasta temió una incontinencia poco viril en el gran momento, pero la sola idea le parecía una vergüenza demasiado grande para tener que afrontarla. En su imaginación, todo salía tan fácil, sin obstáculos y dichoso como el final feliz de un cuento de niños.

Herr Rieber se había restregado y pulido hasta parecer recién barnizado y en el punto álgido de su buen humor se había puesto un babero de niño y un fruncido gorrito de bebé sobre la calva, y atado con cintas debajo de la barbilla. Dejando una intensa estela de colonia «María Farina», tieso como un palomo en celo, abriose camino a través de la turba de confundidos comensales que estaban buscando dónde sentarse, porque el orden de distribución había sido alterado por completo, señalándose los puestos con las tarjetas habituales; aunque nadie sabía dónde encontrar la suya. Los camareros iban y venían auxiliando, y la gente los seguía ciegamente.

La única cosa cierta, sabida por todo el mundo, era que la compañía española de baile se sentaría a la mesa del capitán, y ninguno de sus huéspedes habituales se acercó a ella. Herr Rieber cargó a través de un grupo y cogió por el codo a Lizzi, la cual se puso a chillar entusiasmada al verle con el gorro de niño de pecho. Ella llevaba un vestido verde, de encaje, con un antifaz diminuto, para un solo ojo, de cinta igualmente verde, y quiso saber —preguntándolo a todo pulmón— cómo, a pesar de todo, había conseguido reconocerla. Herr Rieber la empujó resueltamente hacia una mesita para dos, debajo de una portilla.

—¡Nos sentaremos aquí, pase lo que pase! —gritó audazmente, y se puso a cantar con voz de tenor alto—: «¡Algún día, alguna vez…!».

—«¡En alguna parte, de algún modo!» —le hizo coro Lizzi, fuera de tono, dos notas más alto que él. Y se inclinaron hasta casi tocarse las narices y cantaron todo el estribillo el uno hacia adentro de la boca del otro.

—Traiga champaña al momento —ordenó herr Rieber al camarero que tenían más cerca, que no estaba al servicio de aquella mesa y, por tanto, desapareció y no volvió.

—¡Champaña, champaña! —gritaba al aire herr Rieber—. ¡Queremos champaña!

—«Algún día, alguna vez…» —cantó Lizzi, y a los dos les invadió el regocijo por su ocurrencia.

Entonces advirtieron que los Baumgartner, ella con traje de campesina bávara, él con su blanqueada cara de payaso, su nariz postiza y sus patillas movibles, les observaban con rostros singularmente serios, de reproche, los labios apretados y curvados hacia abajo en las comisuras, echando miradas de soslayo. Los estudiantes de Medicina cubanos entraron saltando en una sola hilera cantando «*La Cucaracha*», todos con marineras y gorros adornados de pompones rojos, y se precipitaron hacia la mesa que tenían reservada como si la conquistasen al asalto y estuvieran dispuestos a defenderla de un asedio. La pareja de recién casados, vestidos con su sencillez habitual, se dirigieron hacia su mesa habitual, quitaron las tarjetas que había, las pusieron sobre la mesa de al lado, y se sentaron sonriéndose dulcemente. Luego abrieron los pequeños envoltorios que hallaron al lado de los platos, desdoblaron los gorros de papel dorado y los objetos destinados a producir ruidos alegres y los dejaron aparte. Un camarero puso delante de ellos una botella de vino, y la pareja hizo chocar los vasos antes de beber.

Una mano grande y cuadrada, con unos dedos de un grosor uniforme en toda su longitud y un pulgar de aspecto tosco unido a una palma poderosamente soldada a una muñeca musculosa, cubierta de vello que brillaba con un tono rojizo bajo la luz de la mesa, avanzó por encima del hombro de herr Rieber y arrancó la tarjeta del soporte de metal que señalaba aquella plaza.

Herr Rieber sintió un hormigueo frío por la piel, y más frío aún cuando una voz demasiado conocida, rebuznó en un alemán retumbante, extranjero, absolutamente repulsivo:

—Lamento molestarle, pero esa mesa es la mía. —Y dando un rodeo para situarse donde pudiera enfrentarse con herr Rieber, Arne Hansen blandió la tarjeta debajo de su nariz.

Detrás estaba, de pie, herr Glocken, con una pluma grande, de colores, en el cabello; su corbata rosada ostentaba las palabras *¡Muchachas, seguidme!*, pintadas en ella. Hansen cogió la segunda tarjeta, que estaba delante del plato de Lizzi y la blandió asimismo.

—¿No saben leer? —preguntó—. Esta dice *herr Hansen*, y esta *herr Glocken*. De modo que no comprendo por qué…

Lizzi estiró el brazo y le dio unos ligeros golpecitos en el suyo.

—Ah, pero, mi querido herr Hansen, intente comprender…

—Por favor —atajó herr Rieber, reuniendo sus facultades, con el cráneo perlado de grandes gotas transparentes que enseguida empezaron a reunirse y a deslizarse—, por favor, fräulein; este asunto debo resolverlo yo…

—¡No hay que revolver nada —bramó Hansen con su vozarrón sin modulaciones, pesado como un garrote—, nada, sino que usted busque su mesa y me deje a mí la mía!

—¡Herr Hansen! —exclamó herr Rieber, tragando saliva con violencia y disparando el mentón agresivamente, mientras su gorrito de niño de pecho se bamboleaba—. No puedo pasar por alto la grosería con que trata a una dama. Le ruego vaya a reunirse conmigo en la cubierta principal.

—¿Y por qué tengo que reunirme con usted en ninguna parte? —rugió Hansen, mirándole desde arriba con una mirada aterradora —. Yo reclamo mi mesa. ¿Quiere usted armar camorra por ello? —Y dirigió a Lizzi una mirada de desprecio que a ella le hizo el efecto de un chorro de agua hirviendo.

La mujer se puso en pie, temblándole las rodillas e imploró a herr Rieber:

—Vayámonos, vayámonos. —Y se alejó tan de prisa que él tuvo que echar a correr para alcanzarla.

—¡Búsquenos nuestra mesa! —le gritó herr Rieber al camarero más próximo, con un aire casi tan feroz como el de herr Hansen.

El camarero respondió al momento:

—Venga conmigo, *mein herr*; nunca hubo una confusión tan grande en este comedor.

Pero pareció reconocer a herr Rieber, encontró su mesa muy pronto, apartó la silla de Lizzi y contestó vivamente, «*¡Jawohl!*», a la petición de herr Rieber de:

—¡Champaña enseguida!

—Me ha *insultado* —murmuró Lizzi con un leve lloriqueo, y levantándose el antifaz secose una lágrima.

Herr Rieber no la había visto nunca en aquel estado de ánimo, que le embelesaba, a pesar de la causa que lo había provocado.

—No piense más en ello; lo pagará —declaró con firmeza, secándose el cráneo y pasándose el pañuelo por debajo del cuello de

la camisa—. ¡No consintamos que un patán como ese nos estropee la noche!

—Siempre está reclamando la silla de usted…, ¿se acuerda del primer día? Entonces comprendí que era un tipo de baja estofa. Es un bolchevique, imagino yo, por su modo de hablar…

—¡Ah! —recordó herr Rieber—. ¡Aquella vez le eché yo a *él*! Esto ha sido una venganza. —La idea le devolvió el buen humor—. ¡Y cuidaré de que se arrepienta de lo que ha hecho ahora!

—¿Qué hará? —preguntó Lizzi, entusiasmada.

—Idearé algún plan —respondió herr Rieber, sonriendo confiado.

Ambos miraban disimuladamente hacia el otro lado del salón, mientras Hansen se ponía el picudo y rojo sombrero que halló junto al plato, paseaba una mirada agria a su alrededor y volvía a quitarse el gorro. El jorobado herr Glocken, sonreía como una gárgola. Le hubiera alegrado presenciar una pelea, no cabía duda… ¡Como él no habría corrido ningún peligro!

—¿Quiere fijarse en aquel enano asqueroso? —exclamó Lizzi, mientras se llenaban las copas de champaña—. ¿Por qué se permite que tales horrores vivan?

—He ahí una gran pregunta —contestó herr Rieber, dirigiéndole una ancha sonrisa y preparándose para atacar uno de sus temas favoritos—. Como editor que soy, mi objetivo consiste en orientar las mentes de mis lectores hacia los problemas vitales de nuestra sociedad. Últimamente contraté a un médico para que iniciara una serie de artículos, muy documentados, muy científicos, abogando por la exterminación de todos los mal formados al nacer, o tan pronto como aparezcan pruebas, sean cuales fueren, de su incapacidad. Sin dolor, por supuesto; la verdad es que queremos ser misericordiosos con ellos, lo mismo que con todos los demás. Y no solo se ha de prescindir de los niños deformes o inútiles, sino también de los ancianos; de todas las personas de más de sesenta años, o de sesenta y cinco quizá… o, digamos, cuando dejen de ser útiles; los de mala salud, agotados, que son una sangría para los jóvenes y fuertes de nuestra nación…, ¿por qué hemos de agobiarlos con el lastre de tales cargas? El doctor está preparando sus tesis, con los argumentos más poderosos, ejemplos y pruebas sacados de las investigaciones y prácticas médicas y de las

estadísticas de la sociología. Los judíos también deben desaparecer, naturalmente, y luego todas las personas que presenten mezclas ilegítimas de razas; los blancos con los de color, sea del color que fueren…, chinos, negros…, todos esos. En cuanto a todo hombre blanco convicto de un delito grave…, a ese —herr Rieber guiñó el ojo a Lizzi con malicia—, si no le quitamos la vida, al menos el Estado se asegurará ¡de que no ponga en el mundo a más seres de su clase!

—¡Maravilloso! —trinó Lizzi, arrobada—. Entonces no tendremos por ahí a ese enano, como tampoco al horrible hombrecito de la silla de ruedas… ¡ni a esos españoles!

—¡Ni a otros muchos! A la salud de nuestro mundo nuevo… —brindó herr Rieber, levantando su vaso y acercándolo al de Lizzi. Y su espíritu se lanzó tan gozosa y alegremente a la contemplación del glorioso futuro, que casi se olvidó de que por más amplitud que se diera al exterminio de las variedades de personas que no le gustaban, jamás podría incluir, en modo alguno, a la que le gustaba menos de todas; Arne Hansen, que era precisamente uno de los fuertes, los sanos, los útiles, los potentes; el hombre que sabía defenderse, que hallaría siempre, siempre y en todas partes, la silla señalada con su nombre y la ocuparía, u ocuparía la que quisiera, aunque no lo llevase, como había hecho con la silla de cubierta de herr Rieber, que estaba señalada claramente. Aquella garra peluda, capaz de sujetar a un león, aquella mandíbula con los dientes grandes y cuadrados…

Herr Rieber se estremeció bruscamente. Tales pensamientos podían echarlo a perder todo…, sería mejor olvidar aquello hasta el día siguiente. Y se echó el champaña al coleto como si fuera el primer sorbito de un jarro de cerveza. Lizzi apuró también el suyo, y herr Rieber volvió a llenar las copas inmediatamente, y pidió otra botella. La gran noche había empezado por fin; ¿quién sabía cómo iba a terminar? Herr Rieber estaba seguro de que él sí lo sabía.

El sobrecargo, esquivando los globos de colores que flotaban en su camino, o apartándolos a manotazos como si fuesen tábanos, se paró ante la mesa de mistress Treadwell con una botella en una mano y dos vasos de champaña en la otra.

—Desde la guerra, *gnädige frau* —empezó con gran énfasis—, a los alemanes no se nos permite emplear la palabra champaña para designar nuestro vino espumoso; y esto no quiere decir que deseemos utilizarla. Pero me sentiré dichoso si usted me permite ofrecerle un vaso de nuestro noble *Schaumwein*. Por mi parte, después de muchos años de compararlos, no soy capaz de distinguir entre este y la mejor variedad de *Moët Chandon* o de *Veuve Clicquot*.

—Claro que no —admitió mistress Treadwell con ánimo conciliador—. Siéntese, será un gran placer. Pida que le traigan una silla, se lo ruego. —El sobrecargo continuó de pie, sosteniendo la botella con aire inseguro, mientras una cierta desconfianza respecto a la cordialidad de la dama soplaba como un vientecillo frío a través de su mente, nublada de nacimiento. No obstante, dejó la botella sobre la mesa e hizo seña a un camarero para que le trajese una silla.

Jenny y David estaban sentados a su propia mesa, observando la apagada y falsa alegría del comedor, notando ciertas ausencias, por ejemplo, la del doctor Schumann y la de Wilhelm Freytag. Jenny había visto a Freytag unos minutos antes, en el bar, donde le servían la comida en una mesita.

Él se había puesto en pie, para inclinarse en una reverencia y proponerle en tono alto:

—¿Puedo bailar el primer baile con usted, esta noche?

—Sí —respondió ella sin pararse, sonriéndole. Entonces tuvo, por primera vez, la sensación de que quizá no perdiera por completo la velada.

Alegremente excitada, Jenny levantó ahora el brazo y dio un

golpecito a un globo que flotaba sobre su cabeza.

—¡Así! —exclamó—. David querido, esta es mi contribución a esta loca, loca verbena.

Porque cuando reparó en el rostro de David al bajar corriendo a reunirse con ella, mientras mistress Treadwell se entretenía para no encontrarse demasiado cerca de ambos, Jenny comprendió que David volvía a estar enamorado, y se entregaba por completo a los sentimientos que ella le inspiraba, y hasta quizá creía por un momento que Jenny le amaba a él. Fuese lo que fuere —que importaba poco—, la bendita reconciliación se producía de nuevo; y Jenny percibió en David una oleada tan cálida de deleite que tuvo que advertirse interiormente a sí misma para no echarlo todo a perder diciendo cosas tan irremediables e incontestables, como por ejemplo: «¡Oh, David querido!, ¿*por qué* no podemos…?, ¿*por qué* no hacemos?, o, ¿por qué hacemos? o, ¿debemos hacer esto o decir aquello, o adónde debemos ir, y por qué, por qué, teniendo lo que tenemos, debemos hacernos recíprocamente tan desgraciados?». Jenny guardó silencio y le sonrió, brillándole los ojos.

David alargó el brazo y le tocó la mano.

—Jenny ángel, estás muy hermosa, de veras que sí —le dijo muy formal, como si no esperase que ella lo creyera.

Pero Jenny lo creía, lo creía de todo corazón, y le veía a él transfigurado, como lo estaba siempre durante aquellas visitas misteriosas que el amor les hacía a los dos… sin motivo, sin causa, escogiendo sus propios momentos y sus estaciones, desvaneciéndose destruidas por un soplo y, no obstante, trayendo siempre consigo la ilusión de que durarían eternamente…

—Tú también tienes un aspecto magnífico —respondió.

Herr Löwenthal, solo en su mesa, con el absurdo gorro de papel ladeado encima de la cara de juez que ponía, eligió para minuta de aquel banquete: arenque con salsa ácida, remolachas con mantequilla, patatas hervidas y cerveza de Munich. Los movimientos un tanto descuidados de las manos del camarero le indujeron a levantar la vista, y sorprendió la breve sombra de una expresión que conocía demasiado bien, un regocijo disimulado, despectivo, mezclado de repulsión, ridiculizándoles no solo a él, herr Löwenthal, personalmente y a toda su raza y su religión, sino además su despreciable comida, símbolo de su posición en la vida,

de su puesto de paria en una sociedad porcinamente pagana. Aquellos platos habíase visto obligado a seleccionarlos cuidadosamente —y no eran apropiados sino solo permisibles— entre un montón de basura de cerdo asado, chuletas de cerdo, jamón, salchichas, pies de cerdo, langostas, cangrejos, ostras, almejas, anguilas —¡Dios sabía cuánta inmundicia!—, hasta que, a pesar de hallarse como se hallaba, casi muerto de hambre, se le revolvió el estómago a la mera vista de las palabras escritas en la minuta.

El camarero, un joven de aire apacible, sentía tal aversión a los judíos, y estaba su odio tan arraigado en él constituyendo casi una segunda naturaleza, que no se daba cuenta en absoluto de que se manifestase en su rostro. Y ya iba a servirle la cerveza en el vaso, cuando herr Löwenthal gritó casi:

—¡Alto! Eso no es lo que he pedido. ¡Llévese esa botella y tráigame un jarro de cerveza de barril de Munich!

El joven contestó:

—Lo siento, *mein herr*, pero no tenemos ni una gota de cerveza de barril, ni de cerveza negra. Solo cerveza rubia embotellada.

—En tal caso, usted debió notificármelo previamente, para que yo supiera a qué atenerme —protestó herr Löwenthal, furioso—. ¿Paga usted la cerveza, o la pago yo? ¿Quién la bebe?, ¿usted? ¿En qué sitio estamos, que ustedes pueden cambiar lo que pide un pasajero, sin advertirle? Daré cuenta de su proceder al jefe de comedor.

Al parecer, el sirviente no se inmutó ante tal amenaza.

—Como usted guste, *mein herr* —contestó en tono respetuoso.

Y Löwenthal volvió a ver la sombra de aquella expresión, esta vez no disimulada: el labio superior levemente curvado hacia arriba, los azules ojos, insolentes de natural, recorriendo su persona despectivamente por un segundo.

—Ea, ¿qué espera? —preguntó Löwenthal, exasperado ya—. ¡Échela, échela y tráigame otra! —Y empujó el vaso hacia el borde de la mesa. El camarero escanció la cerveza, dio unos toquecitos de ritual por la mesa, como refinando sus servicios, y se alejó rápidamente. Herr Löwenthal se acordó entonces del cómico gorro que llevaba puesto, se lo quitó con gesto brusco, lo estrujó dentro del puño y lo arrojó debajo de la mesa, pisoteándolo. Enseguida se

puso a comer a grandes bocados las patatas y remolachas, amontonando sobre ellas el arenque y la salsa ácida, pero la comida se le atascaba en la garganta de tal modo que apenas conseguía hacerla bajar con la cerveza. Había dado una vuelta por el barco junto con otros pasajeros y lo que había visto y olido en la cocina le había producido náuseas. Lo recordaba aún con ascos; la sucia cueva debajo de las cubiertas, donde todo parecía lo mismo, cual si lo hubiesen cocido en la misma olla; de nada servía tratar de procurarse manjares puros, de comer decentemente; tal como aquella gente manejaba los víveres, todo quedaba impuro desde el principio; había bastante para envenenar a uno. Y no pudo tragar ni un bocado más, a pesar de tener un hambre atroz. Cuando el camarero volvió, con la segunda botella de cerveza, Löwenthal apartó el plato y dijo:

—Llévese esta bazofia y tráigame un par de huevos duros y otra botella más de cerveza.

Para lograr un efecto teatral, la compañía de baile demoró su entrada hasta que todos los demás estuvieron sentados. El capitán, que ignoraba toda esa estrategia, ocupó su puesto a la hora acostumbrada. Paseando una mirada por las sillas vacías que tenía en torno suyo, procedió a ordenar su comida sin más tardanza. La decoración del comedor le recordaba los graves y severos adornos de los cementerios rurales. En el centro de la mesa se acumulaban las rosas de algodón encarnado, mezcladas con un brillante follaje de papel de aluminio y flores de papel de una especie desconocida. Posada sobre un palo, encima de aquella exuberancia floral, había una paloma disecada, de cuyo cuello colgaba un rótulo escrito con lápices de varios colores, un rótulo con una sola palabra: «*Homenaje*». El capitán inclinose adelante con distraída curiosidad, casi divertido ante aquel alarde pueril y aspiró por la nariz una nube casi mortífera de perfume de rosas sintético. Echándose atrás de nuevo y desviando la cara hacia un lado, procedió a una espiración tan prolongada como le fue posible, y luego se puso a estornudar. Estornudó por dentro tres veces, apretándose el labio superior con un índice, tal como le habían enseñado de pequeño para no estornudar en la iglesia. Calladamente, sentíase agitado por unas explosiones internas, experimentando la sensación de que los globos de los ojos iban a saltársele, disparados, de la cabeza, y de

que se le iban a reventar los tímpanos. Al final dejó de resistir; sacó el pañuelo, se puso muy tieso en la silla, volvió la cara al otro lado, y estornudó vigorosamente con deleitosa desesperación una docena de veces, sofocando el ruido y con los ojos arrasados, hasta que el miasma quedó expulsado y él recibió la recompensa de poderse sonar ruidosamente las narices. Esto le despejó la cabeza, pero ensombreció más todavía la visión que tenía de aquella desaconsejable, extremadamente dudosa celebración, tan distinta de todo lo que había conocido durante su vida marinera. Con ambas manos y los brazos bien estirados, empujó el pestilente homenaje, apartándolo de sí. La paloma cayó del palo, pero el capitán no se fijó. Dirigió una mirada a su reloj; pasaba ya un cuarto de la hora en que hubieran tenido que colocar ante él el plato de sopa. Al capitán no le había hecho aguardar nadie, ni en su propia casa, desde que ascendió a capitán. Y se quedó inmóvil cavilando, en actitud descompuesta, feroz, semejante a la de un loro ofendido. Su dignidad exigía que empezase a comer al momento para reprobar la desfachatez de aquella gente, y que siguiera haciendo caso omiso, cuanto le fuera posible, de la presencia de aquellos gitanos de Granada, o de donde fuere que procediesen. El capitán dirigió una mirada a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en varios miembros de su disperso círculo de comensales… Los Hutten y frau Rittersdorf se sentaban a la misma mesa y habían empezado a comer, indiferentes a lo que ocurría en torno suyo. El tal Rieber y la tal Lizzi se estaban comportando como simios, lo mismo que de costumbre, saludándose mutuamente con los respectivos vasos. La menuda frau Schmitt se sentaba con los Baumgartner… ¡Al menos el capitán se ahorraba la compañía de aquella gente! No podía decir que le pesara la ausencia de ninguno, pero sí le irritaba la causa de tal ausencia. Le pertenecían el derecho y el privilegio de protegerse contra la tediosa sociedad de su mesa, sociedad que se repetía un fatigoso viaje tras otro; podía retirarse, y se retiraba, al santuario del puente, donde solo veía a subordinados suyos, a los cuales no se les ocurriría hablar hasta que les dirigiese la palabra, y los cuales hacían lo que se les mandaba, al instante y en silencio, como cosa sobre la que no cabía discusión. Ese era su verdadero mundo, de autoridad indiscutida, de castas claramente definidas y privilegios cuidadosamente graduados, y le irritaba y resentía verse obligado a

preocuparse de otro. Sabía bien qué desechos de la Humanidad transportaba su barco —y todos los barcos— de uno a otro de los puertos del mundo; ladrones, jugadores, contrabandistas, espías, deportados y refugiados políticos, polizones, vendedores de drogas, toda la chusma de la cubierta de proa, trasladándose como ratas apestadas de un país a otro, formando enjambres y royendo y minando el orden, arduamente conquistado, de las culturas y las civilizaciones de todo el mundo. Hasta en la capa superior, en la que uno podía esperar, al menos, que se guardasen las buenas formas, ¡cuánta inmoralidad se ponía de manifiesto, siempre que había ocasión! ¡El capitán conocía demasiado bien al respetable padre de familia, o a la esposa y madre en quien se depositaba toda la confianza, que se tomaban unas vacaciones, viajando solos por una vez, alejándose de toda decencia como si se encontrasen en otro país donde nadie pudiera saber cómo se llamaban, como si un barco fuera meramente su burdel flotante!

Con el estómago en llamas, el capitán hundió la cuchara en el consomé que tenía un don especial para fastidiarle y destrozarle las entrañas. De modo que… aquellos bailarines no eran cosa nueva para él, ni siquiera antes de que le llegaran los rumores y habladurías de los comensales de su mesa. Todo aquello había estado muy por debajo de merecer su atención, tan evidente era que se trataba de chulos con sus prostitutas, disfrazados de bailarines para obtener el pasaporte, dedicados día y noche a sus oscuras maniobras. Para ellos todo estaba bien, desde arrancarles dinero a los pasajeros hasta robar en las tiendas de Santa Cruz… Ahora comprendía los aullidos de aquella mujer que saltaba como loca en el muelle cuando el barco se alejaba; y lo único que cabía preguntarse era cómo habían conseguido estafar a tanta gente, cómo habían logrado sentarse a su mesa, a la mesa del capitán, a la que no tenían derecho, ninguno en absoluto, y qué desvergüenza les había hecho concebir semejante idea siquiera. ¿Y en qué…? —he ahí la pregunta dolorosa, que quedaría sin respuesta—, ¿en qué estuvo pensando él para permitir que semejante desorden medrase bajo sus propios ojos y para no concederle importancia, para mirarlo como cosa propia de habladurías de mujeres?

El capitán resistió el impulso de abandonar la mesa en aquel mismo instante. No, sería mejor quedarse, dejar que el descaro de

aquella gente siguiera su curso, observarlos más, y castigarlos públicamente con su desprecio en el momento oportuno. Lo mejor que podía hacerse con fauna de tal especie era dominarla, mantenerla firmemente en su puesto. En cuanto se le toleraba la menor impertinencia penetraba en tropel y le echaba a uno fuera de su sitio, como el camello aquel que metió el hocico dentro de la tienda del árabe, y luego no hubo más remedio que acabar con el camello y tienda, a sangre y fuego.

Al capitán le fascinaban las películas americanas de *gángsters*, rebosantes de luchas a pistola, asaltos a clubs nocturnos, tremendas persecuciones en coche entre la policía y los bandidos, con las sirenas ululando estridentemente y las pistolas ametralladoras escupiendo fuego: secuestros, asesinatos por la carretera, cadáveres acribillados a balazos y chorreando sangre, abandonados por las calles, con, solo de vez en cuando, a largos intervalos, un *gángster* —uno nada más— conducido a la cámara de ejecuciones en la última escena. Ahora se entretuvo soñando, como hacía algunas veces, que apuntaba una de aquellas pistolas ametralladoras —tan manejables y elegantes en verdad— sobre una turba frenética, en no sabía qué parte del mundo, siempre desde una posición espléndidamente ventajosa, haciendo describir al arma un semicírculo, segando una fila tras otra de revoltosos. En este punto se produjo cierta confusión en su mente, aunque no lo suficiente para destruir ni alterar el placer que le causaba aquella fantasía, pues si bien no hubiera podido imaginarse a sí mismo sino en el bando del gobierno establecido, y en ningún otro, lo cierto es que se había fijado bien en que casi siempre eran los *gángsters* los presentados manejando las pistolas ametralladoras. No había ningún motivo aceptable para que hubiera de ser así, y tal estado de cosas solo podía darse en una nación bárbara como los Estados Unidos. Cierto que todos los americanos tenían afición al crimen y a los criminales, a bailar danzas indecentes y a tomar drogas en plebeyas bodegas de jazz negro; pueblo degradado que se arrastraba en el vicio y dejaba a su policía sin otro recurso que las bombas de gases lacrimógenos, las granadas de mano y los revólveres, todo ello más imperfecto y menos eficaz que las pistolas ametralladoras. Aun suponiendo que un policía americano pudiera ser un hombre genuinamente honesto —cosa muy improbable—, ¿por qué

colocarlo en una situación tan desventajosa? ¡De no haber sido por la guerra constante que se hacían los *gángsters* entre sí, matándose unos a otros en gran número, hubieran podido hacerse dueños, fácilmente, de toda la nación, años ha! Pero era del dominio público que los *gángsters* americanos y la policía estaban estrechamente asociados; los unos no podían medrar sin los otros. Los jefes de los dos bandos se repartían el poder y el botín, y se introducían en todo, desde los puestos más altos del Gobierno hasta los sindicatos obreros, los clubs nocturnos más alegres, la Bolsa, las cosechas… y, sí, las compañías navieras internacionales, ¡Dios lo sabía! Todo, todo era un inmenso paraíso para *gángsters*, donde solo se mataba, apaleaba y estafaba a delincuentes de poca monta, policías y trabajadores honrados. Además de las películas que le explicaban todo eso, los periódicos se lo repetían todos los días. En una palabra, el país entero estaba gobernado por pandillas de *gángsters*, no había en toda la nación ni una sola ley que ellos no pudieran infringir a su sabor, ni un solo hombre que hubiera osado hacerles frente.

El capitán, desde su superioridad moral perfectamente simétrica —un hombre, él, que guiaba su barco con mapa y brújula, seguro de su rango encuadrado en una jerarquía ascendente de superiores, tan interminable, que al más alto de todos no le conocía, era invisible para él—, se recreaba intensamente con la apocalíptica visión que se forjaba del tumulto anárquico de los Estados Unidos, un país que no había visto nunca, porque ningún barco gobernado por él le llevaba a ningún puerto más interesante que Houston, en Texas, con su canal artificial abierto en un prado de una parte del país extremadamente alejada de toda huella de civilización. Aquello era más estrecho y feo que el río Weser, que le conducía hasta Bremerhaven.

El capitán se deleitaba secretamente imaginando una furia asesina que estallaba una y otra vez, en cualquier momento, en cualquier parte…, en un lugar que él no podía señalar exactamente en el mapa, pero siempre entre gente a la que era lícito matar, y siempre hallándose él en la cúspide, investido del mando y dominando la situación. Jamás le había ocurrido nada digno de su afán de violencia, ni siquiera durante la guerra, en la que había desempeñado un papel útil, honorable, si bien anónimo, según se

veía obligado a reconocer, y en el que no hubo ninguna, ni la más mínima, oportunidad para ejercitar sus verdaderas facultades. Tal destino parecía perseguirle continuamente; con lo competente que se sabía para enfrentarse con los mayores desórdenes e insubordinaciones, allí en su barco solo tenía que habérselas con altercados necios, algún que otro cráneo partido entre los pasajeros de proa, una cuadrilla de rateros de poca monta que fastidiaba al prójimo; cosas indignas de su atención, aunque, a pesar de todo, tenía que ocuparse de ellas.

El capitán se puso a cavilar sobre su desvanecida Alemania, la Alemania de su niñez y de su primera juventud, la única Alemania cuya existencia reconocía él en el secreto de su alma, la Madre Patria del orden, la armonía, la simplicidad, la corrección, donde todos los lugares públicos estaban llenos de rótulos prohibiendo esto o aquello, guiando a la gente de tal modo que el que cometía un error no tenía excusa; todo el que lo cometía desobedecía flagrantemente lo estatuido, evidenciando los más reprobables designios. Lo cual hacía que la administración de justicia fuese más rápida y certera que en otros países. Poned el rótulo más diminuto que diga «*Prohibido*» en el borde de un trecho de césped, y hasta un niño de tres años que no sepa leer, se guardará muy bien de pisar la orilla siquiera. En cierta ocasión él no lo vio, o acaso cometiera el delito de prestar poca atención a los rótulos, y en su ignorancia o descuido infantiles, pisó el césped —cerca del rotulito precisamente —, y su padre, que le había sacado a dar su paseo matutino por el parque, le apaleó con su bastón de paseo en aquel mismo momento y lugar hasta amoratarle la espalda, a fin de que la lección no solo se grabase bien en la mente del culpable, sino que fuese una demostración pública de la disciplina que los padres han de imponer sobre sus hijos…

El capitán se estremeció, liberose con una sacudida de sus divagaciones, echó una mirada al reloj y le dijo al camarero:

—Sírvame vino, por favor, y tráigame el pescado.

En aquel momento la compañía de baile irrumpió en el comedor con todo el bullicio de su arte nativo profesional y el esplendente colorido de su indumentaria, y se encaminó en doble hilera hacia la mesa del capitán a los acompasados acordes de un pasodoble torero, interpretado a la guitarra por Tito y Manolo, y al son alegre de las castañuelas manejadas por los dedos de las damas, cuyas caras iluminadas por brillantes sonrisas eran cual máscaras en negro, blanco y rojo. Llevaban vestidos de algodón estampados en rojo y blanco con largas colas adornadas de volantes. Altas peinetas de concha de tortuga sostenían las negras mantillas cortas de encaje que enmarcaban su cabello, negro y lustroso, adornado con rosas artificiales. Lanzaban destellos con sus abanicos de cequíes, tintineaban con tanto pendiente, collar y brazalete de cristal coloreado y tantos adornos de dorados metales; sus faldas, por delante, dejaban al descubierto los hermosos tobillos cubiertos con medias de encaje negro y sus menudos pies calzados con zapatos de tacón alto de satén rojo.

Los hombres vestían todos pantalones negros, ceñidos, de cintura alta, con faja encarnada y chaquetilla negra, y en los pies zapatillas de baile, delgadas y planas con lazos de cintas.

Ric y Rac llevaban respectivamente sus trajes de torero y de Carmen, un poco desgreñados de tanto echarse atrás mutuamente cogiéndose del cabello o de la ropa, pues cada uno de los dos quería pasar delante en el desfile.

La compañía entera describió un círculo alrededor de la mesa en un carnaval de reverencias, rasgueos de guitarra, tacones y giros, cada rostro exhibiendo una estereotipada sonrisa. El capitán, inmensamente distante, se levantó y devolvió el saludo con una cortesía fría como la muerte. Los bailarines respondieron como ante un público entusiasmado. Al final los camareros ofrecieron las sillas a las damas, y los componentes de la compañía se acomodaron soltando gritos excitados —lo mismo que grajos en un campo de

maíz—. Lola a la derecha del capitán, Amparo a la izquierda, y los demás donde prefirieron en la muy ampliada mesa. Porque hete aquí que, después de larga pugna, se hallaban sentados a la mesa del capitán, el elevado puesto que habían decidido ocupar, aunque solo fuese por una vez en su vida, y no solamente ocuparlo, sino demostrar que tenían derecho al sitio conquistado. Sus sonrisas se desvanecieron, sus ojos fulguraron con frío centelleo, salvajemente triunfantes, mientras se posaban sucesivamente en los otros pasajeros, algunos de los cuales seguían fingiendo no darse cuenta de su presencia. ¡Que lo fingieran! Ni por un momento se olvidaron los bailarines de que habían logrado una victoria. Habían venido para honrar al capitán, y le honraron por todo lo alto. A medida que los platos se enfriaban y eran retirados —excepto en el caso de Ric y Rac, a quienes no les faltaba nunca el apetito—, se ponían en pie por turno, levantando los vasos, y enhebraban discursos, cada uno expresando con un ramillete distinto de floridas frases la esperanza ardiente de que aquella hermosa ocasión serviría para unir y acercar más entre sí aquellos dos grandes países martirizados, España y Alemania, que el espléndido orden antiguo…, ¡la monarquía española, el Imperio alemán!, fuera restaurado en toda su gloria.

El capitán empezó a torcer el gesto levemente a medida que unos discursos se amontonaban sobre otros; pero cuando el tono político de sus palabras se hizo más claro, volviose pálido de rabia. Él no había cesado nunca de llorar al Kaiser; aborrecía con toda su alma el seudorrepublicanismo degradado de la Alemania vencida, y le pasmaba que aquella cuadrilla de canallas despreciables sostuvieran un pretendido parentesco con él, llamándose realistas; y brindasen en favor de una causa grande y gloriosa a la que, por la naturaleza misma de las cosas, no tenían derecho alguno a adherirse…, pues su único destino había de ser el vivir bajo ella como bajo el látigo de su dueño. ¿Monárquicos? ¿Cómo se atrevían a pronunciar tal palabra, y mucho menos a darse tal apelativo? Ellos eran los mendigos cuyo puesto estaba en las aceras de las calles, prorrumpiendo en aclamaciones al paso de la realeza, y ante las puertas de la catedral para disputarse las monedas que les arrojasen después de las bodas regias, y en las calles, los días de feria, para bailar y presentar después la bandeja.

El capitán apenas hallaba la decisión suficiente para levantar el vaso; tenía la sensación de que se ahogaría si una sola gota de vino siquiera pasaba por sus labios en tan infame compañía. Suspendiolo, pues a pocas pulgadas por encima de su plato con un vaivén casi imperceptible, saludó muy rígido con la cabeza, sin levantar la vista, y dejó el vaso de nuevo. Toda la compañía se levantó a un tiempo como en un delirio de admiración, gritando:

—¡Que viva tu madre muchos años!

Ante tan inadmisible familiaridad el capitán se sonrojó, profundamente resentido. Su madre llevaba muerta más de veinte años, y él no la quería mucho cuando vivía. A medida que los invasores se le echaban encima, inclinándose hacia él hasta que las gotitas de cera negra de las pestañas de las mujeres, la untuosidad casi líquida del cabello de los hombres, el hedor intolerable de sus perfumes parecían penetrar por todos los poros de su piel, tiznándole para siempre, el capitán abandonaba por completo la malhumorada ficción de que les reconocía y aceptaba. Con una cara cada vez más tirante y hosca, se arrimó al respaldo del sillón, apoyando las manos en los brazos del mismo. Sus antiguos invitados empezaron a sufrir por él y sus ojos comenzaron a encontrarse desde los dispersos puestos que ocupaban en el salón, con una especie de acuerdo tácito —que se daba por primera vez— entre ellos: hasta Lizzi y frau Rittersdorf movieron la cabeza tristemente y arrugaron el ceño simultáneamente; hasta el sobrecargo y el doctor Schumann, que había llegado tarde, cruzaron unas miradas de desaprobación. El joven matrimonio cubano, que había llevado ya a la cama a sus hijos después de hacerlos cenar temprano, invitó a la esposa del diplomático mexicano, la menuda señora Ortega, a sentarse a la mesa que les habían destinado, puesto que la habían sacado de la suya habitual, y unos y otros buscaban una compañía respetable para la ocasión. El matrimonio y la señora Ortega estuvieron observando unos minutos la actuación de los bailarines alrededor de la mesa del capitán. El marido de la cubana comentó:

—Esto es una inconveniencia mayúscula. ¡Cuando compré los números para su rifa no tenía idea de que planeasen una desfachatez tan grande como esta!

—Casi le hace sentir vergüenza a uno de ser español, ¿verdad? —preguntó la señora Ortega, perfectamente enterada de lo que los

españoles de España, hasta los de más baja condición, pensaban de los españoles de México y de Cuba…, mestizos que hablaban un español de loros y tenían las venas corrompidas por sangre negra e india—. Estos son más bajos todavía que los indios —añadió.

—¡Bah! —desdeñó el cubano—, no son más que gitanos de Granada.

—Me dijeron —interpuso su mujer—, que son menos aún que gitanos: no lo son en realidad.

—¡Sí, y se portan peor que si lo fuesen! —convino la señora Ortega—. ¡Pero cómo compadezco a ese pobre capitán, yo que no esperaba sentir nunca pena por él! Los alemanes siempre me han parecido muy poco compasivos. Después de haber conocido tantos en México, con frecuencia le digo a mi marido: «¡Oh, ten cuidado, por favor; procura que no te envíen jamás a Alemania!».

—Mi bisabuelo era alemán, era un comerciante de La Habana —declaró la joven esposa cubana, en tono más bien destemplado.

—¡Oh! —exclamó la señora Ortega, apesadumbrada—. ¡Cuánto siento mi ligereza!

Y continuaron despachando la comida, ahora en silencio.

En la mesa del capitán, Lola se hizo cargo, por derecho propio, del ceremonial; volviose con ojos llameantes, blandiendo su vaso de vino, como un arma, en todas direcciones, y gritó con su voz más profunda:

—¡Silencio! ¡Deseo proponer un brindis! ¡Por la amistad eterna de nuestras dos grandes naciones! *¡Viva!*

—*¡Viva! ¡Viva!* —gritaron los demás, a coro, apurando el vino de los respectivos vasos.

El capitán no se movió; no se levantó ningún vaso, excepto los de los bailarines. Entonces, Lola volvió a gritar, con voz vibrante de rabia:

—¡Y por todas las personas egoístas, obstructoras, inhumanas que niegan su contribución a esta fiesta destinada a rendir homenaje al valor, a la jefatura, a la nobleza de mente y de corazón, a…, en resumen…, a *usted*, mi capitán! —dijo, haciéndole una reverencia, con su sonrisa más luminosa—. ¡Y para todos los que han tratado de destruir la alegría y la belleza de este homenaje, vergüenza eterna, y confusión y deshonor!

Todos los bailarines, incluso Ric y Rac, gritaron:

—*¡Viva!* —Y apuraron el vino.

El capitán, con los oídos zumbando, sin saber si lo que se había pronunciado había sido un brindis o una maldición, ni en pro o en contra de quién, se levantó y arrojó la servilleta. Los estudiantes cubanos se pusieron en pie de un salto, instantáneamente, empuñando grandes copas de vino tinto, y gritaron entusiasmados:

—¡Por la eterna confusión! ¡Por el deshonor! ¡Por la vergüenza! *¡Vivan las vergüenzas! ¡Viva la Cucaracha!*

Y empezaron a cantar ruidosamente la canción que tomaba por motivo a la cucaracha y las muchas cosas que le faltaban. Por todo el salón, otras voces se les unieron, primero como un berrear tremendo y destemplado, pero luego acompasándose en un coro, mientras las manos daban palmadas y los pies golpeaban el suelo:

«*¡La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar, porque le falta, porque no tiene, marihuana pa fumar!*».

El capitán se metió los dedos en el cuello de la camisa como si le estuvieran estrangulando, escupió las palabras: «Gracias, gracias», entre dientes, y salió a grandes zancadas del salón, cargando ciegamente entre las mesas.

Los bailarines ignoraron la situación, y todo lo demás, excepto el objetivo elegido, tras del cual desfilaron todos gritando aún: «*¡Viva!*», aunque sus gritos quedaban ahogados por el borrascoso canto. En la cima de las escaleras, le buscaron en vano; el capitán había huido de ellos, yéndose al puente como una zorra a su madriguera. No se le vio hasta veinticuatro horas después.

Jenny se rindió a la influencia del ambiente, como David sabía que sucedería, y empezó a mover el cuerpo a compás, golpear el suelo y dar palmadas junto con los demás, cantando a toda voz los infortunios de la cucaracha, que iba irremisiblemente de mal en peor, pues cada verso era más escabroso que el anterior y Jenny los cantaba sin rebozo, hasta que los ocupantes de las mesas vecinas empezaron a mirarla fijamente. Era la única mujer que tomaba parte en el coro.

—¡Dios mío! —exclamó David, por fin—. ¿Sabes lo que estás diciendo?

Jenny continuó llevando el compás con los pies y las manos.

—Claro que sí. Si lo deseas lo cantaré en inglés. Por favor, David, no puedo remediarlo. Yo estoy tan prisionera de mí misma

como tú lo estás de ti. Creo que esto es un desatino desde el principio hasta el fin, y que todo lo relacionado con ello es deshonesto, los dos lo sabemos; pero no comprendo cómo, si tú lo ves todo tan malo, no hiciste nada por corregirlo…, ¿por qué no me dejaste hablar con la policía, ni avisar a un tendero a tiempo? Nosotros vimos cómo actuaba esa gente.

David replicó secamente:

—No era asunto nuestro.

—Bien, pues, ¿cómo es que ahora lo miras con tan inflexible severidad? ¿Por qué te quedas malhumorado en tu silla? —preguntó Jenny, a quien la excitación volvía extremadamente audaz.

—Esto tampoco es asunto nuestro —contestó David, con una voz seca y tajante como cepo que se cierra.

Jenny vació su vaso y se puso a mirar a los pasajeros, que, uno tras otro, seguían a los bailarines.

—Bien —dijo—, que pases una noche muy divertida. ¡Yo me voy a bailar con el primero que me lo pida! —Y le dejó que despachara solo los postres y el café.

Tito y Lola habían dado instrucciones detalladas al director de la banda; tenía que interpretar, alternativamente, música de baile alemana y española hasta la hora de sortear los premios; después podría tocar lo que quisiera; le regalaron cinco números por prestarse a ello de buena gana, y el hombre había puesto ya el corazón en el mantón blanco bordado para la novia que tenía en Wiesbaden. Cuando apareció la compañía de baile, junto con sus seguidores, él atacó con mucho ánimo su pieza favorita: «Cuentos de los bosques de Viena». Al primer compás, una leve chispa, una alegría ala da y luminosa animó a la concurrencia, encendiendo en to dos los rostros una sonrisa movediza, esperanzada. La compañía española dio ejemplo, se dividió en parejas que iniciaban la danza apenas tocaban sus pies la cubierta, y salían bailando ya, una pareja tras otra, acopladas cual esbeltas figuritas de porcelana, todas iguales por su esmerado arte, su flexibilidad de serpiente, la estilización de los huesos, las delgadas y finas cabezas, por los pies y las manos en perfecta sincronización. Parecían una familia de hermanas y hermanos, todos hermosos y de genio pésimo, cuyos ojos duros y bocas amargadas negaban lo que querían expresar sus flexibles movimientos. Varias parejas alemanas les siguieron: frau Rittersdorf con un oficial joven; los Baumgartner; Elsa, la de la cara triste, con su padre, herr Rieber y Lizzi…, pero todos parecían rústicos y torpes y mal emparejados si se les comparaba con los españoles; sus cuerpos tenían todas las formas, alturas y grosores, sus rostros tenían una expresión rarísima, sus colores carecían de vida; nada sino una pesadez común los proclamaba miembros de la misma nación; la pesadez y, en contraste, una cierta vivacidad espiritual muy del caso, muy inquieta, como si estuvieran practicando un desacostumbrado rito social. Los españoles no les honraban ni con una sola mirada siquiera, pero ellos, los alemanes, no sabían apartar los ojos de los españoles. Mientras los miraban, primero a uno y luego a otro, empezaron a tener la vaga impresión

—que al poco rato se definió en una certidumbre desagradable— de que la compañía artística no bailaba ya un vals vienés puro, clásico, con su alada ligereza, no; estaban —sí, no cabía duda— representando una imitación, una parodia insultante del estilo alemán de bailar el vals.

Mistress Treadwell y su joven oficial se fijaron en aquella divertida comedia y se pusieron a reír alegremente al mismo tiempo que iniciaban la danza por su parte. Jenny y Freytag lo advirtieron también simultáneamente, y Jenny exclamó:

—¡Oh, cuán cruel y gracioso resulta!

Freytag replicó, levemente malhumorado:

—Es casi demasiado real para ser gracioso. —Y la enlazó con brazo firme, obligándola a seguir el ritmo de la música.

Al cabo de un par de vueltas, ninguno pudo dejar de ver claramente que ahora la compañía de baile se dedicaba a imitarlos a ellos, a las demás parejas que bailaban, y tampoco pudo negar nadie que estaban tan cómicos como aquellas dos figuras que eran el hazmerreír de todos, Lizzi y herr Rieber. Pepe y Amparo habíanse convertido en una encarnación perfecta del estilo de bailar remilgado, a toda la distancia que permitía el brazo, de mistress Treadwell y su pareja, que parecía de madera; Manolo y Concha realizaban una maliciosa imitación de la agresividad un tanto musculosa de herr Freytag y el estilo abandonado, desmayado, con la cabeza colgando hacia atrás, de Jenny. Pancho y Pastora continuaban, como al principio, invariablemente adictos a su parodia de herr Rieber y Lizzi, Pancho saltando como una pelota de goma. Pastora girando alrededor de un eje como una pértiga animada.

—No, en verdad —dijo Jenny parando bruscamente—, esto es demasiado. Esa gente es insufrible de veras… No quiero bailar más.

—Yo tampoco —repuso Freytag—. Demos una vuelta por el barco. Veamos qué es lo que lo impulsa. Esto me aburre.

Mistress Treadwell bailó una vez con su oficial, declinó una invitación de Denny —quien había pensado que la dama le serviría de sobra para pasar el rato hasta que pudiera echar el guante a Pastora— y aceptó al gordo sobrecargo, el cual dio tres vueltas a la estrecha pista de baile, galopando a una velocidad sorprendente, con su pareja pendiendo de sus brazos como una bufanda, y luego se paró de pronto, soplando y resollando, la cara de un hermoso rojo violeta y los ojos cerrados, hasta que mistress Treadwell, alarmada, le preguntó si podía serle útil en algo.

—Sí —jadeó él—, puede sentarse conmigo y beber un poco más de *Schaumwein*.

Pero, providencialmente, intervino entonces su guapo y joven oficial de galones dorados y, con una atenta reverencia al sobrecargo, se la llevó otra vez. Mistress Treadwell observó que tenía el rostro hermoso e inexpresivo, inalterable en aquellos momentos. Era un muchacho esbelto, pulcro, inmaculadamente correcto y de aire tan escasamente humano como si le hubieran hecho en un molde. Bailaba con una suavidad de cera, a pasitos cortos e iguales, acomodados a los de ella, sujetándola a la distancia reglamentaria, que no se estilaba ya, como si hubiera aprendido a bailar en la misma escuela que mistress Treadwell. «Caramba, es bastante joven para poder ser hijo mío —no pudo menos de pensar ella—, y en cambio me recuerda a mi abuelo». Enseguida decidió que aquello no era en realidad un inconveniente, se abandonó al pausado girar típico del oficial y empezó a gozar con aquella flotante ingravidez y con la agradable proximidad masculina, una proximidad sin peso, que no significaba carga, sino solo presencia. Mistress Treadwell cerró los ojos un momento y bailó en una arrulladora oscuridad, sintiendo una ternura difusa por aquel aparecido que la guiaba con dedos suaves por la cintura y la palma de la mano, por aquel amante que había bailado con ella en los sueños que se forjaba despierta cuando todavía no había bailado

con ningún hombre. Al abrir los ojos, sorprendió al oficial mirándole el rostro fijamente, con una atención peculiar, inesperada y turbadora. ¿Era su imaginación, la de la dama adiestrada para descubrir al animal en acecho?, ¿eran sus propios ojos escudriñadores? ¿O era realmente que la mirada del oficial tenía un destello lascivo…? Porque en cuanto los ojos de mistress Treadwell se encontraron con los suyos se volvieron formales, distantes, hasta quizá un poquitín aburridos, y él dijo:

—Dejemos el baile para esos rufianes. ¿No le gustaría darse una vueltecita por el barco? Es casi una costumbre, en las noches de gala.

Mistress Treadwell recordó que en todos los viajes que había hecho en toda suerte de barcos a otros tantos puertos, jamás, ni en la noche de mayor gala, se había dado «una vueltecita por el buque». Costaba trabajo imaginar nada más aburrido, quizá; pero sonrió a su galán, enlazó su brazo y se puso en marcha para ver los nuevos, si no divertidos, panoramas.

Cuando la banda se puso a interpretar una rumba, los estudiantes cubanos corrieron como un solo hombre a tomar por parejas a las bailarinas españolas. Fue una carrera a gritos en la que cada uno sostenía e imponía su derecho sobre la muchacha a la que había alcanzado el primero. Los dos que se quedaron sin ninguna se volvieron inmediatamente en busca de otras posibilidades; uno prendió a Jenny en el momento en que se separaba de Freytag, al final de un baile, y el otro, sonriendo y tarareando la tonada, rodeó con el brazo a Elsa y la cogió de la mano, y la muchacha se encontró, como deslumbrada, mirando a los ojos de su amado, el desconocido, aquel que a ella le parecía guapo y alegre. No, no, imposible…; y, sin embargo, allí lo tenía, sonriendo, con el ceño ligeramente fruncido, y sentía el brazo de aquel hombre que la empujaba por la cintura, mientras ella permanecía plantada como un árbol, incapaz de moverse.

—Oh, no, venga pues —le decía el joven en un español muy cortés y persuasivo, sin ninguna mezcla dialectal—, vamos a bailar.

Elsa continuaba inamovible.

—No sé —murmuró con vocecita infantil, asustada—. No, no, se lo ruego…, no sé.

—Naturalmente que sabe —asegurole él, en tono ligero—; ¡todo

el que tiene piernas sabe bailar! —Y realizó la hazaña de bailar sin moverse del sitio con una figura demasiado pesada para sacarla de sus cimientos—. ¿Lo ve?

—¡Oh, no! —exclamó Elsa—. ¡Nunca aprendí!

El muchacho dejó caer los brazos y Elsa vio con terror una expresión de auténtico desagrado en su cara.

—*¡Perdóneme!* —le dijo.

Y se marchó rápidamente, como si se alejase de algo en extremo desagradable, y mientras ella continuaba plantada allí, él desapareció, sin mirar atrás. Ah, no; nunca miraría atrás. A los pocos segundos, él estaba bailando con mistress Treadwell, la cual dejó a su oficial para dar una breve vuelta con aquella divertida criatura, salida de un carnaval, y Elsa sintió que se le partía el corazón, pero por completo. Deseaba irse a la cama y llorar a rienda suelta, porque lo necesitaba. Pero primero debía avisar a sus padres, para que no la buscasen. Estaban en el salón, jugando al ajedrez.

—No, Elsa —opuso su madre—, si te vas a la cama tan temprano, no dormirás bien. ¿Por qué no bailas?

—No tengo ganas, madre —contestó ella en un tono tan desolado que tanto su padre como su madre le dirigieron miradas de profundo pesar y comprensión.

—Ah, bien —dijo la madre, con un acento tan de persona enterada que Elsa se sonrojó de vergüenza—, haces bien estando quieta. Así pues, siéntate aquí y juega al ajedrez con tu padre; yo seguiré haciendo labor, y pasaremos una velada tranquila los tres juntos después de tanto alboroto y tantas locuras.

Elsa, sintiendo dentro de sí, lo que hasta entonces solo había sospechado, es decir, que estaba condenada a un futuro terrible, sonrió a ciegas a su padre, y se puso a jugar.

Herr Hansen, sentado en una silla de cubierta, con una botella en el suelo, a su lado, los grandes hombros levantados y las cejas formando una maraña encima del puente de la nariz, miraba cómo Amparo bailaba primero con Manolo y luego con uno de aquellos estudiantes locos; en cambio a él no le había dirigido ni una mirada en toda la noche. Cuando empezó la tercera pieza, un vals alemán, se fue hacia ella con paso tardo. Manolo, de pie al lado de Amparo, que se estaba abanicando, desapareció discretamente de la escena, y Hansen prendió a la bailarina por los codos, que era su manera favorita de coger a la pareja, para bailar. Amparo no malgastó palabras. Soltose de un violento tirón, y se le cayó el abanico, cosa que Hansen no advirtió. Cuando se inclinaba para cogerlo, Arne Hansen arremetió por segunda vez; entonces ella le golpeó el pie cruelmente con el tacón y, levantándose bruscamente chocó de cabeza con la parte inferior de la mandíbula del hombre, cerrándole la boca tan de repente que le hizo morderse la lengua, la cual se puso a sangrar.

—Oye, mira lo que haces —advirtió él, en tono acusador, sacando un pañuelo grande sobre el que iba reuniendo manchas rojas, frotando y volviendo a frotar.

—¡Déjame tranquila, pues! —gritó Amparo con genuina rabia—. Esta noche no quiero arrastrar tu hediondo cadáver a todas partes adonde vaya. Estoy trabajando, es casi la hora de la rifa; vete, siéntate allá, bebe cerveza y no estorbes.

—Compré tus números —le recordó Hansen, revolviendo por el bolsillo de la camisa y sacando los cartoncillos.

—Sí, cuatro, canalla tacaño —replicó Amparo, pausadamente—. ¡Cuatro! —y escupió, rozando casi la manga izquierda de Hansen.

—Retirarás esa palabra —dijo el sueco con repentina dignidad —. Te arrepentirás de lo que has hecho. —Y se volvió a su silla y pidió dos botellas más de cerveza.

Apenas la hubo prendido por la cintura y la mano, el estudiante de Jenny empezó a maniobrar con ella, haciéndola girar vertiginosamente, apartándola de sí todo lo que permitía la longitud de su brazo y atrayéndola de nuevo a compás, arrimándose y abrazándola calurosamente, para volver a echarla sin el menor cuidado, hasta que ella esperó casi que la cogería por las piernas y la haría rodar en torno a sí, cabeza abajo. Y acabó por protestar, sin aliento:

—Soy una luchadora que prefiere el cuerpo a cuerpo —le advirtió vivamente—; me gusta mantener los pies en el suelo, cerca del contrincante. Todas estas acrobacias…, ¿para qué?

El cumplido agradó sobremanera al estudiante.

—¡Ah! —respondió este en una especie de inglés—. ¿Le gusta? ¿Así? —y se puso a hacerla girar como si fuese una peonza.

—¡No! —exclamó Jenny—. No… —Y se separó de su pareja, riendo, por supuesto—. ¡Es demasiado! —Le dijo adiós con la mano, muy muy alegre, ambos riéndose mucho, y corrió hacia Freytag.

Él la obsequió con una sonrisa, muy alemana, de superioridad, diciendo:

—Dígame, usted debe de estar enterada: ¿es que todas las mujeres, en el fondo de su corazón, prefieren a los truhanes, los *maquereaux* y los golfos? ¿Qué significa esta predilección femenina por lo bajo? ¿*La nostalgie de la boue*?

—¿Lo bajo? —preguntó Jenny, desconcertada—. ¿El barro? Aquel chico es, ni más ni menos, un estudiante de Medicina de clase media; puede ser molesto, pero ¿qué tiene de bajo?

—Bailaba con usted sin respeto, como si se estuviera burlando de usted —opinó Freytag, llanamente.

—Es posible que se burlase —replicó ella con sencillez—. Eso es cosa suya, no mía.

—¿Acaso usted no tiene orgullo? —le preguntó Freytag severamente, porque estaba cansado de intentar entender a aquella

muchacha extraña que parecía no tener nada de lo que él exigía en una mujer y, sin embargo, le alteraba casi continuamente con un deseo sexual como no lo había sentido nunca parecido; lascivia pura, sin vestigio de ternura ni afecto. Ni siquiera le gustaba.

—No mucho —respondió Jenny—. ¿Está tratando de provocar una querella? No lo haga. He tenido ya de sobras.

Freytag, diciéndose que aquel era un mal comienzo para una noche en la que había puesto ciertas esperanzas, cambió de tono al instante.

—No me haga caso —dijo—. Quizá esté un poco celoso. Bailemos otra vez antes de empezar a hacer nuestro recorrido…, ¿qué nos importa lo que piensen esos curiosos españoles?

David se terminó el postre, tomó café y licor, encendió un cigarrillo y luego se fue tranquilamente al bar, casi deseando que Jenny no advirtiese que no había perdido la compostura en absoluto. No la vio por ninguna parte, sin embargo, por lo cual se juntó con Denny en el bar, donde los Baumgartner se habían instalado ya, sin el niño, ante una mesita. Los Hutten consumían una botella de vino en otra mesa, con «Bebé» —al parecer, completamente recobrado de su malaventura— tendido a sus pies.

David se maravillaba de vez en cuando del modo como él y Denny se habían instalado en la limitada pero satisfactoria relación de camaradas bebedores. Y decidió que Denny podía beber en compañía de cualquiera, o solo, le daba igual; pero él, cuyo defecto principal consistía en que no le gustaba nadie sino, de vez en cuando, Jenny —y aun Jenny le gustaba cada día menos…—, él se encontraba a sus anchas con Denny porque, por lo que él podía ver, Denny no existía; al menos no existía más que como un fardo de apetitos vulgares y de mezquinos prejuicios locales. Le había puesto a prueba y no le había hallado nada dentro. Ambos solían permanecer sentados, sumidos cada uno en su propio silencio, tan distantes el uno del otro, tan poco relacionados entre sí, que su mismo alejamiento tenía el aspecto de camaradería.

Mientras apuraba el cuarto whisky, David comentó en tono indolente, trabándosele un poco la lengua:

—Cada vez que miro hacia allá, la veo pasar en compañía de Freytag. Mira, ahí pasa otra vez —indicó haciendo un perezoso ademán—; por allí va.

Denny se inclinó de costado sobre su taburete, echándose hacia David, con aire muy marcado de conspirador en el rostro.

—No quiero meterme en cosas personales —advirtió muy en serio—, nunca me mezclo en los asuntos de nadie, compréndalo, pero si aquella zorra me perteneciese a mí, le rompería todos los huesos del cuerpo. No es que me importe nada, compréndalo, pero

puede creerme si le digo a usted que está haciendo un mal negocio.

Su lánguida expresión de solicitud conmovió a David, que sintió nacer en sí mismo al momento, en justa correspondencia, al calor de un sentimiento benévolo, no precisamente por Denny, sino por las palabras que había pronunciado.

—Bah, es igual —desdeñó—, ya sé con qué caso se enfrenta usted, también. Esa Pastora. Somos dos marineros náufragos en el mismo bote salvavidas —afirmó, de buen humor.

En su interior los alambres tensos vibraban sonoramente, se rompían, se soltaban uno tras otro; David experimentaba, debajo de las costillas, un bienestar mayor, ni siquiera se enfadaba consigo mismo al oírse hablando como un tonto con Denny, que hablaba así en toda ocasión; lo cierto era que gozaba con ello.

—Todos tenemos nuestros problemas —le dijo a Denny, muy comunicativo—. Usted encontrará una salida.

—Lo que estoy buscando es una *entrada* —contestó Denny con intención obscena—. La salida es fácil. No me importa decirle a usted que la tal muchacha me ha sacado más de lo que pensaba darle (es muy experta en su oficio), y ahora trata de darme el esquinazo. En fin, esta noche habrá que poner las cartas boca arriba; esta mismísima noche, se lo digo a usted. No habrá ningún contratiempo, ninguno, para nadie, solo para ella —aseguró—. Me propongo darle una lección, tal como le dije a usted, y nada más.

David meditó cuidadosamente el proyecto.

—Bien —decidió, muy comprensivo—, con una mujer como esa, no es raro que uno esté que corte clavos.

Denny se quedó desconcertado, pero no ofendido.

—¿Qué tienen que ver los clavos con esto? —inquirió—. ¿Quién ha hablado de clavos? —Y se puso a empujar a David, con el brazo bien estirado, con insistencia. David se apartó fuera de su alcance —. Adelante —insistía Denny—, ¿es usted un hombre o un ratón? Adelante. Ahora se le ha presentado el momento. Arránquele los dientes a puñetazos.

—¿A Pastora? —preguntó David—. ¿Por qué no se los arranca usted? Es a usted a quien corresponde esa tarea.

—Ah, sí, bien… —murmuró Denny, dudoso—. No, no precisamente. Me propongo concederle un poco más de tiempo para que cumpla como debe. Me gustaría encontrarla en buena forma —

añadió, pensativo—. No me gustaría hallarla toda magullada… Es lo que digo yo siempre: cuanto mejor es el hombre, peores los disgustos que le dan las zorras. Ese es mi caso. Pero usted ha sido *dueño* de Jenny; y si me hubiese pertenecido a mí, yo la hubiera puesto fuera de la circulación.

David enfocó sus ojos de miope, con algún esfuerzo, sobre la cara abotargada que tenía junto a sí y pronunció con claridad, porque ahora se le antojaba que Denny se estaba metiendo en un terreno extremadamente personal:

—Bien, pues, no le pertenece a usted. —Y añadió, iluminado por el rayo de la revelación—: Jenny no pertenece a nadie, ni siquiera a sí misma.

David escuchó su propia frase con cierto asombro; luego sintió inmediatamente que había cruzado una frontera y penetrado en las tierras de una verdad nueva, y ya en aquel mismo momento estaba mirando atrás, contemplando las falsas esperanzas anteriores. El breve destello de alborozo se hundió de nuevo en el mal humor cuando los que bailaban volvieron a pasar por delante de la puerta del bar, girando velozmente: entre ellos, Pastora con su estudiante, y Jenny con Freytag. Entonces dio unos golpecitos sobre el mostrador y empujó adelante su vaso y el de Denny.

—Lo mismo —pidió—. ¡Qué diantre!, mientras sigan pasando por ahí sabremos dónde están.

—Sí, y qué hacen —corroboró Denny, riendo con tal abandono que la cara se le puso completamente deformada.

Los recién casados, cogidos del brazo, se detuvieron en su paseo de después de cenar en la parte de sotavento, lejos de donde los demás bailaban, y retrocedieron un poco para dejar que el muchacho rubio y huraño pasara con el enfermo en la silla de ruedas, el fantasma de hombrecito moribundo que se desplomaba entre alfombras y mantas, volviendo las hojas de una biblia con dedos temblorosos. Al acercarse a ellos, el anciano alzó unos ojos exaltados y una mano temblorosa, estirando el brazo para tocar a la novia. El marido notó que esta se estremecía profundamente y se arrimaba a él.

—Dios bendiga su matrimonio y lo haga fructífero —deseó herr Graf.

—Gracias, señor, gracias —comentó el novio, porque se sentía obligado a manifestar el respeto debido a la ancianidad.

Él y su esposa se quedaron inmóviles hasta que el muchacho —cuya furiosa cara no denotaba que advirtiera su presencia— hubo empujado la silla hasta bastante más allá de donde estaban ellos. La novia todavía temblaba un poco, y se acercó más a su marido.

—¡Oh!, sus palabras tenían el tono de una maldición… —musitó —. ¡Oh, si casi me ha tocado!

El marido le contestó, con su nuevo acento, conyugal, de cariño, tolerancia, tranquilizador y orientador, que tan delicioso parecía a los dos:

—Sabes perfectamente que no existen las maldiciones. Por otra parte, ¿hay algo que pueda causarnos algún mal? Aquel hombre no es sino un pobre moribundo; y al fin y al cabo, ha expresado un buen deseo. Es triste ser viejo y enfermo.

La novia, que tenía buen corazón, se arrepintió al momento de sus sentimientos poco caritativos, y, como era sincera, comprendió que se los causaba el horror y el miedo a los años, la fealdad, la enfermedad, y el miedo todavía mayor que le inspiraba la muerte, alternativa única, única manera de librarse de aquellas calamidades. Sintiéndose bastante juiciosa y tranquila, con una salud espléndida

y alborozada, sintiéndose inmortal, dijo con voz soñadora:

—Deseo que muramos jóvenes.

Su marido, en la soledad de la amura, la rodeó con el brazo y la zarandeó levemente.

—¿Morir jóvenes? Nosotros no moriremos nunca. ¡Viviremos juntos hasta el fin del mundo! —Y ambos se echaron a reír de felicidad, sin rastro de ironía, y se besaron precipitadamente, con aire culpable, por miedo a ser vistos.

Johann había acudido tan tarde a cenar que el salón estaba casi desierto; se perdió los globos, los gorros de papel y todo lo demás, y nadie se acercó para sentarse a su mesa. Llegaba tarde porque a su tío le había dado la ocurrencia de sufrir un acceso de los que estuvo a punto de asfixiarle. Johann le había hecho oler sales, le había lavado la cara con agua fría y le había abanicado con un papel doblado, deseando que muriese. Pero en vez de hacerlo así, el tío se había recobrado con bastante energía, había pedido que le bañase y le vistiese, cambiándole la ropa, y que se sentase con él y le ayudase a despachar la comida, y luego había insistido en que le sacase a cubierta a tomar el aire…, pretendiendo —¡el viejo hipócrita!— que necesitaba aire puro, cuando lo que quería realmente era el baile, escuchar la música y hablar de lo pecaminoso que era todo aquello. A la hora en que Johann terminó de devorar precipitadamente la comida, Concha estaba ya bailando. Al verle, agitó los dedos por encima del hombro de su pareja y le dirigió una mirada capaz de derretir las piedras; pero Johann sabía, a pesar de todo, que sin dinero no estaría más cerca de ella de lo que estaba entonces. Cuando Concha volvió a verle, empujando la silla de su tío, por los alrededores de la fiesta, bailaba con otro hombre; esta vez dirigió una mirada al tío, se persignó, hizo un signo obsceno contra el mal de ojo, y siguió bailando.

Johann iba llegando poco a poco a una resolución desesperada, más que desesperada; tendría dinero, no se doblegaría ni un día más ante aquel anciano egoísta y avaro que pretendía ser tan santo y era el mismísimo demonio. Terminaría con aquella esclavitud, se libertaría, fuese como fuere…

«Esto es el fin, es el fin», se decía; aunque cada vez que traducía el pensamiento en palabras, Johann sufría otra sacudida de miedo que casi le paralizaba el corazón; sin embargo, haría lo que tenía pensado. Le pediría una vez más a su tío el dinero que le debía…, no más de lo que tendría que pagar a un criado; y si se negaba, pues

entonces… entonces revolvería el camarote y lo hallaría. Se figuraba que su tío guardaba la cartera debajo del colchón, a la cabecera de la cama. Esperaría hasta que durmiese, le administraría unos polvos somníferos, encontraría el dinero y se lo llevaría…

Johann enfiló bruscamente la silla en dirección al umbral y se puso en marcha hacia el camarote.

—¿Adónde vas, sobrino? —preguntó herr Graf, despertando con un gemido.

—¿A dónde cree? Nos volvemos a nuestra sucia guarida. ¡Es hora de que usted se acueste!

—Vuélvete, Johann. No quiero dormir. —Mientras las ruedas saltaban de peldaño en peldaño, con brusquedad, y Johann guardaba un silencio obstinado, herr Graf añadió—: Dios es bueno, pero también es justo. Lo digo una vez más, te dejo en sus manos, Johann.

—Mejor será —replicó el sobrino con desprecio—; no puede hacer otra cosa.

Cuando empujó rudamente la silla haciéndole cruzar la puerta del camarote, la luz enfermiza de la lámpara de pantalla que ardía noche y día, y los olores penetrantes y aborrecibles acumulados en el aposento estuvieron a punto de quebrar el nervio de su resolución; Johann quedó empapado, poco a poco, de pies a cabeza por el sudor frío del terror. Y como no podía titubear un instante, dio vuelta a la silla y se agachó cual si se dispusiera a saltar sobre herr Graf, al mismo tiempo que las palabras se le atascaban en la garganta.

—Ahora, me dará usted algún dinero, o de lo contrario…, ¿dónde está? ¿Dónde lo esconde, viejo avaro? ¡Le doy una oportunidad más! ¿Dónde está el dinero?

—No tan fuerte, Johann. No quiero que las personas extrañas se enteren de tu deshonra. Esperaba este momento —dijo calmosamente el viejo a través del burbujeo de flema de su garganta—. Es el nuevo paso que das hacia tu conde nación. El dinero está donde debe estar…

—¡Démelo! —gritó Johann, desesperado—. Deme solo un poco, pero démelo. ¡Lo cogeré yo, le mataré a usted si no me lo da! —Y levantó ambas manos, con los dedos curvados como garras, cual si fueran a cerrarse alrededor del cuello de su tío.

Sin mover la cabeza, herr Graf fijó la mirada en los ojos de Johann y alzó las manos con las palmas hacia arriba. Y habló con una voz que era poco más que un murmullo, respirando penosamente, expeliendo apenas un hilillo de aire:

—No lo hagas, mi Johann, hijo mío querido… Te descubrirían. Te condenarían a muerte… Y, además, Johann, después del desdichado fin que sufrirías aquí, queda todavía el juicio de Dios.

—¡Al diablo todo! —gritó Johann, rabioso, retrocediendo un paso, con los puños crispados—. No me venga ya más con esos cuentos. ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el dinero?

—Sé ladrón, si quieres, Johann, pero no asesino. Yo te suplico, no por mi bien, ¿crees que le tengo miedo a la muerte?, sino por el tuyo…, no seas ni lo uno ni lo otro. No eches tu vida a perder, hijo mío. ¿Cómo no puedes tener paciencia unos días más, cuando te quedan tantos años para gozar, luego que yo haya muerto?

El furor y el miedo de Johann estallaron como una arteria que se rompe. La cara se le arrugó, la barbilla le temblaba, los ojos se le llenaron de lágrimas, que le corrieron por las mejillas, los labios se le cerraron por el centro y se separaron por las comisuras, y presa de frenesí, gritó y sollozó hasta que las palabras se le ahogaron casi en la garganta.

—Yo no quiero matarle, yo no quiero robarle…, ¿por qué me empuja usted a ello? ¿Por qué no puede tratarme como a un ser humano, tío? ¿Qué mal le he hecho…? Deme un poco de dinero —suplicó, llorando inconsolable—; ¡es todo lo que quiero! ¡No quiero matarle a usted, solo quiero ser libre! —Estaba sentado, acurrucado en el borde del diván, secándose la cara con el sucio pañuelo y sonándose la nariz.

Su tío le miraba, moviendo la cabeza tristemente.

—Eso que llaman libertad, no existe, Johann —le dijo con un suspiro largo y entrecortado—; no existe. Y si existiera, ¿cómo podrías confiar ganarla de este modo?

—¡Quiero comprar una botella de vino! —gritó Johann con el furor de una rebelión renovada—. ¡Necesito ropa decente; usted me tiene con el aspecto de un mendigo! Quiero bailar y ser joven mientras lo soy; tengo derecho a vivir. Solo por el hecho de que usted tenga que morir…, ¿hay motivo alguno para que me arrastre adentro de la fosa consigo?

Herr Graf respondió:

—Yo solo quería salvar tu alma, Johann. Te quiero de verdad.

Johann notó que se fundía, que cedía, que perdía la batalla, traicionado por aquel ataque artero contra su flanco débil, el flanco del sentimentalismo, siempre sediento de amor, pero cegado por la angustia de hallarse eternamente al margen de la vida, al margen de los acontecimientos, sin poder tomar parte nunca en nada, ni entregar su contribución, ni ser uno más entre los de su clase; y luchaba y se revolvía dentro de sí mismo tratando de encontrar las palabras precisas que necesitaba para explicárselo al viejo, para aplacarle si era posible, para conseguir lo que necesitaba de él, sin hacerle daño, sin robar, sin matarle, ¡maldito fuese!

—El alma es mía —replicó hoscamente, casi con voz normal.

—No, no lo es —interpuso calmosamente el tío—; sería una estupidez sostenerlo. Pero no puedo seguir discutiendo contigo. Te dejaré marchar. —Señalando la litera con un ademán, añadió—: Allí; busca debajo del colchón, detrás, cerca de la pared… y dame la cartera.

Johann, pasmado por aquella repentina victoria, buscó por entre las mantas con manos inseguras, avergonzado, humillado, resentido. Pronto halló la cartera y la entregó a herr Graf, quien la abrió enseguida, puso la mano en determinado compartimiento sin la menor vacilación, y sin contar nada, le dio un generoso puñado de billetes a Johann, con la dolorida faz iluminada por una sonrisa terrible.

—Por tu bien, quizá hubiera debido obrar yo de otro modo —dijo con dulzura—, pero ninguna dádiva es buena si no la acompaña una bendición. Bendito seas. Tendrías que haber comprendido, Johann, que yo no temo a la muerte. No te doy esto por miedo a que me quites la vida. Te lo doy porque temo que de lo contrario podrías convertirte en un asesino. Son dos cosas completamente diferentes, Johann. Esto es tuyo, y yo ya no soy tu tutor. Cógelo con toda libertad y sigue tu camino, hijo.

Agarrando el sólido puñado de dinero con el cual creía poder adquirir todo lo que quisiera, Johann balbució desamparado, desconcertado, desorientado por la obstinación de su tío en interpretarle mal continuamente.

—¡Tío, usted me trata como a un criado, pero a un criado no se

atrevería a estafarle como me ha estafado a mí!

—Nunca te he confundido con un criado, Johann. No intentes justificarte de una manera tan deshonesta… Y ahora te ruego que me ayudes a ponerme en la cama, porque estoy muy cansado.

Johann se puso el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta y se ocupó de sus deberes con el rostro encendido.

—Y dame un somnífero, por favor —pidió herr Graf.

Viendo cómo se lo bebía, Johann se sintió movido por la compasión. Tuvo que rechazar este nuevo y extraño sentimiento mientras desnudaba con cuidado el pequeño esqueleto tal como le habían enseñado a hacerlo, sin exhibiciones impúdicas, al sustituir el traje de día por la camisa de noche, alzándole los brazos uno después del otro y dejándolos descender con dulzura. Luego cubrió con la camisa las hinchadas articulaciones de las rodillas y levantó en vilo el cuerpo inerme como si fuese el de un niño, estirándole las piernas y arropándolo bien con la manta.

—Ya está —murmuró, con voz ronca.

—Gracias, gracias siempre —dijo su tío—. Ahora puedo descansar.

Johann se quedó de pie junto a él, vacilando. Al cabo de unos momentos, musitó:

—Gracias a *usted*, tío. Me portaré mejor, se lo prometo.

—Nada de promesas, por favor —objetó herr Graf, levantando una mano y sonriendo con su espantosa sonrisa de moribundo—. ¡Ay de mí! Mis necesidades no han cambiado. He de seguir siendo una carga para ti hasta el final del viaje. Debo vivir, Johann, para ver Alemania una vez más. Ten paciencia.

—Tío, usted no será una carga —aseguró Johann, en tono formal.

Herr Graf fijó la mirada por primera vez en una cara ingenua, afectuosa… Cosa rara, en una cara que *perdonaba*, tan transformada que apenas sabía reconocer en ella al hijo, de corazón endurecido, de su hermana, la del corazón duro.

—Buenas noches —le deseó, mientras Johann se precipitaba hacia la puerta y se paraba para mirar atrás y decir, a su vez:

—Buenas noches, tío, y descanse bien.

Herr Graf cerró los ojos y dejó que el bendito narcótico se abriese paso hacia el lento torrente sanguíneo y los doloridos

nervios.

«¡Ah! Cerrar los ojos y parar la respiración, conjurar un mundo sin luz, no, un universo de tinieblas…, eso sería una pura bendición… ¡Oh, Dios! Oscurece el sol y la luna, apaga tus planetas como yo apagaría, de un soplo, otras tantas velas. Haz descender de tus grandes manos sin nervios la oscuridad y el silencio y la quietud de las profundidades sin ojos del mar, Cura mis penas en tu oscuridad, oh, Dios mío, que tu luz me ciega. Recuérdame por un solo y misericordioso momento, escucha mi única plegaria: vive y mora en Tu propio Ser y gobierna en Tu luz por toda la eternidad, pero deja que yo desaparezca…, déjame desaparecer. No me niegues el don de Tu divino silencio, de Tu oscuridad eterna… ¡Oh, Dios, déjame morir para siempre…!».

Al acercarse al final del oscuro pasillo, Johann pudo oír ya la música, las voces y el sonido del mar. Detúvose un momento al pie de las escaleras, confuso y melancólico, con los nervios todavía doloridos por el castigo que habían recibido, mientras en lo profundo de su mente latía aún una especie de resentimiento, una sensación de haber sido víctima de una injusticia más, una injusticia de la que jamás podrían compensarle. Johann se resistía al ablandamiento del corazón con respecto a su tío, si bien no podía negarlo. Argüía consigo mismo que su tío no había hecho por él sino lo que hubiera debido hacer mucho tiempo atrás, sin esperar a que se lo pidieran, y menos aún a que le amenazasen. Johann pensó casi con desesperación: «Jamás me sentiré libre de esto… Jamás…».

Metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta para tocar los billetes, enderezó los hombros, y con una desagradable y aprensiva sensación de vacío en la boca del estómago, se puso en marcha para buscar a Concha.

No tuvo que correr mucho. Allí estaba, entretenida con Amparo y Tito cerca del piano, donde habían colocado un cestito cubierto, con los números de la rifa. Los premios estaban a la vista del público: el surtido femenino de prendas de encaje, manteles, chales y abanicos, y las dos enaguas volantes de fina tela encarnada de algodón con encaje blanco. A Johann, el corazón le dio un salto tan grande que se paró en seco un momento. Luego salió al espacio libre de cubierta donde era posible que Concha advirtiese su presencia. Pero no le vio, sino que siguió sosteniendo delante de sí

unas enaguas, golpeando el suelo ligeramente con los pies, debajo de los volantes. Fue Tito quien le vio primero. Tito hizo un signo discreto a Concha, con lo cual esta dio las enaguas a Amparo, saludó a Johann agitando los dedos, y fue a su encuentro, levantada la mano, las caderas contoneándose con aquel ritmo que el muchacho había oído que ella llamaba *meneo*. En una ocasión en que paseaban juntos, ella le cogió la mano, se la apoyó en el costado, en la cintura, encima mismo del hueso de la cadera, y le dijo:

—¿Lo notas? Solamente las mujeres españolas nos movemos de este modo. Se llama *meneo*. ¿Lo notas? Yo no soy gitana, ¿sabes? Soy española auténtica y en esto se nota.

El delicado ondular de las caderas, de un lado a otro, perfectamente natural, un movimiento de los huesos, no de los músculos —o al menos así lo sostenía Concha— inflamaron a Johann, quien dijo, acusador:

—Lo haces a propósito.

Pero la muchacha respondió, muy seria:

—No, nací de este modo. ¿No oyes lo que dicen los huesos de mis caderas? Dicen, por sí solos *meneo, meneo*…

Ahora, Johann aguardó inmóvil que Concha recorriese toda la distancia que les separaba, todavía dudoso, todavía trastornado por la amarga victoria obtenida sobre su tío, experimentando una sensación muy similar al terror al darse cuenta de lo que había hecho y de la situación con que se enfrentaba en estos momentos. Sus miradas se quedaron clavadas una en otra, mientras Concha se acercaba, y así continuaron hasta que la bailarina estuvo debajo de la barbilla de Johann, levantando la vista, sin ninguna coquetería, sin ningún ardid o reserva en los ojos. Johann hasta creyó ver reflejada en ellos la ansiedad. Estaba temblando, tan profundamente estremecido de emoción, que casi no osaba hablar por miedo a que la voz le traicionase. En cambio, la muchacha no vaciló Apoyando la mano sobre su corazón, le preguntó enseguida:

—¿Hiciste lo que te dije?

Johann arrugó el ceño y replicó en tono fanfarrón:

—¿Te figurabas que lo haría? ¿Me tienes por tan tonto?

La muchacha retiró la mano.

—*Válgame Dios*, de modo que no lo tienes.

Su desesperación ponía furioso a Johann.

—Claro que lo tengo —jactose coléricamente, sin sentir vergüenza—. Y ni siquiera lo he robado.

Concha se echó sobre él e intentó saltar a sus brazos. Johann la cogió por la cintura y la subió más alta que su cabeza. Luego la dejó otra vez en el suelo, siempre sin sonreír.

—Bailemos —propuso ella, mordiéndole el lóbulo de la oreja con los lisos y blancos dientes—. ¡Lo que hayas hecho no me importa! Y bebamos un poco de champaña —añadió, mientras giraban los dos, despacio, sin bailar, al compás de la música—. ¿Recuerdas? Me lo prometiste.

El muchacho le oprimió las costillas con más fuerza, hasta casi impedirle respirar.

—Nos vamos a la cama… ahora. ¿Recuerdas? —inquirió a su vez —. Ahora, mientras todo el mundo está ahí fuera. ¿Dónde está tu camarote?

—¡No seas tan alemán! —exclamó Concha, mientras él la conducía por cubierta, más como un agente de policía que como un amante.

—¿Qué esperas que sea? —preguntó Johann.

Pero no parecía que tuviese el pensamiento en aquella pregunta.

—Bien —dijo Concha, inquieta—. Mira… —Y el muchacho pudo sentir en el brazo levemente complaciente la resistencia que oponía todo su cuerpo—. Mira pues, si has de portarte así, yo te enseñaré mi camarote cuando tú me enseñes el dinero… ¿Cómo sé que me dices la verdad? Manolo me mataría… ¿Cómo lo sé?

—Lo sabrás —respondió él—. Espera un poco.

Ahora se sentía seguro, no había nada que temer, tenía el triunfo en el bolsillo. Su cara se despejó y tomó una expresión amistosa. Y entonces le dio a Concha un ligero pero cálido apretón que casi podía pasar por demostración de ternura.

—Mira, si me engañas te mataré —advirtió ella, cuyas dudas se desvanecían también, y hundió el hociquito debajo del brazo del muchacho.

—¿Eso te figuras? —preguntó Johann, con indulgencia señoril —. Pruébalo. —Con gesto rápido, puso a la chica delante, detúvose en el oscuro pasillo y cerró levemente las manos alrededor de su garganta—. ¿Así?

Concha se estremeció de placer y le sonrió sin la menor sombra de inquietud, respondiendo:

—No, así no. De otro modo. Mejor.

Ambos rieron mirándose, y siguieron adelante, Johann con el brazo sobre los hombros de la bailarina.

—Aquí estamos —dijo Concha, abriendo la puerta y entrando ella primero para encender la luz.

Esperaba un asalto, una brutalidad violenta, ciega, un manoseo torpe, tal como la había visto bien en hombres inexpertos o demasiado excitados, o, peor aún, el pánico y la impotencia y la furia de la impotencia o la mortal desesperación que producía, inconvenientes que ella tendría que eliminar, sin parecer que hiciera tal, pues los hombres que se hallaban en desgracia consigo mismos por este motivo tendían a volverse resentidos, poco gobernables, hasta peligrosos, le daban la culpa a ella y querían vengar su orgullo masculino ultrajado. Concha estaba en guardia, preparada para todo, pero Johann se limitó a mirarla con actitud expectante, todo él tan reluciente como su cabello de oro. Concha sentía una debilidad por los hombres rubios, y aquel resultaba ser, además, formal, afectuoso y sencillo. Un hombre que extendió la mano y le acarició el negro cabello, diciendo en alemán:

—Hermoso, muy hermoso.

Concha se rio aliviada al ver que todo resultaría más fácil de lo que había pensado. Cogió la mano del muchacho entre las suyas y le dijo:

—Vamos, no te sientas extraño, estás conmigo… Vamos a pasarlo bien los dos. —Le hizo inclinar la cabeza y le besó, luego empezó a desatarle la corbata, diciendo—: Y tú también debes ayudarme a mí. Resulta más divertido. Dime, cariño, ¿soy tu primera chica?

Johann asintió con la cabeza, sonrojándose. Después recobró la presencia de ánimo y preguntó:

—¿Por qué lo dices?

Concha se apartó del tema.

—¿Me amas? ¡Ah, bien! ¿Me amas un poquito, al menos?

—No lo sé —respondió él con voz ronca, estrechándola con tal fuerza, que a Concha le costó trabajo quitarle la camisa.

Johann empezó a tirar de la pechera del vestido de la muchacha

para alcanzar sus senos.

—Espera, ¿vas a dejar que sea muy buena contigo? —Y con un meneo del cuerpo se desembarazó de su zarrapastroso vestidito negro y dejó caer las enaguas de seda encarnada—. Soy una chica muy mala —musitó provocativamente—. Ya lo verás…

Johann no parecía oírla, y no necesitó halagos.

Herr Rieber ordenó que volviesen a servir cerveza a los músicos y solicitó por cuarta vez los «Cuentos de los Bosques de Viena». La música, el *Schaumwein*, el cielo estrellado, Lizzi, en un estado de ánimo tierno, prometedor, girando al compás del vals, casi le hacían olvidar futuros placeres en la desenfrenada abundancia de sus dichas presentes. El babero de niño se le había desviado hasta quedar situado debajo de la oreja, el gorrito se le había deslizado hasta la coronilla.

No tenía ni una sola inquietud, ni la menor preocupación en el mundo. Su ancha e incansable sonrisa dejaba ver la punta de su rosada lengua de cuando en cuando, al apretar los labios sobre el dulce bocado que le daba tanta alegría. Cogiendo bien a Lizzi por la cintura y la mano, apretó contra ella su estómago reducido y duro y se puso a cantar, sin palabras, con una voz de tenor alto.

—*¡La dedada, la dedada, la de da, de daa!* —cantaba herr Rieber, brincando como un fauno, girando sobre las puntas de los pies y mirando extasiado a Lizzi.

—*¡La dedada, la!* —respondió ella al momento, como si fuera el eco en persona.

Herr Rieber tenía la sensación de ser un fauno, un fauno ligero, que saltaba en un claro de la profundidad del bosque, dejando sobre la espesa capa de hojas caídas un rastro de flores hendidas por sus pezuñas chiquitas, afiladas, bruñidas, mientras los vientos gemían como violines en las cimas de los árboles, las dulces voces de los pájaros se gritaban «la de dada» unas a otras entre las ramas, donde suspiraban las cuerdas de las arpas, y la ninfa aguardaba al joven macho cabrío, el semidiós, el de pezuña ligera y dispuesta a brincar sobre la bien parecida criatura de largas piernas y vestido verde que sabía apreciar una buena travesura.

—*¡Ah, la dedada, la dedada!* —cantaba el joven fauno a todo pulmón con enajenado arrobo, girando alocadamente sobre la mismísima punta de las afiladas pezuñas, mientras la ninfa,

echando el cuerpo hacia atrás desde la cintura, giraba tan de prisa que su falda de encaje se extendía y se levantaba por detrás cual un abanico que se abre.

Hansen, hundido en su silla, acariciando la botella de cerveza, los miraba furioso, y fruncía el ceño peligrosamente. Habían pasado por delante de él varias veces. La última tan cerca, que la falda de Lizzi le rozó las rodillas, una afrenta tan terrible que, si se repetía impulsaría a Hansen a estirar la pierna y enviarlos a los dos rodando por el suelo. Cuando la pareja venía hacia él más vertiginosamente que nunca, Hansen reunió sus facultades y adelantó un pie para estar preparado. Esta vez la falda de Lizzi le rozó la cara. Hansen parpadeó y se echó atrás. Y la bota de herr Rieber descendió pisoteándole cruelmente los dedos del pie. Con un retumbar subterráneo de gruñidos, herr Hansen se levantó instantáneamente, desplegó toda su estatura y abatió la botella de cerveza con toda la fuerza de su brazo sobre el cráneo desnudo, indefenso, de herr Rieber. Este se paró en seco, con una expresión de sorpresa inmensa. El cristal se rompió y al momento apareció sobre el cráneo una larga raya de un color encarnado vivo.

—¿Lo ve usted? —preguntó severamente herr Hansen, como si hubiera demostrado algo hasta la saciedad, sin que cupiera ya ninguna discusión—. ¿Lo ve usted?

El golpe hundió todavía más profundamente a herr Rieber en la fantasía que estaba acariciando. Balando como una cabra: «¡Baaah, meeeh!», cargó contra herr Hansen, lanzándole un certero cabezazo al sensible diafragma en el punto exacto en que las costillas se separaban. Herr Hansen se dobló exageradamente por la cintura, dando bocanadas en busca de aire. Antes de que pudiera recobrar el aliento, en cuestión de segundos, herr Rieber cargó de nuevo.

—¡Baaaah, meeeeh! —baló al mismo tiempo que corneaba con todo su poder, dejando sucias manchas rojas sobre la pechera de la camisa de herr Hansen.

—¡Deténgase! —articuló herr Hansen, dando boqueadas y con el pecho subiéndole y bajándole penosamente. Se encogió otra vez y apartó la cara de herr Rieber con la palma de la mano—. ¡Basta ya! ¡Basta de una vez!

Herr Rieber apartó aquella mano y retrocedió para una tercera embestida. El músico del bombo se liberó la frente del sombrero de

papel y cogió a herr Rieber, que puso cara de confusión y no se resistió. El violinista posó una mano dulce y apaciguadora sobre herr Hansen, pero fue despedido de una sacudida como un gatito. Al cesar la música de un modo tan súbito, los estudiantes cubanos, que bailaban con las muchachas españolas, se agolparon en círculo para presenciar el espectáculo, y al ver el cráneo festoneado de sangre de herr Rieber, se pusieron a gritar:

—*¡Que viva la sangre! ¡Viva la barbaridad!*

Frau Rittersdorf y los Hutten se habían sentado juntos, no tanto en calidad de espectadores como en calidad de modelos vivientes de decoro, repudiando públicamente un espectáculo indigno. En este punto, se levantaron ostentosamente, aunque nadie se fijó, y se retiraron de allí.

Frau Rittersdorf comentó:

—Habremos tenido suerte si llegamos a puerto vivos.

Conclusión tan obvia que los Hutten no la consideraron digna de una contestación.

Lizzi permanecía de pie, mirando con ojos desorbitados, una mano sobre la boca y la frente arrugada por la sorpresa. El violinista le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Vamos, vamos… —le dijo en tono tranquilizador.

Ante ese gesto amable, Lizzi salió de su embotellamiento y se dio cuenta del desastre en que estaba metida. En su rostro se marcaron de pronto unas arrugas pequeñas y finas. Apartándose del músico, echó a correr ciegamente con el cuerpo doblado, las manos levantadas con las palmas adelante, lanzando agudos gritos de una pava real angustiada. El violinista la siguió prestamente, ofreciéndose:

—Fräulein, permita que la auxilie, si es posible. No se vaya sola.

Lizzi levantó el hombro, apartándolo de la mano del músico, y estalló en una mezcla estridente de carcajadas y llantos. Al pasar al lado de herr Rieber, no le dirigió ni una sola mirada. Por su parte, él no la vio marchar. No se acordaba de ella. Herr Hansen se alejó de allí, solo, oprimiéndose fuertemente el estómago con los brazos. El músico del bombo no se alejaba de herr Rieber, que estaba visiblemente atontado. Tanto Rieber como Hansen se pararon bruscamente, a cierta distancia uno de otro, y se inclinaron sobre la baranda. Ambos se incorporaron, tras de unos momentos de

agitación, se secaron la cara y continuaron adelante, dando traspiés al compás del balanceo de la cubierta.

Para entonces, el violinista se arrepentía de sus galantes tentativas en favor de una hembra afligida, pero que no manifestaba sino la más vergonzosa ingratitud.

—¡No me toque! —gritaba ella cada vez que él intentaba asirla por el brazo para guiarla.

Y el caso es que estaba dando traspiés por todo el pasillo, de un lado para otro, chocando con las paredes, y además, Dios sabía que era la mujer más fea que el violinista hubiese visto en su vida. Sin embargo, esclavo de la buena educación recibida y quizá de su buen carácter natural, el músico perseveró, poniendo al mal tiempo buena cara, y al fin consiguió descargar aquella molestia de mujer en la puerta adecuada, a la que llamó todo lo fuerte que osó, y se quedó aguardando.

Denny se levantó del taburete del bar por primera vez en toda la noche, y dijo:

—Tengo que hacer. Voy a salirle al paso a Pastora. La veo zumbando por ahí con uno de esos cubanos. Tendrá que darme algunas explicaciones detalladas… ¡y ella no se lo imagina!

David, que estaba embotado desde hacía mucho rato y no había saboreado ninguno de los progresivos placeres de la embriaguez, sintiose ahora bastante imparcial para ofrecer un buen consejo a Denny, quien, obviamente, hiciese lo que hiciere, siempre acababa haciendo lo que no debía.

—Tendría que haber empezado antes, quizá. Ahora ha perdido usted el control. No sabrá calcular las distancias ni dirigir los puñetazos. Recuerde que es peligroso golpear a una mujer en *cualquier* parte, incluso cuando uno está sereno. Todo su cuerpo tiene puntos delicados. No pueden resistirlo.

—Esa lo resistirá —contestó Denny, con firmeza.

Se tambaleó, cogiose a la barra con la mano izquierda, se dio un golpe en el estómago con la derecha y soltó un sonoro eructo. Como si esto hubiera tenido la virtud de proporcionarle equilibrio, se puso a caminar, en línea bastante recta, hacia los que bailaban. David le siguió, confiando ver cómo le daban el castigo merecido. Nada de eso. El estudiante cubano renunció al momento a todos sus derechos sobre la bailarina. Antes de que pudiera negarse y huir, Pastora se vio cercada por los brazos de Denny. Mientras se bamboleaban en una serie de elipses, Pastora le alejaba sujetándole por los codos, y Denny se apoyaba en sus hombros en espantoso silencio, echando sobre la cara de la mujer una mezcla maloliente de vapores impuros.

—¡Suélteme! ¡Apesta como un buharro! —gritaba Pastora, apartándose y luchando por soltarse.

Una situación que no podía dar ningún fruto bueno, opinaba David con agrado. Con el corazón alegre, deseaba que a Denny le

costase mucho trabajo tumbar a Pastora al suelo, y tuviera toda la mala suerte del mundo en tal empresa.

Por su parte, tenía bastantes problemas particulares, y como había empezado a hacer últimamente —cuando el whisky, según confiaba él, le había despejado la cabeza y había embotado el filo de sus ansiedades—, se maravilló de su falta de amor propio al permitir que ninguna mujer —y menos aún una mujer como Jenny — ocupase su mente y acaparase sus pensamientos noche y día, se mezclase en sus planes y le desviase hacia lugares a los que nunca se había propuesto ir, le acorralase con argumentos falsos y se aprovechase de sus debilidades poniendo en juego las armas de las lágrimas y la posesión carnal, desordenase su trabajo y le empujase a la bebida… Sencillamente, sus artimañas de zorra condenada no tenían fin… En nombre de Dios, ¿en qué había estado pensando él? Ahí estaba, emborrachándose todos los días solo para alejarse y dejar de pensar en ella, ¿y qué resultados había conseguido? ¿Qué había sido de Jenny? Pues la muchacha que David creía conocer había desaparecido tan por completo que él casi tenía que pensar que la había fabricado él mismo con reminiscencias y cabos sueltos de sus sueños e imaginaciones de adolescente. Por supuesto, ya era hora de que se hiciese mayor. No existía, ni podría existir nunca una muchacha real que fuese como él había soñado que Jenny era…

La borrachera estuvo a punto de tumbarle al suelo. David se apoyó en la barandilla, sujetándose la cabeza, y aunque las rodillas le temblaban bajo el cuerpo, y la garganta le subía hacia la boca, como le pasaba a menudo con provocaciones menores, su corazón y su voluntad se endurecieron, como si tuvieran una vida propia e independiente, no sujeta a los caprichos del alcohol.

—Maldita seas, Jenny ángel, te abandono. Ya no quiero pelear más contigo. No vale la pena. Yo no puedo vivir así.

Al oír su propia voz, paseó una mirada en torno suyo, alarmado, pero no vio a nadie por allí.

Entonces la voz animada de Jenny tomó la palabra con su alegre e insoportable tono de burla:

«… Y entonces el emperador Cuatomoc le habló desde su fosa de fuego y preguntó: “¿Y tú te figuras que yo estoy en un lecho de rosas?”».

Esta frase la había dicho ya mucho tiempo atrás, cuando él no la

tomaba en serio. Si le hacía saber que le acarreaba pesares y le hacía desdichado, Jenny respondía siempre saliéndose por la tangente de que ella también era infeliz, y él tenía la culpa, y estaba convencida de que si ambos ponían en ello bastante empeño, habían de ser muy dichosos juntos. Pero nunca decía de qué modo habían de poner el empeño, ni cuál de los dos había de empezar.

Pastora, con cara furiosa, pasó a todo correr con las faldas de volantes y la negra mantilla de encaje ondeando detrás y mirando por encima del hombro, cruzó la primera puerta que halló a su paso. Denny, muy distante de su centro de gravedad, se aproximó más lentamente, pero persiguiéndola en serio. Al pasar junto a David, le guiñó el ojo y le dijo confidencialmente:

—Se figura que va a escapar, pero en todo el barco no tiene un sitio donde esconderse. Ya la alcanzaré, no se apure.

David le dijo:

—Quizá sería mejor que esperase usted hasta mañana. Se encontraría en mejor forma. Pero Denny movió la cabeza obstinado, y contestó:

—No, esta es la noche.

Y siguió adelante, tambaleándose y desperdiciando muchos movimientos, pero llegó sin percance a la puerta por donde había desaparecido Pastora, se apoyó en la jamba unos segundos, y luego continuó la marcha.

David andaba errante sin propósito fijo, cruzándose con verbeneros extraviados a los cuales veía como a través de una espesa niebla: mistress Treadwell con el joven oficial de aire solemne; la pobre Elsa, a la cual acompañaban sus padres, seguramente a la cama; el doctor Schumann, que parecía caminar dormido; todos ellos pasaron por su lado como barridos por el viento, y del otro costado del barco llegaban flotando los acordes de aquel vals interminable y fastidioso «Cuentos de los bosques de Viena». Al final, David reconoció adónde se dirigía, a quién buscaba y qué esperaba descubrir. Se había quedado insensible, su sistema nervioso estaba muerto, y no obstante sufría, con una congoja tan de muerte, que le causaba un estremecimiento de espanto. Por primera vez en su vida, temía de verdad que iba a morir. Pero no podía hacer otra cosa, no tenía otro recurso que seguir andando, subir un tramo de peldaños tras otro, hacia la cubierta de los botes,

para una vez allí dar una vuelta, recelosa, a hurtadillas, hasta que los encontró allí, juntos. Y vio que ni siquiera trataban de esconderse. Sus pesquisas terminaron con una inflamada sacudida de su sangre, como si no hubiese sabido desde el primer momento que estarían allí. Estaban acurrucados en la cubierta, la espalda apoyada contra una chimenea, las rodillas levantadas, vueltos el uno hacia el otro, las frentes tocándose, los cuerpos abrazados y adaptándose perfectamente el de uno con el del otro. La luz incierta de la luna, filtrándose por un desgarrón de las nubes, brillaba sobre la cara de Jenny, que tenía un blanco de escarcha, y los cerrados ojos y labios, la expresión de una persona que duerme y está sufriendo. Freytag la sujetaba con firmeza y holgura a la vez. Sus brazos la rodeaban por completo y las dobladas manos de Jenny, dentro de una del galán, reposaban sobre sus propias apretadas rodillas que se inclinaban hacia él en un gesto de abandono.

A David se le quedaron las manos y los pies helados, la nariz se le puso afilada y blanca, con las aletas vibrantes. David notaba que su nariz cambiaba de forma, se replegaba sobre sí misma de puro asco. Una confusión espantosa, compuesta de vulgares celos, indignación ante el descarado ultraje, disgusto y odio contra Jenny hizo sentir al momento su vocerío dentro de él. Sin embargo, no hubiera sabido decir qué era lo que le resultaba más aborrecible, si la escena en sí misma y lo que significaba; la cara que ponía Jenny de desvergonzado y doloroso arrebato, o el dominio de sí mismo que demostraba Freytag, la manera familiar de sujetarla, de gobernarla, la especie de pericia profesional de un amaestrador, de un domador de mujeres.

Esto era lo que David, ni entonces ni después, podía tolerar. Un instinto asesino se agitó en su pecho a la vista de la faz compuesta, amistosa de Freytag, con su mirada agradablemente jubilosa. Evidentemente, estaba esperando que Jenny pasara a otra fase de su deseo —atentamente ayudada por él— y se declarase ella primero, antes de que él la estrechase por completo. Tan absortos estaban en sí mismos, que se hubiera dicho que se encontraban en una torre o en una isla. Freytag apartó su frente de la de Jenny, y extendiendo una mano sobre su cabello, sostuvo su cabeza a cierta distancia, con la cara vuelta hacia la suya propia, estudió esta con sosegado interés durante unos segundos y luego la besó en la boca

pausadamente, recreándose en el beso. Jenny se revolvió y pareció querer hundirse en los brazos de Freytag. Este la atrajo hacia sí por completo, con gesto competente, sin prisa ni excitación y la ayudó a estirar las piernas, hasta encontrarse tendido y arrimado a ella, acariciándole el pecho.

Después, mirándole aún la cara, levantó el hombro con desenvoltura y cubrió con el suyo la parte superior del cuerpo de la joven. Ahí se paró, y arrimó su mejilla a la de Jenny, como si escuchase su respiración. Luego se apartó de nuevo, acunando la cabeza de la muchacha con el brazo, y empezó a reír con una risita muy rara, entre dientes, solo para sí mismo. Enseguida le zarandeó un poco la cabeza, la besó, la hizo sentarse y trató de ponerla en pie.

—¡Deberías avergonzarte, so frescales! —le dijo con el mejor humor del mundo—. ¡Mira que perder el conocimiento en un momento como este!

Jenny gimió y dijo:

—¡Oh, déjame sola! ¡Déjame aquí!

—Sabes que no puedo hacer eso —respondió Freytag, en un tono muy similar al de un hermano contrariado—. Ahora levántate, Jenny, no fastidies.

David, que seguía de pie, petrificado, a la sombra de la chimenea, se volvió, horrorizado y humillado hasta lo más profundo, y bajó las escaleras de puntillas, con la cabeza zumbándole como un caracol de mar.

En el bar, herr Baumgartner, agrietado el maquillaje de payaso, las patillas en el suelo, debajo de una silla, tanteó en busca del vástago de su copa, volcó la taza del café y derramó el negro líquido sobre la servilleta. Sirviéndose de esta como de pañuelo, se puso a llorar en silencio, secándose la boca, los ojos y la frente, muy afligido. Su mujer le miraba con unos ojos como ágatas, y con voz baja y dura le dijo:

—Todos se esfuerzan por no mirarte. De modo que, a pesar de todo, supongo que no estás dando un espectáculo público.

Herr Baumgartner engulló el *Benedictine* —el caro regalo que se concedía después de comer, los días festivos— de un solo trago, sin saborearlo. Estirando el brazo por encima de la pila de platos que había entre ellos, tocó el dorso de la mano de su mujer con el índice y le dio unos golpecitos. Ella no pudo ver más que un ojo empañado, indefenso, detrás de la servilleta y el tembloroso ángulo de unos labios llenos de reproches inexpresados.

—*Meine Liebchen*[34] —le dijo—. ¿Lo has olvidado? Hoy hace diez años que nos casamos.

—¿Acaso hay algo que recordar? —preguntó ella, sin misericordia—. ¿Qué ha sido nuestro matrimonio? Un infierno, un pequeño infierno en la tierra desde el principio.

—No, desde el principio, no —objetó él—. Eso no es cierto…

Ella le atajó enseguida, ferozmente determinada a negarlo todo, excepto su infelicidad, incapaz de recordar, negándose a recordar nada que no fuese desilusiones.

—¡No me digas que no sé lo que ha sido! ¡Oh! ¿No te da vergüenza la vida a la que nos has condenado?

Herr Baumgartner se cubrió la cara de nuevo y gimió a través de la tela.

—Sí, estoy avergonzado, lo estoy siempre. Pero me muero, Gretel, tú sabes que me estoy muriendo a causa de estas úlceras, que quizá sean un cáncer, ¿cómo podemos saberlo? Yo me estoy

muriendo, pero a ti, ¿qué te importa? ¿Qué te ha importado nunca?

—Si pusieras fin a ese beber día y noche, te encontrarías bien —replicó ella, inclinándose hacia él—. Tú quieres estar enfermo, quieres arruinar nuestras vidas. Ahora te comprendo. Tú me odias. Lo haces para humillarme.

Herr Baumgartner irguió los hombros, los dejó caer de nuevo, se bamboleó y se agarró a la mesa crispando los puños.

—Muy bien —argulló—. Esta era la última amarra. Piensa lo que quieras. He terminado, he vivido ya demasiado tiempo… Ni una hora más de un tormento semejante. Voy a matarme…

—¡Claro! —exclamó su esposa, paralizada de rabia y de miedo —. ¡Ahora empieza otra vez con eso! ¡Vaya! ¿Cómo y cuándo piensas poner fin a tu vida esta vez? Me gustaría saber, una vez al menos, qué planes tienes.

—Me arrojaré por la borda dentro de un segundo —afirmó él, engullendo el café—. Esta será… —Golpeó la taza contra la mesa con tal violencia, que la hizo pedazos; varias personas volvieron los ojos hacia él, para apartarlos de nuevo al instante. Herr Baumgartner sorprendió todas las miradas en el preciso momento que se desviaban y soltó el trompetazo de una carcajada teatral, desnuda de alegría—. ¡Esta será la manera más segura!

—Sí —dijo su mujer, provocándole—. Causarás un sinfín de molestias y serás rescatado como «Bebé»…

—O acaso como el vasco —recordole él.

—¡Bah! —exclamó la mujer—. ¡Me das náuseas!

El marido vio con tristeza que su mujer estaba única y exclusivamente enojada, que se estaba tomando aquello meramente como una querella más, pero él había ido demasiado lejos para retroceder. Tenía que persistir hasta haberle hecho creer que su amenaza no era baladí, hasta inducirla a entrar en acción para evitar que la llevase a cabo, como correspondía a toda buena esposa.

Frau Baumgartner casi leyó sus pensamientos. Vio que esperaba su siguiente paso con perversa especulación infantil en la mirada, tratando de medir los límites de su resistencia, y obligarla a ceder y a suplicar hasta que, en honor de ella, consintiera en vivir. En lugar de hacerlo así, la mujer se arrellanó en el asiento, cruzó los brazos y advirtió, en tono fatigado:

—Como nunca harás nada, deja ya de decir tonterías. Estoy cansada de todo esto, me voy a la cama y tú puedes quedarte aquí todo el rato que quieras.

Con esto, el marido se levantó de un salto ciegamente y dio unas cuantas largas zancadas hacia la puerta más próxima. Desde allí, miró atrás. Su mujer continuaba con los brazos cruzados y no le miraba. Cuando él volvió la cabeza de nuevo desde la cubierta, ella había abandonado la mesa y caminaba en dirección opuesta, haciendo revolotear por el aire las chillonas cintas de su cofia de campesina.

Atontado por el impacto de aquella traición, de aquella deserción —la última cosa en el mundo que hubiera esperado de su esposa—, herr Baumgartner salió tambaleándose y remoloneó a lo largo de la barandilla, con ojos inquietos, esperando que apareciese al poco rato por cualquier lado. Sin duda, ella quería castigarle unos minutos. Luego se presentaría inopinadamente para cortarle el paso, para detenerle, suplicarle, hacerle entrar en razón, como lo había intentado tan a menudo. Esperando el momento, herr Baumgartner se paró en seco, con la cabeza entre las manos, los codos apoyados, intentando fingir que realmente tenía intención de saltar, Con la mirada fija en las alborotadas olas que subían y bajaban, sacudido por el alarmante balanceo de la cubierta, se estremecía de vivísimo horror al imaginarse a sí mismo, de pie en la baranda por una fracción de segundo sobre las espantosas profundidades, dando el salto en el momento en que el buque se inclinaba hacia aquel costado, describiendo un arco por el aire, cabeza abajo, precisamente en la misma fracción de segundo en que Gretel acudiría corriendo hacia él, con los brazos extendidos, las manos juntas, implorando: «¡Oh, no, no, no! ¡Espera, amor mío, perdóname!».

Y se echó hacia atrás con un terror tan grande, que faltó poco para que chocase con mistress Treadwell, la cual estaba paseando con el subteniente de cara adolescente con quien herr Baumgartner la había visto antes. Ambos reían, alegres, y andaban en zigzag al compás del balanceo del barco. El oficial rodeaba a la americana con el brazo.

—Perdón, perdón —murmuró, recobrando el equilibrio, doblándose por la cintura y tratando de dar un taconazo.

La pareja inclinó la cabeza en un saludo, fijó sobre él sus ojos distantes, agitó levemente las manos y siguió su camino, indiferente por completo a sus sufrimientos, tan fríamente despreocupada que no se le ocurría siquiera que él estuviera a punto de poner fin a su mísera existencia —¡peor aún, incapaz de imaginar semejante desastre!— sin más humanidad ni compasión en sus pechos que las que tenía su despiadada esposa. Herr Baumgartner se acercó de nuevo a la baranda, cogiose bien, y volvió a contemplar las agitadas aguas y la situación en que se hallaba, con un poco más de calma.

De manera que quedaba abandonado a su suerte, en aquel momento y lugar. ¡A tal situación había llegado! ¡Y cuán tonto había sido al esperar algo mejor! Era trágico que uno se viese abandonado a la desesperación por la esposa a quien había amado, en la cual había depositado su confianza y a la que había dado lo mejor de lo mejor, la esposa de quien esperaba que sabría apreciar la devoción del marido, respetar la nobleza de sus móviles, sostener su coraje con fidelidad incesante, mirar con indulgencia sus debilidades, pues, ¿qué hombre está completamente libre de ellas?, concediéndole libertad absoluta en todo, mientras ella, por su parte, se sujetaba a las restricciones, guardaba las apariencias y obedecía la disciplina cotidiana de la vida conyugal… Pues, ¿a qué otra cosa está destinada una mujer? Y sin embargo, allí estaba él, en medio del mar, una medianoche de setiembre, azotado por el viento húmedo y frío, a punto de suicidarse. Y ella no había movido un solo dedo para salvarle. Peor aún, se había mofado, le había incitado con sus burlas a realizar su propósito.

¡Ah, sí! Aquello era el fin. Herr Baumgartner no podía soportarlo. Y no lo soportaría, además. ¿Qué locura se había apoderado de él para soñar ni por un momento en dejar huérfano a su único hijo, su hijo inocente, aquella promesa en flor, y con tan pocos medios por añadidura? Su insensible madre se casaría otra vez, no cabía duda, y dejaría al niño a la tierna merced de un padrastro, del mismo modo que había dejado al padre a la de un mar cruel. Empujado por una nueva oleada de miedo, sintiéndose ultrajado, pero notando, asimismo, en su interior una resolución nueva, empezó una larga y confusa pelea para regresar a su camarote, sin ningún plan concreto en el pensamiento, sin otra cosa que una idea fija que parecía arraigada en algún punto de sus

entrañas: la idea de que había llegado la hora de saldar ciertas cuentas, vencidas hacía mucho tiempo, con la víbora de mujer a quien había cobijado en su seno aquellos diez años calamitosos.

Frau Baumgartner abrió la puerta de su camarote sin ruido y cubrió la lámpara de la pared con la palma de la mano al abrir el interruptor. Hans estaba acostado, tal como le dejó. El niño abrió los ojos y parpadeó, sonriendo. La madre se sentó en el borde de la cama, y con un temblor en la voz que no podía dominar, le preguntó:

—¿Dormías? ¿Soñabas?

—Un poco —respondió él, tímidamente—. Escuché la música mucho rato.

—¿Has rezado tus oraciones?

—Me olvidé —contestó el niño con ansiedad, temiendo una represión.

Pero en vez de regañarle, la madre le pasó la mano por el cabello y le besó.

—Las rezaremos más tarde —anunció—. ¿Te gustaría que te contase un cuento?

Hans se sentó en la cama sin pensarlo dos veces, dichoso y perfectamente despierto.

—¡Oh, no me has contado ninguno desde que subimos a este barco!

—Pobre hijito —dijo la madre, alcanzando el bolso de la labor y sentándose junto a él otra vez—. ¿Cuál quieres que te cuente?

—El de Hansel y Gretel —respondió él, enseguida—. Me gustaría este.

—Has crecido ya mucho para escuchar un cuento tan infantil —comentó la madre, haciendo un esfuerzo por dominar el temblor de sus dedos y comenzando la labor de punto.

—Pues todavía me gusta —afirmó el niño, con cierta timidez—. ¿Es eso un suéter para mí?

—Sí, y pienso terminarlo antes de que lleguemos a Bremerhaven. Sencillamente, no puedo seguir preocupándome por nada. —Al cabo de una corta pausa, durante la cual el pequeño

Hans observó el rostro de su madre para descubrir el significado de lo que había dicho, ella le sonrió y empezó—: Éranse una vez dos hermanitos, un niño y una niña, que vivían en la Selva Negra. Él se llamaba Hansel… Hans, lo mismo que tú. Ella se llamaba Gretel, lo mismo que yo. Y un día estaban vagabundeando por el bosque, cogiendo flores, cuando he aquí que llega hasta ellos una bruja vieja…

La voz de la madre se volvió segura y suave, adquiriendo el murmullo dulce que arrullaba al niño hasta dejarlo dormido lo mismo que meciéndole en una cuna. Cuando llegó al pasaje en que los hermanitos meten a la malvada bruja vieja dentro de su propio horno en llamas, los párpados de Hans se agitaron en un vano esfuerzo por no cerrarse, pero al final abandonaron la lucha, y cuando la bruja, condenada sin remisión, lanzaba un aullido, Hans exhaló un largo suspiro y dejó rodar la cabeza sobre la almohada.

Frau Baumgartner cubrió la lámpara con un pañuelo pequeño. Lloraba. Luego se sentó otra vez y continuó la labor a ciegas, contando los puntos. Aunque tuviera que pasar de aquel modo la noche, iba a seguir sentada allí, haciendo labor de punto y aguardando a su marido.

Cuando herr Baumgartner abrió la puerta de par en par y entró resueltamente, apenas pudo dar crédito a lo que vio allí, a pesar de que resultaba demasiado claro. Hasta entonces no sabía qué haría o diría, mas cuando su mujer levantó la obstinada faz hacia él y le miró sin pizca de arrepentimiento, él levantó, a su vez, el brazo derecho. La mujer desviose violentamente hacia un lado, pero las lágrimas corrían de nuevo por su mejilla antes de que la palma de la mano del marido la hiriese cual un remo de madera. Fue un cachete leve, que no le hizo ningún daño, pero al levantarse dé la silla, frau Baumgartner se tambaleó y cayó, dando con el pómulo en la pila del lavabo. Hans se despertó, acobardado y encogiéndose de pánico. Se cubrió los ojos con los cruzados brazos y soltó un alarido. El barco cabeceaba tanto, que frau Baumgartner hacía inútiles esfuerzos por levantarse del suelo. Su marido le dio las manos y la ayudó.

—¡Hacer calceta! —gritole, al mismo tiempo que la levantaba en un arrebato de pena, olvidada completamente la cólera—. ¡Oh! ¿Cómo podías? ¡Hacer calceta estando yo a punto de destruirme a

mí mismo! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué hace un hombre con una mujer así?

—¡No me importa! —gritó la mujer, con aterradora obstinación —. ¡No me importa! Mira a tu pobre hijo… Le estás dando un susto de muerte. ¿Qué será de él si nos ve de este modo? ¡Deberías avergonzarte!

El padre se volvió hacia el hijo con los brazos abiertos para abrazarle. Hans le imploró, extendiendo las manos adelante:

—¡No, papá, por favor, no me pegues!

Ese fue el alfilerazo que se le clavó a herr Baumgartner hasta la médula. Cayendo de rodillas al lado de la cama, atrajo sobre su pecho al sollozante niño y murmuró tiernamente:

—Pobre niñito de papá, pobre hijito mío bueno… Yo no sería capaz de dañar ni un cabello de tu cabeza. ¿Cómo has podido pensar que te pegaría?

Hans se puso tenso y apartó la cabeza con rígido movimiento del hedor del aliento que le echaban sobre la nariz. Cerraba la boca con fuerza, y sentía con horror cómo las pegajosas lágrimas de su padre se juntaban con las suyas propias sobre su mejilla; su madre se acercó en silencio, ya sin llorar, mientras en la mejilla se le empezaba a formar un extenso cardenal.

Cubriendo a su marido y a su hijo con los brazos, dijo con la voz más cariñosa:

—Mira, Karl, esto ha de terminar. Hacemos mal atormentando al niño con nuestros disgustos. Se pondrá enfermo. No lo olvidará nunca. Procura perdonarme, Karl. Estoy arrepentida.

El marido se irguió, se volvió al momento y atrajo a la mujer hacia sí, casi encima de Hans, que se apartaba de en medio de ellos cuanto le era posible.

—Mi dulce Gretel —dijo—. Yo también estoy arrepentido. ¡Tengo el corazón destrozado!

—¡Oh, no, no! —gimió ella, acongojada.

Deshechos en lágrimas y sorprendidos por una sensualidad que estaba despertando, empezaron, no a acariciarse recíprocamente, sino a acariciar al niño, que estaba entre los dos. La pasión que acababa de surgir entre ellos, iba y venía por encima y a través de él como una ola. Hans se echó de costado, intentando librarse de la cárcel de los brazos de sus padres. Entonces ellos se dieron cuenta y le soltaron. El niño se acurrucó de nuevo en la cama, de cara a la

pared, procurando no verles. A su madre se le había caído la cofia, que ahora rodaba por el suelo, arrugada y manchada por las suelas de los zapatos de ambos. Cuando se inclinó para recogerla, su padre se le adelantó apresuradamente y se la entregó. Ambos se levantaron. Luego volvieron a sentarse, rodeándose mutuamente con los brazos.

—¡Oh, oh, oh! —iba murmurando su madre, con una voz sin aliento, escondiendo la cara en el hombro de su padre, como si quisiera que la ocultasen—. ¡Oh, oh!

Cuando ella levantó la cabeza, sus ojos errantes se posaron en el niño, que volvía la cara hacia el otro lado y tenía los brazos colgando. Hans ofrecía el mismo aspecto que cualquier otro niño perdido en la habitación y que no estaba seguro de cómo le acogerían. Sin moverse —pues ahora era su marido quien escondía la cara en su hombro—, la mujer habló a Hans con su acostumbrada voz maternal:

—Lávate la cara y las manos, hijo mío, te sentirás mejor. Date prisa. Con agua caliente, no fría. Es tarde para que continúes despierto. Ahora todos vamos a dormir, a dormir.

Hans se levantó y se puso a lavarse la cara tímidamente, manoseando la húmeda toalla. Los párpados bajos, como si le avergonzase que le viesen en camisa de noche, lavándose delante de aquellos desconocidos. En medio de un desamparo sin palabras, curvados los labios de tristeza, secose la cara y las manos y trepó a la cama, cubriéndose con las mantas hasta la barbilla.

Su madre se acercó de nuevo, dulcemente.

—¡Oh, no te inquietes, queridito mío! Duérmete, duérmete… Todo ha terminado. No ha sucedido nada malo. A veces nos enfadamos con las personas a quienes queremos más.

Reza tus oraciones, amorcito mío… Buenas noches.

La madre sonreía vagamente, pero no a él, al niño, sino a algo que estaba pensando. Su padre se acercó también y le besó con labio húmedo, en la mejilla.

—Buenas noches, hombrecito mío.

Y apagaron la luz y se desnudaron rápidamente. Hans lo sabía por los leves roces y sonidos.

En la oscuridad, permanecía quieto, los brazos cruzados y apretados contra el pecho, el estómago apelotonado en un nudo

duro, oyendo en la estrecha cama, distante solo unos pocos pies, a sus padres, que se movían, se revolvían. El sonido de las ropas de la cama subidas para arriba, luego rechazadas para abajo; el susurro y el siseo de su conversación en voz bajísima, las respiraciones superficiales, irregulares y el suspirar lento, acompasado de su madre, «oh, oh, oh», como si le doliera algo; y la respiración fuerte de su padre, acabada bruscamente en un gruñido largo y bajo.

Allí, en la oscuridad, ocurría algo horrible, algo espantoso que sus padres le escondían. Hans forzaba los ojos para mirar, pero no se veía sino un muro de oscuridad absoluta, mezclado con los ruidos de una pelea. Aunque no se podían llamar siquiera ruidos, sino una especie de conmoción, como si sus padres estuvieran luchando, pero quizá no, porque el corazón le latía tan fuerte y ruidosamente que le ensordeció durante un rato. Cuando los oídos se le despejaron otra vez ya no se oía nada. Después oyó a su padre, preguntando con ternura en un susurro lento:

—¿Cómo te encuentras? ¿Eres dichosa?

Y el murmullo soñoliento de su madre:

—¡Oh, sí, sí, sí, sí…!

Los músculos y los nervios del chiquillo y hasta las puntas de sus dedos y las raíces de su cabello cedieron de golpe todos a la vez, por completo, en todo su cuerpo, como si el millar de cuerdas que le ataban por todas partes se hubieran roto de pronto. Un prolongado bostezo de delicioso sueño se extendió por todo su ser como agua tibia y se tumbó abandonadamente sobre el costado, casi boca abajo, hacia la pared. Sentía las manos y los pies y el pescuezo relajados, blandos, y se durmió vagando dichosamente a la deriva de una nube a otra, completamente solo en aquella blanda oscuridad sin sonidos ni sueños.

Con mistress Treadwell y su joven oficial reuniéronse otros oficiales jóvenes que parecían llevárselos a una ronda de copas, al mismo tiempo que hacían el recorrido del barco. La dama recordó más tarde que se había mostrado muy alegre en todas partes. Primero en la panadería, donde ayudó a unos chavales muy corteses a hacer bollos. Su grupo visitó la cocina, el bar, el comedor de los oficiales, las cuatro cubiertas, el cuarto de máquinas, y se hallaran donde se hallasen, les seguían las bandejas de licores. A mistress Treadwell le ofrecieron —y ella aceptó— coñac, «Chartreuse», oporto, «Amer Picón», vino del Rhin y champaña alemán. En determinado punto toparon con el sobrecargo, quien se llevó la sorpresa de su vida cuando mistress Treadwell le saludó como a un excelente compañero y le besó cariñosamente. Por su parte, él devolvió el cumplido con un caluroso beso en la mejilla y una mirada de comprensión que fijó en sus ojos.

—¡Vaya! —exclamó con acento indulgente, y continuó adelante, con su paso tardo, seguido por los oficiales jóvenes.

Entonces el compañero de aquella noche de mistress Treadwell pareció esperar que le besase también a él, y ella le preguntó por qué. El oficial contestó que se trataba de una cosa para la cual uno no alegaba razones. Mistress Treadwell consideró que sería una idea mucho mejor esperar hasta el día siguiente para ver qué opinaban ambos entonces del caso. El oficial no supo disimular el horror que le producía semejante punto de vista.

—¡Eso es, sencillamente, terrible! —le dijo con cara muy seria.

—Supongo que sí —asintió mistress Treadwell—. Lo siento.

El encantador joven parecía bastante malhumorado, y mistress Treadwell se dio cuenta por primera vez de que llevaba una linterna. Con tal instrumento, el oficial iluminaba los pies de la dama, alumbrándole el camino, y descendieron los estrechos peldaños en silencio, cogiéndola él del brazo con firmeza.

—No creo que esté serena —informole al fin—. En el puente se

ha ofrecido usted para gobernar el barco. No ha pasado nada malo, por supuesto, pero creo que es la primera vez que al capitán le hacen un ofrecimiento semejante.

—Sin duda lleva una vida muy retirada, pobre hombre —comentó mistress Treadwell.

Recorrieron toda la cubierta principal, pasaron al lado de los músicos y los bailarines, se fijaron en Lizzi y herr Rieber, que seguían bailando el vals, y hacia la proa advirtieron la presencia de herr Baumgartner, que parecía mareado, junto a la barandilla. El pobre hombre volvió hacia ellos una cara desesperada, que era casi una llamada pidiendo socorro. Pero siguieron adelante. Ahora el joven oficial sostenía a mistress Treadwell, rodeándole la cintura con el brazo.

—Parece muy enfermo, en cierto modo, quizá moribundo —opinó la dama—. Dice que está muriendo de una enfermedad muy dolorosa.

El joven oficial replicó, llanamente:

—Yo no creo ni una palabra de todo esto. Lo que hay es que le gusta beber continuamente y seguir enfermo…

Mistress Treadwell preguntó, muy serena:

—¿Entonces usted no cree que a veces la gente enferme y muera por causas perfectamente naturales? ¿De alguna enfermedad que no pueden remediar?

Mistress Treadwell advirtió en aquel momento que el oficial llevaba la gorra mucho más ladeada que de costumbre.

El joven replicó inmediatamente en tono intolerante:

—Naturalmente. Pero ¿por qué ha de reclamar nadie una consideración especial por el hecho de estar muriendo? Todos estamos enfermos —afirmó en tono dogmático, y la máscara estoica de la compasión de sí mismo cubrió su fisonomía por un instante—. Todos estamos muriendo, aunque no al mismo ritmo. Luego, ¿vale la pena alterarse tanto por ello?

—Yo no estoy alterada, en absoluto —objetó mistress Treadwell, un poquitín a la defensiva—. En cambio, usted parece estarlo.

—Yo no me altero nunca —replicó él, con un temblor en la voz que podía ser de cólera—. ¡Se trata sencillamente de que yo, que vivo una vida sometida continuamente a una disciplina, no soporto con paciencia el estúpido alboroto que arman personas como él, que

no saben vivir!

—¿Y usted sabe? —preguntó mistress Treadwell, dulcemente, parándose y levantando la cara de forma que ambos se miraron de hito en hito—. Explíquemelo…

A Mary Treadwell se le ocurrió que aquella era una extraña conversación para sostenerla, teniendo en cuenta lo que vio de pronto que iba a ocurrir. El joven oficial la rodeó por completo —cintura, hombros, brazos—, la sujetó en un segundo y la besó violentamente en la boca, que ella tenía todavía abierta, hablando. Mistress Treadwell se estremeció con la desagradable sensación de que la mordían, de que le acumulaban la sangre en los labios mediante una succión —la misma sensación que la había sublevado siempre— y se apartó, desvió la cabeza, negose y se defendió mediante una pasividad que desalentaba y encolerizaba al galán.

Él retiró la cabeza, levantó el codo y echó el cabello de la dama hacia atrás con el antebrazo. Con lo que mistress Treadwell vio las gotas de sudor que tenía él en la frente.

—Yo la he estado mirando, he pensado en usted mucho tiempo —dijo el joven con aspereza—. Usted nunca se fijaba en mí, ni siquiera cuando bailábamos… ¿Por qué? Ahora no quiere besarme. ¿Por qué? ¿Quiere que se lo suplique? ¿Que le diga que la amo? Nunca supe qué quería decir la gente con esta palabra.

—No la pronuncie, no la pronuncie. No puedo resistir su sonido.

La cara, los modales, el humor del oficial, todo pasó con la misma violencia de la impetuosidad erótica a la mezquindad más absoluta.

—Entonces, ¿por qué ha venido conmigo? ¿Por qué me ha incitado a que la besase?

Mistress Treadwell se desasió por completo y se plantó a cierta distancia, dándole frente.

—Y ahora le he incitado a la primera pelea de enamorados —exclamó, en tono insultante, rompiendo a reír con alegría falsa.

¡Qué rostro tan joven tenía el oficial! Mistress Treadwell lo miraba como si lo viese por primera vez: liso y sin arrugas, con la fisonomía bien dibujada, tensa, con una vanidad colérica en la línea de los labios y un inflamado desazón en los ojos.

—No merezco que usted se ría de mí —advirtió él, con una dignidad que llevaba su resentimiento más allá del punto crítico. Y

le ofreció el brazo de nuevo, pero como si no deseara tocarla—. Gracias por una noche tan agradable, madame. Me sentiré muy dichoso acompañándola hasta su puerta.

—¡Oh, gracias, pero no es necesario en modo alguno! Le ruego que no se moleste. Puedo recorrer el resto del camino sola.

El oficial hizo sonar los tacones, se dobló por la cintura, dio una hermosa media vuelta, con la cara vuelta al otro lado, y marchó en línea recta hacia donde los que bailaban continuaban divirtiéndose. Mistress Treadwell se tomó el tiempo necesario para admirarle, diciéndose que la pasión masculina por la disciplina física en todos los aspectos tenía sus ventajas. El oficial estaba, indudablemente, tan borracho como ella, y, sin embargo, helo ahí brincando y saltando las peligrosas pendientes desde la cubierta principal hasta la cubierta B, donde en el penúltimo peldaño a ella se le enganchó el zapato en el reborde de metal y se le arrancó el tacón, que rodó por el suelo, mientras ella guardaba equilibrio sobre un solo pie. Un camarero joven que estaba limpiando zapatos se levantó, fue allá, recogió el tacón y se expresó con los modales más finos, extendiendo la mano:

—Le ruego, *meine Dame*, tenga la bondad de permitirme que se lo arregle.

Mistress Treadwell, con un ademán y una sonrisita, dobló la rodilla y le presentó el zapato al camarero. Este se lo quitó del pie, y ella anduvo a la pata coja por el corredor, parándose de vez en cuando para arremangarse las faldas e intentar levantar la pierna en alto, bien tiesa y con la punta del pie estirada adelante. ¡Qué noche tan absurda, y qué placer saber que la velada había terminado! La cara pensativa y los gestos comedidos del joven camarero le agradaban. Si todo el mundo fuera de aquel modo, ¡cuánto más llevadera no resultaría la vida!

Lizzi estaría bailando y luego jugando al escondite por los rincones con su cerdito preferido hasta altas horas de la noche. Mistress Treadwell se acercó mucho al espejo, estudió su fisonomía meditativamente y se divirtió pintándose una cara distinta de la suya propia, como solía hacerlo para los bailes de disfraces. Dibujóse unas cejas largas, delgadas y muy negras que casi se juntaban sobre la nariz y se prolongaban por las sienes hasta casi tocar el cabello. Cubriose los párpados con pintura color plata

azulado, lastrose las cejas con cuentas de cera negra fundida, empolvose la cara con una buena capa de blanco, lo mismo que un payaso, y por último, dibujó sobre los delgados labios una boca grande de un escarlata intenso…, con las comisuras cuadradas, una forma insuperablemente salvaje y sensual. Luego se peinó el cabello bien liso, desde la frente hacia atrás, y retrocedió unos pasos para admirar el efecto a la distancia adecuada. Sí, hubiera resultado perfecto. Hubiera podido ponerse una mantilla y una peineta y asistir a la fiesta disfrazada de bailarina de la compañía… Disfrazada de Amparo, quizá. ¿Cómo no se le había ocurrido? Quizá porque hubiera resultado aburrido y la noche habría terminado lo mismo que ahora, hiciese lo que hiciere.

Mistress Treadwell estaba casi terminando su tercera partida de solitario sobre el pequeño tablero de juego, en la mesita tocador delante del espejo, en el que podía contemplar de vez en cuando el extraño rostro que había asumido y que ya no la divertía sino que se le antojaba la revelación de una tendencia siniestra en las profundidades de su carácter. Para empezar, Mary Treadwell apenas había sospechado nunca que poseyese un carácter en el sentido corriente de la palabra, ni había creído jamás que le hiciera ninguna falta. Acaso fuera ya un poco tarde para descubrir en sí misma profundidades en las que se escondían rasgos desagradables que hubiera detestado en cualquier persona, y mucho más en la suya propia. Mistress Treadwell exhaló un suspiro y recogió los naipes sin terminar el juego. Luego revolvió la cajita en busca de las píldoras somníferas.

La puerta se abrió de par en par y Lizzi entró cayendo de rodillas y levantándose en el acto, todo en un mismo movimiento, el rostro descompuesto, la palabra incoherente y alterada por las lágrimas. Un joven delgado y con un rostro que tenía una expresión de inquietud crónica, situado inmediatamente detrás de ella le había soltado el brazo con un segundo de antelación, por miedo a verse arrastrado con ella dentro de un camarote de señoras. El joven no supo disimular el asombro que le causó la cara tan estrafalariamente caracterizada de mistress Treadwell. A la primera mirada la confundió con una bailarina española. A la segunda se dio cuenta de quién era y quedó desconcertado. Retrocedió un paso y se quedó en la sombra, fuera del umbral.

—*Meine Dame* —empezó, e hizo rápidamente a mistress Treadwell un breve relato de los acontecimientos. Lizzi, presa de acentuado histerismo, se rodeó la cabeza con los brazos y empezó a mecerse al ritmo de hipos y sollozos—. Debo pedirle perdón, *meine Dame* —declaró el joven—. Pertenezco a la banda y debo volver a mi puesto al momento.

—Gracias —respondió mistress Treadwell, con extremada dulzura, cerrando la puerta.

Lizzi gemía a placer, tendida ahora en el diván cuan larga era, y prolongó la escena hasta límites intolerables.

—¡Oh, el bruto, el salvaje, el animal! —repetía monótonamente.

Mistress Treadwell reprimía el impulso de preguntar: «¿A cuál se refiere?», mientras la ayudaba a quitarse el vestido y ponerse el camisón. Hasta tuvo la pulcritud de recoger y poner en su sitio las prendas que despedían un vapor caliente mezcla de olor corporal y de aquel horroroso, rancio perfume de almizcle. Luego se acordó de las píldoras somníferas y tomó dos. La cara abatida, sufriente, de Lizzi, que descansaba sobre la almohada, se volvió hacia ella con unos ojos cual los de un perro apaleado y una frente que brillaba por el sudor.

—¡Oh! —exclamó mistress Treadwell, rebosante de buenos sentimientos y remordimiento—. A usted también le hacen falta. —Trajo agua y las píldoras somníferas, y Lizzi las engulló en silencio —. Vamos, vamos —dijo Mary Treadwell, sencillamente, como una mujer afectuosa a otra—. Esto debería resolver un poco la situación, por esta noche al menos.

—¡Ah, pero mañana…! —suspiró Lizzi, destrozada, calmándose un poco.

—¿Mañana? ¡Que venga! —respondió mistress Treadwell—. ¡Por lo menos esta noche habrá pasado ya!

Sentíase sosegada y tranquila y con el corazón ligero, una ligereza que hasta se hubiera podido tomar por felicidad, de no ser, por supuesto, que esto hubiera sido absurdo. ¿Qué motivos tenía entonces para ser feliz? Mary Treadwell andaba por el camarote con paso más bien inseguro, sin darse cuenta de que llevaba un zapato de tacón alto y un pie descalzo. Lizzi, apaciguada y fatigada, olvidó sus tormentos el rato suficiente para mirar con fijeza el rostro de mistress Treadwell.

—Pero ¿para qué demonios…? —exclamó, extrañada—. ¿Qué demonios ha hecho con su cara?

—Me estaba poniendo una máscara —explicó razonablemente Mary Treadwell—. Una máscara para la fiesta.

—Llegará tarde —anunció Lizzi, llorando de nuevo—. ¡La fiesta ha terminado!

—Si, ya lo sé —respondió Mary Treadwell, pensando que Lizzi resbalaba de nuevo a su antiguo y fastidioso estilo y que pronto sería el mismo estorbo desagradable que había sido siempre.

Y se dijo que ella debía de estar completamente ebria, porque la voz de su compañera de camarote llegaba a sus oídos llena de resonancias, como si llamara desde el fondo de un pozo:

—¡Oh! ¿Qué haré ahora? ¡Oh! ¡Todo ha cambiado tanto! ¡Oh, ojalá no volviera a verle nunca más! ¡Oh, querida mistress Treadwell! ¿Podría decirme usted cómo he podido engañarme de este modo? Yo no le he amado nunca, ahora lo veo.

—¿Cómo pueden saberse esas cosas misteriosas? No puede haber seguridad, porque primero nos inclinamos en un sentido y luego rectificamos enseguida —comentó mistress Treadwell, sonriendo y en tono amablemente objetivo, con la bata en la mano. Daba la sensación de que estaba hablando con el techo, pues tenía la vista levantada hacia el mismo cual si esperase ver la respuesta escrita allí—. ¿Cómo sabe una lo que siente?

Luego bajó los ojos despacio, sin curiosidad, y aguzó el oído un momento escuchando un alboroto que sonaba en la puerta, un concierto feroz de golpes y patadas y gritos de borracho.

Acercándose más, reconoció la voz de Denny.

—Oye, Pastora…, déjame entrar, so cochina…

Los oídos de Mary Treadwell se estremecieron, pero siguieron escuchando las espeluznantes descripciones que hacía Denny de los bárbaros excesos que pensaba cometer en la persona de Pastora, entre los cuales la violación era un mero preliminar.

Lizzi se incorporó, tapándose los oídos y gritando:

—¡Oh, no, no, no! ¡Esto es lo único que faltaba…! ¡No, no! Yo no merezco esto… No, no quiero pasar por ello… No, no…

—¡Oh, por favor! —exhortó mistress Treadwell, atentamente—. No está hablando con usted. No habla con ninguna de las dos. Habla consigo mismo. Tiéndase y estese quieta.

Mistress Treadwell se tomó el tiempo necesario, puso un paño húmedo sobre la frente de Lizzi, la acomodó bien, como si fuese una muñeca articulada, y luego anduvo hacia la puerta, a la pata coja, y se quedó parada un momento, con la mano en el pomo. Enseguida, con gesto repentino, abrió de par en par. Denny, sorprendido, retrocedió un paso tambaleándose, pero al momento se abalanzó y

cogió la pechera de la bata de Mary Treadwell estrujándola hasta dejarla en un harapo.

—Sal de ahí, so zorra —le espetó en un tono casi tan serio y formal como si estuviera transmitiendo un mensaje de otra persona —. Sal de ahí, enseguida. Voy a romperte todos los huesos del cuerpo.

Y retorció la tela que tenía agarrada, con lo cual oprimió el pecho de la mujer tan dolorosamente, que casi la hizo perder el equilibrio.

Mistress Treadwell le cogió la muñeca con ambas manos y le advirtió gravemente:

—Está completamente equivocado. ¡Vale la pena que mire con más atención!

—¿Quién es usted? —preguntó él, confuso, exclamando luego—: ¡Jesús! ¿Qué es eso? —al mismo tiempo que se inclinaba para examinar la cara, debajo de la pintura, echándole el pestífero aliento sobre la nariz y los labios—. Vamos, hala, vamos, no puedes engañarme.

Mistress Treadwell se abalanzó sobre él y le dio un empujón en el pecho con más fuerza de la que creía tener. Cogido fuera de guardia, Denny dio unos traspiés hacia atrás, como un muñeco; se tambaleó contra la pared opuesta y se deslizó de costado por ella, cayendo entre una confusión de gruñidos, manoteos, golpes contra el suelo, arañazos y pataleos. Mary Treadwell le miraba inmóvil, pasmada, incapaz de creer que el pequeño movimiento impremeditado que había hecho hubiera dado notables resultados. El hombre estaba quieto. Mistress Treadwell se arrodilló a su lado y le tentó la cabeza y el cuello con las puntas de los dedos, pero no quiso tocarle nada más. No parecía que tuviera nada roto. Aunque el cuello daba la impresión de estar suelto, cosa que acaso fuese más que natural. Denny respiraba ruidosamente con la boca abierta, los ojos vueltos hacia arriba debajo de los semicerrados párpados. Su lengua se movía hacia el borde de los labios y parecía formar una palabra. Mary Treadwell cerró la mano y le golpeó con fuerza, una y otra vez, en la boca, en la mejilla, en la nariz… Los golpes le hacían daño a ella, y en cambio, daban la impresión de no causar ningún efecto en Denny, que se movió como si fuera a levantarse. Notando que tenía la sandalia debajo, mistress Treadwell se la

quitó, la cogió firmemente por la suela y golpeó al hombre tendido en la cara y la cabeza con el tacón, sin aliento, levantándose sobre las rodillas y acercándose más, con los labios apretados en una mueca de furia y dejando al descubierto los cerrados dientes. Pegaba con un placer tan furioso que empezó a sentir en la muñeca derecha un agudo dolor que se propagó hacia el hombro y el cuello.

El alto y agudo tacón, protegido con una pieza de metal, a cada golpe cortaba la piel, dejando unas huellas en forma de medias lunas pequeñas que poco a poco tomaban un color escarlata. A medida que se multiplicaban por la frente, las mejillas, el mentón, los labios, Mary Treadwell se quedaba helada de espanto al ver lo que estaba haciendo. No obstante, aunque le hubiera ido en ello la vida, no hubiera podido detenerse. Denny se agitó y gimió con amargura, abrió los ojos para mirar un instante, luego —cosa sorprendente— los abrió de par en par, luchó consigo mismo hasta ponerse casi en posición de sentado, pero volvió a caer, gritando con voz ahogada, en medio de su pesadilla:

—¡Pastora, Pastora!

Mistress Treadwell se puso en pie con la sensación de que no había sido a Denny sino a ella a quien habían apartado de un final espantoso. Se bamboleaba a causa de la borrachera y el cansancio, y mientras se ponía la sandalia, oscilaba sobre un pie. Apenas había terminado de ponérsela cuando apareció un sirviente en el extremo del pasillo. Ella le llamó con gestos angustiosos, y el muchacho se precipitó hacia allá como si fuera la dama la que hubiese recibido el daño, aunque había visto enseguida, desde lejos, la forma que yacía acurrucada a sus pies.

—*Meine Dame* —inquirió con verdadera ansiedad—. ¿No está herida? El caballero, ¿no habrá intentado…?

—¡Ah, no! —respondió mistress Treadwell, vagamente—. Nada de eso.

El muchacho se arrodilló al lado de Denny, que se hallaba sumido en estupor. Mistress Treadwell reconoció al muchacho a quien había dado la otra sandalia.

—Estaba en mi camarote —explicole con un candor irreprochable—. He oído gritos, he oído que una persona se caía… Parecía que estaba llamando a alguien, no lo oía bien… Y he salido a ver si podía ser útil… —Su voz se apagó hasta parecerse a la de

una niña desconcertada. Los labios le temblaban—. Estaba asustada.

—No se atormente, *meine Dame* —indicó el muchacho—. Yo cuidaré de eso. No es cosa grave —aseguró, examinando las pequeñas heridas semicirculares que sangraban por todo el rostro de Denny—. Lo único que hay es que ese caballero está un poco…, quizá no del todo…

—Estoy segura de ello —asintió mistress Treadwell, con una sonrisa despreciativa, quitándose la mano de la frente con un pequeño ademán circular de autojustificación—. Le estoy muy agradecida, y me sabe mal causarle tantas molestias. Buenas noches.

Lizzi se había cubierto la cabeza con la sábana y miraba a mistress Treadwell lo mismo que una bestezuela peluda y tímida atisbando desde su madriguera. La sonrisa de Mary Treadwell perduraba todavía en sus labios, ya que no en sus ojos. Tenía un aire muy tranquilizador.

—Se ha marchado. Ha sido una equivocación, nada más. Ha llamado a la puerta que no debía, he ahí el caso. Ahora ya lo sabe.

—A pesar de todo, desearía estar muerta —lloriqueó Lizzi—. La vida resulta insoportable. ¿No le parece?

Mistress Treadwell soltó una franca carcajada.

—Tonterías —respondió, dándole un vaso de agua y una tercera píldora somnífera—. Yo la creo maravillosa.

Se tragó también otra píldora y dirigió una sonrisa dichosa a su propia cara, que veía reflejada en el espejo. En un arrebato de gozo y excitación, quitóse de un tirón la sandalia manchada de sangre y la besó. Luego se inclinó sobre Lizzi, quien tendida en el diván, le preguntaba:

—¿Qué está haciendo?

Y arrojó la sandalia por el ojo de buey, exclamando:

—*Bon voyage*, amiga mía. —Enseguida ordenó a Lizzi, en tono perentorio—: ¡Duérmase al momento, o le doy un puñado de píldoras somníferas!

Y se quedó de pie a su lado.

Lizzi, en medio de su turbación, se sentía halagada por tantas atenciones. Las tomó equivocadamente por inesperado ablandamiento del corazón de aquella mujer intratable, y se durmió, poniéndose a roncar bajito.

Mistress Treadwell se lavó generosamente el desfigurado rostro, echándose agua caliente, untando, dando golpecitos, devolviéndose un aspecto reconocible. Y cantaba dichosa una canción sin tonada, en voz baja, mientras se ataba en el cabello la cinta de Alicia en el País de las Maravillas y se ponía el camisón de satén blanco de mangas anchas. Se tendió en la cama como una niña buena que acaba de rezar sus oraciones cuando una discreta llamada a la puerta la hizo salir de nuevo. El joven camarero estaba allí, en posesión de firmes, y al verla se inclinó en una reverencia. A continuación le entregó la sandalia con el tacón perfectamente colocado de nuevo.

—Con su permiso, su sandalia, *meine Dame* —dijo con profundo respeto, si bien con una expresión que se parecía demasiado a una sonrisa de persona enterada para que pudiera estar a tono con sus palabras.

Mistress Treadwell la cogió firmemente por la suela como si fuese un arma y dio las gracias al muchacho, con gentil dulzura, plantada allí ante él en camisón con absoluta despreocupación. El muchacho la recorrió de arriba abajo y de un lado a otro, y lo que vio le ofendió. Para aquella mujer, él era simplemente un criado, nada, una cosa que venía cuando la llamaba y hacía lo que ella quería. El camarero se marchó saltando pasillo abajo, deseando que hubiera algún medio de saldar las cuentas con aquella mujer, de darle un disgusto… ¡Estar allí de pie, sonriendo lo mismo que una gata, como si él no supiera de qué modo se le habían marcado al estúpido de herr Denny aquellas huellas de tacón que tenía en la cara! ¡Le estaba bien empleado! El criado hizo un gesto como si fuera a escupir, pero no escupió… Hubiera tenido que limpiarlo.

Mistress Treadwell se acercó otra vez a la portilla por encima de la estirada figura de Lizzi, y arrojó la segunda sandalia dorada detrás de su compañera, al mar. Luego se inclinó adelante para respirar un momento, gozosamente, el viento fresco y húmedo, para oír de nuevo el movimiento de las olas que se remontaban formando grandes colinas redondas, debajo del cielo azul negro sembrado de estrellas inmensas. Entonces recordó que en cierta ocasión posó para que le hiciera el retrato un joven pintor, en una casa alta y antigua próxima a la Avenue Montaigne, y al llegar la noche, el pintor bajó aquella infinidad de tramos de escalera y fue a

buscar pan, queso y fiambre de ternera para cenar los dos. Luego le sostuvo la desvencijada escalera de madera mientras ella subía y asomaba la cabeza por una lumbrera abierta en el techo de la buhardilla para ver las rielantes luces de París encendiéndose lentamente, y arriba, el claro firmamento azul oscureciéndose poco a poco y las estrellas saliendo una a una. Era a mediados de mayo.

La fiesta se había prolongado ya un buen rato, cuando el doctor Schumann salió a dar un paseo y echar un vistazo, pero se cansó pronto de las alteraciones y desórdenes que tomaban forma y se estrellaban como olas, del monótono y bárbaro martilleo de la música, y de los inevitables resultados de una noche de jolgorio a bordo del barco. Los bailarines españoles, observó, continuaban perfectamente serenos y con el pensamiento fijo en sus negocios. Todavía tenían algunos que resolver, aunque el público con el cual hubieran podido contar se iba marchando poco a poco en todas direcciones.

Dos oficiales continuaban bailando de vez en cuando con las bailarinas españolas, y los estudiantes se mostraban tan infatigablemente atléticos como de costumbre, representando una versión cómica de una danza masculina vasca. Pero otros varios hombres estaban lamentablemente borrachos, tal vez como herr Denny, que sostenía una violenta discusión con la bailarina llamada Pastora. El doctor Schumann se puso a meditar en serio acerca de los medios que pudiera haber para gobernar a gente como aquella, o al menos su modo de hablar y de comportarse en público. Al sujeto aquel no debía permitírsele que emplease un lenguaje semejante en cubierta, si siquiera con una mujer como ella. Pero no era asunto de su incumbencia, gracias a Dios. Casi todas las mujeres todavía visibles ofrecían signos de haber llorado recientemente, o haber tenido un arrebato de nervios, o de ambas cosas a la vez, y algunas, además, estaban levemente ebrias. El doctor Schumann se retiró hacia sus cuarteles, donde podrían encontrarle si le necesitaban, y casi al momento un muchacho del servicio le trajo el mensaje de que en el camarote de herr Rieber se requería su presencia. Fue al momento, abatido por el cansancio, y encontró a herr Löwenthal, indignado, despidiendo vapores de cerveza, retorciendo toallas en agua fría y aplicándoselas sobre la cabeza a herr Rieber.

—Lucha a botellazos —anunció— como en los establecimientos de más baja categoría. Entre, doctor. Y ahora dígame, doctor: ¿podría enseñarme alguien un sitio en este barco a donde pueda irme para librarme de este sujeto que no hace más que darme quebraderos de cabeza todos los días? ¿Qué he hecho yo para tener que estar ocupado con él cuando me caigo de sueño después de un día ajetreado? —Mojó otra toalla en la pila del lavabo, la retorció y la puso de golpe sobre la cabeza de herr Rieber—. ¿Hay algún medio para que le pierda de vista?

—Espere, le examinaré. Es una pena. Me temo que no hay sitio alguno donde ponerle. Ordenaré que el camarero le cuide.

—¿Cuidarle? —gruñó herr Löwenthal—. ¿Tan grave es el caso?

El doctor Schumann echó un breve vistazo a la herida, que iluminaba con su pila eléctrica, mojó el cráneo con alcohol, diole una *piqûre* a herr Rieber en la parte alta de la frente y le colocó siete puntos separados, formando fila, en el cuero cabelludo. Luego procedió a darle una serie de puntos pequeños con seda negra y cortó el hilo de tal forma, que parecía que a herr Rieber le habían salido en la cabeza unas pestañas suplementarias. Mientras duró la operación, herr Rieber cerraba los párpados con fuerza, aunque por todo lo demás permanecía inmóvil. Luego el doctor Schumann le puso otra inyección y envió a buscar al camarero para que le desnudase y acostase. Herr Löwenthal estaba desmoralizado, casi por completo.

—Dios mío, Dios mío… —no cesaba de murmurar para sí.

—Dormirá mucho rato —anunció el doctor—. Creo que no tendrá que volver a cuidarle. Pero si me necesita, llámeme.

Al pronunciar las palabras de ritual él mismo percibió el tono de agotamiento que tenía su voz.

Acababa apenas de meterse en la cama y empezaba a conciliar el sueño cuando el grumete le llamó de nuevo. Esta vez se trataba de herr Denny, el joven tejano. Había sostenido un encuentro con fuerzas misteriosas que habían dejado su rostro, desde la frente a la barbilla, convertido en una masa informe de horrible color, a fuerza de cortes y magulladuras. Una masa cubierta de sangre seca y que ya empezaba a hincharse.

Herr Glocken temblaba y se agitaba presa de un miedo imponente.

—Envié a buscarle, doctor, ¿qué ha podido ocurrirle? Lo han traído dos camareros y han dicho que le han encontrado así. Y uno de los dos ha dicho que ya sabía lo que había pasado, que había presenciado el hecho otras veces… ¡Que estas huellas las ha dejado un zapato de mujer!

Herr Glocken se revolvía por allí y seguía con la vista al doctor Schumann, quien, para empezar, estaba poniendo a su paciente una inyección antitetánica.

El médico lavó la maltratada cara con alcohol, y dijo:

—Sí, pero pudo asimismo ser un martillo para tachuelas. Si era un zapato había de tener refuerzos de metal.

También el doctor Schumann había visto anteriormente heridas semejantes, y por supuesto —decidió enseguida que sí— los afilados tacones de las bailarinas españolas hubieran encajado perfectamente con todas y cada una de aquellas heridas.

—¿Qué puede haber ocurrido, doctor? —farfulló herr Glocken, y su cara, llena de compasión hacia sí mismo, añadía plañideramente: «¿Por qué han de ocurrirme siempre a mí estas cosas? ¿Qué voy a hacer ahora, sin nadie que me ayude?». Y en voz alta, imploró—: Doctor, usted sabe que no estoy bien. ¡No me deje solo aquí con él! Confidencialmente, querido doctor, es una especie de monstruo, en verdad que no es un auténtico ser humano. Le he visto y le he oído. ¿Qué puedo hacer?

El doctor Schumann le sonrió con mucha franqueza y le dijo:

—Usted es uno de los pocos pasajeros en el perfecto uso de sus facultades que he visto esta noche. ¿Por qué no va a buscar a herr David Scott y lo trae aquí para que le ayude? Aunque creo que no lo necesitará. Herr Denny dormirá profundamente, no tema. Buenas noches.

Herr Glocken siguió al médico al salir del camarote y emprendió su desamparado camino hacia cubierta, solo. El doctor Schumann se dirigió a su camarote, temiendo desplomarse antes de poder llegar a la portilla para respirar una bocanada de aire puro mientras tomaba sus gotas. En aquel momento en que esperaba morir de verdad, miraba a todos aquellos intrusos como a enemigos suyos. Los repudiaba a todos sin excepción, todos y cada uno. Rechazaba todo parentesco humano con ellos, negaba todo deber profesional que no se limitase a lo más imprescindible. No le importaba lo más mínimo

lo que pudiera pasarle a ninguno. ¡Que viviesen sus cochinas vidas y perecieran cochinamente, a su manera! ¡Tanta más carroña con que llenar las fosas! El doctor Schumann se santiguó, cruzó los brazos y se tendió, quedando muy quieto, respirando con cuidado, volviendo la cabeza lentamente de un lado a otro, rechazando los acerbos pensamientos que poblaban su cerebro a medida que surgían y se dispersaban de nuevo, produciéndole dolor como si tuviera la sangre llena de aguijones.

La bendita medicina realizó el prodigio una vez más. En su duermevela el rostro de la condesa flotaba sin cuerpo encima de él, unas veces muy cerca, mirándole fijamente a los ojos. Otras retirándose, sin dejar de mirarle, y acercándose de nuevo en un silencio fantasmal. Alejábase precipitadamente hasta volverse del tamaño de una manzana. Luego rebotaba de nuevo, hinchada y blanca como un balón arrojado a lo alto por una mano. Era como una cabeza de muerto que bailaba en el aire, sonriendo. El doctor Schumann, en sueños, se levantó y estiró el brazo y capturó la cabeza que bailaba y todavía sonreía, aunque derramando lágrimas.

«¡Oh! ¿Qué hacer? —le preguntaba la cabeza, no en son de queja, sino de extrañeza—. ¿Por qué, por qué?».

Él la sostenía con ternura entre las abiertas manos y la besaba en los labios para imponerle silencio, y se volvió a la cama, llevándosela consigo, y la cabeza reposó livianamente sobre su pecho, sin sonrisas ni lágrimas, y el doctor siguió durmiendo tan profundamente que no pudo enterarse de que todo aquello era un sueño.

A las once, la banda interpretó *Auf Wiedersehen* [35] y sus componentes desaparecieron. Todos menos el pianista, que tenía un número para la rifa. La compañía española dio comienzo a su espectáculo, con el gramófono tocando a toda potencia. Primero bailaron un bolero, en el que tomaron parte Ric y Rac. Cuando durante el baile se encontraban cara a cara, cada uno buscaba los ojos del otro con una mirada feroz, como amenazando asesinarle. Los estudiantes de Medicina se habían sentado en corro cerca de ellos y daban palmadas y gritaban: «*¡Olé!*» en los momentos adecuados. Sin embargo, el público que esperaban atraer se había dispersado casi por completo. Los que se habían quedado allí o pasaban caminando sin rumbo, o regresaban de sus paseos, no tenían números para el sorteo.

Arne Hansen, después de haber despachado a herr Rieber y haberse cambiado la ensangrentada camisa, ocupaba de nuevo su silla, con una botella de cerveza al lado. Parecía bastante sosegado, tenía los ojos cerrados, y uno hubiera creído que dormía, de no ser que a intervalos alargaba el brazo en busca de la botella y bebía un buen trago. De vez en cuando se erguía en el asiento, hacía un ademán a un camarero de cubierta y pronunciaba una sola palabra:

—Otra.

Amparo decidió, prematuramente, que no tenía que temer nuevos contratiempos por aquella parte en toda la noche.

Frau Schmitt, con el boleto cogido dentro del puño, estaba sentada con aire tímido en el borde de una silla de cubierta, cerca de la banda.

Frau Rittersdorf, al pasar, le dijo:

—Buenas noches. ¡Le deseo suerte!

Si la hubiese acribillado con mil alfileres, frau Schmitt no se hubiera sentido más herida.

Herr Löwenthal, que había pasado la primera parte de la velada en una salita-escritorio fumando, bebiendo cerveza y escribiendo

tarjetas postales a familiares, amigos y socios Comerciales, con la idea de enviarlas por correo aéreo al llegar a Southampton, y evitaba el irse al camarote por lo mucho que detestaba la presencia de herr Rieber, había abandonado la tarea y había bajado a sus dominios a tiempo precisamente para recibir la apabullada persona de su enemigo. Ahora se encontraba de nuevo en cubierta y se proponía continuar allí hasta que apagasen la última lámpara. Hasta se le había ocurrido la idea de refugiarse en el sofá de cuero de la salita-escritorio. Tenía el estómago revuelto para mucho tiempo y no quería mancillar su nariz con el aliento de aquel cerdo.

Nadie podía obligarle. Antes dormiría en cubierta. Bajaría a la de proa. Allí abajo había sitio en abundancia, en la cubierta al menos. Quedose junto a la barandilla, los brazos cruzados, meditando, el cigarro disparando chispas al viento, mientras miraba con la mayor frialdad la experta interpretación que Amparo estaba llevando a cabo de un baile que anunció como una *Cachucha*, un baile que él no había visto jamás, ni le pesaría no volver a verlo nunca, y se preguntaba qué podía ver en aquella mujer, hiciese lo que hiciere, un hombre que estuviera en sus cabales. A Löwenthal le habían dicho infinidad de veces que las *shicksas* eran buen género siempre que uno las tomara debidamente, es decir, uno no tenía que mirarlas como a personas, sino tan solo como a carne animada. Pero él no había sido nunca capaz de aceptar tal argumento… Al cabo de poco rato entró en el bar, pidió un stein de cerveza y un trozo de queso, volviose a la salita-escritorio y saboreó el tentempié. Apagó la luz y se tendió en el sofá de cuero. «¡Ah, ah, ah!»… Aquello era paz y silencio, los primeros de que disfrutaba durante el viaje.

Un camarero le tiraba fastidiosamente de la manga. Era de día.

—Debe de haberse quedado dormido, señor —comentó con la resignación glacial del que no puede permitirse renunciar a poner orden en el desorden de un caos que se perpetúa eternamente.

Herr Löwenthal, perfectamente despierto al instante, se incorporó, frotose la cara con las manos, plantó los pies en el suelo y preguntó con sarcasmo:

—¿Qué se imagina usted?

El camarero dio media vuelta, con una enojada sacudida de los hombros, ante cuyo gesto herr Löwenthal, que se recreaba exigiendo servicios prestados de mala gana a toda clase de

subordinados, gritó: «¡Eh, muchacho!» con la intención de pedir un jarro de café, y notó satisfecho la detención puramente automática de los pasos del camarero. Pero el hombre que había dentro del sirviente se impuso y escapó de la habitación como si le persiguieran todos los demonios.

Herr Löwenthal, sintiéndose mojado de sudor, aterido y destemplado, volvió a su camarote para lavarse y cambiarse antes del desayuno. Suponía que tendría que continuar yendo al camarote para estos menesteres, pero ya no dormiría jamás en aquel aposento. Nada podría obligarle a ello. Al entrar encontró allí ya a otro camarero y al doctor Schumann, ocupados con herr Rieber, que estaba instalado en la litera inferior sin haberse tomado ni siquiera la molestia de un «si quiere hacer el favor» dirigido a él, herr Löwenthal, legítimo ocupante del lecho, quien se impuso de la agitación con una cólera instantánea que solo delató por el ligero temblor de su voz.

—Pongo mi litera a la disposición de herr Rieber, doctor, puesto que la ocupa ya. Yo tampoco la quería. Ya no me sirve para nada.

El cerdo de Rieber tenía los ojos cerrados, aunque sus párpados se movían, fingiendo que dormía, o se encontraba mal, o que no le oía, no importaba cuál de las tres cosas fuese. Lo cierto era que fingía y que con ello había bastante para volver loco a un hombre decente. ¡Como si un golpecito con una botella pudiera causar algún daño a un cráneo como aquel! El doctor Schumann movió la cabeza asintiendo y tomó la palabra distraídamente al mismo tiempo que cambiaba el vendaje, esparciendo a su alrededor un desagradable olor a yodoformo.

—Pues no, supongo que no —dijo—. De todas maneras, siempre le queda el diván.

En el alma de herr Löwenthal se alzó, retumbó y murió un profundo, lento, creciente aullido. Era un aullido y al mismo tiempo parecía una canción:

—Me quitan la mesa, me quitan la cama, me quitan la sangre, me trituran los huesos… ¡Dios los maldiga! ¿Qué más quieren?

Llevado por el furor, gritó tan fuerte al oído del doctor Schumann que el médico dio un salto y casi dejó caer la gasa con que estaba vendando la frente de herr Rieber.

—¡Cuidado! ¿Quiere tener la bondad? —exclamó secamente el

doctor.

Pero la voz de herr Löwenthal ahogó sus palabras:

—¿Y si quisiera la cama para mí, doctor? ¿Y si por una vez me gustase regresar a alguna parte y no encontrar a otro echándome fuera? ¿Existe alguna ley que diga que no debo disponer de aquello que he pagado? ¿Cómo es que usted puede entrar aquí como si fuese él dueño absoluto de todo el camarote y quitarme la cama solo porque él estaba borracho y yo no? Doctor —añadió, arrastrando la voz en tono patético, cual un hombre probo que apela al sentido de justicia de otro—, doctor, quiero saber estas cosas… ¡Dígame!

El doctor Schumann, sintiendo una profunda repulsión ante semejante alarde de egoísmo y mal genio, como si no le pusiera bastante a prueba aquel desagradable paciente, respondió fríamente:

—¿Significa un martirio tan grande como lo pinta el ceder la cama a una persona que la necesita, especialmente dándose el caso de que le queda a usted otra igualmente buena? Mandaré que le pongan en el diván, si usted lo desea, pero el barco empieza a cabecear notablemente, y aquí el herido corre menos peligro de caerse.

«De modo que yo puedo caerme hasta que todos los judíos regresen a Jersusalén. ¿Qué importa? Si solo me abro la cabeza yo, ¿a quién le preocupa?».

Y en voz alta exclamó, con un derroche de desprecio:

—¡Que disponga de toda esta hedionda habitación! ¡A mí ya no me sirve!

El doctor Schumann contestó, con fatigado desdén:

—Gracias.

Y herr Löwenthal soltó un bufido abriendo de golpe los hinchados labios y llenándolo todo de salpicaduras, y salió al pasillo para no decir lo que pensaba realmente de aquel «gracias».

El capitán invitó al doctor Schumann al café de media mañana, en el puente, y abrió la conversación al momento.

—He recibido el informe de varios oficiales que están de servicio —declaró, estirando la papada y metiéndola de nuevo dentro del cuello de la camisa—. Y además del descaro absoluto de su conducta, además del desconocimiento total que esa gente tiene de todas las normas de decencia social, esos alborotadores bailarines parecen pertenecer, por añadidura, a una especie muy común de delincuentes de poca monta, a la clase de los rateros y carteristas. Este viaje ha estado inusitadamente cargado de acontecimientos.

—Es un desastre —afirmó el doctor Schumann, sin esforzarse por disimular su cansancio ni su indiferencia ante todo aquel sórdido asunto.

—En el mar esa palabra no la usamos para nada de menor importancia que la pérdida de un barco —replicó el capitán, atenuando su severidad con una leve sonrisa—. Un viejo lobo de mar —añadió, dejando al doctor Schumann el trabajo de deducir a qué lobo de mar se refería—, sabe lo que son de verdad el peligro y el desastre, y jamás se equivocaría tomando los desmanes de un puñado de pasajeros por una cosa seria. No saben cómo deben comportarse en un barco.

—Algunos ni en tierra tampoco. Pero creo que todavía quedan a bordo personas decentes de verdad.

El capitán sonriose casi ante aquella oportunidad que le servían en bandeja.

—Estaré más que complacido si me presenta una —aseveró con untuoso regocijo.

El doctor Schumann decidió mostrarse un tanto divertido.

—Es difícil, después de un trato tan breve y en una situación incómoda, con la que uno no está familiarizado. Pocas personas exhiben sus mejores cualidades.

Esto no requería respuesta.

El capitán continuó:

—Me han dicho que a la condesa le robaron las perlas… ¡Desdichada dama! Al final empecé a pensar que su cerebro no estaba equilibrado.

Y se tocó la frente con el dedo índice.

—Es posible —admitió el médico para poner fin al tema—. No sabemos si las perlas fueron robadas o no. La condesa decía que los niños se las llevaron de un tirón al pasar. La camarera que la cuidaba dijo que aquel día la condesa no llevaba las perlas. Los niños arrojaron un objeto por la borda. Había dos testigos, herr y frau Lutz, pero por desgracia sus declaraciones no coinciden. No se demostró nada.

—Lo malo de estas cosas —prosiguió el capitán, levantando una mano y guardando silencio mientras el camarero que aguardaba fuera del alcance de su voz se acercaba y le servía más café—… lo malo es cuando un hombre, el que fuere, no solo un oficial de Marina… se encuentra enredado en habladurías rastreras de mujeres. Tener que ocuparse de tales cosas en su propio, degenerado nivel, ofende la propia estimación del hombre. Me han dicho que los de la compañía de baile saquearon muchas tiendas en Santa Cruz, y que muchas de esas personas a las cuales usted llama decentes entre los pasajeros, lo presenciaron… ¿Nadie intervino ni tomó medidas para evitarlo en el mismo lugar del suceso?

—Varios pasajeros, y no mujeres precisamente —respondió el doctor Schumann—, han estado de acuerdo esta mañana en que lo que vieron les pareció muy dudoso, en que concibieron sospechas bien fundadas, pero al fin y al cabo no tenían ninguna prueba. En ningún momento se creyó ninguno de ellos obligado a intervenir ni a prestar una atención especial.

—Una conducta muy prudente —opinó el capitán, en tono seco —. Dígame: ¿qué tal van las bajas del combate? ¿Cómo está el joven, cuyo nombre no recuerdo, que parece fue atacado con un arma poco ortodoxa, quizá un martillo para tachuelas… o un tacón de zapato de mujer? —El doctor Schumann vio el brillo picante en los pálidos ojos del capitán—. Ya me figuraba que habría el número acostumbrado de idilios de mar, con sus inevitables desilusiones y sus escenas dramáticas —comentó con delectación—, pero no podía imaginar que se llegase a tan insólito extremo… ¿Se está

restableciendo el joven antedicho?

—Vivirá —afirmó el doctor Schumann—, lo mismo que vivirán también los otros. Otra vez nos encontraremos ante la pregunta de quién cometió ese hecho rebosante de mala intención. El herido insiste en que fue una muchacha llamada Pastora, que forma parte de la compañía española. Pero un camarero ha defendido a la muchacha. Dice que es inocente, extraña palabra para aplicarla a ninguno de aquella *troupe*, y que está seguro de que el hecho lo perpetró una mujer que llevaba una máscara, por lo cual no la reconoció. He ahí todo lo que sabe.

—¿Y el incidente de cubierta, en el que le rajaron el cuero cabelludo a herr Rieber?

—Este es el único perfectamente claro que tenemos. En todo el transcurso del viaje, herr Hansen se ha manifestado continuamente como un hombre de genio inestable y puntos de vista excéntricos, y por no sé qué razones suyas particulares rompió su botella de cerveza sobre el cráneo de herr Rieber cuando este, sin molestar a nadie, bailaba con una señora.

—Una señora… —replicó como un eco el capitán, pensativo.

La palabra quedó suspendida entre ambos como un jirón de vapor.

El doctor Schumann prosiguió, sin hacer alto:

—Todo el mundo lo sabe, y parece ser lo único que sabe todo el mundo. Todo lo demás es una especie de tempestad, una tempestad pequeña y sórdida, en un vaso de agua…, un misterio trivial.

—La condesa era el personaje misterioso —afirmó el capitán—. A una dama tan hermosa no debían dejarla sola en aquella isla. Fuese lo que fuere lo que hubiera hecho. Ninguna mujer podría causar bastante perjuicio en el terreno político para merecer semejante sentencia. Y de paso, usted era su médico y gozaba de su confianza. ¿Qué hizo?

—No lo sé —respondió el doctor Schumann, un tanto expeditivo.

El capitán echó atrás la barbilla, el cuello se le puso rígido y la cara de intenso color encarnado.

—Me lo habría figurado desde el principio —comentó con rencor—. Es una lástima que no respondiese mejor a su tratamiento. La verdad es que pienso que el estado de la condesa empeoró

mucho en las manos de usted… En fin, doctor Schumann, la carne es hierba, ¿no? ¡Un médico no puede dejarse obsesionar por sus fracasos!

El doctor Schumann se puso en pie súbitamente a mitad de este discursito, y al final se despidió con una rígida inclinación, observando las señales de rabia y mortificación del capitán, pero lleno, a su vez, de una cólera tan punzante que hasta mucho después no se le ocurrió que el capitán parecía tener una presión sanguínea bastante alta.

La aguja hipodérmica del doctor Schumann había acallado los ruidosos gemidos y las amenazas de venganza contra Pastora que soltaba Denny, pero los hinchados labios de este y la punta de la nariz, apenas visibles en una masa de vendas grande como una calabaza, emitieron burbujeos, estertores y bufidos durante todo el resto de la noche. David estaba de pie, bamboleándose, las piernas separadas, los pies meciéndose, haciendo un esfuerzo por conservar el equilibrio y comprender el significado del mugriento desorden del camarote. Herr Glocken estaba desmoralizado casi por completo, y con los ojos llenos de lágrimas, le pidió a David que no se durmiese, ni le dejase dormir a él. La vida corría peligro a bordo de aquel barco. Nadie estaba a salvo. Inocentes y culpables, a todos los trataban igual, y los inocentes eran los primeros en…

—No siempre —atajó David, con un brusco y grandioso gesto de borracho para indicar a Denny.

—Siempre —repitió, obstinado, herr Glocken.

—Sea como usted quiere —rezongó David, yéndose trabajosamente hasta la litera, arrimada a la pared, sobre la que se desplomó de bruces, dejando que la borrachera se apoderase de él.

A través de oleadas de náuseas, se hundía en profundidades insondables que le ahogaban, y, sin embargo, no podía ahogarse. La pesadilla le rodeó de relámpagos, color llama y naranja, de arremolinadas visiones deformadas, con ojos enloquecidos y bocas abiertas que gritaban silenciosamente. Luego se puso boca arriba, abrió los ojos a la comedia ruin que tenía lugar a su alrededor y se oyó decir a sí mismo en voz alta:

—¡Estoy hecho un asco!

—¿Qué? ¿Qué dice? —respondió al momento herr Glocken—. No apague la luz. ¡No se duerma!

—Está bien —masculló David—. No me dormiré. Pero usted sí, duérmase. A fin de cuentas ahora ya ha terminado todo. No puede ocurrir nada más.

—¡Ah! ¿Cómo lo sabemos? —gimió herr Glocken.

Mas a los pocos minutos, David vio que se había dormido. Por su parte, se durmió también al fin por espacio de una hora, y se despertó con los horrores de una jaqueca capaz de partirle el cráneo, la garganta seca, una sed ardiente y el estómago tan trastornado que hasta se negaba a albergar a sus únicos amigos: la aspirina y el agua fría.

Denny se había vuelto a despertar, igualmente, y esta vez se limitaba a gemir de vez en cuando, suplicando que le diesen agua, pero incapaz de volver la cabeza para beberla.

—Estese quieto, por amor de Dios, y abra la boca todo lo que pueda. Yo le echaré una poca, ¡y usted trague! —le dijo David.

El sencillo trasiego se llevó a cabo con mucha conmoción, mucha agua derramada y sonidos guturales de Denny, que se ahogaba, al mismo tiempo que herr Glocken suplicaba:

—*Bitte, bitte bitte* [36], mi medicina, herr Scott, por favor, mi medicina. Se me ha pasado ya la hora, *bitte*…

David le dio su medicina al jorobado, tragó más aspirinas, y mientras se lavaba someramente en la pila y se cambiaba de ropa, le preguntó a Denny qué le había sucedido. Los magullados labios de Denny se movieron y explicaron la historia de sus aflicciones, o, más bien, la versión que se había forjado él, muy despacio y con un vocabulario que dejó pasmado hasta al mismo David, quien creía conocer todas las palabras y la mayoría de sus significados. Tanta era la fascinada atención que dedicaba al lenguaje, que perdió el hilo de los acontecimientos, si bien el nombre de Pastora emergía de las profundidades de la brea hirviendo.

—¿Está seguro? —preguntó David—. La última vez que la vi huía de usted como un conejo, y le llevaba un buen trecho de ventaja, además.

—Por fin llegué a su camarote —respondió Denny, con voz baja y ronca—, y ella salió al momento y se echó sobre mí con un punzón de partir hielo. Apuesto a que se lo exigió su chulo. Apuesto a que estaba allí, inmediatamente detrás de ella… —Los labios de Denny se curvaron en las comisuras—. Ella ya tenía mi dinero, todo el que había de conseguir… Me figuro que se dijeron que, teniendo ya el dinero de la partida, no había por qué ajar los naipes…

David abandonó el camarote sin querer escuchar más, fingiendo

no oír las súplicas formales de herr Glocken, el cual imploraba que herr Scott no le dejase solo.

«Dejémosle que salga a cubierta por su propio pie. Ya estoy harto», decidió David.

Encorvado y mareado, buscó su mesa para desayunar. Por una vez no tenía hambre, pero bebió café, esperando que llegase Jenny y temiendo que no acudiera. Cada vez que entraba alguien dirigía una mirada alrededor, furioso ante la sola idea de verla, pero sin casi poder resistir el rato de espera. Por fin creía tener algo que decirle que ella no podría contestar. ¿Osaría explicarle otra vez: «*No era amor, David*…»? ¡Bien! Esta vez no le importaba lo que hubiese sido. Para él había sido el final y se disponía a desembarcar en Vigo.

Cuando miró en torno de nuevo, Jenny estaba allí, viniendo a su encuentro. A David la excitación le cegaba de tal modo que no supo ver, hasta que Jenny se encontró muy cerca, que estaba pálida, agotada, con los ojos hinchados, aunque se había lavado hacía un momento y olía a rosas, y sonreía con una sonrisa franca y amistosa, si bien un poco avergonzada. La muchacha se sentó, desplegó la servilleta con una sacudida y exclamó animadamente:

—¡Señor, vaya jaleo el de anoche! ¿Verdad? En toda mi vida no había estado nunca tan ebria… ¿Qué pasó con la rifa? Me gustaría saberlo. ¿Cómo fue el final? ¿Y todo lo demás? David querido, se te ve completamente derrotado. ¿Cómo lo pasaste? —A pesar de sonreír, no le había mirado directamente a los ojos. Ahora le pedía al camarero zumo de naranja, café, tostadas, jalea y leche, y luego comentó—: Cielos, es solo por la fuerza de la costumbre. ¡No soy capaz de comer nada! ¿Y tú no tomas más que café, tampoco…?

David la atajó, con voz restallante:

—Oye, Jenny: ¿qué te propones? ¿Qué intentas esta vez? ¿Fingir que no lo recuerdas? Mira, cuando yo te contestaba así, asegurando que no recordaba, tú nunca me creías. Ahora soy yo el que no te cree a ti.

—Es muy justo —admitió Jenny—. En cambio, ahora yo veo que decías la verdad. Porque no recuerdo nada en absoluto, excepto que bailé mucho y que corrí por el barco con Freytag y bebí en exceso, y que esta mañana he despertado en mi estrecha y casta litera, con una jaqueca como si me partieran la cabeza. Elsa, tendida al otro

lado del camarote, me estaba mirando fijamente, y apenas he abierto los ojos me ha preguntado: «¿Cómo se encuentra?». Y para mí ha sido un placer contestarle que me encontraba terriblemente mal, sin exageración. Parece que a ella esto la ha animado mucho.

David vio que Jenny estaba inquieta de verdad, y siguió observándola con mirada fija y glacial, mientras ella charlaba sin cesar, aunque la interrumpió para preguntarle:

—¿De veras no recuerdas nada?

Jenny replicó:

—Hago todo lo que puedo para explicarte que, por primera vez en mi abandonada carrera, a partir de un determinado momento no recuerdo nada en absoluto. Durante un rato anduvimos en compañía de mistress Treadwell y el cursi de oficial que la acompaña, y estuvimos por todo el barco y parece que nos bebimos todo lo que apareció a la vista, pero no puedo recordar cómo volví a mi camarote… ¡Oh! —exclamó dolorida, escondiendo la cara entre las manos.

—¿Estás segura de que fuiste a tu camarote siquiera? —preguntó David, con una sonrisa que levantaba ampollas.

—He despertado allí, si esto sirve de prueba —respondió Jenny, sintiendo un escalofrío en el espinazo, porque David estaba a punto de decirle una cosa que ella no quería oír, y en lo íntimo de su ser sabía cuál era—. ¿Por qué?

—Déjate de «porqués». Esta laguna alcohólica resulta muy conveniente, ¿verdad?

—Pues no —respondió Jenny, en tono disgustado—. Si me estuviste siguiendo y espiando, no. ¿Qué pasó? ¿Qué hice?

David volvió la cara hacia el otro lado, y su perfil dibujó una sonrisita tensa y reservada.

—Pregúntaselo a Freytag… —comentó, observando atentísimamente cómo la palidez de Jenny tomaba unos leves matices verdosos.

Jenny conocía demasiado bien aquella expresión de la faz de su amante, y otra vez se sintió irritada por ella.

—Se lo preguntaré más tarde —decidió—. No hay prisa.

La cólera que manifestaba su voz no concordaba con las lágrimas que llenaban poco a poco sus párpados.

«Sí, más lágrimas; sabía derramarlas a voluntad, pero esta vez

serían inútiles».

—No llores, Jenny… Al menos delante de la gente. Pensarán que te he pegado —ironizó David—. Sabes llorar estupendamente bien, pero ahora es un poco tarde para los llantos. Hemos cruzado un límite, todo ha terminado. ¿Por qué no podemos reconocerlo así y no nos vamos cada uno por su parte?

—¿Acaso no es lo que venimos haciendo desde el principio, irnos separando poco a poco? —inquirió Jenny, cuyas lágrimas se secaron al instante y cuya faz adquirió un brillo rosado de cólera—. ¿Es preciso que haya una ruptura? ¿Hemos de quebrarnos unos cuantos huesos? Me gustaría que supiéramos esperar que la separación llegara por sus propios pasos…, cuando estemos dispuestos de verdad a aceptarla… ¡Cuando no duela tanto! Nos acostumbraremos a ello paulatinamente…

David se inflamó de rabia, a su vez.

—¿Quieres decirme con toda exactitud a qué tengo que acostumbrarme? ¿A verte tendida de espaldas, con los brazos y las piernas abiertos, en un lugar público como es la cubierta de botes? Y el único motivo de que siguieras siéndome relativamente fiel fue que estabas demasiado borracha para interesar a tu seductor, después de todo. —David volvió a llenarse la taza de café y concluyó—: Dejemos este tema… Me da asco.

Jenny tomó un buen sorbo de café, que estaba demasiado caliente, carraspeó un poco y exclamó:

—Eres un monstruo. ¿No lo sabías, so monstruo?

—¿Estás borracha todavía? —preguntó él, con un aire como de triunfo—. A veces cuando creía haberme serenado y poder afrontar de nuevo las mezquinas trivialidades de la vida real, una taza de café caliente me arrojaba al foso de nuevo, y tenía que arrastrarme una vez más por el lodo y los hierbajos.

—Estás muy satisfecho de ti mismo, ¿verdad? —preguntó Jenny, en tono acusador—. Te alegras de que ocurriera, ¿verdad que sí? Desde el principio estabas deseando que se produjera algo por el estilo, ¿no es cierto? Daría no sé qué para saber lo que has tenido de veras en el pensamiento todo este tiempo…, aunque no creas que me importa mucho.

—Solía importarte —replicó David, en un tono nuevo, como si sostuviera una agradable conversación con una desconocida—, pero

tienes razón. Ahora no te importa.

Jenny se puso en pie calmosamente, con una callada resolución reflejada en el rostro, mas David observó que las manos le temblaban.

—Lo siento —murmuró—, pero tengo que marcharme corriendo. Tengo que hacer una pregunta a una persona.

—Ya te la he contestado.

David levantó un poco la voz al decirlo, pero no volvió a mirar a la joven mientras esta se marchaba. Sirviose más café y le dijo al camarero:

—Ahora tomaré unos huevos revueltos y jamón. Gracias.

Mistress Treadwell y herr Freytag se saludaron agradablemente al dar un paseo matutino por la cubierta y convinieron en que el desayunar juntos al aire libre sería una manera excelente de dispersar los miasmas que quedasen del tumulto de la noche pasada. Ambos tenían los ojos claros, se sentían de un humor afectuoso e inclinados a sonreírse mutuamente cuando pasaba junto a sus sillas algún juerguista de la noche anterior que tuviera un aspecto especialmente marchito. Departieron sobre un par de verdades universales, si bien menores: el placer resultaba con frecuencia más agotador que un trabajo pesadísimo. Ambos se habían fijado en que una vida de disipación daba, algunas veces, a la cara una expresión demacrada de dolorida espiritualidad que se suponía había de dar una vida ascética, pero con frecuencia no la daba.

—Ambas desfiguran por igual —resumió Freytag—. El verdadero pecado que podemos cometer contra la vida es el de atropellar y destruir la belleza, hasta la de uno mismo…, la de uno mismo más aún, pues esa la han puesto a nuestro cuidado y somos responsables de su integridad.

Mistress Treadwell fijó en él sus ojos azules con cierta sorpresa.

—Nunca se me había ocurrido —dijo—. A mí se me antojaba únicamente que la belleza era una fase de la vida y que con el tiempo ha de pasar, como todo lo demás…

—Quizá —admitió Freytag—. Pero esto no es lo mismo que apresurarse uno a matarla. ¿No le parece?

—Quizá no —objetó mistress Treadwell.

Y miró a Jenny Brown, que se dirigía hacia ellos andando despacio, con el rostro vuelto hacia el mar y las manos cruzadas de forma que una cogía la muñeca de la otra. Jenny pasó sin verlos, toda palidez y melancolía.

—Esa pobre muchacha… —comentó mistress Treadwell, más bien distraídamente, volviéndose hacia Freytag.

Este sufrió una sacudida tan fuerte que los objetos de su bandeja repiquetearon. Su mirada siguió a la joven que se alejaba, y sus dilatadas pupilas llenaron sus ojos grises de fuego negro. Mistress Treadwell sintiose al momento sofocada por la turbación, como si Freytag hubiese pronunciado una frase impropia, obscena: sencillamente, aquel hombre no sabía dominarse, no tenía dignidad. No importaba la relación que pudiera haber entre él y aquella muchacha, era una debilidad demasiado grande permitir que todos sus sentimientos se manifestasen de aquel modo. Mary Treadwell evitó cuidadosamente el mirarle a la cara. Era lo mismo que la otra mañana, cuando surgió la conversación sobre su esposa. Lo mismo que aquella vez que tuvieron aquella discusión en la salita-escritorio. Mistress Treadwell dejó su bandeja, con mucho cuidado, en el suelo, entre las dos sillas, bajó ambos pies a la vez y se levantó como si descendiera de un automóvil.

—¿Por qué se marcha? —preguntó llanamente Freytag, como un chiquillo.

—Mi compañera de camarote no se encuentra bien, y prometí ayudarla.

—¿No es aquella bruja chillona que armó tanto alboroto? —preguntó Freytag, curvando los labios.

Mistress Treadwell se alejó. Freytag se levantó y marchó en dirección contraria, buscando a Jenny. Después de media hora de búsqueda no la encontró.

Cuando mistress Treadwell se acercaba a su propio camarote, la puerta del camarote vecino se abrió, y salió la familia Baumgartner. El niñito delante, con aire tímido y hosco. Herr Baumgartner sujetó la puerta y se hizo a un lado para dejar paso a su esposa con un alarde casi teatral de deferencia en su cara de labios apáticos, llena de compasión por sí mismo y con la expresión abatida del que se siente culpable. Su mujer pasó delante como si se tratase de un desconocido. A pesar de todo, su aire perpetuamente ofendido tenía ahora un reflejo de vergüenza. El silencio que reinaba entre los tres era como un secreto enojoso que transportaban en común. Mistress Treadwell abrió la puerta, y al cruzar el umbral, saludó precipitadamente por encima del hombro:

—*Grüss Gott*…

Y cerró la puerta.

Lizzi, apartándose la bolsa de hielo de la frente, preguntó con voz plañidera:

—Por favor, ¿qué ocurre ahora?

—Nada —respondió mistress Treadwell—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Le agradecería otra píldora somnífera —solicitó Lizzi, en tono desabrido—. Dígame: ¿se ha enterado de alguna novedad allá arriba? ¿Cómo terminó la fiesta?

Mistress Treadwell le dio la píldora y un vaso de agua.

—Hay algunos rumores no muy interesantes —comentó—. A la hora del sorteo no estaba casi nadie. Uno de los dos mellizos sacaba los números de dentro de un cesto abierto, y la compañía de baile resultó afortunada con todos los premios, excepto un mantoncito blanco, que le tocó al pianista, y un par de castañuelas, que fueron a parar a un estudiante cubano… No he oído nada más… Y esto ha sido por boca de algunos alemanes que hablaban entre ellos: los Hutten y otros. A mí, directamente, nadie me ha dicho nada. Y ahora ¿quiere dormirse otra vez?

—Creo que sí —respondió Lizzi, casi completamente humanizada—. ¿No ha sabido nada de herr Rieber?

—Está descansando —dijo mistress Treadwell—, y confío que usted también descansará.

Y salió en un estado próximo a la desesperación, pero consiguió llegar a la salita-escritorio, casi completamente desierta aquel día, sin dirigir ni una sola mirada, ni saludar, a nadie. Allí estuvo leyendo revistas atrasadas hasta que sonó la corneta para el almuerzo. La imagen exacta de las caras de los Baumgartner se resistía a borrarse de su mente. Era obvio que también ellos habían sufrido algún incidente desagradable, fuese de la clase que fuere, durante la noche. Mistress Treadwell no tenía ni ganas de imaginar cuál hubiera podido ser. Aquella triste y sosa exhibición de modales finos después de haberse comportado los dos tan lamentablemente el uno con el otro, y ambos con el niño, iba destinada sin duda a demostrar que no eran gente tan baja como habían hecho creer a los demás. Aquella ridícula escenita de sujetar la puerta e inclinarse galantemente había querido decir: «Ya ve… ¿verdad que sí?… que en otro tiempo o lugar, o en otra sociedad, es posible que yo hubiera sido muy distinto, mucho mejor de lo que he aparecido

ante su vista». Mistress Treadwell se arrellanó en la silla y cerró los ojos… Pero lo que se decía, de verdad, recíprocamente, la pareja era nada más: «*¡Ámame, ámame, a pesar de todo! Tanto si yo te amo como si no, tanto si estoy como si no estoy dotado para amar, lo mismo si posees la facultad de amar como si no la posees, y aunque no exista eso que se llama amor, ¡ámame!*».

Estas divagaciones suscitaron en ella una leve pero profunda, aunque fluctuante, sensación de desagrado, de disgusto de sí misma. Mistress Treadwell recordó otra vez, como en un sueño, su desesperación, su interminable llanto, su pesar irremediable ante el fracaso del amor… o de lo que le habían dicho que era amor, y la ruina de sus esperanzas… ¿Qué esperanzas? No podía recordarlo, pero ¿qué había sido aquello sino una negativa pueril a aceptar bajo ninguna condición, en absoluto, la diferencia entre lo que uno desearía fuese la realidad y lo que uno descubre son las sencillas leyes de la naturaleza humana? Ella había recibido una herida. Luego, se había restablecido. ¿Y qué había sido todo ello sino una muestra de romántico descuido? Mistress Treadwell se puso en pie para inspirar profundamente y dar una vuelta por la sofocante estancia. Durante toda la mañana había tratado de recomponer en el fondo de su mente lo que le había ocurrido la noche anterior, y lo que había hecho. La escena con el joven oficial la veía perfectamente clara. Recordaba a herr Baumgartner inclinándose por encima de la barandilla con el aire de estar mareado. A Lizzi se la confiaron más tarde, después de haberse divertido pintándose la cara, y luego…

De nada servía querer seguir desterrándolo de su pensamiento. Al poner sus cosas en orden no había podido hallar las sandalias doradas. Su camisón presentaba pequeñas salpicaduras de sangre, desparramadas por la parte delantera. Y mientras iba caminando, recordó, y se detuvo, y se cogió al respaldo de una silla, temiendo que iba a desmayarse. Púsose en marcha de nuevo, y salió del escritorio en busca de Jenny Brown. Jenny había de estar enterada de todo, pues era la «novia» de aquel joven un tanto retraído dentro de sí mismo, el compañero de camarote de Denny… Mistress Treadwell recordaba muy bien ahora lo que había sucedido, lo que había hecho, y quería saber algunos detalles del daño que había causado, y, sobre todo, si su enemigo la había reconocido o no.

Jenny Brown estaba leyendo el boletín de a bordo. Una imitación, con bordes irregulares, de una proclama antigua anunciaba: *Las víctimas de las violencias y los derramamientos de sangre de anoche descansan sosegadamente… Los sospechosos están bajo vigilancia, no aprehendidos todavía, pero se espera que en breve se darán algunos nombres, que resultarán interesantes*. Firmado: *Les Camelots de la Cucaracha* [37].

Por lo demás, las noticias del lejano mundo mencionaban la huelga portuaria, el número de puertos paralizados, el número de personas afectadas, el importe de los jornales perdidos, los muchos millones que perdían las compañías navieras, y no se veía el final. En Cuba la situación no mejoraba, todos los intentos para un acuerdo entre las diversas facciones habían fracasado. El paro se había extendido por todo el mundo y cada día se ponía peor, convertíase en una verdadera amenaza en todas partes. El sorteo del día anterior, el del barco, lo había ganado herr Löwenthal. Las carreras de caballos empezarían a las dos. Y el que hubiera perdido una estilográfica con un aro de oro que llevaba grabada la inicial *R* que se sirviera pasar por la oficina del sobrecargo.

—Pero no ponen noticias sobre las bajas habidas en la escaramuza de anoche. Me gustaría saber qué tal siguen —dijo mistress Treadwell, acercándose.

Jenny respondió:

—Parece que, en conjunto, la noche resultó muy alegre. Se dice que la bailarina aquella a quien llaman Pastora atacó a William Denny con un punzón para hielo. Y aquel sueco de las piernas largas golpeó al tal herr Rieber en la cabeza con una botella de cerveza. Son detalles que acabo de recoger en mis paseos por cubierta.

Con una salida repentina y sorprendente, mistress Treadwell se puso a reír. No fue una carcajada ruidosa o vacía, sino un rico gorjeo de gozo, de auténtico placer. Aquel estallido de hilaridad cogió a Jenny tan de improviso, que se puso a reír también, con voz débil y cascada. Hasta entonces, no se había sentido de humor para reír por ningún motivo, y ahora se reía sin saber por qué.

—¿De modo que fue la bailarinita aquella, después de todo?

—Eso dice él, y yo supongo que debe saberlo —respondió Jenny.

Y siguieron riendo con una risa llena de inflexiones y vacía de

compasión, manifestando francamente el placer que les causaba que aquel tipo insufrible hubiera recibido el castigo que anduvo buscando continuamente.

—Esto casi me devuelve la fe en la vida —manifestó Jenny.

Mas en aquel mismo instante, su cara cambió. Se puso pálida y ansiosa otra vez. Mistress Treadwell vio que Freytag avanzaba hacia ellas, y sin dar muestras de turbación, se marchó con aquel andar suyo, tan peculiar, que parecía que no moviese nada en su cuerpo, como si no tuviese músculos semejantes a los de otros seres humanos. Jenny continuó inmóvil hasta que Freytag se acercó a ella sin rodeos. Y aguardó a que hablase él primero. Freytag se situó muy cerca, inclinose hacia ella y le dijo con dulzura:

—He estado preocupado por usted.

—Le ruego que no se preocupe —respondió Jenny.

—La he buscado por todas partes —insistió él—. ¿Dónde estaba?

—¡Bah! Pues aquí y allá… Nadie puede andar extraviado mucho rato en este barco… ¡Bah! Yo no lo resisto mucho más. Quiero bajar en Vigo, pero no tengo visado para quedarme en España.

—Deje de decir «¡Bah!» —sugirió Freytag, en tono apaciguador —. Las cosas no están tan mal como podría figurarse. No tiene nada que lamentar.

—¡Bah! ¿Qué sabe usted de ello? Dígame, dígame: ¿qué pasó…?

—¡Si pudiera verse usted la cara! —exclamó él—. Jenny, es usted una muchacha muy extraña. Se diría que acaban de sentenciarla a muerte. Escuche —le dijo con la familiaridad de un hermano. Y con cierto deje de la indiferencia de un hermano la asió por el codo, la condujo hacia el centro de cubierta y se puso a pasear con ella—. Quizá usted no lo crea, pero no pasó nada, nada, absolutamente *nada*. Lamento tener que decir que ambos estábamos demasiado borrachos. Yo no servía para nada, y usted…, ¡vaya!, usted en realidad no estaba allí, sino en la luna, diría yo. Jenny, aquello fue, quizá, un poco soso e indiscutiblemente absurdo. No vale la pena que ninguno de los dos volvamos a pensar en ello. ¿Me oye? —inquirió, inclinándose adelante y escudriñándole el rostro con la mirada.

Jenny se paró en seco, y con gran sorpresa de Freytag, soltó una carcajada convincentemente alegre.

—¡Qué estupidez! —exclamó—. Nada… Al final, nada. Después

de todos los disgustos que me ha acarreado usted, ¡al menos hubiera podido sacar *algo*! ¡Algo más que simples disgustos! Usted no tendrá necesidad de volver a pensar en ello, pero David se acordará toda la vida. Anoche nos vio…, vio algo que estuvo a punto de matarle, creo.

—Mientras vaya siguiéndola y espiándola, todo lo que vea será demasiado bueno todavía para él —afirmó audazmente Freytag.

Después de una larga pausa, Jenny se adelantó unos pasos.

—Lo merezco —declaró llanamente—. Adiós.

En su rostro podía verse cualquier cosa menos arrepentimiento, y su modo de despedirse era, por no decir algo peor, —observó torcidamente Freytag— poco humilde. Freytag no pudo rechazar inmediatamente el hormigueo de contrariedad ni la singular afrenta para su amor propio que aquel súbito desaire le hacía sentir. Incluso después de recordarse nuevamente a sí mismo que en realidad aquella muchacha no tenía ningún atractivo, que era muy poquita cosa, indigna de que un hombre se fijase en ella, que no era sino una caprichosa muchacha americana, superficial y neurótica que se engañaba a sí misma fingiendo ser una artista para darse una importancia falsa; toda esa serie de rótulos despectivos le parecían insuficientes para la injuria sufrida, para satisfacer el deseo de vengarse de ella de algún modo. El resentimiento que sintió contra mistress Treadwell por su inconsecuente chismorreo con Lizzi habíase disipado del todo. La verdad era que actualmente tenía otra pequeña queja de mistress Treadwell, precisamente porque ella no había dado ni el más pequeño paso para reforzar el dudoso entendimiento establecido entre ambos, negándole así la satisfacción de rechazarla de los diversos modos que él sabía, lo justo para estimular el afán de conquista de aquella mujer sin desalentarla. La buena disposición con que mistress Treadwell había aceptado que desayunasen juntos otra vez, como si el primer desayuno tomado en común hubiese establecido un ligero lazo entre ellos, habíale causado bastante satisfacción. Pero hete aquí que la dama terminó marchándose, y tan bruscamente como Jenny, al fin y al cabo, aunque parecía pertenecer a una clase un tanto más refinada.

Bien, quizá todas las americanas eran groseras. Freytag sacudió la cabeza como si con ello pudiera dispersar sus incómodos

pensamientos, e intentó pensar en Mary, pero cuanto más se acercaba a ella físicamente, más vaga era la imagen de su mujer que oscilaba en su mente. ¿Habría algo en qué pensar? Ella era Mary, ella estaba allá, esperándole; ambos reanudarían la vida en común desde el mismo punto en que la habían abandonado… No, no la habían abandonado en ningún momento, aquella separación no era nada, una mera interrupción del hábito, de la costumbre, de la cotidianidad, buena y cálida, del matrimonio, ¡como si al matrimonio pudieran cambiarlo o afectarlo las ausencias! Freytag inspiró profundamente y exhaló un ruidoso suspiro.

En el bar, herr Hansen se inclinaba sobre un jarro de cerveza, cual un hombre contemplando el fondo de una sepultura abierta. La compañía de baile se sentaba alrededor de una mesa, ante sendas tazas de café, con Ric y Rac dando zarpazos al azucarero. Todos estaban callados y preocupados únicamente de sí mismos. Sus negocios con aquel barco y sus pasajeros habían terminado, se acabó su relación con todo lo de a bordo; no tenían necesidad de continuar manifestando odio ni desprecio. Se les veía un poco apagados y tristes, en medio de su aire huraño, como si la victoria conseguida les hubiera costado más de lo que valía y les hubiese agotado. Freytag cruzó el bar, pero al ver quién estaba allí ya no se detuvo; la cerveza no le hubiera sentado bien, tomada en semejante compañía.

Jenny regresó a su camarote, y allí estaba Elsa, en el diván con un libro abierto sobre las rodillas.

—¿Qué lees? —preguntó Jenny, lavándose las manos, a falta de algo que hacer.

—La biblia —contestó Elsa, con aire distante, sin levantar los ojos.

—¿Has desayunado?

—Sí —contestó Elsa—, y aquellos bailarines estaban allí ya, y al pasar, mi madre ha dicho, bastante fuerte para que lo oyesen: «¡Cuidado con los monederos!», pero ellos han fingido no oírla. Mi pobre padre, me da pena, ha dicho en voz baja, en plan de broma me figuro, que mi madre recibiría una puñalada por la espalda si dice cosas así a esa clase de extranjeros, y mi madre ha replicado en voz alta y en español que «ladrón» es una palabra demasiado buena para ellos, después de los calificativos que ellos han dado a otras personas. Yo —añadió súbitamente. Sin previo aviso, cerró la biblia, cayó de costado sobre el diván y se estiró, llorando con abundantes lágrimas, que descendían hacia el cabello—. Es inútil —balbució—, nada me sirve. ¡No encuentro nada aquí que me diga cómo tengo que vivir, siendo tan fea como soy y tan estúpida que nadie quiere acercarse a mí ni bailar conmigo! Una vez mi madre me obligó a intentar tocar el piano. Tomé lecciones años y años, pero todos sabían tocar mejor que yo, nadie quería oírme…

Jenny le ofreció un pañuelo limpio y dijo, sin convicción:

—¡Elsa, Elsa, no todo es tan malo! Hala, toma esto. Lavémonos la cara y subamos a cubierta. Pronto llegaremos a Vigo, y todos bajaremos a tierra y esos miserables bailarines se quedarán allí, y entonces todo marchará mejor.

—No, no —respondió Elsa—, yo no voy. Vaya usted.

Johann despertó después de un breve pero profundo sueño, con el cuerpo caliente y sosegado; estiróse, bostezó, y rodó como un gato, produciendo ruidos guturales, inarticulados, de satisfacción. Había regresado poco antes de amanecer; entró con el silencio de rigor, pero no con aire culpable, cauteloso; su tío estaba despierto, pero no le preguntó nada, limitose a pedirle un vaso de agua. Ahora dormía bien, incómodo y compuesto, con una cara pacíficamente reconciliada, los párpados bien cerrados, el cutis, amarillo de cera, liso y con aspecto fresco. Presa del pánico, Johann aplicó la palma de la mano cerca de los labios y las ventanillas de la nariz para ver si seguía respirando; luego la puso sobre el corazón, con brazo tembloroso.

—¡Tío! —gritó con voz fuerte—. ¡Despierte!

Su tío abrió los ojos, profirió un leve sonido de protesta y dijo:

—No. ¿Por qué habías de despertarme? No me he dormido sino hasta muy tarde.

Johann retiró la mano bruscamente y balbució unas confusas palabras de excusa. Su tío no contestó, y cerró los ojos de nuevo. Johann aguardó inseguro alguna manifestación de vida, procurando tener presente lo que había prometido, rechazando el resentimiento y la impaciencia que le asaltaban, mezclados con el miedo que le inspiraba aquel ser que parecía un cadáver…

¿Por qué no podía exhalar el último aliento y poner fina aquella sucia tarea?

—¡Tío! —gritó más vivamente de lo que se proponía—. ¿Quiere que le lave y le sirva el desayuno ahora? ¡Dígame!

Su tío abrió los ojos y asintió:

—Si, Johann, tus tareas son las mismas de ayer. Haz todo lo necesario, lo mismo que antes. Pero primero arrodillate aquí a mi lado, y recemos una oración los dos juntos. —Johann se arrodilló, inclinó la cabeza en silencio rebelde y no unió su voz a la del enfermo cuando este empezó—: *Padre nuestro*…

Concha le estaría esperando, le había prometido pasar la tarde a solas con él. Johann cerró las enlazadas manos en forma de puños sobre la boca; le cegaba casi el acerbo arrebato de lujuria que caía sobre él como un golpe descargado desde el confín del mundo, con una violencia no de placer, sino cual una enfermedad de muerte u otro desastre en el que no había soñado, y del que nadie le había advertido.

—… *Mas líbranos del mal*… —decía su tío—. *Amén*.

Johann se puso en pie con torpeza y empezó a preparar el baño de esponja matutino; callado, de espaldas al interior del camarote, ardiendo en defensivo enojo por el hecho de que su organismo indómito hubiera estado tan cerca de ponerle en ridículo delante de aquel viejo hipócrita y piadoso que hubiera fingido escandalizarse, pero habría dado todo lo que fuese para volver a experimentar, aunque solo fuere por un instante, aquellas sensaciones. A medida que iba realizando su tarea se calmó satisfactoriamente y hasta sintió un poco de remordimiento por haber pensado cosas malas de aquella triste carga que era su tío, y al final, cuando el camarero trajo la bandeja del desayuno, aparentó con bastante propiedad que se marchaba de mala gana. Ya fuera del camarote, continuó adelante, saltando como un ciervo y silbando: «*Das nur einmal, das nicht wieder*
gibt's
kommt's
[38] …».

Lizzi se levantó por fin y se aventuró a salir a cubierta. Allí se tendió en su silla, abrigada con chales y bufandas lo mismo que una inválida, bebiendo caldo caliente. Guardaba un silencio absoluto; pasaba los días sola, sentada o paseando, se hacía llevar la comida al camarote, y aún tenía la cara melancólica y conturbada como si no viese bien, o acabara de recibir malas noticias. Mistress Treadwell seguía con ella la política del silencio; ambas se retraían a gusto a su relación de personas extrañas, aisladas cual gusanos de seda dentro de sus capullos. No obstante, movida por cierto impulso, quizá de picardía inconcreta, mistress Treadwell le trajo una naranja a Lizzi, y comentó:

—Herr Rieber estaba levantado y andaba por ahí, esta mañana. Parece progresar muy satisfactoriamente.

Lizzi clavó una uña en la corteza de la naranja y arrancó un trozo con el mismo gesto que si estuviese desollando un ser capaz de gritar.

—Que siga bien —comentó, con desdén.

En Vigo el puerto estaba lleno de barcos anclados, ociosos, con las proas levantadas apuntando hacia fuera. Los pasajeros de proa volvieron a ser amontonados en la cubierta principal y conducidos en rebaño, antes que nadie, hacia la pasarela. La pareja de recién casados, ella cogida del brazo del marido, bajaron a tierra definitivamente y desaparecieron sin una palabra de despedida para nadie. La familia cubana que tenía un niño y una niña pequeños, saludaba con inclinaciones de cabeza a los oficiales que pasaban. David y Jenny bajaron juntos, como habían convenido últimamente, a pedir visados para Francia. Bajaron inmediatamente detrás de la compañía de baile, la cual se largó en desordenado grupo —sin dirigir una mirada siquiera a sus recientes cómplices, los estudiantes cubanos—, cargada de nuevo con sus paquetes, que ahora contenían el botín cobrado en Tenerife, parloteando como cotorras, con el mismo aspecto € idéntico comportamiento que

cuando subieron al barco, en Veracruz. Hacía una temperatura agradable, un tiempo dulce: los bailarines se fueron, sin perder momento, a un pequeño parque de las cercanías, lleno de sombra, donde ocuparon media docena de bancos y se les vio, por primera vez, en paz consigo mismos.

Jenny y David, en un agradable momento de tregua, fueron a ver al cónsul francés, un individuo joven, barbudo, con unos modales de lo más serio y grave, que les dijo con gestos de pesar, que no estaba facultado para conceder visados a personas transeúntes. El cónsul les acompañó hasta la puerta, excusándose aún pero con una voz severa, sin ceder nada en absoluto. Jenny sostuvo la cabeza bien erguida mientras David la asía por el codo para bajar las escaleras.

—¿No podríamos quedarnos en España? —sugirió ella.

—No —replicó David—. ¿Sabes adónde iremos primero?

Otra vez pasaban por el pequeño parque, y la compañía de baile continuaba sentada allí, en una inmovilidad impropia de aquella gente, como si esperasen algún acontecimiento. Jenny y David se sentaron en un banco, a cierta distancia de ellos y, sin motivo alguno, David sacó la cartera del bolsillo y miró el pasaporte y el billete.

—A Bremerhaven, ahí iremos —le dijo en el mismo instante en que descubría que su billete decía «Southampton»—. ¡Dios mío! —se limitó a exclamar—. Vámonos.

Regresaron al barco corriendo y fueron a ver al sobrecargo, que lo había dispuesto ya todo para transbordar a David a una falúa inglesa al costear Southampton, idea que llenó a David de un horror vivísimo. El sobrecargo rezongó entre dientes, quejándose de la gente que siempre cambiaba de idea en mitad del océano, y negándose a reconocer que el error no lo había cometido el pasajero. Jenny quería discutir el caso, pero David la condujo fuera con mano firme, si bien no pudo evitar que diese las gracias al sobrecargo con demasiado calor mientras salían.

—Es el capitán quien tiene que tomar una decisión —dijo Jenny.

Y comentaron las conocidas habladurías que corrían de boca en boca; alguien había oído al capitán jurando que cuando el maldito cargamento de pasajeros de proa hubiera sido desembarcado en Vigo, la próxima escala sería Bremerhaven. No pararían en Gijón, ni

en Boulogne, ni, si así se le antojaba, en Southampton. El argumento que esgrimía era el de que estaba al mando de un buque alemán que cruzaba por aguas enemigas, y él tenía el deber de llevarlo a puerto, a su patria, sin novedad, evitando incidentes internacionales. Wilhelm Freytag había esperado con impaciencia que llegasen a Boulogne para perder de vista definitivamente a los estudiantes cubanos, por no hablar ya de mistress Treadwell. Sin embargo, aun llevando pasaje completo, el buque parecía casi desierto. Nadie había bajado a tierra, excepto David Scott y Jenny; habíase aconsejado a los pasajeros que permaneciesen a bordo, a menos que tuvieran negocios urgentes en tierra, pues era necesario que el *Vera* saliese del puerto antes del anochecer, fuere por las normas que rigieran allí, fuere por el tiempo, o por la huelga de los marineros mercantes; el locutor no lo dijo. David se enteró de labios del sobrecargo que el precio del pasaje era el mismo para todos los puertos, a partir de Vigo, y que desde allí en adelante el capitán podía desembarcarles donde le pluguiera, o llevarlos a todos a Bremerhaven. Y el sobrecargo añadió, afectuosamente:

—Nuestro excelente capitán no es hombre que permita que nadie discuta sus órdenes. No obstante, en todo caso, estoy seguro de que no hará escala en Southampton.

—De acuerdo, yo voy a Bremerhaven, de todos modos —decidió David.

Y Jenny interpuso al instante:

—¡Sí, y luego podremos obtener los visados para España!

David no dijo nada. Salieron juntos a cubierta, con aquel humor tierno, singularmente cambiado, que les estaba ganando en los últimos días, cual si fuesen dos extraños que descubrieran cosas hermosas en caras que estuvieran viendo por primera vez. La furia de David había fundido todos sus puntos de vista, impresiones y sentimientos habituales con respecto a Jenny, puntos de vista, impresiones y sentimientos que empezaron a fluir y mezclarse y condensarse de nuevo en formas completamente diferentes, tan nuevas, tan inesperadas que David estaba desconocido hasta a sus propios ojos; y fuese cual fuere la Jenny que en otro tipo creyó conocer, había desaparecido. David observaba calladamente cómo se transformaba en una persona distinta, una persona a quien no conocía, a quien quizá no conocería jamás; no obstante, aquella

criatura nueva que tenía ante sí era ciertamente un ser que había creado él para sí mismo, igual que había creado la Jenny de antes, con los materiales desperdigados de su propio deseo. Ambos se inclinaron y sus manos se deslizaron por la baranda y se asieron dulcemente.

Jenny dijo:

—¿Qué hacemos al aventurarnos por este mundo espantoso sin nuestros guardianes…? Esta vez no sé a quién maldecir, si a aquel gusano de agente de México que me dijo que podría conseguir un visado francés en cualquier puerto, o al sobrecargo, quien nos aseguró, en Veracruz, cuando todavía no era demasiado tarde, que el barco no haría escala en Boulogne, pero que no importaba. «Les bastará con que acudan al cónsul francés en Vigo», dijo el viejo embustero…

—Eso no me importa nada en absoluto —repuso David—. No me preocupa dónde desembarquemos, con tal de que desembarquemos algún día, y los dos en el mismo sitio. Ese es mi verdadero estado de ánimo, Jenny ángel, y desearía que tú dejases de inquietarte.

—O quizá debería maldecirme a mí misma —concluyó Jenny, con afectada resignación, pasando la cara un momento por la manga de David, con gesto dichoso—. ¡David querido, cuando estás así, sería capaz de meterme dentro de ti y volver a ser una costilla tuya!

—Te prefiero tal como eres ahora —respondió David. Y su mente añadió: «Aunque no pueda impedirte que te metas por los rincones con otros hombres…, cosa que un día tampoco importará; incluso ayudará a poner fin al asunto». Pero cambió de tema—: La verdad es que no perdemos el tiempo en el puerto —comentó—, y el piloto nos acompañará todo el rato, hasta Gijón.

Jenny dijo:

—Me gustaría saber si el piloto de Tenerife regresó al puerto sin novedad.

—Los pilotos siempre regresan —aseguró David.

Entre Vigo y Gijón el memorable buen tiempo empezó a cambiar de signo. Las aguas hervían y se arremolinaban vertiginosamente sobre sí mismas y se alzaban en impresionantes montañas verdes que se abrían de súbito, dejando a la vista un nuevo abismo. El *Vera* casi perdió la cabeza con solo acercarse al golfo de Vizcaya,

Jenny no podía dormir; se sentaba junto a su portilla casi hasta el amanecer, contemplando los grandes faros de la costa, que enviaban su chorro de luz, giraban y relumbraban de nuevo. La costa española era la más hermosa que Jenny pudiera imaginar siquiera: después de un imponente promontorio de roca, una extensa playa salía del mar, y más adelante las montañas eran elevaciones bajas del musgo más verde; luego volvían a levantarse las rocas, enhiestas cual puños furiosos, aunque suavemente coloreadas de jade y ágata y coral, con las grandes nubes malhumoradas arrugando el ceño sobre ellas. «¿Qué me pasaba? —preguntábase Jenny—. Hubiera tenido que decidirme por España ya desde el principio. Entraremos inmediatamente en España», asegurábase con firmeza, contemplando las luces giratorias sobre las agitadas aguas, con la esperanza de que no las olvidara nunca. De vez en cuando, el *Vera* se encabritaba como un caballo asustado, daba un bramido ruidoso y frío con toda su maquinaria y se zambullía de proa una vez más.

En Gijón, al entrar en el puerto, Freytag, que había oído gritos en el exterior, asomó la cabeza por el ojo de buey para dar una ojeada al nuevo panorama. El *Vera* viraba muy despacio. Lo estaban rodeando media docena de lanchas, cargadas de gente entusiasta y vocinglera, todos agitando pañuelos multicolores, y casi todos de pie, poniéndose en grave riesgo, en sus cascaritas de nuez brincadoras. Otra vez veía una larga fila de barcos españoles amarrados ordenadamente a los muelles, lo mismo que automóviles aparcados. Aquí —leyó luego Freytag en el boletín de a bordo— a la huelga general de marineros había que añadir la de los estibadores, de manera que debido a ello el *Vera* no descargaría nada. El aire estaba gris y denso, y Freytag observó que los gritos y los movimientos de la gente que les daba la bienvenida, bamboleándose en sus pequeñas embarcaciones y cruzándose en su trayectoria, servían únicamente para aumentar la confusión, no la alegría.

El barco empezó a cabecear de nuevo, casi antes de salir del puerto, y el doctor Schumann le hizo notar al profesor Hutten que la travesía tomaba un aspecto perfectamente clásico; esperaba tener que administrar una buena cantidad de calmantes, y consideraba un alivio haber dejado a salvo en tierra a toda aquella gente de la

cubierta de proa. Herr profesor aprovechó la ocasión y le pidió unas cuantas tabletas de algo que ayudase a su esposa a dormir.

Luego, después de tantas incertidumbres, el barco ancló efectivamente ante Boulogne, a medianoche, con la sirena de niebla bramando y el barco, semivacío, completamente iluminado y poblado de marineros atareados que iban de acá para allá a toda prisa. Jenny se puso una chaqueta larga sobre el camisón, metió los pies, sin medias, dentro de unos zapatos y corrió hacia la barandilla. Una lancha francesa, abrigada por las sombras, acercose a la pasarela de la cubierta inferior, con la campanilla sonando *ting-ting-ting*. Asomando el cuerpo, Jenny vio a los seis estudiantes cubanos, callados por una vez saltar a la angosta cubierta. Detrás, estirando la mano hacia un oficial, en busca de ayuda, bajó mistress Treadwell, que se sentó de espaldas al barco que había abandonado. Vino luego la esposa del diplomático mexicano, con la niñera india llevando el niño en brazos, y Jenny le vio los estrechos y descalzos pies, al posarlos sobre la pequeña, resbaladiza lancha. Jenny escuchaba con placer el hablar vivo, rápido, nasal de las voces francesas y contemplaba la escena con un sentimiento cercano a un doloroso deseo de encontrarse allí abajo, mientras la campanilla continuaba con su *ting-ting* y la lancha se alejaba despacio del círculo de luz del barco grande y avanzaba, alumbrada con su propia, escasa luz, hacia las benditas costas de Francia, hacia la adorada. Ciudad de la Luz… ¿Cuándo se encontraría ella allí? Jenny apoyó la cabeza en la barandilla y estalló en llanto; luego bajó, corriendo atropelladamente, a su camarote. Elsa estaba mirando con la cabeza asomada por la portilla, pero la retiró hacia el interior del aposento y le preguntó enseguida, preocupada:

—¡Qué! ¿Qué ha pasado?

Jenny colgó la chaqueta y sacó un pañuelo del bolsillo.

—¡Bah, nada! No te inquietes… ¡Sencillamente, es que ahora me toca el turno a mí!

En Southampton no salió a su encuentro ninguna falúa, sino solamente una lancha que trajo a los aduaneros y otros funcionarios necesarios. Allí no subió ni bajó ningún pasajero. Jenny pudo reírse divertida por la imagen mental que se forjaba de David, con el labio superior apretado y tenso, y una mirada de disconformidad absoluta, arrastrado hasta las costas de Inglaterra, lugar al que ninguno de los dos había pensado nunca ir. Un chiquillo flacucho, de aspecto descuidado, subió a bordo con una brazada de periódicos, pero cuando David y Jenny quisieron comprarle uno, no entendieron ni una sola palabra de lo que les dijo, y a su vez el chiquillo tampoco sabía una palabra del idioma que hablaban ellos. Como solo tenían dinero alemán, David puso media docena de marcos en la mano del niño, el cual los miró tristemente y con desagrado, aunque no se los devolvió, ni quiso darle ningún periódico, tampoco.

—¿Qué lengua habla este muchacho? —preguntó David a un joven oficial que pasaba por allí.

—Inglés —contestó lacónicamente el marino, sin pararse.

—¡Tonterías! —le gritó Jenny, mientras el oficial se alejaba.

Los funcionarios ingleses, invitados por el capitán, se sentaron alrededor de una mesa de la parte soleada del bar, temporalmente cerrado. Jenny entró como quien camina sin rumbo y se sentó, a propósito, bastante cerca para poder oírles, si bien David se negó a quedarse allí con ella. Pero los ingleses, decepcionando a Jenny, permanecieron callados durante un rato, desdoblando y examinando diversos documentos, que se pasaban de uno a otro, y firmando algo. Uno de los funcionarios ingleses le pidió al capitán que tuviese la bondad de explicar determinada anotación enigmática que había encontrado en una página, y su índice pinchó el punto indicado con bastante brusquedad. Luego, al pasear una mirada en torno suyo y ver a Jenny, bajó la voz. La media docena de cabezas se acercaron entonces unas a otras, y, con gran disgusto

de Jenny, siguiose una pantomima de mal humor y desacuerdo. Al capitán se le había puesto la cara como una amapola; estaba torpe, desconcertado, echando humo, hasta levantó la mandíbula, con toda su papada, fuera del cuello de la camisa, y los ojos se le inyectaron en sangre. Los jóvenes ingleses parecían muy dueños de sí; se mantenían muy erguidos en sus asientos, con las barbillas levantadas y las manos en la postura conveniente, y miraban altaneros al alemán —que estaba dando un espectáculo—, consiguiendo dejarle en mal lugar solo con sus actitudes de justiciera desenvoltura. A Jenny le gustó observar que los ingleses se comportaban realmente del modo que, en periódicos y novelas, se decía que solían hacerlo. Se comportaban como si creyesen que se hallaban en una reunión de sociedad y una persona de baja condición, a la que nadie invitó, había entrado y había causado molestias.

El capitán levantó la voz:

—Claro, los franceses, los americanos, los ingleses lo tienen todo, pueden hacer todo lo que les plazca; somos únicamente los alemanes los que no podemos esperar justicia, o siquiera honestidad en este punto.

—Yo no soy el autor de esta disposición —advirtió uno de los ingleses, con una voz que le dejaba a uno helado—. Yo estoy aquí solamente para cuidar de que se cumpla. —Y frunció el ceño con aire severo, pero Jenny advirtió que cuanto más severa era la cara que ponía, más irremediablemente se sonrojaba por causa de algún desconcierto profundo, inexplicable.

—Por supuesto —replicó el capitán, irascible—, todos somos mártires del deber, ¿quién no lo sabe? Pero ¿se trata en este caso de un estado de cosas del que ni siquiera podemos quejarnos?

Siguiose un silencio tenso. Uno de los funcionarios ingleses estiró el brazo y tocó los papeles.

—Mejor será que sigamos con eso —indicó a los demás.

Y desde aquel momento los ingleses solo hablaron entre sí, y no dirigieron la palabra al capitán ni una sola vez.

—Daría cualquier cosa, solo por saber qué estaban discutiendo —le dijo, más tarde, Jenny a David.

—De algún asunto aburrido, sin duda —contestó él.

—Me gustaría saber qué quiso decirnos aquel chiquillo —

continuó Jenny.

—Trataba de vendernos un periódico —replicó David.

—Ah, sí, de acuerdo —convino ella—. De acuerdo, de acuerdo.

Los pocos pasajeros que quedaban, convenían entre sí en que la última parte del viaje resultaba bastante tranquila y agradable: hasta herr Löwenthal, al fijarse en la cantidad de sillas vacías que había en el comedor, sugirió a su camarero que quizá herr Freytag podría disponer de toda una mesa para él solo, ahora. El camarero tuvo un verdadero placer informando a herr Löwenthal que herr Freytag había tenido la misma idea primero, y se había procedido ya al cambio de mesa. William Denny se levantó y se quitó las vendas de la cabeza sin decírselo al doctor Schumann, quien se las volvió a colocar sin perder un momento, pero le permitió bajar al comedor. El único resentimiento vivo, inflamado, que tenía Denny, era el de que Pastora, después de todo, hubiera escapado perfectamente impune, habiendo cometido casi una tentativa de asesinato.

—Esas heriditas encierran muchos peligros —notificó el doctor Schumann—. Si le di una inyección contra el tétanos, ¿por qué se figura que lo hice? Haga el favor de dejar que sea yo quien cuide de su cabeza.

—A la tal Pastora deberían encerrarla en chirona por toda la vida —declaró Denny—. Pero antes de encerrarla deberían darle una paliza fenomenal.

El doctor Schumann, profundamente ofendido por el temperamento grosero y bajo que solía manifestar su paciente, le dijo con frío acento:

—No fue Pastora. Fue mistress Treadwell, aquella señora recatada y amable a la cual consiguió usted exasperar más allá de todos los límites.

Denny se quedó tan pasmado que lo único que supo hacer fue soltar un prolongado silbido que concluyó con un:

—*¡Jeeeeeesús!* ¿De verdad? ¿Cómo lo ha sabido?

—Me lo explicó un camarero joven.

—¿Cuál? —insistió Denny, sentándose de pronto.

—Esto no puedo decírselo —respondió el doctor Schumann—. Ese episodio pertenece ya a la categoría de las cosas pasadas, y hará usted mejor subrayándolo para archivarlo en la sección de «Experiencia». Buenos días. Mañana le veré. —El médico cerró el negro maletín con una agradable sensación de malicia satisfecha, mezclada de fervor moral: por una vez se había hecho justicia de la manera más indirecta y, sin duda, reprensible, pero al doctor Schumann le alegró el corazón verlo.

Cuando el barco pasó junto a la isla de Wight, Jenny se quedó encantada con aquel castillo de cuento de hadas que se levantaba en medio de un césped color esmeralda, rodeado de arboledas pequeñas, tiernas, con la hierba esmeradamente segada hasta la orilla del mar. Como pasaban tan cerca de la costa, Jenny creyó ser víctima otra vez de su sentido del olfato, que a menudo le traía vaharadas de corriente de aire cruzadas. Ahora percibía el olor de la hierba verde, del heno recién cortado y de vacas pastando.

—¡Sí, sí! —exclamó Elsa, gozosa—, es cierto. Es la cuarta vez que paso por aquí y siempre noto este aroma delicioso. Cuando era pequeña pensaba que quizá el cielo sería una cosa así.

Los pasajeros empezaron a mostrarse a la vez inquietos y apáticos; los juegos cotidianos cesaron, algunas películas las estaban proyectando por segunda vez, la gente se adormilaba en cubierta o en sus respectivos camarotes, y empezaba a hacer y deshacer el equipaje, inquietándose por lo que tenían en la bodega. Por las fechas en que el *Vera* cruzó la esclusa y entró en el estrecho río Weser, Lizzi continuó negándose a volver a la mesa del capitán cuando se enteró de que herr Rieber ocupaba su silla acostumbrada. Muchos ratos meditaba cómo mistress Treadwell se había limitado a ponerse en pie y dejar el camarote como si se fuese a dar un paseo por cubierta, sin despedirse, ni siquiera con un simple «*Grüss Gott*», que no cuesta nada. Cuando se sentaba en su silla de cubierta —que había ordenado colocaran lejos de la de herr Rieber—, cerraba los ojos y fingía dormir, si le veía pasar trotando… ¡Vaya cerdito, después de todo, con aquel pedazo grande de esparadrapo y aquella torunda sobre la calva cabeza…, y qué asco era la vida!

El capitán, herr Rieber, frau Rittersdorf, los Hutten, frau Smitt y el doctor Schumann rodeaban la mesa casi en silencio, porque todos experimentaban la sensación de que cualquier tema que pudieran abordar en común acabaría conduciéndoles a murmuraciones torpes o triviales. Por otra parte, a ninguno le interesaba ya lo que

tuvieran que explicar los otros; sus respectivas mentes volvían a cerrarse y replegarse una vez más alrededor de sus preocupaciones particulares, siendo la única esperanza común la de abandonar el barco, terminar el viaje y reanudar una vez más sus auténticas, distintas vidas. Sin embargo, durante la última comida que hicieron juntos, brindaron todos, cada uno a la salud de los demás y se cruzaron amistosas miradas, y herr profesor Hutten dijo con calor:

—Al fin nos acercamos a la patria y somos, después de todo, un grupo de buenos alemanes. Demos gracias a Dios por sus mercedes.

Y por fin se hallaron en otra ciudad portuaria con sus atestados muelles y sus burdeles que descendían apiñados hasta la orilla del agua, rica en esa suciedad flotante, típica de los puertos, que se acumulaba alrededor de la hilera familiar de barcos desiertos y ociosos, que esperaban, lo mismo que otros muchos, por los puertos del mundo, que se resolviera la huelga. Otra vez pequeñas embarcaciones llenas de gente que agitaba pañuelos y daba gritos de bienvenida, describieron círculos juguetonamente a su alrededor y entorpecieron su camino.

¡Bremerhaven! Y el *Vera* cobijado en el puerto, entre una flota de otros buques semejantes a él, veteranos magullados, cansados, herrumbrosos que venían de todos los mares, siempre por la ruta más larga, arrastrando las cicatrices de sus penosos viajes con los sucios cargamentos y los pasajeros, de categoría mediocre y sumidos en la vida ansiosa de la mediocridad, que no viajaban por placer. No obstante, en todos los barcos ondeaban las banderas, volando y descendiendo cual en una reverencia dedicada al puerto y a todo lo que contenía; las reducidas bandas de todas las cubiertas estaban interpretando sus saltarinas piezas, y las tripulaciones y los oficiales formaban en sus puestos, todos nuevecitos, flamantes, dispuestos y preparados, con una disciplina perfecta. En el Vera los pasajeros se alinearon todo lo cerca de la pasarela que pudieron, sin violencias ni desorden. Eran, en efecto, todos alemanes y estaban unidos, excepto los tres americanos, que formaban grupo aparte, algo más atrás. Los ojos se encontraron de nuevo, vagamente, Casi sin reconocerse, y cesaron las conversaciones. Volvían a convertirse en unos desconocidos, aunque sin los recelos ni la hostilidad del comienzo. Reinaba una agradable indiferencia con respecto a todo, menos al bendito momento, de escapar otra vez hacia la vida. Por un momento todas las caras se alzaron, todos los ojos escudriñaron los tejados de la ciudad, con la mirada dulcificada por generosos sentimientos; sus corazones latían libremente y la ilusión de la

alegría estremecía sus estómagos; todos sumidos en un misterioso trance cual si se acercasen a un altar iluminado, se preparaban para apoyar los pies de nuevo en el santo suelo de la Madre Patria.

El día estaba oscuro y frío; la nieve flotaba ligera en la atmósfera. Los grupos familiares se apiñaban; Johann, el joven alto, de cabellos de oro, con su moribundo tío en la silla de ruedas, quien abría los ojos de vez en cuando y miraba a su alrededor; el pequeño de los Baumgartner, con su traje de charro de cuero de venado color naranja, dentro del cual ahora tiritaba en vez de sudar. Elsa, con la chaqueta blanca de lana y el blanco gorro cubriéndole el cabello, apretaba contra sí el pequeño bolso de viaje y repetía con gran paciencia:

«Sí, mamá», o «No, mamá», a todas las preguntas que su madre le hacía; algunas repetidas dos o tres veces:

—Elsa: ¿has recogido todas las horquillas del cabello y los alfileres imperdibles?, ¿te has dejado algún pañuelo?, ¿has reunido tus medias? ¿No te dejas la lima para las uñas y las tijeras? De ropa interior partiste con seis piezas de cada cosa, confío que llegaremos a casa con el mismo número…, además de los suéters…

Herr Lutz comentó jocosamente:

—No has dicho el número exacto de horquillas para el cabello, Elsa. ¿Veintisiete, quizá?

—Oh, papá —dijo la muchacha, agradecida—, estoy segura de habérmelo traído todo.

—Claro que sí, hijita mía querida. Ahora nos vamos a casa y debes estar contenta.

—Si, y Dios sea loado por ello —convino frau Lutz, contenta de cambiar el tema, puesto que, evidentemente, estaba perdiendo—. Y el resto del viaje será por tierra, en nuestro propio compartimiento, en un tren europeo, como una verdadera familia una vez más, sin vernos obligados a mezclarnos para nada con gente desagradable. ¡Ah! —exclamó con lúgubre triunfo—. Este será mi último viaje en barco. Allá adonde vamos no hay mar, Elsa.

—No, Elsa —corroboró el padre—, y tampoco barcos. Tampoco hay yodo ni sal. La sal yodada la compra uno en la farmacia. Si no, contrae la gota.

—¡Qué vergüenza! —gritó frau Lutz—. ¿Cómo puedes decir semejantes cosas? Elsa, tu padre está improvisando una de sus

bromas…

—¿Cuántos parientes tuyos de Saint Gallen tienen gota? —preguntó herr Lutz, razonablemente—. Eran tía Fike, tía Wilhelmina, tío Wolfgang, prima Augusta, tu propia hermana Lotte y tu abuelo materno…

—¡Calla! —gritó frau Lutz, casi fuera de sí—. ¡Calumnia a tu familia, a la mía no!

—No es una calumnia —objetó herr Lutz—. Elsa: ¿qué buscas? ¿A quién ves? —pues se fijó en que, mientras su mujer y él hablaban, los ojos de la muchacha se movían lenta y furtivamente por debajo de los semicerrados párpados; su cabeza se volvía un poco y la cara adquiría una expresión que él no le había visto nunca todavía. Una expresión que como padre no podía aprobar y que le inquietaba. Elsa se sonrojó vivamente y se cubrió la boca con la mano.

—Nada; a nadie —respondió con tal turbación que el padre no insistió más.

En aquel momento pasaba por allí herr Hansen, con la faz contraída, y al pasar dirigió una mirada a Elsa, la mirada de un ojo distraído que no busca nada; y, sin embargo, para la muchacha fue un golpe tan cruel como si se lo hubiera asestado con toda intención. Hansen la había mirado siempre como si donde ella estaba hubiera el vacío o una pared lisa. La muchacha vaciló, y su padre le dijo:

—Ese nunca fue el hombre que te convenía a ti, querida mía.

—¡Vaya idea! —exclamó la madre en tono de burla—. ¿A quién se le, ocurrió nunca, ni por un momento? —añadió con profunda sorpresa y completamente de acuerdo con su marido.

Herr Hansen podía serle a Elsa tan odioso como se quisiera; no obstante, estuvo loco por aquella terrible Amparo y aplastó al horrible herr Rieber, empujado, por algún poderoso motivo, con toda seguridad, luego era un hombre de sentimientos arraigados, solo que a ella no la había tratado nunca como si fuese un ser humano; pero ¿qué le importaba? No obstante, sí, le importaba. En realidad, no quería nada de aquel hombre, no, ni siquiera una mirada. Era a su estudiante a quien recordaría toda la vida, de pie allí en la cubierta, con la música tocando y él rodeándola con los brazos, la cara sonriendo interrogativa y la voz halagadora,

incitante…, y, sin embargo, ella no pudo bailar. Elsa exhaló un suspiro tan profundo que se creyó en el deber de dar una explicación a sus padres:

—Solo estoy cansada. No estoy enferma, mamá —concluyó, mirándola.

Freytag se alejó del grupo alemán y se acercó a Jenny y David, cogidos de la mano cerca de Denny, el cual se estaba pellizcando los trocitos de esparadrapo y algodón que cubrían los cortes que el tacón femenino le hizo por toda la cara. Freytag se paró delante de ellos y tendió la mano a Jenny, quien libertó la suya de la de David y se la dio también, con un suave apretón. La muchacha sonreía, pero Freytag vio que los ojos se le ponían oscuros y excitados.

—Adiós —dijo él, con sus ojos grises claros y simpáticos—. Confío que este país les gustará.

David le tendió la mano y Freytag se la estrechó y la sacudió con energía masculina. Los ojos de los dos hombres se encontraron, y, aunque las caras de ambos continuaban perfectamente impasibles, Jenny vio cruzar entre ellos una curiosa expresión, el más leve fulgor de una mirada, como un reflejo de luz en el agua, pero le heló la sangre. Era la afirmación sin palabras de la más pura complicidad masculina, un entendimiento perfecto surgido de las profundidades del ser instintivo, a salvo de los movimientos superficiales y de las perplejidades de los acontecimientos, una simpatía y una alianza secreta —de la que ella quedaba excluida por ley natural— en su indeclinable condición varonil. Jenny tembló con tal violencia que David le preguntó:

—¿Tienes frío, Jenny ángel? Permíteme que te ayude. —Y cogió el abrigo que ella tenía sobre el brazo y lo sostuvo para que se lo pusiera.

Al mismo tiempo, saludó con la cabeza a Freytag, que se encaminaba hacia la pasarela.

—Buena suerte —dijo.

Y Freytag contestó agitando la mano.

—¡Y pensar que todo ha terminado! —exclamó Jenny—. Pronto no será más que un sueño. ¿Por qué he venido yo aquí?

—Porque tú querías ir a Francia y yo quería ir a España; ¿verdad que fue así?

—Yo soy sonámbula, y esto es un sueño —murmuró Jenny.

—Los sueños también son realidad —contestó David—, las pesadillas…, todo.

—David, nosotros no pasaremos la vida juntos; ¿por qué prolongamos esta situación?

—¿No te acuerdas? Todavía no estamos preparados. —David se puso a caminar a su lado y la cogió de la mano nuevamente, perfectamente compuesto y seguro de su propio estado de ánimo. Vio entonces que los ojos de Jenny empezaban a brillar y se mostró conmovido y dulce con ella, como hacía algunas veces cuando la joven lloraba por su causa. El espectáculo de su debilidad y su derrota le daba placer como ningún otro en el mundo—. ¿Sabes? —le dijo falazmente—, quizá no nos separemos jamás. ¿Adónde podríamos ir?

—Algún sitio se nos ocurrirá —respondió ella—; esperemos.

—Aquí estamos, hablando de nuevo —comentó David—. Pensemos algo agradable.

—Piensa tú algo, David querido —pidió Jenny—, algo maravilloso.

David se inclinó con gran discreción y rostro muy serio, y murmuró:

—Para variar, esta noche en Bremen dormiremos en la misma cama.

Jenny respondió con un leve runruneo felino, y él vio cómo la cara se le ponía radiante.

La banda interpretó finalmente «*Tannenbaum*» y siguió tocando esta pieza hasta que hubieron colocado la pasarela y los pasajeros empezaron a bajar rápida y calladamente.

Mientras secaban las embocaduras de los instrumentos, envolvían los tambores y guardaban los violines, los músicos estiraban los labios en una ancha sonrisa, los rostros vueltos hacia el muelle, hacia el lugar exacto, estrecho, en que el *Vera* se había introducido y echado el ancla. Entre ellos, un muchacho de andar oscilante con el aspecto de no haber podido comer bastante en toda su vida, ni haber escuchado una palabra afectuosa de nadie, y de no saber qué hacía a continuación, miraba fijamente con ojos cegados, los labios temblando, mientras expulsaba a sacudidas la saliva de su trompeta, repitiendo para sí con voz poco más fuerte que un

susurro: «*Grüss Gott, Grüss Gott*», como si la ciudad fuese un ser humano, un amigo querido, de confianza, que había recorrido un largo camino para darle la bienvenida.
Yaddo, agosto 1941
Pigeon Cove, agosto 1961

PERSONAJES

A bordo del *Vera*, de la North German Lloyd, entre Veracruz (México) y Bremerhaven (Alemania),
22 agosto-17
septiembre de 1931.
Alemanes:

- Thiele, capitán del barco.
- Doctor Schumann, médico del barco.
- El sobrecargo, y media docena de oficiales jóvenes del barco.
- Frau Rittersdorf, que lleva su diario personal.
- Frau Otto Schmitt, que enviudó recientemente en México.
- Herr Siegfried Rieber, editor de una revista de modas femenina.
- Fräulein Lizzi Spöckenkieker, de Hannover, que tiene un negocio de ropas para señora.
- Herr Profesor Hutten, Frau Profesor Hutten (Kathe). Antiguo director de una escuela alemana en México, y su esposa. Con ellos viaja su bulldog blanco, «Bebé».
- Herr Karl Baumgartner, Frau Baumgartner (Gretel), Hans Baumgartner. Abogado de la ciudad de México, borracho incorregible; su esposa Gretel, y el hijo de ambos, de ocho años.
- Herr Karl Glocken, un jorobado que ha vendido su pequeño quiosco de tabaco y periódicos, en México, y regresa a su Alemania.
- Herr Wilibald Graf, un entusiasta religioso, moribundo, que cree poseer el poder de sanar a los otros.
- Johann, su sobrino y sirviente.
- Herr Wilhelm, Freytag, «relacionado con» una compañía de petróleos de México, y que vuelve a Alemania en busca de su esposa y la madre de esta.

- Herr Julius Löwenthal, judío, fabricante y vendedor de objetos para los templos católicos, el cual regresa a su patria chica de Düsseldorf para hacer una visita a su prima Sarah.

Suizos:

- Herr Heinrich Lutz, Frau Lutz, Elsa Lutz. Un hotelero de México que regresa a Suiza, al cabo de quince años, con su esposa y su hija, de dieciocho años de edad.

Españoles:

- Una compañía de baile, cantadores y bailarines que se dan a sí mismos el nombre de gitanos, de regreso a España, después de haber embarcado en México.
  Mujeres: Amparo, Lola, Concha, Pastora.
  Hombres: Pepe, Tito, Manolo, Pancho.
  Niños: Ric y Rac, hijos gemelos de Lola, varón y hembra, de seis años de edad (Armando y Dolores).
- La Condesa, una aristócrata *declassée* que vivió muchos años en Cuba, y ahora la deportan, como exiliada política, de Cuba a Tenerife.

Cubanos:

- Seis estudiantes de Medicina cubanos, que se dirigen a Montpellier.

Mexicanos:

- Una pareja de novios de Guadalajara (México), en viaje de luna de miel hacia España.
- Señora Esperón y Chávez de Ortega, esposa de un agregado de la Legación de México en París, la cual viaja con su hijo recién nacido y una niñera india llamada Nicolasa.
- Padre Garza, Padre Carrillo. Sacerdotes mexicanos católicos, de viaje hacia España.
- Agitador político: un hombre gordo y cantador, con camisa color de vino de Jerez.

Suecos:

- Arne Hansen, enemistado con Herr Rieber.

Americanos:

- William Denny, de Texas, un joven ingeniero químico que se va a Berlín.
- Mary Treadwell, una mujer de cuarenta y cinco años, divorciada, que regresa a París.
- David Scott, Jenny Brown. Dos jóvenes pintores (él y ella) que viven juntos, en su primer viaje a Europa.

Pasajeros de tercera:

- Ochocientas setenta y seis almas: españoles (hombres, mujeres y niños) que trabajaban en los campos de azúcar de Cuba, y a los cuales devuelven ahora a las varias partes de España, de donde proceden, después del derrumbamiento del mercado del azúcar.

Compañeros de camarote:

Frau Rittersdorf
Frau Schmitt
Mistress Treadwell
Fräulein Spöckenkieker

Jenny Brown (Jenny ángel)
Elsa Lutz
Padre Garza
Padre Carrillo

Herr Rieber
Herr Löwenthal
Señora Ortega
Niñera y niño

La Condesa (sola)

La pareja de novios

Herr Lutz
Frau Lutz
Profesor Hutten
Frau Hutten
«Bebé», el bulldog
Wilhelm Freytag
Arne Hansen
David Scott (David queridito)
William Denny
Karl Glocken
Wilibald Graf
Johann, su sobrino
Herr Baumgartner
Frau Baumgartner
Hans Baumgartner
Los seis estudiantes cubanos ocupan dos camarotes contiguos
La compañía de baile:
Manolo y Concha
Tito y Lola, con Ric Y Rac
Pepe y Amparo

Pancho y Pastora

KATHERINE ANNE PORTER (Indian Creek, Texas, Estados Unidos, 1890 – Silver Spring, Maryland, Estados Unidos, 1980). Nació como Catherina Anne Russell Porter. Su familia, entonces en decadencia, se enorgullecía de descender de Daniel Boone, héroe de la colonización de Kentucky en el siglo XVIII. Su educación se inició en instituciones religiosas pero, rebelde contra las tradiciones familiares, decidió muy pronto independizarse y apartarse de su entorno.

Durante tres años trabajó en un periódico de Denver y en 1931, tras recibir una beca de la Fundación Guggenheim, se trasladó de México, donde residía por aquel entonces, a Alemania. Fruto de las experiencias de este viaje, nació su novela *La nave de los locos*, que la autora fue redactando y corrigiendo hasta su definitiva publicación en 1962, siendo la novela más vendida en los Estados Unidos ese año. Pero sus cuentos recibieron mayor aplauso de la crítica.

Está considerada como la más importante escritora de Texas. Sus obras pertenecen a la tradición literaria del sur estadounidense. Es conocida por su penetrante perspicacia; su obra trata sobre temas oscuros como la traición, la muerte y el origen de la maldad humana.

Recibió el Premio Pulitzer y el National Book Award en 1966 por *The Collected Stories*. Fue nominada tres veces para el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] En español en el original, como lo que sigue de la canción. (N. del T.). < <

[2] Polacos e italianos, respectivamente, en argot americano. < <

[3] A la distinguida señora. (N. del T.). < <

[4] Papá y mamá. (En alemán en el original). (N. del T.). < <

[5] Pastel de manzana. (N. del T.). < <

[6] Romanche o rético, lengua latina hablada en lo que fue la antigua Retia, y que comprende el grisón y dialectos afines. (N. del T.). < <

[7] En español en el original. (N. del T.). < <

[8] Paganos o gentiles. Así llaman los judíos a los no judíos. (N. del T.). < <

[9] Ni hogar ni patria. (En alemán). (N. del T.). < <

[10] Esto solo se nos da una vez; esto no vuelve ya más. (En alemán en el original). (N. del T.). < <

[11] Es perro hasta la médula. (N. del T.). < <

[12] Pie de cerdo con gelatina y col fermentada. (N. del T.). < <

[13] Yo soy la bella Lola. (N. del T.). < <

[14] Binóculo, impertinente. (En francés en el original). (N. del T.). <<

[15] En español en el original. (N. del T.). < <

[16] Hay que pasar la juventud. En francés en el original. (N. del T.).
< <

[17] ¿No es verdad? (En alemán). (N. del T.). < <

[18] Alemán dialectal. (N. del T.). < <

[19] El dialecto de los judíos alemanes. (N. del T.). < <

[20] Vino espumoso. En alemán. (N. del T.). < <

[21] Buenos días… Dios sea loado… ¿Qué tal ha descansado usted? (N. del T). < <

[22] Muchacha no judía. (N. del T). < <

[23] Esta expresión, de argot americano, significa «judío» en sentido despectivo. (N. del T.). < <

[24] Esta expresión, de argot americano, significa «judío» en sentido despectivo. (N. del T.). < <

[25] Esta expresión, de argot americano, significa «judío» en sentido despectivo. (N. del T.). < <

[26] Alcahuete; prostituidor de mujeres. (En francés). (N. del T.). < <

[27] Mote despectivo que los norteamericanos aplican a los mexicanos. (N. del T.). < <

[28] Habitantes del Estado de Indiana. (N. del T.). < <

[29] Exageradas o estrambóticas. (En francés en el original). (N. del T.). < <

[30] Irlandeses. (N. del T.). < <

[31] Como casi todas las frases o palabras que vea el lector en letra cursiva, está en español en el original. (N. del T.). < <

[32] Sociedad gimnástica. (En alemán). (N. del T.). < <

[33] ¿Es un anillo de oro…? Sí, es un anillo de oro. (N. del T.). < <

[34] Queridita mía. (En alemán). (N. del T.). < <

[35] Hasta la vista. (N. del T.). < <

[36] Por favor, por favor… (N. del T.). <<

[37] Sin duda, la autora parodia el nombre del antiguo partido monárquico francés *Les Camelots du Roi*. (N. del T.). < <

[38] Solamente ocurre una vez y no vuelve más… (N. del T.). < <